

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

FACULTAD DE PSICOLOGÍA
Departamento de Personalidad, Evaluación y Tratamientos
Psicológicos I



VIOLENCIA EN LAS RELACIONES DE NOVIAZGO
ENTRE JÓVENES Y ADOLESCENTES DE LA
COMUNIDAD DE MADRID

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR
PRESENTADA POR

Maria Pilar González Lozano

Bajo la dirección de los doctores
José Luís Graña Gómez
Marina Julia Muñoz Rivas

Madrid, 2009

• **ISBN: 978-84-692-1011-6**

©María Pilar González Lozano, 2008

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

Facultad de Psicología

Departamento de Personalidad, Evaluación y Tratamientos Psicológicos I



**VIOLENCIA EN LAS RELACIONES DE NOVIAZGO
ENTRE JÓVENES Y ADOLESCENTES DE LA
COMUNIDAD DE MADRID**

Tesis Doctoral

Autora: MARIA PILAR GONZALEZ LOZANO

Directores: DR. JOSÉ LUIS GRAÑA GÓMEZ Y DRA. MARINA JULIA MUÑOZ RIVAS

MADRID, 2008

A las personas que me quieren

AGRADECIMIENTOS

En primer lugar, quisiera agradecer a mis directores de Tesis el Dr. José Luis Graña Gómez y a la Dra. Marina Julia Muñoz Rivas por su especial dedicación en esta tesis doctoral. Me siento muy orgullosa de haber participado en sus trayectorias profesionales. A José Luis Graña por transmitirme la responsabilidad en el trabajo diario y que para caminar siempre hay que mirar hacia delante. A Marina Muñoz por confiar en mí y comprometerse activamente, a nivel ético y formativo, en este frente.

Agradezco a Rosario Martínez Arias por la supervisión inicial del diseño y por su rigor investigador.

A M^a Elena Peña Fernández por ser un ejemplo a seguir y animarme en los momentos difíciles. También a José Manuel Andreu Rodríguez, por sus interesantes aportaciones y reflexiones en este campo de investigación.

Vaya mi agradecimiento también a todas las personas que desinteresadamente han participado en esta investigación, desde el profesorado hasta el alumnado de los Centros de Enseñanza.

A Laura Piñeiro, Directora del Centro de Apoyo a las Familias 1 del Ayuntamiento de Madrid, porque como directora sabes movilizarlos y organizarlos y a la vez nos comprendes y respetas. A mis compañeros de trabajo porque las diferencias en nuestros criterios nos hacen crecer.

Y como no, a mi familia, las palabras se hacen pequeñas para expresar lo que siento por vosotros. A mis padres por su amor en mi vida. A Manolo, a Santos, a Rebeca y a Lucía la niña de mis ojos. Finalmente, a Carlos porque eres una persona muy especial. Me hacéis ser mejor persona, gracias.

ÍNDICE

Presentación.....	1
--------------------------	----------

PARTE PRIMERA

Fundamentos teóricos

I. La violencia en las relaciones de noviazgo: Situación Actual.....	7
1. Introducción	7
2. Marco conceptual aplicado de la violencia doméstica	9
3. Marco conceptual específico de la presente tesis doctoral.....	12
4. Estudios epidemiológicos.....	14
4.1. Epidemiología de la violencia doméstica en general	18
4.2. Epidemiología de la violencia en el noviazgo	28
4.3. Epidemiología de la violencia en el noviazgo en función de las diferentes manifestaciones	20
4.3.1. Agresión física	21
4.3.2. Agresión psicológica	29
4.3.3. Agresión sexual.....	34
4.3.4. Coexistencia de las diferentes formas de agresiones.....	38
4.4. Críticas a los estudios epidemiológicos de la violencia en el noviazgo	41
5. A modo de resumen	46
 II. Patrón de la violencia en el noviazgo.....	49
1. Introducción	49
2. Elementos que configuran la violencia en las relaciones de noviazgo	50
2.1. Desarrollo de la violencia en el noviazgo.....	50
2.2. Edad.....	54
2.3. Sexo.....	56
2.3.1. Consecuencias en función del sexo	61
2.3.2. El contexto en función del sexo	63

2.3.3. Críticas a los estudios en función del sexo	69
2.4. Agresión bidireccional o cruzada.....	70
2.5. Justificación de las conductas agresivas	74
2.6. Después de las conductas agresivas	76
2.6.1. Reacciones como respuesta a las conductas agresivas	77
2.6.2. Recursos de ayuda.....	80
2.7. Consecuencias a la violencia en el noviazgo	85
3. A modo de resumen	88
III. Factores de riesgo de la violencia en el noviazgo.....	91
1. Introducción	91
2. Conceptualización: Factores de riesgo y de protección	92
2.1. Definición	92
3. Factores de riesgo: Clasificación.....	93
3.1. Factores sociodemográficos.....	94
3.1.1. Variaciones étnicas.....	94
3.1.2. Estatus socioeconómico.....	95
3.1.3. Lugar de residencia	96
3.2. Factores históricos.....	99
3.2.1. Maltrato infantil	100
3.2.2. Violencia intrafamiliar.....	102
3.2.3. Prácticas educativas inadecuadas	106
3.2.4. Estructura y composición familiar	108
3.3. Factores clínicos.....	114
3.3.1. Alcohol y drogas	114
3.3.2. La ira	117
3.3.3. Iniciación temprana a las agresiones en general y en las relaciones de pareja en particular	120
3.3.3.1. Iniciación temprana en conductas agresivas.....	121
3.3.3.2. Agresiones en las relaciones de pareja pasadas	122
3.3.4. Trastorno emocional: depresión.....	123
3.3.5. Variables de personalidad.....	124
3.3.5.1. Autoestima	124

3.3.5.2. Control interpersonal	126
3.3.5.3. Los celos	127
3.3.5.4. Perfiles de personalidad	129
3.3.6. Actitudes y creencias que justifican la violencia	130
3.3.7. Actitudes y creencias tradicionales de los roles de género	134
3.4. Factores interpersonales y contextuales	148
3.4.1. Déficit de habilidades de comunicación y de solución de problemas	148
3.4.2. Influencia del grupo de iguales	149
3.4.3. Satisfacción en la relación de pareja	153
4. A modo de resumen	156
IV. Prevención de la violencia en el noviazgo	159
1. Introducción	159
2. Teorías y modelos explicativos de la violencia en el noviazgo	160
3. Programas preventivos en las relaciones de noviazgo	170
3.1. Programas de prevención	170
3.2. Programas de prevención: Agresión sexual	180
4. Críticas a los programas preventivos	184
5. A modo de resumen	186

PARTE SEGUNDA
Investigación empírica

V. Planteamiento General de Investigación	191
1. Introducción	191
2. Objetivos generales.....	192
3. Método.....	193
3.1. Selección de los centros escolares.....	193
3.2. Selección de la muestra	196
3.3. Formación del equipo de campo	198
3.4. Elaboración del instrumento de evaluación	200
3.5. Procedimiento general de aplicación.....	204
 VI. Primer estudio: Adaptación psicométrica de las escalas sobre la violencia en las relaciones de noviazgo	207
1. Introducción	207
2. Instrumentos objeto de adaptación	208
2.1. Escala de Tácticas de Conflicto Modificada.....	208
2.2. Escala de Tácticas de Dominancia y Tácticas Celosas.....	211
3. Objetivos	213
4. Muestra	213
5. Procedimiento.....	216
6. Resultados	217
6.1. Adaptación psicométrica de la Escala de Tácticas de Conflicto Modificada	217
6.1. Adaptación psicométrica de la Escala de Tácticas de Dominancia y Tácticas Celosas	222
7. Discusión.....	226
 VII. Segundo estudio: Análisis de la violencia en las relaciones de noviazgo en una muestra juvenil de la Comunidad Autónoma de Madrid.....	235
1. Introducción	235
2. Objetivos	236
3. Hipótesis	237
4. Método	239

4.1. Muestra	239
4.2. Diseño.....	240
4.3. Instrumentos y variables.....	240
4.4. Análisis de datos	247
5. Resultados	248
5.1. Análisis descriptivo de las variables relacionales	249
5.2. Análisis de prevalencias	257
5.2.1. Prevalencia general de la agresión física leve y grave	257
5.2.2. Prevalencia específica de la agresión física leve.....	260
5.2.3. Prevalencia específica de la agresión física grave.....	263
5.2.4. Agresión física: lesiones, motivos y recursos de ayuda	265
5.2.4.1. Lesiones	266
5.2.4.2. Motivos	269
5.2.4.3. Recursos de ayuda	274
5.2.5. Prevalencia general de la agresión psicológica.....	276
5.2.6. Prevalencia específica de la agresión verbal.....	280
5.2.7. Prevalencia específica de las tácticas dominantes.....	282
5.2.8. Prevalencia específica de las tácticas celosas	284
5.2.9. Prevalencia general de la agresión sexual.....	286
5.2.10. Prevalencia específica de la agresión sexual.....	288
6. Resumen de resultados.....	291
7. Discusión.....	302
VIII. Conclusiones generales	323
IX. Perspectivas futuras de investigación	327
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS.....	329
ANEXOS.....	371

ÍNDICE DE TABLAS

Tabla 1.1. Marco conceptual de la violencia.....	10
Tabla 1.2. Porcentaje de malos tratos según el grupo de edad.....	16
Tabla 1.3. Porcentaje de mujeres maltratadas según grupo de edad.....	17
Tabla 1.4. Denuncias por malos tratos producidos por la pareja o expareja, según relación con el/la autor/a.....	18
Tabla 1.5. Proporción de agresiones físicas.....	25
Tabla 1.6. Proporción de agresiones psicológicas.....	32
Tabla 1.7. Proporción de agresiones sexuales.....	36
Tabla 2.1. Resumen de estudios relacionados con el sexo.....	59
Tabla 2.2. Resumen de estudios relacionados con las consecuencias y el contexto.....	67
Tabla 2.3. Resumen de estudios relacionados con la agresión bidireccional.....	72
Tabla 2.4. Resumen de estudios relacionados con las respuestas a la agresión y los recursos de ayuda	83
Tabla 3.1. Resumen de factores de riesgo sociodemográficos.....	98
Tabla 3.2. Resumen de factores de riesgo históricos.....	109
Tabla 3.3. Resumen de factores de riesgo clínicos.....	140
Tabla 3.4. Resumen de factores de riesgo interpersonales y contextuales.....	154
Tabla 4.1. Niveles de prevención y su caracterización.....	159
Tabla 4.2. Estudios de evaluación de los programas preventivos	174
Tabla 4.3. Estudios de evaluación de los programas preventivos de la agresión sexual	181
Tabla 5.1. Distribución de la muestra en función del sexo y la edad	198
Tabla 6.1. Diagnóstico global de la bondad de ajuste de los modelos de análisis factorial confirmatorio del M-CTS.....	221
Tabla 6.2. Coeficientes de fiabilidad para las sub-escalas del M-CTS.....	222

Tabla 6.3. Diagnóstico global de la bondad de ajuste de los modelos de análisis factorial confirmatorio de la Escala de Tácticas de Dominancia y Tácticas Celosas	225
Tabla 6.4. Coeficientes de fiabilidad para las sub-escalas de la Escala de Tácticas de Dominancia y Tácticas Celosas	226
Tabla 7.1. Orientación sexual en función del sexo y la edad	250
Tabla 7.2. Edad media de la primera relación de pareja en función del sexo y la edad	251
Tabla 7.3. Edad media de la pareja en función del sexo y la edad	252
Tabla 7.4. Número de parejas a lo largo de la vida en función del sexo y la edad.....	253
Tabla 7.5. Tiempo de la relación más larga en función del sexo y la edad.....	254
Tabla 7.6. Tiempo de la relación en la actualidad en función del sexo y la edad.....	255
Tabla 7.7. Descripción del tipo de relación en función del sexo y la edad.....	256
Tabla 7.8. Patrón de continuidad en el tiempo en función del sexo y la edad	257
Tabla 7.9. Pronóstico de la reacción en función del sexo y la edad.....	257
Tabla 7.10. Prevalencias generales de la agresión física leve y grave.....	258
Tabla 7.11. Prevalencias generales de la agresión física leve y grave según edad y sexo	261
Tabla 7.12. Prevalencias específicas de la agresión física leve según edad y sexo (perpetración)	261
Tabla 7.13. Prevalencias específicas de la agresión física leve según edad y sexo (victimización)	262
Tabla 7.14. Prevalencias específicas de la agresión física grave según edad y sexo (perpetración)	263
Tabla 7.15. Prevalencias específicas de la agresión física grave según edad y sexo (victimización)	265
Tabla 7.16. Prevalencias de las lesiones autoinformadas según edad y sexo	266
Tabla 7.17. Prevalencias de las lesiones autoinformadas por parte de la pareja según edad y sexo.....	278
Tabla 7.18. Prevalencias de los motivos autoinformados de la agresión física según edad y sexo	270

Tabla 7.19. Prevalencias de los motivos de la agresión física referidos de la pareja según edad y sexo	272
Tabla 7.20. Prevalencias específicas de las respuestas y recursos en una situación de violencia según edad y sexo	275
Tabla 7.21. Prevalencias generales de la agresión psicológica	276
Tabla 7.22. Prevalencias generales de la agresión psicológica según edad y sexo	277
Tabla 7.23. Prevalencias específicas de la agresión verbal según edad y sexo (perpetración)	280
Tabla 7.24. Prevalencias específicas de la agresión verbal según edad y sexo (victimización)	281
Tabla 7.25. Prevalencias específicas de las tácticas dominantes según edad y sexo (perpetración)	283
Tabla 7.26. Prevalencias específicas de las tácticas dominantes según edad y sexo (victimización)	284
Tabla 7.27. Prevalencias específicas de las tácticas celosas según edad y sexo (perpetración)	285
Tabla 7.28. Prevalencias específicas de las tácticas celosas según edad y sexo (victimización)	286
Tabla 7.29. Prevalencias generales de la agresión sexual	287
Tabla 7.30. Prevalencias generales de la agresión sexual según edad y sexo	287
Tabla 7.31. Prevalencias específicas de la agresión sexual según edad y sexo (perpetración)	289
Tabla 7.32. Prevalencias específicas de la agresión sexual según edad y sexo (victimización)	290
Tabla 7.33. Tabla Resumen de las prevalencias de las diferentes manifestaciones de la agresión en las relaciones de noviazgo (perpetración).....	299
Tabla 7.34. Tabla Resumen de las prevalencias de las diferentes manifestaciones de la agresión en las relaciones de noviazgo (victimización).....	299

Tabla 7.35. Tabla Resumen de las prevalencias de las diferentes manifestaciones de la agresión en función del sexo y de los tres tipos de clasificación.....	300
Tabla 7.36. Tabla Resumen de las prevalencias de las diferentes manifestaciones de la agresión en función de la edad y de los tres tipos de clasificación.....	301

ÍNDICE DE FIGURAS

Figura 1.1. Modelo longitudinal de O’Leary y Slep (2003)	41
Figura 2.1. Fases del ciclo de la violencia.....	51
Figura 2.2. Violencia en el noviazgo como puente de unión entre la violencia en la familia de origen y la violencia doméstica.....	53
Figura 2.3. Consecuencias asociadas a la violencia en el noviazgo	87
Figura 3.1. Modelo mediacional (Wolf y Foshee, 2003).....	120
Figura 4.1. La contribución de la exposición a la violencia	163
Figura 6.1. Análisis Factorial Confirmatorio de la estructura factorial del M-CTS. Perpetración.....	219
Figura 6.2. Análisis Factorial Confirmatorio de la estructura factorial del M-CTS. Victimización	220
Figura 6.3. Análisis Factorial Confirmatorio de la estructura factorial de la Escala de Tácticas de Dominancia y Tácticas Celosas. Perpetración	223
Figura 6.4. Análisis Factorial Confirmatorio de la estructura factorial de la Escala de Tácticas de Dominancia y Tácticas Celosas. Victimización	224

ÍNDICE DE GRÁFICOS

Gráfico 5.1. Porcentaje de sujetos en función del sexo (muestra total).....	197
Gráfico 5.2. Porcentaje de sujetos en función del rango de edad (muestra total)	197
Gráfico 5.3. Porcentaje de sujetos en función de la ocupación (muestra total)	198
Gráfico 6.1. Porcentaje de sujetos en función del sexo	214
Gráfico 6.2. Porcentaje de sujetos en función del rango de edad.....	214
Gráfico 6.3. Porcentaje de sujetos en función de la ocupación.....	215
Gráfico 6.4. Porcentaje de sujetos en función del nivel de estudios de institutos.....	215
Gráfico 6.5. Porcentaje de sujetos en función del área de estudio	216

PRESENTACIÓN

La violencia en las relaciones de pareja conforma un problema social, constituye un atentado contra los derechos humanos y, por tanto, un atentado contra los derechos a la vida, a la seguridad, a la libertad y a la dignidad de las personas.

Son muchos los profesionales e instituciones que dedican sus esfuerzos en conocer pormenorizadamente este importante problema desde distintos ámbitos de actuación. Donde la finalidad última es comprometernos en la defensa de la vida, nadie tiene el derecho a abusar de otro ser humano, sean cuales sean sus razones, sus creencias o valores y sus experiencias.

Desde diferentes ámbitos, se ha planteado que la violencia no suele surgir de forma espontánea durante el matrimonio o en la vida de pareja, con frecuencia se inicia durante el noviazgo en la adolescencia y juventud. Es fundamental comprender lo que sucede en esta fase de noviazgo y ofrecer un marco en el que situar este periodo de vital importancia en el desarrollo saludable de las parejas jóvenes.

Desde este marco surge la propuesta del presente trabajo de investigación que pretende de forma genérica:

(a) adaptar a población española dos escalas de reconocido uso internacional con el objeto de evaluar el comportamiento agresivo en las relaciones de noviazgo por parte de los más jóvenes de nuestra sociedad.

(b) conocer la situación de la violencia en las relaciones de noviazgo en una muestra representativa de adolescentes y jóvenes de la Comunidad de Madrid con edades comprendidas entre los 16 y los 26 años.

Para la consecución de los objetivos propuestos, la investigación realizada consta de dos partes bien diferenciadas: teórica y empírica.

En la fundamentación teórica, una primera parte se revisan los estudios epidemiológicos en función de las diferentes manifestaciones de la agresión (agresión física, agresión psicológica y agresión sexual) con el objetivo de establecer un marco de referencia en el que poder incorporar los resultados de la presente tesis doctoral. Un segundo capítulo, se presenta con la finalidad de subrayar los elementos que conforman el fenómeno de la violencia en el noviazgo (la edad, el contexto, su justificabilidad y las consecuencias). Para así, en el tercero de los capítulos de esta primera parte, centrarse en el análisis de los factores de riesgo asociados al inicio de la violencia del noviazgo en población adolescente. Tras una primera parte de conceptualización, se realiza una revisión de aquellos estudios presentes en la literatura, con el objetivo de mostrar un panorama general de la situación de este campo de estudio y, especialmente, determinar cuáles son los factores o variables más determinantes al contar con un mayor soporte empírico. Finalmente, el cuarto de los capítulos se describen las principales aportaciones desde una perspectiva preventiva. Su inclusión en el presente trabajo se debe a la necesidad de actuar desde el punto de vista preventivo sobre la población infantil o adolescente.

Finalizada esta primera parte de fundamentos teóricos, se presenta una segunda en la que se da paso a la investigación empírica realizada. Como punto de partida, el quinto de los capítulos se exponen los objetivos generales de investigación junto con el método utilizado para la selección de la muestra de estudio, la formación del equipo de campo, la presentación del instrumento de evaluación y, finalmente el procedimiento a través del cual se desarrolla la propuesta de estudio en su totalidad. A partir de aquí, se presentan los dos estudios empíricos realizados.

El primero, se centra en la adaptación a la población española de dos escalas de amplio y reconocido uso internacional (Escala de Tácticas de Conflicto Modificada y la Escala de Tácticas de Dominancia y Tácticas Celosas), con el objetivo de evaluar el comportamiento agresivo en las relaciones de pareja de jóvenes y adolescentes con las suficientes garantías de fiabilidad y validez. El segundo, pretende conocer la extensión y

características de tres comportamientos agresivos que pueden darse en las relaciones de noviazgo (agresiones físicas, agresiones psicológicas y agresiones sexuales), tanto en las respuestas de perpetración como de victimización, o si se producen de forma unidireccional o bidireccional en función de la edad y el sexo. Además de evaluar las lesiones, motivos y recursos de ayuda de las agresiones físicas.

Me gustaría terminar esta presentación con una pregunta: “*Y después ¿De dónde partir?*”, parafraseando a Jorge Barudy, cada uno desde donde está, con lo que tiene y lo mejor que pueda, con la esperanza de que en esta inmensa red humana haya otros y otras que están pensando y haciendo lo mismo, con paciencia y perseverancia, por distintos caminos pero con la mirada puesta en un mismo horizonte.

Primera Parte

FUNDAMENTOS TEÓRICOS

VIOLENCIA EN LAS RELACIONES DE NOVIAZGO: SITUACIÓN ACTUAL

1. INTRODUCCIÓN

En los últimos tiempos, la violencia doméstica se ha configurado como uno de los problemas más importantes con que se enfrenta la sociedad de nuestros días, no sólo por la enorme magnitud del fenómeno, sino también por la gravedad de las consecuencias personales y sociales derivadas del mismo, hasta el grado de ser reconocido como un problema de salud pública.

La Declaración Universal de los Derechos Humanos de 1948 es el pilar fundamental sobre el que se sustentan diversas declaraciones, convenciones y acuerdos en contra de la violencia doméstica. Se establecen unas bases comunes tanto a nivel internacional como a nivel nacional en la que la violencia constituye una violación de los derechos humanos, requiriendo cambios importantes a nivel legislativo, político, sanitario y, sobre todo, en la conciencia social de todas las personas implicadas.

Las Naciones Unidas y sus diversos organismos como la Organización Mundial de la Salud, el Consejo de Europa, Amnistía Internacional y otras organizaciones no gubernamentales han analizado y elaborado diversos informes generales sobre su extensión y sus repercusiones. Así, por ejemplo, tal y como señala la Organización Mundial de la Salud (1995), la violencia de género es una prioridad internacional. En este sentido, el Informe Mundial sobre la Violencia y Salud (2002), en el que se realiza una

exposición de sus consecuencias, se concluye que la violencia es una de las principales causas de muerte y lesiones en todo el mundo a la vez que se formulan recomendaciones dirigidas a su prevención. También desde Naciones Unidas, a través de la Comisión de Derechos Humanos, se han elaborado informes que analizan la situación de todos los países o de diversas zonas específicas. El ofrecer este tipo de datos es fundamental para enmarcar la situación de cada país y transmitir la necesidad de profundizar en los avances legislativos y sociales eficaces para su prevención.

En la línea comentada, la evidencia señala que, en la actualidad, la violencia doméstica es un fenómeno frecuente. Es ésta una situación realmente preocupante si tenemos en cuenta la instauración y consolidación de patrones estables a lo largo del ciclo vital y la aparición temprana de problemas relacionados con la calidad de vida, el ajuste social, el daño y la muerte que pueden llegar a afectar de forma determinante a la familia, a la comunidad y a la economía (American Psychological Association, 1999).

Lejos de desaparecer con la democratización de la sociedad, el estado del bienestar y el acceso de las mujeres a la igualdad legal y laboral, etc., este fenómeno continúa imparable en todos los países, clases sociales, edades y culturas. Sin embargo, la conciencia pública, la sensibilización, los medios de comunicación, las reacciones políticas y sociales y la adopción de medidas judiciales, han desplazado lo que en un principio era entendido como un problema privado dentro de un marco personal, llegando a ser reconocido y tratado como un problema social que atrae la atención de numerosos profesionales y organismos públicos y privados.

El objetivo del presente capítulo en primer lugar, es clarificar conceptualmente el objeto de estudio de la presente tesis doctoral para establecer un marco de referencia en el que poder incorporar y comparar los resultados. Es fundamental determinar una definición operativa de los constructos objeto de estudio para la utilización de los resultados en el marco de la planificación y diseño de programas terapéuticos y/o preventivos homogéneos. Y en segundo lugar, se presentan los datos relativos a los porcentajes de diferentes tipos de agresiones en las relaciones de pareja de adolescentes y

jóvenes en sus distintas manifestaciones para enmarcar la situación en la que se encuentra este sector de la población.

2. MARCO CONCEPTUAL DE LA VIOLENCIA DOMÉSTICA

A la hora de manejar la información relativa a la violencia es necesario considerar ciertos matices de aquellos conceptos que van a ser utilizados para su análisis y que difieren, en alguna medida, según diferentes disciplinas científicas, posicionamientos teóricos y objetivos de investigación.

Como se ha señalado, uno de los principales problemas que surgen a la hora de abordar el estudio de la violencia desde cualquier aproximación es, sin lugar a dudas, el de su propia conceptualización. Según Berkowitz (1981), uno de los problemas a la hora de dar una definición del término violencia, es que en el lenguaje cotidiano, se ha usado para referirse a una amplia variedad de acciones diferentes. Además, las definiciones de violencia no han precisado las diferencias culturales en los diferentes estudios sin dejarse llevar por el relativismo cultural ni limitarse a aquello que es detectable físicamente (Cousineau y Rondeau, 2004). También, entre otros factores, esta dificultad podría estar relacionada con el distinto enfoque teórico del que parten los autores en sus investigaciones a la hora de definir conceptos tan multidimensionales como el de violencia. Así pues, cada institución ha ido precisando y utilizando una definición concreta según su propio punto de vista y utilizando los términos que le son más afines. Términos como violencia doméstica, violencia de género, violencia conyugal, violencia familiar, violencia contra las mujeres, etc., constituyen diversas formas de abordar el fenómeno de la violencia. Indudablemente, la utilización del lenguaje puede tener profundos efectos en la sociedad, al atender a ciertos aspectos de la realidad e ignorar otros que pueden ser necesarios igualmente en el desarrollo de propuestas sociales y políticas (Johnson, 1995).

Desafortunadamente, tal diversidad de abordajes de la violencia han dado lugar a diferentes líneas de investigación y a diferentes resultados (Riggs, Caulfield y Street, 2000), dificultando la realización de estudios transculturales (American Psychological

Association, 2002). En la Tabla 1.1, se presenta una revisión relativa a los distintos términos empleados por los distintos organismos internacionales y nacionales, para luego, establecer una definición precisa de lo que se entenderá por violencia a lo largo de los distintos capítulos de los que consta esta tesis doctoral.

Tabla 1.1. Marco conceptual de la violencia doméstica

ORGANISMO	CONCEPTO	DEFINICIÓN
Consejo de Europa, Julio de 2002 (Consejo de Europa. Asamblea Parlamentaria, 2002)	Violencia doméstica	La violencia doméstica es un tipo de comportamientos abusivos (abusos físicos, sexuales o emocionales) perpetrados por un miembro de la pareja sobre el otro para conseguir o mantener el control. Sucede en la casa familiar y a veces también se ven involucrados los hijos u otros miembros de la familia.
Asamblea General de las Naciones Unidas en su resolución de 20-12-1993 (ONU, 1994)	Violencia de género	Todo acto de violencia basado en el género que tiene como resultado posible o real un daño físico, sexual o psicológico, incluidas las amenazas, la coerción o la privación arbitraria de la libertad, ya sea que ocurra en la vida pública o en la vida privada. Incluyendo la violencia física, sexual y psicológica en la familia, incluidos los golpes, el abuso sexual de las niñas en el hogar, la violencia relacionado con la dote, la violación por el marido, la mutilación genital y otras prácticas tradicionales que atentan contra la mujer, la violencia ejercida por personas distintas del marido y la violencia relacionada con la explotación; la violencia física, sexual y psicológica al nivel de la comunidad en general, incluidas las violaciones, los abusos sexuales, el hostigamiento y la intimidación sexual en el trabajo, en instituciones educacionales y en otros ámbitos, el tráfico de mujeres y la prostitución forzada; y la violencia física, sexual y psicológica perpetrada o tolerada por el Estado, donde quiera que ocurra.
I Congreso de Organizaciones Familiares celebrado en Madrid en diciembre de 1987 (Torres y Espada, 1996)	Violencia familiar	Toda acción u omisión de uno o varios miembros de la familia que dé lugar a tensiones, vejaciones u otras situaciones similares en los diferentes miembros de la misma

ORGANISMO	CONCEPTO	DEFINICIÓN
Convención de Belén, suscrita por la Organización de Estados Americanos (OEA) en Junio de 1994	Violencia contra la mujer	<p>Artículo 1: Para los efectos de esta convención debe entenderse por violencia contra la mujer cualquier acción o conducta basada en su género, que cause muerte, daño o sufrimiento físico, sexual o psicológico a la mujer, tanto en el ámbito público como en el privado.</p> <p>Artículo 2: Se entenderá que violencia contra la mujer incluye la violencia física, sexual y psicológica:</p> <ol style="list-style-type: none"> 1. Que tenga lugar dentro de la familia o unidad doméstica o en cualquier otra relación interpersonal, ya sea que el agresor comparta o haya compartido el mismo domicilio que la mujer, y que comprende, entre otros, violación, maltrato y abuso sexual; 2. Que tenga lugar en la comunidad y sea perpetrada por cualquier persona y que comprende, entre otros, violación, abuso sexual, tortura, trata de personas, prostitución forzada, secuestro y acoso sexual en el lugar de trabajo, así como en instituciones educativas, establecimientos de salud o cualquier otro lugar, y 3. Que sea perpetrada o tolerada por el estado o sus agentes, donde quiera que ocurra.
Asociación Americana de Psicología (Walker, 1999)	Violencia o maltrato doméstico	Un patrón de conductas abusivas que incluye un amplio rango de maltrato físico, sexual y psicológico, usado por una persona en una relación íntima contra otra, para ganar poder o para mantener el abuso de poder, control y autoridad sobre esa persona.
Asociación Americana de Psicología (2002)	Abuso y violencia familiar	La variedad de maltrato físico, sexual y emocional, que utiliza un miembro de la familia contra otro, entendiéndose por familia "...la variedad de relaciones, más allá de las de parentesco o matrimonio", en reconocimiento de que dinámicas similares de abuso pueden ocurrir en esas relaciones.
Instituto de la Mujer (Díaz-Aguado, Martínez- Arias, 2002)	Violencia doméstica	<p>Cualquier definición de violencia doméstica debe contener los siguientes elementos:</p> <ul style="list-style-type: none"> - Ejercicio de violencia física, sexual y/o psicológica. - Practicada por la/el cónyuge o excónyuge, pareja de hecho, expareja o cualquier otra persona con la que la víctima forme o haya formado una unión sentimental o por cualquier otro miembro de la unidad familiar. - El agresor está en una situación de dominio permanente, en los casos en que la víctima es la mujer. - Habitualidad en el caso de la violencia psicológica, es decir, reiteración de los actos violentos.

Teniendo en cuenta estos planteamientos, se puede comprobar que aún hasta el momento actual no hay un acuerdo generalizado entre las diferentes investigaciones respecto a la conceptualización del término violencia y los problemas que conlleva su delimitación. Los planteamientos anteriores permiten extraer dos posibles soluciones a este problema: a) llegar a una visión consensuada de lo que es la violencia y de ahí elaborar una definición estándar y, b) describir con precisión los hechos, conductas y/o consecuencias a los que se alude al hablar de violencia. Para contribuir a clarificar estos desacuerdos, parece más adecuado revisar lo que organizaciones internacionales entienden por violencia para tener una visión de relativo consenso. En este sentido, la primera de las soluciones planteadas parece difícil, ya que algunos investigadores determinan que la violencia se trata de fenómenos distintos (Johnson, 1995), mientras que otro grupo de investigadores, plantean que sólo recientemente se ha logrado que las diversas formas de violencia sean consideradas como un único campo de estudio (American Psychological Association, 2002).

3. MARCO CONCEPTUAL ESPECÍFICO DE LA PRESENTE TESIS DOCTORAL

La adolescencia y/o juventud es un momento evolutivo de transición de la infancia a la madurez en el que se producen una gran cantidad de cambios afectivos, corporales y de valores, convirtiéndose en un período de especial vulnerabilidad y proclive al desarrollo de conductas desviadas.

Por su parte, el apoyo social hace referencia al conjunto de aportaciones de tipo emocional, material, informacional o de compañía que la persona percibe o recibe de distintos miembros de su red social (Gracia, Herrero y Musitu, 2002). Desde esta perspectiva, las relaciones de pareja se convierten en uno de los principales recursos de apoyo social que contribuyen al bienestar psicosocial y al afrontamiento de situaciones estresantes en la adolescencia y juventud. La intimidad tanto a nivel emocional como sexual tiene una gran influencia sobre la salud mental y física del ser humano (Baumeister y Leary, 1995). Se afirma que el establecimiento de relaciones íntimas parece jugar un papel muy importante en el desarrollo socioemocional. Asimismo,

Furnman y Shaffer (2003) evidencian que las primeras relaciones son fundamentales para el aprendizaje de habilidades necesarias en la edad adulta. De hecho, el establecimiento de una relación de pareja interviene según estos autores en cinco aspectos fundamentales: a) desarrollo de la identidad; b) desarrollo de la sexualidad; c) la transformación de las relaciones familiares; d) desarrollo de las relaciones de intimidad con los iguales y, e) los logros académicos y profesionales. Así, el contar con una relación de pareja puede influir en el prestigio social ante el grupo de iguales.

A la hora de manejar la información relativa a la tesis doctoral haré referencia al término *violencia en el noviazgo o en las relaciones de pareja de jóvenes y adolescentes* como un constructo general. Para establecer criterios concretos y definir o asignar la categoría de *agresión* a conductas determinadas que incluyen actos de agresión física tales como empujones, golpes, puñetazos; agresiones psicológicas, tales como agresiones verbales, conductas dirigidas a controlar las actividades de otra persona en el terreno de la familia, las relaciones interpersonales y el bienestar personal y conductas que implican el deseo de posesión de la otra persona; y agresiones sexuales.

De los planteamientos expresados en este apartado se derivan las siguientes conclusiones para esta investigación:

1. Contexto relativo a las relaciones de pareja.
2. El término novio/a se aplica en la siguiente investigación como una relación esporádica o duradera con cierta implicación afectiva, independientemente de que se trate de parejas heterosexuales u homosexuales.
3. Adolescentes y jóvenes de ambos sexos, con edades comprendidas entre los 16 y los 26 años pertenecientes a la Comunidad de Madrid.
4. Conductas concretas en una discusión de pareja relativas a la agresión física, psicológica y sexual.

4. ESTUDIOS EPIDEMIOLÓGICOS

La violencia en las relaciones de pareja en población española en general y en población adolescente y joven en particular, supone, en la actualidad, uno de los problemas sociales más serios con los que se enfrenta la sociedad de nuestros días.

Desde hace más de dos décadas se están desarrollando investigaciones y encuestas de ámbito general para analizar el problema de la violencia en las relaciones de pareja. Estos datos han servido para iniciar el conocimiento y su magnitud y ofrecer, en definitiva, un instrumento para la acción. Es decir, desarrollar programas de intervención en los sectores más necesitados y actuar de forma preventiva en etapas iniciales.

4.1. Epidemiología de la violencia doméstica en general

El objetivo prioritario de este apartado no es ofrecer todo tipo de datos y porcentajes referentes a esta materia sino, fundamentalmente, presentar el panorama general que ofrecen las investigaciones más recientes tanto nacionales como internacionales.

Las estimaciones con las que contamos sobre la prevalencia anual de la violencia provienen en su mayor parte de estudios realizados en EE.UU., Inglaterra y Canadá. El “*Informe Mundial sobre Violencia y Salud*” realizado por la Organización Mundial de la Salud con 48 encuestas de población de diversos países del mundo entre los años 1982 y 1999 estima que entre un 10% y un 69% de las mujeres han sido agredidas físicamente por sus parejas en algún momento de sus vidas. En el último año, el porcentaje de mujeres que han sido agredidas por su pareja varía entre el 1,3% y el 52% (Krug, Dahlberg, Mercy, Zwi y Lozano, 2002).

Canadá cuenta con numerosas investigaciones sobre la violencia contra las mujeres en una serie de estadísticas dentro de la *Enquête Sociale Générale* de los años

1988, 1993 y 1999. Específicamente, Rinfret-Raynor, Riou, Cantin, Drouin y Dubé (2004), realizan una investigación de ámbito regional cuyo principal objetivo es establecer una tasa anual de las agresiones físicas y sexuales, las consecuencias inmediatas para la salud en las mujeres y los factores asociados. Los resultados muestran que el 61% de las mujeres de 18 años o más que han vivido en una relación de pareja durante por lo menos 2 meses el año precedente, han sido víctimas de agresiones físicas por parte de sus parejas. Por lo que respecta a las agresiones sexuales, un 6,8% de mujeres las sufrieron.

Una de las investigaciones más globales en Francia es la desarrollada por Jaspard et al. (2003), mediante entrevistas a 6.970 mujeres de entre 20 y 59 años de edad, mostrando que el 2,5% de las mujeres sufren agresiones físicas, aunque, en el caso de las mujeres sin pareja actual, el porcentaje se eleva a 10,9%. Respecto a la violación y a otras prácticas sexuales no consentidas suceden en el 0,9% de los casos, duplicando el porcentaje en las mujeres sin pareja (1,8%). Tjaden y Thoennes (2000) hallaron una prevalencia vital para la violación, asalto físico y acoso del 21,7% y una tasa de mujeres agredidas a lo largo del último año (prevalencia anual) del 1,4%. En Gran Bretaña, con la *North London Domestic Violence Survey* (NLDVS), realizada en su primera fase con 571 mujeres, se encontró una tasa de prevalencia vital para el maltrato a las mujeres por parte de sus parejas actuales o pasadas del 30% y una prevalencia anual del 10% (Mooney, 2000). Otra línea de investigación interesante por la reflexión metodológica es la realizada por Eisikovits, Winstok y Fishman (2004), que muestra que el 13% de mujeres sufren agresiones físicas y el 56% control psicológico. Además, de la alta frecuencia entre la población más joven, destaca que la violencia es un proceso de interacción y se desarrolla a lo largo de la dinámica relacional, en vez de ser un episodio aislado.

En España, la prevalencia de maltrato doméstico es también elevada se estima que entre un 15% y un 30% de la población femenina se encuentran en esta situación (Echeburúa y Corral 1998) y cada cinco días muere una mujer (Varela, 2002). Como referencia, uno de los primeros abordajes de la violencia contra las mujeres que ofrecen resultados representativos de España y por Comunidades Autónomas, es el estudio del Instituto de la Mujer en el año 1999 y el año 2002: *“La violencia contra las mujeres.*

Resultados de la macroencuesta”. La Macroencuesta de 1999 fue realizada a 20.552 mujeres mayores de 18 años, donde un 4,2% de las mujeres encuestadas se han visto afectadas por el problema de los malos tratos y un 12,4% son consideradas técnicamente como “maltratadas”. La diferencia entre el primer porcentaje y el segundo indicaría la conciencia de ser una mujer maltratada. La encuesta distingue seis tipos de violencia: física, psicológica, sexual, económica, estructural y espiritual. Uno de los datos más preocupantes es la distribución por edades tal y como se observa en la Tabla 1.2, es decir, de las mujeres que sufren malos tratos el 12,1% se situaría en el grupo de 18-29 años. Un 11,1% de las mujeres españolas mayores de 18 años se consideraban técnicamente como “maltratadas” y un 4% se autoclasifican como maltratadas en el último año. En cuanto a la cronicidad del problema no hay diferencias entre ambas encuestas, detectando que el 70% de los casos los actos violentos se dan desde hace más de 5 años (Instituto de la Mujer, 2000, 2003).

Tabla 1.2. Porcentaje de malos tratos según el grupo de edad
(Instituto de la Mujer, 2000)

Edad	Porcentaje de mujeres que sufren malos tratos
De 18 a 29 años	12,1%
De 30 a 39 años	11,2%
De 40 a 49 años	14,9%
De 50 a 59 años	16,1%
De 60 a 64 años	15,1%
De 65 y más años	8,5%

Con respecto a la variable edad (Tabla 1.3), se ha producido desde 1999 un cambio importante en cuanto a las diferencias encontradas en los porcentajes obtenidos según el grupo de edad de las mujeres maltratadas. En este sentido, a pesar de que la proporción de mujeres maltratadas desciende a partir del 2002, lo que sí resulta especialmente relevante es el hecho de que, en términos generales, las mujeres más jóvenes parecen sufrir malos tratos en sus relaciones de pareja, lo que coloca a este grupo de jóvenes en una posición de mayor riesgo a la hora de consolidar este patrón en la vida adulta.

Tabla 1.3. Porcentaje de mujeres maltratadas según grupo de edad

MUJERES TIPO A(1)	AÑO	1999	2002(*)	2006
	TOTAL	12,4	11,1	9,6
	18-29	11,8	10,3	9,1
	30-44	12,3	10,4	10,1
	45-64	15,6	15,1	11,9
	65 y más	9	8,2	6,8

MUJERES TIPO B (11)	AÑO	1999	2002(*)	2006
	TOTAL	4,2	4	3,6
	18-29	3,8	3,3	3,2
	30-44	4,4	4,2	4,4
	45-64	5,3	4,9	4,4
	65 y más	2,7	3,3	2,1

(1) Mujeres consideradas técnicamente como “Maltratadas”

(2) Mujeres Autoclasificadas como “Maltratadas” durante el último año.

Nota: A partir del año 2002, los datos de Ceuta y Melilla aparecen de forma conjunta.

Fuente: Instituto de la Mujer: Macroencuesta sobre “Violencia contra las mujeres”

Un estudio reciente es el de Fontanil et al. (2005) que realizan un muestreo estratificado según la zona de residencia sobre una población de unas 450.000 mujeres del Principado de Asturias con un total de 421 entrevistas realizadas. Los resultados del estudio indican que el 20,2% de la población femenina ha sufrido maltratos a manos de su pareja y que el 6,2% de las mujeres lo han sufrido durante el último año. Atendiendo a los datos de las agresiones de los compañeros afectivos con y sin convivencia, el 81,1% de los agresores han sido o son esposos o compañeros convivientes y el 18,9% restante novios.

Del análisis de los datos recogidos por el Ministerio del Interior (acumulado hasta diciembre de 2007), según las denuncias por malos tratos producidos por la pareja o expareja, según relación con el/la autor/a (Tabla 1.4) se constata su magnitud.

En definitiva, se comprueba que la violencia se da también en las relaciones de noviazgo (novio/a o exnovio/a), lo que abre un camino para conocer mejor los datos sobre su situación y el análisis de los factores asociados.

Tabla 1.4. Denuncias por malos tratos producidos por la pareja o expareja, según relación con el/la autor/a

Mujeres. Datos Absolutos (Delitos + Faltas)	AÑO	2002	2003	2004	2005	2006	2007
	TOTAL	43.313	50.088	57.527	59.758	62.170	63.347
	Cónyuge	22.430	22.638	23.263	22.252	22.174	21.400
	ExCónyuge	4.674	5.605	6.289	6.466	6.372	6.121
	Comp. Sentimental	8.166	11.124	14.633	16.255	17.360	18.675
	Excomp.Sentimental	5.640	7.630	9.648	10.827	11.985	12.697
	Novio/a	822	1.132	1.494	1.733	1.958	2.076
	Exnovio/a	1.581	1.959	2.200	2.225	2.321	2.378

Hombres. Datos Absolutos (Delitos + Faltas)	AÑO	2002	2003	2004	2005	2006	2007
	TOTAL	8.216	8.861	9.518	9.407	10.801	10.902
	Cónyuge	3.800	3.526	3.288	3.100	2.889	2.587
	ExCónyuge	1.531	1.906	1.947	2.730	2.517	2.524
	Comp. Sentimental	1.249	1.376	1.688	1.946	1.923	1.981
	Excomp.Sentimental	1.245	1.597	2.037	2.664	2.851	3.177
	Novio/a	127	146	157	216	193	189
	Exnovio/a	264	310	401	424	428	444

Fuente: Elaboración propia a partir de los datos facilitados por el Ministerio del Interior.

(*) Incluido Separado/a-Divorciado/a.

Nota 1: En el País Vasco y Cataluña sólo se incluyen datos en relación con las denuncias presentadas ante los Cuerpos y Fuerzas de Seguridad del Estado.

Nota 2: Desde Enero de 2004, se incorporan nuevos tipos delictivos, a partir de las modificaciones legales aprobadas durante el año 2003. Así, se añaden los delitos de "Mutilación genital", y "Sustracción de Menores". Por su parte, la nueva redacción del art. 153 quita la habitualidad a los "Malos Tratos", concediéndosela al 173 que pasa a tipificarse como "Malos Tratos Habituales en el Ámbito Familiar". Por último, el delito de "Coacción a la prostitución" amplía su ámbito, al pasar a denominarse "Coacción/Lucro sobre las prostitución". Además, buena parte de las infracciones consideradas, hasta este momento, como faltas, pasan a tipificarse como "delitos".

4.2. Epidemiología de la violencia en el noviazgo

La revisión de las investigaciones realizadas en los diversos países sobre la violencia en las relaciones de pareja sostiene que la violencia entre las parejas de adolescentes y de jóvenes es significativa e incluso su magnitud es superior a la de las parejas adultas (Jackson, Cram y Seymour, 2000). Específicamente, en el estudio de Kury, Obergfell-Fuchs y Woessner (2004), las jóvenes determinan que son objeto de más agresiones que las mujeres de mayor edad, en concreto entre un 12,5% y un 28%. De la misma forma, otros autores han apoyado la reducción de las conductas agresivas a lo largo del ciclo vital de las personas (Fritz y O'Leary, 2004; Smith, White y Holland, 2003).

En realidad, según algunos estudios se considera que las mujeres separadas y las solteras están más expuestas a las agresiones masculinas que las mujeres casadas (Reiss y Roth, 1993). Mooney (2000), subraya que una parte de los maltratos aparecen cuando la mujer no está conviviendo con su pareja y, por tanto, la ausencia de convivencia no garantiza la no violencia.

Con el objetivo general de estudiar la violencia en las relaciones de noviazgo, existe un acuerdo unánime entre los investigadores centrados en esta área de estudio de exponer las limitadas investigaciones que se han llevado a cabo (Straus, Gelles y Steinmetz, 1980). Desde una perspectiva epidemiológica, Kanin (1957), consideró, por primera vez, la existencia de conductas agresivas en las relaciones de pareja de jóvenes. Como conclusión, en su estudio retrospectivo, encontró que un 30% de las mujeres habían sufrido agresiones sexuales a manos de sus parejas. No obstante, no fue hasta la década de los años ochenta cuando este fenómeno mostró su gravedad y su alarmante incremento. De esta forma, Makepeace (1981), fue el pionero en conducir una investigación sobre la naturaleza y prevalencia de la violencia en el noviazgo, obteniendo que uno de cada cinco estudiantes universitarios habían experimentado agresiones físicas por parte de sus parejas. Además, el 61% de la muestra revelaba conocer a alguien que la había sufrido.

Investigaciones posteriores, estiman la frecuencia entre un 9% y un 51% (Bergman, 1992; Billingham, Bland y Leary, 1999; Burky, Reuterman y Kopsky, 1988; Foshee et al., 1996; Mitchell, 1995; O'Keefe, Brackopp y Chew, 1986; O'Keefe y Treister, 1998). Así pues, Roscoe y Callahan (1985) calculan la frecuencia en un 9%, de forma que otros autores obtienen tasas intermedias como el 21% (Stacy, Schandel, Flannery, Conlon y Milardo, 1994), el 35% (O'Keefe et al., 1986), el 38% (Arias, Samios, y O'Leary, 1987) o el 45% (Pederson y Thomas, 1992).

De forma específica, en un estudio con estudiantes universitarios de 17 naciones: 6 Europeas, 2 del Norte de América, 2 Latino Americanas, 5 Asiáticas, una Australiana y Nueva Zelanda. Los resultados determinan un intervalo entre el 15% y el 45% de jóvenes que agraden a sus parejas en el noviazgo (Straus y Savage, 2005). De forma similar, en una muestra representativa de 863 mujeres universitarias entre los 18 y los 25 años, el

48% de las mujeres refirieron sufrir agresiones y, de éste, el 39% informaron de más de un tipo (Frederick y Susam, 2005). En la investigación de Howard y Wang (2003) se estudió, a partir de las respuestas de 7.824 mujeres, la prevalencia de la violencia en relación con factores de riesgo, datos demográficos, psicológicos y de comportamiento. El porcentaje medio de violencia sufrida es del 9,2% para todos los cursos, con una cierta tendencia al aumento con el paso de los años.

En 1998, la Organización Mundial de la Salud (OMS) informó que el 30% de las estudiantes universitarias habían revelado algún tipo de violencia en sus relaciones de pareja y, con el tiempo, las agresiones verbales se convertían en agresiones físicas. En otro estudio, más de la cuarta parte de la muestra de estudiantes femeninas fue víctima de algún tipo de agresiones por parte del novio (Rivera-Rivera, Allen, Rodríguez-Ortega, Chávez-Ayala y Lazcano-Ponce, 2006). En este sentido, los resultados muestran que es un problema que afecta a casi la mitad de las mujeres adolescentes (Swart, Mohamed-Seedat y Izabel, 2002).

Estas investigaciones coinciden a grandes rasgos con el Servicio de Violencia Familiar de Bilbao que muestra que en el 22% de los casos registrados, los problemas de violencia empiezan durante el noviazgo (Echeburúa y Corral, 1998).

En definitiva, estos datos demuestran que las agresiones no suelen surgir de forma espontánea durante el matrimonio o en la vida de pareja; con frecuencia se inician durante el noviazgo en jóvenes y adolescentes (Serran y Firestone, 2004).

4.3. Epidemiología de la violencia en el noviazgo en función de las diferentes manifestaciones

La revisión de las investigaciones realizadas diferencian tres categorías:

- Agresión física
- Agresión psicológica
- Agresión sexual

Es conveniente considerar por separado los distintos tipos de agresión para realizar una descripción precisa del problema en cuestión, aunque es cierto que se interrelacionan constantemente y rara vez se dan de manera aislada (Dutton, 1993). A continuación, se exponen, los datos más relevantes ofrecidos por organismos e investigaciones a nivel nacional e internacional que pueden ser representativos al haberse llevado a cabo en diferentes periodos temporales y, al mismo tiempo, ser semejantes en cuanto al rango de población estudiado.

4.3.1. Agresión física

Es necesario señalar que los estudios con mayor evidencia teórica y empírica se han centrado en su mayoría en la agresión física, dándose más importancia tanto en el ámbito personal, social y legal. La agresión física se refiere a aquellos actos o acciones como pegar, empujar y/o dar una bofetada. Según Corsi (1994) incluye: *“una escalada que puede comenzar con un pellizco y continuar con empujones, bofetadas, puñetazos, patadas, torceduras, pudiendo llegar a provocar abortos, lesiones internas, desfiguraciones, hasta el homicidio”*. No obstante, las agresiones físicas suelen verse precedidas por agresiones psicológicas (O’Leary, 1999).

Los datos epidemiológicos (Tabla 1.5) en estudiantes de instituto pueden variar entre el 9% y el 52% (Roscoe y Callahan, 1985), el 10% y el 20% (Henton, Cate, Koval, Lloyd y Christopher, 1983) y entre el 30% y el 40% (Malik, Sorenson y Aneshehsel, 1997; O’Keefe, 1997).

Los resultados generales de una muestra representativa de 7.000 estudiantes de instituto indican que un 10% y un 3% de las mujeres han sufrido empujones o lanzado algún objeto, respectivamente (Halpern, Oslak, Young, Martin y Kupper, 2001). En el estudio de Helland (1998), en una muestra representativa de 250 mujeres y 170 hombres, el 50% habían cometido agresiones físicas en contra de sus parejas y, el 52% han sido víctimas. Otro estudio con estudiantes de instituto es el realizado por el Centro de Control y Prevención (Centers for Disease Control and Prevention, 2001), que ofrece los resultados de una investigación nacional en Estados Unidos, donde el 10% de los

estudiantes experimentaron agresiones físicas de sus parejas en los 12 meses anteriores a la realización del estudio. Swart et al., (2002), analizan la prevalencia de la agresión física entre los estudiantes en sus relaciones personales. Los resultados generales indican que el 43,5% de las mujeres y el 35,3% de los hombres habían cometido agresiones. Las agresiones físicas graves tenían una prevalencia del 16% y del 27% en mujeres y hombres, respectivamente. Recientemente, O’Leary et al. (2005) determinaron que el 39% de las mujeres y el 24% de los hombres habían tenido comportamientos agresivos con sus parejas en el último año. Respecto a las tasas de victimización, el 30% de ambos sexos habían sido víctimas de agresiones físicas por parte de sus parejas.

En general, las agresiones físicas más frecuentes son formas “*leves*” (arrojar objetos, empujar y/o agarrar) (Bookwala, Frieze, Smith y Ryam, 1992; Katz, Street y Alias, 1997, Katz et al., 2002, Watson, 2005). En este campo de estudio, destaca la especial contribución de Dye y Eckhardt (2000), informaron que el 27% (28,3% y 25,3% hombres y mujeres, respectivamente) manifestaron al menos un acto de agresión física en contra de sus parejas. Específicamente, los actos agresivos más comunes eran: el agarrar y empujar (53,7%), intentos de control físico (44,8%) y arrojar algún objeto a la pareja (34,3%). Por su parte, el estudio realizado con población adolescente estadounidense ha señalado que, en general, los adolescentes se diferenciaban en la forma habitual de agredir. En concreto los hombres, agredían lanzando objetos a sus parejas (17,8%) y agarrando (13,6%). Mientras que las mujeres empujaban y agarraban a la pareja (34,1%) y daban bofetadas (26,7%), no encontrándose ninguna diferencia significativa en las lesiones detectadas (Avery-Leaf et al., 1997).

Para entender la aceptabilidad de la violencia por parte de la población más joven es preciso comentar el estudio de Hird (2000), donde el 14% de las mujeres y el 15% de los hombres estudiantes de secundaria habían sufrido agresiones físicas en sus relaciones de noviazgo. Lo interesante en este trabajo es que tanto los hombres como las mujeres consideraban las agresiones como una práctica “normal” dentro de sus relaciones de pareja.

En el caso de estudiantes de universidades, las estimaciones oscilan entre un 21,2% (Makepeace, 1981) y el 65% (Bookwala et al., 1992) o entre el 21% y el 40% (Arias, Samios y O'Leary, 1987; Pederson y Thomas, 1992; Rigg y O'Leary, 1996).

Un estudio reciente realizado por Hettrich y O'Leary (2005) encontraron que el 32% de las mujeres universitarias revelaron agredir físicamente a sus parejas. La dirección de los resultados comentados se ha visto confirmada en otras investigaciones donde un tercio de las relaciones de noviazgo se caracterizan por utilizar agresiones físicas (Sugarman y Hotaling, 1989). Así, en el estudio de Shook, Gerrity, Jurich y Segrist (2000), en una muestra de 572 estudiantes de universidad, el porcentaje de agresiones físicas se situaba en torno al 21%, encontrándose, que de éstos, el 94% también utilizaban la agresión verbal en contra de sus parejas. Ramírez (2002) encontró prevalencias ligeramente elevadas en estudiantes mejicanos, donde más de un tercio sufrieron agresiones físicas y un 43% las perpetraron.

En este sentido, es necesario profundizar en dos importantes estudios llevados a cabo por el mismo grupo investigador. El primero de ellos es el realizado por Hettrich y O'Leary (2005), en una muestra de jóvenes universitarios, los resultados confirmaron que las agresiones referidas por las mujeres eran menos graves que las de los hombres y hacían referencia a: 1) empujar o agarrar; 2) dar bofetadas y, 3) y dar patadas o morder. Mientras los comportamientos agresivos más frecuentes en los hombres eran dos: 1) restringir los movimientos físicos y, 2) forzar sexualmente. En segundo lugar, en una muestra representativa de adolescentes se compararon las tasas de victimización y perpetración en la agresión física tanto en mujeres como en hombres. Los resultados de estos análisis no llegan a conclusiones muy homogéneas con respecto al anterior estudio, de forma que las mujeres revelaban agredir más en los ítems: empujar o agarrar; abofetear; patear, golpear o morder; dar una paliza y, amenazar con un cuchillo o una pistola (O'Leary et al., 2005).

En este campo de estudio, destaca la especial contribución de González y Santana (2001b), en una muestra de 1146 estudiantes españoles en la que encontraron que el 7,5% de los hombres y el 7,1% de las mujeres habían empujado o pegado a su pareja al menos

una vez. Tasas más altas obtendrían Corral y Calvete (2006), en una muestra de 839 estudiantes universitarios, por lo que el 22,1% habían agredido físicamente a sus parejas.

Estudios como el de Magdol et al. (1998), realizados con el objetivo de delimitar las prevalencias de la agresión física y verbal tanto en la victimización como la perpetración, encontraron que dos de cada cinco mujeres y uno de cada cinco hombres agredieron (arrojar algún objeto, empujar, etc.) a sus parejas. Y una de cada cuatro mujeres y uno de cada tres hombres sufrieron este tipo agresión. También evaluaron las agresiones físicas severas y encontraron que una de cada cinco mujeres y uno de cada quince hombres habían utilizado este tipo de agresión. Es especialmente relevante señalar la tendencia contraria observada para la agresión física, ya que en el estudio longitudinal, entre la década del 1986 y 1996, de Billingham, Bland y Leary (1999), señalan que, atendiendo a los porcentajes de agresión física que se inician entre los 18 y los 24 años de ambos sexos, la agresión parece haberse estabilizado e incluso decrecido en comparación con otros estudios.

En la actualidad se está llevando a cabo un proyecto de alcance internacional con 30 países representativos de todo tipo de culturas y estados socioeconómicos. Los resultados preliminares de 31 universidades de 16 países indican que un 29% de estudiantes habían cometido agresiones en el último año. Las agresiones físicas graves tenían una media de 9,4% (entre el 4% y el 20% según las distintas universidades) (Straus, 2004a).

Un estudio pionero que investiga directamente la agresión entre adolescentes de alto riesgo (consumidores de drogas, delincuentes) resultaron ser violentos con sus parejas recientes o habituales entre el 68% y el 33% de mujeres y varones, respectivamente (Chase, Treboux, O'Leary y Strassberg, 1998). También, Cyr, McDuff y Wright (2006) estimaron que aproximadamente el 45% sufrieron agresiones físicas por parte de sus parejas en una muestra de 126 mujeres entre los 13 y los 17 años que habían sufrido abusos sexuales en su infancia. En cambio, en el estudio de Mooney (2007) se obtienen prevalencias similares entre una muestra clínica de adolescentes y una muestra de estudiantes de instituto.

Tabla 1.5. Proporción de agresiones físicas

POBLACIÓN	ESTUDIO EPIDEMIOLÓGICO	EVIDENCIA EMPÍRICA
Estudiantes de Instituto	Bergman, 1992	- Víctimización: 15,7% de las mujeres y el 7,8% en hombres.
	Malik et al., 1997	- Víctimización: 38,2% en ambos sexos. - Perpetración: 39,3% en ambos sexos.
	Avery-Leaf et al., 1997	Las formas de agresiones más frecuentes en los hombres son: lanzar objetos a su pareja (17,8%) y en la restricción física (13,6%). En el caso de las mujeres la forma más habitual de agredir son: empujar y agarrar a la pareja (34,1%) y dar bofetadas (26,7%).
	Helland, 1998	- Víctimización: El 52% en ambos sexos. - Perpetración: 50% en ambos sexos.
	Molidor y Tolman, 1998	- Víctimización: 37% de las mujeres y el 36% en hombres. Existían diferencias en los diferentes modos de agredir, mientras que los hombres sufrían más bofetadas, arañazos, patadas y pellizcos. En las mujeres eran más frecuentes los puñetazos y forzadas sexualmente a mantener relaciones sexuales. Las mujeres informaban de recibir agresiones más severas y en el 70% son sus parejas quienes empezaban. En los hombres el 27% informaban que eran sus parejas quienes iniciaban las agresiones.
	Hird, 2000	- Víctimización: 14% de las mujeres y 15% los hombres.
	Coker et al., 2000	- Víctimización: 9,7% de las mujeres.
	Halpern, Oslak, Young, Martin y Kupper, 2001	- Víctimización: El 10% y el 3% de las mujeres han sufrido empujones y lanzado algún objeto, respectivamente, en los 18 meses antes de la evaluación.
	Silverman, Raj, Mucci y Hathaway (2001)	- Víctimización: 15,4% en las mujeres.
	Centro de Control y Prevención (Centers for Disease Control and Prevention, 2002)	- Víctimización: 10% de los estudiantes experimentaron agresiones físicas en un periodo de 12 meses.
	Swart et al., 2002	- Perpetración: 43,5% de las mujeres y 35,3% de hombres en los últimos 12 meses. Respecto estas tasas, el 16% de las mujeres y el 27% de los hombres indicaron haber cometido lesiones severas.

POBLACIÓN	ESTUDIO EPIDEMIOLÓGICO	EVIDENCIA EMPÍRICA
	<p>O'Leary y Slep, 2003</p> <p>Kinsfogel y Grych, 2004</p> <p>Gagné, Lavoie y Hébert, 2005</p> <p>O'Leary et al., 2005</p>	<p>- Víctimización: 22% las mujeres y el 24% de los hombres.</p> <p>- Perpetración: 19% en ambos sexos.</p> <p>- Víctimización: Oscilan entre el 25% al 37%, dependiendo de las formas de agresión (física, psicológica y sexual).</p> <p>- Víctimización: el 30% de la mujeres y el 30% de los hombres.</p> <p>- Perpetración: 39% de las mujeres y el 24% de los hombres. Las mujeres revelan agredir más en los ítems: empujar o agarrar; abofetear; patear, golpear o morder; dar una paliza y, amenazar con un cuchillo o una pistola. Sin embargo, sufren más intentos de ahogo por parte de sus parejas masculinas.</p>
Estudiantes de Instituto en riesgo	<p>Chase et al., 1998</p> <p>Cyr et al., 2006</p>	<p>- Víctimización: el 68% de las mujeres y el 33% de los hombres.</p> <p>- Víctimización: 45% de mujeres que habían sufrido abusos sexuales en la infancia.</p>
Muestra clínica de adolescentes	Mooney, 2007	- 51% de adolescentes han experimentado alguna forma de agresión a lo largo de sus relaciones de noviazgo.
Estudiantes de Universidad	<p>Bernard y Bernard, 1983</p> <p>Sigelman et al., 1984</p> <p>Deal y Wampler, 1986</p> <p>McKinney, 1986</p> <p>Arias, Samios y O'Leary, 1987</p>	<p>- Perpetración: En una muestra de 461 adolescentes, el 21% de las mujeres frente a un 15% de los hombres admitieron haber agredido físicamente a sus parejas.</p> <p>- Víctimización: 47,8% de las mujeres y el 58,9% de los hombres.</p> <p>- Perpetración: 52,1% de las mujeres y el 53,6% de los hombres cometieron agresiones físicas en contra de la pareja en el pasado año.</p> <p>- Víctimización: Los hombres arrojaban tres veces más probabilidad de declararse víctima.</p> <p>- Perpetración: 26% de las mujeres y el 21% de los hombres.</p> <p>- Perpetración: En una muestra de 270 estudiantes se verificó que el 49% de las mujeres y el 30% de los hombres manifestaron haber empleado alguna forma de agresión física.</p>

POBLACIÓN	ESTUDIO EPIDEMIOLÓGICO	EVIDENCIA EMPÍRICA
	Marshall y Rose, 1987	- Perpetración: En una muestra de 308 estudiantes de universidad revelaron que el 52% agredieron a sus parejas.
	Burke, Stets y Pirog-Good, 1988	- Perpetración: 18% de las mujeres y el 14% de los hombres declararon haber agredido físicamente en los últimos 12 meses. Específicamente, el 18% de las mujeres y el 10% de los hombres declararon haber cometido agresiones constantemente.
	Arias y Jonson, 1989	- Perpetración: 19% de las mujeres y el 20% de los hombres.
	Stets y Pirog-Good, 1989	Las mujeres sufrían más empujones (24% y 10%, respectivamente), mientras que los hombres eran abofeteados (12% y el 8%, respectivamente).
	Sugarman y Hotaling, 1989	Un tercio de las relaciones de noviazgo se caracterizan por utilizar agresiones físicas.
	Thompson, 1990	- Perpetración: 28,4% de las mujeres y el 24,6% de los hombres expresaron agresiones físicas hacia sus parejas durante los últimos dos años. Además, las mujeres eran dos veces más propensas a la hora de abofetear a sus parejas.
	Follingstad, Wright, Lloyd y Sebastian, 1991	- Víctimización: 6,6% de las mujeres y el 16,5% de los hombres. - Perpetración: El 12% de las mujeres y el 4,8% de hombres.
	White y Koss, 1991	- Víctimización: 32% de las mujeres y el 39% de los hombres. - Perpetración: 35% de las mujeres y el 37% de los hombres.
	Caufield y Riggs, 1992	- Perpetración: El 19% de las mujeres habían abofetado a sus parejas, frente al 7% de los hombres. De igual forma, el 13% de las mujeres habían dado patadas, mordiscos o golpes a sus parejas frente al 3,1% de los hombres.
	Demaris, 1992	- Perpetración: Un cuarto de la población universitaria utilizan las agresiones físicas.
	Dye y Eckhardt, 2000	- Perpetración: 25,3% de las mujeres y el 26,3% los hombres. Las agresiones más frecuente en las relaciones de noviazgo consisten en: agarrar y empujar (53,7%); intentos de control físicos (44,8%) y arrojar algún objeto a la pareja (34,3%).

POBLACIÓN	ESTUDIO EPIDEMIOLÓGICO	EVIDENCIA EMPÍRICA
	<p>Shook et al., 2000</p> <p>Katz, Carino y Hilton, 2002</p> <p>Ramírez, 2002</p> <p>Parrot y Zeichner, 2003</p> <p>Straus, 2004a</p> <p>Hettrich y O'Leary, 2005</p> <p>Corral y Calvete, 2006</p> <p>Luthra y Gidycz, 2006</p> <p>Straus et al., 1996</p> <p>Wetzel, 2006</p> <p>Straus y Ramírez, 2007</p>	<p>- Perpetración: 23,5% las mujeres y el 13% de los hombres admitían forzar físicamente a la pareja.</p> <p>- El 23% de los participantes habían agredido físicamente a sus parejas, y un 8% utilizó una agresión severa.</p> <p>- Victimización: Más de un tercio sufrieron agresiones físicas.</p> <p>- Perpetración: 43% en ambos sexos.</p> <p>- Perpetración: el 60,2% de los hombres habían agredido a sus parejas.</p> <p>- Perpetración: Entre el 17% y el 45% de los estudiantes universitarios habían agredido físicamente a sus parejas, donde el 9,4% son agresiones físicas graves.</p> <p>- Perpetración: 32% de las mujeres. Las agresiones de las mujeres hacen referencia a: 1) empujar o agarrar, 2) dar bofetadas y, 3) dar patadas o morder. Mientras las agresiones de los hombres se refieren: 1) restringir los movimientos físicos y, 2) forzar sexualmente.</p> <p>- Perpetración: El 22,1% de los estudiantes universitarios habían agredido físicamente a sus parejas.</p> <p>- Perpetración: 10% de los hombres refieren agresiones físicas en su relación más reciente.</p> <p>- Victimización: 31% de las mujeres y el 49% de los hombres.</p> <p>- Perpetración: 24% de las mujeres y 25% de los hombres informaron de agredir físicamente a sus parejas.</p> <p>Determinaron las prevalencias de agresiones físicas en cuatro contextos culturales diferentes: Nueva Hampshire (29,7%), Mexicanos-Americanos (34,2%), no Mexicanos (30,9%) y Ciudad Juárez (46,1%).</p>
Jóvenes entre los 16 y los 18 años	González y Santana, 2001b	- Perpetración: 7,1% de las mujeres y 7,5% los hombres.

POBLACIÓN	ESTUDIO EPIDEMIOLÓGICO	EVIDENCIA EMPÍRICA
Adolescentes	O'Leary et al., 1989a	- Perpetración: 44% las mujeres y 31% los hombres.
	Magdol et al., 1998	- Victimización: 1 de cada 4 mujeres y 1 de cada 3 hombres. - Perpetración: 2 de cada 5 mujeres y 1 de cada 5 hombres.
	O'Keefe y Treister, 1998	- Victimización: 45,5% en mujeres y 43,2% en hombres.
	Violencia contra las mujeres (2003). Informe ejecutivo de la encuesta nacional de violencia contra las mujeres.	- Victimización: 4,1% en mujeres, la cual se caracterizó principalmente por actos como los empujones y los golpes con la mano.
	Foie et al., 2001	El 16,4% del total de las mujeres adolescentes muestran una agresión media o leve, con respecto al 10,4% de los varones. Sin embargo, el 9,3% y el 3,5% de hombres y mujeres, respectivamente, agredieron severamente (golpear con un puño, atacar con una pistola o un cuchillo).
	Linder y Collins, 2005	- Perpetración: 45% en ambos sexos.
	Howard et al., 2005	- Victimización: 9% en ambos sexos.
	Holt y Espelage, 2005	-Victimización: 37% en ambos sexos.

4.3.2. Agresión psicológica

La agresión psicológica “es toda conducta orientada a la desvalorización de la otra persona” (Alberdi y Matas, 2002). Alguno de los comportamientos en que se manifiesta son: “La ridiculización, amenazas verbales e insultos, humillación; aislamiento social y económico; celos y posesividad; amenazas verbales de maltrato, daño físico o tortura; amenazas repetidas de divorcio, abandono o de tener una aventura con una mujer; destrucción o daño a objetos personales a los que se les tiene cierto apego o cariño” (Follingstad, Rutledge, Berg, Hause y Polek, 1990). Según Murphy y Hoover (2001), existen cuatro tipos de agresiones psicológicas en parejas de estudiantes: (a) actitudes de hostilidad (ej., negarse a discutir de un problema); (b) dominar o intimidar a la pareja (ej., amenazar con hacer daño a los amigos/as de la pareja); (c)

degradar a la pareja (ej., insultar), y (d) un control restrictivo (ej., preguntar insistentemente a la pareja donde ha ido).

Este tipo de agresiones es el más difícil de identificar, de forma que su severidad es estimada en función tanto de la frecuencia como del impacto subjetivo que informan las víctimas (Walker, 1979), sentimientos de culpa, sufrimiento, intimidación o desvalorización (López, 2002). En los estudios clínicos con víctimas de violencia doméstica, el maltrato psíquico produce consecuencias tan graves como el físico (Echeburua y Corral, 1998; O’Leary, 1999; Sarausa y Zubizarreta, 2000; Walker, 1984b).

Estos planteamientos cobran, si cabe, una mayor importancia, al considerar que las agresiones psicológicas, a menudo ocurren simultáneamente o preceden a las agresiones físicas (Capaldi y Crosby, 1997; Hydén, 1995; Kasian y Painter, 1992; Murphy y O’Leary, 1989). Además, como consecuencia de incorporar nuevas conductas, las agresiones psicológicas preceden a las físicas, incrementando su frecuencia y consecuencias (Magdol et al., 1998; Riggs, Murphy y O’Leary, 1989). En el estudio de Parker (2006) las agresiones psicológicas precedían las agresiones físicas. De forma similar, en el estudio de White, Merrill y Koss (2001), las agresiones verbales constituían el mejor predictor para las agresiones físicas en población adolescente. Respecto las consecuencias, las agresiones psicológicas acentuaban mayor estrés respecto a las agresiones físicas en población adolescente (Harned, 2001).

Los mecanismos psicológicos a través de los cuales determinados tipos de agresión están justificados o son más aceptados bajo determinadas circunstancias hacen que las agresiones verbales, las acciones celosas y tácticas de control ocurran con más frecuencia y puedan considerarse más normativas que las agresiones físicas (Jezl, Molitor y Wright, 1996). Similarmente, las agresiones más indirectas suelen ser mucho más frecuentes que las agresiones directas (Wolfe et al., 2001). De esta forma, las agresiones psicológicas se consideran por los adolescentes y jóvenes como un patrón de convivencia “*normal*” y “*adecuado*” en sus relaciones de pareja. De cualquier modo, las actitudes que justifican la violencia en general es una variable determinante como se expondrá en el capítulo 3.

Del análisis de los datos recogidos en la Tabla 1.6, por los distintos estudios representativos, se observa un aumento considerable de la presencia de agresiones psicológicas. Se constata que la proporción de agresiones verbales y psicológicas oscilan entre un 2/3 a un 3/4 de las relaciones de noviazgo (Cascardi, Avery-Leaf, O'Leary y Slep, 1999). Así, Schumacher y Slep (2004) encontraron que el 94% de las mujeres y el 84% de los hombres agredían verbalmente a sus parejas. Es importante señalar que esta tendencia se ha observado también en el estudio de Shook et al. (2000), en una muestra de 572 estudiantes de universidad, en la que el 82% admitió haber utilizado agresiones verbales en contra de su pareja en el pasado año, sin que se dieran diferencias significativas en función del sexo. También, Ramírez (2002) encontró prevalencias del 57,3% en victimización y 60% en ejecución, frente a un estudio realizado en España que encontraron tasas más altas, específicamente el 69,2% y 74,9%, respectivamente. Respecto las agresiones más frecuentes en el estudio de Rivera-Rivera et al. (2006), eran los empujones, la falta de respeto, el hacer sentir inferior y proferir insultos o gritos. La agresión menos frecuente eran las amenazas de terminar la relación si no se mantenían relaciones sexuales.

La dirección de los resultados comentados se ha visto confirmada por los datos obtenidos de estudios en nuestro país. Este es el caso de la investigación llevada a cabo por Muñoz-Rivas, Graña, O'Leary y González (2007b) arrojan datos que señalan que aproximadamente un 90% de los estudiantes admitían haber agredido verbalmente a sus parejas.

Con respecto a las tasas de victimización, esta situación se agrava si consideramos que el 54% de las mujeres y el 49% de los hombres han sufrido agresiones psicológica y que, en la mayoría de los casos, estas conductas en la edad adulta supone la consolidación de un patrón de agresiones (Hird, 2000). Si se considera el sexo de los encuestados, el estudio de Jackson et al. (2000), señala que el 82% de las mujeres y el 76% de los hombres sufren este tipo de maltrato. En el estudio de White y Koss (1991), se observa nuevamente niveles de victimización similares a ambos sexos, aunque las mujeres informaron de infligir más agresiones psicológicas que los hombres. Asimismo, Magdol et al. (1998), analizaron las prevalencias tanto de las personas que emiten como las que reciben agresiones verbales y físicas. En cuanto a las agresiones verbales, el

94,6% de mujeres y el 85,8% de hombres revelaban cometer agresiones verbales en contra de sus parejas, mientras que, 4 de cada 5 mujeres y hombres (83,8% y 89,7%, respectivamente) sufrieron agresiones verbales. En el estudio longitudinal de Gidycz, Warkentin y Orchowski (2007), determinaron que los hombres universitarios que habían perpetrado agresiones verbales también habían sufrido agresiones verbales y físicas.

Un estudio pionero en determinar la prevalencia de la violencia en el noviazgo entre gays, lesbianas, bisexuales y heterosexuales adolescentes, muestra que el 41,5% de los hombres y el 37,1% de las mujeres presentaban algún tipo de agresiones, concretamente eran los hombres y las mujeres bisexuales los que tenían una mayor probabilidad de ser víctimas (Freedner, Freed, Yang y Austin, 2002).

Tabla 1.6. Proporción de agresiones psicológicas

POBLACIÓN	ESTUDIO EPIDEMIOLÓGICO	EVIDENCIA EMPÍRICA
Estudiantes de Instituto	<p>Cascardi, Avery-Leaf, O'Leary y Slep, 1999</p> <p>Hird, 2000</p> <p>Lavoie et al., 2002</p> <p>Kinsfogel y Grych, 2004</p> <p>Schumacher y Slep, 2004</p>	<p>Los porcentajes de agresiones verbales y psicológicas son de 2/3 a 3/4 en las relaciones de noviazgo.</p> <p>- Víctimización: El 54% de las mujeres y el 49% de los hombres.</p> <p>- Víctimización: El 40,7% en ambos sexos.</p> <p>- Perpetración: 20% en ambos sexos.</p> <p>- Perpetración: En la agresión verbal el 94% de las mujeres y el 84% de los hombres. Respecto las tácticas celosas, el 88% de las mujeres y el 70% de los hombres.</p>
Estudiantes Universitarios	<p>McKinney, 1986</p> <p>Straus, Hamby, Boney-McCoy y Sugarman, 1996</p> <p>Shook et al., 2000</p>	<p>- Víctimización: 38% de las mujeres y el 47% de los hombres.</p> <p>- Víctimización: 78% de las mujeres y el 76% de los hombres.</p> <p>- Perpetración: 83% de las mujeres y el 74% de los hombres.</p> <p>- Perpetración: 83% de las mujeres y el 80% de los hombres cometieron agresiones verbales.</p>

POBLACIÓN	ESTUDIO EPIDEMIOLÓGICO	EVIDENCIA EMPÍRICA
	<p>Harned, 2001</p> <p>Freedner et al., 2002</p> <p>Ramírez, 2002</p> <p>Smith et al., 2003</p> <p>Corral y Calvete, 2006</p> <p>Muñoz-Rivas et al., (2007b)</p> <p>Gidycz et al., 2007</p>	<p>- Víctimización: 82% de las mujeres y 87% de los hombres.</p> <p>- Víctimización: 37,1% de las mujeres y el 41,5% de los hombres.</p> <p>- Víctimización: 57,3% en ambos sexos. - Perpetración: 60% en ambos sexos.</p> <p>- Víctimización: 25,4% de las mujeres sufren amenazas.</p> <p>- Víctimización: 69,2% en ambos sexos. - Perpetración: 74,9% en ambos sexos.</p> <p>Señalan que aproximadamente un 90% de los estudiantes admitían haber agredido verbalmente a sus parejas.</p> <p>- Perpetración: 84% de los hombres refieren cometer agresiones verbales. Específicamente, en el seguimiento de 3 meses es el 74%.</p>
Adolescentes	<p>Magdol et al., 1998</p> <p>Violencia contra las mujeres (2003). Informe ejecutivo de la encuesta nacional de violencia contra las mujeres.</p> <p>Jackson et al., 2000</p> <p>Halpern y Oslak y Young, 2001</p> <p>Holt y Espelage, 2005</p>	<p>- Víctimización: 83,8% de mujeres y 89% de hombres. - Perpetración: 94,6% de mujeres y 85,8% en hombres.</p> <p>- Víctimaización: 9,4% de mujeres.</p> <p>- Víctimización: 82% de mujeres y 76% de hombres.</p> <p>- Un tercio de adolescentes han sufrido violencia verbal o física en sus relaciones de noviazgo.</p> <p>- Víctimización: 62% de mujeres y hombres.</p>
Adolescentes en riesgo	Cyr et al., 2006	- Víctimización: 90% de mujeres que habían sufrido abusos sexuales en la infancia.

4.3.3. Agresión sexual

Una de las formas de agresión más humillante que se observa en las relaciones de pareja es la agresión sexual que se ejerce “mediante presiones físicas o psíquicas que imponen relaciones sexuales no deseadas mediante coacción, intimidación o indefensión” (Alberdi y Matas, 2002).

Los datos estadísticos indican que la mitad de las mujeres que habían sufrido agresiones sexuales tenían entre 12 a 24 años (Bachman y Saltzman, 1995), en concreto, las violaciones ocurren antes de los 24 años (Kilpatrick, Edmunds y Seymour, 1992). En el estudio longitudinal de Humphrey y White (2000), determinaron que el 69,8% de las mujeres universitarias que habían sufrido agresiones sexuales tenían entre los 14 hasta los 18 años. Además, en el estudio de Gidycz, Hanson y Layman (1995), las universitarias que habían sufrido agresiones sexuales es el instituto tenían mayor probabilidad de ser también víctimas de este tipo de agresión en la universidad.

La mayoría de las investigaciones consideran que este tipo de agresión es más frecuente en las parejas jóvenes que en parejas adultas (Barnett, Miller-Perrin y Perrin, 1997). Aunque las ideas con respecto al sexo y, en particular a las relaciones sexuales, han cambiado en la última mitad del siglo XX, todavía hay personas que piensan que el placer sexual es un derecho y una obligación de la pareja. Estos datos adquieren mayor relevancia si consideramos que los estudiantes de primaria tienen una falta de conocimientos sobre la violencia, y, en particular, sobre la agresión sexual en las relaciones de pareja (Weisz y Black, 2001).

Los estudios que analizan la agresión sexual han llegado a conclusiones muy parecidas al observar que, en la mayor parte de los casos estudiados, son las mujeres las que presentaban tasas más altas respecto a los hombres (Foshee, 1996; O’Keefe y Treister, 1998; Spencer y Bryant, 1996). En esta línea pero de forma más específica, Harned (2001), realizó un importante estudio centrado en las distintas manifestaciones de la violencia y sugirió que la agresión sexual puede manifestarse en mayor medida entre

las personas que tienen relaciones de menor duración. Teniendo en cuenta estas conclusiones, informó que las mujeres universitarias tenían mayor probabilidad de ser víctimas de intentos de violación, respecto a los hombres universitarios. En un análisis más detallado, el estudio de Hird (2000), encontró que el 17,9% de las mujeres estudiantes confesaron ser forzadas a mantener interacciones sexuales con o sin penetración por sus novios. Además, los resultados de su estudio cualitativo mostraron que muchas de las agresiones físicas ejercidas por las mujeres eran una medida auto-defensiva contra las agresiones físicas y/o sexuales perpetradas por parte de sus parejas masculinas (Tabla 1.7).

Concretamente, los resultados obtenidos por Laurie (2005), con una muestra de 600 adolescentes con edades comprendidas entre los 15 a 19 años, informaron que el 64% habían perpetrado o sufrido alguna forma de coerción sexual en sus relaciones íntimas. En este sentido, el 53,5% eran víctimas y el 10,8% perpetradores, confirmando el uso de las amenazas como la forma de coerción más frecuente. También, en el estudio de Smith et al. (2003), la forma de agresión sexual más frecuente es la coerción verbal destinada a que la víctima consienta relaciones sexuales no deseadas. Con referencia al rango de edad, detectaron que el 88% de las mujeres sufrieron al menos un incidente de agresión física y/o sexual entre los 14 y los 18 años. Por su parte, Katz et al. (2002), obtuvieron resultados similares con una muestra de jóvenes universitarios y mostraron que el 33% de los estudiantes utilizaron la coerción sexual en sus relaciones de pareja, donde la conducta más frecuentes es: *“Yo insisto en tener sexo cuando mi pareja no quiere, pero no uso la fuerza física”*. Así, en el estudio de Stets y Pirog-Good (1989), el 36% de las mujeres y el 22% de los hombres denunciaron este tipo de agresiones. Específicamente, la conducta agresiva más frecuente era: *“contra mi deseo, mi pareja inició la aproximación sexual”*, tanto para los hombres como para las mujeres (18% y 19%, respectivamente).

En cuanto a la investigación realizada en nuestro país, no son muchos los estudios centrados en la agresión sexual de la población más joven, a excepción del de Fernández y Fuertes (2005) en el que se estudió de forma pormenorizada la presencia de agresiones sexuales en 572 adolescentes de entre 15 y 19 años procedentes de 5 institutos públicos

de Salamanca. Se concluyó que un 58,8% de los hombres y un 40,1% de las mujeres reconocieron que habían ejercido una o más agresiones sexuales sobre sus parejas. En cuanto a los resultados sobre las agresiones sexuales de las que fueron víctimas no existen diferencias significativas entre las mujeres y los hombres, en particular, el 54,2% de los chicos y el 50,1% de las chicas admitieron haber experimentado al menos un episodio de agresión sexual. Estos resultados entran en contradicción con otros estudios internacionales en los que sí se encontraban diferencias significativas en las tasas de victimización, específicamente, las mujeres sufrían más violencia sexual respecto los hombres (Bergman, 1992; Foshee et al., 1996; Molidor y Tolman, 1998). Específicamente, los datos aportados por el estudio de Bergman (1992), señalan que el 15,7% de las mujeres y el 4,4% de los hombres estudiantes revelaron tasas de agresión sexual. De forma similar, Foshee et al. (1996) establece que el 14,5% de las mujeres y el 6,9% de los varones adolescentes mostraron ser víctimas. Lo mismo ocurría en el caso del estudio de Bennett y Fineran (1998), con porcentajes del 16% y el 6% en el caso de las mujeres y hombres, respectivamente.

En los estudios anteriormente referidos, no se considera la orientación sexual de los participantes. Sin embargo, Freedner et al. (2002) realizaron un estudio pionero en este sentido, obteniendo que las mujeres bisexuales tenían una mayor probabilidad de ser víctimas de agresiones sexuales que las mujeres heterosexuales.

Finalmente, hay que subrayar que uno de los inconvenientes a la hora de evaluar las agresiones sexuales en los centros escolares es que tanto los educadores como el profesorado no permiten realizar este tipo de preguntas en las aulas (Malik et al., 1997).

Tabla 1.7. Proporción de agresiones sexuales

POBLACIÓN	ESTUDIO EPIDEMIOLÓGICO	EVIDENCIA EMPÍRICA
Estudiantes de Instituto	Bergman, 1992	- Víctimización: 15,7% de las mujeres y 4,4% en hombres.
	Asociación Universitaria Americana de Mujeres, 1993	- Víctimización: El 85% de las mujeres y 75% de los hombres.

POBLACIÓN	ESTUDIO EPIDEMIOLÓGICO	EVIDENCIA EMPÍRICA
	<p>Poitras y Lavoie, 1995</p> <p>Foshee et al., 1996</p> <p>Bennett y Fineran, 1998</p> <p>Molidor y Tolman, 1998</p> <p>Cascardi et al., 1998</p> <p>Hird, 2000</p> <p>Coker, McKeown, Sanderson, Davis, Valois y Huebner, 2000</p> <p>Silverman et al., 2001</p> <p>Laurie, 2005</p>	<p>- Victimización: 54% de las mujeres y el 13% de hombres.</p> <p>- Perpetración: 6% de las mujeres y el 14% de los hombres.</p> <p>- Victimización: 14,5% mujeres y el 6,9% en hombres.</p> <p>- Perpetración: 5% de las mujeres y el 1% de los hombres.</p> <p>- Victimización: El 16% de las mujeres y el 6% de hombres.</p> <p>- Perpetración: El 1% de las mujeres y el 4% de los hombres.</p> <p>- Victimización: El 17,8% de las mujeres y el 0,3% de los hombres.</p> <p>- Victimización: El 45% de las mujeres y el 28% de los hombres.</p> <p>- Victimización: 17,9% las mujeres.</p> <p>- Victimización: 21,3% de las mujeres.</p> <p>- Victimización: 9,1% de las mujeres.</p> <p>- Victimización: el 64,6% eran mujeres y 42.3% eran hombres.</p>
Estudiantes de Universidad	<p>Sigelman et al., 1984</p> <p>Stets y Pirog-Good, 1989</p> <p>Koss, 1988</p>	<p>- Victimización: 34,8% de las mujeres y el 20,9% de los hombres.</p> <p>- Perpetración: 1,8% de las mujeres y el 11,8% de los hombres.</p> <p>En términos de relaciones sexuales no deseadas, el 36% de las mujeres y el 22% de los hombres denunciaron dicho comportamiento. El más frecuente tanto para las mujeres como para los hombres es: “contra mi deseo, mi pareja inició la aproximación sexual”.</p> <p>- Victimización: Entre el 15% y el 12% de las mujeres declararon ser víctimas de violaciones e intentos de violaciones, respectivamente.</p> <p>- Perpetración: El 25% de los hombres manifestaron abusar sexualmente a sus compañeras.</p>

POBLACIÓN	ESTUDIO EPIDEMIOLÓGICO	EVIDENCIA EMPÍRICA
	Waldner-Haugrud y Madruguer, 1995	Sólo el 17% de las mujeres y el 27% de los hombres no informaron de ningún tipo de coerción sexual.
	Straus et al., 1996	- Víctimización: 30% de las mujeres y el 38% de los hombres declararon haber sido víctimas de una coerción sexual por parte de su pareja.
	O'Sullivan et al., 1998	- Víctimización: El 42,5% de las mujeres y el 18,5% de los hombres revelaron sufrir alguna forma de acosamiento sexual.
	Katz et al., 2002	El 33% de estudiantes universitarios/as utilizaron la coerción sexual. La conducta "Yo insisto en tener sexo cuando mi pareja no quiere (pero no uso la fuerza física)" la más usada (el 25% de los/as participantes).
	Smith et al., 2001	El 88% de las mujeres sufrieron al menos un incidente de violencia física o sexual entre la adolescencia (14 años) y la estancia en la universidad (18 años).
	Katz, Kuffel y Brown, 2006	El 28% de las mujeres sufrieron coerción sexual a través de agresiones verbales.
	Gidycz et al., 2007	- Perpetración: 18% de los hombres refieren cometer alguna forma de agresiones sexuales. Específicamente, en el seguimiento de 3 meses es el 10%.
Adolescentes	Violencia contra las mujeres (2003). Informe ejecutivo de la encuesta nacional de violencia contra las mujeres.	- Víctimización: 2,1% de las mujeres.

4.3.4. Coexistencia de las diferentes formas de agresiones

El sistema de conceptualización anteriormente analizado que define tres tipos de agresiones (física, psicológica y sexual), permite diferenciar una tipología de los malos tratos, sin embargo, se ha encontrado que estas manifestaciones se relacionan entre sí. En este sentido, es necesario destacar el hecho de que, en la realidad, los comportamientos agresivos se entrelazan conformando un patrón de comportamientos que caracterizan la

relación, prolongándose esta situación en el tiempo. Así, los miembros de la pareja pierden el control de la situación y se ven avocados a una espiral conflictiva.

Es preciso hacer referencia a un interesante estudio longitudinal realizado por Murphy y O'Leary (1989), en donde se señaló que las agresiones psicológicas, en concreto las agresiones verbales, predecían los primeros episodios de agresiones físicas en parejas recién casadas. Tal es el caso de los trabajos de Dutton y Golant (1995) que afirman que el maltrato físico estaría íntimamente relacionado con el maltrato emocional para controlar y dominar a la pareja. Por su parte, Margolin, John y Gleberman (1988), comprobaron que en parejas casadas, los hombres maltratadores exhibían agresiones verbales en contra de sus parejas pudiendo desembocar en otras expresiones extremas. Estos resultados son consistentes en las relaciones de noviazgo de adolescentes de forma que las agresiones psicológicas suelen predecir las agresiones físicas (White et al., 2001). También, los adolescentes que cometen agresiones físicas tienen mayor probabilidad de agredir verbalmente a sus parejas (Bookwala et al., 1992; Cano, Avery-Leaf, Cascardi y O'Leary, 1998; Follingstad, Bradley, Laughlin y Burke, 1999).

Del análisis de los datos recogidos del patrón de agresiones interrelacionadas, el estudio de Shook et al. (2000) indicaron que el 21% de los adolescentes estudiados, habían agredido físicamente a sus parejas. De estos casos, el 94% admitía también utilizar agresiones verbales. James, West, Deters y Armijo (2000) reforzaron la noción de que al menos un 25% de adolescentes experimentaron agresiones psicológicas y/o físicas en sus relaciones personales. Dentro de este mismo campo de trabajo, algunos autores han señalado la importancia de considerar el contexto en el cual se producen las diferentes formas de agresiones, ya que por ejemplo en el estudio de Ryan (1995), se mostró una relación entre el uso de amenazas en los varones y la posterior agresión física. En este caso, algunos investigadores sugieren que las agresiones verbales pueden preceder a las agresiones físicas, si las agresiones verbales no sirven para su cometido o guían el resultado deseado (Ray y Gold, 1996).

Paralelamente, se han estudiado la coexistencia de otros tipos de agresiones, en concreto en parejas procedentes de institutos (Foshee et al., 1996), en universidad (Rigg

y O’Leary, 1996) y parejas casadas (Meyer, Vivian y O’Leary, 1998) donde las agresiones sexuales raramente ocurrían en ausencia de agresiones físicas. En esta dirección trabajaron Swart et al. (2002) y comprobaron que los estudiantes de secundaria involucrados en agresiones físicas también estaban caracterizados por otras formas de agresiones como las tácticas coercitivas sexuales. De forma similar, en un estudio longitudinal, en el que utilizaron una muestra de 1.569 mujeres universitarias, los resultados indicaron que el 88% de las mujeres habían sufrido al menos un incidente de agresión física y/o sexual a lo largo de sus vidas, mientras que, el 63,5% de las mujeres experimentaban ambos tipos de agresiones en un intervalo de tiempo de cuatro años (Smith et al., 2003). Más concretamente, Bergman (1992) realizó un estudio con estudiantes de institutos y encontró, que el porcentaje de personas que habían sufrido una agresión sexual era del 15,7% en las mujeres y del 4,4% en los hombres. Cuando se consideraba la combinación de la agresión física y sexual aparecían tasas del 24,6% en mujeres y del 9,9% en varones. Sin embargo, en otros estudios esta relación solo se daba en los hombres (Katz et al., 2002).

Recientemente, O’Leary y Slep (2003) examinan un modelo longitudinal y bidireccional que relacionan las agresiones psicológicas (agresión verbal, comportamientos celosos y comportamientos controladores) con las agresiones físicas, estableciendo un patrón estable en el tiempo (ver Figura 1.1). Este modelo de agresión es un modelo dinámico interrelacional en la que la agresión psicológica es el precipitante de la agresión física tanto en hombres como en mujeres (Rigg y O’Leary, 1996; O’Leary y Slep, 2003).

Tomando en consideración los resultados epidemiológicos de los diferentes tipos de agresión así como su coexistencia, se pasará, a continuación, a analizar de forma detallada aquéllas críticas a los estudios anteriormente comentados que se han señalado relevantes y determinantes en este campo de estudio.

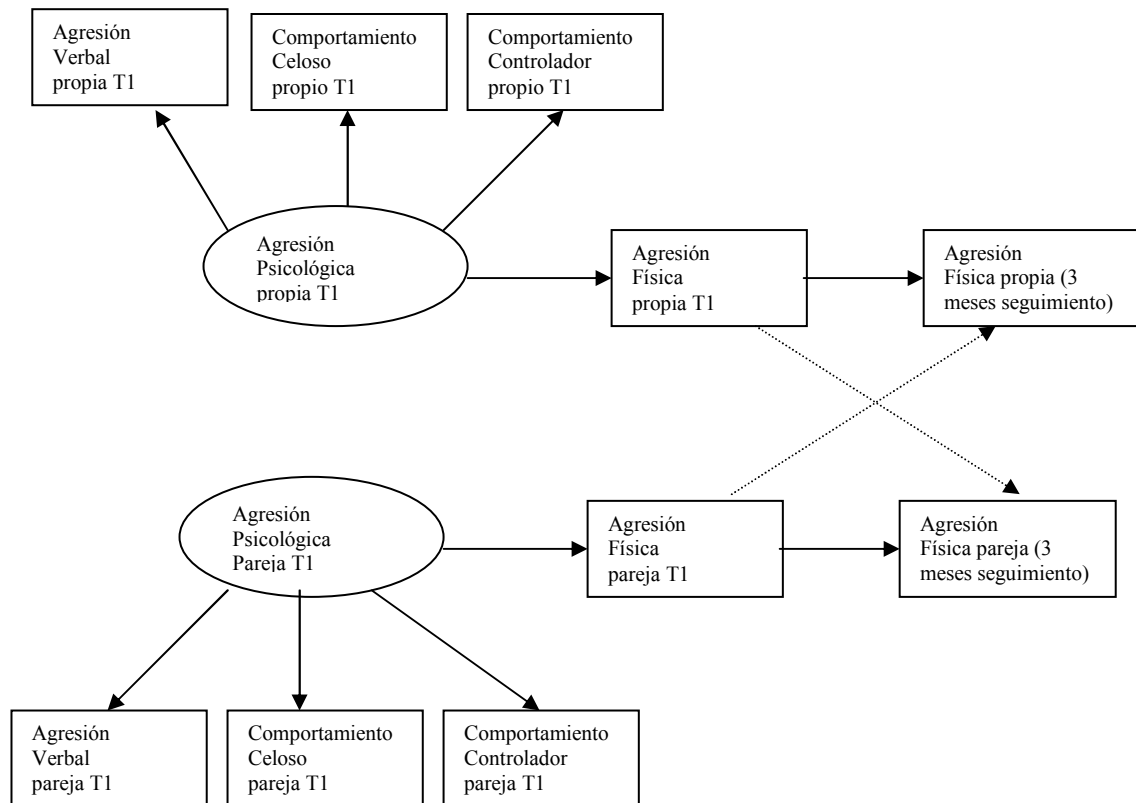


Figura 1.1. Modelo longitudinal de O'Leary y Slep (2003)

4.4. Críticas a los estudios epidemiológicos sobre la violencia en el noviazgo

La Organización Mundial de la Salud (OMS) en su “*Informe Mundial sobre Violencia y Salud*” señala que los resultados de los estudios sobre violencia doméstica no son directamente comparables ya que las medidas son altamente sensibles por varios factores: a) las definiciones utilizadas; b) la selección de los participantes en el estudio; c) las fuentes de las que se obtienen los datos y, d) la disponibilidad de los participantes para informar acerca de aspectos privados de sus vidas y que se relacionan con variables a considerar como la forma en que las preguntas son realizadas, la extensión de la entrevista, el sexo del entrevistador y el grado de privacidad de la misma (Krug et al., 2002).

Así pues, determinar la incidencia y prevalencia de la violencia resulta un trabajo complicado, si bien la mayoría de las investigaciones consideran indicadores como: el tipo de muestreo (ej., denuncias, población clínica, población general), la dimensión temporal que cubre la evaluación (ej., violencia anual, vital), los tipos de agresiones consideradas (física, psicológica y sexual), el medio en el que se realiza el estudio (ej., análisis de registros, por teléfono, encuesta cara a cara) y muchas otras decisiones que determinan las cifras obtenidas (Fontanil, Ezama y Fernández, 2002; Gordon, 2000).

En el desarrollo teórico y empírico para llegar a comprender la violencia en las relaciones de noviazgo se encuentran especiales dificultades debidas: a) las distintas definiciones utilizadas; b) las diferentes muestras empleadas; c) la metodología y, d) los datos analizados en los distintos estudios (Sugarman y Hotelling, 1989). A continuación se desarrollarán los tres primeros apartados.

a) Distintas definiciones utilizadas

Los investigadores señalan la falta de consenso a la hora de dar una definición operativa de la violencia en el noviazgo, incluso algunos de ellos no determinan una clara delimitación, optando cada adolescente, que es entrevistado, por su propia definición (Bookwala et al., 1992; Watson et al., 2001).

No obstante, otros investigadores determinan una definición, tal es el caso de Sugarman y Hotelling (1989) que señalan que la violencia en el noviazgo consiste: “*en el uso de la fuerza física o amenazas con la intención de causar daño o lesión a otros*”. Sin embargo, esta definición no especifica la edad y tampoco incluye otras manifestaciones como las agresiones psicológicas ni sexuales. En este mismo sentido, otros autores presentan definiciones no concluyentes como son los estudios de Pederson y Thomas (1992) y Stacy et al. (1994). O incluso otros estudios basan sus resultados epidemiológicos a partir de una sola pregunta: “*¿Alguna vez te has peleado con tu pareja?*” (Bergman, 1992; Silverman et al., 2001). En el estudio de Wolfe et al. (1996) la violencia en el noviazgo se define como: “*Las relaciones violentas y abusivas que refieren intentos de control y dominancia, ya sean físicos, sexuales o psicológicos causando daño*”.

En este mismo contexto, la visión de adolescentes y jóvenes sobre el matrimonio, la convivencia en pareja o sobre los novios/as suele estar mitificada a través de ciertos mecanismos socioculturales que están fuertemente arraigados en la sociedad. En este sentido, se han encontrado en las investigaciones múltiples definiciones aportadas al concepto de “*relaciones de noviazgo*” (Cuadro 1.1), que obstaculizan la generalización de los resultados y mediatizan sus conclusiones. Sin embargo, este problema puede ser evitado aportando una definición operativa del concepto de novio/a. En este campo de estudio, destaca la definición de Straus (2004b) que caracteriza las relaciones de pareja entre dos personas que incluye encuentros para la interacción social y actividades compartidas con una explícita o implícita intención de continuar la relación hasta que una de las dos partes la acaba o hasta que se establece alguna otra relación más comprometida (por ejemplo la cohabitación o el matrimonio). Según este estudio, las relaciones ocasionales o los simples ligues quedarían fuera de esta definición.

Cuadro 1.1. Definiciones del concepto “*relaciones de noviazgo*”

- “*Tener relaciones que implican cierto grado de afectividad, pudiendo ser de un día o de larga duración*” (Harned, 2001).
- “*Relaciones en las que las parejas se han estado viendo al menos durante un mes*” (Pittman, Wolfe y Wekerle, 2000).
- “*Relación con una pareja romántica durante los pasados 12 meses con una duración de al menos 1 mes*” (Magdol et al., 1998).
- “*Relación de pareja entre dos personas que incluye encuentros para la interacción social y actividades compartidas con una explícita o implícita intención de continuar la relación hasta que una de las dos partes la acaba o hasta que se establece alguna otra relación más comprometida (cohabitación o el matrimonio)*” (Straus, 2004).
- “*Relaciones románticas con un novio, una novia o un amigo*” (Coffey et al., 1996).
- “*Relación romántica entre una pareja soltera*” (Carlson, 1987).

b) Muestras empleadas

Una de las preocupaciones fundamentales de los investigadores es el asegurarse de que las tasas y porcentajes reflejan la realidad del problema en una muestra representativa a la que pertenecen. En ocasiones, las investigaciones han sido realizadas

con distintas muestras y las características de éstas no permiten generalizar los resultados obtenidos.

La mayoría de los estudios analizados proceden de Estados Unidos (Bergman, 1992), Reino Unido (Hird, 2000), Nueva Zelanda (Jackson et al., 2000) y África (Swart et al., 2002) y también, en menor medida, de España (Fernández y Fuertes, 2005; González y Santana, 2001a; Muñoz-Rivas, Graña, O'Leary y González, 2007a).

Pueden variar en función del grupo de edad estudiado, la mayoría de las investigaciones obtienen las muestras de institutos (Avery-Leaf et al., 1997; Bergman, 1992; Henton et al., 1983; O'Keefe, 1997; Symons et al., 1994) y de universidades (Freedner et al., 2002; Harned, 2001; Katz et al., 2002). Concretamente de cursos de educación para la salud (Watson et al., 2001) y de talleres de sexualidad (Hockenberry y Billingham, 1993), que consiguen créditos por su participación (Bookwala et al., 1992; Coffey et al., 1996; Williamson y Silverman, 2001).

c) Metodología

La mayoría de los estudios analizados son estudios de carácter transversal, con preguntas bidireccionales en el sentido de si han cometido o sufrido agresiones físicas, sexuales o psicológicas en un periodo de 12 meses (Magdol et al., 1998) o de 5 años (Fiebert y González, 1997). En el estudio de Coffey et al. (1996) establecen como punto de referencia el haber sufrido agresiones después de haber cumplido los 16 años. Paralelamente, algunos estudios consideran solo las agresiones en las relaciones previas (Arias et al., 1987) y otras investigaciones consideran las agresiones en sus relaciones actuales (Stacy et al., 1994).

Un estudio que compara dos métodos de evaluación es el estudio de Jouriles, McDonald, Garrido, Rosenfield y Brown (2005). En primer lugar obtuvieron una puntuación retróspectiva única, y en segundo lugar, una puntuación acumulativa basada en cuatro valoraciones retrospectivas separadas por dos semanas. Los resultados señalaron que la valoración acumulativa obtenía prevalencias más altas (48%), que la

evaluación única en el tiempo (27%), además este primer tipo de evaluación se asociaba a consecuencias psicológicas más graves.

En general, las agresiones en las relaciones de noviazgo se evalúan con un solo miembro de la pareja (Archer, 2000a). En el estudio de Perry y Fromuth (2005), con una muestra de 50 parejas universitarias, informaron que el porcentaje de agresiones físicas dependía de cómo se definiese el concepto de agresión y del acuerdo o no de los miembros de la pareja. Así, en el metaanálisis de Archer (1999), cuando se evaluaban a los miembros de la pareja individualmente, pero sabían que sus parejas estaban siendo entrevistadas en una sala independiente, sus respuestas eran más precisas y francas. También, Jenkins y Aubé (2002) evaluaban a 85 parejas de estudiantes de universidad de forma individual, aunque sabían que sus parejas estaban en otra sala, las respuestas resultaron ser más consistentes. Así pues, algunos investigadores han sugerido la evaluación de los dos miembros de la pareja para evitar sesgos en las estimaciones de la violencia en el noviazgo (Margolin, 1987; Moffitt et al., 1997; Szinovacz, 1983).

De forma paralela, las escalas y cuestionarios pueden realizarse a padres, profesores o amigos. Sin embargo, los amigos son considerados confidentes y los padres y profesores están poco dispuestos a revelar lo que ocurre en las relaciones íntimas de los jóvenes (Pittman et al., 2000). Las interacciones grabadas en video constituyen un método de recopilación de información que se ha utilizado recientemente, consistente en una discusión (alrededor de 10 minutos) a cerca de algún tema en el que la pareja pueda estar en desacuerdo. Este método se ha utilizado tanto en muestras universitarias (Follette y Alexander, 1992) como en programas preventivos de jóvenes de institutos (Pittman et al., 2000).

Del mismo modo, uno de los problemas es la infraestimación de la violencia en las relaciones de pareja de jóvenes y adolescentes, de modo que pueden minimizar la magnitud y las consecuencias personales y sociales (Wekerle y Wolfe, 1999). En este sentido, la violencia en las relaciones interpersonales resulta difícil de identificar, ya que se desarrolla en un espacio privado y confidencial. Por lo tanto, aunque existen estudios que se aproximan a dar un resultado cuantitativo respecto la gravedad e importancia de dicho fenómeno, resulta casi imposible conocer la magnitud real del problema (Costa y

Morales, 1998). Este planteamiento corrobora la importancia de desarrollar estudios cualitativos que pueden ofrecer una alternativa metodológica permitiendo una mayor comprensión de los hechos y no sólo su incidencia o prevalencia estadística.

Finalmente, es necesario señalar que la Guía de buenas prácticas para paliar los efectos de la violencia contra las mujeres y conseguir su erradicación (Díaz-Aguado y Martínez-Arias, 2002), se proponen líneas a desarrollar en el marco de la Unión Europea, entre otras:

1. Aumentar la posibilidad de comparar los datos de diferentes países, homogeneizando la forma de recogerlos y participando en estudios comunes con preguntas consensuadas.
2. Realizar algunas mejoras de carácter metodológico, en la recogida y tratamiento de la información, como:
 - a. Eliminar problemas de marco muestral, para poder incluir en él a personas que no tienen vivienda fija, por lo que suelen quedarse fuera de este tipo de encuestas.
 - b. Perfeccionar las listas de preguntas y formas de preguntar para captar todas las variaciones posibles de las conductas violentas.
 - c. Mejorar los procedimientos de registro de los sucesos para poder captar la escalada de violencia.
 - d. Desarrollar estadísticas desagregadas por niveles socioeconómicos, para poder examinar variables de vulnerabilidad.

5. A MODO DE RESUMEN

No es difícil comprobar el enorme interés y preocupación que despierta en la sociedad actual el fenómeno de la violencia en las relaciones de pareja de jóvenes y adolescentes. Las estadísticas realizadas en los últimos años por los organismos públicos y privados de diferentes países demuestran que la violencia en las relaciones de pareja es un hecho frecuente (Archer, 2000a; Murdaugh, Hunt, Sowell y Santana, 2004).

La mayoría de las investigaciones sobre la violencia en el noviazgo en la adolescencia y juventud se han realizado desde una perspectiva descriptiva, buscando conocer la incidencia del problema, así como las características de los individuos que intervienen como agresores o como víctimas.

El conocimiento de las tasas de violencia en las relaciones de noviazgo es uno de los objetivos prioritarios de muchas de las investigaciones centradas en el estudio de la población adolescente y joven, ya que responde a la necesidad de conocer de forma precisa la situación en la que se encuentra la juventud con respecto a la violencia en sus relaciones de pareja para poder elaborar planes de intervención ajustados a las necesidades de cada momento. A pesar de ello, hay que reconocer que las investigaciones y su estudio comparativo tienen una serie de problemas: los datos no son homogéneos, no hay una definición común de lo que es violencia y ni en todos los países se ha investigado de la misma forma y con la misma intensidad. De cualquier modo, es preciso señalar que las cifras que se manejan no son precisas y hay diversas dificultades que solventar en futuras investigaciones.

De forma general, los datos analizados señalan la necesidad de detectar no sólo los porcentajes de violencia en la población adolescente y joven, sino también aquellas variables que puedan predecir tanto la violencia (factores de riesgo) como la no violencia (factores de protección) y que garanticen la eficacia de las intervenciones dentro del campo de la prevención.

PATRON DE LA VIOLENCIA EN EL NOVIAZGO

1. INTRODUCCIÓN

La situación de la violencia en las relaciones de noviazgo ha experimentado, en los últimos años, cambios importantes que han provocado una mayor focalización y una adecuación de las estructuras y recursos dirigidos desde las instancias públicas con el objetivo de atender y afrontar los retos y necesidades planteadas desde distintos ámbitos de actuación como es el de la prevención. La importancia de este tipo de aproximaciones radica no sólo en la consecución de un mejor conocimiento de los componentes que conforman la violencia en el noviazgo, sino también en que corrobora la idoneidad de elaborar programas preventivos específicos en los que se consideren todas las dimensiones a tratar.

En general, las relaciones de noviazgo se inician en la adolescencia y/o juventud, en este momento evolutivo es preciso conocer y analizar la violencia en las relaciones de pareja para incrementar nuestro conocimiento sobre la instauración y consolidación de este patrón de conductas, que constituye un preámbulo de la violencia en las relaciones de parejas casadas, convirtiéndose en un problema serio para la salud pública.

A la hora de manejar la información relativa a la violencia doméstica es necesario considerar las consecuencias inmediatas y traumáticas tanto desde el punto de vista físico como desde el punto de vista psicológico. En general, la violencia doméstica supone un elevado coste para la salud, la familia y la economía. En consecuencia, la violencia en el

noviazgo no es un problema que deba de mantenerse en el tiempo, la forma más adecuada de combatirla es frenándola desde el principio. Por este motivo, el presente capítulo se centra en la comprensión de los aspectos que integran la violencia en las relaciones de noviazgo en la adolescencia y juventud para enmarcar la situación de este ámbito de estudio.

2. ELEMENTOS QUE CONFIGURAN LA VIOLENCIA EN LAS RELACIONES DE NOVIAZGO

La violencia en las relaciones de noviazgo, en la actualidad, es entendida como un fenómeno conformado por múltiples elementos, por lo que, desde el ámbito de la prevención es un reto conseguir un modelo integrador de todos los factores que de una forma u otra pueden contribuir no sólo a su mantenimiento sino a su inicio.

La revisión que se presenta a continuación se centra en todos aquellos factores que han sido recogidos más frecuentemente por la literatura y que hacen referencia a la conformación de la violencia en el noviazgo de manera exhaustiva y profunda.

2.1. Desarrollo de la violencia en el noviazgo

Con respecto a la violencia doméstica, una vez que se da el primer episodio de violencia, lo más probable es que vuelva a repetirse aunque el tipo de maltrato pueda ser distinto en una y otra ocasión. Walker (1979, 1989), en su *“Teoría del ciclo de la violencia”* trata de dar respuesta al ciclo de la violencia que comprende tres fases progresivas (Figura 2.1), con sus implicaciones físicas y psicológicas en sus diferentes secuencias. Las personas que se ven inmersas en este proceso no llegan a comprender lo que las está ocurriendo ya que la dinámica suele ser lenta y no repentina, difuminando la posibilidad de reconocimiento (Álvarez, 1998). La frecuencia y la peligrosidad de esta espiral cíclica aumenta progresiva y exponencialmente con las reincidencias. A medida que pasa el tiempo, las fases empiezan a hacerse más cortas, de una fase breve de acumulación de la tensión a la fase de explosión y así sucesivamente, sin que se de la fase de *“luna de miel”* o arrepentimiento. A su vez, la violencia dentro del espacio doméstico se desarrolla mediante ciclos donde la intensidad y la frecuencia de la

violencia se establece progresivamente, agravándose con el paso del tiempo; es lo que Walker ha denominado *escalada de la violencia*.

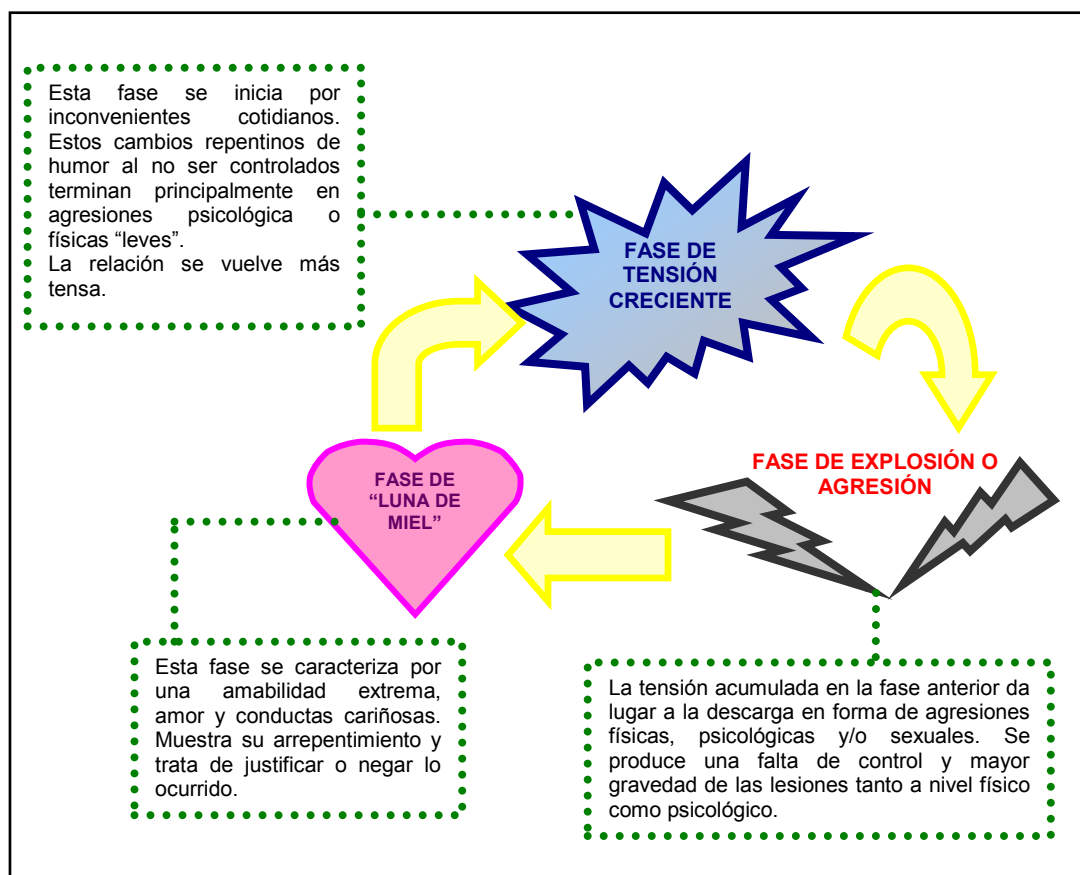


Figura 2.1. Fases del ciclo de la violencia

Es interesante subrayar que, algunos autores han llegado a plantear que la violencia no siempre sigue un patrón de ciclos y escalada (Dutton, 1993; Johnson, 1995), sin embargo, estos conceptos pueden resultar alentadores para evaluar cronológicamente estos procesos y consecuentemente guiar las intervenciones dentro del campo de la prevención e intervención terapéutica.

Recogiendo estas mismas ideas, las agresiones físicas y psicológicas aparecen en las relaciones de noviazgo de forma gradual, en función del compromiso de los miembros de la pareja (Arias et al., 1987; Sugarman y Hotaling, 1989). De esta forma, Feld y Straus (1989) determinan que la aceptación de una violencia "*leve*" es legitimada y tolerada en algunas parejas casadas, conduciendo a una relación escalonada de episodios violentos. Una vez que esta conducta se ha producido, es más probable que se

repita ya que se percibe como un recurso útil y eficaz para obtener lo que se desea y descargar las frustraciones cotidianas (Sarausa y Zubizarreta, 2000). De forma paralela, los adolescentes y jóvenes que aceptan los primeros signos de violencia entran en una dinámica que les hace perder el rumbo de la situación en que viven, mientras aumentan progresivamente los episodios agresivos (González y Santana, 2001b). De esta forma, se explica que las relaciones se mantengan, estableciéndose una relación de desigualdad entre los miembros de la pareja (Murphy y O'Leary, 1989).

Dentro de este ámbito de investigación, el estudio longitudinal de O'Leary et al. (1989a), es especialmente determinante por estudiar el patrón de continuidad de la violencia en dos momentos diferentes de las relaciones de pareja, por un lado, el noviazgo, y por otro lado, parejas casadas. Así pues, si se analizan los datos recogidos en términos absolutos se constata que del 51% de parejas que utilizaban la violencia en el noviazgo aumentan significativamente el riesgo de ejercerla también en los primeros dieciocho meses de casados. Asimismo, en el estudio de Quigley y Leonard (1996), el 76% de los hombres jóvenes recién casados que eran agresivos psicológicamente con sus parejas durante un año, seguían manteniendo estas agresiones durante los dos años de convivencia. Es importante señalar que esta tendencia se confirma en un recientemente estudio de O'Leary y Slep (2003), en el que observaron que las agresiones físicas eran estables en el tiempo (con un seguimiento de 3 meses). Es ésta una situación especialmente alarmante si se considera de forma paralela el número de episodios agresivos, de modo que del 71,2% de las relaciones violentas los episodios ocurrían más de una vez (Coffey et al., 1996).

Concretamente, el fenómeno de la escalada de la violencia en las relaciones de noviazgo se ha confirmado en el estudio de Jenkins y Aubé (2002). Comprobaron que existía una relación positiva entre la frecuencia y la severidad de las agresiones psicológicas en el patrón de victimización, mientras que, esta relación no se daba para la agresión física. Más recientemente y con la agresión física, Foshee, Benefield, Ennett, Barman y Suchindran (2004), confirmaron nuevamente que los episodios de maltrato son cada vez más intensos y peligrosos en la adolescencia. Así, comprobaron que 219 adolescentes quienes informaron de sufrir agresiones físicas leves, tenían 2.4

veces más probabilidad de ser víctimas de agresiones físicas graves y de 1.3 veces mayor probabilidad de ser víctimas de agresiones sexuales en el transcurso de los años. También, Williams (2007) en su estudio longitudinal, encontró que las conductas agresivas eran más frecuentes y severas a lo largo del tiempo, así como, el experimentar distintos tipos de agresiones a lo largo del tiempo.

En este campo de estudio, destaca la asociación entre las conductas agresivas y el tiempo de duración de la pareja. Roberts, Auinger y Klein (2006) señalan la relación entre agresiones verbales y relaciones continuas en el tiempo en ambos sexos. En general los resultados afirman que las agresiones aumentan en función de la consolidación en el tiempo de la pareja (Fernández y Fuertes, 2005; Gaertner y Foshee, 1990; Sharpe y Taylor, 1999).

De los análisis recogidos por los distintos estudios representativos se extrae que la violencia doméstica es semejante a la violencia en las relaciones de noviazgo de adolescentes y jóvenes por el hecho de presentar características comunes como: a) la prolongación en el tiempo; b) las consecuencias perjudiciales y, c) la reincidencia a lo largo del tiempo. En este sentido, se ha considerado la violencia en las relaciones de noviazgo como puente de unión entre la observación de la violencia en las familias de origen y la violencia doméstica (ver Figura 2.2) (Bernard y Bernard, 1983; Guite, 2001; Makepeace, 1981; Roscoe y Benaske, 1985).

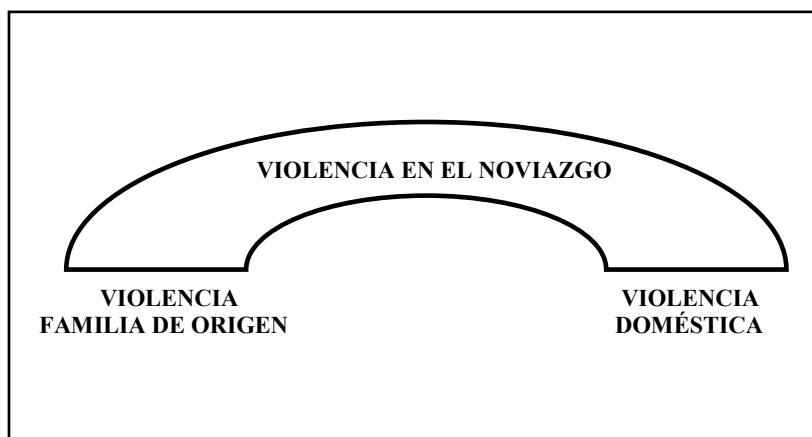


Figura 2.2. Violencia en el noviazgo como puente de unión entre la violencia en la familia de origen y la violencia doméstica

En líneas generales, los estudios realizados para determinar en primer lugar, las prevalencias de las distintas manifestaciones de la violencia y, en segundo lugar, detectar el proceso explicativo de su inicio y mantenimiento son fundamentales a la hora de proponer vías de intervención a este problema tan complejo. En este sentido, se necesitan estudios sobre la violencia en las relaciones de noviazgo sustentados en planteamientos científicos eficaces para detectar y erradicar la violencia desde una edad temprana.

2.2. Edad

El factor edad es un aspecto sumamente interesante de cara a la implicación en los programas de prevención en cuanto al ajuste y potenciación de los factores de protección.

En general, salvando las diferencias cuantitativas puntuales, la mayor parte de los estudios señalan que el comienzo de la violencia suele darse, mayoritariamente, en las parejas más jóvenes (Jackson et al., 2000; Kury et al., 2004; Lewis y Fremouw, 2001). En este sentido, se ha constatado en repetidas ocasiones que, en términos generales, la violencia en el noviazgo no se produce a una edad específica sino que se sitúa entre la población formada por adolescentes y jóvenes adultos (Lewis y Fremouw, 2001).

Estudios como el de Fiebert y González (1997), realizados con el objetivo de delimitar la edad de corte de mayor riesgo, encontraron que el inicio de la violencia se situaría entre los 20 y 30 años. Paralelamente, algunos adultos datan el primer episodio de violencia a los 15 años (Henton, et al., 1983), o entre los 15 y los 16 años (Bethke y DeJoy, 1993), en los 21 años (White y Koss, 1991). En este mismo sentido, O'Leary (1997) determina que el 40% de las relaciones de pareja de adolescentes comprendidos entre los 16 y los 17 años, se caracterizan por presentar agresiones físicas. Se ha llegado a conclusiones similares en el estudio de Coffey et al. (1996), donde el 12,5% de las mujeres que sufrieron agresiones físicas tenían 16 años (la edad media 17,20 años). También, los datos del estudio estadístico de Canadá a 12.300 mujeres de 18 años en adelante, a partir de entrevistas telefónicas, revelaron que el 25% habían sufrido agresiones físicas y sexuales a lo largo de sus vidas desde los 16 años (Les ministres responsables, 2002). Todos estos datos subrayarían de nuevo la idea de que el comienzo de la violencia suele darse en la adolescencia.

Es necesario anotar los datos ofrecidos por un reciente estudio realizado por Matud y Moraza (2004) con población española, en concreto, 86 mujeres maltratadas de entre 19 y 67 años. Los resultados fueron especialmente relevantes en cuanto a la edad de inicio de los malos tratos, donde el 30% habían sufrido agresiones antes de los 20 años. Mientras que en el caso de los agresores se daba una mayor variabilidad, el 50% inició las agresiones con menos de 27 años y el 11,5% de los casos tenía más de 40 años. Respecto el momento de inicio, en la mitad de los casos (46,6%), el maltrato comenzó durante el primer año de relación y en el 13,2% cuando se casó con el agresor. Sólo el 6,6% de las mujeres informaron que el maltrato comenzó a partir de los 10 años de relación. Un hecho de especial preocupación es que se evidencia una tendencia a permanecer más años con el maltratador en aquellas mujeres que comienzan la relación siendo más jóvenes.

En este mismo sentido, es preciso hacer referencia a un interesante estudio realizado por Smith et al. (2003), que condujeron un estudio longitudinal durante cuatro años a un total 1.569 mujeres universitarias. Los resultados fueron especialmente relevantes sobre todo en función del comienzo de las agresiones. De este modo se determinó que desde el instituto al final del cuarto año de universidad, el 88% de las chicas habían sufrido alguna agresión física o sexual por parte de sus parejas. Los resultados refuerzan la noción de que cuanto antes se inicie la agresión mayor es la probabilidad de que se de en edades posteriores, llegando a proponer que éste podría ser un factor lo suficientemente poderoso para favorecer un proceso escalonado y progresivo del desarrollo de conductas altamente desviadas.

Finalmente, es necesario señalar dos conclusiones importantes a las que llegan los estudios en esta área pensando en sus implicaciones de cara a la formación de programas preventivos. En primer lugar, la edad en la que se inician las primeras relaciones de pareja es una pieza clave para comenzar a dirigir políticas preventivas a este respecto. En segundo lugar, no se deben consolidar este tipo de conductas impositivas que aunque, en un principio resultan inocuas, minan el plano físico y psíquico de las personas.

2.3. Sexo

La variable sexo se refiere al dimorfismo sexual biológico que trata de averiguar las semejanzas o diferencias entre los sexos en todo tipo de variables intrapersonales e interpersonales. Multitud de estudios se han analizado bajo la óptica de las diferencias y semejanzas en función del sexo como variable sujeto (Tabla 2.1).

Los estudios de las diferencias de comportamiento entre sexos es actualmente un campo especialmente sensible y que difiere según diferentes posicionamientos teóricos. En la mayor parte de los estudios en los que se ha tomado en consideración este factor para determinar su posible influencia en la violencia en el noviazgo entre hombres y mujeres, se ha llegado a resultados contradictorios, por lo tanto, no existe todavía un cuerpo de estudios que aporte suficiente evidencia empírica respecto al sexo, sino que se dan resultados inconsistentes.

De esta forma, en algunas investigaciones se evidencia que los hombres son más agresivos que las mujeres (Makepeace, 1988; Roscoe y Callahan, 1985; Tontodonato y Crew, 1992), otros, en cambio, subrayan el papel de las mujeres como agresoras (Archer y Ray, 1989; Arias et al., 1987; Clark, Beckett, Wells y Dungee-Anderson, 1994; Malik et al., 1997; Foshee et al., 1998; Foshee, Linder, MacDougall y Bangdiwala, 2001; Jenkins y Aubé, 2002), tanto en muestras procedentes de institutos (Avery-Leaf et al., 1997; Foshee et al., 1996; O'Keefe, Brackopp y Chew, 1986) como en estudiantes de universidad (Rigg y O'Leary, 1996) y parejas recién casadas (O'Leary, 1996).

Finalmente, otros estudios no encuentran diferencias significativas entre hombres y mujeres (Aizenman y Kelley, 1988; Follete y Alexander, 1992; González y Santana, 2001a; Henton et al., 1983; Hird, 2000; Lane y Gwartney-Gibbs, 1985; Laner y Thompson, 1982; Riggs y Caulfield, 1997; Sack, Keller y Howard, 1982; Straus y Ramírez, 2007; Symons, Groer, Kepler-Youngblood y Slater, 1994). En este contexto, Stets y Straus (1989) encontraron tanto en parejas casadas como en las relaciones de noviazgo que el patrón más frecuente es que ambas partes de la pareja ejerzan conductas agresivas.

En general, la influencia diferencial de cada uno de los estudios con respecto al sexo, ha elevado el interés de esta variable en la predicción de los comportamientos agresivos en la población más joven (Cascardi y Vivian, 1995; Thompson, 1991).

Una de las investigaciones que plantea la posibilidad de determinar los distintos tipos de agresiones en función del sexo es el estudio de Harned (2001), aplicado a una muestra de estudiantes universitarios. El resultado más sobresaliente de este estudio, que ha sido confirmado por otros, es que tanto los hombres como las mujeres, presentan una cantidad comparable de agresiones en el noviazgo pero se diferencian en los tipos de experiencias. Específicamente, los hombres sufren más agresiones psicológicas y las mujeres experimentan más agresiones sexuales pero con respecto a las agresiones físicas no habría ninguna diferencia entre ambos sexos. Finalmente, también es preciso hacer referencia al estudio de Foshee et al. (1996), en el que se estudiaron de forma pormenorizada los distintos tipos de agresiones. Se determinó que los hombres utilizaban más la agresión sexual y las mujeres la física, respecto a la psicológica no encontraron diferencias significativas en función del sexo en las respuestas de victimización.

En el estudio de Straus y Ramírez (2007), que determinan las prevalencias de agresiones físicas en cuatro diferentes contextos culturales, señalan porcentajes similares entre hombres y mujeres. Específicamente, en 553 parejas el 71,2% presentaban la misma tendencia de agresiones físicas leves. Respecto a 205 parejas que cometían agresiones físicas graves, el 56,6% de las agresiones eran simétricas en cuanto al sexo.

En este campo, es preciso hacer referencia a dos meta-análisis en los que se estudiaron de forma pormenorizada las diferencias de los comportamientos agresivos en ambos sexos. El primero de ellos es el realizado por Eagly y Steffen (1986) en el que revisaron sesenta y tres trabajos tanto experimentales como de campo. Se concluyó, que existía una mayor agresividad en los hombres y unas consecuencias asociadas más graves en las mujeres, sin embargo, las observaciones de las diferencias sexuales fueron inconsistentes a través de los distintos estudios revisados. El segundo meta-análisis es el realizado por Archer (2000a), que revisó ochenta y dos estudios. De forma general, se concluye que tanto la violencia en el noviazgo como en parejas casadas, ambos sexos

aparecen como agresores. Específicamente, los datos señalaron que las mujeres universitarias tenían más probabilidad de agredir físicamente a sus parejas respecto a los hombres, de forma similar al anterior estudio, los hombres cuando agredían infligían más lesiones que las mujeres. Una de las críticas al meta-análisis de Archer es la no inclusión de todos los comportamientos agresivos en las parejas, concretamente, las agresiones sexuales no estaban incluidas en la mayoría de los estudios analizados, de forma que las prevalencias solo están limitadas a la agresión verbal y a la física (Frieze, 2000; O'Leary, 2000; White et al., 2000). Así, los meta-análisis en general manifiestan discrepancias en el origen, la composición y los métodos de muestreo utilizados (Archer, 1999, 2000a).

Para ser más específicos y centrados en el estudio de las diferencias sexuales en distintos tipos de agresiones, Laner y Thompson (1982) no encontraron diferencias en la agresión verbal entre hombres y mujeres, sin embargo, las mujeres eran más agresivas físicamente que sus parejas. De forma parecida, Follingstad et al. (1991) concluyeron que las mujeres universitarias eran más agresivas físicamente que los hombres. También, en una muestra de parejas solteras entre los 18 y 30 años de edad, las mujeres admitían utilizar más las agresiones físicas y verbales (Stets y Henderson, 1991).

En contraste, McKinney (1986), concluyó que un porcentaje elevado de hombres universitarios eran más agresivos verbalmente, pero no físicamente. También, Alexander, Moore y Alexander (1991), encontraron que los hombres tenían más probabilidad de cometer agresiones verbales. No obstante, Billingham (1987) observó que las mujeres universitarias eran más agresivas verbalmente, igual que en el estudio de Lane y Gwartney-Gibbs (1985).

Tabla 2.1. Resumen de estudios relacionados con el sexo

FACTOR	ESTUDIOS ETIOLÓGICOS	EVIDENCIA EMPÍRICA
Sexo	Bergman, 1992; Dobash, Dobash, Wilson y Daly, 1992; Makepeace, 1988; Roscoe y Callahan, 1985; Tontodonato y Crew, 1992	Los hombres agraden más que las mujeres.
	Archer y Ray, 1989; Arias et al., 1987; Clark et al., 1994; Henderson, 1991; Foshee et al., 1998; Foshee et al., 2001; Jenkins y Aubé, 2002; Lo y Sporakowski, 1989; Marshall y Rose, 1987, 1990; O'Keefe et al., 1986; O'Leary et al., 1989b; O'Leary y Breslin, 1990; Rigg y O'Leary, 1996; Sugarman y Hotaling, 1989	Las mujeres agreden en mayor medida que los hombres.
	Aizenman y Kelley, 1988; Arias y Jonson, 1989; Cate et al., 1982; Carlson, 1987; Follete y Alexander, 1992; Halpern et al., 2001; Henton et al., 1983; Hird, 2000; González y Santana, 2001b; Mason y Blankenship, 1987; Riggs y Caulfield, 1997; Sack et al., 1982; Stets y Pirog-Good, 1987, 1989; Straus y Ramírez, 2007; Symons et al., 1994; Watson, 2005	No aparecen diferencias significativas en función del sexo.
	Sigelman, Berry y Wiles, 1984	Determinaron resultados similares en las prevalencias de agresiones en ambos sexos, sin embargo, los hombres declaraban haberla padecido en un grado significativamente mayor que las mujeres.
	Laner y Thompson, 1982; Shook et al., 2000	Las mujeres y los hombres utilizan las agresiones verbales con similares prevalencias.
	Follingstad et al., 1991; Laner y Thompson, 1982; Shook et al., 2000; Stets y Henderson, 1991	Las mujeres universitarias son más agresivas físicamente que los hombres.
	Billingham, 1987; Lane y Gwartney-Gibbs, 1985	Las mujeres universitarias utilizan más las tácticas coercitivas verbales.
	Alexander et al., 1991; McKinney, 1986	Los hombres universitarios son más agresivos verbalmente que las mujeres.

FACTOR	ESTUDIOS ETIOLÓGICOS	EVIDENCIA EMPÍRICA
	<p>Makepeace, 1986; Stets y Pirog-Good, 1987; Sugarman y Hotaling, 1989</p> <p>Arias et al., 1987; White y Koss, 1991</p> <p>Bookwala et al., 1992</p> <p>Avery-Leaf et al., 1997</p> <p>Malik et al., 1997</p> <p>Corral y Calvete, 2006; Halpern, et al., 2001; Kaestle y Halpern, 2005</p> <p>Jenkins y Aubé, 2002</p> <p>Nacional Youth Survey (Morse, 1995)</p>	<p>En las respuestas de victimización son las mujeres las que obtienen puntuaciones más elevadas.</p> <p>En las respuestas de victimización son los hombres los que obtienen puntuaciones más elevadas.</p> <p>Las mujeres adolescentes admitían cometer más agresiones físicas. Sin embargo, es inapropiado considerar que tanto la expresión y las consecuencia de la agresión de ambos sexos es comparable.</p> <p>Las mujeres revelaban más agresiones físicas en sus relaciones de pareja que los hombres (controlando la deseabilidad social), y ambos sexos coincidían en aceptar mejor la agresión de las mujeres que la de los hombres.</p> <p>De forma general, las mujeres agredían significativamente más que los varones adolescentes (no se encontraron diferencias significativas en las prevalencias en cuanto a la victimización en función del sexo).</p> <p>No aparecen diferencias significativas en el grado de victimización en función del sexo.</p> <p>Las escalas de perpetración no mostraban ninguna diferencia en función del sexo en estudiantes de universidad.</p> <p>Mientras que en las escalas de victimización, los hombres referían puntuaciones más altas que las mujeres.</p> <p>En cuanto a la agresión severa se daban comparables resultados en función del sexo. Sin embargo, los hombres informaban de sufrir más agresiones físicas severas que las mujeres.</p> <p>Aporta cifras muy altas para la prevalencia anual: entre el 20% y el 37% para las agresiones del hombre contra la mujer. Y entre el 28% y el 48% para las agresiones de las mujeres hacia sus parejas.</p>

2.3.1. Consecuencias en función del sexo

Son muchos los autores que defienden que la agresión en contra de las mujeres tiene un carácter más perjudicial y lleva consigo consecuencias psicológicas más graves (Cantos, Neidig y O'Leary, 1994; Cascardi, Langhinrichsen-Rohling y Vivian, 1992; Langhinrichsen-Rohling, Neidig y Thorn, 1995; Stets y Straus, 1990; Vivian y Langhinrichsen-Rohling, 1994), tanto en mujeres adolescentes (Foshee et al., 1996) como en adultas (Browne, 1987). En este sentido, el metaanálisis de Archer's (2000a), señala que las lesiones eran infligidas en mayor medida por el hombre, tanto en parejas casadas como en el noviazgo.

En este campo de estudio, destaca la especial contribución de Molidor y Tolman (1998), que señalaron que los efectos psicológicos y físicos de la violencia en las mujeres procedentes del instituto son más graves respecto a los varones. En concreto, el 54% de los varones agredidos indicaron haberse reído del incidente mientras el 31% señalaron haberlo olvidado. Respecto a las mujeres, el 48% manifestaron sufrir dolor y el 34% informaron de lesiones físicas, mientras que solamente un 9% de las mujeres indicaron no presentar ningún efecto. Regan, Bartholomew, Trinke y Henderson (2006) encontraron que la severidad de los actos agresivos dependía de quien los ejercía, de forma que resultaban más graves cuando eran ejercidos por los hombres. En otros estudios, las secuelas físicas de las mujeres iban acompañadas de manifestaciones de miedo y ansiedad (Follingstad et al., 1991; Jacobson, 1994), síntomas depresivos (Wetzel, 2006) y peor rendimiento académico (Bergman, 1992). Asimismo, en el estudio de Coffey et al. (1996), las mujeres que habían sufrido agresiones físicas en sus relaciones de noviazgo presentaban un consecuente incremento en el estrés psicológico en comparación con las mujeres que no habían sufrido este tipo de experiencias.

Otro aspecto a destacar, es que las mujeres que habían sufrido agresiones utilizaban en mayor medida estrategias de afrontamiento focalizadas en la emoción (escape-evitación) para resolver las situaciones estresantes. A pesar de la importancia del resultado, no se puede discernir si el estrés psicológico es un precursor o el consecuente de sufrir este tipo de experiencias ya que el diseño utilizado es de tipo transversal.

Respecto a los síntomas de ansiedad, en el estudio transversal de Magdol et al. (1998), las mujeres víctimas de agresiones físicas severas mostraban más síntomas de ansiedad respecto a los hombres. Por su parte, Clements, Ogle y Sabourin (2005), comprobaron que las mujeres universitarias informaban de más síntomas psicológicos respecto a los hombres y, además, éstas percibían un menor control de sus relaciones. Estas investigaciones coinciden a grandes rasgos con una investigación de alcance internacional donde los datos indicaban que un 6,7% de estudiantes varones universitarios afirmaban haber causado heridas o lesiones a sus parejas, tanto heridas leves como lesiones más graves (Straus, 2004a).

Por otra parte, destaca el trabajo elaborado por Coker et al. (2000), que corroboraron la premisa de que las agresiones producían consecuencias equiparables tanto en los hombres como en las mujeres. Así, las agresiones físicas y sexuales estaban asociadas a efectos psicológicos y fisiológicos que alteraban la salud en las mujeres víctimas y en los hombres que agredían. Específicamente, los hombres tanto en la condición de agresor como en la condición de víctima mostraban mayor grado de insatisfacción por el futuro en sus vidas. Recíprocamente, el estudio de Grasley (2002), que llevó a cabo un estudio longitudinal con una muestra representativa de 450 adolescentes procedentes de dos institutos de Londres, indicó que aquellos adolescentes envueltos en relaciones agresivas tenían una alta probabilidad de desarrollar un estado de hostilidad interpersonal, sin que se diera ninguna diferencia significativa respecto al sexo.

En la descripción de este problema, el estudio de O'Leary et al. (2005) delimitaron y señalaron determinadas lesiones físicas con sus correspondientes prevalencias. De forma que las lesiones que sufrían las mujeres eran: cortes y contusiones leves (24%); cortes y contusiones graves (3%); rotura de nariz, ojo morado (1%) y, requerir tratamiento médico (3%). En cuanto a las lesiones de los hombres eran: cortes y contusiones leves (26%); cortes y contusiones graves (3%); rotura de nariz, ojo morado (2%) y, requerir tratamiento médico (3%).

2.3.2. El contexto en función del sexo

Lejos de un único nivel de análisis ya sea biológico, psicológico o social y dada la naturaleza diversa de la agresión conviene analizarla desde un enfoque interdisciplinar, a niveles muy diferentes. Por lo tanto, es necesario discernir la motivación en función del sexo para ser interpretada en un contexto específico.

El estudio de Makepeace (1981) fue uno de los primeros estudios en determinar el contexto o los motivos de usar la agresión física en una muestra universitaria y encontró que los celos reales o percibidos (27%) era la razón más frecuente indicada por los jóvenes y adolescentes en general. Además, observó que la ira, las desavenencias sobre el consumo de alcohol o la negativa a mantener relaciones de sexuales también influían en las pautas de interacción agresivas. Este mismo autor Makepeace (1986), realizó otro estudio diferenciando las razones esgrimidas por las mujeres y por los hombres universitarios. En el caso de las razones determinantes para las mujeres las respuestas auto-defensivas (35%) se señalaban como la causa más frecuente de sus agresiones y, en menor medida, se encontraban la ira (24%) y la venganza (19%). En el caso de los hombres universitarios, la ira (28%) y la intimidación (21%) eran las razones que presentaban suficiente entidad para explicar la agresión y las respuestas auto-defensivas (18%) eran las razones menos habituales.

En la violencia de parejas adultas, la agresión de las mujeres era una reacción a la agresión de sus parejas (Dasgupta, 1999) o motivado por el miedo o una medida auto-defensiva (Morse, 1995; Migliaccio, 2002). Son muchos los estudios que otorgan un peso determinante a la agresión de las mujeres como una respuesta auto-defensiva tanto en muestras procedentes de institutos (Foshee et al., 1996) como de universidades (Makepeace, 1986). Así, en el estudio de Bergman (1992), los jóvenes de ambos sexos coincidían en determinar que muchas agresiones físicas de las mujeres se producían como una respuesta auto-defensiva provocada por las demandas sexuales no consentidas. Este hallazgo fue corroborado por el estudio cualitativo de Hird (2000), en donde las mujeres estudiantes de secundaria utilizaban las agresiones físicas como medida auto-defensiva debido a las agresiones físicas y/o sexuales de sus novios.

A pesar de la confirmación reiterada de estos datos, otros investigadores han señalado matices interesantes en los motivos o razones para agredir. En este caso, consideran que la agresión física tanto en las relaciones de noviazgo (Hettrich y O'Leary, 2005) como en las parejas casadas (Cascardi y Vivian, 1995) las razones auto-defensivas en las mujeres no son representativas e incluso no diferencian a hombres y mujeres (Follingstad et al., 1991; Straus, 1993). En este caso, cabe destacar el estudio de Harned (2001), que advirtió igual probabilidad de utilizar las agresiones físicas como una medida auto-defensiva tanto en los hombres como en las mujeres universitarias, incluso las mujeres manifestaron utilizar las agresiones físicas en respuesta a un comportamiento celoso o a un estado emocional de ira con más frecuencia que los varones universitarios aunque no existían diferencias significativas.

Recientemente, Hettrich y O'Leary (2005), evaluaron las razones señaladas por las mujeres universitarias que agredían físicamente a sus parejas, utilizando dos tipos de respuestas: respuestas abiertas y respuestas cerradas. En las respuestas abiertas las 10 razones más frecuentes consistían en: la ira (91%), la escalada de contraataques verbales (83%), la frustración (94%), sufrir daño emocional (93%), la venganza (83%), la incomunicación (85%), mostrarse malhumorada (85%), mentir (89%) e, insultos (77%). Del mismo modo, en cuanto a las respuestas cerradas, las respuestas más frecuentes señalaban la ira, las mentiras, la incomunicación, el mal humor y los celos. Estos resultados son consistentes con el modelo de violencia en el noviazgo de Rigg y O'Leary (1996) y con investigaciones previas (Bookwala et al., 1992; Cascardi y Vivian, 1995; Foshee, et al., 2001; Harned, 2001).

Atendiendo a los datos ofrecidos por Hettrich y O'Leary (2005), otros autores señalan que los sentimientos de ira y de frustración son las razones más frecuentemente esgrimidas por las adolescentes, mientras que los hombres revelaban que la broma o el juego eran las razones más comunes (Scott, Wekerle y Wolfe, 1997). Por su parte, Perry y Fromuth (2005), encontraron en una muestra de 50 parejas heterosexuales, que las mujeres universitarias tenían más probabilidad de perpetrar agresiones psicológicas y el motivo que más refirieron era el juego.

Otras de las razones argumentadas por las mujeres consistían en el deseo de atraer la atención, particularmente la atención emocional. Además, las mujeres no referían ninguna consecuencia perjudicial en sus parejas y no creían que éstos se vengarían de ellas (Fiebert y González, 1997). Similarmente, Capaldi y Crosby (1997) llegan a la conclusión de que el motivo de la agresión de las mujeres era el atraer la atención de sus parejas masculinas durante la resolución de un problema.

Es preciso hacer referencia a un interesante estudio realizado por González (2003), en el que analiza de forma pormenorizada los diferentes motivos de conflicto más frecuentes entre los estudiantes de la ESO (12-16 años) y la relación entre dichos conflictos y la agresión. En general, ambos sexos estaban de acuerdo en que los celos, las diferencias en la forma de pensar o los problemas de conducta de la pareja serían las razones de conflicto más frecuentes, sin embargo, se encontraban diferencias significativas entre ambos grupos. Específicamente, los chicos se quejaban más a menudo de que sus novias intentaran controlarles o de desacuerdos relativos a la actividad sexual. Mientras que las chicas concedían mayor importancia a los celos y al mal carácter. En cuanto a la relación entre los motivos de conflicto y la agresión, los análisis realizados indicaban diferencias significativas en ambos sexos. Los motivos que predecían mayor agresión en los chicos eran los celos, los intentos de control de las chicas y su mal carácter. En cambio, la agresión de las chicas era más probable cuando sus novios se mostraban más celosos, intentaban forzarlas sexualmente y no dejaban que vieran a sus amigos/as o ellas mismas sientan celos. Además, el consumo de alcohol por parte de la pareja se asociaba a mayores niveles de agresión en ambos sexos.

En la violencia doméstica, el motivo del control es el más relevante en la literatura psicológica, donde la violencia se convierte en una de las tácticas más comunes para conseguir las pretensiones del cónyuge. Cuando Yacion y Messner (2000), analizaron 100.000 casos de la Nacional Civil Victimization Survey, encontraron, desde el punto de vista estadístico, que el motivo más frecuente de las agresiones de los varones era el intento de controlar el comportamiento de la víctima. Según estos autores, el deseo de los hombres de dominar a las mujeres proviene de la socialización de una cultura tradicional patriarcal.

De forma similar, en el estudio de Campbell y Muncer (1987), las mujeres percibían su propia agresión y la de otras personas como una pérdida de autocontrol debido al estrés acumulado y las consecuencias eran valoradas como negativas. Por otro lado, los hombres percibían la agresión como una forma de imponer el control y el poder y era valorada positivamente ya que ofrecía beneficios sociales y materiales. En el estudio de Follingstad et al. (1991) las mujeres víctimas atribuían la agresión masculina al deseo de ganar el control sobre ellas o de vengarse por haber sido golpeados primero. Estos datos se han visto confirmados por estudios españoles como el de Zaldívar, Luciano, Gómez y Berrocal (2002), en el que se daban diferencias en los roles sexuales en lo referente a las justificaciones y sentimientos después de la agresión. Las justificaciones más frecuentes en las mujeres adolescentes consistían en la falta de control emocional e informaban de sentimientos de culpa mientras que en los hombres los sentimientos de sentirse a gusto, fuertes y poderosos son los más frecuentes, destacando la motivación de imponerse racionalmente o divertirse.

Otro de los factores analizados es el consumo del alcohol u otras drogas. Molitor y Tolman (1986), encontraron que el 37% de los adolescentes varones, quienes habían agredido físicamente a sus parejas, declararon estar drogados en el momento de la agresión. En contraste, solo el 9% de las mujeres que habían agredido físicamente a sus parejas lo relacionaban por el consumo de las drogas. De igual forma, en el estudio de Makepeace (1983), el 1% de las mujeres determinaron que el alcohol y las drogas era el motivo de la agresión mientras que este porcentaje aumentaba en el caso de los hombres.

Como se puede apreciar, los resultados de estos análisis no llegan a conclusiones muy homogéneas ni especialmente claras sobre el peso específico del contexto en el que se efectúan los episodios agresivos. A este respecto, se subraya la importancia de establecer los factores que coexisten dentro de un contexto social, con el fin de sustentar posteriores investigaciones o programas de carácter preventivo eficaces.

Tabla 2.2. Resumen de estudios relacionados con las consecuencias y el contexto

FACTOR	ESTUDIOS ETIOLÓGICOS	EVIDENCIA EMPÍRICA
Consecuencias	<p>Archer, 2000a; Arias y Johnson, 1989; Bethke y DeJoy, 1993; Bookwala et al., 1992; Dobash et al., 1992; Clements et al., 2005; Coffey et al., 1996; Follingstad et al., 1991; Foshee et al., 1996; Jacobson, 1994; Makepeace, 1986, 1988; Morse, 1995; Molidor y Tolman, 1998; Straus, 1992; Walter, 1984, 1989</p> <p>Makepeace, 1986</p> <p>Riggs y O’Leary, 1989</p> <p>Coker et al., 2000; Grasley, 2002; Straus, 2004a</p> <p>Harned, 2001</p> <p>O’Leary et al., 2005; Watson, 2005</p>	<p>La naturaleza y el impacto de la agresión del hombre y de la mujer no son iguales. Las agresiones de los hombres causan más amenazas y daños físicos.</p> <p>Las mujeres tienen 4 veces más probabilidad de informar de lesiones moderadas a graves, respecto a los hombres.</p> <p>Ambos sexos presentarían consecuencias positivas al utilizar la violencia.</p> <p>No existen diferencias significativas en las consecuencias en función del sexo.</p> <p>Aunque no hay ninguna diferencia en los actos agresivos en función del sexo, si que existe una diferencia en el grado de impacto, siendo más severas las consecuencias en las mujeres que en los hombres. Aunque solo se confirma en niveles altos de agresiones físicas y psicológicas.</p> <p>Los hombres sufren más lesiones físicas respecto a las mujeres.</p>
Contexto	<p>Makepeace, 1983; Molidor y Tolman 1986</p> <p>Bergman, 1992; Foshee et al., 1996; Hamberger, Lohr, Bonge y Tonlin, 1997; Hird, 2000; Makepeace, 1986</p> <p>Campbell y Muncer, 1987; Yacion y Messner, 2000</p> <p>Cascardi y Vivian, 1995; Harned, 2001; Hettrich y O’Leary, 2005; Straus, 1993</p>	<p>El consumo del alcohol u otras drogas como motivo fundamental en la agresión de los hombres.</p> <p>Las mujeres utilizan las agresiones físicas como una respuesta auto-defensiva.</p> <p>El control como el motivo más frecuente de las agresiones de los hombres para dominar y controlar a las mujeres.</p> <p>No existían diferencias significativas entre las razones auto-defensivas en función del sexo.</p>

FACTOR	ESTUDIOS ETIOLÓGICOS	EVIDENCIA EMPÍRICA
	Follingstad et al., 1991	Los motivos de las mujeres universitarias de agredir físicamente eran: la ira (57%), la venganza por el daño emocional (56%) y la impotencia de expresarse verbalmente (27%). Los motivos en los hombres universitarios eran: la ira (37%), la venganza por ser agredidos (29%) y la venganza del daño emocional (25%). En cuanto a las medidas auto-defensivas no existían diferencias significativas en función del sexo (18% frente al 19%, respectivamente).
	Bookwala et al., 1992	Los celos están asociados a la agresión física de las mujeres.
	Cascardi y Vivian, 1995	En una muestra clínica de parejas casadas determinan que la ira y la coerción son las razones más frecuentes de agredir físicamente (niveles medios).
	O'Leary y Slep, 2003; Rigg y O'Leary, 1996	Según el modelo de violencia en las relaciones de noviazgo de Rigg y O'Leary (1996), predecía que las mujeres que cometían agresiones físicas estaban motivadas por el enfado, el desconcierto acerca de algún comentario, sentimientos de celos y por problemas de comunicación con sus parejas.
	Scott et al., 1997	Los sentimientos de ira y de frustración eran los motivos más frecuentes en las mujeres. Mientras que en los hombres la broma o el juego las razones más comunes.
	Capaldi y Crosby, 1997; Fiebert y González, 1997	El deseo de la atención emocional la razón esgrimida por las mujeres.
	Avery-Leaf et al., 1997; Cascardi, 1999	No se encontraban diferencias significativas en las respuestas auto-defensivas ni en las respuestas vengativas en función del sexo.
	Zaldivar et al., 2002	Las diferencias en las justificaciones de las conductas agresivas están fuertemente relacionadas con el sexo. Las justificaciones más frecuentes en las mujeres consisten en la falta de control emocional mientras que los hombres sentirse a gusto, fuertes y poderosos son las más frecuentes.

FACTOR	ESTUDIOS ETIOLÓGICOS	EVIDENCIA EMPÍRICA
	González, 2003	Los motivos que predecían mayor agresión en los chicos eran los celos, los intentos de control de la pareja y el mal carácter. En cambio, la agresión de las chicas era más probable cuando sus novios se mostraban celosos, intentaban forzarlas sexualmente y no dejaban que vieran a sus amigos/as.
	Perry y Fromuth, 2005	El motivo de agredir más frecuente en las mujeres es el juego.

2.3.3. Críticas a los estudios en función del sexo

En este área de investigación, a la hora de medir o evaluar las conductas agresivas nos enfrentamos a varios problemas en cualquiera de las estrategias metodológicas que podamos utilizar para su medición.

Si bien, los tests, escalas y cuestionarios que se han diseñado a lo largo de los años presentan suficientes garantías de fiabilidad y validez psicométricas, uno de los problemas a la hora de analizar los resultados inconsistentes tiene que ver con la capacidad de revelar los episodios agresivos. LeJeune y Follette (1994) encontraron que tanto los hombres como las mujeres informaban de más episodios agresivos de sus parejas que los suyos propios. También, en el estudio de Hanley y O'Neill (1997), la prevalencia de la agresión es diferente si ésta se revela en presencia de los dos miembros de la pareja o de uno solo, de forma que el 33% era informada por un solo miembro de la pareja, mientras que el 19% era informada por los dos miembros a la vez.

Otros investigadores argumentan que las mujeres adolescentes están más dispuestas a declarar sus episodios agresivos ya que habría menos presión social hacia ellas. En este caso, Harris y Knight-Bohnhoff (1996), señalan que la agresión de los hombres es percibida como un problema con mayores consecuencias, mayor grado de culpabilidad y mayor seriedad que el de las mujeres. Así, los hombres adolescentes opinaban que el hecho de pegar a las mujeres es generalmente visto menos aceptable que una mujer pegue al hombre (Bookwala et al., 1992), de forma que los hombres agresivos

pueden intencionadamente minimizar (Carlson, 1996), mentir o no participar en este tipo de investigaciones. En este sentido, Pederson y Thomas (1992), sugieren que los varones adolescentes niegan sus comportamientos agresivos mientras que las mujeres adolescentes lo sobreestiman por su disposición a aceptar la culpa. También, Lo y Sporakowski (1989) verificaron que las mujeres tenían más tendencia a declararse agresoras y menos como víctimas. Además, Foshee et al. (1996), relaciona los distintos tipos de agresión con el grado de revelación, de forma que las mujeres informarían de todas las formas de agresión física tanto severas como leves mientras que los varones adolescentes lo harían solo de la agresión sexual.

En esta misma línea pero de forma más específica, la escala más utilizada en este campo de estudio es la Escala de Tácticas de Conflicto de Straus (CTS), si bien la evaluación empírica de la validez del instrumento es bastante aceptable, no cuenta con las variables contextuales ni con las consecuencias asociadas a las agresiones. A este respecto, los investigadores subrayan la importancia de las consecuencias como del contexto en que se producen las agresiones para determinar el matiz diferente en cuanto al sexo como veremos en los próximos apartados.

En la descripción de este problema, es fundamental señalar las consecuencias y el contexto de las agresiones para tomar en consideración las diferencias en función del sexo (Bookwala et al., 1992; Harned, 2001; Hird, 2000).

2.4. Agresión bidireccional o cruzada

Numerosos estudios corroboran el concepto de agresión bidireccional o cruzada, situándola entre un 43% y un 72% de las conductas agresivas físicas, sexuales y psicológicas (Avery-Leaf et al., 1997; Billingham y Sack, 1986; Bookwala et al., 1992; Deal y Wampler, 1986; Henton et al., 1983; Foshee et al., 1996; Mooney, 2007; O'Keefe et al., 1986) (ver Tabla 2.3).

Corsi (1995), define la violencia cruzada como: *“la que ambos miembros de la pareja emplearían conductas agresivas, como modalidad vincular”*. Sin embargo, para

poder clasificarla de este modo es necesario que “*exista simetría en los ataques y paridad de fuerzas físicas y psicológicas en ambos miembros de la pareja*”.

La dirección de los resultados confirman que las víctimas de las agresiones responden en los mismos términos que sus agresores, lo que contribuye a explicar que las investigaciones encuentren niveles similares de agresividad en ambos sexos. En este mismo sentido, Harned (2002), obtiene que el predictor más potente de la agresión de uno de los miembros de la pareja es la conducta agresiva del otro. Recientemente en nuestro país, Fernández, Fuertes y Fernández (2006), indican correlaciones entre cometer una determinada agresión y ser víctima de esa misma forma de agresión, especialmente, en las conductas agresivas sexuales y en las agresiones verbales-emocionales.

Cuando la agresión es mutua, existe una alta probabilidad de que un individuo actúe al mismo tiempo como agresor y víctima (Lewis y Fremouw, 2001; O’Leary y Slep, 2003). En este sentido, en el estudio de Malik et al. (1997), encontraron que un 70,1% de los adolescentes agresivos resultaron ser también víctimas y el 72,2% de adolescentes que eran víctimas confesaron ser agresores en sus relaciones de noviazgo. Por su parte, Magdol et al. (1998), comprobaron que el 40% de las mujeres y el 80% de los hombres que agredían a sus parejas también eran víctimas. Más recientemente y respecto a una muestra universitaria, el estudio de Katz et al. (2002) indicó que el 59% de los encuestados mostraron ser tanto agresores como víctimas respecto la coerción sexual. Y, en la agresión física el 75% eran víctimas y agresores al mismo tiempo. En el estudio longitudinal de Gidycz et al. (2007), determinaron que los hombres universitarios que habían perpetrado agresiones verbales también habían sufrido agresiones verbales y físicas. Y los hombres que habían agredido físicamente a sus parejas también referían ser víctimas de esta.

En esta misma dirección trabajaron Gray y Foshee (1997), que condujeron una revisión de cuatro investigaciones. Los resultados fueron especialmente relevantes en función del patrón de la agresión analizada. Encontraron que entre el 45% y el 72% de los casos, ambos miembros de la pareja emplearían conductas agresivas y que los miembros de la pareja experimentarían más agresiones severas y sustancialmente más lesiones que las parejas en donde un solo miembro de la pareja era agresivo. Sin

embargo, este estudio no discriminaba entre individuos que utilizaban la agresión como una medida auto-defensiva de aquellos que la utilizaban como una estrategia para resolver los problemas.

En este punto es necesario aludir a la investigación pormenorizada de O’Leary et al. (2005), en el que trataron de identificar el patrón del agresor y la víctima separadamente. Se concluyó, como norma general, que el 66% de los adolescentes presentaban un patrón de agresiones mutuas en hombres y mujeres. Específicamente, si se evalúan las categorías unilaterales en víctimas y agresores en función del sexo existían diferencias significativas. De tal forma que el 29% de las mujeres se declararon exclusivamente agresoras, frente al 7% de los hombres. Mientras en las tasas de victimización, el 7% de las mujeres solo se consideraban víctimas frente al 31% de los hombres.

En general, lo que está claro en estos estudios es que una de las tareas de las investigaciones futuras será analizar la agresión no sólo como un acto aislado sino como un proceso de interacción a lo largo del tiempo de la relación.

Tabla 2.3. Resumen de estudios relacionados con la agresión bidireccional

FACTOR	ESTUDIOS ETIOLÓGICOS	EVIDENCIA EMPÍRICA
Agresión bidireccional o cruzada	<p>Billingham y Sack, 1986; Bookwala et al., 1992; Fernández et al., 2006; Gray y Foshee 1997; Henton et al., 1983; Lewis y Fremouw, 2001; Linder y Collins, 2005; Magdol, et al., 1998; Mooney, 2007; O’Keefe et al., 1986; O’Leary y Slep, 2003; O’Leary et al., 2005; Orcutt, Garcia y Pickett, 2005; Sharpe y Taylor, 1999; Wolfe et al., 2001</p> <p>Bookwala et al., 1992</p>	<p>En las relaciones de noviazgo se confirma un patrón bidireccional de agresiones.</p> <p>En una muestra de estudiantes universitarios, la agresión física de uno de los miembros de la pareja predecía la agresión del otro miembro de la pareja tanto en hombres como en mujeres.</p>

FACTOR	ESTUDIOS ETIOLÓGICOS	EVIDENCIA EMPÍRICA
	<p>Riggs, 1993</p> <p>Gray y Foshee, 1997</p> <p>Malik et al., 1997</p> <p>Magdol et al., 1998</p> <p>Molidor y Tolman, 1998</p> <p>Watson et al., 2001</p> <p>Harned, 2002</p> <p>Katz et al., 2002</p>	<p>El 64% de los hombres y el 57% de las mujeres víctimas, reconocieron que ambos miembros de la pareja habían sido también agresivos.</p> <p>Entre el 45% y el 72% ambos miembros de la pareja emplearían conductas agresivas y cada vez más severas.</p> <p>El 70,1% de los adolescentes agresivos resultaron ser también víctimas y el 72,2% de adolescentes que eran víctimas confesaron ser también agresores.</p> <p>Comprobaron que el 40% de las mujeres que agredían en contra de su pareja (agresión severa) eran también víctimas, y las mujeres víctimas tenían 10 veces más probabilidad de ser agresoras respecto mujeres que no habían sufrido ningún episodio agresivo. De forma similar, en los varones el 80% que agredían a sus parejas (agresión severa) también eran víctimas, y las víctimas varones tenían 19 veces más probabilidad de ser agresores.</p> <p>Dirige sus objetivos en determinar quién inicia los episodios agresivos en estudiantes de instituto. Específicamente, el 70% de las mujeres y el 27% de los hombres confesaron que sus parejas habían iniciado las agresiones.</p> <p>Se obtiene que un 45,6% de los estudiantes encuestados, presentaban experiencias de agresiones físicas tanto como víctimas como agresores con su habitual o reciente pareja, y solo el 9% de los estudiantes eran solo víctimas.</p> <p>La conducta agresiva de la pareja es un potente predictor en la violencia en el noviazgo.</p> <p>El 59% de los adolescentes mostraron ser tanto agresores como víctimas en la coerción sexual. Y en la agresión física, el 75% eran víctimas y agresores al mismo tiempo.</p>

FACTOR	ESTUDIOS ETIOLÓGICOS	EVIDENCIA EMPÍRICA
	Swart et al., 2002	El 49,8% de los varones y el 52,4% de las mujeres estudiantes de secundaria, podían intercambiarse los papeles de agresores y víctimas en un contexto de agresión física.
	O’Leary y Slep, 2003	En estudiantes de universidad, la agresión física de un miembro de la pareja y la agresión física del otro correlacionaban el 0,78.
	O’Leary et al., 2005	El 66% de los adolescentes presentarían un patrón de agresiones mutuas en hombres y mujeres.
	Linder y Collins, 2005	El 56% presentarían un patrón de agresión física mutua a los 21 años de edad y del 42% a los 23 años.

2.5. Justificación de las conductas agresivas

La aceptabilidad o justificación de la agresión es un factor que ha sido puesto de relieve en multitud de estudios sobre el comportamiento agresivo según se verá en el capítulo cuatro de la presente tesis doctoral.

Precisamente, destaca el papel crucial que las creencias normativas, es decir, aquellas creencias sobre el grado de aceptación o justificación de nuestro comportamiento tienen en el desencadenamiento de la agresión. Esta situación toma especial relevancia cuando es en las primeras relaciones amorosas dónde se forman las ideas iniciales sobre las expectativas de una relación y cómo comportarse con la pareja, indudablemente, cruciales en las relaciones de pareja en la edad adulta (Dion y Dion, 1993; Furman y Flanagan, 1997a).

En las relaciones de noviazgo de adolescentes y jóvenes se considera fundamental y prioritario formar una relación de pareja en sus vidas, como una entrega total, los sentimientos se intensifican, todo gira alrededor de la otra persona: “*Perder a la pareja*

es como perder la vida”, “*no puedo vivir sin ti*” y “*el amor es el eje fundamental de nuestras vidas*”. En este contexto, los episodios agresivos son minimizados o no se poseen las competencias eficaces para poder afrontarlos (Trujano y Mata, 2002). Además, una visión excesivamente romántica del amor puede convertirse en un grave problema, creencias: “*El amor lo puede todo*”, “*con amor, tiempo y paciencia se puede cambiar a una persona*”, “*con el tiempo todo mejorará*”, pueden mantener en el tiempo este tipo de relaciones (González y Santana, 2001b).

Estos planteamientos han sido corroborados por diversos estudios, tal es el caso, del estudio de Swart et al. (2002), que señalaron una asociación entre la agresión y las creencias que justifican la agresión. Específicamente, los varones adolescentes de secundaria y, en mayor proporción, las mujeres que manifestaban conductas agresivas en sus parejas, mantenían la creencia de que las agresiones físicas formaban parte de las relaciones de noviazgo y eran una forma de demostrar amor hacia sus parejas. Similarmente, Henton et al. (1983), refieren que más de un 25% de adolescentes que experimentaron agresiones en el noviazgo, la interpretaron como signo de amor entre la pareja y que la agresión simbolizaba amor más que peligro. También, obtuvieron que el 36% de los adolescentes mantenían la idea de que mejoraría su relación después de la agresión. Paralelamente, Rosen y Bezold (1996), obtuvieron resultados similares, detectando que el 30% de las estudiantes interpretaban la agresión como señal de amor y que era aceptable en ciertas condiciones, también en el estudio de Matthews (1984) las agresiones se interpretaban como una manifestación de amor.

Así, las víctimas pueden resolver la disonancia convenciéndose de que están enamoradas y de que serán capaces de “*salvar*” a sus parejas (Lloyd, Koval y Cate, 1989). En cualquier caso, estos autores señalan que un excesivo romanticismo puede contribuir a que las víctimas mantengan una relación violenta convenciéndose de que “*el amor lo puede todo*”, que sus problemas son transitorios y manteniendo la esperanza de mejorar la relación (Lloyd, 1991).

Los estudios en esta área, también apuntan que algunas víctimas consideran las agresiones que se producen durante el noviazgo como una broma y que, en ocasiones, “*se les ha ido de las manos*” (Arriaga, 2002). Tal es el caso del trabajo realizado por Pirog-

Good y Stets (1989), en el que solo el 28% de las mujeres universitarias que habían sufrido agresiones sexuales en la pareja, identificaban estos episodios como abusos. Asimismo, las agresiones psicológicas como las agresiones verbales, las acciones celosas y las tácticas de dominancia se consideran prácticas “*normales*” en la convivencia (Jezl et al., 1996), que junto a las creencias de muchas parejas jóvenes de que el “*amor lo puede todo*” o “*con el tiempo todo mejorará*,” convierten a la violencia en obstáculos a vencer. No obstante, cuando se preguntaba a los adolescentes si tolerarían en sus relaciones de pareja algún comportamiento agresivo, la mayoría de las respuestas indicaban que no, a excepción de las agresiones verbales (Berkel, Furlong, Hickman y Blue, 2005).

Tomando en consideración estas pinceladas sobre los planteamientos que subyacen al estudio de las creencias normativas, es fundamental la atención del contexto en donde se producen las dinámicas de las relaciones de noviazgo, ya que, por ejemplo, actos abusivos en parejas adultas como empujar, dar un puñetazo o insultar son vistas entre las parejas de adolescentes y jóvenes como formas de mantener la atención y el interés por el otro (Shapiro, Baumeister y Kessler, 1991). Díaz-Aguado (2002), obtiene que el 64% de los hombres adolescentes piensan que la violencia es inevitable y el 34% de las mujeres adolescentes piensan de forma similar. De forma sorprendente, el 14% de las mujeres adolescentes cree que la propia mujer víctima de la agresión tiene parte de culpa, creencia que está muy arraigada en las normas culturales y las creencias sociales que se van transmitiendo de generación en generación. Así, los adolescentes perciben que determinados comportamientos agresivos constituyen un estilo interactivo normalizado y aceptable que mantiene la relación y resuelve los distintos conflictos surgidos, por lo que la violencia es a menudo minimizada o no se considera, por las partes implicadas, suficiente razón para terminar la relación (Makepeace, 1989; Wekerle y Wolfe, 1999).

2.6. Después de las conductas agresivas

En este apartado se pretende desde el marco del análisis de los factores implicados en la violencia en el noviazgo, explicar en su conjunto el por qué se consolidan y mantienen a lo largo de las relaciones de pareja. En este caso, en primer lugar, se analizan las reacciones de los jóvenes después de las conductas agresivas y, en

segundo lugar, los recursos de ayuda solicitados por la población más joven (véase Tabla 2.4).

2.6.1. Reacciones como respuesta a las conductas agresivas

A raíz de las investigaciones empíricas y de los modelos teóricos, se ha llegado a la conclusión de que a menudo las víctimas de violencia doméstica perdonan y renuncian a dejar sus parejas. Este carácter cíclico es explicado por Walker (1979) utilizando la teoría de la desesperanza e indefensión aprendida planteada por Seligman en la década de los setenta. Así, en el proceso de victimización la mujer siente que no puede hacer nada para escapar del agresor, su situación no tiene ninguna salida y, por tanto, no intenta cambiar (para una revisión de los distintos factores que influyen en tal decisión, ver Strube, 1988).

Zink, Regan, Jacobson y Pabst (2003), analizaron las razones por las cuales las mujeres mayores de 55 años continuaban conviviendo con sus parejas maltratadoras, entre ellas cabe destacar: ser mujer mayor de clase media, con poca formación académica y trabajar en casa con menos posibilidades económicas. Las mujeres más jóvenes que no habían recibido ninguna formación en cuanto a los malos tratos tenían más probabilidad de permanecer con sus parejas. Del mismo modo, Unger y Crawford (1992), consideran que las mujeres que permanecen o vuelven con sus parejas maltratadoras piensan que las causas de los malos tratos son externas e inestables (ej., problemas con el alcohol, un mal día en el trabajo), por lo que esperan que puedan cambiar. Conforme aumenta la frecuencia y la severidad de los episodios, es más probable que dejen la relación ya que lo atribuyen a causas internas de sus esposos. Esto explicaría que las mujeres tardan en comprender y aceptar las conductas de sus cónyuges. A pesar de ello, en una revisión de varios estudios se concluye que a mayor severidad y duración del maltrato, menor será la probabilidad de romper la relación, ya que la mujer se vuelve más dependiente, pasiva y temerosa, desarrollando una baja autoestima y sentimientos de culpabilidad (Zubizarreta et al., 1994). En este sentido, Flynn (1990b), observó que cuanto más tiempo pasaba antes de que se produjera el primer episodio agresivo era más probable que la relación continuara a pesar de las agresiones.

En todo caso, para romper con este tipo de relaciones, es necesario tener una percepción clara de esta situación y saber cuáles son las consecuencias derivadas de mantener este compromiso en el tiempo. Sin embargo, muchas parejas jóvenes carecen de este tipo de información. En el caso de las jóvenes educadas en un ambiente no violento, pueden tardar en tener una percepción clara de la situación y, por tanto, perpetuar este compromiso. Sin embargo, las jóvenes pertenecientes a familias violentas identifican antes su situación, llegando a considerarla “*normal*”. Además, cabe la posibilidad de que ellas mismas se culpen de los malos tratos recibidos (Cantos, Neidig y O’Leary, 1995) y no busquen ayuda como forma de poner fin a la situación, tanto en chicas adolescentes como en adultas (Jaffe, Lemon, Sandler y Wolfe, 1996). Incluso, después de la ruptura, los jóvenes aprenden formas inadecuadas de relacionarse con las parejas que repetirán en un futuro.

En este campo de estudio, destaca la especial contribución el estudio cualitativo de Rosen y Stith (1995), que señalaron una jerarquía de cinco procesos cognitivos para examinar la decisión de las víctimas de terminar con las relaciones agresivas en el noviazgo. Según estos autores, el cambio de actitud se atribuye a la influencia de varios procesos cognitivos como: a) intensas dudas o pensamientos, no identificados con la terminación de la relación, b) evaluar hechos o eventos significativos, c) reevaluar de nuevo lo que ocurre en la pareja, d) la introducción de un cambio inminente y, e) algunas situaciones puntuales provocan el deseo de terminar con la relación.

En el contexto de las relaciones de noviazgo, algunas investigaciones predicen los factores que determinan una continuidad en la relación. Entre ellos cabe considerar la falta de lesiones y la existencia de un compromiso mutuo entre los miembros de la pareja. En primer lugar, respecto a las lesiones, en el estudio de Carlson (1996), la ausencia de lesiones incrementa la probabilidad de que la relación permanecerá igual. Sin embargo, catalogar una relación como violenta y requerir tratamiento médico predecirá un deterioro en la relación y su posterior finalización. En segundo lugar, también Carlson (1996), determina lo que sucederá en un futuro tras la aparición de episodios agresivos tanto en las relaciones estables como en las relaciones nuevas. Respecto a las relaciones nuevas, los universitarios de ambos sexos predecían que la relación se deterioraría pero permanecerían juntos mientras que en relaciones estables romper la relación sería la

respuesta más frecuente. Un dato a tener en cuenta, es que entre el 4% y el 5% de las respuestas (relaciones nuevas y relaciones estables, respectivamente), predecían que las relaciones mejorarían como resultado del episodio agresivo.

Por otra parte, los investigadores han estudiado las diferencias en las reacciones de la agresión. A este respecto, Watson et al. (2001), encontraron que las mujeres de instituto respondieron también agresivamente y rompieron la relación y, en menor medida, lloraron y hablaron con los amigos de la agresión. En cambio, los hombres no hacían nada en una relación agresiva. A este respecto, destaca el trabajo elaborado por Bergman (1992), que señaló que el 79,2% de las mujeres y el 69,6% de los hombres que habían sufrido agresión física, mantendrían sus relaciones de pareja en el tiempo. En este sentido, los resultados del estudio de Bethke y DeJoy (1993), encuentran que solo la mitad de los adolescentes indican que la relación de pareja se terminaría.

Uno de los estudios que evalúan los factores psicológicos, en una muestra representativa de universitarias, es el equipo investigador formado por Katz, et al. (1997). Argumentan que si una mujer presenta una valoración negativa de sí misma en el contexto de una relación violenta, tiene menos probabilidad de disolver la relación ya que el comportamiento de su pareja puede ser minimizado y justificado. Así, que las víctimas desarrollarían una actitud similar a la que ha sido descrita en los campos de concentración y secuestros, denominada “*síndrome de Estocolmo*”. Estos autores estudian dos tipos de variables individuales: la autoestima y la atribución de causalidad que resultaron ser fuertes predictores en la tolerancia a la agresión y la intención de perdonar y de mantener la relación. Específicamente, la autoestima y la atribución de causalidad se asocian significativamente con la intención de perdonar el comportamiento agresivo. Además, la atribución de causalidad correlaciona con la intención de terminar la relación, es decir, cuando una mujer cree que la causa de la violencia es culpa suya tiene más probabilidad de que perdone y mantenga esta relación en el tiempo. A la luz de este estudio, son de gran utilidad los resultados apuntados para desarrollar programas preventivos y de intervención, tanto en la violencia doméstica como en el noviazgo. No obstante, este estudio hay que tomarlo con cautela, ya que el instrumento de evaluación que se utiliza son situaciones hipotéticas de episodios agresivos, por lo que los patrones apuntados pueden tomarse más bien como hipótesis que como tendencias confirmatorias.

2.6.2. Recursos de ayuda

Los recursos asistenciales son parte esencial del proceso de atención, donde tanto las instituciones públicas como las privadas establecen canales de coordinación que garantizan una atención eficaz inmediata y cubren la totalidad de la red de atención para las personas que sufren una situación de maltrato.

En la violencia doméstica, en general, las mujeres que buscaban en mayor proporción recursos de protección eran las de mayor edad, casadas que disponían de recursos económicos, las que estaban embarazadas, las que habían sufrido violencia sexual, las que tenían amigos o familiares que habían sido amenazadas o abusadas y las que presentaban síntomas severos de depresión. Sin embargo, vivir con el agresor y mantener la relación disminuía la probabilidad de buscar recursos de protección (Wolf, Holt, Kernic y Rivara, 2000).

En este sentido, Woods (1999), señaló como principal razón del proceso de negación y su posterior evitación a los recursos de ayuda, las evaluaciones negativas por parte de los demás. Así, la mayoría de las personas valoran negativamente a quienes mantienen una relación agresiva y, por tanto, las personas afectadas niegan su situación a amigos y familiares (Dunham y Senn, 2000), incluso pueden asumir erróneamente la responsabilidad y culparse de lo sucedido, más frecuentemente en mujeres de mayor edad (Kalra, Wood, Desmarais, Verberg y Senn, 1998). Este resultado se sustenta en las conclusiones del estudio realizado por el Instituto de la Mujer (1999) que evidencia que el 26,4% de las mujeres que se declararon víctimas de malos tratos se consideraban culpables de dicha situación. También, en el estudio de Macías (1992) las mujeres se echaban la culpa a sí mismas o a la existencia de factores externos como el alcohol, las drogas o trastornos mentales.

En todo caso y a pesar de las diferencias en las manifestaciones, los adolescentes y jóvenes pueden requerir ayuda de instituciones, cuando perciben que los recursos existentes son efectivos y respetan la confidencialidad de las personas, aunque la mayoría de los estudios concuerdan en que los adolescentes no revelan este tipo de experiencias

(Craver, 2000), ya que temen ser culpados y que su información no sea confidencial. Así, en el Barómetro del CIS se considera que el 59,3% de las personas que denuncian pueden tener poca o ninguna confianza en las autoridades y en los recursos existentes (CIS, 2004). Estos datos subrayan el paralelismo entre los recursos de ayuda que utilizan los adolescentes inmersos en una situación de agresiones con los utilizados por personas adultas.

Específicamente, en las relaciones de noviazgo, los adolescentes y jóvenes envueltos en estas relaciones no utilizan los recursos de ayuda formales de la red social (profesionales), de forma que el uso de las respuestas agresivas, romper con la pareja, utilizar recursos informales (ej., hablar con los amigos o con la pareja) o no hacer nada son las respuestas más frecuentes (Anderson y Danis, 2007; Ocampo, Shelley y Jaycox, 2007; Watson et al., 2001). De esta forma, solo el 22% de los estudiantes que habían sufrido alguna experiencia agresiva revelaron a alguien su situación; mayoritariamente elegían al grupo de amigos (Bergman, 1992) y también a los miembros de la familia (Silber, 2002). Asimismo, Mahlstedt y Keeny (1993), determinaron que las mujeres que habían sufrido agresiones se lo decían a los amigos (80%), hermanos (47%) y/o a la madre (43%). Solo un 9% informó a las instancias judiciales. Por otra parte, autores como Watson et al. (2001), señalaron que un 6% de las víctimas utilizan los servicios de la policía o servicios legales. De cualquier forma, el hecho de contar con apoyo social es uno de los factores de protección que contribuye a aumentar el bienestar psicológico de las víctimas adolescentes (Holt y Espelage, 2005).

Al igual que ocurría con los estudios anteriores, Ashley y Foshee (2005), señalaron que el 60% de las víctimas y 79% de los perpetradores no buscaban ayuda y, si la pedían, lo hacían a amigos y a familiares. También, comprobaron que el buscar ayuda estaba relacionado con el sexo y la edad, de tal forma que los hombres que agredían buscaban más recursos de ayuda respecto de las mujeres perpetradoras y, a mayor edad, aumentaban los recursos utilizados. Específicamente, tanto los hombres perpetradores como los que sufrían agresiones cuando buscaban ayuda lo hacían en mayor medida a recursos especializados de violencia respecto a mujeres víctimas y perpetradoras.

En este campo, destaca el estudio elaborado por Black y Weisz (2003), en una muestra representativa de jóvenes universitarios afroamericanos al señalar diferencias en los recursos de ayuda utilizados en función de la intensidad de las agresiones. Más concretamente, las mujeres víctimas de agresiones graves solicitaron más ayuda tanto a los amigos como a los padres respecto las mujeres víctimas de menor intensidad. En este mismo sentido, los hombres que cometían más actos agresivos presentaban una mejor disposición a requerir ayuda tanto de los amigos como de sus padres, respecto a los hombres que cometían actos menos agresivos.

En este sentido, es necesario, destacar el estudio de Carlson (1996), al constatar una nítida discrepancia entre lo que responden los adolescentes y jóvenes universitarios que deberían de hacer y lo que realmente hacen ante las agresiones de la pareja, concretamente, propone como posible explicación la deseabilidad social de los estudiantes. En cuanto a lo que se debería de hacer, los universitarios recomiendan a las víctimas en mayor medida finalizar la relación (71%). Otras respuestas menos frecuentes consistían en: hablar con un amigo (39%), buscar ayuda profesional (38%) y llamar a la policía (38%). Solo un 5% recomendaba no hacer nada. Respecto a lo que deberían de hacer los agresores, los universitarios recomiendan en primer lugar buscar ayuda de un profesional (79%), finalizar la relación (36%), hablar con un amigo (29%) y solo un 5% sugería no hacer nada. En este sentido, desarrolla un modelo constituido por tres tipos de variables para determinar los factores que mejor explicarían lo que deberían de hacer las víctimas y los agresores tras un episodio agresivo. Estos tres tipos de variables son: las características demográficas (especialmente el género y la orientación sexual), los factores contextuales del incidente y de la relación de pareja (naturaleza del episodio agresivo, una larga historia de agresiones en la relación) y el catalogar un episodio como violento.

Por otra parte, Berkel et al. (2005), señalaron que el 67% de las mujeres universitarias dejarían la relación si estuvieran en una relación violenta, comparado con el 28% que pedirían ayuda. Cuando se las preguntaba sobre la causa de las agresiones el 34% indicaban características propias del maltratador como la falta de respeto por las personas, la inseguridad, la necesidad de control y la falta de habilidades sociales. Los

datos mostraron también que el 63% aconsejaban medidas de rehabilitación a los maltratadores, frente al 20% que aconsejaban castigos físicos y solo el 3% contestaba no hacer nada.

En general, las víctimas sienten escaso apoyo de las estructuras jurídicas y policiales y no se sienten seguras de denunciar los hechos (Sanmartín, 2002). Por lo tanto, las actitudes consistentes en la falta de credibilidad y la trivialización que se hace de este tipo de situaciones, así como la culpabilidad de las víctimas, son temas que deben ser abordados y tratados en futuras investigaciones.

Tabla 2.4. Resumen de estudios relacionados con las respuestas a la agresión y los recursos de ayuda

FACTOR	ESTUDIOS ETIOLÓGICOS	EVIDENCIA EMPÍRICA
Reacciones en respuesta a la agresión	<p>Flynn, 1990a; Zubizarreta et al., 1994</p> <p>Bergman, 1992; Bethke y DeJoy, 1993; O'Leary et al., 2005</p> <p>Unger y Crawford, 1992</p> <p>Rosen y Stith, 1995</p>	<p>A mayor severidad y duración del maltrato menor es la probabilidad de romper la relación.</p> <p>Los adolescentes que habían sufrido agresiones seguían manteniendo esta relación en el tiempo.</p> <p>Las mujeres que permanecen o vuelven con sus parejas maltratadoras piensan que las causas de los malos tratos son externas e inestables. Conforme aumenta la frecuencia e intensidad de los episodios agresivos, es más probable que dejen la relación ya que lo atribuyen a causas internas de sus parejas.</p> <p>Señalan una jerarquía de cinco procesos cognitivos para examinar la decisión de terminar con las relaciones agresivas: a) intensas dudas o pensamientos, no identificados con la terminación de la relación, b) evaluar hechos o eventos significativos, c) reevaluar de nuevo lo que ocurre en la pareja, d) la introducción de un cambio inminente y, e) algunas situaciones puntuales provocan el deseo de terminar con la relación.</p>

FACTOR	ESTUDIOS ETIOLÓGICOS	EVIDENCIA EMPÍRICA
	<p>Carlson, 1996</p> <p>Choice y Lamke, 1997</p> <p>Katz, et al., 1997</p> <p>Piispa, 2004; Rhatigan y Street, 2005; Watson et al., 2001</p> <p>Zink et al., 2003</p>	<p>Variables como la falta de lesiones o la presencia de una relación no duradera en el tiempo predecía la continuidad de la relación.</p> <p>Identifican dos cuestiones básicas para romper con sus parejas agresoras: 1) ¿Será mejor dejarlo? y 2) ¿Podré hacerlo?</p> <p>Estrecha relación entre variables psicológicas y la decisión de romper con el agresor.</p> <p>Las mujeres jóvenes revelan en mayor medida su situación de maltrato.</p> <p>Las mujeres más jóvenes que no han recibido ninguna formación en cuanto a los malos tratos presentan mayor probabilidad de permanecer más tiempo con sus parejas.</p>
Recursos de ayuda	<p>Bergman, 1992; Mahlstedt y Keeny, 1993; Silber, 2002</p> <p>Cantos et al., 1995; Kalra et al., 1998; Macías, 1992</p> <p>Mahlstedt y Keeny, 1993; Watson et al., 2001</p> <p>Carlson, 1996</p> <p>Craver, 2000; Foshee et al., 1998; Jaffe et al., 1996; Watson et al., 2001</p> <p>Dunham y Senn, 2000; Woods, 1999</p>	<p>Los recursos de ayuda informales más frecuentes son los amigos y la familia.</p> <p>Las mujeres víctimas pueden asumir erróneamente la responsabilidad y culparse de lo sucedido.</p> <p>Aproximadamente el 7% revelaba su situación a recursos formales de la red social.</p> <p>Contactar con el sistema de recursos alternativos dependen de tres variables: 1) características demográficas; 2) factores contextuales y relacionales y, 3) reconocer los episodios agresivos.</p> <p>Tanto en la población joven como en la adulta no revelan su situación de maltrato a la red de recursos formales.</p> <p>Las evaluaciones negativas por parte de las demás personas tienen una especial relevancia a la hora de negar y evitar los recursos de ayuda.</p>

FACTOR	ESTUDIOS ETIOLÓGICOS	EVIDENCIA EMPÍRICA
	Wolf et al., 2000	Las mujeres de mayor edad, casadas que disponían de recursos económicos, las que estaban embarazadas, que habían sufrido violencia sexual, las que tenían amigos o familiares que habían sido amenazadas o abusadas y las que presentaban síntomas severos de depresión tenían mayor probabilidad de buscar recursos de protección.
	Sanmartín, 2002	Las víctimas de violencia doméstica sienten escaso apoyo de las estructuras jurídicas y policiales y no se sienten seguras de denunciar los hechos.
	Black y Weisz, 2003	Estrecha relación entre la intensidad de las agresiones y la utilización de los servicios asistenciales.
	Ashley y Foshee, 2005	La edad y el sexo se relacionan con la probabilidad de buscar ayuda especializada. Los hombres que agredían buscaban recursos de ayuda en mayor medida respecto a mujeres perpetradoras. Además, a mayor edad aumenta la probabilidad de requerir ayuda institucionalizada.
	Berkel et al., 2005	El 67% de las mujeres universitarias dejarían la relación si estuvieran en una relación conflictiva, frente al 28% que pedirían ayuda.
	Holt y Espelage, 2005	El apoyo social es uno de los factores de protección que contribuye a aumentar el bienestar psicológico de las víctimas.

2.7. Consecuencias a la violencia en el noviazgo

Son pocas las parcelas de la vida que no se ven alteradas negativamente debido a la situación de maltrato creada. El propósito de la investigación centrada en las consecuencias en población adolescente y joven, no sólo pretende analizar las principales consecuencias en la salud física y mental, sino también determinar su especial influencia

en la adolescencia y/o juventud, etapas del desarrollo físico, psicológico y social cruciales para los seres humanos.

La violencia en el noviazgo provoca consecuencias negativas en la calidad de vida y el bienestar como son: un peor rendimiento académico (Bergman, 1992), el abandono de los estudios (Collin-Vézina, Hébert, Manseau, Blais y Fernet, 2006; Harned, 2001), baja autoestima y peor bienestar físico y emocional (Ackard y Neumark-Sztainer, 2002; Aguilar y Nightingale, 1994; Coker et al., 2000; Collin-Vézina et al., 2006; Holt y Espelage, 2005; Magdol et al., 1998) y síntomas depresivos (Williams, 2007). Incluso, Wolfe, Reitzel-Jaffe y Lefebvre (1998), proponen que los problemas psicológicos y de relación en la edad adulta proceden de la agresión en las relaciones de noviazgo.

Otras de las patologías que están asociadas a la violencia en el noviazgo son el abuso de sustancias (Coker et al., 2000; Foo y Margolin, 1995; Silverman et al., 2001), los suicidios (Ackard y Neumark-Sztainer, 2002; Coker et al., 2000; Kreiter et al., 1999; Silverman et al., 2001), la transmisión de enfermedades sexuales (Kreiter et al., 1999; Nicoletti, 2000; Wingood, DiClemente, Hubbard, Harrington y Davies, 2001) y los trastornos del comportamiento alimentario (Ackard y Neumark-Sztainer, 2002; Silverman et al., 2001), específicamente, el incremento del consumo de purgantes y de píldoras (Thompson et al., 2001) y comportamientos delincuentes (Williams, 2007) (ver Figura 2.3).

Centrándonos en las lesiones físicas, las mujeres universitarias de entre 18 y 25 años revelaban lesiones como arañazos, cardenales, ojos morados, muslos inflamados, labios rotos y torceduras. En cuanto a las lesiones psicológicas, la depresión, la ansiedad, las somatizaciones, la hostilidad y la vulnerabilidad interpersonal caracterizaban el estado psicológico de las víctimas. Asimismo, el deterioro biopsicosocial se relacionaba con las diferentes manifestaciones de agresiones, de modo, que las víctimas de varias formas de agresiones presentaban mayor deterioro en la salud mental y una mayor presencia de lesiones respecto a las víctimas de una sola forma de agresión (Frederick y Susan, 2005).

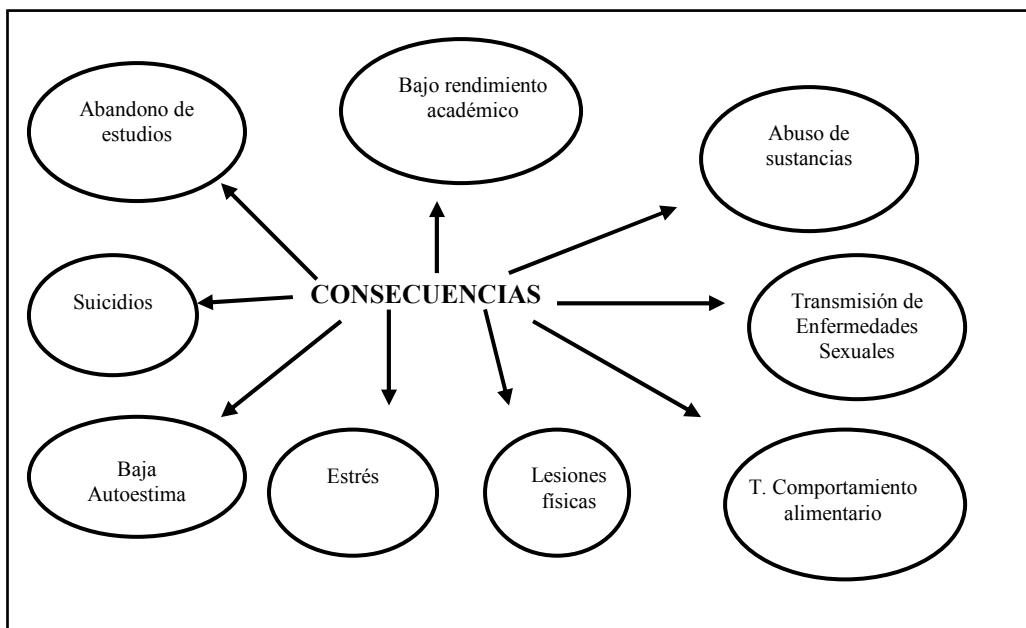


Figura 2.3. Consecuencias asociadas a la violencia en el noviazgo

Las conductas de riesgo se definen como comportamientos que interfieren o dañan la salud física y psicosocial. Al estudiar una muestra de estudiantes femeninas encontraron que la violencia durante el noviazgo se acompañaba de ciertos problemas de conducta como el consumo de alcohol y de tabaco, así como mantener relaciones sexuales a edades muy tempranas (Silverman et al., 2001). Otra investigación, también identificó estas mismas relaciones entre la violencia durante el noviazgo y el abuso de sustancias y la iniciación sexual temprana (Ackard, Ztainer y Stat, 2003). También, el estudio de Rivera-Rivera et al. (2006), relacionó la violencia durante el noviazgo con conductas de riesgo como el abuso de alcohol, el consumo de tabaco, el bajo rendimiento escolar y la iniciación sexual temprana.

Asimismo, otros estudios han mostrado resultados similares en cuanto al nexo entre la violencia durante el noviazgo y el abuso del alcohol y el consumo de drogas ilegales (Choquet, Darles-Bornoz y Ledoux, 1997; Eaton, Davis, Barrios, Brener y Noonan, 2007; Symons et al., 1994). También, se relaciona la pertenencia a pandillas y las relaciones sexuales con múltiples parejas (Schwartz, O’Leary y Kendziora, 1997).

El estudio de DuRant et al. (2007) examinó las conductas de riesgo en una muestra universitaria que informaron de agresiones físicas en sus relaciones de pareja. Así pues, las conductas de riesgo más destacadas en hombres que habían sufrido agresiones físicas eran: 1) consumo de alcohol antes de los 15 años; 2) fumar y, 3) consumo de marihuana. Respecto las conductas de riesgo de las mujeres podemos destacar: 1) prácticas sexuales con dos o más personas; 2) consumir alcohol y, 3) consumir drogas ilegales.

3. A MODO DE RESUMEN

Son muchos los autores que han evaluado los factores que configuran la violencia en las relaciones de pareja de jóvenes y adolescentes. Estas aproximaciones proponen un enfoque más complejo y focalizan sus actuaciones en la comprensión de todos los aspectos que la integran como, por ejemplo: a) el inicio y mantenimiento de las agresiones b) la edad de comienzo y el sexo, c) el contexto, d) la justificabilidad, e) las reacciones y los recursos de ayuda y, f) las consecuencias asociadas.

En cualquier caso, el planteamiento que subyace es conseguir una mayor precisión a la hora de determinar las pautas que interaccionan en la etiología de la violencia, con el objetivo de establecer una visión exhaustiva del problema y considerarlas en la elaboración de programas preventivos futuros.

La complejidad de este marco de intervención no sólo se ve agravada por los resultados inconsistentes de las distintas investigaciones realizadas sino también por las características propias de la población en la que se definen. La adolescencia es un periodo evolutivo caracterizado por cambios importantes en el que se inician las primeras relaciones de noviazgo. En este sentido, los distintos estudios analizados no pronostican nada halagüeño para las parejas envueltas en situaciones violentas ya desde el noviazgo.

La violencia en las relaciones de pareja de jóvenes y adolescentes presenta graves consecuencias en la salud física y mental. La información obtenida en este sentido merece especial atención, ya que es necesario alcanzar una adecuada percepción de las consecuencias en términos de salud. Es, a la hora de estudiar su magnitud y sus

repercusiones, donde se analiza la violencia como un fenómeno social, como un delito contra los derechos fundamentales de las personas.

FACTORES DE RIESGO DE LA VIOLENCIA EN EL NOVIAZGO

1. INTRODUCCIÓN

En el presente capítulo de la presente tesis doctoral se va a mostrar cómo la violencia en el noviazgo puede verse desencadenada por multitud de factores, subrayándose, así, su multicausalidad. En este sentido, diversos estudios han investigado los factores de riesgo tanto en las víctimas como en los agresores (Arias et al., 1987; Banyard, Cross y Modecki, 2006; Bergman, 1992; Coker et al., 2000; Foshee et al., 1996; Hotaling y Sugarman, 1986; O'Keefe et al., 1986; Smith et al., 2003; Swart et al., 2002; Vézina y Hébert, 2007; West y Rose, 2000). Cuando se estudia un fenómeno tan complejo y envuelto en una fuerte polémica conceptual, una de las estrategias más eficaces para comprenderlo consiste en conceptualizar sus determinantes, más que como *causas*, como factores de riesgo.

En esta línea de actuación, los esfuerzos prácticos de intervención preventiva se han dirigido al estudio y análisis de los factores de riesgo relacionados con la violencia en el noviazgo. Estos factores anteceden a la violencia y se asocian estadísticamente con un incremento de la probabilidad de la misma. En este sentido, los estudios planteados buscan la prevención, eliminando, reduciendo o mitigando la actuación e influencia de estos precursores.

Teniendo en cuenta las consideraciones anteriores, el punto central de la investigación y de los esfuerzos prácticos de intervención preventiva será estudiar y analizar todos los factores de riesgo que sean relevantes en el estudio de la violencia. En consecuencia esta es la finalidad del presente capítulo en el que se realizará, en primer lugar, un análisis conceptual para facilitar la comprensión de los factores a analizar, para, en segundo lugar, ofrecer una visión holística de todos aquellos factores de riesgo que han aparecido en la literatura en los últimos años asociados al inicio o mantenimiento de la violencia en el noviazgo por parte de la población juvenil.

2. CONCEPTUALIZACIÓN: FACTORES DE RIESGO Y DE PROTECCIÓN

2.1. Definición

Existe un acuerdo unánime entre los investigadores centrados en esta extensa área de trabajo sobre la función básica que cumplen los factores de riesgo y los factores de protección tanto en el inicio como en el mantenimiento de la violencia en el noviazgo. En este sentido, se delimitarán los factores determinantes para la población juvenil y cuáles tienen un mayor peso en la intervención preventiva, donde se ofrecen opiniones dispares con resultados más o menos afines.

Un *factor de riesgo* es para Berkowitz (1996), una condición que aumenta la probabilidad de las acciones agresivas pero no necesariamente las produce. De forma general, podemos conceptualizar los factores de riesgo como un atributo y/o características individuales, condición situacional y/o contexto ambiental que incrementa la probabilidad de la violencia en el inicio o en su mantenimiento. Loeber (1990), por su parte, conceptualiza los factores de riesgo como eventos que ocurren con anterioridad al inicio del problema y que predicen un resultado posterior, incrementando la probabilidad de ocurrencia de la conducta sobre los índices básicos de la población.

Se ha de tener en cuenta que, además de hablar de factores de riesgo de la violencia en el noviazgo, existen los factores de protección. Los *factores de protección*

son una característica individual, condición situacional y/o contexto ambiental que inhiben, reducen o atenúan la probabilidad del ejercicio y mantenimiento de las conductas problemáticas.

A la hora de estudiar los factores de riesgo implicados en la mayor o menor probabilidad de ocurrencia de una determinada conducta, es necesario tener en cuenta el carácter probabilístico y no determinista. Así pues, que un individuo presente un factor de riesgo no implica que *necesariamente* vaya a desarrollar conductas problemáticas; significa únicamente que, si lo comparamos con un individuo sin esos factores, tendrá una mayor probabilidad de llegar a implicarse en esas conductas. En segundo lugar, es necesario tener en cuenta que, un solo factor no permite predecir adecuadamente la conducta problema.

En el estudio de los factores de riesgo implicados en el inicio o en el mantenimiento de determinadas conductas, en particular la violencia en el noviazgo, es necesario tener presente el carácter dinámico y cambiante de muchos de los aspectos a analizar y de las relaciones entre ellos mismos y sus propias consecuencias. Esto explica que no es posible atender a los factores propuestos de forma aislada sin tener en cuenta la existencia de relaciones de carácter dinámico y recíproco que se establecen entre sus propios componentes.

La revisión de los factores que en este capítulo se exponen permitirá hacer estimaciones razonables o afirmaciones de probabilidad sobre las condiciones que promueven la violencia en el noviazgo.

3. FACTORES DE RIESGO: CLASIFICACIÓN

Los factores de riesgo que se han estudiado como determinantes a la hora de explicar la violencia en las relaciones de noviazgo pueden dividirse en cuatro grandes categorías cuya separación responde, más bien, a fines metodológicos de exposición,

pero que en ningún caso debe entenderse como resultado de la implicación de diversos aspectos con influencia aislada ya que, en la práctica, su posible intervención aparece de forma solapada e interrelacionada sin que pueda hablarse de influencias específicas o determinantes sino de tendencias generales de actuación.

Las categorías a analizar son las siguientes:

- Factores sociodemográficos.
- Factores históricos.
- Factores clínicos.
- Factores interpersonales y contextuales.

3.1. Factores sociodemográficos

La sociedad constituye el marco general donde coexisten los individuos. Las variaciones étnicas (Bergman, 1992; Clark et al., 1994; Foshee et al., 1996; Wingood et al., 2001), las diferencias entre los lugares de residencia (Bergman, 1992; Spencer y Bryant, 2000), así como el estatus socioeconómico (Straus y Gelles, 1986, 1990b), son claros factores de riesgo existentes en el amplio contexto social (véase Tabla 3.1).

3.1.1. Variaciones étnicas

Son muchos los estudios que han considerado las variaciones étnicas como factores de riesgo de la violencia en las relaciones de noviazgo. Algunos investigadores como Watson et al. (2001), se centraron en el análisis global de la violencia y encontraron que el 60% de la comunidad afroamericana sufría agresiones físicas por parte de sus parejas, seguido de los caucásicos (47%) y de los latinos (41%). Solo en este último grupo aparecían diferencias significativas en cuanto al sexo, de forma que las mujeres latinas presentaban tasas más altas de victimización que los hombres. De forma similar, Malik et al. (1997), establecen que los estudiantes de instituto afroamericanos presentaban niveles más altos de agresión tanto en las tasas de perpetración como en las tasas de victimización, y los estudiantes con menores tasas de agresión eran los asiáticos. Por su parte, Foie et al. (2001), analizaron en un estudio transversal las tasas de

prevalencia y concluyeron que, las adolescentes que pertenecían a otra raza distinta de la blanca presentaban mayor probabilidad de emitir conductas agresivas contra sus parejas.

Por el contrario, los datos disponibles de otros estudios no coinciden en destacar que la comunidad afroamericana presentan mayores tasas de agresión. Tal es el caso del estudio de Lane y Gwartney-Gibbs (1985), que reflejan que las agresiones son más frecuentes en la comunidad caucásica, mientras otros estudios determinan que no existen diferencias significativas en función de las minorías étnicas (Clark et al., 1994).

Volviendo a la posible influencia de las variaciones étnicas, O'Leary et al. (2005), encontraron diferencias estadísticamente significativas entre los distintos grupos étnicos, siendo los hombres asiáticos los menos agresivos. En concreto, el 3% de los hombres asiáticos procedentes de los institutos declaraban perpetrar agresiones físicas, en comparación con el 23% del resto de los hombres. Sin embargo, en el caso de las mujeres no se encontraron diferencias en función de los grupos étnicos. En este sentido, O'Keefe (1997), en un estudio multiétnico en Los Ángeles, determinó que los asiáticos mostraban menos tasas de conductas agresivas.

Algunos autores han señalado que éste es un factor importante a tener en cuenta, sin embargo, no hay que olvidar que los grupos minoritarios acumulan más factores de riesgo que hacen que se produzca un incremento de las conductas agresivas y podrían explicar dichas diferencias. En cualquier caso, es necesario llevar a cabo mayor número de investigaciones para determinar los efectos específicos y particulares del grupo étnico.

3.1.2. Estatus socioeconómico

Los indicadores socioeconómicos se han asociado con el incremento del riesgo de exhibir problemas de conducta y de delincuencia en la adolescencia (Scott, 2004). Sin embargo, en el caso de los estudios sobre la violencia en las relaciones de noviazgo y las distintas clases sociales no siempre se han confirmado.

Este factor de riesgo estaría relacionado con el lugar en el que la persona crece y vive, en este sentido, se ha hablado del denominado riesgo ambiental, que hace referencia a diferentes contextos sociales donde se desarrollan pautas de conductas problemáticas.

En este sentido, Hird (2000), encontró que el bajo estatus socioeconómico era el único factor de riesgo determinante que incrementaba el riesgo de exhibir conductas agresivas, en concreto, los estudiantes de secundaria procedentes de una clase social trabajadora admitían más agresiones físicas que los de la clase media o superior. De la misma forma, algunos autores ponen en evidencia que los adolescentes de familias con bajos ingresos presentaban mayor nivel de agresión tanto con el grupo de iguales como con sus parejas (Ackard et al., 2003). Por su parte, Magdol et al. (1998), tomando dos medidas de agresión física leve y severa, encontraron que los hombres que agredían de forma severa presentaban mayores índices de desempleo y menor nivel de escolarización respecto del grupo de varones no agresivos.

Estos resultados reflejan una condición que pone a ciertos adolescentes y jóvenes en un alto riesgo para la violencia en el noviazgo, aunque algunos autores determinan que la condición socioeconómica es más un elemento que define conductas más que un elemento facilitador (Ackard et al., 2003; Chan et al., 2004; Hotelling y Sugarman, 1986).

3.1.3. Lugar de residencia

Numerosos estudios señalan que el lugar en el que las personas crecen y viven provoca un mayor desarrollo de la violencia tanto en adultos como en niños. En este sentido, centrándose en la conducta antisocial en general, los estudios han confirmado que la desorganización en la comunidad, la exposición a la violencia tanto en el barrio como en los medios, la exposición a los prejuicios raciales, la existencia de leyes y normas comunitarias que favorecen la violencia y la disponibilidad de drogas y armas de fuego son factores que pueden influir en la aparición de la violencia individual (Brewer, Hawkins, Catalano y Neckerman, 1995).

Estos estudios han focalizado su atención en buscar relaciones entre la conducta agresiva y el pertenecer a entornos urbanos o rurales. Así, los resultados confirmaron el

efecto determinante del contexto en la violencia en el noviazgo, al concluir que, de toda la muestra estudiada, el 54,1% de los jóvenes pertenecientes a las escuelas sub-urbanas de clase social alta habían agredido físicamente a sus parejas, frente al 19,3% en jóvenes pertenecientes a las escuelas rurales de clase media trabajadora (Bergman, 1992). Los resultados expuestos confirmaron los obtenidos por dos de los estudios realizados en Estados Unidos más relevantes en esta área. En el primero, los datos indicaron que de la muestra de estudiantes de secundaria que pertenecían a un área urbana, el 45% admitían agredir físicamente a sus parejas (Cascardi et al., 1998). Y, en el segundo, también en una muestra de estudiantes de secundaria en un área rural sólo el 21% agredían (Foshee et al., 1996).

Sin embargo, con respecto a este factor, no existe un acuerdo generalizado en torno a la idea de que en las áreas urbanas se incremente la vulnerabilidad de los miembros de la pareja. Reuterman y Burcky (1989), a finales de los años ochenta, iniciaron un estudio en el que confirmaron que los adolescentes residentes en áreas rurales presentaban tres veces más probabilidad de agredir respecto a los que vivían en áreas urbanas. Recíprocamente, Spencer y Bryant (2000), se centraron en el estudio de los efectos contextuales de las zonas de residencia y encontraron que el 60% de los estudiantes en áreas rurales confesaron sufrir golpes por parte de sus parejas, en comparación al 9% y al 8% de los estudiantes en áreas suburbanas y urbanas, respectivamente. Además, constataron diferencias significativas en función del sexo, de modo que los varones que vivían en áreas de residencia rurales, tenían mayor probabilidad de ser agredidos físicamente por sus novias.

Estos resultados reflejan algunas condiciones que ponen a ciertos jóvenes en un alto riesgo para la violencia en las relaciones de pareja. Sin embargo, es importante señalar que, en estos estudios no se ha encontrado una vinculación directa entre el lugar de residencia (rural y urbano) y las agresiones, pudiendo existir otros factores del proceso de socialización responsables indirectos de la aparición de dichas conductas.

Tabla 3.1. Resumen de factores de riesgo sociodemográficos

FACTOR	ESTUDIOS ETIOLÓGICOS	EVIDENCIA EMPÍRICA
1. Variaciones étnicas	<p>Malik et al., 1997; Watson et al., 2001</p> <p>Foie et al., 2001</p> <p>Lane y Gwartney-Gibbs, 1985</p> <p>O'Keefe, 1997; O'Leary et al., 2005</p> <p>Clark et al., 1994; Foo y Margolin, 1995; Singer, 2003; Smith et al., 2003</p>	<p>Los afroamericanos presentaban mayor probabilidad de emitir o recibir conductas agresivas en las relaciones de pareja.</p> <p>Los grupos minoritarios presentan mayor índice de conductas agresivas.</p> <p>Los caucásicos presentan mayor probabilidad de agresiones en sus relaciones de pareja.</p> <p>Encontraron diferencias significativas entre los distintos grupos étnicos. Siendo los hombres asiáticos los menos agresivos.</p> <p>No encontraron diferencias significativas entre los distintos grupos étnicos.</p>
2. Estatus socioeconómico	<p>Hird, 2000</p> <p>Ackard et al., 2003</p> <p>Magdol et al., 1998</p> <p>Ackar et al., 2003; Chan et al., 2004; Hotaling y Sugarman, 1986</p>	<p>Un bajo estatus socioeconómico se relaciona con un aumento en exhibir conductas agresivas en estudiantes de secundaria. Sin embargo el alcohol, la religión, la edad y la composición familiar no se establecen como factores de riesgo.</p> <p>La pobreza está asociada con problemas de conductas agresivas tanto en el grupo de iguales como en las relaciones de pareja.</p> <p>El desempleo y el menor nivel de escolarización se relacionan con un aumento en emitir agresiones físicas severas.</p> <p>El efecto determinante del estatus socioeconómico es más bien una condición que integra otro tipo de conductas más que un elemento facilitador.</p>
3. Área de residencia	<p>Bergman, 1992; Cascardi et al., 1998; Foshee et al., 1996; Lane y Gwartney-Gibbs, 1985</p> <p>Reuterman y Burcky, 1989</p>	<p>Efecto determinante de las variables contextuales en la violencia de noviazgo. Específicamente, en las áreas urbanas se relaciona con un aumento en las tasas de victimización y de perpetración.</p> <p>Los adolescentes en áreas rurales presentaban tres veces más probabilidad de experimentar agresiones respecto a los que viven en áreas urbanas.</p>

FACTOR	ESTUDIOS ETIOLÓGICOS	EVIDENCIA EMPÍRICA
	Spencer y Bryant, 2000	Encuentran mayor prevalencia de comportamientos agresivos en aquellos adolescentes de áreas rurales (60%), en comparación con adolescentes de áreas suburbanas (9%) y urbanas (8%).

3.2. Factores históricos

El proceso de socialización, basado en la Teoría del aprendizaje social, consiste en que la adquisición de conductas y valores están determinados, en su mayor parte, por un conglomerado de relaciones sociales en las que el individuo está inmerso. En este caso, la violencia en las relaciones de noviazgo es una de las muchas conductas que resultan de una interacción entre las características individuales del joven y las influencias del medio social.

Desde un punto de vista genérico, estas variables sociales inmediatas o propias del entorno del adolescente o joven, pueden constituir factores de riesgo, en tanto en cuanto, pueden modular la conducta del individuo por simple imitación u observación de una figura o modelo “*inadecuado*”, reforzando las conductas concordantes con las del modelo.

Entre las variables históricas que se han considerado más importantes destacan: a) el maltrato en la niñez (Burke, 2002; Cyr et al., 2006; Follette, 1992; Makepeace, 1987; Marshall y Rose, 1987; Schartz, 1995; Smith y Williams, 1992; Wolfe et al., 2001); b) las prácticas educativas inadecuadas (Lavoie et al., 2002); c) la violencia intrafamiliar (Bernard y Bernard, 1983; Carr y VanDeusen, 2002; Mitchell, 1995; O’Keefe, 1997; Simons, Lin y Gordon, 1998; Simonelli, Mullis, Elliott y Pierce, 2002; Yanes y González, 2000a, 2001) y, d) la separación de los padres (Billingham y Notebaert, 1993; Malik et al., 1997; Tontodonato y Crew, 1992) (véase Tabla 3.2).

Antes de revisar pormenorizadamente los factores históricos más importantes, es necesario hacer referencia a una serie de problemas metodológicos que subyacen en esta

área de estudio y que dificultan la integración y la universalidad de los hallazgos. En primer lugar, el uso de diseños experimentales bivariados situando a los factores familiares como única causa de la violencia, sin tener en cuenta otro tipo de factores de origen psicológico y contextual, ya que como es sabido, la violencia tiene un origen multivariado. Y en segundo lugar, la utilización de diseños retrospectivos, en los que la intervención de las variables mediadoras es determinante.

Salvando los criterios comentados y apoyándonos en el aporte experimental, se analizará de forma más detallada aquellas variables que se han señalado más relevantes y determinantes en este campo de estudio.

3.2.1. Maltrato infantil

Han sido varias las líneas de investigación dirigidas al estudio de la violencia intentando determinar la posible contribución de la familia tanto en el inicio como en su mantenimiento. En este sentido, los autores han intentando señalar los factores pertenecientes al ámbito familiar que, repetidamente, han aparecido relacionados con la violencia en el noviazgo.

El maltrato infantil conlleva una serie de problemas a corto y largo plazo, entre las que destacan las deficiencias cognitivas, la baja autoestima, la depresión, la ansiedad, el menor rendimiento académico, la ira, los problemas de relación, la revictimización y diversas psicopatologías en la edad adulta (Milner y Crouch, 1999). De forma genérica, otros estudios han señalado que las víctimas de maltrato infantil presentan mayor riesgo de ser agresivos con los demás. El haber experimentado maltrato físico infantil es un factor de riesgo para la agresión a iguales (Manly, Kim, Rogosch y Cicchetti, 2001), para el abuso sexual y el maltrato físico a los propios hijos (Milner y Crouch, 1999), y de forma específica, para la violencia contra la pareja en estudiantes de instituto y de universidad (Earls, Cairns y Mercy, 1993; Wolfe et al., 2001).

Específicamente, se han llevado a cabo estudios que se centran en el maltrato infantil como un factor de riesgo tanto en la perpetración como en la victimización de la violencia en el noviazgo. En cuanto al primero de ellos, los estudios han señalado una

relación entre agredir a la pareja y tener una historia de abusos previos (Marshall y Rose, 1987, 1988, 1990). Más concretamente, Wolfe et al. (1998), realizaron un estudio con estudiantes de instituto y encontraron que aquellos que habían sufrido abusos en la infancia tenían una tendencia superior a presentar relaciones agresivas con la pareja, especialmente en los varones. Estos resultados se han confirmado también en el estudio de Burke, Stets y Pirog-Good (1988) y en el estudio de Wolfe et al. (2001).

En segundo lugar, atendiendo a la victimización, en el estudio de Mueller y Silverman (1989), se señaló que en los jóvenes que habían sufrido maltrato y presentaban un apego inseguro se observaron pautas de revictimización en las relaciones de pareja. A este respecto, se encontró, en una muestra de 76 adolescentes entre los 14 y los 16 años que recibieron servicios de protección debido a la situación de maltrato creada, el 90% habían empezado una relación de noviazgo y la mitad de las chicas sufría agresiones sexuales y físicas de sus respectivas parejas (Wekerle y Wolfe, 1996; Wolfe et al., 1997). Esta misma tendencia se observa en 126 mujeres entre los 13 y los 17 años que habían sufrido abusos sexuales en su infancia y presentaban en la adolescencia una mayor probabilidad de ser víctima de agresiones físicas y psicológicas en sus relaciones de noviazgo (Cyr et al., 2006).

Por otra parte, el estudio de O'Keefe et al. (1986), encontraron que casi la mitad de la muestra que habían sufrido abusos físicos en la niñez habían experimentado violencia en el noviazgo (Smith y Williams, 1992). Sin embargo, en estos estudios no se examinaban el papel de la víctima y el papel del agresor de forma separada. Dos estudios que si lo hicieron fueron los de Coffey et al. (1996) y O'Keefe (1998). En el primero de ellos, se señaló una correlación positiva entre ser víctima en la pareja y sufrir abusos en la niñez. En el segundo, O'Keefe (1998), demostró que una historia de abusos físicos en la niñez y el ser testigo de violencia intrafamiliar discriminaba a mujeres víctimas de violencia en el noviazgo. También, Laner y Thompson's (1982) determinaron esta relación solo para las mujeres adolescentes.

Sin embargo, es preciso analizar las variables que median la relación entre el maltrato en la infancia y la violencia en el noviazgo. En esta dirección trabajó Grasley (2002), que condujo un estudio con un grupo de 450 adolescentes de dos institutos de

Londres. Los resultados fueron especialmente relevantes sobre todo en función de las variables moduladoras. Así, el ajuste emocional, (la hostilidad interpersonal, síntomas traumáticos y la hiper-sensibilidad) y las funciones interpersonales (rechazo al grupo de iguales, necesidad de poder y control, la identificación de estereotipos masculinos) se configuraron predictores significativos entre el maltrato en la familia de origen y la subsiguiente violencia en el noviazgo. A este respecto, el estudio longitudinal de Linder y Collins (2005), advirtieron una relación entre sufrir abusos físicos en la infancia y ser agresor o víctima en la relación de pareja a los 23 años, pero no a los 21 años.

Atendiendo a los datos ofrecidos por la exposición a un mayor número de factores de riesgo, Shields, Cicchetti y Ryan, (1994), señalaron que el maltrato en la familia de origen, determinados problemas de conducta, tempranas experiencias sexuales y el uso de alcohol y de drogas conllevarían al establecimiento de dificultades interpersonales con el grupo de iguales y, en particular, en las relaciones de noviazgo.

En conjunto, los resultados obtenidos por estos estudios subrayan el hecho de que las situaciones violentas como puede ser el maltrato en la infancia pueden llevar a la aparición de conductas agresivas en el noviazgo en la adolescencia y juventud. A pesar de ello, varios autores han señalado que la relación entre el maltrato en la infancia y la violencia en el noviazgo depende de una serie de variables que pueden mediar en la dirección de los datos y que explicarían gran parte de las contradicciones expuestas, como son la frecuencia y la duración de los abusos.

3.2.2. Violencia intrafamiliar

De forma genérica, una de las líneas de investigación que ha recibido gran interés es el estudio de los efectos de la violencia vivida dentro del contexto familiar. Con frecuencia los hijos se ven expuestos a la violencia marital de sus padres, constituyendo una variable relacionada con los factores principales de socialización, entendida como posible condición de riesgo para la violencia en el noviazgo. Así, hogares violentos generarían nuevas relaciones afectivas violentas en un ciclo imposible de cortar.

En este contexto, los estudios ofrecen distintas tasas de la exposición a la violencia interparental. Por ejemplo, en el estudio de González y Santana (2001b), el 12% de los jóvenes habían observado como sus padres agredían físicamente a sus madres. Además, los progenitores se comportaban de forma diferente. Mientras los padres utilizaban estrategias más violentas (golpear objetos, empujar y pegar a su pareja), las madres pedían más explicaciones y lloraban más a menudo. Otras proporciones estiman la exposición a la violencia interparental en un 16% (Ronfeldt, Kimerling y Arias, 1998), mientras que, en el estudio de Heise, Ellsberg y Goettenmeller (1999), una de cada tres o cinco jóvenes han sufrido o presenciado malos tratos contra su madre en su familia de origen.

Las investigaciones han mostrado que la existencia de relaciones violentas en el medio familiar se relacionan con la manifestación de problemas de conducta tempranos y persistentes por parte de los hijos. Pelcovitz, Kaplan, DeRosa, Mandel y Salzinger (2000), encontraron que los niños testigo de la violencia interparental y, además, víctimas directas de abusos físicos dentro de sus familias de origen eran más proclives a desarrollar trastornos psicológicos como el estrés postraumático o el trastorno por ansiedad de separación en la adolescencia. Así, la exposición a múltiples formas de violencia es un importante predictor de la consolidación de problemas de conductas antisociales en la sociedad en general y, de forma específica, en las relaciones de pareja de la población adolescente o en jóvenes adultos (Malik et al., 1997). Además, la exposición a modelos violentos conduce a la justificación de la violencia y su posterior riesgo de ejercerla (Dodge, Bates y Pettit, 1990). En este sentido, O'Keefe (1997), determina que la relación entre el ser testigo de violencia parental y la agresión en el noviazgo está mediada por la aceptación de la violencia en el caso de los varones adolescentes. Así, Silverman y Williamson (1997), determinaron que el ser testigo de violencia doméstica es una forma indirecta de favorecer actitudes a favor de comportamientos violentos, creencias que pueden favorecer la unión de grupos violentos.

Del mismo modo, las investigaciones sugieren que las personas que han sido testigos o presentan experiencias de violencia en sus familias de origen aprenderán la violencia a través del modelado llegando a ser víctimas o perpetradores de la violencia según la hipótesis del “*ciclo de la violencia*” de Straus, Gelles y Steinmetz (1980). Así, la

observación reiterada por parte de los hijos de la violencia ejercida por su padre tiende a perpetuar esta conducta en las parejas de la siguiente generación (O'Keefe, 1997; O'Leary, Malone y Tyree, 1994). Estos planteamientos han sido corroborados por diversos estudios que otorgan un peso determinante a este factor en la etiología de la violencia en el noviazgo.

Concretamente, los niños que han sido expuestos a la violencia y, a la vez, han sido también víctimas conforman uno de los factores de riesgo de ejercer comportamientos agresivos (Cauffman, Feldman, Steiner y Waterman, 1998). En este sentido, Foshee, Ennett, Barman, Benefield y Suchindran (2005), determinaron la asociación entre la violencia familiar y el mantenimiento de relaciones violentas en jóvenes. Follingstad, Rutledge, Polek y McNeill-Hawkins (1988) encontraron que los adolescentes que eran testigo de violencia interparental en sus familias de origen tenían más probabilidad de terminar las relaciones de pareja de forma violenta. Cuantas más formas de violencia se den en la familia de origen mayor es la probabilidad de violencia en sus relaciones de pareja (O'Keefe, 1998).

Kingsfogel (2002) ha sido uno de los autores que ha tratado de relacionar y verificar el modelo del aprendizaje social a través del modelo estructural de Rigg y O'Leary (1989) y la teoría del apego con adolescentes. Los resultados indicaron que para los hombres, la exposición a la violencia de padres a hijos y la violencia conyugal estaba asociada con actitudes que aceptaban la violencia, además, de la tendencia a responder con ira y a mostrarse más agresivo en la pareja. En el caso de las mujeres, la exposición de la violencia de padres a hijos y entre los padres estaba asociada con la tendencia a mostrar ira, tener un estilo de apego ansioso, presentar conductas agresivas y el consumo de drogas.

En esta misma línea, se ha examinado que variables como el sexo podrían estar influyendo en la relación entre la violencia en el noviazgo y la violencia familiar. El estudio de Kinsfogel y Grych (2004), determinan que solo los hombres adolescentes testigos de violencia en sus familias se mostrarían favorables y justificarían la agresión en las relaciones íntimas y presentarían dificultades en el control de la ira. Similarmente, en el estudio de Swart et al. (2002), los estudiantes varones que presentaban violencia en

el noviazgo, mostraban una mayor probabilidad de haber sido testigos de maltrato en el contexto familiar, respecto a las mujeres. En el modelo estructural de Rigg y O'Leary (1996) la violencia paterna aparece de una forma más significativa en los hombres adolescentes. Por el contrario, Wolf y Foshee (2003), determinaron que la exposición a la violencia familiar era más probable en la perpetración de la violencia en el noviazgo en las mujeres que en los hombres.

Estas conclusiones, que apuntan a la importancia de considerar la violencia vivida dentro del contexto familiar también dejan abiertas otros interrogantes. La revisión de Stith et al. (2000), señalaron que los resultados de estos análisis no llegan a conclusiones muy homogéneas ni especialmente claras sobre el peso específico de la violencia intrafamiliar y, particularmente, en la violencia en las relaciones de noviazgo. Incluso, algunos estudios no han revelado dicha asociación (Follingstad, Rutledge, McNeill-Hawkins y Polek, 1992; Foo y Margolin, 1995; McCloskey y Lichter, 2003; Stets y Pirog-Good, 1987). No todos los jóvenes procedentes de hogares violentos muestran en sus relaciones este tipo de comportamientos (Simons, Lin y Gordon, 1998). Además, estudios longitudinales determinan que el efecto del testimonio de la violencia en las familias de origen y la subsiguiente violencia en parejas jóvenes y adultas es mediado por el desarrollo de desórdenes conductuales (Ehrensaft, Cohen, Brown, Smailes, Chen y Jonson, 2003). Por su parte, Gagné et al. (2005) investigaron diferentes experiencias de violencia durante la infancia y adolescencia: a) la violencia entre los padres; b) los abusos sexuales dentro de la familia; c) el acoso sexual en el colegio y, d) el implicarse en actos violentos con el grupo de iguales. Así, las experiencias violentas fuera del contexto familiar, específicamente sufrir acoso sexual en el colegio e implicarse en actos violentos con el grupo de iguales, suponían predictores más consistentes tanto en la victimización como en la perpetración de la violencia en el noviazgo comparado con las experiencias intrafamiliares violentas.

Coincidiendo con el punto de vista anterior, la evaluación del Proyecto de Relaciones Jóvenes (Youth Relationships Project; YRP), ha señalado que a pesar de la violencia en las familias de origen, los jóvenes podían aprender y guiar cambios saludables y tomar sus propias decisiones (Wolfe et al., 1996). La importancia de este tipo de aproximaciones radica no sólo en la consecución de estos resultados tan positivos,

sino también en que señala tanto la posibilidad de llevar a cabo un programa global de prevención primaria y secundaria, como el impacto significativo que tales programas pueden tener en la reducción de la violencia.

3.2.3. Practicas educativas inadecuadas

La disciplina familiar es otro de los factores de carácter familiar que han sido ampliamente estudiados. Los estudios en esta área de intervención parten del supuesto de que los hábitos de crianza se encuentran estrechamente vinculados a la conducta infantil, puesto que el niño aprende a vivir en el mundo a través de sus padres. De forma que las prácticas educativas inadecuadas en la infancia pueden persistir en la edad adulta y favorecer el desarrollo de comportamientos de riesgo. En este sentido, se han analizado diversas variables como: las amenazas o la aplicación del castigo físico, la falta de seguimiento y la implicación de los padres y el vínculo afectivo paterno filial.

La mayor parte de los estudios realizados han llegado a conclusiones muy parecidas al observar que, en la mayor parte de los casos estudiados, se daban pautas educativas excesivamente severas. En el estudio longitudinal de Lavoie et al. (2002), se confirma una influencia directa, aunque baja, entre las prácticas disciplinarias severas en niños varones de 10 a 12 años y la frecuencia de agredir física y psicológicamente en sus relaciones de noviazgo entre los 16 y 17 años. En otro estudio longitudinal, los resultados indicaron que los padres que aplicaban el castigo físico, se asociaba a la violencia en el noviazgo en los varones (Simons et al., 1998). También, Sigelman et al. (1984), concluyen que las mujeres que agredían físicamente a sus parejas señalaron castigos físicos inconsistentes en la infancia.

En contraste, en algunos estudios la relación entre sufrir castigos físicos en la infancia y agredir en el noviazgo no sería determinante en el caso de las mujeres (DeMaris, 1987; Marshall y Rose, 1988; Riggs et al., 1990), incluso no sería determinante en ambos sexos según el estudio de Riggs, O'Leary y Breslin (1999).

Algunos autores han señalado la correlación entre la aplicación de castigos físicos y la posterior victimización. En este sentido, Alexander et al. (1991), revelaron que los

hombres quienes habían sido castigados físicamente por sus padres presentaban mayor probabilidad de sufrir conductas agresivas en las relaciones de noviazgo. En el caso de las mujeres, las experiencias de castigos inconsistentes en su infancia eran más importantes a la hora de explicar la victimización que la perpetración de la agresión en sus parejas (Marshall y Rose, 1988). También, en el estudio de Foshee et al. (2004), la variable más consistente a la hora de sufrir agresiones físicas era la intención por parte de un adulto de hacer daño en los primeros años de vida.

En cuanto al estudio diferencial de los distintos tipos de disciplina parental en la violencia en el noviazgo, es necesario destacar los resultados obtenidos por Lavoie et al. (2002). Obtienen que padres permisivos que no ejercían el control sobre la conducta de sus hijos ni efectuaban demanda alguna, junto con problemas de conducta antisociales como el abuso de drogas o la delincuencia a los 15 años, predecían directamente la violencia en las relaciones de noviazgo de los adolescentes varones entre 16 y 17 años. En esta misma línea, la negligencia de los padres aumentaba el número de agresiones y lesiones en la violencia en estudiantes universitarios (Straus y Savage, 2005). También, en el estudio de Chase et al. (2002), en una muestra de adolescentes en riesgo, las mujeres percibían a sus padres menos comprometidos en la búsqueda de una solución conjunta y mostraban una menor supervisión de las reglas específicas en la educación.

La cohesión y el alto nivel de conflicto familiar tienen un peso determinante en la etiología de la violencia en el noviazgo. De forma genérica, se sostiene que la hostilidad y la coerción de los padres en el adolescente tiene consecuencias especialmente negativas en cuanto a los conflictos en sus relaciones de noviazgo (Conger, Cui, Bryant y Elder, 2000). Así, los conflictos parentales constantes predecían una inestabilidad emocional en las relaciones de pareja de sus hijos en años posteriores (Kim, Conger, Lorenz y Elder, 2001). De igual manera, en un estudio longitudinal, los adolescentes que mantenían relaciones conflictivas con sus padres mostraban mayores índices de cometer y sufrir agresiones físicas en las relaciones de pareja de jóvenes adultos (Linder y Collins, 2005).

En esta misma línea pero de forma más específica, otros autores afirmaron que los determinantes familiares de riesgo incluían además un alejamiento afectivo, específicamente, González y Santana (2001a), encontraron que en los jóvenes se hallaba

una relación inversamente proporcional entre el afecto recibido por los padres y el nivel de violencia, de forma, que la conducta es más agresiva cuanto menos afecto creen tener de sus progenitores y cuanto menos justos son considerados. En este sentido, Bredgen et al. (2001), encontraron que factores como la ausencia de afecto y de implicación maternal en las actividades con los niños, predecía la violencia en las relaciones de noviazgo en sus hijos varones.

Con respecto a los estilos educativos y la violencia intrafamiliar, González y Santana (2001a), encuentran que los jóvenes expuestos a contextos familiares violentos, específicamente agresiones maritales y la utilización del castigo físico, tienen una mayor tendencia a mostrarse violentos en sus relaciones. Shook et al. (2000), examinaron la relación entre episodios agresivos (verbales y físicos) en las relaciones de pareja y cinco factores de riesgo: 1) el testimonio de la violencia conyugal; 2) la aplicación de castigos físicos en la infancia; 3) los roles de género; 4) el consumo de alcohol general y, 5) el consumo de alcohol tres horas antes o después del episodio agresivo. Encontraron que las mujeres y los hombres que agredían verbalmente incrementaban el consumo de alcohol tres horas antes o después del episodio agresivo e informaban de castigos físicos en la infancia. En el caso de la agresión física en las mujeres, beber alcohol tres horas antes o después del episodio agresivo y las experiencias de castigos físicos inconsistentes predecían la violencia en el noviazgo. En los hombres, el castigo físico inconsistente en la infancia, ser testigo de la violencia y presentar un patrón general de consumo de alcohol predecían la agresión física.

3.2.4. Estructura y composición familiar

La estructura y composición familiar también ha sido estudiada como posible factor de riesgo en la violencia en el noviazgo. En este caso, la variable más investigada ha sido el divorcio (ausencia de uno de los progenitores dentro de la estructura familiar).

En esta dirección trabajaron Billingham y Notebaert (1993), que condujeron un estudio con jóvenes y adolescentes de 17 a 23 años y sus respectivas familias. Todos ellos fueron clasificados de acuerdo con la categorización de si sus padres habían estado casados de forma continua o divorciados. Así, el divorcio de los padres se configuró

como un predictor significativo para la implicación de los jóvenes y adolescentes en la violencia de sus relaciones de pareja. Estos datos también son confirmados en el caso de las familias del estudio de Malik et al. (1997). Por su parte, los resultados de Tontodonato y Crew (1992), fueron especialmente relevantes sobre todo en función del sexo de los participantes. Así, el divorcio se consideraba un factor determinante en cuanto al riesgo de perpetrar violencia en las relaciones de pareja solo por parte de los hombres adolescentes.

El peso determinante de esta variable no se ha visto confirmada en estudios previos (Billingham y Gilbert, 1990). De forma genérica, como ya señalaron O'Keefe et al. (1986), la relación entre la estructura familiar y la violencia en las relaciones de pareja no constituye un hecho consistente sino más bien el modo de resolver conflictos dentro de la pareja.

En conjunto, los resultados obtenidos por estos estudios en esta área subrayan el hecho de que la ausencia de uno de los progenitores dentro de la estructura familiar no constituye un factor determinante en cuanto al riesgo de la violencia en la adolescencia y juventud ya que, no existe el suficiente soporte experimental que aporte a los resultados obtenidos un peso específico.

Tabla 3.2. Resumen de factores de riesgo históricos

FACTOR	ESTUDIOS ETIOLÓGICOS	EVIDENCIA EMPÍRICA
1. Maltrato infantil	Manly, Kim, Rogosch y Cicchetti, 2001; Milner y Crouch, 1999 Marshall y Rose, 1988 Burke et al., 1988; Wolfe et al., 1998; Wolfe et al., 2001	El maltrato infantil como un factor de riesgo en el posterior desarrollo de conductas antisociales. El maltrato en la infancia es un factor de riesgo para el desarrollo posterior de conductas agresivas en la pareja. El haber sufrido maltrato en la infancia, es un factor de riesgo para el desarrollo posterior de conductas agresivas en la pareja, aumentando dicho riesgo en los hombres.

FACTOR	ESTUDIOS ETIOLÓGICOS	EVIDENCIA EMPÍRICA
	Mueller y Silverman, 1989	Existiría una transferencia intergeneracional en la cual los niños agredidos, con un apego inseguro y con pocos recursos sociales estarían relacionados con unas pautas de revictimización.
	Wekerle y Wolfe, 1996; Wolfe et al., 1997	Existe la correlación entre haber sufrido maltrato en la infancia y la victimización de agresiones físicas y sexuales.
	Linder y Collins, 2005	El maltrato físico en la infancia predecía problemas de violencia, tanto en la perpetración como en la victimización (a los 23 años).
	Follete, 1992	El maltrato infantil como un factor de riesgo en las mujeres en el posterior inicio de la violencia en el noviazgo.
	Earls et al., 1993	El maltrato infantil es un factor de riesgo en la violencia en las relaciones de pareja de jóvenes y adolescentes en general, apoyando la teoría del aprendizaje social.
	Grasley, 2002	El ajuste emocional y las funciones interpersonales constituyen variables mediadoras entre el maltrato en la familia de origen y la violencia en el noviazgo.
	Coffey et al., 1996; O'Keefe et al., 1986; Smith y Williams, 1992	Existen correlaciones entre la victimización de la violencia en el noviazgo y el maltrato infantil.
	Foo y Margolin, 1995; O'Keefe, 1997	El maltrato infantil no predice la violencia en las relaciones de noviazgo.
	O'Keefe, 1998	El haber sufrido maltrato en la infancia, era un factor de riesgo para el desarrollo posterior de agresiones físicas en contra de las mujeres, aumentando dicho riesgo si se daba conjuntamente con ser testigo de violencia intrafamiliar (en los hombres no se aprecia tal relación).
	Shields et al., 1994	El maltrato en la infancia, problemas de conductas, experiencias tempranas sexuales y el uso de alcohol y drogas predecían problemas de comportamiento con el grupo de iguales y conductas agresivas en el noviazgo.

FACTOR	ESTUDIOS ETIOLÓGICOS	EVIDENCIA EMPÍRICA
2. Violencia intrafamiliar	González y Santana, 2001b	Los progenitores se comportan de forma diferente, mientras los padres utilizan estrategias más violentas (golpear objetos, empujar y pegar a su pareja), las madres piden más explicaciones y lloran más a menudo. En concreto, el 12% de los jóvenes han observado cómo sus padres agraden físicamente a sus madres.
	Howard et al., 2002; Pelcovitz et al., 2000	La crianza de los niños en familias con alto nivel de violencia es un factor de riesgo para la estabilidad psicológica.
	Follingstad et al., 1988; O'Leary et al., 1994; O'Keefe, 1998; Malik et al., 1997; Palfai, 2000; Riggs et al., 1990	La asociación entre el abuso en la niñez o el ser testigo de violencia interparental y la posterior violencia en las relaciones de noviazgo o maritales.
	Riggs y O'Leary, 1989, 1996	Los adolescentes quienes son testigos de las agresiones entre sus padres aceptan y consecuentemente tienen más probabilidad de tener agresiones con la pareja en las relaciones románticas.
	O'Keefe, 1998	Un estatus socioeconómico bajo, la exposición a la violencia en el colegio y/o en la comunidad, una baja autoestima y la aceptación de la violencia como forma de resolver los problemas incrementa el riesgo de perpetrar violencia en los hombres adolescentes.
	Dodge et al., 1990; Koval, 1989; O'Keefe, 1997; Owens y Strauss, 1975; Silverman y Williamson, 1997	Correlación entre la violencia intrafamiliar y las actitudes que justifican y aceptan la violencia.
	Bernard y Bernard, 1983; Rigg y O'Leary, 1996	De forma paralela al abuso en la infancia, algunos estudios extraen una relación entre ser testigo de la violencia en la familia de origen y el ser agresor con la pareja.
	Foshee et al., 2005	La exposición a la violencia familiar se relaciona consistentemente con la violencia de parejas en adolescentes (raza negra).
	Kingsfogel, 2002	Importancia del modelo de aprendizaje social a través del modelo estructural de Rigg y O'Leary (1989) y la teoría del apego. Donde la varianza explicada es de 71% y del 76% en hombres y mujeres, respectivamente.
	Foo y Margolin, 1995; Marshall y Rose, 1988; O'Keefe, 1997; Rigg y O'Leary, 1996; Swart et al., 2002	Ser testigo de la violencia parental estaba más consistentemente asociada con el sexo masculino.

FACTOR	ESTUDIOS ETIOLÓGICOS	EVIDENCIA EMPÍRICA
	<p>Wolf y Foshee, 2003</p> <p>Malik et al., 1997</p> <p>Foo y Margolin, 1995; Follingstad et al., 1992; McCloskey y Lichter, 2003; Simons et al., 1998; Stets y Pirog-Good, 1987</p> <p>Gagné et al., 2005</p>	<p>Ser testigo de la violencia parental estaba más consistentemente asociada con el sexo femenino.</p> <p>La violencia doméstica incrementa significativamente la probabilidad de comportamientos violentos en las relaciones de pareja y en la sociedad en general en los adolescentes de ambos sexos. Sin embargo, estos datos proceden de un estudio transversal, por lo se requerirán futuras investigaciones y nuevas indagaciones.</p> <p>La inexistencia de una adecuada relación entre la violencia intrafamiliar y la violencia en las relaciones de noviazgo</p> <p>Sufrir acoso sexual en el colegio e implicarse en actos violentos en el grupo de iguales son predictores consistentes tanto en la victimización como en la perpetración de la violencia en el noviazgo.</p>
<p>3. Prácticas educativas inadecuadas</p>	<p>Lavoie et al., 2002</p> <p>Simons et al., 1998</p> <p>Alexander et al., 1991; DeMaris, 1987; Marshall y Rose, 1988</p> <p>Foshee et al., 2004; Stets y Pirog-Good, 1987</p> <p>Straus y Savage, 2005</p>	<p>La disciplina familiar severa en niños varones entre los 10 y los 12 años predice la iniciación y la frecuencia de agredir física y psicológicamente en las relaciones de noviazgo entre los 16 y los 17 años.</p> <p>Los padres que emplean amenazas y castigos físicos predicen la violencia en el noviazgo en los varones, aunque la delincuencia juvenil no.</p> <p>La aplicación de castigos físicos caracterizada por la pérdida del control emocional de los padres durante la infancia es un significativo predictor para cometer conductas agresivas en las relaciones de noviazgo.</p> <p>Un estilo parental coercitivo utilizado durante la niñez y adolescencia aumentaba el riesgo de ser víctima de agresiones físicas en las relaciones de noviazgo.</p> <p>Los niños con malas pautas de crianza y con una actitud parental negligente son predictores de violencia posterior, medida a través del número de agresiones y lesiones.</p>

FACTOR	ESTUDIOS ETIOLÓGICOS	EVIDENCIA EMPÍRICA
	<p>Conger et al., 2000; Kim et al., 2001</p> <p>Linder y Collins, 2005</p> <p>González y Santana, 2001a</p> <p>Bredgen et al., 2001</p> <p>Shook et al., 2000</p>	<p>La hostilidad y la coerción de los padres en el adolescente se relacionan consistentemente con el incremento en la inestabilidad emocional y los conflictos en las relaciones de noviazgo.</p> <p>Los adolescentes que mantienen relaciones conflictivas con sus padres predecían la perpetración de agresiones físicas y la victimización en las relaciones de pareja.</p> <p>Características familiares como la violencia intrafamiliar y las relaciones afectivas se relacionan en la violencia en el noviazgo. Específicamente, una relación inversamente proporcional entre el afecto recibido por los padres y el nivel de violencia, de forma, que la conducta es más agresiva cuanto menos afecto creen tener de sus progenitores y cuanto menos justos son considerados.</p> <p>Características familiares como la ausencia de afecto y la indiferencia materna se relacionan consistentemente con la violencia en las relaciones de noviazgo (en los hombres).</p> <p>Los jóvenes cuyos padres habían aplicado castigos físicos inconsistentes tienen mayor probabilidad de ejercer dichas conductas, exhibiendo mayores conductas violentas.</p>
4. Estructura y composición familiar	<p>Billingham y Notebaert, 1993, Malik et al., 1997</p> <p>Tontodonato y Crew, 1992</p> <p>Billingham y Gilbert, 1990; O'Keefe et al., 1986</p>	<p>El divorcio de los padres es un predictor de la violencia en las relaciones de pareja de adolescentes y jóvenes.</p> <p>El divorcio de los padres es un predictor de la implicación de los hijos varones en la perpetración de agresiones.</p> <p>Los resultados de los análisis no llegan a conclusiones muy homogéneas ni especialmente claras sobre el peso específico de este factor. A este respecto, señalan que la relación entre la violencia en el noviazgo y la estructura familiar depende de una serie de variables que pueden mediar en la dirección de los datos y que explicarían gran parte de las contradicciones expuestas.</p>

3.3. Factores clínicos

Las variables que se presentan en este apartado se centran en todas aquellas variables que han sido recogidas más frecuentemente en la literatura, y que hacen referencia tanto a características de la personalidad como a la presencia de determinados problemas de conducta, problemas psicopatológicos o la influencia de determinadas actitudes personales hacia la violencia.

En las variables clínicas, se han estudiado el uso del alcohol y las drogas (Foshee et al., 2001; Makepeace, 1981; Malik et al., 1997; Mitchell, 1995), un control externo de la ira (Dye y Eckhardt, 2000; Follingstad et al., 1999), las actitudes que justifican la violencia (Foo y Margolin, 1995; O'Keefe, 1997; Rigg y Caulfield, 1997), las actitudes y creencias tradicionales de los roles de género (Bookwala et al., 1992; Carr y VanDeusen, 2002; Jenkins y Aube, 2002), el control interpersonal (Hockenberry y Billingham, 1993; Stets, 1991), los celos (Follingstad et al., 1999; Lavoie et al., 2000), la iniciación temprana de agresiones en general y en las relaciones de pareja en particular (Cano et al., 1998; Katz et al., 2002), la baja autoestima (Aguilar y Nightingale, 1994; Katz, Street y Alias, 1997; Koval, 1989; Pflieger y Vazsonyi, 2006), los síntomas depresivos y de ansiedad (Magdol et al., 1998), ausencia de empatía (Williamson y Silverman, 2001), las distorsiones cognitivas (Eckhardt y Jamison, 2002) y el estrés (Coffey et al., 1996; DiClemente et al., 2001; Mitchell, 1995) (véase Tabla 3.3).

3.3.1. Alcohol y drogas

La instauración y consolidación de patrones estables en el consumo de drogas puede llevar a la aparición temprana de problemas relacionados con la salud o el ajuste social. Es en este marco en el que se encuadran los estudios focalizados en el consumo de alcohol que intentan descubrir la relación entre la violencia de aquellos jóvenes consumidores de los que no lo son, a pesar de que coexistan bajo las mismas influencias y determinantes psicosociales.

A la hora de manejar la información relativa al consumo de alcohol, son varias las investigaciones que han señalado la falta de evidencia de la relación entre el alcohol y la violencia en el noviazgo. A este respecto, destaca el trabajo elaborado por Matthews (1984), que informó que más de la mitad de los estudiantes universitarios quienes informaban de violencia en sus relaciones de pareja no habían consumido alcohol. Este resultado es apoyado por Makepeace (1981), Brodbelt (1983) y Laner (1983), que concluyen que el alcohol no juega un papel importante en la violencia de noviazgo, tan solo un pequeño porcentaje de jóvenes universitarios estaban bebidos en el momento del incidente. A pesar de los resultados y de la dirección de los mismos, es necesario señalar que estos estudios presentaban importantes dificultades metodológicas en cuanto a la medición del consumo de alcohol. Así, Foshee et al. (2001) señalaban que la detección del patrón de consumo no era tan evidente, incluso el consumo del alcohol podría aparecer como consecuencia de la perpetración de la violencia.

Contrarios a estos resultados son los obtenidos por Stets y Herderson (1991) que, utilizando dos diferentes medidas: (a) muestra general de alcohol y (b) muestra tres horas antes del episodio, encontraron relación entre consumir alcohol antes del incidente y las agresiones físicas y verbales (cometidas y sufridas). En este mismo sentido, Shook et al. (2000), compararon la agresión verbal y la física bajo la administración de alcohol. Por un lado, uno de los predictores de la agresión verbal era el haber bebido tres horas antes o después de una pelea. Más concretamente, los resultados muestran que solo el 2,8% de los hombres indicaron que ellos o sus parejas habían bebido tres horas antes o después del episodio agresivo físico, frente al 8,7% de las mujeres. En contraste, el 28,4% de los hombres indicaron beber tres horas antes o después de la agresión verbal, frente al 36,6% de las mujeres. También, Molitor y Tolman (1998), identificaron que el consumo de alcohol era un factor de riesgo solo en los hombres. Por su parte, Luthra y Gidycz (2006) relacionaron el abusar del alcohol 30 días antes con las agresiones físicas en sus relaciones de pareja actuales. Específicamente, presentaban cinco veces más probabilidad de agredir físicamente tanto hombres como en mujeres.

Estudios como el de Howard y Boekeloo (2003), realizados con el objetivo de delimitar los factores de riesgo más relevantes, encontraron que el tener amigos que bebían alcohol correlacionaba positivamente con la violencia en el noviazgo.

Por su parte, Field, Caetano y Nelson (2004), encontraron que el alcohol no se puede considerar causa necesaria y suficiente a la hora de explicar los episodios agresivos en la pareja, aunque su presencia sea un indicador de incremento en la probabilidad. En este sentido, Koss y Cleveland (1997), sugieren que en muchas ocasiones el alcohol sirve como un mecanismo de defensa para facilitar la agresión y por ello, los agresores pueden sentirse justificados y menos responsables de sus conductas agresivas.

En este campo, el consumo de drogas suele presentar, con mayor probabilidad que los sujetos que no consumen, un historial de agresiones tanto en los hombres como en las mujeres (O'Keefe, 1997). A este respecto, el 33% de los adolescentes habían bebido y el 25% informaron haber tomado otras drogas durante los episodios agresivos (Hyman, 1999). También, en la agresión sexual el factor desencadenante era el consumo de alcohol y otras drogas, específicamente en el 3,8% de los hombres y en el 8,8% de las mujeres universitarias (O'Sullivan et al., 1998). El estudio de Gidycz et al. (2007), indicaron que altos niveles de alcohol estaban asociados a la perpetración de agresiones sexuales en hombres universitarios.

Una de las primeras investigaciones con adolescentes de alto riesgo (ej., problemas de comportamiento en las escuelas, agresiones, delincuencia), es el estudio de Chase et al. (2002). Como conclusión, señalaron diferencias en cuanto a los factores de riesgo en función del sexo. Los varones agresivos presentaban un consumo habitual de marihuana y un comienzo más temprano en otras drogas y además informaban de episodios agresivos en sus relaciones de pareja anteriores.

3.3.2. La ira

Las conductas agresivas pueden ser elicitadas por la acción de múltiples estados emocionales: frustración, ira, sufrimiento, amenaza, odio, miedo y otros sentimientos y experiencias subjetivas.

En el análisis de la violencia en parejas casadas, los hombres violentos presentaban una intensidad elevada en el estado emocional de ira respecto a los hombres casados no violentos (Barnett et al., 1991; Margolin et al., 1988). En este sentido, para Echeburúa y Corral (1998), la conducta violenta en el hogar es el resultado de un estado emocional intenso, la ira, que interactúa con unas actitudes de hostilidad, un repertorio pobre de conductas (déficit de habilidades de comunicación y de solución de problemas) y unos factores precipitantes (ej., abuso de alcohol, situaciones de estrés), así como de la percepción de vulnerabilidad de la víctima. Por otra parte, Beasley y Stoltenberg (1992), encontraron que los hombres violentos informaban de un alto nivel de rasgo de ira comparado con maridos no violentos (Leonard y Senchak, 1996). También, Maiuro, Cahn y Vitaliano (1988), en el ámbito de la violencia doméstica, encontraron que los hombres violentos mostraban niveles altos de ira, hostilidad y síntomas depresivos. De la misma manera, las mujeres maltratadas describían a sus maridos como personas carentes de habilidades para expresar emociones de enfado, lo que conllevaría a sentimientos crónicos de frustración y el consecuente incremento en el empleo de métodos coercitivos para controlar las relaciones.

Sin embargo, las relaciones entre ira y agresión no están del todo clarificadas. Lo que más se destaca es, precisamente, la naturaleza multidimensional de las diversas definiciones de este constructo. En primer lugar, se debe distinguir entre estados transitorios y patrones comportamentales estables y generales, debiendo, además, considerarse los diferentes procesos emocionales, cognitivos y conductuales que regulan la agresión y la ira. Eckhardt et al. (1997), concluyen que los autores han utilizado inadecuadamente la definición de ira y por consiguiente su medida. Así, la distinción conceptual se da entre estado emocional (ira como estado) y rasgo de personalidad (ira como rasgo) en concordancia con los trabajos de Spielberger, Jacobs, Russell y Crane (1983). En este último caso, la ira rasgo sería consistente con la definición que establece

Berkowitz (1993) quien describe a individuos con alto rasgo de ira como “*personas que están listas a detectar agresión, amenazas y peligro alrededor de ellos*”.

En un análisis más detallado, es preciso hacer referencia a un interesante estudio realizado por Dye y Eckhardt (2000), en el que estudiaron de forma pormenorizada el estado emocional de ira en los estudiantes universitarios. Se concluyó que, los estudiantes entrevistados que manifestaron al menos un acto de agresión física presentaban una alta tendencia a mostrar ira y tenían menos habilidad de controlarla, respecto a los estudiantes no agresivos. Sin embargo, no encontraron diferencias en la ira como rasgo, de forma que los autores plantearon que no era tan importante el grado o la cantidad de ira sino la dificultad en manejar o controlar esta emoción. En esta dirección trabajaron Follingstad et al. (1999), que determinaron que la dificultad de controlar la ira unida a problemas como el abuso del alcohol diferenciaba a hombres y mujeres agresivos de los no agresivos. Por su parte, Lundeberg et al. (2004), en una muestra de 115 hombres universitarios, distinguieron tres grupos: no agresivos, agresivos psicológicamente y agresivos físicamente. Para evidenciar el peso y la influencia diferencial de cada una de las variables seleccionadas: la impulsividad, problemas con el alcohol, satisfacción con la vida en general y en la relación de pareja, la ira, la historia de abuso en la familia de origen y ser testigo de la violencia. Encontrándose diferencias en las variables problemas con el alcohol, la satisfacción en la relación de pareja y en la ira. Siendo esta última el mejor predictor que diferenciaba a los tres grupos de hombres. Recíprocamente, Lafontaine y Lussier (2005), encontraron, en una muestra representativa de 316 parejas, que la expresión de ira en las parejas explicaba la asociación entre la agresión física y el apego inseguro hacia los padres. También, Parker (2006), informó que las personas que presentaban un alto nivel de ira, mantenían actitudes favorables hacia la agresión psicológica y su posterior perpetración.

El peso determinante de esta variable también se ha visto confirmada en estudios específicos en los que se ha tomado en consideración la ira como rasgo. Tal es el caso del estudio realizado por Parrott y Zeichner (2003), en una muestra de 375 hombres universitarios entre los 17 y los 29 años de edad, que relacionaban las agresiones físicas con la ira como rasgo, la hostilidad hacia las mujeres y actitudes sexuales rígidas. En todo caso, la solidez de la unión entre ambos factores parece tipificar con exactitud la

relación entre la hostilidad hacia las mujeres y las actitudes sexuales que moderan la relación entre la ira como rasgo y la frecuencia de agresiones físicas. Estos resultados son consistentes con estudios que relacionan la ira como rasgo y la violencia en parejas casadas (Beasley y Stoltenberg, 1992; Leonard y Senchak, 1996).

Centrándonos en los estudios que avalan los factores de carácter familiar y la violencia en las relaciones de noviazgo, Crockenberg y Langrock (2001) argumentan que los niños quienes habían experimentado ira cuando eran testigos de los conflictos en sus familias de origen, tenían más probabilidad de desarrollar la externalización de las emociones y, por consiguiente, podían llegar a la agresión directa con los amigos o en sus relaciones de pareja.

Además del problema conceptual entre las emociones y la conducta agresiva, tampoco se tiene la suficiente evidencia científica sobre los mecanismos biopsicológicos que regulan diferencialmente las emociones asociadas a la conducta agresiva. En este sentido, hay autores que defienden la influencia de variables mediacionales entre la emoción y la agresión.

En este sentido, Wolf y Foshee (2003), después de realizar un estudio de carácter retrospectivo a una muestra de 1.965 estudiantes del Norte de Carolina. Afirmaron que la exposición y el testimonio de la violencia familiar estaban asociadas positivamente a la expresión negativa directa e indirecta de la ira tanto en mujeres como en hombres. Específicamente, la ira descontrolada directa e indirecta estaba asociada con la perpetración de la violencia en las mujeres y solo la ira descontrolada directa estaba asociada en los hombres. Expresar la ira de forma adecuada no estaba asociada con la perpetración de la violencia tanto en las mujeres como en los hombres. Las conclusiones finales subrayan que la expresión de la ira es un mecanismo mediacional entre la exposición a la violencia familiar y la perpetración de la violencia en el noviazgo. Con respecto a ser testigo de la violencia familiar, en las mujeres se determina una asociación entre ser testigo de la violencia familiar y la perpetración de la violencia en el noviazgo con la expresión descontrolada directa de la ira, mientras que ser testigo de la violencia familiar no estaba asociada con la perpetración de la violencia en los hombres (ver Figura 3.1).

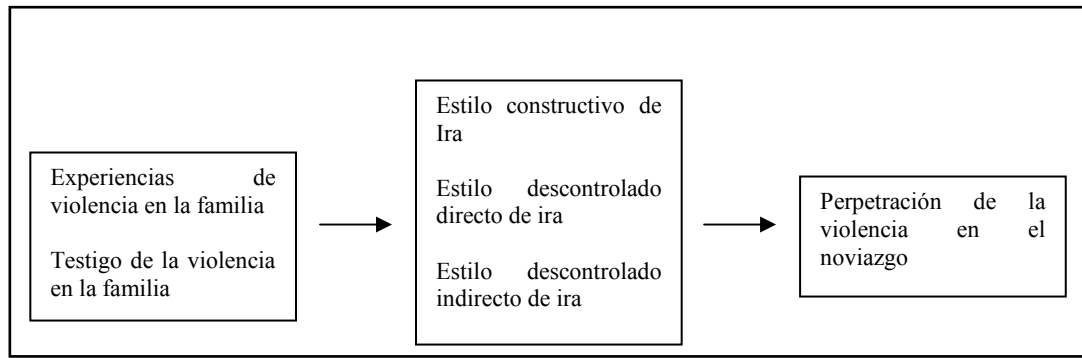


Figura 3.1. Modelo mediacional (Wolf y Foshee, 2003)

El peso determinante de esta variable también se ha visto confirmada en estudios específicos en los que se ha tomado en consideración la vergüenza como emoción y la agresión psicológica, donde la ira mediaría dicha relación (Harper, Austin, Cercone y Arias, 2005). En el caso de la hostilidad, no son muchos los estudios que defienden que la hostilidad medie entre la violencia familiar y la violencia en el noviazgo. En este sentido, Wolfe et al. (1998) examinaron la asociación entre las agresiones en las relaciones de noviazgo y el maltrato en la infancia, que incluía la exposición de la violencia interparental, el abuso físico y el sexual. Confirmaron que la hostilidad mediaba la asociación entre el maltrato en la infancia y las agresiones en el noviazgo en los chicos y chicas de institutos.

3.3.3. Iniciación temprana a las agresiones en general y en las relaciones de pareja en particular

En general, la temprana aparición de conductas violentas y la delincuencia predicen comportamientos violentos más serios y una mayor cronicidad de los mismos. Lamentablemente se han realizado pocos estudios sistemáticos al respecto. Aunque hay indicios de que involucrarse en cualquier forma de comportamiento antisocial en la infancia o adolescencia está asociado con un mayor riesgo de violencia futura.

Con el objetivo de exponer con mayor claridad las conclusiones más relevantes en esta área se expondrá las más importantes según han sido categorizadas por los distintos grupos de investigadores, como son las agresiones en contextos generales y las agresiones en relaciones de pareja pasadas.

3.3.3.1. Iniciación temprana en conductas agresivas en general

Berkowitz (1996) distingue entre episodios de “*agresión emocional*” en donde las personas hacen daño a la otra sin buscar de manera más o menos racional otras metas. La conducta agresiva se produciría como consecuencia de un estado de activación emocional, de manera impulsiva sin un planteamiento previo. Y “*agresión instrumental*” donde la conducta violenta está destinada a conseguir unos objetivos o fines. Entre estas metas estaría la coerción, el dominio sobre el otro y la búsqueda de poder o estatus social. De forma similar, Dodge et al. (1990), sugieren el uso de los términos reactivo y proactivo en la conducta agresiva. En este sentido, Brendgen, Vitaro, Tremblay y Lavoie (2001) definen la agresión proactiva “*sangre fría*” como una respuesta instrumental ofensiva, no requiriendo ninguna provocación o estado de ira. En contraste, la agresión reactiva “*sangre caliente*” es descrita como defensiva con una explosión de ira en respuesta a una provocación o amenaza.

Un estudio pionero en el que se planteó la posibilidad de distinguir entre la agresión reactiva y la agresión proactiva en diferentes contextos, es el estudio de Brendgen et al. (2001). El resultado más sobresaliente es que la agresión proactiva predecía la delincuencia mientras que la agresión reactiva predecía las agresiones en el noviazgo en adolescentes varones. Así, en el estudio de Roscoe y Kelsey (1986), la mayoría de las agresiones en las relaciones de pareja eran respuesta a una provocación como los celos o los incidentes humillantes. Por el contrario, los hombres casados con relaciones estables de larga duración utilizaban más la agresión proactiva (Prince y Arias, 1994).

Atendiendo a los datos ofrecidos por los escasos estudios que han destacado estas variables, Noland, Liller, McDermott, Coulter y Seraphine (2004), señalaron que las agresiones entre los hermanos se asociaban a las agresiones en las parejas jóvenes, específicamente los hombres tanto como perpetradores como víctimas. Existe un grado de continuidad en el comportamiento agresivo, de forma que llevar un arma, involucrase en peleas o tener intentos de suicidio consistían en factores de riesgo tanto en los hombres como en las mujeres para sufrir agresiones físicas (Howard, et al., 2005). Además, la exposición a la violencia en los centros educativos en particular y en la

comunidad en general podían predecir comportamientos agresivos en las relaciones de pareja en adolescentes, tanto como víctimas o como perpetradores (O’Keefe, 1997, 1998). De forma similar, quienes informaban de historias de violencia en otros contextos de sus vidas tenían mayor probabilidad de agredir a sus parejas (Mooney, 2007). También, se ha estudiado la violencia en el grupo de iguales (Rigg y O’Leary, 1996).

3.3.3.2. Agresiones en las relaciones de pareja pasadas

Con referencia a este aspecto, se ha analizado la influencia de las agresiones en las relaciones de parejas anteriores. De forma genérica, muchos estudios han propuesto que los adolescentes y jóvenes que utilizan las agresiones como forma de resolver los conflictos en relaciones anteriores, aumentan la probabilidad de utilizarlas con las parejas recientes o futuras (Bookwala et al., 1992; Cano et al., 1998; O’Keefe, 1997; Rigg y O’Leary, 1996).

Específicamente, los hombres que han agredido a sus anteriores parejas son más propensos de agredir a una nueva pareja en un futuro (Makepeace, 1986; Mihalic, Elliot y Menard, 1994; Roscoe y Benaske, 1985). En el estudio de Mihalic et al. (1994), comprobaron que el 58% de los hombres jóvenes quienes habían agredido físicamente a sus anteriores parejas, de nuevo agredían físicamente a sus parejas recientes. También, en el estudio de Chase et al. (1998), los hombres que habían agredido a sus parejas también agredían a sus parejas recientes, aunque no se asociaba con la agresión en el grupo de iguales. Con respecto a la coexistencia de diferentes formas de agresiones, Katz et al. (2002) advirtieron que cuando los hombres percibían maltrato psicológico por parte de sus parejas femeninas, ellos respondían con conductas agresivas físicas o sexuales.

En cuanto a las investigaciones realizadas en víctimas, no son muchos los estudios centrados en este aspecto. A pesar de ello, destaca el trabajo realizado por Howard y Wang (2005), donde los resultados sugieren que el ser víctima de agresiones físicas en las relaciones de noviazgo parece vincularse de forma directa con ser víctima de agresiones sexuales en el ciclo vital de la vida tanto en hombres como en mujeres. En cuanto a la investigación realizada en nuestro país, destaca el estudio de Fernández y Fuertes, (2005), donde la variable que más se vinculaba con perpetrar agresiones

sexuales era precisamente ser víctima de esta forma de agresión tanto para los hombres como para las mujeres.

Es preciso hacer referencia a un interesante estudio realizado por Smith et al. (2003), que condujeron un estudio longitudinal durante cuatro años con dos grupos de mujeres universitarias. Determinaron que cuanto antes se iniciaran las agresiones mayor era la probabilidad de que se dieran en edades posteriores, proponiendo que éste podría ser un factor lo suficientemente poderoso para favorecer un proceso escalonado y progresivo del desarrollo de conductas altamente desviadas como es la violencia en las relaciones de pareja.

3.3.4. Trastorno emocional: depresión

Las características psicológicas investigadas en relación a la violencia en las relaciones de noviazgo son las emociones negativas en las que se incluyen, fundamentalmente, la depresión o la sintomatología depresiva. Hasta el momento, los resultados de los estudios realizados en este ámbito son escasos y no concluyentes, pero arrojan sugerencias relevantes a la hora de diseñar programas preventivos y de intervención.

En general, la depresión es el rasgo psicológico más frecuentemente relacionado con la violencia interpersonal (DuRant, Altman y Wolfson, 2000).

Con respecto a la sintomatología depresiva, destacan los resultados obtenidos por Foshee et al. (2004), en un estudio longitudinal realizado con jóvenes adolescentes. Los datos señalaron que los síntomas depresivos se mostraban como un factor de riesgo en el inicio o en el mantenimiento de la victimización de la agresión sexual. Resultados similares son los obtenidos por otros estudios en los que se señalan fuertes correlaciones entre la sintomatología depresiva y la baja autoestima y cometer agresiones en las relaciones de pareja (Hyman, 1999). En el estudio de Rivera-Rivera et al. (2006), se identificó la relación entre la sintomatología depresiva y sufrir agresiones durante el noviazgo. En esta línea, Raiford (2006), determinó la influencia entre el estado de ánimo depresivo, la motivación de realizar estrictas dietas y sufrir agresiones por parte de la

pareja. No obstante, las características metodológicas de estos estudios no eran posible identificar cuál fue la causa y cuál el resultado, o en general, qué tipo de relación mantienen estos factores.

Por su parte, los estudios centrados en el análisis global de los factores de riesgo que podrían estar implicados en la posterior violencia en el noviazgo destacan: estar triste y pensar en el suicidio, consumir alcohol y/o cocaína, tener varias parejas sexuales y no utilizar métodos anticonceptivos y llevar algún arma. Sin embargo, a pesar de los resultados y de la dirección de los mismos, es necesario señalar las dificultades metodológicas, como la imposibilidad de identificar factores previos a la violencia y la existencia de porcentajes significativos de cada uno de los factores sin explicar (Howard y Wang, 2003).

Investigaciones en diversos países sobre la violencia en el noviazgo también han delineado una vinculación con la sintomatología depresiva (Ackard y Neumark-Sztainer, 2002; Ackard et al., 2003; Flanery, Singer y Wester, 2001; Flay y Richardson, 1998; Marshall y Rose, 1990; Wekerle et al., 2001).

En resumen, parece que, en general, existe un malestar emocional personal (previo a la agresión y también como resultado de la misma). Es probable que las medidas enfocadas en el tratamiento de la depresión de adolescentes y jóvenes puedan ser útiles como parte de una intervención para prevenir o atenuar la violencia en el noviazgo. En cualquier caso, es necesario llevar a cabo mayor número de investigaciones para determinar los efectos específicos y particulares de los trastornos emocionales en la violencia.

3.3.5. Variables de personalidad

3.3.5.1. Autoestima

Las aportaciones más relevantes provienen de investigaciones en las relaciones de parejas casadas, de forma que la severidad y la frecuencia de la violencia estaba relacionada con la baja autoestima de los maltratadores (Cascardi y O'Leary, 1992) y los

rasgos de inseguridad y dependencia hacia la pareja (Wehner 1988; tomado de Corsi, 1995). No obstante, los estudios que analizan la relación entre autoestima y violencia no son concluyentes. En este caso, Prince y Arias (1994), detectaron un tipo de agresores con una elevada valoración de sí mismos que utilizaban la violencia como forma de recuperar la ilusión de control de sus vidas.

La evidencia empírica sobre la relación autoestima-violencia en el noviazgo ha mostrado aspectos contradictorios. Investigaciones como la de Magdol et al. (1998), confirmaron la existencia de diferencias significativas en las variables de personalidad, de forma que la baja autoestima, la sintomatología depresiva y el trastorno de personalidad antisocial estaban asociados a las conductas agresivas de los varones. Similarmente, O'Keefe (1998), encuentra una baja autoestima en los varones que agredían a sus parejas. No obstante, en otros trabajos la autoestima constituye una variable inconsistente (Follingstad et al., 1999).

Por otra parte, los investigadores también han encontrado discrepancias en la victimización. En este sentido, Aguilar y Nightingale (1994) concluyen que las mujeres víctimas presentan una menor autoestima que las mujeres que no han sufrido este tipo de experiencias. Además, Katz et al. (1997), en una muestra de mujeres entre los 17 a 23 años, concluyen que la autoestima y las atribuciones de culpabilidad emergen como correlatos de la intención de perdonar a sus parejas. También, analizando el estudio de Pflieger y Vazsonyi (2006) la baja autoestima era una variable que mediaba entre el funcionamiento familiar (disciplina, afecto y apoyo) y la violencia en las relaciones de noviazgo. Por el contrario, otros estudios no encuentran la relación entre la autoestima y la posterior victimización (Burke et al., 1989). No obstante, es necesario considerar la relación de causalidad entre la autoestima y la violencia en el noviazgo, ya que puede convertirse en un clara consecuencia más que como factor de riesgo (Ackard et al., 2003).

En resumen, a pesar de las discrepancias de los estudios realizados en esta área y de la necesidad de obtener mayor evidencia que confirme los supuestos, es necesario señalar la naturaleza multidimensional de la autoestima.

3.3.5.2. Control interpersonal

Las interacciones coercitivas o agresivas en las relaciones de pareja pueden ser comprendidas por los conflictos de control interpersonal entre hombres y mujeres. Lorente (2001) explica que la agresión a la mujer no comienza de cualquier forma o en cualquier momento sino que aparece cuando el hombre percibe que tiene cierto grado de control sobre su pareja. Por eso es frecuente que la agresión se produzca cuando existe una relación de noviazgo, cuando se han casado o inician la convivencia, ya que el objetivo último de recurrir a la violencia es el control y la sumisión por parte de la mujer. En esta misma línea, Corsi y Ferreira (1998), mencionan los intentos de control y el aislamiento como predictores de la violencia en parejas casadas. Así, se señala que los hombres utilizan con mayor frecuencia la violencia para controlar a sus parejas (Jasinski y Williams, 1998).

Paralelamente, los jóvenes que desean controlar a su pareja tienen una mayor tendencia a mostrarse agresivos durante el noviazgo y una mayor probabilidad de sufrir agresiones por parte de sus parejas, ya que muchas personas reaccionan en contra de los intentos de control por parte de otras (Hockenberry y Billingham, 1993; Stets, 1991). Este resultado apoya las aportaciones de Stets (1988), en parejas casadas, donde una muestra de hombres reconocían que la meta de utilizar la violencia era el control del comportamiento de sus mujeres. Este autor, sugiere que los primeros episodios pueden haber surgido por diversas razones o motivaciones pero los incidentes continuos en el tiempo son una respuesta instrumental de control.

Más concretamente, Grasley (2002), realizó un estudio longitudinal en dos institutos de Londres y encontró que los agresores presentaban un significativo deseo de control y poder en las relaciones interpersonales. Similarmente, en una muestra de 337 estudiantes de instituto la necesidad de control interpersonal se configuró como un predictor significativo para agredir a la pareja (Isaia, 2005). En el estudio de Follingstad et al. (1999), demostraron que la variable control distinguía a las parejas que agredían físicamente, así como las parejas con episodios muy frecuentes y severos de agresión. Destacando la importancia de esta variable en los programas preventivos y de intervención (Follingstad et al., 2002). Estos datos confirmaron los encontrados con

anterioridad (Burke et al., 1989), que mostraron que el control podría ser entendido como un factor de riesgo para la coerción sexual en las relaciones de noviazgo. En general, estos resultados corroboran la importancia del control y de la reactancia que dicho control genera como factor de riesgo en las relaciones de noviazgo (Stets, 1991).

Por el contrario, en su estudio Ehrensaft y Vivian (1999) evaluaban cómo los adolescentes caracterizaban el comportamiento de sus parejas. Para ello, compararon relaciones violentas y relaciones no violentas, de forma que, los adolescentes que habían tenido o tenían relaciones de noviazgo violentas evaluaron el comportamiento de su pareja como menos restrictivo, menos dominante y menos coercitivo, tanto de hombres a mujeres como de mujeres a hombres. Además, los hombres eran menos proclives a categorizar estos comportamientos como controladores, respecto a las mujeres.

En resumen, parece que el control entendido como un rasgo de personalidad previo, puede ser un factor de riesgo importante en relación con la violencia en la población adolescente, de la misma forma que son otro tipo de variables comentadas en este capítulo.

3.3.5.3. Los celos

Los celos son uno de los motivos más frecuentes de la violencia en parejas casadas (Fernández-Montalvo y Echeburúa, 1997) como en parejas jóvenes (Follingstad et al., 1999; Lavoie et al., 2000).

En la mayoría de las personas, esta emoción constituye un estado más o menos pasajero que aparece cuando una relación importante se ve amenazada (Pines, 1998). En el estudio de Mullen y Martin (1994), encontraron que el 46% de los participantes consideraban que los celos eran algo inevitable cuando se ama a una mujer. Sanmartín (2002), afirma que el hombre puede “*sentirse desprotegido de lo que le pertenece*” traduciéndose en los denominados “*celos patológicos*”, característicos de hombres inseguros, con baja autoestima y carentes de habilidades interpersonales adecuadas para expresar sus emociones. Se trata de sujetos en los que la firme creencia en la infidelidad de sus parejas provoca un estado emocional intenso de ira que, junto con otros factores,

puede desencadenar episodios de violencia (Echeburúa y Fernández-Montalvo, 1999). Por su parte, Lorente (2001), expuso que los celos son un mecanismo de control en el que se refleja la inseguridad, el miedo y la dependencia del que los ejerce.

Los resultados obtenidos en el área de la violencia en el noviazgo subrayan el hecho de que los celos constituyen una fuente de conflicto (Makepeace, 1981) y es la razón más frecuente para que los hombres comiencen a agredir (O’Keefe, 1998). Así, los celos constituyen el motivo más frecuente de agresión entre las parejas jóvenes (Lavoie, et al., 2000). Por su parte, Bookwala et al. (1992), obtuvieron resultados similares y mostraron que puntuaciones altas en las escalas que evaluaban celos predecían comportamientos agresivos solo en las mujeres. También, en el estudio de Stets y Pirog-Good (1987), los celos eran un factor determinante que explicaban las agresiones cometidas por parte de las mujeres.

La dirección de los resultados comentados se ha visto confirmada en la investigación llevada a cabo por Follingstad et al. (1999), en la que encontraron que la falta de control sobre la ira, sentir celos y presentar repetidos intentos de control sobre la pareja diferenciaba a los adolescentes violentos de los no violentos. A este respecto, los estudios realizados con parejas adolescentes señalaban que el comportamiento controlador y el celoso predecían las agresiones físicas (Cascardi et al., 1997; O’Keefe, 1997).

En resumen, parece que los celos, entendidos como rasgos de personalidad, puede ser un factor de riesgo importante en relación a la violencia en el noviazgo. Concretamente, los estudios advierten que las agresiones verbales, el comportamiento celoso y el comportamiento controlador suceden antes de la agresión física, por lo tanto, es importante, desde el punto de vista preventivo, enseñar a detectar estos tipos de agresiones, con el fin de que la juventud aprenda a reconocerlos y facilitar de este modo que puedan reaccionar ante ellos.

3.3.5.4. Perfiles de personalidad

El estudio de las variables de personalidad entendidas como factores de riesgo o de vulnerabilidad ha sido uno de los campos menos desarrollados desde un punto de vista genérico.

A la luz de las investigaciones empíricas y de los desarrollos teóricos de gran utilidad se ha establecido un amplio conocimiento sobre la tipología de los hombres agresores (para ver una revisión Holtzworth-Munroe y Stuart, 1994). Datos empíricos procedentes de tratamientos en la violencia doméstica (Hamberger, Lohr, Bonge y Tolin, 1996) y recientes investigaciones en muestras comunitarias (Holtzworth-Munroe, Herron, Rehman y Stuart, 2000; Waltz, Babcock, Jacobson y Gottman, 2000), han apoyado la tipología de Holtzworth-Munroe y Stuart (1994) consistente en tres subtipos de agresores: agresor solo a la familia, disfórico/borderline y generalmente violento/antisocial. Basada en tres dimensiones descriptivas: (a) severidad de la violencia marital; (b) la generalidad de los episodios y, (c) la psicopatología. En este mismo sentido, Monson y Langhinrichsen-Rohling (1998), analizaron las agresiones sexuales y físicas en parejas casadas considerando cuatro categorías esenciales para describir a los agresores: a) violento solo en la familia; b) disfórico/borderline; c) violento/antisocial y, d) obsesivo sexual.

En esta línea, destaca un estudio reciente de Monson y Langhinrichsen-Rohling (2002), en una amplia muestra de estudiantes universitarios, que identifican tres subtipos de agresores. En primer lugar, los violentos, solo en las relaciones de noviazgo, lo conformarían ambos sexos. Las formas de agresiones más frecuentes son psicológicas y físicas de menor gravedad, sin presentar agresiones sexuales ni agresiones físicas fuera de sus relaciones de pareja y tienen menos probabilidad de haber sido testigo o haber tenido experiencias de violencia en sus familias de origen. La segunda subcategoría histriónico/preocupado se integra únicamente por mujeres. Presentan rasgos histriónicos y dependientes, suelen presentar experiencias de agresiones sexuales en su familia de origen, un estilo de apego preocupado y un gran deseo de control en sus relaciones románticas. Por último, la tercera subcategoría generalmente violento/antisocial se compone en su mayor parte por hombres. Se caracterizan por agresiones sexuales y

físicas “*severas*” o “*leves*” dentro y fuera de las relaciones de pareja. También, presentan rasgos antisociales y esquizoides de personalidad, un estilo de apego rechazado, comportamientos criminales, abuso de alcohol y el ser testigo o sufrir abusos físicos en su familia de origen.

3.3.6. Actitudes y creencias que justifican la violencia

Los estudios dirigidos a determinar el peso específico de esta variable han encontrado una estrecha relación entre la violencia y ciertas actitudes y creencias con respecto a la misma. En este campo de estudio, destacan las *teorías cognitivas del procesamiento de la información* que enfatizan la importancia de las actitudes, creencias y otras cogniciones sociales que se desarrollan durante la infancia y la adolescencia y desempeñan un papel importante en el comportamiento agresivo.

En particular, Foshee et al. (2000) y Riggs y O’Leary (1996), conceptualizan las creencias normativas como aquellas que hacen referencia a la aceptabilidad, justificación o adecuación del comportamiento agresivo, que son importantes mediadores y/o moduladores, contribuyendo de forma considerable al éxito de programas preventivos. Las actitudes y creencias favorables a la violencia pueden verse modificadas a lo largo de la infancia y adolescencia bajo determinadas condiciones de intervención familiar, escolar y social. Por consiguiente, se consideran un aspecto central de los programas preventivos posibilitando la actuación antes de que los estudiantes tengan parejas y, diseñando estrategias que faciliten el cambio de actitudes y el desarrollo de habilidades específicas para detectar y enfrentarse con este tipo de relaciones (Trujano y Mata, 2002).

Son muchos los trabajos que citan las creencias y las actitudes que justifican la violencia como factores extremadamente relevantes para el riesgo del adolescente y del joven en las conductas agresivas de sus relaciones de pareja (Archer y Graham-Kevan, 2003; Byers y Eno, 1991; Cate et al., 1982; Foo y Margolin, 1995; Forbes, Adams-Curtis, Pakalka y White, 2006; Henton et al., 1983; Schwartz et al., 1997; Silverman y Williamson, 1997; Tontodonato y Crew, 1992) y en la agresión en el grupo de amigos (Slaby y Guerra, 1988).

Estos planteamientos, parten de la premisa de que las conductas agresivas en distintas relaciones interpersonales (ej., relaciones de noviazgo recientes y pasadas, grupo de amigos) se asocian a la justificación o aceptación de la violencia en las relaciones de forma general. Concretamente, una de las cuestiones planteadas en el estudio de Straus (2004b), es la aceptabilidad de la violencia, siendo una de las preguntas formuladas: “*Podría aprobar una situación en la que un marido de una bofetada en la cara a su mujer*”, constatando que aproximadamente el 42% de los estudiantes universitarios contestaron afirmativamente a la pregunta. No obstante, estudios como el de Bookwala et al. (1992), Riggs y O’Leary (1996) y Cascardi et al. (1999), Slep et al. (2001), señalaron que la asociación entre el comportamiento agresivo y la actitud justificativa es pequeña o moderada. E incluso, otros estudios no determinan tal asociación (Carlson, 1987; Steets y Pirog-Good, 1987).

En este campo de estudio, destaca la especial contribución de Swart et al. (2002), que señalaron que las actitudes se relacionan con el comportamiento agresivo en la adolescencia, siendo el primer paso un cambio de actitud en las intervenciones que buscan ayudar a los jóvenes a desarrollar creencias positivas y modelos de conducta que rechacen la violencia. Específicamente, los hombres, en mayor proporción, y las mujeres de secundaria que cometían agresiones físicas, mantenían la creencia de que las agresiones físicas formaban parte de las relaciones de noviazgo y eran una forma de demostrar amor hacia las parejas.

En el estudio de Foo y Margolin (1995) trataron de examinar las actitudes que justifican la agresión en dos diferentes situaciones: situación auto-defensiva y situación humillante. Así, las actitudes agresivas en la situación auto-defensiva eran justificables y no se consideraban episodios agresivos, percibiéndose como algo socialmente aceptable. La agresión en respuesta a una situación humillante también se consideraba justificable, sin embargo, se asociaba a episodios agresivos en el noviazgo. En esta línea, otras investigaciones han mostrado que los estudiantes que justifican y aceptan las agresiones verbales y el comportamiento celoso en situaciones hipotéticas tienen una mayor probabilidad de llevarlas a cabo con sus parejas actuales (Cascardi et al., 1997).

Un ejemplo interesante de investigación sobre factores de riesgo, por su seguimiento longitudinal, es el realizado por Foshee et al. (2001). En el caso de las mujeres adolescentes, tener amigos que han sufrido agresiones por sus respectivas parejas y consumir alcohol incrementa significativamente la probabilidad de que las adolescentes lleguen a agredir a sus respectivos novios un año y medio después de la evaluación. Por otra parte, en los hombres adolescentes el único factor de riesgo sería sostener actitudes que aceptan y justifican violencia. Concluyendo que las estrategias de intervención deben hacer hincapié en distintos factores de riesgo en función del género. Por su parte, Bookwala et al. (1992), confirma el estudio anterior, determinando diferentes factores de riesgo entre hombres y mujeres.

Estos planteamientos han sido corroborados por diversas áreas en otros tipos de comportamientos de riesgo peligrosos como es el uso/abuso de drogas tanto de dentro como de fuera de nuestras fronteras. Son muchos los autores que defienden que, de forma genérica, cualquier comportamiento de riesgo suele ir precedido por actitudes favorables.

Los estudios centrados en comparar adolescentes testigos de violencia en las familias de origen con adolescentes de familias no violentas en función de las actitudes no han llegado a conclusiones muy determinantes. Kinsfogel y Crych (2004), en una muestra de adolescentes varones entre 14 y 20 años quienes habían sido testigos de violencia en sus familias, presentaban una mayor probabilidad de percibir la agresión como algo justificable en las relaciones de noviazgo, y estas creencias, a la vez, predecían un alto nivel de ira hacia la pareja. No obstante, en el caso de mujeres adolescentes que se consideraban a favor de la agresión no aparecían asociadas con la exposición de la violencia en las familias de origen (Bookwala et al., 1992; Kinsfogel y Crych, 2004; O'Keefe, 1998; Tontodonato y Crew, 1992). Para explicar los diferentes resultados entre la exposición de la violencia en la familia entre los varones y las mujeres, Davies y Lindsay (2001) proponen que estas diferencias se refieren a las diferentes percepciones en las funciones que otorgan a la violencia los hombres y las mujeres. De modo que las mujeres testigos de violencia en sus familias de origen pueden ser más sensibles al daño que causan a la pareja, mientras que los hombres pueden atender a la función instrumental que realizaría la violencia.

De forma general, la revisión de Smith (1984), ha mostrado que en diversas áreas como en las relaciones internacionales (ej., guerras, secuestros, torturas), la televisión, las relaciones interpersonales y en el cumplimiento de las leyes, los hombres son más favorables en las actitudes que justifican la violencia y en el comportamiento agresivo en más cantidad de situaciones que las mujeres. En este sentido, son muchos los autores que defienden que, de forma genérica, el inicio de la agresión suele ir precedido por valores favorables hacia la misma. Keltikangas et al. (1997) y Pakaslati y Keltikangas (1997), señalaron que también existen diferencias en la justificación de la violencia en cuanto al género, siendo ésta mayor en el caso de los hombres adolescentes. También Archer y Parker (1994), obtienen que los hombres tanto adultos como adolescentes, tienden a justificar culpando a las víctimas de su comportamiento agresivo en mayor medida que las mujeres. Respecto al acoso sexual, Jenson y Gutek (1982) encontraron que los hombres atribuyen frecuentemente más responsabilidad a las víctimas en comparación con las mujeres.

Centrados en el estudio de grupos de adolescentes en función del género, Cate et al. (1982), encontraron que las actitudes y creencias que aceptan la violencia es uno de los factores de riesgo más consistentes en las agresiones físicas de los hombres. Estos resultados, fueron confirmados por estudios posteriores (Arias y O'Leary, 1988; Bookwala et al., 1992; Cano et al., 1998; Chase et al., 1998; Henton et al., 1983). En esta línea, Harnishfeger (1998), estudió una muestra de 175 hombres universitarios con el objetivo de determinar los factores de riesgo en los hombres que habían cometido o sufrido agresiones. Concluyó que las actitudes que aceptan la violencia, la tendencia a no mostrar las emociones y un patrón mutuo de tácticas agresivas en la pareja aparecían estrechamente asociados a aquellos hombres que habían sufrido agresiones. Mientras que los hombres perpetradores correlacionaban con las actitudes que aceptan la violencia y con un patrón mutuo de tácticas agresivas.

Las agresiones son interpretadas como una respuesta legítima ante los conflictos (Rigg y O'Leary, 1989). En este sentido, los autores relacionan la aceptación de la violencia como forma de resolver los conflictos cotidianos (Cano et al., 1998; O'Keefe, 1997). Además, las agresiones aumentan en intensidad y frecuencia cuando los estudiantes perciben que están justificadas en la resolución de los problemas (O'Keefe,

1998). Dutton y Browning (1986) encuentran que los agresores neutralizaban la responsabilidad de los episodios agresivos, por un lado, admitían menor cantidad de agresiones que los testificados por las víctimas o por los informes médicos. También, en el estudio de Lejeune y Follette (1994), los hombres se responsabilizaban menos de la violencia al percibirla como algo justo y no de su responsabilidad.

Desde el punto de vista de las víctimas, algunos de los factores de riesgo que han determinado el proceso de victimización es la justificación de la violencia como norma social, es decir, las víctimas pueden percibir esta situación como tolerable permaneciendo en el tiempo en este tipo de relaciones (Malik et al., 1997). Las investigaciones llevadas a cabo por Slaby y Guerra (1988, 1989), sobre las actitudes que justifican la violencia, encontraron que los hombres percibían más hostilidad, creían que la violencia incrementaba la autoestima y que las víctimas no sufrían. Mientras, las mujeres pedían más información sobre la situación y creían que las víctimas merecían ser victimizadas. Resultados en esta línea son los estudios de Straus et al. (1980) y de Gelles (1972).

Finalmente, es necesario señalar dos repercusiones importantes a las que llegan los estudios en esta área pensando, sobre todo, en las implicaciones de los programas preventivos. Por una parte, tal y como se ha observado repetidamente, los resultados sugieren el papel crucial que las creencias normativas, es decir, aquellas creencias sobre el grado de aceptación o justificación del comportamiento tienen en el desencadenamiento de la agresión. En segundo lugar, los datos obtenidos subrayan la idea de que, en gran cantidad de casos, las actitudes pueden fomentar o bloquear las manifestaciones de conductas agresivas dentro de determinados contextos sociales, por lo que pueden aumentar la eficacia de las intervenciones dirigidas a la prevención.

3.3.7. Actitudes y creencias tradicionales de los roles de género

Los roles o papeles de género se refieren a las definiciones sociales o creencias acerca del modo en que los hombres y mujeres difieren en una sociedad determinada donde las normas y expectativas socioculturales de comportamiento se consideran apropiadas y deseables para ambos (Worell, 1978). Es importante constatar la necesidad de diferenciar dos conceptos: el rol sexual y el rol de género. El rol sexual hace

referencia a la realidad biológica que uno representa por ser anatómicamente hombre o mujer. El rol de género designa básicamente un constructo social que representa un esquema para la categorización social de los individuos y también recoge la diferenciación biológica (Moya, 1985).

Específicamente, los roles se asignan según el sexo o la diferenciación anatómica y funcionan como mecanismos cognoscitivos y perceptivos por los cuales la diferenciación biológica se convierte en una diferenciación social. Por consiguiente, el sexo o la diferenciación biológica es la base de la segregación o la separación de las actividades masculinas y femeninas (Bonilla, 1998). Esta visión jerarquizada adjudica a las personas cualidades y comportamientos diferentes en función de la pertenencia a uno u otro sexo y según la posición que ambos ocupan en la sociedad en su conjunto. Aunque cada sociedad y subcultura puede dar particulares requerimientos para los comportamientos apropiados para cada rol sexual, la práctica de socialización “*tradicional*” desencadena un rol de género rígido, por lo que los hombres son educados para ser fuertes, autónomos y dominantes, más agresivos, competitivos y no comunicativos. Por el contrario, de las mujeres se espera que muestren comportamientos de cuidado, se orienten a las necesidades de los demás, sean pasivas, sumisas y expresen comportamientos de complacencia. Esta división de papeles en la sociedad tiene un efecto sobre la identidad, en tanto que “*los roles sociales parecen definir la mayoría de las actividades de las personas y los mecanismos para participar en una sociedad*” (Escartí, Musitu y Gracia, 1988).

En este campo, los estereotipos se podrían definir como “*rasgos que se atribuyen a un grupo*”, “*imagen mental simplificada de los miembros de un grupo compartida socialmente*”, o “*las creencias que atribuyen características a los miembros de un grupo*” (Aguilera, Gómez, Mogollón y De Vicente, 1994). Los estereotipos se refieren a “*los juicios categoriales sobre las características y actividades de un individuo por pertenecer a un grupo de género*” (Unger, 1979). Los aspectos fundamentales que este proceso cognoscitivo general de categorización cumple son: a) compartidos por mucha gente y b) se atribuyen a una persona como miembro de un grupo y no como persona individual. Los estereotipos que simplifican o sistematizan la realidad son muy resistentes al cambio, orientan las expectativas y se recuerda con más facilidad la

información congruente al estereotipo. Por tanto, los estereotipos son positivos en cuanto organizan y simplifican la realidad que tenemos y son negativos en cuanto sesgan y limitan la información, las expectativas, los juicios y la conducta. Así pues, en el caso particular del género, dichas creencias caracterizan y distinguen a los hombres de las mujeres, respecto a las atributos de una gama amplia de características: rasgos de personalidad, conductas de rol, características físicas y comportamientos (Barberá, 1998). El estereotipo que se asocia a lo masculino se denomina agencia-instrumentalidad (ej., competitividad, independencia, agresividad, insensibilidad, dureza) y el estereotipo femenino expresividad-comunalidad (ej., sumisión, ternura, pasividad, sensibilidad, debilidad, sensibilidad social, empatía). Los roles de los varones y las mujeres interactúan en la vida diaria manteniendo o reforzando los estereotipos de género.

Las observaciones clínicas han reflejado que los roles del agresor y de la víctima pueden incluir rasgos de estereotipos de género. De modo, que los agresores manifiestan rasgos negativos de instrumentalidad, mostrándose agresivos, dominantes y dictatoriales. Y las víctimas reaccionan con rasgos expresivos negativos de impotencia y vulnerabilidad y, al mismo tiempo, reflejarían rasgos de calidez y afectividad incluso para el agresor (Gerber 1995; Walker, 1978).

Las actitudes y las creencias tradicionales respecto a los roles de género son percibidos como una organización de la sociedad e influyen en las percepciones de los individuos (O'Neil y Nadeau, 1999) y mantienen y justifican la desigualdad entre hombres y mujeres, de ahí que faciliten el uso de la violencia en las relaciones de pareja (Carr y VanDeusen, 2002; Forbes et al., 2006; Harnishfeger, 1998; Jenkins y Aube, 2002; Klevens, 2007).

A este respecto, el estudio de Ray (1999), informa que los roles de género tienen un peso determinante a la hora de predecir la perpetración de la agresión física y psicológica tanto en hombres como en mujeres. Fitzpatrick et al. (2004), llevaron a cabo un estudio con 250 estudiantes sobre la relación entre los roles de género y la agresión en hombres y mujeres. Como conclusión, señalaron que los hombres que mantenían actitudes más igualitarias tenían una probabilidad menor de mantener relaciones con agresiones psicológicas y físicas, tanto en el papel de víctima como en el papel de

agresor. Por otro lado, las mujeres con actitudes más igualitarias eran más propensas a informar de sus relaciones agresivas. Similarmente, Alexander et al. (1991), encontraron que las mujeres universitarias con actitudes menos favorables hacia los roles de género informaban de más agresiones verbales y físicas en sus relaciones de noviazgo, que las mujeres con puntos de vista más conservadores. Por el contrario, las actitudes de los hombres hacia las mujeres no estaban relacionadas ni con la victimización ni con la perpetración de la agresión verbal y física.

En esta línea, Franchina, Eisler y Moore (2001), enfatizaron que los hombres universitarios con un rol de género rígido presentan niveles más altos de agresiones verbales y físicas. También, Bernard, Bernard y Bernard (1985), encuentran que los hombres más agresivos presentan puntuaciones elevadas en los estereotipos de género. Además, los varones que inician episodios agresivos en contra de sus parejas atribuyen consecuencias positivas a sus actos (Rigg y Caulfield, 1997).

La dirección de los resultados comentados se ha visto confirmada por los datos obtenidos en estudios realizados en nuestro país. Este es el caso de la investigación llevada a cabo por Yanes y González (2000), en la que los varones con actitudes más tradicionales sobre el papel de las mujeres, atribuyen más responsabilidad a ellas sobre la violencia. En el estudio de Díaz-Aguado y Martínez Arias (2001), encuentran en los varones adolescentes puntuaciones altas en las creencias sexistas y actitudes que justifican la violencia, sin embargo, las adolescentes puntúan más alto en las creencias contrarias al sexismo. Este estudio coincide en que la percepción y evaluación de la agresión puede ser diferente para chicos y chicas en relación a los roles y estereotipos de género. Estos resultados estarían en consonancia con los esquemas de género que los varones aprenden prioritariamente en la infancia y adolescencia y que juegan un rol importante en la predisposición a la violencia.

En lo que a la agresión sexual se refiere, los resultados del estudio de Muehlenhard y Linton (1987), muestran que la aceptación tradicional de los roles de género así como el uso excesivo de alcohol y drogas son factores constituyen factores de riesgo. Spence et al. (1991), encuentran que los estereotipos que se denominan agencia-instrumentalidad contribuyen a las agresiones sexuales en los hombres. De forma similar,

los datos mostraron que los hombres quienes mantienen estereotipos de género rígidos tienen una probabilidad más alta de cometer violaciones (Check y Malamuth, 1983; Koss, Leonard, Beazley y Oros, 1985).

Un aspecto identificativo en los estudios de la violencia doméstica es la presencia de creencias equivocadas sobre los roles sexuales (ej., *“muchas mujeres provocan deliberadamente a sus maridos y por eso pierden el control”*, *“cuando un hombre pega a una mujer, ella ya sabrá por qué”*) y las ideas distorsionadas sobre el uso de la violencia como medida eficaz para resolver los problemas (ej., *“las bofetadas son a veces necesarias”*, *“los malos tratos no producen un daño psicológico”*, *“no es un delito que un hombre pegue a una mujer”*) (Sarausa y Zubizarreta, 2000).

En el estudio de Dye y Eckhardt (2000), evaluaron dos constructos cognitivos que pueden ser relevantes en las investigaciones que tratan de determinar las características cognitivas de los agresores en las relaciones de noviazgo. Estos dos conceptos son las creencias irracionales, procedentes de la teoría de Ellis y las distorsiones cognitivas de Beck pero los resultados no muestran ninguna relación entre las distorsiones cognitivas y la violencia en el noviazgo. Los autores consideran que existen limitaciones en el estudio, como son los instrumentos de evaluación utilizados o el tipo de agresión analizada, por lo que antes de rechazar las distorsiones cognitivas como posible factor etiológico, se necesitan estudios más rigurosos que lo confirmen. Tal es el caso del estudio de Eckhardt y Jamison (2002), que utilizaron como método de evaluación situaciones simuladas (Articulated Thoughts in Simulated Situations; ATSS) de forma que, en el laboratorio, se llevaba a cabo la emisión de tres escenarios sucesivos (un escenario de control que era siempre presentado el primero y dos escenarios que inducían ira). Los participantes tenían que imaginarse que se encontraban en estas situaciones con sus parejas e inmediatamente después sonaba una alarma como señal para expresar los sentimientos y pensamientos de los respectivos escenarios. Los datos señalaron que los hombres agresivos presentaban creencias irracionales y sesgos cognitivos, especialmente inferencias arbitrarias, en comparación con los hombres noagresivos. Los autores señalan que estos mismos resultados aparecen en los estudios de violencia marital (Eckhardt y Dye, 2000), concluyendo que las distorsiones cognitivas constituyen un factor importante para discriminar a los hombres agresivos de los noagresivos.

Finalmente, es preciso hacer referencia a otros estudios en los que no se ha visto confirmado el peso determinante de este factor en la etiología de la violencia en las relaciones de noviazgo.

Específicamente, en el estudio de Bookwala et al. (1992) y en el Rosenbaum (1986), los roles tradicionales estaban relacionados negativamente con la violencia en el noviazgo. Así, Bookwala et al. (1992), señalaron que los varones con menos actitudes tradicionales en los roles de género se mostraban más agresivos. Sin embargo, las mujeres que mantenían creencias tradicionales tenían una mayor probabilidad de mostrarse agresivas hacia sus parejas. A este respecto, una posible explicación, sería que solo un subgrupo de hombres violentos en las relaciones de pareja mantendrían unas actitudes conservadoras en los roles de género (Gortner et al., 1997; Holtzworth-Munroe et al., 1997). Así, Parrott y Zeichner (2003), en una muestra de 375 hombres entre los 17 y los 29, encontraron un subgrupo de hombres con actitudes negativas hacia las mujeres con una alta tendencia a agredir físicamente a sus parejas femeninas y correlacionaba con niveles altos de ira.

En relación a la importancia y seriedad de los episodios agresivos, en el estudio cualitativo de Hird (2000), tanto los varones como las mujeres estudiantes de secundaria reconocían que era peor el hecho de que los varones golpearan a las mujeres ya que estos tenían más fuerza. En esta línea, Harris y Knight-Bohnhoff (1996), presentaron un estudio para comprobar cómo el sexo interaccionaba con la evaluación de la agresión. Para ello utilizaron cuatro escenarios donde se manipulaba el sexo del agresor y el de la víctima y posteriormente se medía la evaluación del incidente agresivo. Los resultados que encontraron fueron que la agresión de un hombre era considerada peor que la ejercida por una mujer. Sin embargo, respondieron que tanto la agresión de un hombre como la de una mujer eran igualmente serios. También, Harris y Cook (1994), encontraron que las chicas de un colegio consideraban el maltrato hacia la esposa como un incidente más serio y más violento que los chicos. Y las agresiones por parte del hombre eran evaluadas más negativamente y percibidas más dañina (Harris, 1995).

En resumen, las diferencias sexuales han sido tradicionalmente atribuidas a la interacción entre los factores biológicos y los procesos de socialización de los roles

sexuales. En general, estas actitudes y creencias tradicionales de los roles de género mantienen una percepción más favorable hacia la violencia en las relaciones de noviazgo (Davis y Liddell, 2002; Wade y Brittan-Powell, 2001). De ahí, que para conseguir actitudes más objetivas que favorezcan las relaciones igualitarias, hay que alejarse de los estereotipos y convencionalismos impuestos por la sociedad. Así, los roles de género en las relaciones de pareja han sido identificados como un elemento imprescindible en los programas preventivos (Foshee y Langwich, 2004; Wekerle y Wolfe, 1999).

Tabla 3.3. Resumen de factores de riesgo clínicos

FACTOR	ESTUDIOS ETIOLÓGICOS	EVIDENCIA EMPÍRICA
1. Alcohol y drogas	Eurobarómetro, 1999	El 96% de los ciudadanos de la Unión Europea consideran que el alcoholismo es una de las causas de la violencia doméstica.
	Brodbelt, 1983; Laner, 1983; Matthews, 1984	El consumo de alcohol no es determinante en la violencia en el noviazgo.
	Makepeace, 1981	Uno de cada tres episodios agresivos se produce por el consumo del alcohol.
	Follingstad et al., 1999; Hyman, 1999; Howard y Wang, 2003; O'Keefe, 1997; O'Sullivan et al., 1998; Swart et al., 2002	El consumo de alcohol y otras drogas tienen especial relevancia a la hora de determinar la violencia en jóvenes y adolescentes.
	Magdol et al., 1998	El 72% de hombres agresivos presentaban un policonsumo de drogas.
	Howard y Boekeloo, 2003	El tener amigos que beben alcohol correlaciona positivamente con la violencia en el noviazgo.
	Molidor y Tolman, 1998	Con respecto al consumo de alcohol, los hombres presentan mayor probabilidad de implicarse en conductas agresivas respecto las mujeres.
	Stets y Herderson, 1991	Analizan el consumo de alcohol mediante dos medidas: 1) evaluación general de alcohol y 2) evaluación tres horas antes del episodio agresivo. De forma que el consumo tres horas antes del incidente tenía una especial relevancia a la hora de perpetrar o de ser víctima de la agresión física y verbal.

FACTOR	ESTUDIOS ETIOLÓGICOS	EVIDENCIA EMPÍRICA
2. La Ira	Shook et al., 2000	Las agresiones verbales tenían mayor probabilidad de darse tres horas antes o después del episodio agresivo. En los hombres, un patrón desadaptativo en el consumo de alcohol se relacionaba con la agresión física. En las mujeres, beber alcohol tres horas antes presentaban mayor probabilidad de agredir físicamente.
	Field et al., 2004	El alcohol no explica en su totalidad la presencia de conductas agresivas. Sin embargo, las expectativas sobre la agresión después de ingerir alcohol se configura como un factor de influencia mucha más prioritario.
	Muehlenhard y Lintorn, 1987	La aceptación de los roles de género y el uso excesivo de alcohol y drogas como factores de riesgo en la violencia en el noviazgo.
	Chase et al., 2002	Señalaron que la violencia en las relaciones de noviazgo no dependía de un único factor etiológico, sino que es un factor complejo y causado por la interdependencia de variables implicadas en función del sexo. Los hombres que tenían más probabilidad de agredir a sus parejas eran los que se iniciaban en el consumo de drogas a edades muy tempranas y presentaban un consumo habitual de marihuana, además informaban de episodios agresivos con sus anteriores parejas. Las mujeres percibían a sus padres menos comprometidos (ausencia en la búsqueda de una solución conjunta), y mostraban una menor supervisión de las reglas específicas en la educación.
	Barnett et al., 1991; Beasley y Stoltenberg 1992; Echeburúa y Corral, 1998; Maiuro et al., 1988; Margolin et al., 1988; Leonard y Senchak, 1996	Las conductas agresivas son elicitadas por la ira (violencia en las parejas casadas).
	Buss y Perry, 1992; Dye y Eckhardt, 2000; Grogan, 1991; Henton et al., 1983; Lafontaine y Lussier, 2005; Lundeberg et al., 2004; Watson et al., 2005	La ira es un potente precursor emocional de la violencia en el noviazgo.

FACTOR	ESTUDIOS ETIOLÓGICOS	EVIDENCIA EMPÍRICA
	<p>Dye y Eckhardt, 2000</p> <p>Follingstad et al., 1999</p> <p>Lundeberg et al., 2004</p> <p>Lafontaine y Lussier, 2005</p> <p>Parrott y Zeichner, 2003</p> <p>Crockenberg y Langrock, 2001</p> <p>Watson, 2005</p> <p>Malamuth et al., 1991</p> <p>Wolf y Foshee, 2003</p> <p>Wolfe et al., 1998</p>	<p>Los estudiantes que manifestaron al menos un acto de agresión física presentaban una alta tendencia a mostrar ira y menos habilidad para controlarla.</p> <p>El abuso de alcohol y la dificultad para controlar la ira diferenciaba a hombres y mujeres agresivos de los no agresivos.</p> <p>El mejor predictor para diferenciar a los tres grupos de hombres universitarios: (1) no agresivos; (2) agresivos psicológicamente y, (3) agresivos físicamente, era la ira.</p> <p>La expresión de la ira explicaba la asociación entre la agresión física y el apego inseguro hacia los padres.</p> <p>La ira como rasgo modera la relación entre la hostilidad hacia las mujeres y las actitudes sexuales rígidas en hombres universitarios.</p> <p>Familias con alto nivel de ira tenían más probabilidad de desarrollar la externalización de las emociones y agredir a los amigos o en las relaciones de pareja.</p> <p>La ira, los celos y la violencia interpersonal correlacionaban con una mayor probabilidad de que el joven se inicie en la violencia en las relaciones de noviazgo.</p> <p>La agresión sexual es función de la interrelación entre la hostilidad masculina y la promiscuidad.</p> <p>La exposición y el testimonio de la violencia familiar están asociados positivamente con la expresión directa e indirecta de la ira tanto en hombre como en mujeres.</p> <p>La hostilidad media la asociación entre el maltrato en la infancia y la violencia en el noviazgo.</p>

FACTOR	ESTUDIOS ETIOLÓGICOS	EVIDENCIA EMPÍRICA
3. Iniciación temprana a las agresiones a) Agresiones en contextos generales	Bookwala et al., 1992 Rigg y O'Leary, 1996 Brendgen et al., 2001 Noland et al., 2004 Howard et al., 2005 O'Keefe, 1997, 1998	La relación entre las agresiones en contextos generales y la violencia en el noviazgo en los varones adolescentes. Importancia de la relación entre la violencia en el grupo de iguales y la violencia en el noviazgo. La agresión proactiva predice la delincuencia, mientras la agresión reactiva la violencia en el noviazgo en adolescentes varones. La violencia entre los hermanos es un potente factor de riesgo respecto a la violencia en parejas jóvenes. La temprana aparición de conductas agresivas, como llevar armas o involucrarse en peleas, predicen la victimización de hombres y mujeres. La exposición a comportamientos agresivos en la escuela y en la sociedad son predictores de la violencia en las relaciones de pareja en adolescentes (como víctimas o como perpetradores).
b) Agresiones en las relaciones de pareja pasadas	Bookwala et al., 1992; Cano et al., 1998; O'Keefe, 1997; Rigg y O'Leary, 1996 Makepeace, 1986; Mihalic et al., 1994; Roscoe y Benaske, 1985 Chase et al., 1998 Howard y Wang, 2005 Fernández y Fuertes, 2005	Los adolescentes y jóvenes que utilizan las agresiones como forma de resolver los conflictos en relaciones anteriores, aumentan la probabilidad de utilizar las agresiones en parejas recientes o futuras. Los hombres que han agredido a sus parejas anteriores tienen más probabilidad de agredir en un futuro a una nueva pareja. Los hombres adolescentes que han agredido a sus parejas también agredían a sus parejas recientes, pero no estaba asociada con la agresión en el grupo de iguales. Esta relación no se establece en las mujeres adolescentes, de forma que las mujeres que agredían a sus parejas en el pasado no se asociaban con la agresión en sus recientes parejas y en su grupo de iguales. Las víctimas de agresión física en las relaciones de noviazgo se vincula de forma directa con ser víctima de agresiones sexuales. Ser víctima de violencia es un potente factor de riesgo para perpetrar agresiones sexuales tanto en los hombres como en las mujeres.

FACTOR	ESTUDIOS ETIOLÓGICOS	EVIDENCIA EMPÍRICA
	González y Santana, 2001b	Los factores de riesgo que mejor predecían la violencia en los varones consistían en tener una pareja que respondiera agresivamente ante los conflictos, no desear que sus novias defendieran sus propias opiniones y considerar que los conflictos de sus padres se debían a sus caracteres. Por otro lado, los factores que predicen la violencia en las mujeres son la violencia del novio, la separación de sus padres y a la importancia del atractivo físico de la pareja.
4. Trastorno emocional: depresión	Foshee et al., 2004 Magdol et al., 1998 Hyman, 1999	El inicio y el mantenimiento de la victimización de la agresión sexual suele estar precedido por sintomatología depresiva. En los adolescentes varones agresivos, existe una baja autoestima, sintomatología depresiva y el trastorno de personalidad antisocial. Las mujeres adolescentes agresivas se caracterizan por presentar sintomatología depresiva y una baja autoestima.
5. Variables de la personalidad Autoestima	Cascardi y O'Leary, 1992 Magdol et al., 1998; O'Keefe, 1998 Burke et al., 1989; Follingstad et al., 1999 Aguilar y Nightingale, 1994 Williamson y Silverman, 2001	La frecuencia y la severidad de la violencia en las relaciones de pareja están vinculadas a la baja autoestima de los maltratadores. Los adolescentes varones agresivos se caracterizaban por tener una baja autoestima. La autoestima constituye una variable inconsistente en los estudios de la violencia en el noviazgo. Las mujeres adolescentes víctimas de violencia presentan una menor autoestima. La ausencia de empatía, tener amigos que abusan de sus parejas y adquirir sus propias actitudes, son causas directas de la agresión física.
Control Interpersonal	Corsi y Ferreira, 1998; Jasinski y Williams, 1998; Lorente, 2001; Stets, 1988 Hockenberry y Billingham, 1993; Stets, 1991	El control interpersonal está fuertemente relacionado con la violencia en las parejas casadas. El deseo de controlar a la pareja correlaciona positivamente con agredir o sufrir violencia en las relaciones de noviazgo.

FACTOR	ESTUDIOS ETIOLÓGICOS	EVIDENCIA EMPÍRICA
	<p>Grasley, 2002; Isaia, 2005</p> <p>Katz et al., 2002</p> <p>Burke et al., 1989</p> <p>Follingstad et al., 1999, 2002</p>	<p>Los jóvenes agresivos presentaban un significativo deseo de control interpersonal en las relaciones de pareja.</p> <p>El control interpersonal es una variable que se relaciona en el estudio de la violencia en el noviazgo solo en los varones universitarios.</p> <p>El control interpersonal incrementa el riesgo de la coerción sexual.</p> <p>La variable control distinguía a parejas que utilizaban la agresión física (gravedad y frecuencia). Destacando su importancia en los programas preventivos.</p>
Celos	<p>Bookwala et al., 1992; Fernández-Montalvo y Echeburúa, 1997, 2001; Follingstad et al., 1999; O'Keefe, 1998; Lavoie et al., 2000; Makepeace, 1981</p> <p>O'Keefe, 1998</p> <p>O'Keefe, 1997</p> <p>Bookwala et al., 1992</p> <p>Follingstad et al., 1999</p> <p>Cascardi et al., 1997</p>	<p>Los celos incrementan el riesgo de la violencia tanto en parejas jóvenes como en casadas.</p> <p>En función del sexo, los varones determinan que los celos son una de las razones para agredir.</p> <p>Los celos, la ira y la venganza predecían las conductas agresivas en los adolescentes.</p> <p>En función del sexo, las mujeres muestran una relación entre los celos y el comportamiento agresivo.</p> <p>La falta de control en la ira, los celos y repetidos intentos de control sobre la pareja incrementaba el riesgo de agredir.</p> <p>El comportamiento controlador y los celos predicen las agresiones físicas.</p>
6. Actitudes y creencias que justifican o aceptan la violencia	<p>Archer y Graham-Kevan, 2003; Byers y Eno, 1991; Foo y Margolin, 1995; Foshee et al., 2000; Riggs y O'Leary, 1996; Schwartz et al., 1997; Silverman y Williamson, 1997; Tontodonato y Crew, 1992</p>	<p>Las actitudes y creencias normativas y las actitudes favorables a la violencia han sido relacionadas como predictores de la violencia posterior.</p>

FACTOR	ESTUDIOS ETIOLÓGICOS	EVIDENCIA EMPÍRICA
	<p>Bookwala et al., 1992; Cascardi et al., 1999; Riggs y O'Leary, 1996</p> <p>Carlson, 1987; Steets y Pirog-Good, 1987</p> <p>Swart et al., 2002</p> <p>Foo y Margolin, 1995</p> <p>Foshee et al., 2001</p> <p>Kinsfogel y Crych, 2004</p> <p>Bookwala et al., 1992; O'Keefe, 1998; Kinsfogel y Crych, 2004; Tontodonato y Crew, 1992</p> <p>Archer y Parker, 1994; Arias y O'Leary, 1988; Bookwala et al., 1992; Cano et al., 1998; Cate et al., 1982; Chase et al., 1998; Henton et al., 1983; Jenson y Gutek, 1982; Keltikangas et al., 1997; Pakaslati y Keltinkangas 1997</p> <p>O'Keefe, 1998</p>	<p>El efecto de las actitudes que aceptan y justifican la violencia es pequeño o moderado, en cuanto a predecir el comportamiento agresivo.</p> <p>Las actitudes y creencias normativas y las actitudes favorables a la violencia no han sido relacionadas como predictores.</p> <p>Los estudiantes de secundaria, en mayor proporción los varones, que utilizaban las agresiones físicas mantenían la creencia de que las agresiones físicas forman parte de las relaciones de noviazgo y son una forma de demostrar amor hacia la pareja.</p> <p>Diferenciaron dos situaciones: situaciones auto-defensivas y situaciones justificables. Las primeras, no se consideraban por los adolescentes situaciones agresivas y eran justificables. Las situaciones humillantes también se consideran justificables, sin embargo, se caracterizaban como episodios agresivos en el noviazgo.</p> <p>Tener amigos que han sido víctimas en sus relaciones de pareja y consumir alcohol incrementan la probabilidad de que las mujeres adolescentes lleguen a agredir a sus novios. Las actitudes que aceptan la violencia incrementan el riesgo de agredir en los varones adolescentes.</p> <p>El testimonio de la violencia en las familias de origen predice las actitudes favorables hacia la violencia en adolescentes varones entre los 14 y 20 años.</p> <p>El testimonio de la violencia en las familias de origen no predice las actitudes favorables hacia la violencia en las mujeres adolescentes.</p> <p>El valor predictivo de las actitudes y creencias que aceptan la violencia es diferente en función del sexo.</p> <p>La violencia aumenta en intensidad y frecuencia cuando los adolescentes perciben que la violencia es justificable en la resolución de problemas.</p>

FACTOR	ESTUDIOS ETIOLÓGICOS	EVIDENCIA EMPÍRICA
7. Actitudes y creencias tradicionales de los roles de género	Briere, 1987; Carr y VanDeusen, 2002; Davis y Liddell, 2002; Fitzpatrick et al., 2004; Harnishfeger, 1998; Jenkins y Aube, 2002; Klevens, 2007; Ray, 1999; Sigelman et al., 1984; Smith, 1990; Sugarman y Hotaling, 1989; Wade et al., 2001	Los roles de género tradicionales correlacionan positivamente con la violencia en las relaciones de noviazgo.
	Briere, 1987; Check y Malamuth, 1983; Fitzpatrick et al., 2004; Franchina et al., 2001; Koss et al., 1985; Parrott y Zeichner, 2003; Smith, 1990; Sugarman y Hotaling, 1989; Thompson, 1991	Estrecha relación entre los roles de género y la violencia en las relaciones de noviazgo en varones adolescentes.
	Alexander et al., 1991; Fitzpatrick et al., 2004	Las actitudes más igualitarias, en cuanto a los roles de género contribuyen a informar de la situación de malos tratos en mujeres adolescentes.
	Jenkins y Aubé, 2002; Ray, 1999	El rol de género juega un papel importante en los hombres y en las mujeres para predecir los comportamientos agresivos de ambos sexos.
	Bookwala et al., 1992	Los varones con menos actitudes tradicionales en los roles de género se muestran más agresivos.
	Watson, 2005	Los roles tradicionales de género están negativamente relacionados a la violencia en el noviazgo.
	Gerber, 1995	El desequilibrio de poder entre los hombres y las mujeres juega un papel fundamental en los estereotipos de género que mantienen y perpetúan la violencia del hombre hacia la mujer.
	Yanes y González, 2000	Los varones con actitudes más tradicionales sobre el papel de las mujeres, atribuyen más responsabilidad a las mujeres sobre la violencia.
	Díaz-Aguado y Martínez Arias, 2001	Se da una mayor frecuencia en las creencias sexistas y actitudes que justifican la violencia en los varones adolescentes. Este resultado estaría en consonancia con los esquemas de género que los varones aprenden prioritariamente en la infancia y adolescencia.

FACTOR	ESTUDIOS ETIOLÓGICOS	EVIDENCIA EMPÍRICA
	Harris, 1995; Harris y Cook, 1994; Hird, 2000	Las evaluaciones del incidente agresivo, en cuanto a la importancia y seriedad, difieren en función del sexo de los participantes.
	Dye y Eckhardt, 2002	Los varones agresivos presentan creencias irracionales y sesgos cognitivos, en comparación de varones no agresivos.

3.4. Factores interpersonales y contextuales

Los factores interpersonales y contextuales hacen referencia, básicamente, a una compleja interacción entre las características intrínsecas de los individuos y las influencias provenientes de diversos grupos sociales.

Como variables interpersonales y/o contextuales se han considerado la ausencia de habilidades de resolución de problemas (Riggs et al., 1990; Rusbult, Johnson y Morrow, 1986), el deterioro de las habilidades de comunicación (Follette y Alexander, 1992; Follingstad et al., 1999), la influencia del grupo de iguales (Arriaga y Foshee, 2004) y el déficit de satisfacción en la relación (Bookwala et al., 1994).

3.4.1. Déficit de habilidades de comunicación y de solución de problemas

Desde la perspectiva de las relaciones interpersonales, los agresores tienden a presentar unas habilidades de comunicación muy pobres y una baja tolerancia a la frustración, así como estrategias inadecuadas para solucionar los problemas (Sarasua y Zubizarreta, 2000).

El peso determinante del déficit de habilidades de comunicación se ha visto confirmada en el estudio realizado por Follette y Alexander (1992), de tal forma que, los varones jóvenes que iniciaban episodios agresivos contra sus parejas exhibían pobres habilidades comunicativas tales como la incapacidad de expresar sentimientos y emociones, en comparación con un grupo de hombres no agresivos. De forma genérica,

Corsi (1991) describe el aislamiento emocional de los agresores como “*un tipo de aislamiento emocional, vinculado con lo afectivo*”. Similarmente, Echeburúa y Corral (1998) establecen que los hombres violentos presentan una dificultad para entablar relaciones de intimidad o de amistad caracterizándoles de “*analfabetismo emocional*”.

La ausencia de habilidades para resolver los problemas ha sido otro de los aspectos relevantes en los estudios de la violencia en parejas casadas (Babcock, Waltz, Jacobson y Gottman, 1993). Estos datos se han confirmado en el caso de estudios realizados con población adolescente, como es el caso del presentado por Makepeace (1986), en el que encontró que el déficit en la solución de problemas podría configurarse como un potente factor de riesgo respecto a la perpetración de agresiones físicas (Roscoe y Benaske, 1985). Así, se admite la idea de que la violencia es una forma de resolver los conflictos con la pareja, en mayor medida en estudiantes varones (Watson, 2005). Similarmente, Ray (1999), en una muestra de 170 estudiantes de universidad, avaló la relación entre el déficit en solución de problemas y las agresiones físicas, pero matizó que esta relación solo era válida para los hombres, mientras que las características específicas de las relaciones familiares, específicamente, la historia de la violencia familiar predecía la violencia en las mujeres. De la misma forma, otros autores han apoyado la importancia de la resolución de conflictos como una habilidad que media entre la violencia en la familia de origen y la violencia en el noviazgo (Lewis y Fremouw, 2001).

3.4.2. Influencia del grupo de iguales

La interacción con el grupo de iguales se ha utilizado repetidamente como variable explicativa del comportamiento juvenil en muchos estudios tanto de carácter social como psicológico, señalando la influencia determinante de los iguales en la conducta del adolescente.

En este sentido, de acuerdo a las teorías de la adolescencia, la tarea fundamental consiste en ir construyendo y adquiriendo, a medida que se va enfrentando a sucesivas etapas en las que ha de asumir determinadas tareas psicosociales, una identidad individual e independiente de los padres y a fomentar estrechos lazos de unión con los

amigos. Así, el grupo de iguales constituye uno de los determinantes fundamentales en el desarrollo de la adolescencia, creando normas de conducta que se mantienen y proporcionando información directa e indirecta sobre los comportamientos adecuados en ciertas circunstancias distintas a las del hogar.

En este sentido, Connolly, Furman y Conakry (2000) han analizado el desarrollo de las relaciones de pareja, a partir de la red de amistades del adolescente y han constatado una importante relación entre la calidad y el apoyo que el adolescente percibe en las relaciones con sus amigos y la calidad y el apoyo que percibe en su relación de pareja. En el grupo de amigos se desarrollan habilidades sociales que luego se transfieren a las relaciones de pareja.

Centrándonos en la violencia en el noviazgo, son pocos los estudios dirigidos a determinar la dirección de la relación existente entre la violencia en el noviazgo y el grupo de iguales (Arriaga y Foshee, 2004). En este punto, las tres variables relacionadas que con mayor frecuencia se han asociado con la violencia por parte de los adolescentes son: (a) la asociación con compañeros violentos; (b) la identificación con grupos y, (c) las variables moduladoras.

A continuación se exponen aquellas variables relacionadas con el grupo de iguales que con mayor frecuencia se han relacionado con la violencia en el noviazgo por parte de los adolescentes y jóvenes (Tabla 3.4).

(a) Asociación con compañeros violentos

En esta área de investigación, Helland (1998) confirmó el grado en que los adolescentes de institutos se relacionaban con iguales que utilizaban la violencia como forma de resolver los problemas como factor que mejor predecía tanto el ser perpetrador como el ser víctima de la agresión física. En este sentido, Capaldi et al. (2001), en un estudio longitudinal con hombres de 17 a 18 años, determinaron que una actitud hostil hacia las mujeres y el grupo de amigos predecía la perpetración de la violencia en jóvenes adultos entre los 20 y los 23 años. Al igual que ocurría en el caso anterior, también se han encontrado altas correlaciones entre la violencia en las relaciones de

noviazgo y ciertas variables relacionadas con las conductas delictivas de los amigos o la identificación con grupos no convencionales. Así, observaron que entre las variables correspondientes al grupo de iguales, las que mejor se relacionaron con la violencia fueron las interacciones negativas y los comportamientos controladores de éstos (Connolly et al., 2000; Connolly y Goldberg, 1999; Furman, Simon, Shaffer y Bouche, 2002). También, Williams (2007) identificó entre los factores de riesgo la violencia del grupo de iguales.

(b) Identificación con grupos

Estudios como el Connolly, Pepler, Craig y Taradash (2000) confirmaron que tanto los hombres como las mujeres que se identificaban con el agresor en la escuela mostraban una mayor probabilidad a usar la agresión física en sus relaciones de noviazgo. Autores como Howard y Boekeloo (2003), encontraron que tener amigos que bebían alcohol correlacionaba positivamente con la violencia en el noviazgo.

De forma específica, uno de los estudios dirigidos a determinar la relación existente entre ser víctima de violencia y la influencia del grupo de iguales es el estudio longitudinal de Foshee et al. (2004), donde examinaron los factores de riesgo en la victimización de la agresión física grave y sexual. Mostraron que tener amigos que habían sido víctimas de violencia predecía la violencia en el noviazgo y que los adolescentes sufrían violencia después de tener amigos envueltos en estas relaciones, no antes, una importante distinción que en otros estudios no se puede comprobar (Gwartney-Gibbs, Stockard y Bohmer, 1987).

(c) Variables moduladoras

En este apartado, se hace referencia a la variable violencia en el ámbito familiar que viene siendo citada por los autores como importante factor que puede modular la influencia del grupo de iguales.

Algunos estudios otorgan un peso determinante a la crianza de los niños en familias con alto nivel de conflicto como factor de riesgo importante en el desarrollo

psicosocial de los adolescentes. Autores como Kinsfogel y Grych (2004) señalaron que la discordia y el conflicto parental tenían consecuencias especialmente negativas en cuanto a la socialización de los hijos, al impulsar a éstos a buscar modelos extrafamiliares que podrían estar cercanos a la violencia y a la emisión de conductas antisociales. Así, señalaron, que los chicos y chicas de 14 a 18 años que provenían de hogares conflictivos señalaban que sus amigos interaccionaban con altos niveles de agresión verbal y física en sus relaciones de pareja, respecto a adolescentes que provenían de hogares estables y no conflictivos. Similarmente, Levandosky, Huth-Bocks y Semel (2002), mostraron que en los adolescentes, que provenían de familias violentas, el grupo de amigos predecía la violencia en las relaciones de pareja entre los 14 y los 16 años, respecto a adolescentes de familias no violentas. También, estudios como el de Williamson y Silverman (1997, 2001) confirmaron, el vínculo entre el ser testigo de la violencia en la infancia y la relación con iguales que mantenían relaciones violentas con sus respectivas parejas. Por su parte, Arriaga y Foshee (2004), también encontraron que la violencia en la familia de origen y la violencia en las relaciones de pareja de los amigos tenían una relación perjudicial en la calidad de las relaciones de parejas más relevante y determinante este último factor para las adolescentes mujeres (Arriaga y Foshee, 2004).

De esta forma, Kinsfogel y Grych (2004) integraron un modelo mediacional compuesto por: (a) factores cognitivos (ej., actitudes de la agresión); (b) factores emocionales (la ira) y, (c) el apoyo de los iguales como mediadores entre la violencia en la familia de origen y las agresiones en el noviazgo. Este modelo solo era válido para los varones adolescentes donde la exposición a la violencia en las familias de origen era el mejor predictor en la violencia en el noviazgo (Damaris, 1987; Foo y Margolin, 1995; Gwartney-Gibbs, Tockard y Bohmer, 1987).

A la hora de especificar las implicaciones específicas, es necesario considerar que el grupo de iguales es uno de los determinantes fundamentales del desarrollo del adolescente y por ello puede considerarse un factor de protección para la violencia en las relaciones de noviazgo y moderar el efecto de la violencia en las familias de origen. Específicamente, en el estudio de Lackey y Williams (1995) los hombres que provenían de hogares violentos y presentaban un fuerte apoyo social presentaban una menor probabilidad de perpetrar violencia, respecto de los hombres con similares historias de

violencia y escaso apoyo social. Similarmente, en el estudio longitudinal de Linder y Collins (2005), los adolescentes de 16 años que informaban de un profundo vínculo afectivo positivo con el grupo de amigos presentaban una menor probabilidad de que a los 21 años de edad mantuvieran relaciones violentas, ya sea como perpetrador o como víctima.

De cualquier forma, la influencia del grupo de iguales debe considerarse como un factor de riesgo y de protección psicosocial que está implicada en la violencia en el noviazgo. Así, este mismo factor situado en un extremo de la escala puede reflejar un alto riesgo para la violencia mientras que, en el otro extremo, puede señalar una alta protección contra el mismo y ser incluido en la elaboración de programas preventivos (Leff, 2004).

3.4.3. Satisfacción en la relación de pareja

Los estudios en esta área parten del supuesto de que las parejas violentas manifiestan menos satisfacción (Bookwala et al., 1994) y el descenso de la atracción entre los miembros de la pareja (Arias et al., 1987). Sin embargo, es necesario considerar si el descenso en la satisfacción es un precipitante o es una consecuencia de estas relaciones.

En este sentido, Ronfeldt et al. (1998), enfatizaron que la satisfacción en las relaciones juega un importante papel en la determinación de agresiones psicológicas y físicas, de tal forma que, bajos niveles de satisfacción en las relaciones incrementan la probabilidad de cometer agresiones psicológicas, pudiendo escalar en agresiones físicas. Similarmente, Dye y Eckhardt (2000), advirtieron que los estudiantes universitarios agresivos presentan menos satisfacción en sus relaciones de pareja. También, los hombres que esperaban un rechazo por parte de sus parejas incrementaban el riesgo de ejercer agresiones (Downey et al., 2000). En esta línea, Hettrich y O'Leary (2005), informaron que la satisfacción en la relación era baja en aquellas parejas donde está presente la agresión física. Donowey, Freitas, Michaelis y Khouri (1998), comprobaron que las expectativas respecto a las relaciones de pareja podían influir en su dinámica, de forma que las personas que temían el fracaso de sus relaciones, tendían a propiciar los

conflictos a través de su comportamiento. También, de forma específica en un estudio longitudinal, las parejas con menos satisfacción tenían más probabilidad de ser agresivas y prolongar la relación en el tiempo (Williams, 2007).

Tabla 3.4. Resumen de factores de riesgo interpersonales y contextuales

FACTOR	ESTUDIOS ETIOLÓGICOS	EVIDENCIA EMPÍRICA
1. Déficit de habilidades de comunicación y de solución de problemas	<p>Babcock et al., 1993; Corsi, 1991; Domen, 1995; Echeburúa y Corral, 1998; Sarasua y Zubizarreta, 2000</p> <p>Follete y Alexander, 1992</p> <p>Makepeace, 1986; Roscoe y Benaske, 1985</p> <p>Watson, 2005</p> <p>Lewis y Fremouw, 2001</p> <p>Follingstad et al., 1999</p> <p>Makepeace, 1983</p>	<p>El déficit en las habilidades de comunicación y de solución de problemas correlacionan positivamente con la violencia en las relaciones de pareja casadas.</p> <p>La iniciación de episodios agresivos suele ir precedida con déficit en habilidades comunicativas en los varones jóvenes.</p> <p>El déficit en solución de problemas es un factor de riesgo en la perpetración de agresiones físicas.</p> <p>La violencia es una forma de resolver los conflictos con la pareja.</p> <p>La resolución de conflictos como una habilidad mediadora entre la violencia en la familia de origen y la violencia en el noviazgo.</p> <p>El déficit en la solución de problemas no constituye una variable relevante en la violencia en el noviazgo.</p> <p>Eventos estresantes correlacionan positivamente en la perpetración y victimización, en mayor medida en los varones.</p>
2. Grupo de iguales	<p>Connolly y Goldberg, 1999; Connolly et al., 2000; Capaldi et al., 2001; Foshee et al., 2001; Furman et al., 2002; Gwartney-Gibbs et al., 1987; Helland 1998; Swart et al., 2002; Tontodonato y Crew, 1992; Williamson y Silverman, 2001</p> <p>Connolly et al., 2000</p> <p>Foshee et al., 2004</p>	<p>La violencia en las familias de origen es un factor de riesgo que modula la influencia del grupo de iguales que mantienen relaciones violentas ya sea como perpetrador o como víctima.</p> <p>Los adolescentes que agreden físicamente a sus parejas se relacionan con más frecuencia e interés a los agresores en las escuelas.</p> <p>El tener amigos que habían sufrido violencia predecía la victimización de la agresión física grave y sexual.</p>

FACTOR	ESTUDIOS ETIOLÓGICOS	EVIDENCIA EMPÍRICA
	Howard y Boekeloo, 2003	El tener amigos que beben alcohol correlaciona positivamente con la violencia en el noviazgo.
	DeKeseredy y Schwartz, 1998	La iniciación de la agresión física en los hombres suele ir precedida por la influencia del grupo de iguales.
	Foshee et al., 1996; Magdol et al., 1998; Silber, 2002	La violencia en el noviazgo está relacionada con la falta de apoyo social.
	Arriaga y Foshee, 2004; Kinsfogel y Grych, 2004; Levandosky et al., 2002; Williamson y Silverman, 1997, 2001	La influencia del grupo de iguales es determinante en la violencia en las relaciones de noviazgo.
	Kinsfogel y Grych, 2004	Determinaron un modelo mediacional para los varones adolescentes entre la violencia en la familia de origen y la violencia en el noviazgo, consistente en: (a) factores cognitivos; (b) factores emocionales y, (c) apoyo del grupo de iguales.
	Lackey y Williams, 1995; Linder y Collins, 2005	El grupo de iguales es considerado un factor de protección ya que reduce o atenúa la probabilidad de la violencia en las relaciones de noviazgo.
	Magdol et al., 1998	Menos apoyo social presentaban los varones agresores.
	Leff, 2004	La influencia del grupo de iguales se considera un factor de riesgo/protección psicosocial en los programas preventivos.
3. Satisfacción en la relación de pareja	Bookwala et al., 1994; Downey et al., 2000; Dye y Eckhardt, 2000; Hettrich y O'Leary, 2005; Ronfeldt et al., 1998	La satisfacción en la relación de pareja correlaciona positivamente con la violencia en las relaciones de pareja de jóvenes y adolescentes.

4. A MODO DE RESUMEN

Las investigaciones centradas en el estudio de los factores de riesgo/protección en la adolescencia y juventud pretenden detectar aquellas variables tanto a nivel individual como contextual que incrementan el riesgo de iniciarse en la violencia en el noviazgo, y no menos importante, determinar aquellas variables que pueden llegar a reducir o atenuar la probabilidad de iniciarse en este tipo de comportamientos.

Así, a la hora de elaborar programas preventivos, se requiere la detección de aquellos factores de riesgo que mantienen y consolidan la violencia en la población adolescente y juvenil y aquellos factores precursores en el inicio de la misma. No obstante, a pesar de los esfuerzos realizados en estas dos últimas décadas, no se cuenta con toda la información necesaria para seleccionar las variables de mayor peso a la hora de predecir la violencia.

Se necesita una mayor investigación de carácter experimental para descubrir qué factores de riesgo son causales y cuales no en la etiología de la violencia. A pesar de nuevas investigaciones que se requieren en este área de estudio, se conocen varios factores que es necesario atender a la hora de explicar el inicio de la violencia en la población más joven. Además, esta aproximación tiene que tener en cuenta las características propias de la población objeto de estudio.

Como se ha comentado anteriormente, los resultados de los estudios realizados en esta área no son todavía demasiado concluyentes, sin embargo, es posible hablar de determinadas características o factores que podrían definir, de forma genérica, aquellas personas en situación de alto riesgo y un perfil típico que pudiera aglutinar o resumir las características más relevantes y dirigir los esfuerzos en la elaboración de programas preventivos que arrojen resultados realmente positivos, es decir, que logren mantenerse a corto, medio y largo plazo.

Las variables que explicarían el inicio de la violencia y su posterior mantenimiento serían:

- (a) La pertenencia a hogares con alto nivel de conflicto (ej., historial de violencia intrafamiliar, frecuentes disputas matrimoniales, abuso en la niñez).
- (b) La existencia de modelos educativos inconsistentes respecto a las prácticas disciplinarias.
- (c) El iniciarse a una edad temprana en el consumo de alcohol y otras drogas.
- (d) La presencia de rasgos de personalidad tales como una baja autoestima, un control externo de la ira, el control interpersonal, los celos y sintomatología depresiva.
- (e) La presencia en la infancia de problemas de conducta de carácter antisocial así como la iniciación temprana en las agresiones en contextos generales y en las relaciones de pareja en particular.
- (f) Mantener actitudes permisivas o favorables hacia la violencia y minimizar los peligros que ésta puede llegar a suponer.
- (g) Actitudes que justifican y aceptan la violencia como forma de relacionarse.
- (h) La existencia de normas sociales que legitiman el uso de la violencia.
- (i) Las actitudes y creencias tradicionales de los roles o papeles de género.
- (j) La ausencia de habilidades de resolución de problemas y el deterioro en las habilidades de comunicación.
- (k) La identificación con grupos de iguales violentos.

PREVENCIÓN DE LA VIOLENCIA EN EL NOVIAZGO

1. INTRODUCCIÓN

El concepto genérico de prevención hace referencia a toda medida o actuación que tiende a reducir o a evitar la violencia y los problemas derivados de su actuación. A la hora de conceptualizar y organizar las intervenciones preventivas es necesario distinguir tres niveles de actuación en función de la etapa en que se encuentra el fenómeno que se quiere evitar y la población a la que se dirige: la prevención primaria (actuaciones implementadas antes de que se pueda identificar cualquier proceso prodromal), la prevención secundaria (intervenciones llevadas a cabo después de que se han identificado la presencia de marcadores de riesgo en la población) y la prevención terciaria (intervenciones dirigidas a detener la propagación y evaluación y sus consecuencias) (Tabla 4.1).

Tabla 4.1. Niveles de prevención y su caracterización (Costa y Morales, 1997)

	PREVENCIÓN PRIMARIA	PREVENCIÓN SECUNDARIA	PREVENCIÓN Terciaria
POBLACIÓN DIANA	Población General.	Población de Alto Riesgo.	Víctimas.
OBJETIVOS	Reducir Incidencias de nuevos casos.	Reducir la duración y gravedad (que afecta a la prevalencia).	Reducir la gravedad y las secuelas.
PROCEDIMIENTOS	1. Eliminación de factores de riesgo 2. promoción de la salud y de la competencia de la población general.	1. Detección precoz e intervención temprana 2. Potenciación de los factores de protección y reducción de los factores de riesgo en la población de alto riesgo.	1. Tratamiento de las víctimas/entorno. 2. Rehabilitación y reducción de la gravedad de las secuelas producidas en las víctimas y en su entorno.

Desde cualquier marco teórico, se ha defendido la necesidad de actuar desde la prevención primaria con el objetivo de actuar sobre la población infantil o adolescente, retrasando, y si es posible, evitando el inicio de la violencia cuando ésta todavía no se ha establecido. Desde esta perspectiva, la Ley Orgánica de Medidas de Protección Integral contra la violencia de género establece como medida prioritaria la labor preventiva y la detección precoz de la violencia en el ámbito educativo.

Desde los años 90, en el campo de la violencia se han desarrollado una serie de programas preventivos que aunque han conseguido distintos niveles de éxito, han supuesto el punto de partida para la elaboración de modelos preventivos. En este contexto, las cuatro vías de actuación para prevenir eficazmente la violencia en las relaciones de noviazgo han sido: a) enfatizar e implantar la prevención primaria; b) avanzar en las investigaciones preventivas; c) trasladar las investigaciones a programas preventivos específicos y, d) llevarlos a cabo en la población seleccionada a tal efecto (Grafunder, Noonan, Cox y Wheaton, 2004).

En este capítulo, se exponen de forma resumida aquellas teorías explicativas sobre la etiología de la violencia en el noviazgo que han servido de base a las aproximaciones preventivas que se han llevado a cabo a través de las dos últimas décadas, analizando su eficacia real, para pasar a revisar las aproximaciones preventivas, ofreciendo una visión general del panorama actual de la prevención de la violencia en las relaciones de pareja de jóvenes y adolescentes y que señalan aquellos aspectos más relevantes que deben ser considerados como base de cualquier investigación en este campo, como es el caso de la presente tesis doctoral.

2. TEORÍAS Y MODELOS EXPLICATIVOS DE LA VIOLENCIA EN EL NOVIAZGO

Como en otros campos, la prevención de la violencia en las relaciones de pareja por parte de la población adolescente se sustenta en un marco teórico que señala la dirección de las intervenciones a seguir. En el campo de la violencia se han desarrollado una serie de teorías sobre su etiología que han supuesto el punto de partida para los programas preventivos y que han servido para ir orientando con mayor precisión las

áreas más importantes y las variables más relevantes para la consecución de la mayor efectividad en los mismos.

Existen diferentes tipos de enfoques para explicar la violencia doméstica: (a) el micro-individual, que explica causalidad entre este tipo de conducta y determinados factores procedentes del entorno más próximo del individuo o de su estado físico-psicológico; (b) el macro-sociocultural que pone el énfasis en los factores de riesgo estructurales y, (c) el multidimensional o “integral” que infiere la conducta violenta como una suma de factores tanto psicológicos, estructurales y del entorno socio-cultural donde el problema se desarrolla.

A continuación, se describen las principales teorías explicativas sobre la génesis y/o mantenimiento que mayor impacto han tenido en el campo de la violencia en las relaciones de noviazgo: teoría del aprendizaje social, teoría del apego y teoría feminista. Los factores de riesgo integrados en estas teorías constituyen los aspectos más relevantes a tener en cuenta, no sólo para la comprensión y explicación del propio comportamiento violento, sino también de cara a su oportuna prevención e intervención.

a. Teoría del aprendizaje social

La Teoría del aprendizaje social (Bandura, 1973, 1977), presenta la violencia como una conducta funcional, intencional y socialmente basada en el condicionamiento clásico, el operante o el aprendizaje observacional. En esencia, esta teoría defiende que, sin menospreciar a los factores biológicos, un individuo puede aprender a ser agresivo mediante la observación o imitación de un modelo agresivo al que admira, ya sea real o simbólico (ej., padres, amigos, medios de comunicación). Bandura insiste, por tanto, en el papel de la experiencia directa del aprendizaje observacional en la adquisición, instigación y mantenimiento de la conducta agresiva y de muchas otras formas de conducta social. Es a través de estas influencias cómo se produce la transmisión de la violencia marital, los niños aprenden comportamientos agresivos a través de la observación de modelos y experiencias concretas de reforzamiento. Además, se ha señalado que los niños que crecen en una familia violenta no aprenden las estrategias adecuadas para la resolución de los conflictos.

Bandura (1977) determina tres influencias importantes de aprendizaje de la conducta agresiva: a) la *influencia familiar*, la principal fuente de aprendizaje de la agresión, modelándola y reforzándola; b) las *influencias subculturales*, que son los determinantes provenientes del lugar donde reside una persona y, c) el *modelado simbólico*, que haría referencia al aprendizaje por observación de modelos reales y/o de imágenes, palabras y acciones agresivas a través de los medios de comunicación social.

La hipótesis de la transmisión intergeneracional de la violencia familiar fue propuesta en las primeras investigaciones en la década de los sesenta. Parte de que las manifestaciones de violencia (ej., maltrato infantil, violencia marital) influyen directamente en la siguiente generación, por lo tanto, un estilo interpersonal coercitivo y agresivo es guiado por las primeras experiencias de violencia en la familia de origen (O'Leary, 1988).

Tras una revisión a lo largo de las décadas, diferentes estudios apoyan la teoría de la transmisión intergeneracional para la violencia en el noviazgo (Bernard y Bernard, 1983; Capaldi y Crosby, 1997; DeMaris, 1990; Langhinrichsen-Rohling et al., 1995; MacEwen, 1994; Marshall y Rose, 1988; Riggs y O'Leary, 1996; Smith y Williams, 1992; Sugarman y Hotaling, 1989; Windon, 1989).

Una aplicación de la teoría del aprendizaje social a las relaciones de noviazgo es el modelo de Riggs y O'Leary (1989) compuesto por dos factores. El primer factor consistiría en las variables contextuales o antecedentes, en este caso el ser testigo o tener experiencias de agresiones en la infancia y las consecuencias asociadas (ej., el uso de la agresión en otras relaciones, una actitud justificativa de la violencia). El segundo componente lo constituirían las variables situacionales, que explicarían cuando y en qué situaciones una persona propensa a mostrar comportamientos agresivos se comportaría en la actualidad. Entre las variables situacionales se incluyen las relaciones problemáticas, la agresión verbal y comportamientos celosos, el uso del alcohol, el déficit de habilidades para resolver los problemas, la satisfacción con la relación, etc. Los recientes hallazgos de las investigaciones apoyan este modelo en estudiantes de institutos (Kingsfogel, 2002; O'Keefe, 1997) y en universidades (Rigg y O'Leary, 1996; Singer, 2003; Luthra y Gidycz, 2006). Específicamente, Moagi y Sophie (2003), obtuvieron, en

una muestra de 135 mujeres y 118 hombres universitarios, que las variables situacionales explicaban el 89% de la varianza en aquellos participantes que agredían a sus parejas. De la misma forma, White et al. (2001), determinaron, en una muestra de 1.307 hombres y 1.477 mujeres, que los factores situacionales explicaban el 67% de la varianza en las agresiones físicas de los hombres y el 55% de la varianza en las mujeres. En todo caso, este modelo no determina cómo estas variables de riesgo se desarrollan e interaccionan entre sí, ni tampoco hace una diferenciación basada en el sexo de la muestra (Bookwala et al., 1992).

Malik et al. (1997), postulan que no sólo se aprenderían conductas agresivas por observación de modelos, sino que existirían una serie de aspectos cognitivos moduladores que influirían sobre el aprendizaje vicario. Así, modularían al aprendizaje por observación factores tales como los valores, la consolidación de actitudes, el uso de drogas, etc. (Figura 4.1).

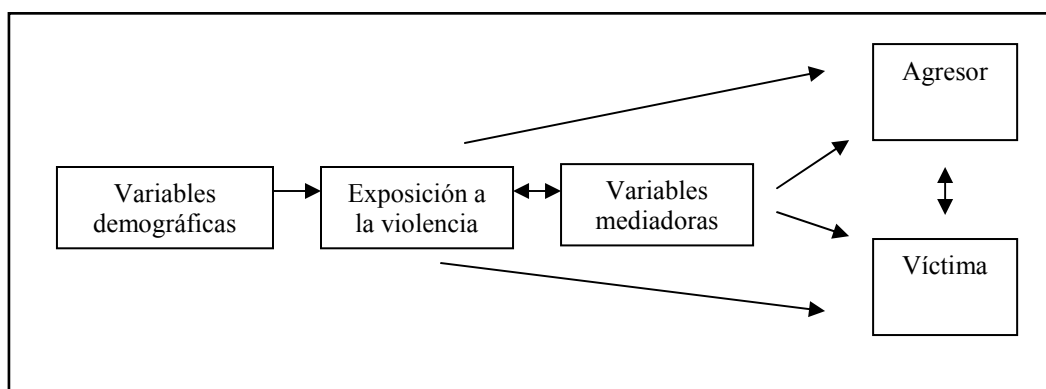


Figura 4.1. La contribución de la exposición a la violencia (Malik et al., 1997)

Basándonos en el análisis de los resultados obtenidos por los estudios centrados en la hipótesis de la transmisión intergeneracional, son varios los mecanismos que intentan explicar la transmisión de la violencia marital. En primer lugar, están aquellos que describen el proceso de transmisión como un proceso imitativo (Foo y Margolin, 1995). Por otro lado, destacan los esfuerzos realizados desde una dimensión actitudinal que muestran cómo las agresiones en las relaciones románticas presentarían una argumentación legítima (O’Leary, 1988; Sigelman et al., 1984; Strauss et al., 1980). Es decir, el maltrato en la infancia enseñaría a los niños que es legítimo, y a menudo

necesario pegar a la pareja (Straus et al., 1980). Este enfoque da un paso más a la aproximación anterior al constatar una estrecha relación entre la iniciación en la violencia y ciertas actitudes y creencias con respecto a la misma. Otro posible mecanismo para explicar la hipótesis de la transmisión intergeneracional se basaría en los estilos comunicativos (Follete y Alexander, 1992). Este enfoque se sustenta en los resultados de la investigación de los factores interpersonales y contextuales, que identifican una relación directa entre la capacidad de resolver problemas y la satisfacción en la relación. Finalmente, la perspectiva criminológica sostiene que la violencia en el noviazgo es una expresión de la conducta antisocial en general, de tal forma, que las personas involucradas en la violencia en el noviazgo manifestarían también conductas antisociales, al presentar conductas agresivas repetitivas, robos, provocación de incendios, vandalismo, quebrantamiento serio de las normas en el hogar y la escuela, etc. El cuerpo de investigaciones que confirman esta perspectiva indica que los niños expuestos a prácticas de crianza irregulares (ej., una baja supervisión, disciplinas inconsistentes, abandono, ambiente familiar deteriorado), tendrían una mayor probabilidad de desarrollar comportamientos antisociales (Simons et al., 1998; Simons, Wu, Goger y Lorenz, 1994). En este sentido, Simons et al. (1998), encuentran que un ambiente familiar deteriorado estaría asociado al consumo de drogas y a conductas delictivas en la adolescencia y, por consiguiente, a la violencia en el noviazgo.

Paralelamente, los resultados obtenidos por estos estudios en esta área subrayan el hecho de que la violencia intergeneracional no es una condición necesaria o suficiente para su posterior desarrollo¹, como afirma Follette y Alexander (1992) *“aquellos que maltratan a sus parejas no siempre provienen de familias violentas, y no todos los que han crecido en este tipo de ambiente se comportan agresivamente”*. También, es necesario hacer referencia a una serie de problemas de origen metodológico que presentan la mayor parte de los estudios realizados y que han dificultado la integración de los hallazgos y la universalidad de los mismos, como: a) el uso de diseños de carácter

¹ Según palabras de Díaz-Aguado (2002) algunas características psicosociales que parecen romper esta cadena son: 1) el establecimiento de vínculos sociales no violentos, que ayuden a desarrollar esquemas y expectativas sociales básicos alternativos a la violencia; 2) el rechazo a toda forma de violencia, incluyendo en él la crítica a la que se vivió en la infancia, reconociendo a otra(s) personas las emociones suscitadas; 3) el compromiso de no reproducir la violencia y, 4) la adquisición de habilidades alternativas a la violencia, que permitan afrontar el estrés y resolver los conflictos sociales con eficacia.

retrospectivo sin grupo de control; b) muestras no representativas y, c) estudios de casos únicos de procedencia institucional o psiquiátrica.

b. Teoría del apego

Desde el campo de la psicología del desarrollo, los autores tratan de explicar y describir por qué los niños se convierten en personas emocionalmente apegadas a sus primeros cuidadores, así como los efectos emocionales que resultan de la separación. La propuesta por Bowlby (1998), plantea que la conducta de apego se organiza utilizando sistemas de control propios del sistema nervioso central, al que se le atribuye la función de protección y supervivencia. Así pues, existe la tendencia a responder conductual y emocionalmente con el fin de permanecer cerca de la persona que cuida y protege de toda clase de peligros. Por esto resulta importante la figura del primer cuidador, generalmente la madre, ya que el tipo de relación que se establece entre ésta y el niño será determinante en el estilo de apego que se desarrollará tempranamente y se mantendrá generalmente durante toda la vida (Bartholomew, 1997). Permitiendo la formación de un modelo interno que integra, por un lado, las creencias acerca de sí mismo y de los demás y, por otro, una serie de juicios que influyen en la formación y el mantenimiento de las dinámicas relacionales durante toda la vida del individuo (Bradley y Cafferty, 2001).

En la violencia doméstica, Dutton y Golant (1995), indican que el desarrollo de comportamientos violentos en las relaciones íntimas se relacionaría con los problemas tempranos del apego ansioso, de tal forma que ciertos hombres violentos desarrollarían un modelo interno que guiaría las creencias de abandono o rechazo en sus relaciones románticas. Estas amenazas, reales o irreales, desencadenarían sentimientos de terror, aflicción o rabia y para reducirlas recurrirían a medidas extremas tales como la agresión física. Similarmente, Hazan y Shaver (1987, 1994), determinan las relaciones románticas como un proceso de apego, basado en la percepción de las figuras de apego y la persistencia de los modelos mentales del sí mismo y otros componentes específicos de personalidad. A lo largo del ciclo vital, los individuos con un apego seguro describen sus experiencias relacionales como felices, amigables y verdaderas, tienden a ser más largas y más realistas. Mientras que las personas con un apego inseguro describen sus relaciones como celosas, preocupantes e inestables emocionalmente. Así, se ha detectado

que los hombres con un estilo de apego inseguro que se caracterizan por un excesivo temor al abandono y dependencia emocional, suelen ser más propensos al uso de la violencia (Barnett, Martínez y Bleustein, 1995).

Atendiendo a la problemática de la población adolescente, Wekerle y Wolfe, (1998b), describen un apego inseguro en un grupo de adolescentes en riesgo tanto en la victimización como en la perpetración de la violencia, especialmente en adolescentes hombres con historias de maltratos en la infancia. También, en una muestra de 328 mujeres universitarias, encontraron que un patrón de agresiones bidireccionales estaba relacionado con un estilo de apego ansioso y evitativo (Orcutt, Garcia y Pickett 2005). En consecuencia, Follingstad et al. (2002), formulan y evalúan un modelo basado en las ideas conceptuales de Dutton y Golant (1995), para predecir la frecuencia y la severidad de las agresiones físicas en las tempranas experiencias de violencia en el noviazgo. Este modelo aglutina tres variables de personalidad: un estilo de apego ansioso, un temperamento colérico y los intentos de control de la pareja. De forma que, un estilo de apego ansioso en ciertas situaciones (reales o irreales, de abandono o rechazo) desarrollaría un temperamento colérico, el cuál guiaría los intentos de control hacia la pareja y el posterior uso de la violencia. Asumiendo estos parámetros, los autores obtienen resultados satisfactorios, donde la variable control juega un papel fundamental como predictora de la frecuencia y severidad de la violencia en el noviazgo.

En este punto es necesario aludir a una de las limitaciones, que afectan tanto a la teoría del aprendizaje social como a la teoría del apego y que consideran el proceso de transmisión como un proceso determinista y automático, donde el ser humano es pasivo y limitado a la hora de copiar las tácticas de resolución de conflictos de sus padres (Yanes y González, 2000). En este sentido, estos autores recalcan la importancia de las creencias como punto de unión entre la exposición de la violencia marital y la transmisión de conductas violentas de generación en generación.

c. Teoría feminista

La Asamblea General de las Naciones Unidas aprobó en 1993 la “*Declaración sobre la Eliminación de la Violencia contra la Mujer*”, donde se define la violencia de

género como aquélla que pone en peligro los derechos fundamentales, la libertad individual y la integridad físicas de las mujeres, además, en la Declaración se reconoce que “...la violencia contra la mujer constituye una manifestación de las relaciones de poder históricamente desiguales entre el hombre y la mujer, que han conducido a la dominación de la mujer y a la discriminación en su contra por parte del hombre... y que es uno de los mecanismos fundamentales por lo que se fuerza a la mujer a una situación de subordinación respecto al hombre”.

Históricamente, se ha legitimado el poder y la dominancia en el hombre y la obediencia y pasividad en la mujer, donde las normas culturales, creencias y valores sociales son aceptados de generación en generación. Así pues, Hyde (1995) determina que “las violaciones son producto (normal) de la socialización, de los papeles asignados a los géneros en nuestra cultura”. Paralelamente, según palabras de González y Santana (2001b), “el conflicto de género tiene su origen en las propias contradicciones inherentes al contexto socio-histórico que nos ha tocado vivir.”. Contempladas desde un punto de vista histórico, estas iniciativas globales reflejan que la perspectiva feminista considera la importancia de la estructura social patriarcal en la etiología de la violencia del hombre hacia la mujer.

Las diferencias biológicas entre hombres y mujeres se trasladan, como si fueran algo irreversibles, a las desigualdades entre ambos sexos. Esta desigualdad es una característica de la organización social y cultural que llamamos patriarcado, convenciendo a hombres y mujeres de que esto es así, ha sido siempre así y seguirá inmutablemente en un futuro. Así pues, la práctica de socialización “tradicional” desencadena un rol de género rígido por lo que los hombres son educados para ser fuertes, autónomos y dominantes, más agresivos, competitivos y no comunicativos. Por el contrario, de las mujeres se espera que muestren comportamientos de cuidado, orientadas a las necesidades de los demás, pasividad, sumisión y comportamientos de complacencia (Currie, 1998; Miedzian, 1995; Serbin Powlishta y Gulko, 1993).

Desde esta perspectiva, se sugiere que la agresión está directamente relacionada con las normas culturales, en concreto, mientras que el rol del hombre incluye normas que aceptan la agresión, el rol tradicional de las mujeres dan lugar al mínimo énfasis en

la agresividad (Eagly y Steffen, 1986). De forma que la violencia que sufren las mujeres a manos de sus compañeros está relacionada con los estereotipos sexistas; que justifican la violencia como una parte inexorable del hombre asociada a atributos masculinos que forman su identidad (Corsi, 1995; Weisbuch, Beal y O'Neal, 1999). Así pues, estas creencias normativas guiarán a los adolescentes a construir el significado de las relaciones de noviazgo así como la violencia (Chung, 2005; Garbarino, Schellenbach y Sebes, 1986).

Esta división de papeles en la sociedad tiene un efecto sobre la identidad, en tanto *“los roles sociales parecen definir la mayoría de las actividades de las personas y los mecanismos para participar en una sociedad”* (Escartí et al., 1988). Asumiendo estas directrices, la violencia contra las mujeres está sustentada por unas determinadas estructuras de poder y dominación que conforman el orden social patriarcal, donde las agresiones a las mujeres son una expresión de poder y dominio de los hombres y son aceptadas como algo normal, legitimadas y consecuentes (Browne, 1987, 1993; Thompson y Pleck, 1986).

Este enfoque se sustenta en los resultados de las investigaciones realizadas hasta el momento, específicamente, Pleck, Sonenstetein y Ku's (1993), encontraron que adolescentes con creencias tradicionales respecto a los roles de género mantienen y justifican la desigualdad entre hombres y las mujeres. En esta misma línea, los hombres que presentaban estereotipos de género tradicionales eran más propensos a aceptar la violencia como forma de resolver los problemas (Burt, 1980). Además, las mujeres que se definen con una identidad de igualdad entre hombres y mujeres tienen más probabilidad de resolver los conflictos con estrategias de afrontamiento y menos con sumisión y pasividad (Wilson y Daly, 1982). También, altas puntuaciones en estereotipos tradicionales de género estarían asociadas a definirse como víctima (DeGregoria, 1987), o como perpetrador (McKinney, 1986). Paralelamente Fitzpatrick et al. (2004), en una muestra de 250 estudiantes, quisieron determinar la relación entre la ideología de los roles de género y las conductas agresivas en hombres y mujeres. Los resultados muestran, que los hombres más igualitarios, en cuanto a los roles de género, presentaban menos probabilidad de mantener relaciones agresivas. Y las mujeres cuanto más

impulsaban la igualdad de género tenían mayor probabilidad de informar de las agresiones.

En la descripción de este problema, algunas investigaciones encuentran diferencias en el origen de la violencia, como por ejemplo, Johnson (1995) distingue dos tipos de violencia en la pareja. Por un lado, el “*terrorismo patriarcal*”, basado en un sistema de creencias tradicionales, en donde la mujer es devaluada y el varón construye una identidad de “*ganador*”. Y por otro lado, se determina otro tipo de violencia erradicada en la población general, que justifica el uso de la violencia en cualquier situación de conflicto.

De forma genérica, el desarrollo de programas preventivos desde la teoría feminista se basarían en modificar las actitudes que aceptan la violencia como respuesta legítima, la adherencia a los roles tradicionales de género y los comportamientos que expresan poder y control en las relaciones íntimas (Avery-Leaf y Cascardi, 2002).

Desde esta perspectiva, se reconoce que las mujeres utilizarían la violencia en situaciones auto-defensivas, sin causar lesiones severas a sus parejas. Sin embargo, son varias las críticas al respecto. En primer lugar, la perspectiva feminista presentaría limitaciones a la hora de explicar la violencia en las relaciones de noviazgo (Cheng, 2005), concretamente, las agresiones bidireccionales. En contrapartida, la teoría feminista afirma que la mayoría de las investigaciones han utilizado la escala de Tácticas de Conflicto de Straus (CTS; Straus, 1979) o similares instrumentos, que solo determinan la agresión física manifestada o sufrida, sin tener en cuenta el contexto y las consecuencias en donde se produce.

3. PROGRAMAS PREVENTIVOS EN LAS RELACIONES DE NOVIAZGO

3.1. Programas de prevención

Toda acción preventiva debe fundarse en una perspectiva global y sistémica, es decir, que comience en la familia, continúe en los centros docentes y esté apoyada por acciones de ámbito socio-comunitario. La influencia recíproca entre el individuo y la colectividad es evidente, lo que permite el abordaje de la violencia en varios ámbitos al mismo tiempo y en un mismo contexto. Los tres ámbitos de actuación más considerados son: a) el individual; b) el familiar y, c) el escolar (De la Fuente y Ríos, 2006).

El Informe para la UNESCO (1985), concluye que la educación debe estructurarse en cuatro ejes de aprendizaje fundamentales: *aprender a conocer*, es decir, adquirir los conocimientos; *aprender a hacer*, para influir en el entorno; *aprender a vivir juntos*, para cooperar y participar en las relaciones sociales y *aprender a ser*, un aprendizaje fundamental. En este sentido, las acciones preventivas no pueden quedar al margen de estas finalidades y deben aunar sus esfuerzos en desarrollar positivamente las capacidades de los adolescentes y jóvenes (Kazdin, 1993).

La investigación de este tipo de intervenciones aplica el conocimiento científico de las causas del inicio y su progresión en el diseño, desarrollo y actuaciones preventivas hacia los factores de riesgo (individuales, familiares y comunitarios) implicados en estos procesos en los distintos grupos poblacionales. De modo que, el conjunto de estas aproximaciones preventivas se asientan sobre la base de una completa comprensión de los distintos factores de riesgo/protección detectados y suponen la implantación de programas generales que integran intervenciones coordinadas entre las escuelas, las familias, los agentes sociales y sanitarios y las políticas gubernamentales (Fisher y Fisher, 1992).

Generalmente, los trabajos preventivos y/o de intervención se encaminan al tratamiento con víctimas detectadas en hospitales o centros de asistencia (Saltijeral, Ramos y Caballero, 1998). Sin embargo, en los últimos años, se han llevado a cabo diversas aproximaciones preventivas de la violencia en las relaciones de noviazgo en la

población adolescente, focalizadas siempre en la elaboración y puesta en marcha de programas específicos que, basados en distintos postulados teóricos según las investigaciones de cada momento, puedan ofrecer resultados positivos.

Las estrategias concretas de intervención preventiva tienen sus raíces teóricas en la teoría del aprendizaje social (Hammond y Yung, 1991) o las teorías del apego (Wekerle y Wolfe, 1998a, 1998b; Wolfe et al., 1996, 1997). Así, basándonos en el análisis de los factores de riesgo, algunos programas enfatizan fundamentalmente el comportamiento agresivo del grupo de iguales (Hammond y Yung, 1991), las historias de maltrato en la infancia (Wolfe et al., 1996), las actitudes que justifican la violencia (Avery-Leaf et al., 1997; Foshee et al., 1998; Jaffe et al., 1992; Lavoie et al., 1995; Wekerle y Wolfe, 1998a), los roles de género (Jaffe et al., 1992; Lavoie et al., 1995; Wolfe et al., 1996) y las habilidades para el desarrollo de relaciones saludables (Schewe, 2002; Wolfe et al., 2003). Recientemente, se están incorporando la información y la influencia sobre el uso y abuso de las drogas y el alcohol como forma de incapacitar a las víctimas y excluir la responsabilidad de los agresores (Wolfe y Jaffe, 2003).

En todo caso y a pesar de las diferencias entre estos procedimientos de prevención elaborados por los diferentes grupos de investigación, Hamby (1998), determina que los programas desarrollados hasta este momento presentan algunas características comunes. Por un lado, analizan los mitos sobre la violencia de pareja ofreciendo información sobre la espiral y efectos del maltrato. También se hacen eco de las barreras socio-históricas impidiendo relaciones de desigualdad y justificando el uso de la violencia. Por último, muchos programas fomentan la participación activa de los jóvenes para que hagan suyos el objetivo de erradicar la violencia de pareja.

De este modo, en el diseño de las intervenciones preventivas, no parece suficiente dedicarse exclusivamente a las categorías de factores de riesgo individuales cuando existe una gran probabilidad de que éstos interactúen dentro de esas mismas categorías, o entre otras de un contexto cambiante, o varíen su propio efecto en función del ciclo vital del desarrollo. Además, la literatura científica en este ámbito demuestra que la exposición a un mayor número de factores de riesgo en el curso del desarrollo puede incrementar la probabilidad de la violencia de forma exponencial, lo que subraya la

necesidad de incluir dentro de los programas de las intervenciones preventivas a aquellos jóvenes que están expuestos a la acción conjunta de estos factores.

Pese a estas evidencias, la literatura científica demuestra las variaciones importantes en el desarrollo de las aproximaciones preventivas. Específicamente, en los aspectos metodológicos, los programas varían en su aplicación entre un solo día (Jaffe et al., 1992), dos sesiones (Lavoie et al., 1995), 5 sesiones (Avery-leaf et al., 1997; Macgowan, 1997), 10 sesiones (Foshee et al., 1998) y 12 sesiones (Weisz y Black, 2001). Aplicadas a distintas poblaciones de jóvenes africano-americanos (Macgowan, 1997; Weisz y Black, 2001) o americanos-europeos (Avery-Leaf et al., 1997; Foshee et al., 1998; Frazier, Valtinson y Candel, 1995; Jaffee et al., 1992; Lavoie et al., 1995). La mayoría de los enfoques se han elaborado y se han implementado desde el área de la educación en institutos y universidades (Avery-Leaf et al., 1997; Frazier et al., 1995; Jaffee et al., 1992) o en la educación primaria (Macgowan, 1997; Krajewski, Rybarik, Dosch y Gimore, 1996; Weisz y Black, 2001). En general, las escuelas se convierten en un lugar propicio para desarrollar programas preventivos, ya que cuentan con un espacio físico y con los recursos materiales y humanos para hacer posible el desarrollo de actividades orientadas a la transformación social mediante el diseño y el desarrollo de distintos programas como un aspecto del currículum profesional en la adolescencia y juventud.

Uno de los primeros programas comunitarios implantados en las escuelas para prevenir la violencia es el desarrollado por Gamache y Snapp (1995). Este programa dirige sus esfuerzos a identificar las causas de la violencia como son el racismo, el sexismo o la lucha de poder, etc., así esta propuesta se asienta en un formato genérico de trabajo que indican los elementos esenciales para construir un programa de prevención: (a) identificar las relaciones de violencia como una forma de violencia social; (b) el contexto en el que se entiende la violencia doméstica como una forma de poder y control en la sociedad y, (c) el aprendizaje de habilidades de seguridad, habilidades de resolución de conflictos y respuestas alternativas a la violencia.

La evidencia sobre el hecho de que los comportamientos agresivos están determinados por las actitudes y creencias que lo justifican ha estimulado la implantación

de estrategias preventivas que se esfuerzan en su detección y reducción (Avery-Leaf et al., 1997; Rigg y O'Leary, 1996). Este tipo de propuestas de trabajo se sustentan en los datos aportados por diversos estudios que señalan que las actitudes que justifican la violencia forman parte del trasfondo del pensamiento y de las acciones e incrementan el riesgo posterior de la violencia en las relaciones de noviazgo. Así pues, el objetivo del programa de prevención de O'Leary et al. (1997) es el de reducir las agresiones físicas y otros comportamientos coercitivos mediante el incremento de los conocimientos acerca de la violencia, el cambio de actitudes que justifican su utilización y el incremento de la visión de apoyo y ayuda. De forma que, a los tres meses de seguimiento, se obtiene un aumento en el conocimiento de relaciones violentas, una menor tolerancia a cualquier tipo de agresión y una reducción en la prevalencia de comportamientos celosos y dominantes. También, el programa de prevención diseñado por Foshee et al. (1996), en sus dos niveles de prevención primaria y secundaria, subrayan la importancia de las actitudes que justifican la violencia en el noviazgo. Evalúan la efectividad del programa mensualmente (Foshee et al., 1998), anualmente (Foshee et al., 2000) y a los 4 años (Foshee et al., 2004). En el sentido propuesto, la evidencia sugiere que, en general, tienen efectos conductuales y cognitivos positivos en la violencia en las relaciones de noviazgo, al afectar no sólo a las actitudes y creencias con respecto a la justificabilidad de la violencia sino también a las tasas reales de la misma. Del mismo modo, Washington y Katz (2002), evalúan el cambio inmediatamente después de la intervención preventiva, favoreciendo actitudes más objetivas y realistas e impulsando relaciones más igualitarias. También, en el programa de prevención de Cano et al. (1998), disminuye la aceptación y justificación de la violencia.

En nuestro país, Díaz-Aguado (2003), desarrolla y evalúa un programa de intervención preventiva para adolescentes en la educación secundaria y ha señalado cambios en los componentes cognitivos, afectivos y conductuales, favorables a la resolución de dicho problema. Estos resultados coinciden con los obtenidos por otros estudios similares que han encontrado efectos positivos en la implantación de las actitudes y creencias que justifican la violencia (Cano et al., 1998; Washington y Katz, 2002).

Los resultados de los estudios de evaluación de estos programas han demostrado cambios en las actitudes relacionadas con la violencia en el noviazgo (Avery-Leaf et al., 1997; Foshee et al., 1998; Jaffe et al., 1992; Lavoie et al., 1995; Wekerle y Wolfe, 1998a), los mitos sociales (Jaffe et al., 1992; Lavoie et al., 1995; Wolfe et al., 1996) y los comportamientos agresivos en situaciones conflictivas (Jaffe et al., 1992), dando lugar no sólo al cambio comportamental de los jóvenes sino también a la modificación de sus actitudes, creencias e intenciones.

En la Tabla 4.2, se recogen algunos estudios más significativos en esta área que pueden ofrecer un panorama de las características y resultados más importantes a los que se ha podido llegar desde esta aproximación.

Tabla 4.2. Estudios de evaluación de los programas preventivos

AUTOR/ES	CARACTERÍSTICAS DEL ESTUDIO	DISEÑO DE EVALUACIÓN	RESULTADOS
Prevención de la violencia en jóvenes (Hammond y Yung, 1991)	Estudiantes de 12 a 15 años. Duración: 20 sesiones. Programa: Basado en la teoría del aprendizaje social se centra en las habilidades sociales, la presión del grupo de iguales (el comportamiento agresivo con los iguales es el factor de riesgo más desarrollado) y la resolución de conflictos.	Medidas Pre-Post sin grupo de control.	<ul style="list-style-type: none"> - De los 28 estudiantes que empezaron el programa, solo 15 de ellos (53%) completo el programa en su totalidad. - Mejorías en las habilidades tratadas (27,4%) según datos aportados por los profesores y colaboradores. - Los participantes reconocieron mejoras en todas las habilidades sociales tratadas, excepto en las habilidades de resolución de problemas. - Los participantes se mostraron menos colaboradores con otros programas posteriores relacionados con la violencia.
Jaffe et al., 1992	Estudiantes de instituto. Duración: 1 sesión (2 horas). Programa: Consta de dos partes: 1) presentación y conocimiento de la violencia, los mitos y los recursos de ayuda formales (90 minutos) y, 2) coloquio de lo expuesto (60 minutos). El programa también orienta al profesorado.	Medidas Pre-Post sin grupo de control. Seguimiento: 6 semanas.	Cambios significativos en actitudes y conocimientos en la mayoría de los estudiantes. A excepción de un grupo de varones que muestran cambios negativos respecto a los objetivos del programa, específicamente, incrementan la aceptación de la violencia.

AUTOR/ES	CARACTERÍSTICAS DEL ESTUDIO	DISEÑO DE EVALUACIÓN	RESULTADOS
Lavoie et al., 1995	<p>Estudiantes de instituto.</p> <p>Duración: 2 sesiones (120-150 minutos), implantadas en la escuela con ayuda de los servicios comunitarios.</p> <p>Programa:</p> <p>A) Tratamiento breve con dos sesiones (120-150 minutos). Difusión de información sobre la violencia y sus efectos y estrategias de afrontamiento.</p> <p>B) Tratamiento amplio igual que el tratamiento breve más la proyección de una película y escribir una carta (a la víctima y al agresor).</p>	Medidas Pre-Post. Seguimiento: 1 mes.	Incremento significativo del conocimiento de los jóvenes sobre la violencia y menores tasas de actitudes que justifican la violencia. Encuentran diferencias de sexo antes y después de la aplicación del programa.
Kaufman et al., 1995	<p>Estudiantes de 1º curso de instituto.</p> <p>Duración: 5 sesiones</p> <p>Programa: Información sobre la violencia doméstica y ensayo de estrategias de afrontamiento.</p>	Medidas Pre-Post.	Incremento significativo del conocimiento y de las actitudes en contra de la violencia. Disminución del número de agresiones en el grupo de iguales en estudiantes varones.
Krajewski et al., 1996	<p>Estudiantes de instituto.</p> <p>Duración: 10 sesiones.</p> <p>Programa: Sesiones curriculares basadas en la perspectiva de género (roles de género, mitos, etc.).</p>	Medidas Pre-Post. Seguimiento: 5 meses.	Medida Post: Incremento significativo del conocimiento y en las actitudes en contra de la violencia. Medida de seguimiento: Los cambios no se mantenían en el tiempo.
Proyecto de relaciones jóvenes (YRP) (Wolfe et al., 1996)	<p>Estudiantes:</p> <p>Estudio 1: Estudiantes de instituto entre los 14 a 16 años.</p> <p>Estudio 2: Estudiantes de instituto entre los 14 a 16 años, en función del maltrato sufrido.</p> <p>Duración: 18 sesiones (120 minutos la sesión), con una periodicidad semanal después de las clases.</p> <p>Programa: Prevención primaria y secundaria. El material se divide en cuatro secciones: Sección A: violencia y poder en las relaciones. Sección B: frenar el ciclo de la violencia: ¿Qué</p>	Medidas Pre-Post con grupo de control. Evaluación: cuestionarios, entrevistas, observaciones y grabaciones.	<p>Estudio 1: Efectos significativos en el conocimiento y en las actitudes en contra de la violencia en las relaciones de noviazgo.</p> <p>Estudio 2: Disminución del uso de tácticas coercitivas en las relaciones de pareja.</p>

AUTOR/ES	CARACTERÍSTICAS DEL ESTUDIO	DISEÑO DE EVALUACIÓN	RESULTADOS
	<p>podemos hacer y qué podemos no hacer? Sección C: el contexto de las relaciones violentas. Sección D: trabajando por la exclusión de la violencia.</p> <p>La intervención está dirigida a dotar información sobre la violencia y al entrenamiento de habilidades sociales como la resolución de conflictos, la comunicación, toma de decisiones en la búsqueda de ayuda y acciones sociales.</p>		
<p>Proyecto seguro (Foshee et al., 1996, 1998)</p>	<p>Estudiantes de instituto entre los 12 y 17 años.</p> <p>Programa: Prevención primaria y secundaria. Grupos de tratamiento (actividades en la escuela y comunitarias) y grupo de control (actividades comunitarias).</p> <p>- Prevención Primaria: (actividades en la escuela): (1) cambiar las normas asociadas a la violencia; (2) disminuir el estereotipo de género y, (3) mejorar las habilidades de resolución de conflictos.</p> <p>- Prevención Secundaria: (actividades en la escuela y actividades comunitarias): Incluye servicios especiales para adolescentes involucrados en relaciones agresivas (línea de teléfono en crisis, apoyo de grupos, materiales para padres, etc.) y servicios comunitarios educativos.</p>	<p>Medidas Pre-Post con grupo de control.</p> <p>Seguimiento: 1 y 12 meses</p>	<p>Seguimiento 1 mes: Apoyan menos la violencia y los estereotipos de género, perciben menos consecuencias positivas asociadas a la violencia, utilizan más habilidades constructivas en la resolución de problemas y son más conscientes de los servicios comunitarios.</p> <p>Submuestra de víctimas: Aceptan menos la violencia y los estereotipos de género y tienen más conciencia de los servicios comunitarios.</p> <p>Submuestra de agresores: Perciben menos consecuencias positivas de la violencia y tienen más conciencia de los servicios comunitarios.</p> <p>Año de seguimiento: Aceptan menos la violencia en el noviazgo y perciben más consecuencias negativas, presentan más habilidades de autocontrol y están más concienciados de los servicios comunitarios.</p> <p>Submuestra de víctimas: Aceptan menos la violencia y los estereotipos de género, perciben más consecuencias negativas de la violencia, presentan respuestas de autocontrol y están más concienciados de los servicios comunitarios.</p>

AUTOR/ES	CARACTERÍSTICAS DEL ESTUDIO	DISEÑO DE EVALUACIÓN	RESULTADOS
			Submuestra de agresores: Presentan más respuestas de autocontrol y están más concienciados de los servicios comunitarios.
Avery-Leaf et al., 1997	Estudiantes en institutos. Duración: 5 sesiones (8 horas en total) implantando en clases de salud. Programa: 1. incrementar los conocimientos acerca de la violencia de género; 2. cambiar las actitudes que justifican la violencia y, 3. incrementar la visión de apoyo y ayuda a los estudiantes.	Medidas Pre-Post con grupo de control. Seguimiento: 3 meses.	Incremento del conocimiento de la violencia en el noviazgo. Cambio significativo de las actitudes con respecto a la justificación de la violencia y a la reducción de los comportamientos celosos y dominantes.
Macgowan, 1997	Estudiantes de secundaria. Duración: 5 sesiones. Programa: exposición de información sobre la violencia y entrenamiento en habilidades sociales. Y fomento de la competencia en buscar ayuda.	Medidas Pre-Post con grupo de control.	Efectos significativos inmediatamente después de la intervención en conocimientos y en las actitudes acerca de la violencia.
Hilton, Harris, Rice, Krans y Lavigne, 1998	Estudiantes de instituto. Programa: Programa educacional de la no violencia. Formado por talleres dirigidos a aumentar el conocimiento de la violencia y las actitudes.	Medidas Pre-Post.	Cambios significativos en actitudes y conocimientos.
BRIGHT (Building Relationships in Greater Harmony Together (Cascardi y Avery-Leaf, 1998)	Estudiantes de institutos. Programa: Difusión de información sobre la violencia y sus efectos y estrategias de afrontamiento. Los autores parten de la premisa de que las agresiones en las relaciones de noviazgo es un fenómeno multideterminado.	Medidas Pre-Post con grupo de control.	Cambio positivo de las actitudes que justifican la violencia. Incremento del conocimiento y la capacidad de buscar ayuda.

AUTOR/ES	CARACTERÍSTICAS DEL ESTUDIO	DISEÑO DE EVALUACIÓN	RESULTADOS
Rostros y máscaras de la violencia. (Ruiz y Fawcett, 1999)	Estudiantes de 2° y 3° de Secundaria. Duración: 10 sesiones (20 horas). Programa: Proporcionar información y entrenamiento para reconocer las características de las relaciones violentas. Crear formas alternativas de relacionarse y solucionar conflictos.	Medidas Pre-Post.	Incremento significativo del conocimiento de los jóvenes sobre la violencia y sus consecuencias. Mejora de las habilidades comportamentales dirigidas a prevenir las situaciones de violencia.
STAR (Southside Teens About Respect) (Schewe, 2000)	Estudiantes de instituto. Duración: 10 sesiones. Programa: Intervención comunitaria y un programa educacional para padres y profesorado.	Medidas Pre-Post con grupo de control. Seguimiento: 1 y 2 años.	Cambios significativos en las habilidades sociales, en las actitudes que justifican la violencia y en la toma de decisiones para solicitar ayuda. 2 años de seguimiento: Solo se encontraron diferencias significativas en la toma de decisiones para solicitar ayuda.
Díaz-Aguado, 2002	Estudiantes de instituto con edades comprendidas entre los 14 y los 18 años. Duración: Por término medio 17 sesiones, aplicadas de forma transversal en distintas clases temáticas y aplicadas por más de un profesor (el 85% de estas sesiones se basó en un trabajo de grupos heterogéneos y el 15% en trabajo individual). Programa: Los temas y contenidos a tratar son: 1.- La construcción de la igualdad; 2.- Los Derechos Humanos en el ámbito público y en el ámbito privado; 3.- La detección del sexismo; 4.- Favoreciendo una representación de la violencia que ayude a combatirla; 5.- Prevención de la violencia contra la mujer; 6.- Investigación cooperativa sobre el sexismo y la violencia; 7.-Discusión final. Los objetivos a desarrollar son: a) La superación de las creencias sexistas. b) La	Medidas Pre-Post con grupo de control.	Los resultados y conclusiones sobre la eficacia del programa se realiza: a) partir de la evaluación por el profesorado y b) por los cambios evaluados en los y las adolescentes. Los resultados y conclusiones sobre la eficacia del programa a partir de los cambios evaluados en los y las adolescentes, que participó en el programa, con los del grupo de control, que no participó, son los siguientes: 1) Superación de las creencias sexistas y de la justificación de la violencia. 2) Mayor conocimiento en la discriminación y la violencia de género a lo largo de la historia. 3) Aumento en la imagen de los chicos/as de su sensibilidad socioemocional. 4) La construcción de una identidad menos sexista.

AUTOR/ES	CARACTERÍSTICAS DEL ESTUDIO	DISEÑO DE EVALUACIÓN	RESULTADOS
	ampliación de los conocimientos históricos y la representación actual de la discriminación y la violencia de género y c) Autoconcepto y la identidad.		
Schwartz et al., 2004	Estudiantes de universidad. Duración 4 sesiones. Programa: Reducir los factores de riesgo y aumentar los factores de protección. Orientación (definiciones de la violencia, socialización de los roles de género) y entrenamiento en habilidades sociales y de autocontrol. Relacionado con los estados de cambio de Prochaska y DiClemente (1982).	Medidas Pre-Post con grupo de control.	Cambios significativos en las actitudes y en las habilidades comportamentales dirigidas a prevenir la violencia en las relaciones de noviazgo.
Baumann, 2006	Estudiantes de secundaria. Programa: Entrenamiento en habilidades centradas en el uso indebido del alcohol y la violencia en las relaciones de noviazgo.	Medidas Pre-Post con grupo de control. Seguimiento: 3 meses.	Tasas significativamente menores de consumo y uso indebido de alcohol y menos episodios de agresiones físicas y psicológicas en comparación con el grupo control. No hay diferencias significativas en cuanto a las expectativas y habilidades de afrontamiento.
Bell y Stanley, 2006	Estudiantes de secundaria. Duración: diversos talleres. Programa: La metodología para su instrumentación es participativa (ej., role-playing, grupos de discusión).	Medidas Pre-Post. Seguimiento: 1 año.	El efecto a largo plazo del programa favorece la adquisición de conocimientos en cuanto a la violencia doméstica y actitudes favorables en relación con la importancia de las relaciones interpersonales. Otro de los hallazgos a mencionar es la evaluación positiva por parte del alumnado de la metodología participativa.

AUTOR/ES	CARACTERÍSTICAS DEL ESTUDIO	DISEÑO DE EVALUACIÓN	RESULTADOS
Jaycox et al., 2006	Estudiantes jóvenes Latinos. Duración: 3 sesiones. Programa: Presentación de los recursos de ayuda y evaluación del impacto de la violencia.	Medidas Pre-Post. Seguimiento: 6 meses.	Incremento del conocimiento, la percepción de ayuda y recursos disponibles.
Salazar y Cook, 2006	Estudiantes adolescentes varones. Duración: 5 sesiones. Programa: Basado en la teoría feminista.	Medidas Pre-Post.	Incremento del conocimiento y disminución de actitudes respecto la sociedad patriarcal.

3.2. Programas de prevención: Agresión sexual

De la misma forma que ocurre con los estudios de los programas de prevención en general, los resultados de aquéllos dirigidos al análisis de la efectividad de la agresión sexual focalizan sus esfuerzos en cambiar las actitudes acerca de las agresiones, los mitos que aceptan las violaciones y los estereotipos sexuales. Fundamentalmente, proponen la proyección de videos descriptivos que permiten entender y comprender la naturaleza, el alcance y repercusión de las agresiones sexuales. Y el trabajo en equipo, la negociación, la capacidad de pensamiento crítico y de expresar y defender puntos de vista distintos como fuente de enriquecimiento personal y grupal y el diálogo como herramienta esencial en cualquier contexto y situación (Milhausen, McBride y Jun, 2006; Parrot y Bechhofer, 1997).

A la vista de los resultados y desde una perspectiva exclusivamente práctica, Yeater y O'Donohue (1999), realizan una evaluación de los distintos programas para la prevención de la agresión sexual y proponen una serie de problemas que podrían explicar las limitaciones de este tipo de programas a la hora de conseguir cambios duraderos en las relaciones de los adolescentes. Estas conclusiones hacen referencia a: 1) las limitaciones que tienen que ver con el foco de interés al que se dirigen estos programas; 2) los problemas metodológicos y conceptuales en las investigaciones revisadas y, 3) las dificultades pragmáticas en la implantación y evaluación para su posterior mantenimiento y generalización de los efectos del programa.

En cualquier caso, las estrategias preventivas no solamente deben dirigirse a la población adolescente general susceptible de estar en riesgo de implicarse en conductas agresivas sino también a aquella población que ya se encuentra en una situación de mayor riesgo debido a la exposición de múltiples factores. Así, por ejemplo, el programa de prevención secundaria de Lonsway y Kothari (2000), está dirigido a universitarios quienes tienen una historia de victimización o problemas con el abuso de drogas (véase, Tabla 4.3).

Tabla 4.3. Estudios de evaluación de los programas preventivos de la agresión sexual

AUTOR/ES	CARACTERÍSTICAS DEL ESTUDIO	DISEÑO DE EVALUACIÓN	RESULTADOS
Borden, Karr y Galdwell-Colbert, 1988	Estudiantes varones y mujeres. Duración: 45 minutos. Programa: Lectura de un material en cuanto a la prevalencia, definiciones y consecuencias de la agresión sexual.	Medidas Pre-Post con grupo de control. Seguimiento: 1 mes.	No existen diferencias significativas entre el grupo experimental y el grupo de control en cuanto a la empatía de las víctimas y las actitudes que aceptan las agresiones sexuales (al mes de seguimiento.).
Harrison, Downes y Williams, 1991	Estudiantes varones y mujeres. Programa: Material en cintas de video de agresiones sexuales y un grupo de discusión. Con dos formatos de respuestas: (a) respuesta estructurada y, (b) respuesta libre.	Medidas Pre-Post.	No hay diferencias significativas en cuanto a los resultados obtenidos en función de los dos tipos de respuestas. No se encontraron cambios significativos en las mujeres como resultado de la participación en el programa.
Gilbert, Heesacker y Gannon, 1991	Estudiantes varones. Programa: Difusión y contrastación de los mitos en las violaciones, creencias falsas sexuales, estereotipos de género y la aceptación de la violencia interpersonal.	Medidas Pre-Post. Seguimiento: 1 mes.	Tasas significativamente menores en la aceptación de la violencia interpersonal, los estereotipos de género, los mitos en cuanto a las violaciones y creencias erróneas en el área sexual. Los hombres en la condición experimental presentaban una tendencia mayor a conocer medidas de seguridad para las mujeres en comparación a los hombres en la condición de control. En el mes de seguimiento no existían diferencias entre los hombres en ambas condiciones.

AUTOR/ES	CARACTERÍSTICAS DEL ESTUDIO	DISEÑO DE EVALUACIÓN	RESULTADOS
Ellis, O'Sullivan y Sowards, 1992	Estudiantes varones y mujeres. Programa: Proyección del testimonio de una víctima de agresiones sexuales.	Medidas Pre-Post.	Efectos significativos en el rechazo de los mitos de las agresiones sexuales solo en las mujeres. Sin embargo, una de las limitaciones de este programa es la escasa muestra de hombres analizada.
Fonow, Richardson y Wemmerus, 1992	Estudiantes varones y mujeres universitarios. Programa: Proyección de cintas de video con material sobre los mitos en las agresiones sexuales e información en cuanto a las violaciones en general.	Medidas Pre-Post con grupo de control.	Efectos significativos en el cambio de las actitudes de las agresiones sexuales.
Lenihan, Rawlins, Eberly, Buckley y Masters, 1992	Estudiantes hombres y mujeres universitarios. Duración 55 minutos. Programa: Exposición de información mediante lecturas, videos, testimonios de violencia sexual.	Medidas Pre-Post.	Efectos significativos en las actitudes que aceptan las agresiones sexuales en las mujeres.
Berg, 1993	Estudiantes varones universitarios. Duración: 1h y 50 minutos. Programa: Incremento de la empatía en las víctimas y cambio actitudinal sobre los mitos de las violaciones.	Medidas Pre-Post.	No se encontraron diferencias entre las dos condiciones experimentales en el nivel general de empatía, la empatía en cuanto a las violaciones y las actitudes.
Hanson y Gidycz, 1993	Estudiantes universitarias. Programa: Se basa en una serie de objetivos: 1) incrementar el conocimiento de la violencia sexual y sus distintas formas; 2) reducir la adherencia a los mitos en cuanto a las violaciones; 3) incrementar habilidades de afrontamiento; 4) dotar de una comunicación clara y efectiva y, 5) disminuir los incidentes sexuales.	Medidas Pre-Post con grupo de control. Seguimiento: 9 semanas.	Menores tasas de agresiones sexual y mejora del conocimiento en comparación con el grupo control. Sin embargo, el programa era ineficaz para mujeres víctimas de agresiones sexuales.

AUTOR/ES	CARACTERÍSTICAS DEL ESTUDIO	DISEÑO DE EVALUACIÓN	RESULTADOS
Holcomb, Sarvela, Sondag y Holcomb, 1993	Estudiantes hombres y mujeres universitarios. Programa: Material de cintas de video y grupos de discusión de cómo prevenir las agresiones sexuales en las relaciones de pareja.	Medidas Pre-Post con grupo de control.	El grupo experimental mantiene una menor tolerancia a las agresiones sexuales en comparación al grupo de control. Además las intervenciones eran más efectivas en los hombres que en las mujeres.
O'Donohue y Fanetti, 1997	Estudiantes varones Programa: proyección de un video con tres contenidos: (1) la empatía de las víctimas; (2) los mitos de las violaciones y, (3) las consecuencias de las agresiones sexuales.	Medidas Pre-Post con grupo de control.	El grupo experimental mantiene cambios significativos en los mitos que aceptan las agresiones sexuales, actitudes a favor de la violencia interpersonal, la empatía y las creencias erróneas.
CARE (Wright, Akers y Rita, 2000)	Estudiantes de 10º curso. Programa: información sobre la agresión sexual, los mitos y los factores de riesgo con ejemplos prácticos y role-playing.	Medidas Pre-Post.	Incremento significativo del conocimiento de las agresiones sexuales, los factores de riesgo y los recursos de ayuda formales.
Pacifici, Stoolmiller y Nelson, 2001	Estudiantes de instituto. Duración: 1 sesión interactiva con un video. Programa: Prevención primaria. Exposición de información sobre el riesgo de la agresión sexual y ensayo de estrategias de afrontamiento para rechazar relaciones sexuales no consentidas.	Medidas Pre-Post con grupo de control.	Cambio significativo de las actitudes con respecto a la agresión sexual. De forma que los estudiantes con más actitudes negativas eran los que más se beneficiaban del programa.
Weisz y Black, 2001	Estudiantes de primaria Duración: 12 sesiones (1 hora y media de duración). Programa: Exposición de información sobre las causas de la violencia y en particular de la agresión sexual y sus efectos, los roles de género y los recursos de ayuda sociales.	Medidas Pre-Post con grupo de control. Seguimiento: 6 meses.	Incremento significativo en el conocimiento y en las actitudes. Se obtienen diferencias significativas entre las actitudes de los hombres y las mujeres inmediatamente después de terminar el programa y en el seguimiento las diferencias no son significativas.

AUTOR/ES	CARACTERÍSTICAS DEL ESTUDIO	DISEÑO DE EVALUACIÓN	RESULTADOS
Fay y Medway, 2006	Estudiantes de instituto. Duración: 6 actividades. Programa: Pretende favorecer la adquisición de conocimientos y actitudes que han sido considerados como variables precursoras de la agresión sexual.	Medidas Pre-Post con grupo de control.	Disminución de los mitos que aceptan la agresión sexual. Sin embargo, no favorece la adquisición de actitudes en contra de la violencia en el noviazgo.

La comunidad internacional ha reconocido que el problema de la violencia constituye la violación de los derechos humanos fundamentales, contra el derecho a la vida, a la seguridad, a la libertad, a la dignidad y a la integridad física y psicológica de las víctimas, suponiendo, asimismo, un obstáculo para el desarrollo de toda sociedad democrática. Por tanto, es imprescindible que los organismos públicos y privados aúnen sus esfuerzos en dotar programas preventivos que fomenten el diálogo, el respeto, la tolerancia y la igualdad de género. Sin embargo, esta labor necesita del conocimiento preciso del problema a tratar, requiriendo, por tanto, investigaciones relativas a la violencia en las parejas jóvenes. A partir del conocimiento previo de los factores de riesgo y de protección, se pueden desarrollar programas preventivos eficaces en jóvenes, ya que este momento evolutivo, como ha quedado claro en la revisión teórica, es un periodo de especial vulnerabilidad y proclive al desarrollo de conductas violentas desviadas.

3. CRÍTICAS A LOS PROGRAMAS PREVENTIVOS

Las revisiones sobre la evaluación de los programas preventivos señalan la presencia de distintos problemas de carácter metodológico que pueden explicar también los resultados obtenidos en canto a su eficacia. Estos hacen referencia: (a) el método y la unidad de análisis utilizados. La validez de los resultados dificultan la comparación de los datos obtenidos por los distintos estudios y obstaculizan la generalización de los mismos ya que los datos no son homogéneos (distintas variables como la edad, la nacionalidad, el área de residencia, los tipos y la amplitud del tratamiento, así como la falta de seguimiento) (Close, 2005); (b) la mayoría de las veces no explican lo que ocurre con el alumnado que abandona el programa. Del mismo modo, no informan sobre si hay

o no diferencias entre el alumnado que permanece y los que se retiran del programa, lo que imposibilita la estimación de la validez interna de los estudios y, (c) el hecho de que rara vez han tenido en cuenta aspectos de la metodología utilizada como una muestra aleatoria, grupo de control y de tratamiento, evaluación pre y post-tratamiento (Wekerle y Wolfe, 1999), limitan la posibilidad de hacer comparaciones significativas entre los estudios.

Desde una perspectiva práctica, también se han propuesto una serie de problemas técnicos que podrían explicar las limitaciones de este tipo de programas preventivos: (a) la implantación de las intervenciones suponen un alto coste económico por lo que las escuelas tienen que contratar un paquete de intervención que incluya manuales del profesorado, material para el alumnado, materiales audiovisuales, profesorado especializado en controlar y vigilar la implementación del material y, (b) en la población diana todos los proyectos de prevención de la violencia en el noviazgo se dirigen a poblaciones de estudiantes, así la mayor parte de las investigaciones en este campo se han realizado con este tipo de población.

Son pocos los autores que han evaluado a largo plazo la efectividad de los programas preventivos. A pesar de que presentan, a corto plazo, resultados alentadores, todavía muestran serios problemas en cuanto al mantenimiento de los mismos ya que sus efectos no parecen perdurar en los años posteriores a su implementación. Meyer y Stein (2001), realizaron una revisión de 12 programas de prevención de la violencia en el noviazgo en la adolescencia. Las evaluaciones señalaron que la aplicación de estos programas fueron a corto plazo carentes de profundidad y/o extensión, además no resultó muy alentador la efectividad a corto y largo plazo. Por ejemplo uno de los obstáculos que analizaron con profundidad era el limitado acceso del personal del colegio para acceder a los estudiantes.

En este sentido, O'Leary, Woodin y Fritz (en prensa), analizan específicamente el papel y la eficacia de los programas de prevención de la violencia en la pareja. Coinciden en señalar que casi todos los programas cambiaron en el nivel de conocimientos y en el nivel actitudinal, pero solo un pequeño porcentaje demostró también cambios en los comportamientos. En todo caso, parece evidente que se necesitan investigaciones para: 1)

identificar factores de riesgo y aproximaciones centradas no sólo en modificar la influencia de estos, sino en potenciar y reforzar la presencia temprana de aquellos que se conocen que protegen a los individuos; 2) examinar los potenciales costes y beneficios de los programas y, 3) organizar dentro de un marco de prevención integral la aplicabilidad de otros programas como el abuso de sustancias o la reducción del estrés.

En el diseño de las intervenciones, después de analizar una amplia serie de investigaciones, Dutton et al. (2003), concluyen con una serie de recomendaciones: respetar la privacidad y tener en cuenta la seguridad de los participantes, proporcionar recursos de apoyo, agradecer la participación e informar de los resultados, minimizar los efectos del estigma social que a veces comporta a las personas involucradas y tener en cuenta las características culturales y sociales de cada grupo social. Por otra parte, también proponen apoyo a las personas investigadoras de los posibles efectos emocionales de la investigación. También, la Organización Mundial de la Salud, desarrolla un informe titulado *“Recomendaciones éticas y de seguridad para la investigación sobre la violencia doméstica contra las mujeres”*, donde no solamente se intenta mejorar los aspectos metodológicos de las investigaciones sino también se tiene en cuenta las recomendaciones éticas y de seguridad (García-Moreno, 2001).

5. A MODO DE RESUMEN

Las bases teóricas en torno a la violencia en las relaciones de noviazgo y el estudio de los resultados encontrados a lo largo de esta primera parte, han contribuido al establecimiento del marco teórico-conceptual que se sigue en la investigación realizada en esta tesis doctoral. Desde esta perspectiva, son muchas y diversas las teorías que tradicionalmente se han desarrollado para explicar las bases etiológicas de la violencia en las relaciones de noviazgo y que, en la mayor parte de los casos, han servido como puntos centrales de referencia a la hora de elaborar modelos preventivos.

En las últimas décadas han sido varios los intentos llevados a cabo desde distintas perspectivas para idear y desarrollar modelos preventivos de la violencia en las relaciones de pareja de jóvenes y adolescentes que pudieran ofrecer resultados alentadores. En este sentido, se han obtenido resultados muy positivos al lograr efectos

protectores después de varios meses de seguimiento. Este tipo de aproximaciones se han centrado en subrayar la naturaleza, las causas y las consecuencias de la violencia y la adquisición de habilidades interpersonales. Como se ha señalado, a pesar de la validez de los planteamientos preventivos y los beneficios comentados, todavía no se conoce con certeza los resultados que estas intervenciones pueden tener no sólo en la población en general sino para la población en riesgo social, personal y familiar que necesitan un ajuste idiosincrásico específico de este tipo de planteamientos.

En este sentido, se necesitan futuras líneas de investigación que desarrollen programas más amplios con el objetivo de superar las limitaciones de los modelos de prevención tradicionales y que suponen un reto muy prometedor para la población adolescente y joven de nuestro tiempo, fomentando la participación de los agentes y recursos de los que dispone la comunidad (Arriaga y Capezza, 2005; Rhatigan, Moore y Street, 2005).

A continuación, se enumeran las características más relevantes de los enfoques preventivos, analizando los beneficios y las limitaciones que la investigación ha podido ofrecer hasta el momento, con el objetivo de determinar los componentes que han logrado obtener mejores resultados y deban ser tomados en consideración para la elaboración de programas de intervención futuros:

- ❖ Dirigir actuaciones preventivas basadas en las investigaciones etiológicas (factores de riesgo/protección) y epidemiológicas (naturaleza, función y secuencia).
- ❖ El diseño de cualquier estrategia de prevención que trate de reducir los múltiples factores de riesgo implicados en el inicio y mantenimiento de la violencia en las relaciones de pareja, y, simultáneamente, intente mejorar los factores de protección, necesariamente debe ser guiada por un estudio de evaluación sobre la efectividad de estos planteamientos.

- ❖ La violencia en el noviazgo se configura como un problema social complejo y su erradicación requerirá de actuaciones coordinadas de investigación sobre las causas y prevención de las conductas, la formación de profesionales, así como la adecuación de los servicios de atención y acogida a las necesidades de las víctimas.
- ❖ Un análisis de cualquier tipo de violencia debe tener en cuenta los contextos específicos en los que se produce y las consecuencias que tiene. En el caso de la violencia en el noviazgo tampoco puede desligarse del contexto social en el que aparece.
- ❖ Desarrollar abordajes preventivos que tengan como diana la población general, por las siguientes razones: (a) se evita el etiquetado de las personas que participan en los programas; (b) se consigue extender la prevención a adolescentes potencialmente violentos que no están a priori dentro de los grupos con mayor riesgo; (c) se actúa sobre las víctimas potenciales y, (d) se introducen cambios en el entorno social de los jóvenes.
- ❖ Las estrategias preventivas deben, por una parte, alcanzar no sólo a la población adolescente general susceptible de estar en riesgo de iniciar la violencia, sino también a aquellos sujetos que ya se encuentran en una situación de mayor riesgo debido a la exposición de múltiples factores, abordando aquellas variables más significativas que afectan a estos grupos concretos y cuyas estrategias de intervención se adapten a las distintas etapas de desarrollo cognitivo, psicológico, social y fisiológico.
- ❖ Dirigir los programas preventivos a hombres y a mujeres, estableciendo un clima de conciliación entre sexos, es decir, el modelo hombres-agresores y mujeres-víctimas no se debe aplicar, ya que los hombres pueden generar resultados contradictorios si ellos identifican el programa como un ataque a los hombres y las mujeres sean presentadas como las únicas víctimas (Avery-Leaf y Cascardi, 2004; Jaffe et al., 1992; Wolfe, 2006). Además, un aspecto especialmente

importante es presentar conflictos reales de la vida de la juventud en los que se reproducen situaciones cercanas sobre sus problemas, mediante materiales diseñados adecuadamente a su nivel de desarrollo para ayudarles a modificar los estilos de pensamiento, contenidos y procesos.

- ❖ Centrar el énfasis en las potencialidades de las relaciones y no en sus peligros, para evitar crear un clima de pesimismo en la adolescencia y juventud, aumentando la desconfianza y la insatisfacción que, a la larga, podrían ser perjudiciales para las relaciones de pareja.
- ❖ Crear un marco de aplicación más amplio que integre distintas intervenciones simultáneas y coordinadas en distintos contextos, no solamente limitado a la escuela, sino que incluya a la comunidad a través de campañas en los medios sociales, actividades de organizaciones comunitarias, a las familias y el establecimiento de políticas comunitarias.
- ❖ Ser consciente de los problemas de la violencia en general y especialmente en la adolescencia y juventud, implicando a los centros educativos contra la violencia, fomentando la confianza y la participación activa del alumnado en la elaboración, puesta en práctica y evaluación de los programas. Además, de una gran accesibilidad en tiempo y lugar.
- ❖ Necesidad de formar a personas de apoyo especializadas que van a participar directa e indirectamente en el programa.
- ❖ Insistir en el papel educativo que corresponde al conjunto de la sociedad.

PLANTEAMIENTO GENERAL DE INVESTIGACIÓN

1. INTRODUCCIÓN

Esta sección de la presente tesis doctoral es el producto del análisis pormenorizado de los fundamentos teóricos expuestos en los apartados anteriores y supone la elaboración de diversos objetivos generales de investigación. El presente capítulo sirve de encuadre de todo el desarrollo y el trabajo posterior, ya que en él se exponen los objetivos fundamentales perseguidos, además de las condiciones metodológicas sobre las que se sitúan los estudios específicos realizados.

Como se ha indicado anteriormente, la violencia en las relaciones de noviazgo de jóvenes y adolescentes no sólo es un comportamiento muy extendido en este sector de la población sino, además, es un problema social del que se derivan innumerables consecuencias, en definitiva, supone un obstáculo para el desarrollo de la sociedad.

Éste es el punto de partida de la presente investigación, que pretende profundizar en el conocimiento de esta problemática a través de un estudio epidemiológico y de aquellos factores más directamente implicados en su naturaleza para poder determinar vías de actuación desde el ámbito preventivo más eficaces al asentarse en resultados no sólo teóricos sino empíricos.

Los datos aportados por investigaciones recientes sugieren que en este sector poblacional, por una parte, se ha producido la consolidación de un patrón progresivo y gradual de la violencia en las primeras relaciones de noviazgo y, por otra, la normalización o minimización de estas interacciones que pueden constituir un preámbulo para la violencia en edades posteriores. Teniendo en cuenta este tipo de observaciones, en un primer estudio se ha procedido a la adaptación psicométrica de las escalas seleccionadas para la presente investigación, con el objetivo de aportar una serie de medidas que presenten suficiente fiabilidad y validez para su uso en poblaciones de jóvenes y adolescentes y permitan evaluar la violencia y los diferentes procesos psicológicos asociados a ésta.

Tras haber realizado un primer estudio sobre la adaptación psicométrica de las escalas, el segundo estudio se dedicará específicamente al análisis de este tipo de tendencias en una muestra de adolescentes y jóvenes de la Comunidad de Madrid, analizando de forma detallada, no sólo las características descriptivas de la muestra de estudio referida a las relaciones de pareja sino también a las prevalencias de los diferentes tipos de conductas agresivas y los patrones que lo conforman como proceso (motivos, consecuencias y recursos de ayuda).

Una vez aportados los estudios anteriores, la presente investigación en su última parte pretende abrir una serie de líneas que pueden ser interesantes de cara a continuar investigando en el tema, creando un soporte más ajustado, firme y específico en el campo de la violencia en las relaciones de noviazgo de jóvenes y adolescentes.

2. OBJETIVOS GENERALES

La propuesta de una serie de objetivos generales de investigación se deriva del análisis de la parte conceptual y supone el punto de partida del desarrollo de cada uno de los estudios específicos que conforman la parte empírica del presente trabajo. En líneas generales, la presente investigación pretende:

- a) En su primer estudio, la adaptación a población española de diferentes instrumentos psicométricos de amplio y reconocido uso internacional, con el objeto de evaluar el comportamiento agresivo en el noviazgo con las suficientes garantías de fiabilidad y validez.
- b) En su segundo estudio y, teniendo en cuenta las características relacionales de las parejas jóvenes y adolescentes, conocer la extensión y características de los comportamientos agresivos en las relaciones de noviazgo, distinguiendo entre conductas agresivas físicas (agresiones físicas leves y agresiones físicas graves), psicológicas (agresiones verbales, tácticas dominantes y tácticas celosas) y sexuales en una muestra representativa de la población adolescente y juvenil de 16 a 26 años de la Comunidad de Madrid. Además, se estudiarán las consecuencias implicadas, los motivos referidos y los recursos de ayuda utilizados con respecto a las conductas agresivas físicas.

3. MÉTODO

3.1. Selección de los centros escolares

El comienzo de este proceso de selección se llevó a cabo estableciendo una serie de criterios de inclusión/exclusión mínimos que debían cumplir los centros de enseñanza participantes en el estudio y de los que se extraería parte de la muestra de sujetos considerados en la investigación. El objetivo fue delimitar la inclusión de todos los posibles candidatos en función de los objetivos perseguidos y de la posibilidad de acceso a los mismos, facilitando, así el procedimiento y la implantación de los instrumentos de evaluación. En este primer paso, para ser considerados, todos los centros debían cumplir los siguientes requisitos:

- 1. Impartir los cursos de Enseñanza Secundaria, Formación Profesional primero o segundo, Ciclos Formativos de Formación Profesional Específica, Garantía Social, Universidad 1^{er} ciclo, Universidad 2^{er}

ciclo y Universidad 3^{er} ciclo para poder acceder a la población de referencia.

2. Tener un número de alumnado no inferior a mil. Con ello, se eliminaban del espectro posible todos aquellos centros cuya muestra no fuera representativa de la población de estudio bien por no contar con todos los cursos, o bien por no tener el suficiente alumnado en cada una de las clases, lo que, de nuevo, afectaría a la representatividad de la muestra seleccionada.
3. Estar ubicados en distintas zonas de la Comunidad de Madrid. El objetivo era obtener una muestra en la que estuvieran representados, en la medida de lo posible, todos los niveles socioeconómicos y culturales.
4. Mostrar un interés inicial en el desarrollo de estudios relacionados con la problemática juvenil con respecto a la violencia en las relaciones de pareja en un primer contacto telefónico en el que se exponían las bases de la investigación, facilitando así, la posibilidad de desarrollarla dentro del ámbito escolar.

Una vez realizado este primer paso, se dispuso de un total de 28 centros de enseñanza que cumplían los requisitos especificados y tenían características similares y, por tanto, eran posibles candidatos a participar en el estudio. Después de las oportunas entrevistas de presentación, se presentó el proyecto de investigación en su totalidad en cada uno de los centros a través de los departamentos de orientación o al profesorado directamente. A todos ellos, se les indicó que recibirían un resumen de los resultados obtenidos y la colaboración desinteresada por parte del equipo investigador para realizar cualquier tipo de intervención en éste o en cualquier otro tema de carácter preventivo que pudiera preocuparles.

Los centros escolares que colaboraron en la investigación y de los cuales se extrajo la muestra de sujetos estudiantes, fueron los siguientes:

Centros de Educación Secundaria:

- I.E.S. CIUDAD DE JAÉN (Distrito: Usera).
- I.E.S. STA. ENGRACIA (Distrito: Chamberí).
- I.E.S. VILLABLANCA (Distrito: Vicálvaro).
- I.E.S. ISAAC PERAL (Torrejón de Ardoz).
- I.E.S. VIRGEN DE LA PAZ (Alcobendas).
- I.E.S. PRADO DE SANTO DOMINGO (Alcorcón).
- I.E.S. ARTURO SORIA (Distrito: Hortaleza).
- I.E.S. ÁFRICA (Fuenlabrada).
- I.E.S. LEONARDO DA VINCI (Distrito: Latina).
- I.E.S. GÓMEZ MORENO (Distrito: San Blas).
- I.E.S. SALVADOR ALLENDE (Fuenlabrada).
- I.E.S. LOS ROSALES (Móstoles).
- CENTRO DE FORMACIÓN LA QUINTANA (Distrito: Villa de Vallecas).
- I.E.S. JOAQUÍN RODRIGO (Distrito: Vicálvaro).
- I.E.S. JUAN DE LA CIERVA (Distrito: Arganzuela).
- I.E.S. PALOMARES-VALLECAS (Distrito: Puente de Vallecas).
- I.E.S. ITURRALDE (Distrito: Latina).
- I.E.S. BARRIO DE BILBAO (Distrito: Ciudad Lineal).
- I.E.S. JAIME VERA (Distrito: Estrecho).
- I.E.S. MADRID SUR (Distrito: Puente Vallecas).
- I.E.S. SAN ISIDRO (Distrito: Centro).
- I.E.S. SIMANCAS (Distrito: San Blas).
- I.E.S. CARDENAL HERRERA ORIA (Distrito: Fuencarral).
- I.E.S. NUMANCIA (Distrito: Puente de Vallecas).
- I.E.S. CALDERON DE LA BARCA (Distrito: Carabanchel).

Centros Universitarios:

- UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID.
- UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MADRID.
- CENTRO DE ENSEÑANZA SUPERIOR SAN PABLO CEU (MADRID).

3.2. Selección de la muestra

Dentro de cada uno de los centros de enseñanza seleccionados, el muestreo se realizó por conglomerados tomando el aula como unidad muestral, hasta completar una muestra representativa. Se eligió al azar las aulas participantes de cada curso de Enseñanza Secundaria Obligatoria, Bachillerato y Universidad tomando en consideración la disponibilidad del profesorado y del alumnado dependiendo del programa de la asignatura.

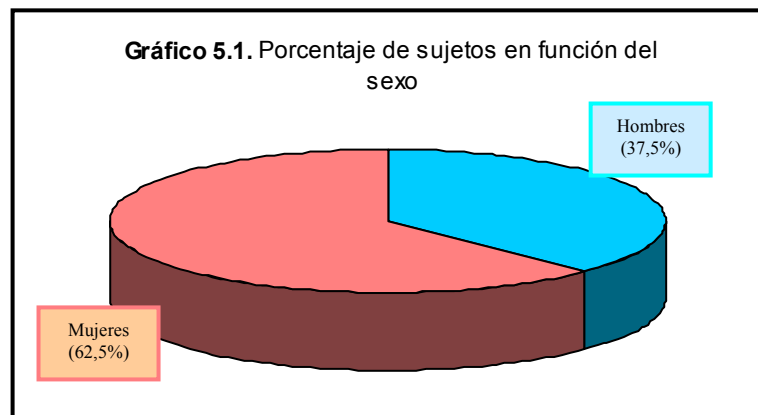
Una vez llevado a cabo este primer paso, se obtuvo una muestra de 4.806 adolescentes y jóvenes. En la presente investigación no se consideraron los datos aportados por el total de los participantes ya que, una vez realizadas las encuestas de forma voluntaria, se eliminaron un total de 389 por no haber sido contestados correctamente cada uno de los ítems o por carecer de alguno de los datos necesarios para su codificación.

Además de los datos ofrecidos por este método de muestreo, también se contó con la participación de dos alumnas de la Facultad de Psicología de la Universidad Complutense de Madrid, como parte de un trabajo de investigación acerca de la violencia en las relaciones de noviazgo, para realizar un método conocido en ciencias sociales como *“bola de nieve”*. Inicialmente fueron entregados un total de 1.800 protocolos, utilizándose como universo de estudio a sujetos pertenecientes a la Comunidad de Madrid y resultando la tasa de respuesta del 75%, es decir, un total de 1.350 protocolos resultaron devueltos, de los cuales fueron rechazados inicialmente un total de 171 por presentar datos defectuosos o contestados al azar.

Todas las personas participaron de forma voluntaria en el desarrollo de la prueba y eran conocedoras de que ésta formaba parte de una investigación realizada desde la Facultad de Psicología de la Universidad Complutense de Madrid. Además, participaron de forma voluntaria y confidencial, tratándose de protocolos de recogida de datos de

carácter anónimo y con unas claras instrucciones a modo de introducción para facilitar el proceso.

Así pues, se obtuvo una muestra de 5.596 sujetos (3.495 mujeres y 2.101 hombres), con edades comprendidas entre los 16 y los 26 años y con una edad media de 19,57 años. El 37,5% de los sujetos fueron varones ($n=2.101$) y el 62,5% mujeres ($n=3.495$) (Gráfico 5.1).



El rango de edad está comprendido entre los 16 y los 26 años de edad, siendo el grupo de los 16 a los 17 años el de mayor porcentaje, al estar compuesto por el 31,3% de la muestra total (Gráfico 5.2 y Tabla 5.1). La edad media de todos los grupos fue de 19.57 años.

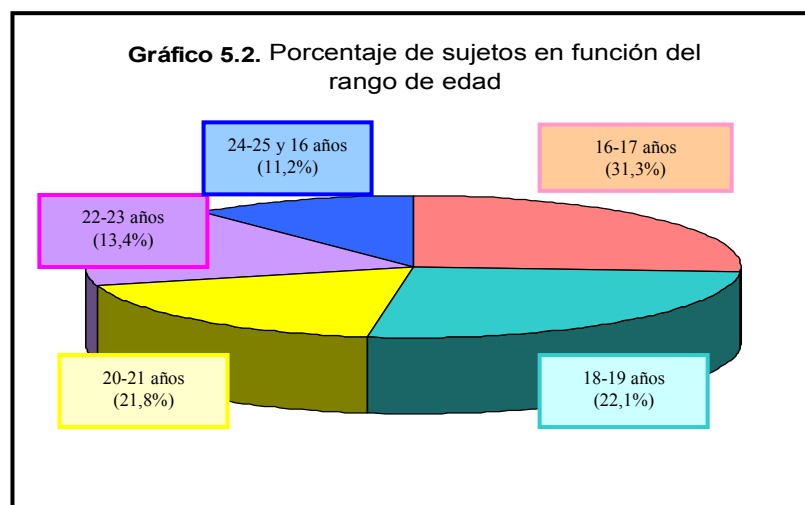
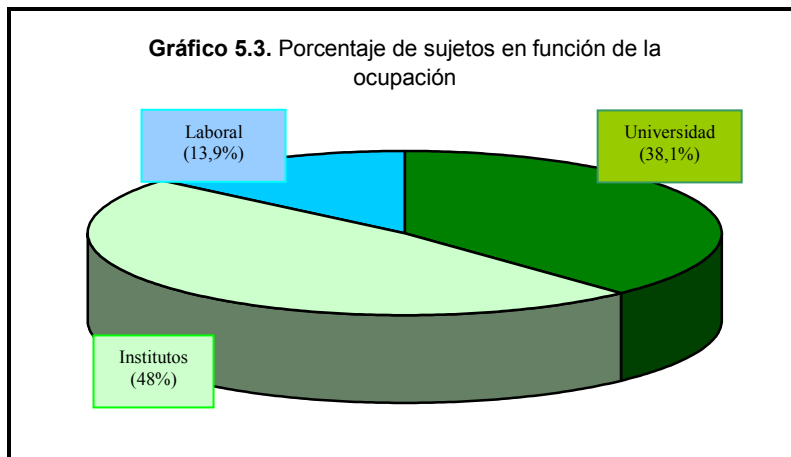


Tabla 5.1. Distribución de la muestra en función del sexo y la edad

SEXO	EDAD					TOTAL
	16 y 17	18 y 19	20 y 21	22 y 23	24, 25 y 26	
HOMBRE	749	406	388	256	302	2101
	35,6%	19,3%	18,4%	12,1%	14,3%	100%
MUJER	1007	834	834	495	325	3495
	28,8%	23,8%	23,8%	14,1%	9,2%	100%
Total Fila	1756	1240	1222	751	627	5596
% de Fila	31,3%	22,1%	21,8%	13,4%	11,2%	100%

En función de la ocupación, 2.133 adolescentes y jóvenes de la muestra total cursaban estudios universitarios, 2.684 estaban llevando a cabo sus estudios en enseñanzas no universitarias y 779 trabajaban (Gráfico 5.3).



3.3. Formación del equipo de campo

Dentro del planteamiento previo al desarrollo de la investigación, se realizó la selección de aquellas personas que colaborarían en la organización de las evaluaciones dentro de cada uno de los centros educativos y en la implementación del instrumento de evaluación en las aulas. Para estos fines, se contó inicialmente con la participación voluntaria de cinco psicólogos/as pertenecientes al tercer ciclo de la Facultad de

Psicología de la Universidad Complutense de Madrid. Todos fueron entrevistados de forma individual con el objetivo de escoger los más adecuados en función de los siguientes criterios:

- El interés inicial en la problemática juvenil con respecto a la violencia.
- La participación anterior en el desarrollo de estudios similares de carácter grupal.
- La práctica en el trato con adolescentes o el interés en centrarse en esta área de trabajo.
- Las habilidades de comunicación y manejo de grupos.
- La compatibilidad de horarios y disponibilidad con respecto al calendario escolar.

Una vez finalizada esta valoración, se contó con un total de dos psicólogos colaboradores que pasaron a ser entrenados para lograr una capacitación homogénea de todas y cada una de las personas integrantes del equipo de campo. Para su formación se dedicaron un total de cinco sesiones en las que, en primer lugar, se ofreció a los colaboradores todos los datos referentes a la fundamentación teórica y a los objetivos generales de investigación con el fin de que conocieran los principios básicos sobre los que se asentaba el estudio y el marco en el que se había creado el instrumento de evaluación que iban a manejar. En segundo lugar, se les explicó detalladamente cada una de las partes del instrumento de evaluación y cada una de las escalas integrantes del cuestionario con el fin de que se familiarizaran con cada una de las partes de la encuesta y lo manejaran en su totalidad, resolviendo las dudas pertinentes. De esta forma, todos ellos recibieron la misma preparación en lo referente al dominio del cuestionario empleado y en la forma en que se debía responder. Finalmente, se propusieron las normas que se debían seguir a la hora de la aplicación del instrumento en las aulas. Además, recibieron la indicación de señalar todo aquel cuestionario del que dudaran no haber cumplimentado con seriedad o pudiera estar contaminado al tratarse de una prueba colectiva.

3.4. Elaboración del instrumento de evaluación

Atendiendo a los criterios generales de la investigación, se seleccionaron una serie de escalas de evaluación que recogen información sobre aquellas variables relevantes para la comprobación de las hipótesis planteadas. La idea fundamental era seleccionar una batería de escalas validadas y adaptadas para población adolescente y joven que recogieran información sobre aquellas variables que se adecuasen a los objetivos perseguidos y tuvieran un peso específico en la literatura científica. Además, era necesario considerar su carácter transcultural con el objetivo de adecuar el instrumento de evaluación y facilitar el posible contraste de los resultados que se obtuviesen. Por lo tanto, la selección del instrumento de evaluación fue motivado, principalmente, por el prestigio internacional que posee cada uno de ellos, así como por la calidad psicométrica ampliamente contrastada que presentan y por la multitud de estudios que se han realizado a nivel transcultural con dichos instrumentos (Harned, 2001; Gulubane y Magaborone, 2003; Kristen, 2002; O’Leary y Slep, 2003; Smith et al., 2001). Asimismo, fueron seleccionados porque, como medidas de autoinforme, proporcionan la suficiente información, de forma sencilla y con bajo coste, para cumplir con los objetivos trazados en la presente investigación.

Consideradas todas las observaciones señaladas, en primer lugar, se realizó una revisión de las escalas o cuestionarios más relevantes empleados en el ámbito nacional e internacional para el análisis de la violencia en las relaciones de noviazgo de jóvenes y adolescentes. Una vez realizada la selección del instrumento de evaluación se procedió a su traducción llevada a cabo por profesionales cercanos a la población diana.

El resultado final fue un cuestionario (véase Anexo I) que incluyó una primera parte variables sociodemográficas y variables relacionales en el noviazgo presentada en forma de encuesta y, una segunda parte, en la que se presentaban un total de tres escalas de evaluación. A continuación se exponen las características más relevantes de cada una de las escalas incluidas en el instrumento general de evaluación:

A) Encuesta

En una primera parte del instrumento de evaluación se incluyeron distintos datos que facilitarían su posterior codificación como aquellos referidos a la edad, sexo, orientación sexual, nacionalidad y ocupación. Asimismo, con respecto a los datos relacionales, se consideran factores de diversos parámetros: (a) temporales (edad del primer novio/a, duración de la relación, tiempo que se ven); (b) de cantidad (número de novios/as) y, (d) de cualidad (diferentes tipos de relaciones y perspectivas de futuro).

B) Escalas

➤ *Escala de Tácticas de Conflicto Modificada (Modified Conflict Tactics Scale, M-CTS; Neidig, 1986)*. Es una versión modificada del CTS (Straus, 1979, 1990), que evalúa cómo los individuos resuelven los conflictos en el curso de una discrepancia con sus parejas. Consta de 18 ítems con cinco alternativas de respuestas comprendidas entre las categorías “nunca” y “muy a menudo” (de 1 a 5 puntos). Asimismo, los ítems de esta prueba son de naturaleza doble, cada pregunta está formada por dos enunciados, uno relativo a la conducta de la persona que responde y otro referido a esa misma conducta pero llevada a cabo por la pareja respectiva. Así, esta escala permite obtener dos medidas independientes, por una parte, la persona que emite la agresión (perpetrador/agresor) y la persona que recibe la agresión (víctima), para las cuatro subescalas siguientes:

(a) Razonamiento/argumentación. Consta de 3 ítems cuyo contenido hace referencia al grado de acuerdo o no a través de los argumentos esgrimidos por cada miembro de la pareja.

(b) Agresión verbal/psicológica. Está formada por un total de 5 ítems y su contenido refleja conductas agresivas verbales en el contexto de una relación de pareja.

(c) Agresión física leve. Está compuesta por 7 ítems que recogen las conductas agresivas físicas leves o moderadas.

(d) Agresión física severa. Consta de 3 ítems cuyo contenido hace referencia a conductas agresivas físicas severas.

Los resultados indican que la versión modificada del CTS presenta propiedades psicométricas consistentes con la versión original del CTS (Cascardi et al., 1999). Específicamente, en una muestra adulta, el M-CTS ha mostrado comparables resultados con respecto al CTS, en cuanto a la estructura factorial y a las propiedades psicométricas (Pan, Neidig y O’Leary, 1994).

Junto al M-CTS se valoran las *lesiones*² producidas por las agresiones físicas. Consta de 2 ítems y tiene por objetivo detectar diferentes aspectos de las lesiones físicas referidas tanto a las personas que ejercen como a las que reciben las agresiones. Para cada una de ellas, las alternativas de respuestas son: a) Cortes o contusiones leves; b) cortes o contusiones graves; c) rotura de nariz, ojo morado o rotura de hueso; d) haber requerido tratamiento médico u hospitalización y, e) ninguna. La persona debe responder marcando con un aspa sobre la respuesta o respuestas que mejor se adecuen a su caso.

También se tuvo en cuenta los *motivos* o las *razones* por los cuales se emite las agresiones físicas, tanto para las personas que la ejercen como para las que la reciben. Los motivos referidos por las personas que agreden son: a) Estaba celoso/a; b) estaba furioso/a con él/ella y golpeé primero; c) mi pareja me pegó primero y yo respondí y, d) otros ¿Cuáles? Y los motivos referidos para las personas que reciben conductas agresivas son: a) El/Ella estaba celoso/a; b) el/ella estaba enojado/a conmigo y me pegó primero; c) yo la/le pegué primero y el/ella me pegó como respuesta y, d) otros ¿Cuáles? La persona debe responder marcando con un aspa sobre la respuesta o respuestas que mejor se adecuen a su caso.

En tercer lugar, se ofrece información sobre los *recursos formales e informales* que han utilizado las personas que han sufrido conductas agresivas de sus parejas. Consta de 1 ítem para el cual las alternativas de respuesta son: a) Hablar con un amigo; b) hablar

² La parte del cuestionario correspondiente a las *lesiones*, *motivos informados* y *recursos de ayuda* solo tienen que contestarla si en la *Escala de Tácticas de Conflicto Modificada* responden a las preguntas de la 11 a la 18 con 2, 3, 4 y 5 (rara vez, algunas veces, a menudo y muy a menudo). Si las respuestas de la 11 a la 18 son 1 (nunca) continúan en las escalas siguientes.

con un profesor u orientador; c) llamar a un teléfono de ayuda; d) romper con él/ella; e) hablar con alguien de la familia; f) llamar a la policía; g) hablar con el novio/a sobre la violencia y, h) otras ¿Cuáles? La persona debe responder marcando con un aspa sobre la respuesta o respuestas que mejor se adecuen a su caso.

➤ *Escala de Tácticas de Dominancia y Tácticas Celosas (Dominating and Jealous Tactics Scale, Kasian y Painter, 1992)*. Es una escala estructurada de 22 ítems, de los cuales se han seleccionado 11 ítems por Kasian y Painter (1992) del Inventario del Maltrato Psicológico de Mujeres (*Psychological Maltreatment of Women Inventory*) de Tolman (1989, 1999), con el objetivo de valorar las diferentes formas de agresión emocional en las relaciones íntimas de jóvenes universitarios. Las alternativas de respuesta son cinco comprendidas entre las categorías “nunca” y “muy a menudo” (de 1 a 5 puntos), según la frecuencia con la que se usan las tácticas de dominancia y tácticas celosas, con preguntas bidireccionales una relativa a la conducta de la persona que responde y la otra referida a la pareja respectiva, permitiendo obtener dos medidas, por una parte, la persona que emite la agresión (perpetrador/agresor) y la persona que recibe la agresión (víctima). La escala se compone de dos subescalas que poseen un total de 11 ítems:

(a) *Táctica Dominante*. Consta de 7 ítems que evalúan el constructo del comportamiento controlador o coercitivo en las relaciones de pareja.

(b) *Táctica Celosa*. Consta de 4 ítems cuyo contenido hace referencia al comportamiento celoso en las relaciones de pareja.

En el estudio de la fiabilidad del instrumento se tuvo en cuenta, en primer lugar, la consistencia interna a través del coeficiente de *alpha* de Cronbach, siendo los valores obtenidos de .72 para la escala “Táctica Dominante” y de .76 para la escala “Táctica Celosa” en una muestra de 280 estudiantes de instituto (Cano et al., 1998).

➤ *Escala de la valoración de la agresión sexual*. Tras la revisión de diferentes escalas para evaluar la agresión sexual en las relaciones de noviazgo, la doctoranda optó por desarrollar una escala nueva que cumpliera los objetivos perseguidos.

Los pasos seguidos en esta escala son los siguientes: 1) Operativización de la agresión sexual; 2) la formulación de los ítems; 3) un estudio pre-piloto con 110 sujetos; 4) el estudio experimental y, 5) el análisis de datos.

Así, consta de un total de 5 ítems con preguntas bidireccionales una relativa a la conducta de la persona que responde y la otra referida a la pareja respectiva, permitiendo obtener dos medidas, por una parte, la persona que emite la agresión (perpetrador/agresor) y la persona que recibe la agresión (víctima), con cinco alternativas de respuesta comprendidas entre las categorías “nunca” y “muy a menudo” (de 1 a 5 puntos). Y tiene por objetivo detectar aquellas conductas que implican la utilización de distintos métodos dirigidos a la agresión sexual que van desde las amenazas hasta la utilización de la fuerza física.

En relación a la consistencia interna obtenida mediante el *alpha* de Crobach de la escala total, los coeficientes de fiabilidad obtenidos son satisfactorios al alcanzar el valor de 0,71. Respecto a la valoración de la agresión sexual en las puntuaciones de perpetración y victimización independientemente, los coeficientes de fiabilidad obtenidos, si bien son menores ($\alpha = ,58$ y $\alpha = ,57$, respectivamente).

3.5. Procedimiento general de aplicación

A continuación, se detalla el procedimiento llevado a cabo para el desarrollo de la investigación que fue siempre el mismo tanto para la implementación del proyecto en los centros de enseñanza como para la evaluación de los sujetos participantes.

Una vez seleccionados los centros colaboradores tal y como se ha señalado en apartados anteriores, se procedió a la selección de las aulas, eligiendo una al azar de todas las posibles que correspondían a cada uno de los cursos. Una vez seleccionadas, el tutor del curso o un miembro del departamento de orientación del centro organizaron el calendario de las horas disponibles para la evaluación de los sujetos en función de la disponibilidad del alumnado o del desarrollo del programa escolar.

El proceso de evaluación se llevó a cabo en los centros de enseñanza en los días y horas marcados por los coordinadores. La aplicación del instrumento de evaluación se realizó en todas las ocasiones de forma colectiva contando que el alumnado estuviera presente en ese momento, ya que se pidió a los tutores que no avisaran al grupo hasta el mismo día de la aplicación. En cada aula estaban siempre presentes dos de los evaluadores entrenados en ausencia del profesorado para evitar que el alumnado se sintiera influido de alguna manera, por su presencia a la hora de contestar a ciertas preguntas relacionadas con la violencia. La duración de la prueba era aproximadamente de 30 minutos, pero se dispuso de 10 minutos más que duraba la clase.

Una vez que se les entregaba el cuestionario a los participantes, se les ofrecían una serie de instrucciones para su cumplimentación. Éstas eran siempre las mismas, poniendo especial énfasis en la confidencialidad de los datos obtenidos (véase Anexo II). A continuación, se realizaban algunas aclaraciones de forma colectiva con respecto a varios ítems del cuestionario que podían resultar dudosos a la hora de su cumplimentación y podían interrumpir el óptimo desarrollo de la prueba. Los cuestionarios eran recogidos en el momento en el que los sujetos iban terminando, para así, evitar la posibilidad de doble respuesta. Una vez recogidas todas las pruebas, los evaluadores se ofrecían para contestar cualquier duda y realizar todas las aclaraciones posibles en relación al desarrollo de las mismas o con el proyecto de investigación en su globalidad.

Siguiendo el procedimiento señalado, la totalidad de los datos se recogieron en un intervalo temporal de diez meses, de octubre de 2005 a julio de 2006.

PRIMER ESTUDIO:

ADAPTACIÓN PSICOMÉTRICA DE LAS ESCALAS

SOBRE LA VIOLENCIA EN LAS RELACIONES DE

NOVIAZGO

1. INTRODUCCIÓN

A continuación se expone la adaptación psicométrica realizada de las escalas seleccionadas para la presente investigación: *la Escala de Tácticas de Conflicto Modificada* (Modified Conflict Tactics Scale) de Neidig (1986) y *la Escala de Tácticas de Dominancia y Tácticas Celosas* (Dominating and Jealous Tactics Scale) de Kasian y Painter (1992).

La selección de estas escalas fue motivada, principalmente, por el prestigio internacional que posee cada uno de ellas así como por la calidad psicométrica ampliamente contrastada que presentan y por la multitud de estudios que se han realizado a nivel transcultural con dichos instrumentos (Cascardi et al., 1999; Schumacher y Smith, 2004; Smith et al., 2001; Straus, 2004b; Watson, 2005). Asimismo, fueron seleccionados porque, como medidas de autoinforme, proporcionan la suficiente información, de forma sencilla y con bajo coste, para cumplir con los objetivos trazados en la presente tesis doctoral.

2. INSTRUMENTOS OBJETO DE ADAPTACIÓN

2.1 Escala de Tácticas de Conflicto Modificada

La Escala de Tácticas de Conflicto (CTS, Straus, 1979, 1990) es uno de los instrumentos más utilizados a nivel internacional para valorar las conductas agresivas en el contexto de las relaciones de parejas adultas. Si bien, el ámbito de aplicación del CTS ha estado ampliamente limitado a poblaciones de parejas adultas, algunas excepciones a esta tendencia general son los estudios a muestras de militares, pacientes clínicos, muestras comunitarias y estudiantes de universidad (Barling, O’Leary, Jouriles, Vivian y Maceren, 1987; Straus, 1990; Caulfield y Riggs, 1992; Fitzpatrick et al., 2004; Pan et al., 1994).

La base teórica de la CTS se encuentra en la Teoría del Conflicto que afirma que el conflicto está presente en casi todas las interacciones humanas y que sin éste los grupos sociales no pueden evolucionar y adaptarse a las circunstancias (Straus, 1990; Straus y Gelles, 1990a). Específicamente en las relaciones íntimas, Straus (2003) afirma que cualquier desequilibrio o desigualdad en la pareja aumenta la probabilidad de la agresión; el miembro de la pareja que quiere mantener el poder y el dominio o que está en posición inferior y quiere alcanzar una relación más equilibrada podrá utilizar la violencia.

La versión original del CTS está compuesta por 19 ítems que, en general, hacen referencia a conductas agresivas en el contexto de una pareja. Estos 19 ítems están codificados en una escala tipo Likert de siete puntos comprendidos entre las categorías “nunca” y “más de veinte veces” (de 0 a 6 puntos) y se estructuran en cuatro sub-escalas denominadas: *razonamiento/argumentación*, compuesta por tres ítems, *agresión psicológica/verbal*, compuesta por cinco ítems, *agresión física leve*, compuesta por siete ítems y, finalmente, *agresión física grave*, compuesta por tres ítems. Aplicándose a multitud de países, entre ellos India y Japón (Kumagai y Straus, 1983), Israel (Eisikovits, Guttman, Sela-Amit y Edleson 1993), Hong Kong (Tang, 1994), España (Hinshaw y Forbes, 1993) y Suecia (Gelles y Edfeldt, 1986) y diversas culturas como la Afroa-

americana (Hampton, Gelles y Harrop, 1989; DuRant, Cadenhead, Pendergrast, Slavens y Linder, 1994) e Hispano-Americana (Kaufman-Kantor, Jasinski y Aldarondo, 1994).

Este instrumento de medida fue diseñado inicialmente para población adulta, suscitando muchas críticas al constatar que las relaciones de la población más joven y la de los adultos no son equiparables en cuanto a la duración, el compromiso, el grado de intimidad sexual y la forma de resolver los problemas (Furman y Wehner, 1997b). Además, White, Hall, Smith, Koss y Figueredo (2000) apuntan una concepción incompleta al CTS ya que únicamente tiene en cuenta la cantidad de conductas agresivas, sin tener en cuenta las circunstancias previas de la agresión o el significado que da la víctima de lo sucedido y subestima otro tipo de agresiones indirectas como la destrucción de pertenencias de la pareja o las amenazas de realizar este tipo de conductas. Así, Caulfield y Riggs (1992) determinan que la estructura factorial del CTS no demuestra una clara distinción entre los ítems que evalúan la agresión verbal/psicológica y la agresión física. Además, el factor de la agresión física severa no ha sido consistentemente identificado (Barling et al., 1987; Ten Vergert, Kingma y Gillespie, 1990). Por otro lado, otra de las críticas que se le ha hecho es que los comportamientos agresivos evaluados muestran una sobreestimación de la agresión femenina y subestiman la masculina (Ryan, Frieze y Sinclair, 1999). Estos resultados concuerdan con otros estudios (Dobash y Dobash, 1979; Kurz, 1993).

Estas y otras críticas llevaron a, Hamby et al. (1996) a publicar la *Revised Conflict Tactics Scale* (CTS2), superando muchas de las limitaciones de su antecesora, aunque la base teórica es igual en ambas versiones. Así, el CTS2 consta de cinco escalas: (a) *Negociación*, consta de 6 ítems que hacen referencia al uso de estrategias intelectuales para acabar un desacuerdo por medio del debate y del razonamiento (negociación cognitiva) y la comunicación de sentimientos afectivos positivos en la pareja (negociación emocional); (b) *Agresión física* compuesta por 12 ítems que incluyen el uso de la fuerza física para resolver los conflictos; (c) *Agresión psicológica* compuesta por 8 ítems, que lo conforman actos de violencia verbal y actos de violencia no verbal; (d) *Coerción sexual* con 7 ítems que definen la conducta orientada a obligar a la pareja a participar en una actividad sexual no deseada, con tres niveles de coerción (insistencia, amenazas de fuerza y la fuerza) y tres tipos diferentes de actos sexuales (vaginales,

anales y orales) y, (e) *Lesiones* compuesta por 6 ítems que mide el daño físico infringido por la pareja.

Newton, Connely y Landverk (2001) analizaron en una muestra de mujeres en situación de riesgo dos modelos de estructura factorial con el CTS, una de tres factores (agresión física, agresión sociológica y negociación) y otra de cinco (negociación, agresión psicológica menor, agresión psicológica grave, agresión física menor y agresión física grave); encontrando que las dos soluciones explicaron los datos de forma muy similar, aunque la de cinco factores obtuvo un mejor ajuste. Sin embargo, los indicadores de ajuste que se obtuvieron no fueron muy buenos (NFI= 0,78), según los autores, la falta de ajuste de la mayoría de los índices se debió a los siete ítems que forman la escala de agresión física grave puesto que a excepción dos ítems, explicaban porcentajes de la varianza menores del 7%. Lucente, Fals-Stewart, Richards y Goscha (2001) en una muestra de mujeres encarceladas con un historial de abuso de drogas, han demostrado mayor evidencia para la estructura teórica del CTS y confirmaría la estructura de cinco factores coincidentes con las cinco escalas del CTS2, tanto para la victimización como para la perpetración. La versión adaptada de la escala CTS2 desarrollado por Corral y Calvete (2006) en muestra de jóvenes universitarios españoles confirman parcialmente la estructura factorial de la versión original.

A partir de la construcción original del CTS en muestras de parejas adultas, se crea la versión modificada del CTS (M-CTS) por Neidig (1986), compuesta por 18 ítems codificados en un formato de respuesta tipo Likert de cinco puntos (1= nunca; 2= rara vez; 3= algunas veces; 4= a menudo; 5= muy a menudo), con preguntas bidireccionales, una relativa a la conducta de la persona que responde y la otra referida a la pareja respectiva. Así, posibilita obtener dos medidas independientes, por una parte, la persona que emite la agresión (agresor/a) y la persona que recibe la agresión (víctima).

La versión modificada del CTS (M-CTS) se diferencia del CTS original en que se añaden dos nuevos ítems: 1) “¿Has intentado sujetar físicamente a tu pareja?” y 2) “¿Has golpeado a tu pareja?”. Además, teniendo en cuenta la inestabilidad de las relaciones de noviazgo de adolescentes y jóvenes, se realizan tres modificaciones al respecto: (a) los ítems se refieren a los comportamientos que mantiene cuando discute la

persona que responde a la escala con su actual pareja; (b) si no se tiene pareja en el momento de la evaluación se responde con la relación más reciente y, (c) las opciones de respuestas evalúan un abanico de respuestas que van desde 1 (nunca) al 5 (muy a menudo).

Para cumplir con los criterios psicométricos, la escala del M-CTS se establece a través de técnicas estadísticas sofisticadas, entre ellas, el análisis factorial tanto exploratorio como confirmatorio. Evidenciando una estructura factorial tanto para las escalas de perpetradores como para las escalas de víctimas, en hombres y mujeres estudiantes de institutos, donde la validez convergente presenta resultados satisfactorios consistentes con la versión original del CTS y replicando dicha estructura factorial a través del análisis factorial confirmatorio y añadiendo, de esta forma, mayor validez de constructo a la estructura (Cascardi et al., 1999). Específicamente, en una muestra adulta, la M-CTS ha mostrado comparables resultados con respecto al CTS, en cuanto a la estructura factorial y a las propiedades psicométricas (Pan et al., 1994). De forma adicional, los factores de la agresión psicológica y la agresión física están relacionados significativamente con medidas actitudinales que aceptan las agresiones en las relaciones de noviazgo (Slep, Cascardi, Avery-Leaf y O'Leary, 2001). Respecto a los coeficientes de fiabilidad encontrados en el M-CTS, en una muestra de estudiantes universitarios, éstos fueron ampliamente satisfactorios: desde 0,82 para la escala de agresión verbal en las mujeres y 0,79 en los hombres, hasta 0,75 para la escala de la agresión física en las mujeres y 0,64 en los hombres (Shook et al., 2000).

2.2 Escala de Tácticas de Dominancia y Tácticas Celosas

La investigación sobre la violencia en las relaciones de noviazgo se ha centrado en la última década en un tipo de agresión, la psicológica, al que no se prestó la suficiente atención a tenor de las implicaciones sociales y legales que conlleva. Si el comportamiento agresivo físico suele llevarse a cabo pegando, empujando o dando patadas; la agresión psicológica se produce de forma mucho más sutil, conformando una variedad de actitudes y comportamientos que provocan emociones y sentimientos negativos como el miedo, la desvalorización, la vergüenza o sentimientos de culpa y sufrimiento.

La técnica más utilizada para evaluar la agresión psicológica ha sido el auto-informe, específicamente el Inventario de Maltrato Psicológico a Mujeres de Tolman (1989, 1999), es sin duda el instrumento más utilizado para evaluar específicamente las conductas físicas o verbales, activas o pasivas que implican maltrato psicológico. Consiste en una escala estructurada de 22 ítems que tras la factorización de los ítems incluían dos sub-escalas denominadas *tácticas dominantes* y *tácticas celosas*.

La *Escala de Tácticas de Dominancia y Tácticas Celosas* consta de 11 ítems seleccionados por Kasian y Painter (1992) del Inventario de Maltrato Psicológico de Mujeres de Tolman (1989, 1999), con el objetivo de valorar dos formas diferentes de agresión psicológica en las relaciones íntimas con muestras de adolescentes. El formato que presenta la escala es de tipo conductual, codificándose la frecuencia con la que los sujetos llegan a manifestar determinadas tácticas de dominancia y tácticas celosas, utilizándose para ello una escala tipo Likert de 5 puntos (1= nunca; 2= raras veces; 3= algunas veces; 4= a menudo; 5= muy a menudo), con preguntas bidireccionales una relativa a la conducta de la persona que responde y la otra referida a la pareja respectiva, permitiendo obtener dos medidas, por una parte, la persona que emite la agresión (agresor/a) y la persona que recibe la agresión (víctima). La estructura factorial de la escala se divide en dos sub-escalas:

(a) *Tácticas Dominantes*. Consta de 7 ítems que evalúan el constructo del comportamiento controlador o coercitivo en las relaciones de pareja.

(b) *Tácticas Celosas*. Consta de 4 ítems cuyo contenido hace referencia al comportamiento celoso en las relaciones de pareja.

De cara a la validez de constructo de la escala, hay que tener en cuenta que los estudios realizados por los autores estaban compuestos básicamente por muestras de adolescentes (Cano et al., 1998; Cascardi et al., 1999; Smith, 2001) y que además las dos sub-escalas estaban altamente correlacionadas con la agresión física medida a través del M-CTS en una muestra de adolescentes con edades entre 10 a 14 años (O'Brien et al., 1999). Específicamente, la sub-escala de celos estaba asociada con la agresión física en el M-CTS (Cascardi et al., 1999) y las actitudes que justifican el comportamiento celoso

(Slep et al., 2001). Respecto los coeficientes de fiabilidad encontrados, se tuvo en cuenta la consistencia interna a través del coeficiente de *alpha* de Cronbach, siendo los valores obtenidos de $\alpha = ,72$ para la escala “Tácticas Dominantes” y de $\alpha = ,76$ para la escala “Tácticas Celosas” en una muestra de 280 estudiantes de instituto (Cano et al., 1998).

3. OBJETIVO

Teniendo presentes las principales características de estas escalas, el objetivo de este primer estudio empírico es:

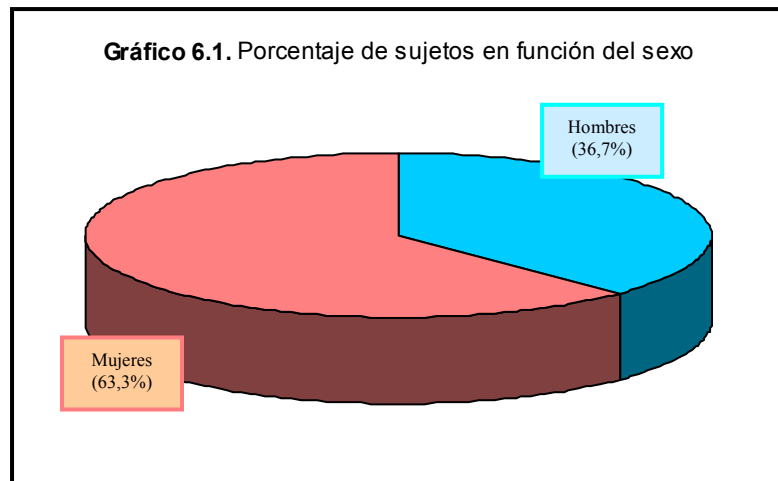
1. Adaptar a población española la Escala de Tácticas de Conflicto Modificada (M-CTS) y la Escala de Tácticas de Dominancia y Tácticas Celosas con el objeto de evaluar el comportamiento agresivo en las relaciones de pareja en poblaciones de jóvenes y adolescentes.

4. MUESTRA

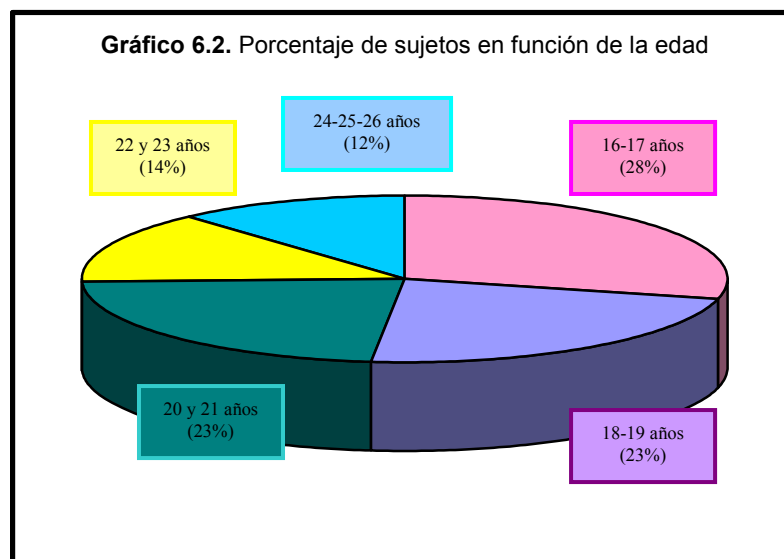
Dado que la finalidad principal de esta tesis doctoral es analizar las relaciones de noviazgo de adolescentes y jóvenes, como criterio previo se tuvo en cuenta la muestra que habían mantenido o mantenían una relación de pareja en el momento de la evaluación. De modo que una vez que se les entregaba el cuestionario, se les ofrecían una serie de instrucciones para su cumplimentación, concretamente la definición de novio/a como una *relación esporádica o duradera con cierta implicación afectiva*. Se insistía en la importancia de que viesen a su novio/a como su pareja y que contestasen a las preguntas siempre refiriéndose a esta misma persona.

Para el presente estudio se contó con la participación de un total de 5.355 adolescentes y jóvenes que habían mantenido o mantenían una relación de pareja en el momento de la evaluación. La selección de la población adolescente y joven y los centros escolares participantes, así como las características descriptivas de la muestra total ya han sido descritas en el capítulo V Planteamiento General de Investigación.

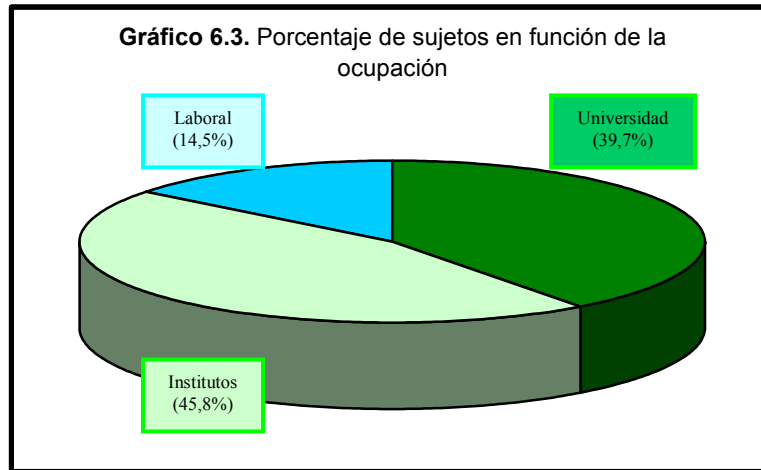
Los siguientes gráficos representan las características descriptivas y sociodemográficas de la muestra objeto de estudio en función del sexo, edad y ocupación. Tal y como se observa en el gráfico 6.1, el 36,7% de los sujetos fueron varones ($n=1.965$) y el 63,3% mujeres ($n=3.390$).



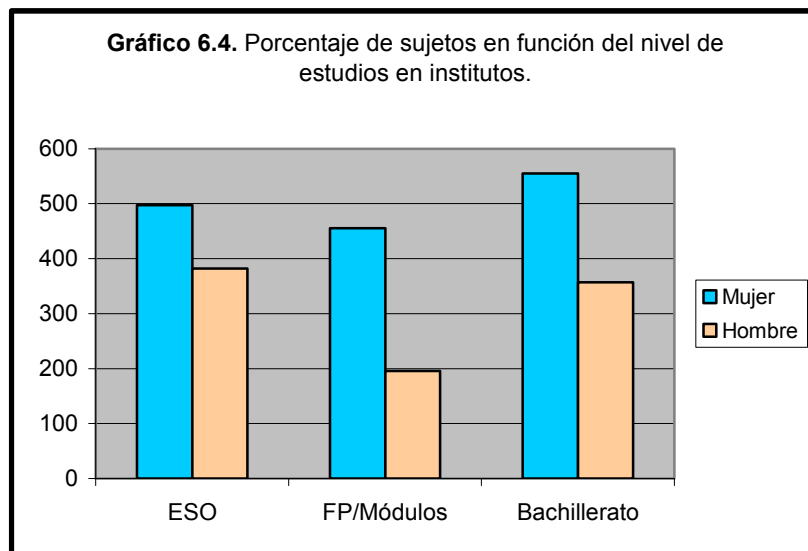
El rango de edad de adolescentes y jóvenes estuvo comprendido entre los 16 y los 26 años de edad, siendo el grupo de los 16-17 años el de mayor porcentaje, al estar compuesto por el 28% de la muestra total (Gráfico 6.2). La edad media de todos los grupos fue de 19.67 años.



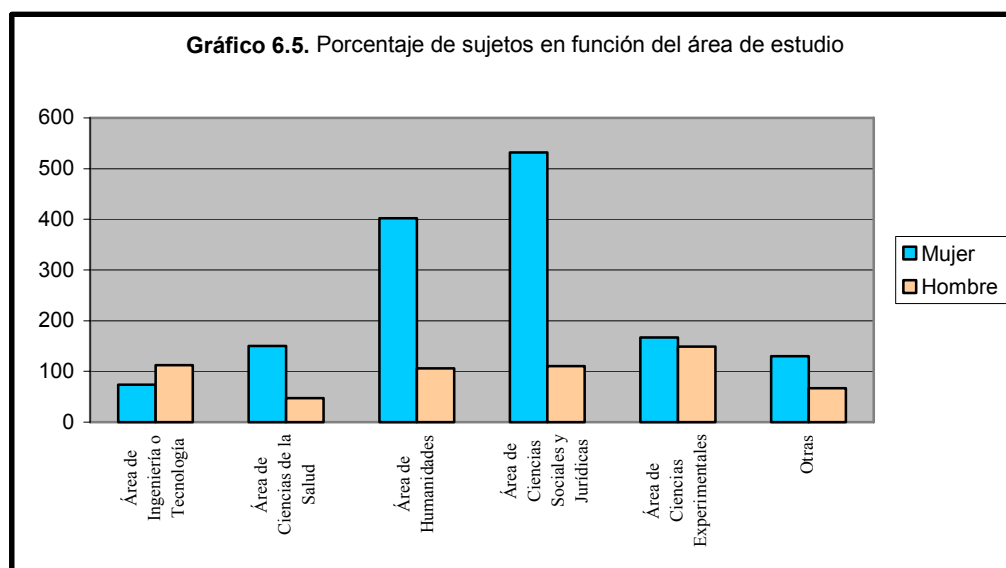
En la Gráfico 6.3, se presenta la distribución del total de los 5.355 adolescentes y jóvenes participantes en función de su ocupación, siendo el grupo del instituto el de mayor porcentaje, al estar compuesto por el 45,8% de la muestra total.



Específicamente, de los sujetos en institutos, 879 adolescentes de la muestra cursaba 4º curso de Enseñanza Secundaria Obligatoria (497 y 382 mujeres y hombres, respectivamente), 651 de ellos estaban realizando Formación Profesional o módulos formativos (455 y 196 mujeres y hombres, respectivamente) y 912 de ellos estaban llevando a cabo sus estudios de 1º y 2º de Bachillerato (555 y 357 mujeres y hombres, respectivamente) (Gráfico 6.4).



En relación a los sujetos universitarios, se observó que el 95,8% de ellos pertenecían al primer Ciclo Universitario, el 1,6% al segundo Ciclo y el 2,4% al tercer Ciclo Universitario. Asimismo, de los estudiantes universitarios, 186 de ellos, el 9%, cursaban carreras del área de ingeniería o Tecnología, 203 de ellos, el 9,8%, cursaban carreras del área de ciencias de la salud, 508, el 24,7%, cursaban carreras del área de humanidades, 642, el 31,2% carreras del área de ciencias sociales y jurídicas y el 316, 15,3%, carreras del área de ciencias experimentales (Gráfico 6.5).



5. PROCEDIMIENTO

Para la adaptación española de *la Escala de Tácticas de Conflicto modificada* y *la Escala de Tácticas de Dominancia y Tácticas Celosas* se siguieron las fases que se desglosan a continuación:

1) Traducción al español de la escala original: La traducción al español de las escalas se realizó a través de un equipo de investigadores con reconocida experiencia en el estudio de la agresión y con amplios conocimientos de Inglés.

2) Estudio pre-piloto: Se utilizaron 110 sujetos pertenecientes a la Universidad Complutense y a diferentes institutos de Enseñanza Secundaria y Formación Profesional de Madrid con el objeto de analizar cualitativamente las escalas. El objetivo principal de

esta fase fue detectar ítems con mal funcionamiento, distractores inadecuados y dificultades de comprensión debidas a una mala redacción de los ítems.

3) Estudio experimental: 5.355 adolescentes y jóvenes pertenecientes a los distintos centros educativos y en situación laboral, rellenaron la Escala de Tácticas de Conflicto Modificada, Escala de Tácticas de Dominancia y Tácticas Celosas y la Escala de la Valoración de la Agresión Sexual. Consecuentemente, la aplicación de las escalas fue contrabalanceada, de tal forma que se establecieron tres formas diferentes teniendo en cuenta que cada escala ocupara una posición diferente en cada una de ellas. El objeto de este procedimiento fue contrarrestar en la medida de lo posible aquellas variables que pudieran afectar a alguna escala por ocupar siempre el mismo orden de aplicación.

4) Análisis psicométrico: A partir de los análisis factoriales exploratorios de la Escala de Tácticas de Conflicto Modificada (Cascardi et al., 1999) y la Escala de Tácticas de Dominancia y Tácticas Celosas (Kasian y Painter, 1992) se obtuvo los análisis factoriales confirmatorios para determinar la bondad de ajuste de la estructura factorial de las dos escalas a través de modelos de ecuaciones estructurales con el programa estadístico AMOS (SPSS, v. 12.5). Esta técnica estadística permite contrastar una serie de hipótesis basadas en ecuaciones de regresión a través de la estimación de una matriz de covarianza. Esta matriz estimada es comparada con la matriz de covarianza observada en la muestra de cara a determinar el ajuste del modelo a los datos. Es decir, permite determinar si nuestro modelo teórico se ajusta a los datos empíricos obtenidos en la investigación. Además, se determinaron los índices de fiabilidad a través del coeficiente *alpha* de Cronbach de las escalas.

6. RESULTADOS

6.1. Adaptación psicométrica de la Escala de Tácticas de Conflicto Modificada

En primer lugar, se contrastó un modelo de cuatro factores compuesto por razonamiento/argumentación, agresión psicológica/verbal, agresión física leve y agresión

física severa, tanto para los agresores como para las víctimas en población adolescente y joven.

Las Figuras 6.1 y 6.2 presentan los análisis factoriales confirmatorios realizados para el M-CTS tanto en las respuestas de perpetración como en las respuestas de victimización, respectivamente.

En las Figuras 6.1 y 6.2 pueden observarse una estructura tetradimensional de la Escala de Tácticas de Conflicto Modificada en perpetración y victimización, que coincide con la obtenida en el análisis factorial original ya que la distribución de los ítems en cada factor es la misma en ambos análisis. Estos cuatro factores son: razonamiento/argumentación, que supone una forma de resolver los conflictos de forma pacífica, compuesta por tres ítems (ej., “has discutido de forma tranquila”); la agresión psicológica/verbal, dirigida a la resolución de los conflictos a través de insultos, discusiones y amenazas verbales, compuesta por cinco ítems (ej., “has insultado o maldecido a tu novio”); la agresión física leve compuesta por siete ítems que reflejan una serie de tácticas agresivas manifestadas a través del contacto físico o corporal con la víctima (ej., “has lanzado algún objeto a tu novio/a”), pero que no implican daños o lesiones físicas graves y, la agresión física grave compuesta por tres ítems que reflejan el uso de tácticas físicas cuyas consecuencias son graves para la propia integridad de la pareja (ej., “tu novio te ha dado una paliza”).

Analizando con mayor detenimiento el análisis factorial confirmatorio realizado, los cuatro factores subyacentes a la escala correlacionan entre sí. No obstante, tal y como se esperaba teóricamente, las correlaciones más altas se dieron entre la agresión física leve y la agresión psicológica/verbal, tanto en el M-CTS en perpetración ($r = 0,56$) como en el de victimización ($r = 0,58$).

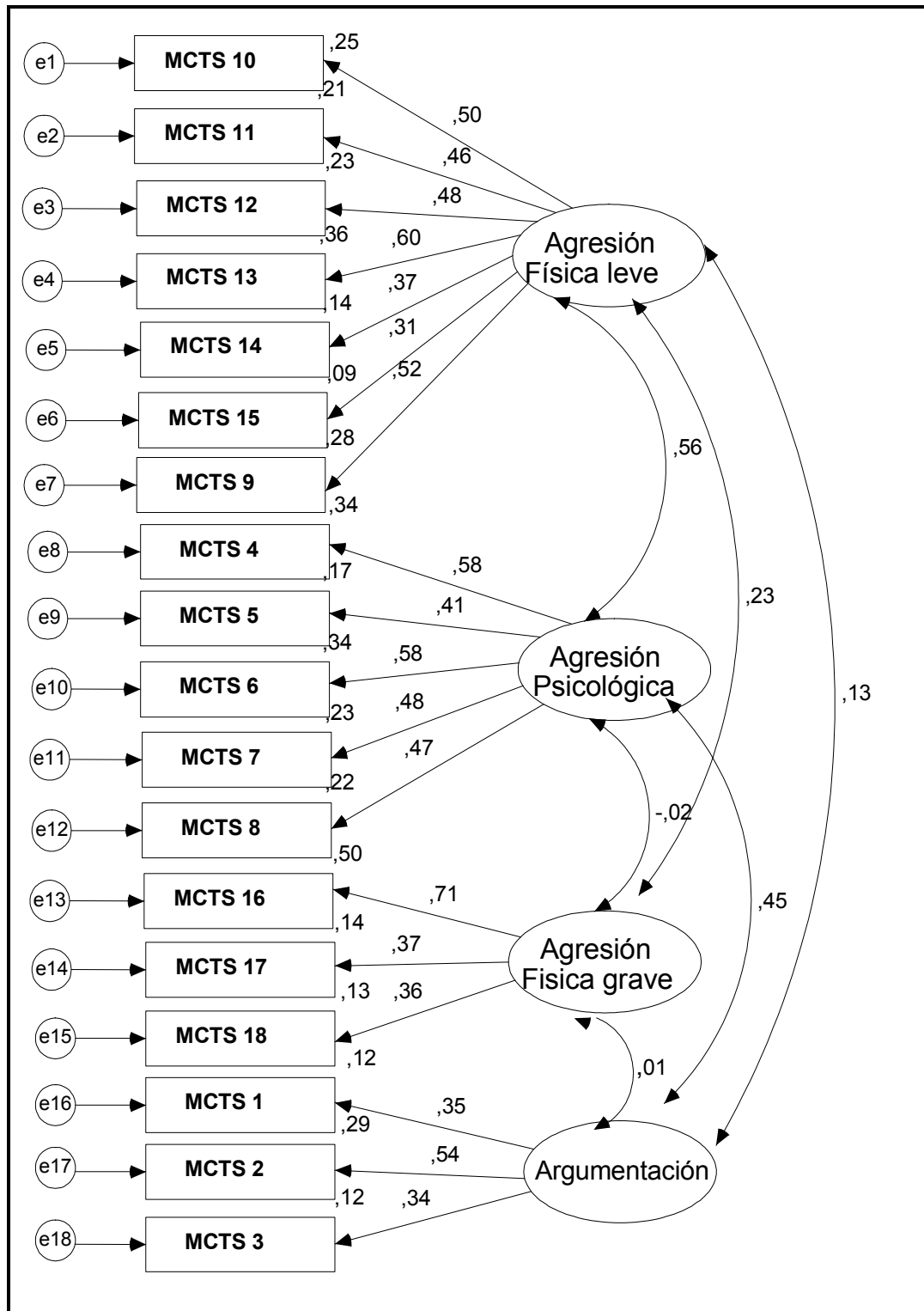


Figura 6.1. Análisis Factorial Confirmatorio de la estructura factorial del M-CTS.

Perpetración

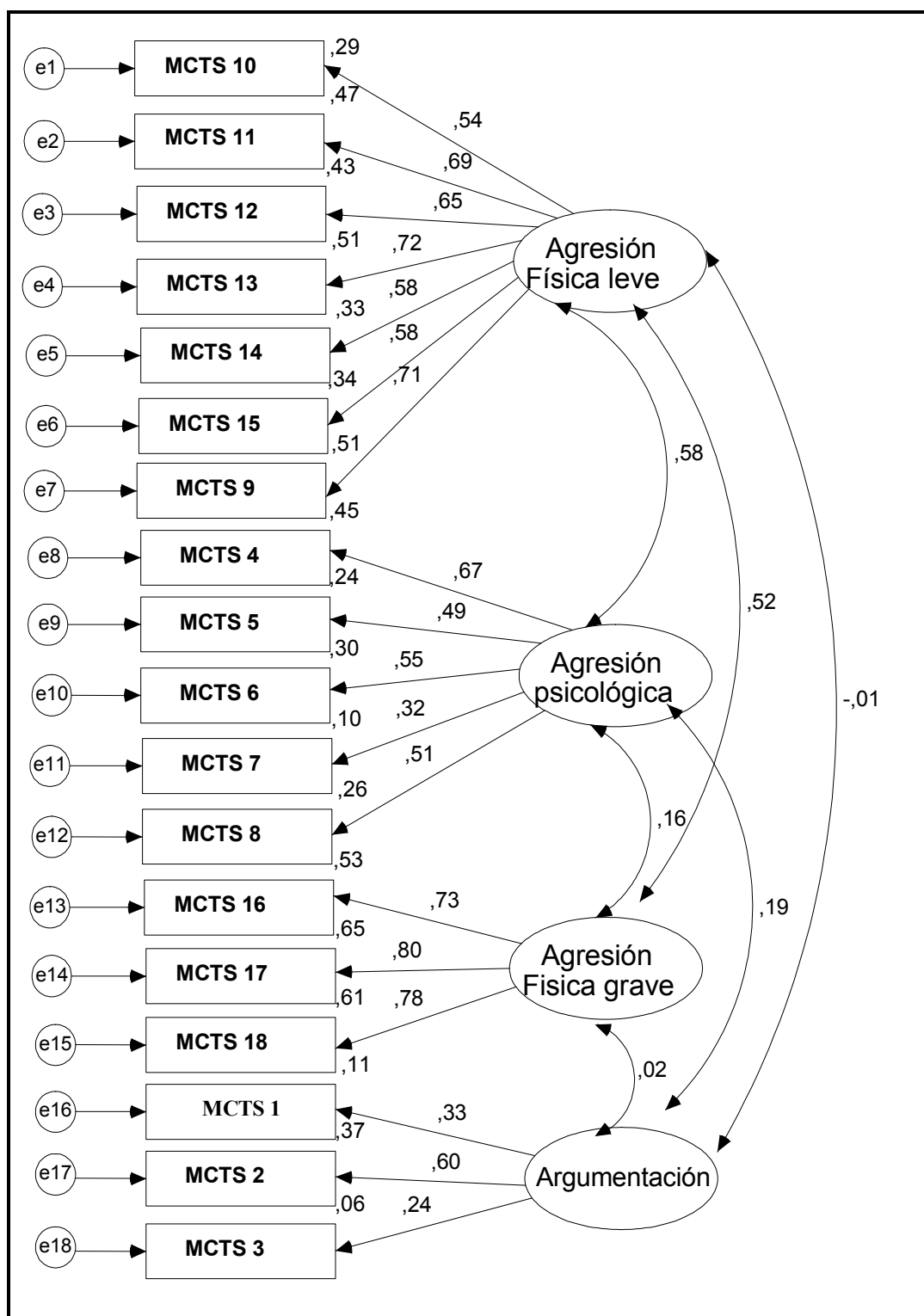


Figura 6.2. Análisis Factorial Confirmatorio de la estructura factorial del M-CTS.

Victimización

Destaca que en el modelo estructural del M-CTS (perpetración) la correlación entre agresión psicológica/verbal y argumentación fue del 0,45; resultado que puede indicar que las parejas que utilizan la agresión psicológica utilizan también otras estrategias en la resolución de conflictos, tales como discutir de forma tranquila o buscar información para apoyar su propio punto de vista. Todos los ítems obtuvieron altos coeficientes de regresión estandarizados, exceptuando el ítem 3 tanto en las respuestas de perpetración como de victimización. Precisamente, estos ítems presentaron a su vez una escasa variabilidad explicada (0,9% y 0,6%, respectivamente). Si bien, no afectaron a la validez estructural de los modelos planteados, futuras revisiones del instrumento deberán determinar su aportación o su oportuna sustitución por otros nuevos elementos.

Se utilizaron diferentes índices para determinar la bondad de ajuste del modelo. Puesto que la distribución del M-CTS es una distribución multivariante no-normal, se utilizaron diferentes criterios de bondad de ajuste puesto que, además, no existe acuerdo sobre cuál de estos índices representa mejor el ajuste del modelo. En este sentido, se eligieron, por ser los de uso más frecuente, el Índice de Bondad de Ajuste (GFI), que es una medida de la variabilidad explicada por el modelo, el Índice ajustado (AGFI), el Error cuadrático medio de aproximación (RMSEA) y el Índice de Ajuste Comparado (CFI). Como se observa en la Tabla 6.1, los índices de bondad de ajuste de los dos modelos propuestos fueron estadísticamente satisfactorios por lo que se confirma la estructura de cuatro factores propuesta.

Tabla 6.1. Diagnóstico global de la bondad de ajuste de los modelos de análisis factorial confirmatorio del M-CTS

Índices	M-CTS Perpetración	M-CTS Víctimización
GFI	0,96	0,96
AGFI	0,94	0,95
RMSEA	0,02	0,04
CFI	0,93	0,92

Nota: Ya que no hay un acuerdo en cuál de estos índices representa mejor la bondad de ajuste del modelo se presentan una combinación de ellos (Hu y Bentler, 1999).

Una vez contrastada la estructura factorial subyacente a la Escala de Tácticas de Conflicto Modificada en la muestra de sujetos españoles, se pasó a determinar los índices de fiabilidad de cada una de las sub-escalas. La Tabla 6.2 presenta los coeficientes de fiabilidad para las cuatro sub-escalas analizadas, estimados a través del coeficiente *alpha* de Cronbach tanto para el M-CTS de perpetración como el de victimización.

Tabla 6.2. Coeficientes de fiabilidad para las sub-escalas del M-CTS

Sub-escalas	M-CTS	M-CTS
	Perpetración	Victimización
Agresión física media	0,819	0,816
Agresión psicológica	0,645	0,626
Agresión física grave	0,774	0,813
Argumentación	0,315	0,306

Tal y como se observa en la Tabla 6.2, los coeficientes de fiabilidad obtenidos fueron satisfactorios para la sub-escala agresión física leve en perpetración y victimización ($\alpha = ,81$) y para la sub-escala agresión física grave ($\alpha = ,77$ y $\alpha = ,81$, respectivamente). Sin embargo, la consistencia obtenida fue menor para las sub-escalas de agresión psicológica/verbal ($\alpha = ,64$ y $\alpha = ,62$, respectivamente), y argumentación ($\alpha = ,31$ y $\alpha = ,30$, respectivamente). Hay que tener en cuenta, que en este último factor, sólo se compone de tres ítems por lo que puede estar afectando a su fiabilidad. Además, algunos ítems pueden estar teniendo problemas en el contenido, concretamente, se señala que, por ejemplo el ítem 5 (*“tu novio se ha molestado al hablar de un tema y/o negado a hacerlo”*) y el ítem 8 (*“tu novio ha dicho o hecho algo para fastidiar o picar a tu novio”*), presentan una varianza explicada menor que el resto de los ítems que componen esta sub-escala. Precisamente, el contenido del ítem 7 (*“tú has llorado”*) no denota tácitamente la presencia de motivación agresiva verbal o psicológica en la pareja.

6.2. Adaptación psicométrica de la Escala de Tácticas de Dominancia y Tácticas Celosas

En primer lugar, se aplicó un análisis factorial confirmatorio sobre los 11 ítems que componen la escala (valorados de 1 a 5 en una escala tipo Likert) mediante los

modelos de ecuaciones estructurales con el programa estadístico AMOS. Los resultados obtenidos se exponen en las Figuras 6.3 y 6.4.

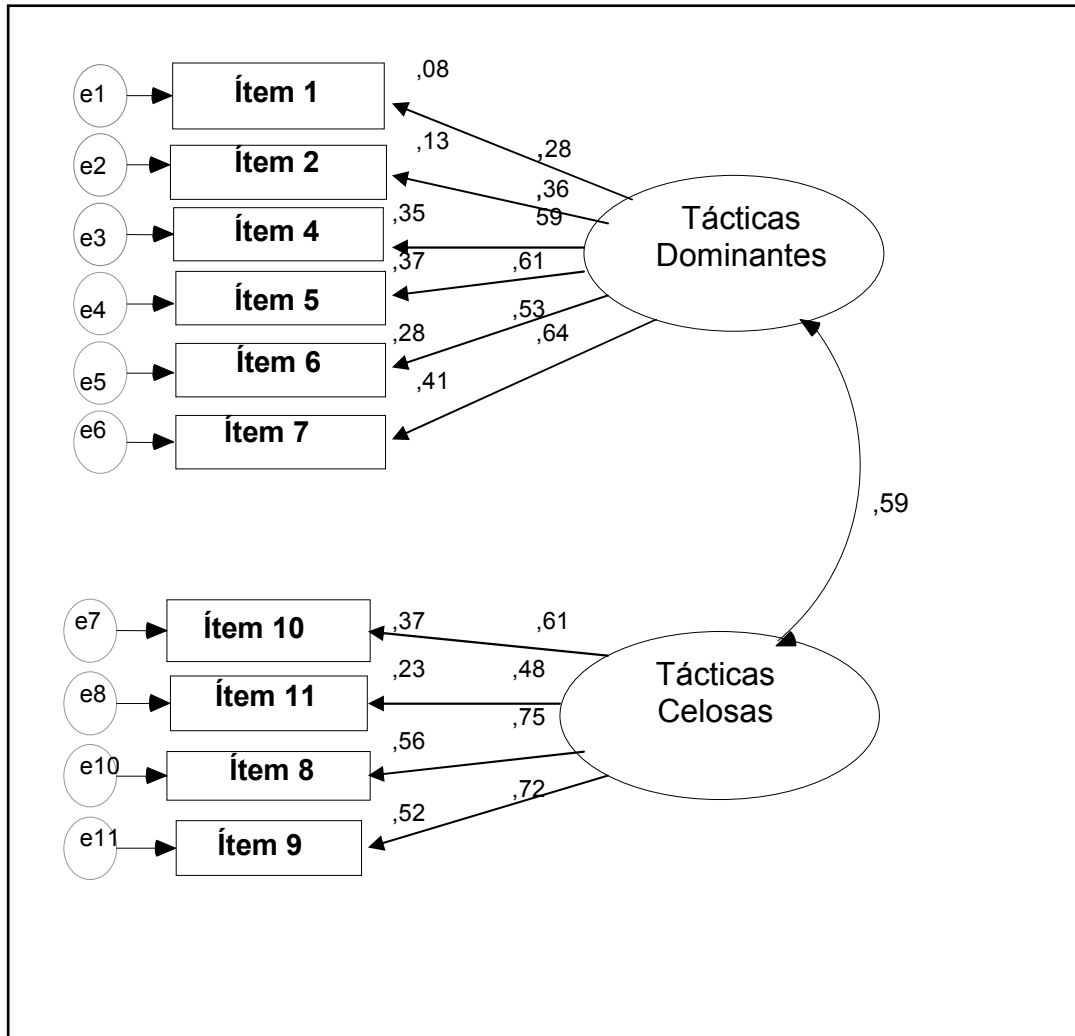


Figura 6.3. Análisis Factorial Confirmatorio de la estructura factorial de la Escala de Tácticas de Dominancia y Tácticas Celosas. Perpetración

La estructura teórica que subyace de forma empírica en la versión española de esta escala es bastante congruente con la obtenida por los autores originales en muestras de sujetos adolescentes; en relación con las sub-escalas de Tácticas de Dominancia y Tácticas Celosas.

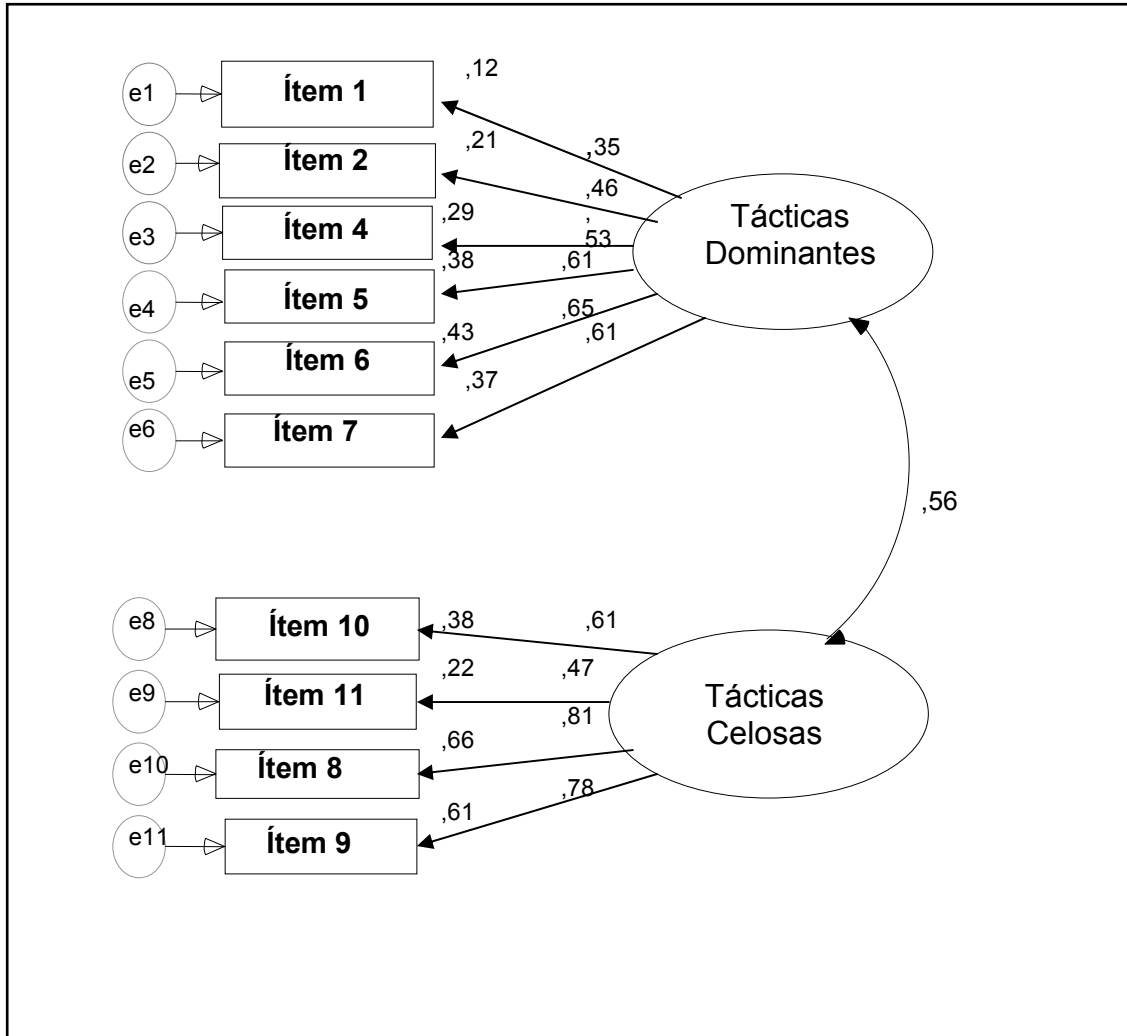


Figura 6.4. Análisis Factorial Confirmatorio de la estructura factorial de la Escala de Tácticas de Dominancia y Tácticas Celosas. Victimización

Como se puede observar en la Figura 6.3, la resolución del análisis factorial confirmatorio mostró dos factores, el primer factor fue denominado “*Tácticas dominantes*”, pues aglutinó una serie de ítems relacionados con conductas dirigidas a controlar las actividades de la víctima en el terreno de la familia, las relaciones interpersonales y el bienestar personal (ej., “he intentando poner en contra de mi novio/a a su familia y amigos”, “he amenazado a mi novio/a con irme con otro/a”, “he intentando que mi novio/a no hable o vea a su familia”). El segundo de los factores obtenidos fue denominado “*Tácticas celosas*”, dado que aglutinó a un conjunto de ítems que implican el deseo de posesión de la otra persona (ej., “he estado celoso/a y sospechaba de los amigos/as de mi novio/a”, “acusó a mi novio/a de salir con otro/a chico/a”, “compruebo lo que hace mi novio/a y exijo que me diga donde ha estado”).

La estructura que subyace de forma empírica de cara a la posibilidad de su análisis independiente en relación a las puntuaciones en perpetración y victimización son similares (Figura 6.3 y 6.4). Destaca en el modelo estructural la correlación entre las Tácticas Dominantes y las Tácticas Celosas tanto para las puntuaciones en perpetración y victimización (0,59 y 0,56, respectivamente). Por otra parte, el ítem 3 de ambas puntuaciones no saturaron de forma elevada en ninguno de los dos factores “he intentado que mi novio/a deje de hacer cosas para ayudarse a sí mismo/a” y “mi novio/a intenta que yo deje de hacer cosas para ayudarse a sí mismo/a” por considerar su traducción al español de forma inadecuada.

Los índices diagnósticos de la bondad de ajuste de los dos modelos planteados muestran que en ambos se dio un buen ajuste entre la clasificación propuesta y los datos empíricos obtenidos en el presente estudio acerca de los factores de Tácticas Dominantes y Tácticas Celosas asociados a diferentes tipos de agresión psicológica (Tabla 6.3).

Tabla 6.3. Diagnóstico global de la bondad de ajuste de los modelos de análisis factorial confirmatorio de la Escala de Tácticas de Dominancia y Tácticas Celosas

Índices	Perpetración	Víctimización
GFI	0,95	0,94
AGFI	0,92	0,90
RMSEA	0.08	0,09
CFI	0,89	0,88

Nota: Ya que no hay un acuerdo en cuál de estos índices representa mejor la bondad de ajuste del modelo se presentan una combinación de ellos (Hu y Bentler, 1999).

Una vez contrastado el análisis factorial confirmatorio subyacente a la escala de Tácticas de Dominancia y Tácticas Celosas en la muestra de sujetos españoles, se pasó a determinar los índices de fiabilidad de cada una de las sub-escalas del cuestionario. La Tabla 6.4 presenta los coeficientes de fiabilidad de cada una de las sub-escalas.

Tal y como se observa en la Tabla 6.4, los coeficientes de fiabilidad obtenidos fueron satisfactorios en la escala total ($\alpha = ,87$). Sin embargo, para las sub-escalas la consistencia obtenida fue menor, específicamente, la sub-escala de Tácticas Dominantes tanto en la perpetración como en la victimización ($\alpha = ,67$ y $\alpha = ,70$, respectivamente) y

Tácticas Celosas ($\alpha = ,73$ y $\alpha = ,77$, respectivamente). A tenor de estos resultados, los coeficientes de fiabilidad que se obtuvieron en las muestras originales fueron similares a los obtenidos en la muestra española.

Tabla 6.4. Coeficientes de fiabilidad de las sub-escalas de la Escala de Tácticas de Dominancia y Tácticas Celosas

Sub-escalas	Perpetración	Víctimización
Tácticas Dominantes	0,67	0,70
Tácticas Celosas	0,73	0,77

7. DISCUSIÓN

El primer estudio de la investigación doctoral se ha centrado en la adaptación psicométrica a población española de dos escalas de amplio y reconocido uso internacional, con el objeto de evaluar el comportamiento agresivo en las relaciones de noviazgo, con las suficientes garantías de fiabilidad y validez. Como se ha comprobado en otros estudios llevados a cabo, un análisis preliminar de las características empíricas de los instrumentos puede aportar una información valiosa sobre su validez y equivalencia transcultural, así como su posible sesgo o funcionamiento diferencial en culturas estudiadas.

Como se ha comentado, existe un amplio conjunto de instrumentos psicométricos diseñados y ampliamente utilizados a nivel internacional para la evaluación y medición de la agresión en las relaciones de noviazgo. En especial, destacan las técnicas de auto-informe, dadas sus ventajas ya que presentan mayor facilidad de aplicación a múltiples grupos y contextos y posibilita un escaso coste. Teniendo en cuenta tales planteamientos, y con el objeto de poder medir con la suficiente exactitud y validez diferentes tipos de agresiones, se adaptaron dos escalas ampliamente usadas en investigaciones sobre este tipo de comportamientos: la *Escala de Tácticas de Conflicto Modificada* y la *Escala de Tácticas de Dominancia y Tácticas Celosas*.

La principal aplicación de estas escalas es la investigación; en concreto, posibilitar la operativización de un conjunto de distintas tipologías en torno al constructo de la violencia en las relaciones de noviazgo con el principal objeto de estudiar sus prevalencias e interrelaciones. Estas escalas no se derivan, por tanto, de teorías de la personalidad, ni fueron diseñados con la intención, de medir, evaluar o diagnosticar rasgos de personalidad, sino que tan sólo pretenden ser operativizaciones de variables que indican el grado en que las personas presentan, con mayor o menor probabilidad, determinadas respuestas agresivas en el contexto de las relaciones de pareja de jóvenes y adolescentes.

Se llevaron a cabo diversos análisis estadísticos en fases consecutivas en función de los objetivos de investigación propuestos empleando el paquete estadístico SPSS v.12.5. A partir de los análisis factoriales exploratorios de los estudios originales se procedió a validar la estructura factorial confirmatoria mediante el programa AMOS. Siguiendo las recomendaciones de diferentes autores (Hoyle y Panter, 1995; Hu y Bentler, 1998), la bondad del ajuste se evaluó mediante el CFI (Índice de Ajuste Comparado) y el GFI (Índice de Bondad de Ajuste) y el AGFI (Índice ajustado). Además, se usó el índice RMSEA (Error cuadrático medio de aproximación), ya que se ha sugerido que este índice es uno de los mejores para la evaluación de modelos (MacCallum y Hong, 1997). En general, el valor de CFI de 0,90 o mayores reflejan un buen ajuste, y los valores que oscilan entre 0,80 y 0,90 representan un ajuste entre adecuado y bueno. Un RMSEA en torno a 0,05 refleja un ajuste fino del modelo en relación a sus grados de libertad, mientras que valores de hasta 0,08 refleja un error razonable en la estimación (Byrne, 1998). Posteriormente, para comprobar la fiabilidad de las escalas y sub-escalas se utilizó el alpha de Cronbach.

a) Escala de Tácticas de Conflicto Modificada

El estudio y análisis de la conducta agresiva en las relaciones de pareja ha desencadenado desde los años 70 diferentes instrumentos de evaluación, pero sin duda, desde la primera versión, la Escala de Tácticas de Conflicto (Conflict Tactics Scales,

CTS; Straus, 1979) ha sido y es uno de los instrumentos más utilizados para evaluar la violencia en las relaciones de pareja.

En primer lugar, se probó la hipótesis de que la estructura del M-CTS podía estar representada por cuatro factores, coincidentes con las cuatro escalas originales del CTS, tanto para victimización como para perpetración. Así pues, el análisis factorial confirmatorio aplicado al M-CTS identificó cuatro factores consistentes con la teoría y las investigaciones previamente realizadas (Cascardi et al., 1999; Pan et al., 1994; Straus, 1990), reflejando el uso conjunto de distintas tácticas agresivas que las parejas utilizan para la resolución de sus conflictos. Por otra parte, el análisis factorial confirmatorio obtuvo indicadores de ajuste buenos para el modelo teórico de cuatro factores para la forma de victimización como de perpetración.

La investigación en este tipo de intervenciones sobre la adaptación a la población española de diferentes instrumentos psicométricos de amplio y reconocido uso internacional, se asientan sobre la base de una completa comprensión de la violencia en el noviazgo. Por ello, vinculado a finalidades propias de investigación y evaluación, podría ser conveniente mantener la propuesta de cuatro factores de la escala original ya que supone la implantación de categorías diferenciadas en la resolución de conflictos (argumentación/razonamiento, agresión psicológica/verbal, agresión física leve y agresión física grave), para poder adentrarse en la complejidad de esta temática como es la violencia en el noviazgo.

De forma genérica, la evidencia disponible sugiere la posibilidad de reformular el contenido y la forma de los elementos que integran estos factores. Así, en algunos estudios, mostraron que algunos ítems tendían a pesar de forma importante en otras escalas diferentes a las que teóricamente pertenecían los ítems (Smith et al., 2001).

En segundo lugar, la fiabilidad mostrada por las cuatro sub-escalas que componen el M-CTS fue diferencialmente satisfactoria en función, entre otros factores, del número de ítems que componen cada una de las sub-escalas. En este sentido, hay que tener en cuenta que, la escala “argumentación” sólo se compone de tres ítems. Si bien, la agresión física leve y grave mostraron una consistencia interna satisfactoria por encima de 0,70, el

resto de sub-escalas mostraron una escasa consistencia. La sub-escala de agresión psicológica sólo mostró valores de 0,64 en las respuestas de perpetración y 0,62 en victimización.

Atendiendo a la variabilidad de las respuestas de los participantes, es necesario destacar, la escasa variabilidad de las respuestas debido a que la mayor parte se concentran en torno a las puntuaciones de “nunca” o “rara vez”, es decir, en población normal el gran porcentaje de las personas responderán que no han cometido o sufrido ningún acto agresivo. Concretamente, el M-CTS incluye ítems que describen actos agresivos físicos graves, por este motivo, la muestra de estudio consistente en adolescentes y jóvenes donde la frecuencia de dichos actos ha sido muy baja, incluso nula para algunos ítems. Por este motivo, se podría argumentar, que la alta homogeneidad de las respuestas, que proceden de una muestra normal o, al menos, no diagnosticada como un grupo de riesgo, este enmascarando la verdadera consistencia interna de estos factores.

Finalmente, los resultados obtenidos en este estudio avalan el uso del M-CTS como un instrumento de auto-informe especialmente útil en la investigación de la violencia en las relaciones de noviazgo, tanto en el miembro que utiliza la agresión (agresor/a), como en la que recibe (víctima). Por lo tanto, el tradicional modelo de agresión psicológica y física (leve y grave) puede resultar de ayuda a la hora de esclarecer aquellos factores asociados a la resolución violenta de conflictos en la pareja y poder diferenciar formas distintas de agresión. No obstante, la consistencia interna y la validez de contenido obtenida en la presente investigación reflejan la necesidad de realizar futuros estudios para explorar algunos aspectos psicométricos adicionales como por ejemplo la fiabilidad test-retest, la validez de contenido de algunos ítems y la validez predictiva.

b) Escala de Tácticas de Dominancia y Tácticas Celosas

Tal y como se ha expuesto en la parte teórica de la presente tesis doctoral, la agresión psicológica, aunque menos investigada que la agresión física (Stets, 1991), está bien documentada en las relaciones de noviazgo y, de forma genérica, presenta un

incremento en la prevalencia de los ítems en las correspondientes escalas de perpetración y victimización (Corral y Calvete, 2006; Cyr et al., 2006; Gray y Foshee, 1997; Kasian y Painter, 1992), incluso, los estudios han confirmado que esta forma de agresión resulta aún más necesaria en la población adolescente y juvenil, donde las agresiones indirectas suelen ser mucho más frecuentes que las directas (Wolfe et al., 2001).

A pesar del reciente desarrollo de estas intervenciones y del escaso número de estudios rigurosos de evaluación que se tienen hasta el momento, es necesario el establecimiento de un soporte básico en el análisis de los instrumentos de medida que puedan llegar a consolidar los beneficios obtenidos en este campo de investigación. En este sentido, se estudió, mediante un análisis factorial confirmatorio, la estructura de la Escala de Tácticas de Dominancia y Tácticas Celosas confirmándose la estructura original de dos factores: “Tácticas de Dominancia” y “Tácticas Celosas”, tanto para la forma de perpetración como de victimización. Estos resultados son muy afines a los encontrados por Kasian y Painter (1992).

Siguiendo con el análisis de las propiedades psicométricas de la versión adaptada de la Escala de Tácticas de Dominancia y Tácticas Celosas, figuran los datos que hacen referencia a la fiabilidad. Según los resultados de los análisis de las distintas escalas presentan una fiabilidad aproximada, afirmándose que ésta no es del todo satisfactoria. No obstante, a juzgar por los datos alcanzados, entre los índices de la versión original y los de la versión adaptada, existen notables similitudes. Ahora bien, atendiendo a los conceptos de fiabilidad como los de validez, es necesario destacar que pueden ser entendidos a través de la teoría de la generabilidad de Cronbach et al. (1972), en base al grado en el cual las puntuaciones halladas mediante un instrumento de medida son generalizables a distintos ámbitos o universos de generalización, es decir, existe más de un universo al que pretendemos generalizar nuestras observaciones sobre un sujeto.

Una de las principales preocupaciones de la aplicación y adaptación de los instrumentos es garantizar la similitud lingüística entre las diferentes versiones (Brislin, 1970, 1980; Frijda y Jahoda, 1966). En este caso, el ítem 3 de la escala “he intentado que mi novio/a deje de hacer cosas para ayudarse a sí mismo/a” y “mi novio/a intenta que yo deje de hacer cosas para ayudarme a mi mismo/a” tuvo que ser eliminado debido a la

falta de comprensión. El aspecto clave para lograr esta similitud es asegurar una traducción fiel de los instrumentos, es decir, la formulación equivalente de sus ítems.

De forma general, cuando se emplea un marco nomotético aparecen habitualmente factores sociales, donde las explicaciones que atiende solo a factores individuales no dan cuenta de los patrones y tendencias que se dan en la conducta agresiva. Por este motivo, es oportuno recordar que todos los fenómenos psicosociales los protagonizan unas personas concretas, en una sociedad determinada que tiene una cultura propia, es decir, las conductas de las personas están en función de interacciones recíprocas entre las variables situacionales y personales (Bandura, 1977; Staats, 1980). Todo ello implica que habrá que evaluar variables ambientales, personales, además de la propia conducta objeto de estudio, así como sus relaciones mutuas. En concreto, las conductas agresivas tienen su génesis en múltiples causas como son factores culturales, sociales, personales y de relación. Por eso, resulta compatible una evaluación idiográfica, en la que se analicen los aspectos específicos de cada sujeto, con una ciencia de la Psicología nomotética.

La metodología de las investigaciones transculturales persiguen dos objetivos relacionados entre sí. El primero de ellos, consiste en comprender la variación de la conducta humana en función de factores biológicos, ecológicos, sociales, políticos, económicos e institucionales que la condicionan. La cultura es el resultado de la variación conjunta de estos factores constituyendo el principal factor contextual para la comprensión de la conducta (Pepitone y Triandis, 1987). Y el segundo, conocer los aspectos uniformes o culturalmente generales de la conducta para probar la legitimidad de la generalización de los resultados obtenidos en la situaciones culturales concretas y, así, estimar la universalidad de las leyes psicológicas (Berry y Dasen, 1974; Berry, Poortinga, Segall y Dasen, 1992; Triandis, Malpass y Davidson, 1973). Desde el punto de vista metodológico, ambos objetivos plantean la necesidad de una comparación entre culturas, donde éstas sean consideradas como tratamientos cuasi-experimentales naturales (Campbell y Stanley, 1966).

En general, la investigación psicológica adopta una perspectiva universal etnocéntrica, aplicando teorías e instrumentos desarrollados en culturas y poblaciones de

una cultura, al estudio del comportamiento en poblaciones de otras culturas. La adopción de este enfoque implica la generalización de teorías supuestamente universales desestimando, como desviación, las evidencias idiosincrásicas de otras culturales estudiadas. En este sentido, Berry (1969, 1990) ha especificado tres criterios de validez para las comparaciones transculturales: a) *Equivalencia funcional*, el primer requisito para la comparabilidad es que la conducta tenga metas similares, establecidas a priori, de forma teórica o mediante evidencias etnográficas y antropológicas; b) *Equivalencia conceptual*, señala la necesidad de que los conceptos e instrumentos de medida posean el mismo significado, o falta de significado en los grupos comparados; c) *Equivalencia de medición*, donde la comparación transcultural requiere prestar atención a cuestiones como la equivalencia en la operacionalización del constructo, en la formulación de los ítems y en la escala de medición en las culturas comparadas. Como se puede evidenciar, la primera hace referencia al desarrollo y la aplicación de los instrumentos, la segunda equivalencia a la traducción fiel de los instrumentos y la tercera intenta asegurar que los valores en la escala correspondan al mismo grado, intensidad o magnitud del constructo en las culturas comparadas (Van de Vijver y Poortinga, 1982).

Uno de los principales sesgos en la investigación en la que se utilizan varias lenguas es garantizar, a priori la equivalencia conceptual en el desarrollo y escalar en la traducción de los instrumentos de medida. En este último caso, la existencia de este problema podría derivar de diferencias culturales entre países de habla inglesa y habla hispana, que una traducción no podría salvar. En la presente tesis doctoral se aplican dos instrumentos desarrollados en otra cultura, esta opción asume que el contenido del constructo, su representación en el instrumento y la formulación de los ítems resultan apropiadas en las diversas culturas, permitiendo comparar directamente resultados y manteniendo la equivalencia escalar con costes mínimos, pues no implica el desarrollo de un nuevo instrumento. Aunque una de las críticas es su posible etnocentrismo y la falta de equivalencia conceptual.

La complejidad del constructo “cultura” requerirá una operativización de los factores responsables de la variabilidad cultural con el fin de estudiar su influencia sobre las conductas humanas. El desarrollo de la psicología requerirá la integración en dos sentidos. Por un lado, la integración de cada aspecto a través de las culturales para

desarrollar el universal correspondiente en esa dimensión, y, por otro, la integración de diferentes aspectos de cada cultura para configurar la psicológica autóctona correspondiente (Grand y Vergara, 2003). Por lo tanto, reconocer entonces la existencia de la diversidad cultural y las diferentes expresiones de los fenómenos sociales puede ser el primer paso para generar modelos multidimensionales que consideren la interacción de factores socioculturales inter e intrapersonales al abordar la complejidad humana.

La evaluación psicológica requiere de una tecnología con la que dar cuenta fiable y válida de las unidades de análisis comportamentales y permitir la posibilidad de que otros evaluadores repliquen lo realizado. En relación a la violencia en el noviazgo, se requiere mejorar las características metodológicas de los estudios, entre las que cabe mencionar; la inclusión, en el marco muestral, de adolescentes y jóvenes que, suelen quedar excluidos de él; el perfeccionamiento de las preguntas así como la forma de preguntar, de manera que permitan captar todas las variaciones posibles de la violencia; el desarrollo de mejores procedimientos de registro de sucesos de forma cronológica, para poder recoger la escalada de violencia y variables contextuales relacionadas; y el desarrollo de estadísticos desagregados por variables sociodemográficas, clínicas, personales, culturales y de relación, etc., a través de los cuales poder examinar posibles situaciones de vulnerabilidad, y necesidades a la programación de recursos preventivos.

Añadir que aunque la Escala de Tácticas de Conflicto Modificada, la Escala de Tácticas de Dominancia y Tácticas Celosas representan una forma adecuada de aproximarse al fenómeno de la violencia, la evaluación de un problema tan complejo requiere la combinación de medidas cualitativas y cuantitativas. En cualquier caso, la evaluación psicológica no sólo debe ajustarse a una serie de garantías científicas, sino que, toda actividad humana, está sujeta a ciertos principios éticos establecidos por la comunidad científica de referencia.

SEGUNDO ESTUDIO:

**ANÁLISIS DE LA VIOLENCIA EN LAS RELACIONES
DE NOVIAZGO EN UNA MUESTRA JUVENIL DE LA
COMUNIDAD AUTÓNOMA DE MADRID**

1. INTRODUCCIÓN

El segundo de los trabajos empíricos de la presente tesis doctoral supone la presentación de los datos epidemiológicos sobre la violencia en las relaciones de noviazgo obtenidos en una muestra representativa de la población adolescente y juvenil de 16 a 26 años de la Comunidad Autónoma de Madrid.

La propuesta inicial es evidenciar la magnitud e identificar las primeras manifestaciones de la violencia en las relaciones de noviazgo en la que se han incluido tres tipos de manifestaciones comportamentales: física, psicológica y sexual, considerando la presencia o no de estas formas de agresión.

Por otra parte, es importante abordar este tema de estudio analizando las dinámicas que se generan en las relaciones de pareja, ya que profundizan y al mismo tiempo ofrecen una visión más acertada del objeto de estudio. En este sentido, se consideran las consecuencias implicadas, los motivos referidos y los recursos de ayuda utilizados para describir contextualmente las agresiones físicas.

En primer lugar, se recogen las prevalencias generales de los tres tipos de comportamientos agresivos (agresión física, agresión psicológica y agresión sexual) en función de dos patrones diferentes de puntuaciones, uno relativo a la conducta de la persona que responde y el otro referido a la pareja. Esto permite obtener dos medidas, por una parte, la de la persona que emite la agresión (agresor; perpetración) y, por otra la de la persona que recibe la agresión (víctima; victimización). Paralelamente, se presentan las prevalencias específicas correspondientes a los diferentes comportamientos que integran las escalas en función de variables demográficas como la edad y el sexo de los sujetos. Respecto la agresión física, se estudian las consecuencias, los motivos referidos y los recursos de ayuda utilizados.

En los siguientes apartados, se presentan detalladamente tanto los objetivos específicos perseguidos como los datos referentes a la metodología y diseño utilizados que soportan los resultados de la investigación.

2. OBJETIVOS

El presente estudio tiene tres objetivos fundamentales:

OBJETIVO 1: Analizar los factores de naturaleza relacional en el noviazgo de los participantes.

OBJETIVO 2: Analizar las prevalencias generales y específicas de las diferentes manifestaciones de las conductas agresivas (agresión física, agresión psicológica y agresión sexual) en las relaciones de noviazgo, tanto en las escalas de perpetración como en las de victimización, y si estos comportamientos se producen de forma unidireccional o recíproco, en función de las tres etapas de la edad que corresponden a la adolescencia media (16-18 años), adolescencia tardía (19-22 años) y la juventud (23-26 años) y el sexo.

OBJETIVO 3: Con respecto a las conductas agresivas físicas, estudiar los factores que podrían estar en la base de este problema como los motivos referidos, las consecuencias y los recursos de ayuda utilizados por jóvenes y adolescentes.

3. HIPÓTESIS

En relación con los objetivos propuestos y tomando en consideración los datos empíricos aportados en la parte teórica de la presente tesis doctoral se proponen las siguientes hipótesis de trabajo:

HIPÓTESIS 1: En la agresión física se presentarán diferencias significativas en las prevalencias en función de variables demográficas (sexo y edad) tanto en el grupo de agresores como en el de víctimas.

Corolario 1: Dentro de la agresión física, aparecerán mayores prevalencias en la agresión física leve que en la agresión física grave en cualquiera de las dos formas de respuestas (perpetración y victimización).

Corolario 2: La proporción de hombres agresores en la agresión física grave será superior a la de las mujeres mientras que en la agresión física leve la tendencia entre ambos sexos quedará equilibrada.

Corolario 2: La proporción de mujeres víctimas de agresión física grave será superior a la de los hombres mientras que en la agresión física leve la tendencia entre ambos sexos quedará equilibrada.

Corolario 3: A mayor edad se dará un aumento de las conductas agresivas físicas leves y graves estableciéndose diferencias significativas con respecto a los grupos de menor edad.

Corolario 4: Las conductas agresivas físicas leves y graves conformarán un patrón de agresiones bidireccionales o mutuas en las relaciones de noviazgo.

HIPÓTESIS 3: Se presentarán diferencias significativas en las lesiones producidas por las conductas agresivas físicas tanto en las respuestas autoinformadas como las informadas por las parejas respectivas, en función del sexo y la edad.

Corolario 1: Las lesiones más frecuentes serán los cortes o contusiones leves.

Corolario 2: La proporción de todas las lesiones evaluadas en las mujeres será significativamente superior a la de los hombres, tanto en las respuestas autoinformadas como las autoinformadas por la pareja.

Corolario 3: A mayor edad se dará un aumento de la cantidad de las lesiones evaluadas estableciéndose diferencias significativas con respecto a los grupos de menor edad.

HIPÓTESIS 4: En el grupo de adolescentes que reconozcan agredir a sus parejas no se presentarán diferencias significativas en los motivos autoinformados y los referidos por su pareja en función del sexo y la edad.

HIPÓTESIS 5: El grupo de adolescentes que mantienen una relación en la que se den agresivas físicas, utilizarán recursos de ayuda informales (hablar con un amigo, hablar con la pareja de la violencia) o no requerirán ninguna ayuda, no existiendo diferencias significativas en función del sexo y la edad.

HIPÓTESIS 6: La proporción de la agresión psicológica (agresiones verbales, tácticas de dominancia y tácticas celosas) será significativamente superior a la de la agresión física y sexual y presentará diferencias significativas en las prevalencias en función de variables demográficas (sexo y edad).

Corolario 1: Las conductas agresivas más frecuentes serán las agresiones verbales.

Corolario 2: No existirán diferencias significativas en las prevalencias de las agresiones verbales, las tácticas de dominancia y tácticas celosas en función del sexo tanto para el grupo de agresores (perpetración) como de víctimas (victimización).

Corolario 3: A mayor edad se dará un aumento de las conductas agresivas psicológicas tanto en el grupo de agresores (perpetración) como en el de las víctimas (victimización), estableciéndose diferencias significativas con respecto a los grupos de menor edad.

Corolario 4: Las agresiones verbales, las tácticas de dominancia y las tácticas celosas conformarán un patrón de agresiones bidireccionales o mutuas en las relaciones de noviazgo.

HIPÓTESIS 7: En la agresión sexual se presentarán diferencias significativas en las prevalencias en función de variables demográficas (sexo y edad).

Corolario 1: La proporción de hombres agresores será significativamente superior a la de las mujeres.

Corolario 2: La proporción de mujeres víctimas será significativamente superior a la de los hombres.

Corolario 3: A mayor edad aumentarán las conductas agresivas de índole sexual estableciéndose diferencias significativas entre los distintos rangos de edad considerados (16/18, 19/22 y 23/26).

4. MÉTODO

4.1. Muestra

De la muestra total de 5.596 adolescentes y jóvenes con edades comprendidas entre los 16 y los 26 años, el 93,6% de los varones (n=1.966) y el 97% de las mujeres

(n=3.389) han mantenido o mantienen en el momento de la evaluación una relación de pareja. Por lo tanto, para el presente estudio se contó con la participación de un total de 5.355 adolescentes y jóvenes de ambos sexos (63,3% mujeres y 36,7% hombres) con edades comprendidas entre los 16 y los 26 años (edad media de 19.67 años).

Los datos referentes al muestreo y a la caracterización de la muestra de los adolescentes y jóvenes que han mantenido o mantienen en el momento de la evaluación una relación de pareja se expusieron en el primer estudio de adaptación psicométrica de las escalas sobre la violencia en las relaciones de noviazgo.

4.2. Diseño

Es importante destacar que la investigación es de corte transversal, utilizando un diseño prospectivo ya que en el momento de realizar el estudio parte de la muestra seleccionada emitían o recibían conductas agresivas en sus respectivas parejas.

4.3. Instrumentos y variables

Para el presente estudio se utilizó la primera parte del instrumento en formato de escala en la que se recogen una serie de variables sociodemográficas y variables relacionales en el noviazgo y, una segunda parte, en la que se aplicaron la *Escala de Tácticas de Conflicto Modificada*, junto a las consecuencias, motivos y recursos de la agresión física, la *Escala de Tácticas de Dominancia y Tácticas Celosas* y la *Escala de la Valoración de la Agresión Sexual*, en las versiones previamente adaptadas (Anexo I). Las instrucciones para su cumplimentación y las condiciones bajo las cuales debía realizarse la evaluación son las mismas que se expusieron para el instrumento de evaluación en su totalidad.

En el presente estudio se cuenta con un amplio conjunto de variables criterio y predictoras que se detallan a continuación.

A) Variables criterio

Concretamente, para la consecución de los objetivos propuestos, se tuvieron en consideración un total de seis variables resultado de la estructura teórica y del análisis factorial confirmatorio de cada una de las escalas aplicadas a la muestra de estudio. Dichas variables sirven como criterios o variables dependientes. La operativización de estas variables se detalla a continuación:

- **Agresión Física Leve:** Estimada a través de la *Escala de Tácticas de Conflicto Modificada*, es definida operativamente como aquel tipo de agresión en el que se incluyen acciones como el sujetar físicamente, empujar, abofetear, golpear, etc. Se presenta en un formato de pregunta doble, especificando la frecuencia de cada conducta dos veces, una como perpetrador/a (agresiones cometidas o perpetradas) y otra como víctima (agresiones sufridas).

- **Agresión Física Grave:** Estimada a través de la *Escala de Tácticas de Conflicto Modificada*, es definida como aquellos actos agresivos, eminentemente graves, que incluyen intentar ahogar, dar una paliza y amenazar con un cuchillo o un arma. Se presenta en un formato de pregunta doble, especificando la frecuencia de cada conducta dos veces, una como perpetrador/a (agresiones cometidas o perpetradas) y otra como víctima (agresiones sufridas).

- **Lesiones/Consecuencias:** Estimada a través de dos ítems es definida como aquellas lesiones como consecuencia de la agresión física referida tanto de las personas que la ejercen como aquellas que la sufren. Incluye lesiones tales como cortes o contusiones leves, cortes o contusiones graves, rotura de nariz, ojo morado o rotura de hueso y el haber requerido tratamiento médico u hospitalización.

- **Motivos:** Estimada a través de dos ítems y es definida como aquellos motivos o razones que argumentan los adolescentes y jóvenes que agreden físicamente a sus parejas y los motivos o razones que refieren de sus parejas cuando agreden. Como, por ejemplo, estar celoso, estar enojado y pegar primero, pegar como respuesta a su agresión, etc.

- **Recursos:** Estimada a través de un ítem y hace referencia a los recursos formales e informales que utilizan los adolescentes y jóvenes que sufren agresiones físicas de sus parejas. Como, por ejemplo, hablar con un amigo, hablar con un profesor u orientador, llamar a un teléfono de ayuda, romper la relación, etc.

- **Agresión Verbal:** Estimada también a través de la *Escala de Tácticas de Conflicto Modificada*, es definida de forma operativa como aquel tipo de agresión en el que se agrede a otras personas de forma eminentemente verbal a través de insultos y/o discusiones. La estructura y modalidad de respuesta de estos elementos es similar al resto de las escalas seleccionadas, se presenta en un formato de pregunta doble, especificando la frecuencia de cada conducta dos veces, una como perpetrador/a (agresiones cometidas o perpetradas) y otra como víctima (agresiones sufridas).

- **Tácticas de Dominancia:** Estimada a través de la *Escala de Tácticas de Dominancia y Tácticas Celosas*, es definida operativamente como aquel tipo de agresión compuesta por comportamientos controladores o coercitivos en las relaciones familiares, de amistad y en el bienestar personal. Incluye actos tales como intentar poner en contra a la familia y amigos, amenazar con dejar la relación, intentar que no hable o vea a la familia, culpar de los problemas, etc. También se presenta en un formato de pregunta doble, especificando la frecuencia de cada conducta dos veces, una como perpetrador/a (agresiones cometidas o perpetradas) y otra como víctima (agresiones sufridas).

- **Tácticas Celosas:** Estimada también a través de la *Escala de Tácticas de Dominancia y Tácticas Celosas*, es definida de forma operativa como aquel tipo de agresión en el que se incluyen conductas agresivas celosas que implican el deseo de posesión hacia la otra pareja, el acusar de salir con otros amigos, el comprobar lo que el otro hace, el exigir que le diga donde ha estado, etc. Se presenta en un formato de pregunta doble, especificando la frecuencia de cada conducta dos veces, una como perpetrador/a (agresiones cometidas o perpetradas) y otra como víctima (agresiones sufridas).

- **Agresión Sexual:** Estimada a través de la *Escala de Valoración de la Agresión Sexual*, es definida de forma operativa como aquel tipo de agresión en el que se agrede a

la pareja con único objetivo sexual. Se presenta en un formato de pregunta doble, especificando la frecuencia de cada conducta dos veces, una como perpetrador/a (agresiones cometidas o perpetradas) y otra como víctima (agresiones sufridas).

B) Variables Predictoras

Las siguientes variables constituyen las variables predictoras o independientes del presente estudio.

- **Sexo:** Es una variable de corte psicobiológica, codificada en el apartado de datos personales.

- **Edad:** Es una variable de corte psicobiológica, codificada en el apartado de datos personales en función de las tres etapas evolutivas consideradas: adolescencia media (16-18 años), adolescencia tardía (19- 22 años) y juventud (23-26 años).

A continuación, se presenta un listado de las variables relacionales en el noviazgo y variables relacionadas con las conductas agresivas presentando su correspondencia con cada uno de los ítems a través de los que se realizó su estimación, en concreto se analizaron un total de 96 variables.

Variables relacionadas con las características de las relaciones de pareja

Orientación sexual (Ítem 1).
Edad del primer novio/a (Ítem 2).
Número de novios/as (Ítem 3).
Relación de noviazgo más larga (Ítem 4).
Pareja en la actualidad (Ítem 5).
Edad del novio/a (Ítem 6).
Descripción de la relación (Ítem 7).
Tiempo de la relación (Ítem 8).
Frecuencia del tiempo compartido (Ítem 9).
Perspectiva de futuro de la relación (Ítem 10).

Variables relacionadas con la agresión física

Agresión física leve (perpetración)

Intentar sujetar físicamente (Ítem 10a).

Lanzar un objeto (Ítem 11a).

Golpear, patear o lanzar (Ítem 12a).

Empujar o agarrar (Ítem 13a).

Abofetear (Ítem 14a).

Patear, golpear o morder (Ítem 15a).

Agresión física leve (víctimización)

Intentar sujetar físicamente (Ítem 10b).

Lanzar un objeto (Ítem 11b).

Golpear, patear o lanzar (Ítem 12b).

Empujar o agarrar (Ítem 13b).

Abofetear (Ítem 14b).

Patear, golpear o morder (Ítem 15b).

Agresión física grave (perpetración)

Intentar ahogar (Ítem 16a).

Dar una paliza (Ítem 17a).

Amenazar con un cuchillo o un arma (Ítem 18a).

Agresión física grave (víctimización)

Intentar ahogar (Ítem 16b).

Dar una paliza (Ítem 17b).

Amenazar con un cuchillo o un arma (Ítem 18b).

Variables relacionadas con la agresión psicológica

Agresión verbal (perpetración)

Insultar o maldecir (Ítem 4a).

Molestar al hablar de un tema (Ítem 5a).

Marchar molesto de la habitación casa (Ítem 6a).

Decir hacer algo para fastidiar o “picar” (Ítem 8a).

Amenazar con golpear o lanzar un objeto (Ítem 9a).

Agresión verbal (víctimización)

Insultar o maldecir (Ítem 4b).

Molestar al hablar de un tema (Ítem 5b).

Marchar molesto de la habitación casa (Ítem 6b).

Decir hacer algo para fastidiar o “picar” (Ítem 8b).

Amenazar con golpear o lanzar un objeto (Ítem 9b).

Tácticas de dominancia (perpetración)

- Intentar que no hable o vea a la familia (Ítem 1a).
- Poner en contra a la familia y amigos (Ítem 2a).
- Amenazar con irme con otro/a (Ítem 4a).
- Culpar de provocar mi conducta violenta (Ítem 5a).
- Culpar de mis problemas (Ítem 6a).
- Amenazar con dejar la relación (Ítem 7a).

Tácticas de dominancia (víctimización)

- Intentar que no hable o vea a la familia (Ítem 1b).
- Poner en contra a la familia y amigos (Ítem 2b).
- Amenazar con irme con otro/a (Ítem 4b).
- Culpar de provocar mi conducta violenta (Ítem 5b).
- Culpar de mis problemas (Ítem 6b).
- Amenazar con dejar la relación (Ítem 7b).

Tácticas celosas (perpetración)

- Estar celoso/a y sospechar de los amigos/as (Ítem 8a).
- Estar celoso/a de otros/as chicos/as (Ítem 9a).
- Comprobar y exigir que diga donde está (Ítem 10a).
- Acusar de salir con otro/a chico/a (Ítem 11a).

Tácticas celosas (víctimización)

- Estar celoso/a y sospechar de los amigos/as (Ítem 8b).
- Estar celoso/a de otros/as chicos/as (Ítem 9b).
- Comprobar y exigir que diga donde está (Ítem 10b).
- Acusar de salir con otro/a chico/a (Ítem 11b).

Variables relacionadas con la agresión sexual

Agresión sexual (perpetración)

- Amenazar con terminar la relación si no se mantienen relaciones sexuales (Ítem 12a).
- Insistir verbalmente en tener relaciones sexuales, a pesar que la pareja no quiere (Ítem 13a).
- Utilizar el alcohol u otras drogas para mantener relaciones sexuales (Ítem 14a).
- Amenazar con utilizar la fuerza física si no se acepta mantener relaciones sexuales (Ítem 15a).
- Agarrar o sujetar para mantener relaciones sexuales no consentidas (Ítem 16a).

Agresión sexual (víctimización)

- Amenazar con terminar la relación si no se mantienen relaciones sexuales (Ítem 12b).
- Insistir verbalmente en tener relaciones sexuales, a pesar que la pareja no quiere (Ítem 13b).
- Utilizar el alcohol u otras drogas para mantener relaciones sexuales (Ítem 14b).
- Amenazar con utilizar la fuerza física si no se acepta mantener relaciones sexuales (Ítem 15b).
- Agarrar o sujetar para mantener relaciones sexuales no consentidas (Ítem 16b).

Variables relacionadas con las lesiones derivadas de la agresión física

Lesiones de la respectiva pareja

Cortes o contusiones leves (Ítem 1).

Cortes o contusiones graves (Ítem 1).

Rotura de nariz, ojo morado o rotura de hueso (Ítem 1).

Haber requerido tratamiento médico u hospitalización (Ítem 1).

Otros ¿cuáles? (Ítem 1).

Ninguna (Ítem 1).

Lesiones propias

Cortes o contusiones leves (Ítem 3).

Cortes o contusiones graves (Ítem 3).

Rotura de nariz, ojo morado o rotura de hueso (Ítem 3).

Haber requerido tratamiento médico u hospitalización (Ítem 3).

Otros ¿cuáles? (Ítem 3).

Ninguna (Ítem 3).

Variables relacionadas con los motivos referidos de la agresión física

Motivos de agredir físicamente (propios)

Estar celoso/a (Ítem 2).

Estar furioso/a y golpear primero (Ítem 2).

Mi pareja me pegó primero y yo respondí (Ítem 2).

Otros ¿cuáles? (Ítem 2).

Motivos de agredir físicamente (pareja)

Estar celoso/a (Ítem 4).

Mi pareja estaba enojado/a y me pegó primero (Ítem 4).

Pegar primero y mi pareja me pegó como respuesta (Ítem 4).

Otros ¿cuáles? (Ítem 4).

Variables relacionadas con los recursos de ayuda utilizados tras la agresión

Respuestas de ayuda

Hablar con un amigo (Ítem 5).

Hablar con un profesor u orientador (Ítem 5).

Llamar a un teléfono de ayuda (Ítem 5).

Romper con la pareja (Ítem 5).

Hablar con alguien de la familia (Ítem 5).

Llamar a la policía (Ítem 5).

Hablar con la pareja sobre la violencia (Ítem 5).

Otras ¿cuáles? (Ítem 5).

4.4. Análisis de datos

Una vez recogidos todos los cuestionarios, el primer paso fue proceder a la eliminación de todos aquellos que no habían sido correctamente cumplimentados bien por no haber contestado a todos los ítems necesarios para el presente estudio o bien por contar con la indicación expresa de cualquiera de los miembros del equipo investigador que dudara sobre la veracidad de los datos aportados. Con posterioridad, se pasó a codificar todas las variables con sus alternativas de respuesta introduciendo los resultados en una base de datos creada para este fin. Finalmente, se utilizó el paquete estadístico SPSS 12.0S (2003).

El análisis de los datos se llevó a cabo a través de distintos estadísticos en función de los objetivos de trabajo propuestos. Así pues, en primer lugar y en relación al primero de los objetivos, se calculó:

- ♦ Una serie de *análisis descriptivos* con las variables relacionales del noviazgo, utilizando tanto estadísticos de tendencia central, como índices de dispersión y de la distribución de las variables.
- ♦ La prueba *Chi-Cuadrado* de Pearson para cada par de variables consideradas con el fin de estimar la relación de las variables relacionales en el noviazgo y del sexo y la edad.
- ♦ Se realizaron diversas pruebas *t* de *Student* para muestras independientes con el fin de comprobar la existencia de diferencias de medias en relación con el sexo de los sujetos y variables relacionadas con las relaciones de pareja, en concreto, la orientación sexual, la edad de la primera pareja, el número de relaciones, la duración de noviazgo más larga, la edad de la respectiva pareja, el tipo de relación y el tiempo compartido.

En segundo lugar, para contestar al segundo objetivo:

- ♦ Se procedió a realizar una serie de análisis inferenciales, las *tablas de contingencia* para explorar la relación entre el sexo y la edad de los participantes y el haber cometido a sufrido comportamientos agresivos. Así, se calculó la prueba *Chi-Cuadrado* de Pearson para cada par de variables consideradas con el fin de estimar la relación existente entre las prevalencias de las conductas agresivas y el sexo y la edad. Siguiendo con las recomendaciones de O'Leary et al. (2005), se calculó creando versiones recodificadas de los ítems donde el 1 ("nunca") se computa como 0 y las puntuaciones 2, 3, 4 y 5 ("rara vez", "algunas veces", "a menudo" y "muy a menudo" se computan como 1.
- ♦ Se realizaron sucesivos análisis de varianza de un factor para comprobar la existencia de diferencias en las conductas agresivas de cada una de las manifestaciones y el sexo en relación con la edad de los sujetos (considerando cada uno de los rangos establecidos: 16/18, 19/22 y 23/26 años). Posteriormente, para comprobar la dirección de tales diferencias, se eligió el método de comparaciones múltiples de Scheffé puesto que no requiere la igualdad de los tamaños muestrales de cada par de grupos de edad analizados.

Finalmente, en tercer lugar:

- ♦ Se calculó la prueba *Chi-Cuadrado* de Pearson para cada par de variables consideradas con el fin de estimar la relación existente entre las consecuencias, los motivos y los recursos utilizados en la población juvenil y el sexo.

5. RESULTADOS

A continuación, se presentan los resultados obtenidos después de realizar los análisis estadísticos comentados anteriormente. Con el objetivo de facilitar su presentación y la posible comparación de los mismos en estudios posteriores, se han propuestos dos secciones en las que, en primer lugar, se presentan de forma conjunta los resultados del análisis descriptivo de las variables referidas a las relaciones de pareja en

el noviazgo. Y en segundo lugar, se ofrecen las prevalencias generales y específicas de la agresión física leve y grave diferenciando para las respuestas de perpetración y victimización en función del sexo y la edad, así como las variables referidas a las consecuencias, los motivos y los recursos de ayuda utilizados. Así, de forma similar, se presentan las prevalencias de la agresión psicológica y sexual generales y específicas para las respuestas de perpetración como de victimización.

El principal objetivo de este trabajo, es explorar la presencia de comportamientos agresivos en las relaciones de pareja de una muestra de adolescentes y jóvenes de la Comunidad Autónoma de Madrid. Así, es importante abordar este tema de estudio desde la vertiente de las agresiones cometidas (perpetración) y también de las sufridas (victimización), dado que muchos resultados en otras investigaciones muestran que una buena parte de las agresiones que se observan en las parejas adolescentes y jóvenes son mutuas.

5.1. Análisis descriptivo de las variables relacionales

En el siguiente apartado, se presentan detalladamente las variables descriptivas relacionales de parejas jóvenes y adolescentes (duración y tipo de relación, número de parejas, edad de la primera pareja, etc.) que soportan los resultados de la investigación.

Número de jóvenes que han tenido o tienen pareja

Atendiendo al análisis del número de adolescentes y jóvenes que han tenido o tienen pareja en el momento de la evaluación, 5.355 (95,7%) adolescentes y jóvenes de la muestra total (n= 5.596) han tenido o tienen en el momento de la evaluación pareja, como se detalló en el apartado correspondiente a la muestra de la presente tesis doctoral. Así pues, se contó con la participación de 5.355 sujetos de ambos sexos (63,3% mujeres y 36,7% hombres) con edades comprendidas entre los 16 y 26 años.

Específicamente, las personas que mantienen una relación de noviazgo en el momento de la evaluación, son 3.051 adolescentes de ambos sexos (60,8% mujeres y 52,1% hombres), con una edad media de 20,19 años. En este sentido, el sexo tiene una relación estadísticamente significativa y superior en el caso de las mujeres que muestran mayores porcentajes de estar saliendo con una pareja en el momento de la evaluación [$\chi^2(1)=37.93$, $p\leq 0.001$].

Orientación sexual

Los análisis específicos de las proporciones de la orientación sexual y su relación con el sexo y la edad (Tabla 7.1), muestran que el 96% de los hombres y de las mujeres refieren ser heterosexuales, al 1,3% homosexuales y el 1,7% bisexuales. Atendiendo al análisis de las relaciones entre el sexo de los encuestados y la orientación sexual se obtienen resultados estadísticamente significativos [$\chi^2(2)=20.36$, $p\leq 0.001$]. Asimismo, el análisis muestra nuevamente diferencias significativas entre los distintos grupos de edad [$\chi^2(4)=9.14$, $p\leq 0.05$].

Tabla 7.1. Orientación sexual en función del sexo y la edad

	SEXO			EDAD		
	Total	Mujer	Hombre	16/18	19/22	23/26
Heterosexual	96 (n=5.104)	97,4** (n=3.247)	96,3** (n=1.857)	97,8* (n=2.053)	96,5* (n=2.133)	96,3* (n=918)
Homosexual	1,3 (n=67)	0,7** (n=25)	2,2** (n=42)	0,9* (n=18)	1,4* (n=32)	1,8* (n=17)
Bisexual	1,7 (n=92)	1,9** (n=62)	1,6** (n=30)	1,3* (n=28)	2,1* (n=46)	1,9* (n=18)
* Diferencias significativas entre individuos de distinta edad, con $p\leq 0,05$.						
** Diferencias significativas entre individuos de distinto sexo, con $p\leq 0,001$.						

Edad media de la primera relación

La edad media de la primera relación (Tabla 7.2) se sitúa en los 14.63 años, existiendo diferencias entre ambos sexos siendo los hombres los que comienzan a tener pareja a una edad más temprana [14.68 vs. 14.54, $t(5.275)=1.96$, $p\leq 0.05$]. Asimismo, el análisis de varianza realizado muestra el efecto significativo de esta variable con respecto a los grupos de edad [$F(2,5249)=694.53$, $p\leq 0.001$]. En este sentido, se establecen diferencias significativas entre los distintos grupos estimados, señalando un aumento de este indicador conforme se incrementa la edad, especialmente de los 16/18 años a los 19/22 años.

Tabla 7.2. Edad media de la primera relación de pareja en función del sexo y la edad

	SEXO			EDAD		
	Total	Mujer	Hombre	16/18 ^A	19/22 ^B	23/26 ^C
Edad media de la primera relación de pareja	14,63 (dt=2.42) n=5.277	14,68* (dt=2.70) n=3.346	14,54* (dt=2.77) n=1.931	13,32 (dt=1..98) n=2.100	15,28^A (dt=2.07) n=2.203	16,06^{A,B} (dt=2.65) n=947
* Diferencias significativas entre individuos de distintos sexo, con $p\leq 0,05$. A, B y C Diferencias significativas entre los respectivos grupos de edad, con $p\leq 0,001$.						

La edad media de las personas que actualmente tienen pareja en el momento de la evaluación se sitúa en los 20.01 años en las mujeres (rango 16-26 años) y 20.55 años en el caso de los hombres (rango 16-26 años), existiendo diferencias significativas entre ambos sexos, siendo la edad de inicio de la primera relación menor en las mujeres respecto a los hombres [$t(3.049)=-5.04$, $p\leq 0.001$].

Edad media de las respectivas parejas

Con respecto a la edad de las parejas, la prueba t revela la existencia de diferencias significativas entre las mujeres y los hombres, de tal forma, que la edad media de las parejas de las mujeres se sitúa en los 21.86 años (rango 13-39 años) y las

parejas de los hombres en los 20.05 años (rango 13-36 años), señalando que las parejas de los hombres tienen una edad aproximada a la de ellos, mientras que las parejas de las mujeres son aproximadamente dos años más mayores que ellas [$t(3.014)=13.21$, $p\leq 0.001$]. Con respecto a la edad, el análisis de varianza señala efectos significativos de esta variable [$F(2,3030)=1099.62$, $p\leq 0.001$], encontrando, a través del método de comparaciones múltiples de Scheffé, un incremento significativo de la edad de las respectivas parejas en función de los grupos de edad en los que se advierte que la edad de las respectivas parejas es aproximadamente dos años mayor (véase Tabla 7.3).

Tabla 7.3. Edad media de la pareja en función del sexo y la edad

	SEXO			EDAD		
	Total	Mujer	Hombre	16/18 ^A	19/22 ^B	23/26 ^C
Edad media de la pareja	21,27 (dt=3.61) n=3.016	21,86* (dt=3.60) n=2.028	20,05* (dt=3.33) n=988	18,22 (dt=2..44) n=965	21,76^A (dt=2.73) n=1.378	24,58^{A,B} (dt=3.17) n=673
* Diferencias significativas entre individuos de distintos sexo, con $p\leq 0,001$.						
A, B y C Diferencias significativas entre los respectivos grupos de edad, con $p\leq 0,001$.						

Número de parejas

Los resultados obtenidos en este mismo análisis en el caso del número de parejas (Tabla 7.4), son especialmente concordantes con los obtenidos en la edad media ya comentados. En este caso, se establece una relación estadísticamente significativa y superior en el caso de los hombres donde el número medio de parejas es de 3.83 siendo la media de las mujeres de 3.32 parejas a lo largo de su vida [$t(5.353)=-7.10$, $p\leq 0.001$]. Igualmente, el análisis de varianza señala efectos significativos de este indicador [$F(2,5316)=7.13$, $p\leq 0.001$], estableciéndose diferencias entre los grupos de 16/18 a 19/22 (3,74 vs. 3,42; $p\leq 0.01$) y entre los grupos de 19/22 a 23/26 (3,42 vs. 3,78; $p\leq 0.01$).

Tabla 7.4. Número de parejas a lo largo de la vida en función del sexo y la edad

	SEXO			EDAD		
	Total	Mujer	Hombre	16/18 ^A	19/22 ^B	23/26 ^C
Número de parejas	3,51 (dt=2.54) n=5.355	3,32* (dt=2.70) n=3.389	3,83* (dt=2.89) n=1.966	3,74 (dt=3..64) n=2.140	3,42^A (dt=2.54) n=2.257	3,78^B (dt=3.31) n=958
* Diferencias significativas entre individuos de distintos sexo, con $p \leq 0,001$. A y B Diferencias significativas entre los respectivos grupos de edad, con $p \leq 0,01$.						

Tiempo de la relación de noviazgo más larga

Tomando como referencia el tiempo medio de las relaciones de noviazgo más largas (Tabla 7.5), se sitúa en 21.47 meses (dt=20.74), existiendo diferencias entre ambos sexos siendo las mujeres las que mantienen relaciones de noviazgo más largas [22,72 vs. 19,24, $t(5.106)=5.76$, $p \leq 0.001$]. Asimismo, el análisis de varianza muestra el efecto de la variable edad [$F(2,5107)=888.65$, $p \leq 0.001$], ya que el tiempo de relación es mayor cuanto mayor es la edad de los encuestados. Más concretamente, a pesar de que el incremento comentado se da en todos los grupos de edad, las mayores diferencias en las proporciones aparecen especialmente entre el grupo de 16/18 y 23/26 (se pasa de 10,20 meses la relación más larga en el grupo de 16/18 años 39,37 meses en el grupo de 23/26 años).

Tabla 7.5. Tiempo de la relación más larga en función del sexo y la edad

	SEXO			EDAD		
	Total	Mujer	Hombre	16/18 ^A	19/22 ^B	23/26 ^C
Tiempo de la relación más larga (en meses).	21,47 (dt=20.7) n=5.108	22,72* (dt=20.88) n=3.272	19,24* (dt=20.29) n=1.836	10,20 (dt=10.05) n=1.975	23,86^A (dt=18.6) n=2.185	39,37^{A,B} (dt=26.5) n=950
* Diferencias significativas entre individuos de distintos sexo, con $p \leq 0,001$. A, B y C Diferencias significativas entre los respectivos grupos de edad, con $p \leq 0,001$.						

Tiempo de la relación de noviazgo en la actualidad

Considerando el tiempo de las relaciones de noviazgo más largas, se analiza el tiempo (estimado en meses) que llevan saliendo los jóvenes que actualmente tienen pareja en el momento de la evaluación en relación al sexo y la edad de los sujetos, presentándose los resultados obtenidos en la Tabla 7.6.

Tabla 7.6. Tiempo de la relación en la actualidad en función del sexo y la edad

	SEXO			EDAD		
	Total	Mujer	Hombre	16/18 ^A	19/22 ^B	23/26 ^C
Tiempo de la relación en la actualidad (en meses).	22,60 (dt=22.4) n=3.049	23,34* (dt=22.52) n=2.041	21,11* (dt=22.17) n=1.008	10,26 (dt=10.82) n=970	23,68^A (dt=19.8) n=1.398	37,98^{A,B} (dt=28.6) n=681
* Diferencias significativas entre individuos de distintos sexo, con $p \leq 0,01$.						
A, B y C Diferencias significativas entre los respectivos grupos de edad, con $p \leq 0,001$.						

Como puede observarse, en general, el tiempo de las relaciones se estima en 22,60 meses. Específicamente, las mujeres mantienen en el momento de la evaluación relaciones significativamente más largas en el tiempo respecto a los hombres [23,34 vs. 21,11, $t(3.047)=2.58$, $p \leq 0.01$]. Asimismo, considerando la segunda de las variables estimadas, el análisis de varianza realizado muestra la existencia de un efecto significativo de la edad en el tiempo que llevan saliendo con sus parejas [$F(2,3048)=383.16$, $p \leq 0.001$], señalando un aumento en el número de meses según avanza la edad de la muestra.

Descripción de la relación

De forma genérica, se considera la descripción de cómo los sujetos analizan sus propias relaciones. En este sentido, se observa un porcentaje superior de relaciones calificadas como estables o serias (35,4% y 40,2%, respectivamente), respecto las relaciones consideradas casuales o nuevas (8,7% y 12,7%, respectivamente). En el caso de las relaciones comprometidas en matrimonio se aprecia un descenso considerable

(3%). Con respecto al sexo, aparecen diferencias significativas entre hombres y mujeres [$\chi^2(4)=7.83$, $p\leq 0.01$]. Específicamente, el porcentaje de las mujeres en función del tipo de relación es el siguiente: Nueva, 11.7%; Casual, 8.8%; Estable, 35.1%; Seria, 41.4%; y Comprometidos en matrimonio, 3%. Y el porcentaje de los hombres es: Nueva, 14.9%; Casual, 8.6%; Estable, 35.9%; Seria, 37.7 %; y Comprometidos en matrimonio 2.9%. Asimismo, aparecen diferencias significativas de la edad en el tipo de relación [$\chi^2(8)=335,81$, $p\leq 0.001$]. Conforme la edad de los sujetos disminuye parecen aumentar las relaciones nuevas y casuales y, las relaciones estables y serias aumentan con la edad. En la Tabla 7.7, se presentan los resultados del análisis del tipo de la relación según el sexo y la edad.

Tabla 7.7. Descripción del tipo de relación en función del sexo y la edad

		SEXO			EDAD		
		Total	Mujer	Hombre	16/18	19/22	23/26
Nueva		12,7	11,7*	14,9*	19,2**	10,7**	7,7**
		n=382	n=234	n=148	n=182	n=148	n=52
Casual		8,7	8,8*	8,6*	15,2**	6,4**	4,3**
		n=262	n=177	n=85	n=144	n=89	n=29
Estable		35,4	35,1*	35,9*	37,5**	39,3**	24,4**
		n=1.062	n=705	n=357	n=355	n=543	n=164
Seria		40,2	41,4*	37,7*	27,2**	42,1**	54,4**
		n=1.205	n=830	n=375	n=257	n=582	n=366
Compr. Matrimonio		3	3*	2,9*	0,8**	1,4**	9,2**
		n=90	n=61	n=29	n=8	n=20	n=62
* Diferencias significativas entre individuos de distintos sexo, con $p\leq 0,01$.							
** Diferencias significativas entre los respectivos grupos de edad, con $p\leq 0,001$.							

Patrón de continuidad en el tiempo que se ven las parejas

Esta variable se refiere al tiempo que pasan las parejas juntas. En este sentido, casi la mitad de las mujeres y de los hombres que actualmente tienen pareja se ven con una periodicidad de algunas veces a la semana (42,4%), sin que se obtengan diferencias significativas entre hombres y mujeres ($\chi^2(6)=8.35$, $p>0.005$). El 37,3% de las parejas se ven todos los días, sin que tampoco existan diferencias entre hombres y mujeres ($\chi^2(6)=8.19$, $p>0.005$). Del mismo modo, se observa un descenso significativo del

porcentaje de jóvenes, aproximadamente el 2,4% y el 2% mantienen relaciones de pareja que se ven con una periodicidad de una vez al mes o menos de una vez al mes, respectivamente. Los resultados del análisis de la edad muestra efectos significativos de esta variable con respecto al patrón de continuidad en el tiempo [$\chi^2(12)=52,19$, $p\leq 0.001$], señalando una mayor continuidad en las citas en los grupos de 19/22 años y 23/26 años (Tabla 7.8).

Tabla 7.8. Patrón de continuidad en el tiempo en función del sexo y la edad

	SEXO			EDAD		
	Total	Mujer	Hombre	16/18	19/22	23/26
Menos de una vez al mes	2 n=61	2,2 n=44	1,7 n=17	3,1* n=30	1,6* n=22	1,3* n=9
1 vez al mes	2,4 n=74	2,6 n=52	2,2 n=22	3* n=29	2,4* n=33	1,8* n=12
Una vez cada 2 semanas	2,7 n=81	3,2 n=65	1,6 n=16	3,9* n=37	2,4* n=33	1,6* n=11
Una vez a la semana	4,6 n=140	4,5 n=92	4,8 n=48	5,8* n=56	4,3* n=60	3,5* n=24
Algunas veces a la semana	42,4 n=1.284	42,4 n=860	42,4 n=424	35* n=336	45,6* n=634	46,2* n=314
Todos los días	37,3 n=1.129	36,7 n=745	38,4 n=384	38,3* n=367	36,3* n=504	37,9* n=258
Más de una vez al día	8,6 n=259	8,4 n=170	8,9 n=89	10,8* n=104	7,4* n=103	7,6* n=52
*Diferencias significativas entre los respectivos grupos de edad, con $p\leq 0,001$.						

Pronóstico de la relación en un futuro

Finalmente, en el caso del pronóstico de la continuidad de la relación en un futuro, más de la mitad de los jóvenes consideran que seguirán saliendo juntos (57,6%) y el 32% de los jóvenes señalan que se casarán con sus parejas actuales. Asimismo, se observa un descenso en el porcentaje de jóvenes que señalan que sus relaciones terminarán en un futuro, bien porque su pareja romperá con ellos/as (3,1%), o bien porque serán ellos/as quienes romperán con sus respectivas parejas (7,2%) siendo en este caso significativamente superior en las mujeres [$\chi^2(4)=13.62$, $p\leq 0.01$]. Atendiendo a la edad, nuevamente existen diferencias significativas entre los distintos grupos de edad [$\chi^2(8)=200,50$, $p\leq 0.001$], marcando, en general, mayor continuidad y formalización de la pareja en los grupos de mayor edad (véase Tabla 7.9).

Tabla 7.9. Pronóstico de la relación en función del sexo y la edad

	SEXO			EDAD		
	Total	Mujer	Hombre	16/18	19/22	23/26
Nos casaremos	32 n=952	32,6* n=650	30,9* n=302	17,9** n=167	33** n=453	49,8** n=332
Seguiremos juntos	57,6 n=1.712	57,5* n=1.146	57,9* n=566	67,5** n=631	58** n=795	42,9** n=286
Yo romperé la relación	7,2 n=214	7,5* n=150	6,5* n=64	10,9** n=102	5,6** n=77	5,3** n=35
Mi pareja romperá	3,1 n=93	2,4* n=48	4,6* n=45	3,7** n=35	3,4** n=46	1,8** n=12
* Diferencias significativas entre individuos de distintos sexo, con $p \leq 0,01$.						
** Diferencias significativas entre los respectivos grupos de edad, con $p \leq 0,001$.						

5.2. Análisis de prevalencias

5.2.1. Prevalencia general de la agresión física leve y grave

A continuación, se exponen los resultados obtenidos en relación a las prevalencias de la agresión física leve y grave pertenecientes a las categorías de perpetración y victimización que corresponden a la primera de las hipótesis planteadas (H1).

Tabla 7.10. Prevalencias generales de la agresión física leve y grave

AGRESIÓN FÍSICA	PREPETRACIÓN	VÍCTIMIZACIÓN
Agresión Física Leve	35% n=1.863	33% n=1.752
Agresión Física Grave	1,1% n=61	1,4% n=72

Tal y como se observa en la Tabla 7.10, la agresión física leve es significativamente más frecuente tanto si se analiza el patrón de perpetración como en el

de victimización en comparación con la agresión física grave, tal y como predecía el supuesto 1.

Comparando porcentualmente los resultados de la agresión física leve, el 35% de la muestra afirma haber agredido a sus parejas mientras que el 33% señala haberla sufrido, lo que nos indicaría no sólo la generalización del uso de la agresión física leve sino la pequeña diferencia entre los dos patrones de respuestas, al constatar que ambos porcentajes difieren exclusivamente en dos puntos porcentuales. En cualquier caso, los datos sobre la existencia de este tipo de agresiones es necesario que se complementen con otros, que hagan referencia a la frecuencia media con la que se originan estas agresiones.

Con respecto a la agresión física grave, se observa un cambio importante en cuanto a las diferencias encontradas en los porcentajes obtenidos respecto a la agresión física leve. En este sentido, la proporción de agresión en sus dos formatos de respuestas, es decir, como agresores (perpetración) y como víctimas (victimización) suponen cifras menores (1,1% y 1,4%, respectivamente).

Tabla 7.11. Prevalencias generales de la agresión física leve y grave según edad y sexo

	SEXO		EDAD		
Agresión Física	Mujer	Hombre	16/18	19/22	23/26
Agresión Física Leve					
Perpetración	36,3 n=1.211	34,1 n=652	41,2*** n=860	32,8*** n=724	29,3*** n=279
Victimización	33,6 n=1.118	33,2 n=634	38,1*** n=796	31,5*** n=692	27,7*** n=264
Mutua	28 n=927	26,7 n=507	32,5*** n=672	25,2*** n=552	22,1*** n=210
Agresión Física Grave					
Perpetración	1 n=34	1,4 n=27	2*** n=43	0,6*** n=14	0,4*** n=4
Victimización	1 n=35	1,9 n=37	2*** n=43	0,8*** n=17	1,3*** n=12
Mutua	0,5* n=16	0,8* n=16	1,2*** n=26	0,2*** n=4	0,2*** n=2
*p<.05; **p<.01; ***p<.001.					

En lo que se refiere al análisis específico de las proporciones de la agresión física leve y grave para cada uno de los patrones de respuesta y su relación con la edad y el sexo correspondiente a la primera de las hipótesis (H1) de investigación planteadas se presenta en la Tabla 7.11.

a) Agresión física leve

Atendiendo al análisis de las relaciones entre el sexo de los encuestados y la agresión física leve de cada uno de los patrones estudiados, se confirmaría parcialmente el segundo y tercer de los corolarios propuestos ya que las tendencias quedarían equilibradas para mujeres y para hombres, aunque es superior el porcentaje de las mujeres que la han cometido (36,3 vs. 34,1, $\chi^2=2.48$, n.s.) o la han sufrido (33,6 vs. 33,2, $\chi^2=0.09$, n.s.), aunque no es estadísticamente significativo. Los datos obtenidos señalan nuevamente que las agresiones físicas leves parecen ser una práctica generalizada en ambos sexos, lo que resultaría especialmente preocupante en las relaciones de pareja en la adolescencia y juventud.

Además, con el fin de profundizar en el estudio de las dinámicas que se generan en las relaciones de pareja se estableció una clasificación que contempla las “agresiones mutuas”, para aquellos adolescentes y jóvenes que admiten a la misma vez haber perpetrado y experimentado agresiones en sus relaciones de pareja. En los resultados obtenidos se confirma el concepto de agresión mutua o cruzada puesto que el 28% de las mujeres y el 26,7% de los hombres declararon haber cometido agresiones físicas leves y a la vez sufrieron este tipo de agresión en sus relaciones de pareja, lo que confirmaría el cuarto de los supuestos incluidos en la H1.

Considerando la segunda de las variables estimadas, la edad tiene una relación estadísticamente significativa con la prevalencia de la agresión física leve en cualquiera de los patrones estimados ya que la proporción de agresión es mayor cuanto menor es la edad, siendo evidente en los encuestados como perpetradores (el porcentaje de agresores pasa de un 41,2% a los 16/18 años a un 29,3% a los 23/26 años), como víctimas (el porcentaje de víctimas pasa de un 38,1% a los 16/18 años a un 27,7% a los 23/26 años) y como agresor-víctima a la vez (el porcentaje de agresión mutua pasa de un 32,5% a los

16/18 años a un 22,1% a los 23/26 años), lo que no confirmaría el tercer supuesto de la H1.

b) Agresión física grave

Con respecto al análisis de las relaciones entre el sexo de los encuestados y la agresión física grave es importante señalar que los varones tienen porcentajes superiores a las mujeres, llegando a alcanzar diferencias de casi un punto porcentual aunque sólo aparecen diferencias significativas para la agresión mutua (0,8 vs. 0,5, $\chi^2=5.72$, $p<0.05$). Estos datos adquieren mayor relevancia si se tiene en cuenta que cuanto más severo es el maltrato, mayor es el impacto en la salud física y mental en la adolescencia y juventud.

Con respecto a la edad (Tabla 7.11), al igual que en la agresión física leve, la proporción de agresión también parece aumentar de forma notable en función de esta variable. En este caso, el incremento de los porcentajes es mayoritariamente a la edad de 16/18 y es, a partir de esta edad, cuando se encuentra un descenso y un mantenimiento en los porcentajes determinados. Es importante señalar que esta tendencia de agresión se ha observado en las agresiones cometidas, sufridas y mutuas, lo que no confirmaría el tercero de los supuestos mencionados en la H1, suponiendo un cambio importante con respecto a la reducción de la calidad de vida en la población más joven.

5.2.2. Prevalencia específica de la agresión física leve

En el estudio del comportamiento agresivo en las relaciones amorosas y con una finalidad esencialmente descriptiva, podría ser interesante examinar individualmente los ítems que forman parte de las escalas, en este caso, de la subescala que evalúa las agresiones físicas leves. Así, tomando como referencia las prevalencias globales de la agresión física leve, a continuación, se detallan las proporciones específicas de la agresión física leve en sus dos categorías de respuestas y su relación con el sexo y la edad de los encuestados.

Los resultados obtenidos en el estudio de la distribución por ítems según la perpetración de la agresión física leve en función del sexo y la edad se presentan en la Tabla 7.12.

Tabla 7.12. Prevalencias específicas de la agresión física leve según edad y sexo (perpetración)

PERPETRACIÓN					
Comportamientos	SEXO		EDAD		
	Mujer	Hombre	16/18	19/22	23/26
Has sujetado físicamente	19,1*** n=642	24,1*** n=464	23,9*** n=508	19,2*** n=425	18,2*** n=173
Has lanzado algún objeto	7,3** n=245	5,2** n=101	7,8 n=165	6 n=133	5 n=48
Has golpeado/pateado/lanzado	14,2 n=476	14 n=270	15,7** n=333	13,5** n=299	11,9** n=114
Has empujado/agarrado	18,2*** n=612	12,5*** n=242	19,1*** n=406	15,4*** n=341	11,2*** n=107
Has abofeteado	9,5*** n=319	2,8*** n=54	9,6*** n=203	5,8*** n=129	4,3*** n=41
Has pateado/golpeado/mordido	9,1*** n=306	4,9*** n=95	10,4*** n=220	6,6*** n=147	3,7*** n=35
*p<.05; **p<.01; ***p<.001.					

Como se observa, la conducta agresiva física más frecuente es el sujetar físicamente a la pareja ya que un 21,6% de los que han agredido o están agrediendo en la actualidad lo hacen mientras discuten, así como agarrar o empujar cuyo porcentaje de agresiones supone el 15,3% de la población de referencia. En el caso de lanzar algún objeto y abofetear, este mismo indicador ofrece unas proporciones del 6,2% y 6,1%, respectivamente.

Con respecto al sexo de la muestra, las pruebas χ^2 revelan la existencia de diferencias significativas entre mujeres y hombres en la cantidad media de conductas agresivas utilizadas en las relaciones de pareja. Así pues, aparecen diferencias significativas en lanzar algún objeto (7,3% vs. 5,2%, $\chi^2= 18,04$, $p<0.01$), empujar o agarrar (18,2% vs. 12,5%, $\chi^2= 29,13$, $p<0.001$), abofetear (9,5% vs. 2,8%, $\chi^2= 84,43$, $p<0.001$) y patear, golpear o morder (9,1% vs. 4,9%, $\chi^2= 30,75$, $p<0.001$), señalando nuevamente más presencia de agresiones por parte de las mujeres que de hombres. Tan solo en la conducta sujetar físicamente a la pareja mientras se discute, los hombres

reconocían haber perpetrado esta conducta en mayor proporción que las mujeres (19,1% vs. 24,1%, $\chi^2 = 18,04$, $p < 0.001$).

Del análisis de los datos recogidos con respecto a la variable edad, de forma genérica, parece que el incremento más fuerte de la prevalencia de la agresión física leve se produce entre los 16/18 años, aumentando considerablemente la proporción de adolescentes que reconocen cometer alguna conducta agresiva en contra de sus parejas, de la misma forma que ocurrían con las proporciones de la agresión física leve general.

Los resultados obtenidos en el estudio de la distribución por ítems según la victimización de la agresión física leve en función del sexo y la edad se presentan en la Tabla 7.13.

Tabla 7.13. Prevalencias específicas de la agresión física leve según edad y sexo (victimización)

VICTIMIZACIÓN					
Comportamientos	SEXO		EDAD		
	Mujer	Hombre	16/18	19/22	23/26
Te ha sujetado físicamente	19,9 n=668	19,9 n=384	22,2*** n=470	18,9*** n=419	17,1*** n=163
Te ha lanzado algún objeto	5,8*** n=195	8,1*** n=157	8,2*** n=174	5,6*** n=125	5,5*** n=53
Te ha golpeado/pateado/lanzado	15,1** n=508	12,1** n=233	14,7** n=312	14** n=309	12,6** n=120
Te ha empujado/agarrado	14,9 n=501	13,2 n=256	16,7*** n=354	13,5*** n=298	11*** n=105
Te ha abofeteado	3,1*** n=104	10*** n=193	8,1*** n=171	3,8*** n=84	4,4*** n=42
Te ha pateado/golpeado/mordido	5,6* n=189	7,1* n=137	8,3*** n=176	4,9*** n=109	4,4*** n=42

* $p < .05$; ** $p < .01$; *** $p < .001$.

Considerando la alta proporción de jóvenes que ejercen conductas agresivas en contra de sus parejas, se analiza la cantidad de jóvenes y adolescentes que reciben este tipo de comportamientos. Como se observa, el 19,9% de las mujeres y de los varones declaran que sus parejas les habían sujetado físicamente mientras discutían o el 13,6% declaran que han recibido golpes y patadas.

Si se comparan los datos obtenidos según las diferentes conductas agresivas según el sexo, se constata un cambio importante en cuanto a la distribución de la victimización de la muestra estudiada. Tal es el caso de algunos ítems en los que aparecen las mujeres como perpetradoras, en la distribución de victimización los hombres parecen ser sensiblemente superiores. En este sentido, tanto en abofetear (3,1% vs. 10%, $\chi^2= 109,9$, $p<0.001$), patear, golpear y morder (5,6% vs. 7,1%, $\chi^2= 4,46$, $p<0.05$) y lanzar algún objeto (5,8% vs. 8,1%, $\chi^2= 10,5$ $p<0.001$) aparecen los hombres como víctimas.

Con respecto a la edad, se observa nuevamente que la muestra más joven comienza a experimentar agresiones físicas leves a edades más tempranas entre los 16 y los 18 años. Así, por ejemplo, el porcentaje de víctimas pasó del 22,2% en la muestra de jóvenes de 16/18 años al 17,1% en los jóvenes de 23/26 años en el ítem sujetar físicamente. Esta misma tendencia se observa también en otras conductas agresivas que son experimentadas de forma mayoritaria entre los 16 y los 18 años, lo que parece indicar una preocupante disminución de la edad de inicio de las agresiones.

5.2.3. Prevalencia específica de la agresión física grave

En la Tabla 7.14, se presentan los resultados del análisis de la distribución individual de los ítems en la clasificación de agresores que evalúan la agresión física grave y su relación con el sexo y la edad de los encuestados.

Tabla 7.14. Prevalencias específicas de la agresión física grave según edad y sexo (perpetración)

PERPETRACIÓN					
Comportamientos	SEXO		EDAD		
	Mujer	Hombre	16/18	19/22	23/26
Has intentado ahogar	0,5* n=16	1* n=19	1,3*** n=27	0,3*** n=7	0,1*** n=1
Has dado una paliza	0,3 n=11	0,5 n=9	0,8*** n=17	0,1*** n=2	0,1*** n=1
Has amenazado con un cuchillo/arma	0,5 n=17	0,9 n=17	0,9** n=20	0,5** n=10	0,4** n=4
*p<.05; **p<.01; ***p<.001.					

Del análisis de los datos recogidos, puede observarse que la agresión física grave no se emite de forma mayoritaria por parte de los más jóvenes. En este sentido, a pesar de que la proporción de personas que refieren agredir a sus parejas es mayor en los hombres, desde la distribución de los ítems específicos se ha observado que las diferencias entre ambos sexos tienden a desaparecer de tal forma que, solo en un ítem aparece diferencias especialmente significativas, presentando porcentajes similares en ítems como el dar una paliza (0,3% vs. 0,5%, $\chi^2= 6,20$, n.s) y el amenazar con un cuchillo/arma (0,5% vs. 0,9%, $\chi^2= 2,69$, n.s). Sin embargo, desde el impacto real de los efectos de la agresión física grave sobre la salud individual y sobre la salud pública resulta especialmente alarmante el hecho de que los varones ejerzan más conductas agresivas físicas graves que las mujeres.

Uno de los datos más preocupantes es la proporción de jóvenes que refieren a edades tempranas episodios de agresión física grave dándose diferencias significativas en el patrón de perpetración. En este sentido, es posible observar que el momento evolutivo en el que los jóvenes parecen iniciarse en la agresión física grave oscila entre los 16 y los 18 años, edades que coinciden con el período de la adolescencia media en el que aparecían también las agresiones físicas leves cometidas y sufridas. Cuando se estudian los jóvenes de mayor edad, es posible observar que este patrón de aumento de las agresiones observado en edades más tempranas suele alcanzar un intervalo estable en el que el número de agresiones no parece aumentar de forma significativa. Por ejemplo la proporción de jóvenes que habían intentado ahogar a sus parejas pasó del 1,3% a los 16/18 años al 0,1% a los 23/26 años, de la misma forma, que dar una paliza pasó del 0,8% a los 16/18 años al 0,1% a los 23/26 años.

Tomando como referencia el grupo de adolescentes y jóvenes que reciben agresiones físicas graves, el estudio detallado de las proporciones de víctimas en los ítems específicos y su relación con el sexo y la edad de los mismos se presenta en la Tabla 7.15.

Tabla 7.15. Prevalencias específicas de la agresión física grave según edad y sexo (víctimización)

VICTIMIZACIÓN					
Comportamientos	SEXO		EDAD		
	Mujer	Hombre	16/18	19/22	23/26
Te ha intentado ahogar	0,6* n=21	1,2* n=23	1,3*** n=27	0,4*** n=8	0,9*** n=9
Te ha dado una paliza	0,3** n=9	0,8** n=16	0,8*** n=17	0,1*** n=3	0,5*** n=5
Te ha amenazado con un cuchillo/arma	0,5* n=16	1* n=20	0,9** n=20	0,4** n=9	0,7** n=7
*p<.05; **p<.01; ***p<.001.					

En este caso, las diferencias en la victimización en función del sexo de los encuestados sí parece ser algo más consistente ya que, los hombres tienen porcentajes significativamente superiores a las mujeres en los ítems intentar ahogar (0,6% vs. 1,2%, $\chi^2= 4,75$, $p<0,05$), dar una paliza (0,3% vs. 0,8%, $\chi^2= 8,19$, $p<0,01$) y amenazar con un cuchillo/arma (0,5% vs. 1%, $\chi^2= 5,67$, $p<0,05$). Es especialmente relevante señalar que, tanto en el patrón de perpetración y en el de victimización, las proporciones son más altas en varones que en las mujeres, considerándose los hombres como agresores y a la vez víctimas de la agresión física grave.

Considerando la segunda de las variables estimadas, la prueba χ^2 muestra la existencia de diferencias significativas entre los distintos rangos de edad en los ítems intentar ahogar ($\chi^2= 11,06$, $p<0,001$), dar una paliza ($\chi^2= 10,24$, $p<0,001$) y amenazar con un cuchillo ($\chi^2= 4,63$, $p<0,01$), siendo especialmente relevantes entre el de menor edad y el de 19/22 años en los que los porcentajes descienden considerablemente con el aumento de edad.

5.2.4. Agresión física: lesiones, motivos y recursos de ayuda

Con el objetivo de evidenciar un conocimiento profundo de la naturaleza de las agresiones en el noviazgo, a continuación, se presentan los resultados obtenidos del análisis de las conductas agresivas físicas en cuanto a las lesiones, los motivos y los recursos de ayuda utilizados por jóvenes y adolescentes.

Con respecto a esta parte del instrumento de evaluación, solo tienen que contestarla aquellos jóvenes y adolescentes que responden a las preguntas de la 11 a la 18 de la Escala de Tácticas de Conflicto Modificada con 2, 3, 4 y 5. Si se toman en conjunto estas variables, se aprecia que frecuentemente los adolescentes y jóvenes no responden a esta parte de la evaluación.

5.2.4.1. Lesiones

Tomando como referencia el grupo de adolescentes y jóvenes que emiten y reciben conductas agresivas físicas leves y graves, se valoran las lesiones asociadas y su relación con el sexo y la edad de los mismos, correspondiente a la segunda de las hipótesis (H2) de investigación planteadas.

Los resultados del análisis de cada una de las lesiones autoinformadas por jóvenes y adolescentes que han agredido físicamente a sus parejas en función del sexo y la edad se presentan en la Tabla 7.16.

Tabla 7.16. Prevalencias de las lesiones autoinformadas según edad y sexo

Ítem: ¿Alguna vez a tu novio/a le has hecho alguna de las siguientes cosas?					
Consecuencias	SEXO		EDAD		
	Mujer	Hombre	16/18	19/22	23/26
Cortes o contusiones leves	15,2*** n=118	7,4*** n=30	15,9*** n=84	10,3*** n=49	8,5*** n=15
Cortes o contusiones graves	1,6 n=12	0,5 n=2	1,7 n=9	0,8 n=4	0,6 n=1
Rotura de nariz, ojo morado, rotura de huesos	2,6** n=20	0,5** n=2	1,7 n=9	2,3 n=11	1,1 n=2
Requerir tratamiento médico	2,1 n=16	1,7 n=7	2,1 n=11	1,9 n=9	1,7 n=3
Ninguna	82,3*** n=635	91,2*** n=372	81,4** n=428	87,9** n=420	90,3** n=159
*p<.05; **p<.01; ***p<.001.					

Centrándonos en la ausencia de lesiones, prácticamente el 85% de los jóvenes que han agredido físicamente a sus parejas refieren no cometer ninguna de las lesiones evaluadas, existiendo diferencias significativas por sexos (82,3 vs. 91,2, $\chi^2= 16,98$,

$p<0,01$), en este sentido, los hombres informaron de no cometer ninguna lesión en mayor medida que las mujeres.

Asimismo, tal y como predecía el primero de los corolarios planteados, se observa que la lesión más frecuente son los cortes o contusiones leves puesto que el 12,5% de los que agredieron físicamente a sus parejas provocaron estos daños a sus respectivas parejas.

Como puede observarse, las diferencias por sexos son significativas en cuanto a los cortes o contusiones leves (15,2 vs. 7,4, $\chi^2= 15,19$, $p<0,001$) y a la rotura de nariz, ojo morado y rotura de huesos (2,6 vs. 0,5, $\chi^2= 6,43$, $p<0,01$), siendo las mujeres las que provocaron en mayor medida este tipo de lesiones, lo que no nos llevaría a confirmar el segundo supuesto de la H2. En el caso de las lesiones de cortes o contusiones graves (1,6% vs. 0,5%, $\chi^2= 2,57$, n.s) y requerir asistencia médica (2,1% vs. 1,7%, $\chi^2= 1,83$, n.s) se aprecian una menor proporción, sin que existan diferencias significativas por sexos.

Por edades, el patrón de agresiones en función de las lesiones producidas refleja que los jóvenes de menor edad (16/18) declaran haber cometido mayor número de cortes o contusiones leves respecto a los otros grupos de edad ($\chi^2= 10,51$, $p<0,001$), por lo que parcialmente tampoco es posible confirmar el tercero de los supuestos planteados en la H2, puesto que el mayor porcentaje de jóvenes que provocan alguna vez lesiones a sus parejas se situaría en los grupos de menor edad. Por otra parte, no parecen existir diferencias significativas entre los grupos en cuanto a cortes o contusiones graves ($\chi^2= 2,31$, n.s), rotura de nariz, ojo morado y rotura de huesos ($\chi^2= 1,09$, n.s) y en requerir tratamiento médico ($\chi^2= 0,13$, n.s), aunque se señala nuevamente que el rango de los 16 a los 18 años es donde aumenta el porcentaje de jóvenes que cometen este tipo de lesiones. Asimismo, en el grupo de mayor edad (23/26) se observa un incremento significativo del porcentaje de jóvenes que declaran no cometer ningún tipo de lesiones.

Los resultados obtenidos en este mismo análisis en el caso de las lesiones autoinformadas por parte de la pareja según el sexo y la edad se presentan en la Tabla 7.17.

Tabla 7.17. Prevalencias de las lesiones autoinformadas por parte de la pareja según edad y sexo

Ítem: ¿Alguna vez tu novio/a te ha hecho alguna de las siguientes cosas?					
Consecuencias	SEXO		EDAD		
	Mujer	Hombre	16/18	19/22	23/26
Cortes o contusiones leves	8,6 n=65	7,1 n=28	7,4 n=38	9 n=42	7,5 n=13
Cortes o contusiones graves	0,4 n=3	—	—	0,2* n=1	1,1* n=2
Rotura de nariz, ojo morado, rotura de huesos	0,4 n=3	0,8 n=3	0,4 n=2	0,2 n=1	1,7 n=3
Requerir tratamiento médico	0,9 n=7	0,5 n=2	1* n=5	—	2,3* n=4
Ninguna	90,2 n=697	91,9 n=365	90,9 n=470	90,6 n=432	90,9 n=160
*p<.05; **p<.01; ***p<.001.					

Los datos obtenidos señalan nuevamente que el tipo de lesión más frecuente son los cortes o contusiones leves puesto que el 8,1% de las mujeres y el 7,1% de los hombres declararon sufrir este tipo de lesiones. De cualquier forma, es necesario señalar las altas prevalencias en la ausencia de lesiones que, aún siendo las agresiones muy frecuentemente estimadas, siguen siendo esperanzadoras puesto que más del 90% de los adolescentes y jóvenes no declararon sufrir ningún tipo de lesiones a nivel personal.

Atendiendo al análisis de las relaciones entre el sexo de los encuestados y las lesiones, no puede confirmarse totalmente el segundo de los corolarios propuestos en la segunda de las hipótesis de investigación planteadas (H2), ya que los resultados no determinan diferencias significativas entre mujeres y hombres en las diferentes lesiones autoinformadas por parte de la pareja.

Del mismo modo, la lesión más frecuente son los cortes o contusiones leves ya que un 8,6% de las mujeres y un 7,1% de los hombres declararon sufrir este tipo de lesiones por sus respectivas parejas, sin que se dieran diferencias significativas en función del sexo y la edad de los grupos. En el caso de los cortes o contusiones graves, al igual que ocurría en el caso anterior, no se establecen diferencias significativas entre mujeres y hombres ($\chi^2= 1,55$, n.s), pero sí entre los distintos grupos de edad,

observándose un incremento significativo del porcentaje de jóvenes que sufren cortes o contusiones graves conforme avanza la edad de los mismos ($\chi^2= 6,65$, $p<0,05$). Así, un 0,9% de las mujeres y un 0,5% de los hombres han recibido asistencia médica producto de la vivencia de las agresiones en el noviazgo. También en este caso, las lesiones autoinformadas no presentan diferencias significativas en función del sexo o la edad de los encuestados. Con respecto a la rotura de nariz, ojo morado, y la rotura de huesos, este mismo indicador ofrece unas proporciones del 0,4% y 0,8% en mujeres y hombres, respectivamente.

Al igual que ocurría en el caso anterior, la edad no establece diferencias significativas en la proporción de lesiones autoinformadas por parte de la pareja, lo que lleva a rechazar el tercero de los supuestos planteados en la H2, puesto que no en todas las lesiones evaluadas aparecen diferencias significativas a favor de los grupos de mayor edad. Solo aparecen diferencias significativas en cortes o contusiones graves ($\chi^2= 6,65$, $p<0,01$) y en requerir asistencia médica ($\chi^2= 9,08$, $p<0,01$). De cualquier forma, es necesario señalar que las altas proporciones obtenidas se situarían en los grupos de mayor edad.

5.2.4.2. Motivos

Con respecto a los resultados de los motivos informados de la persona o de la pareja que agrede, es necesario hacer una apreciación. La modalidad de respuesta de esta parte de la prueba consiste en una única pregunta con varias alternativas de respuesta y una alternativa con formato abierto. Respecto a esta última opción de respuesta y después de llevar a cabo un análisis descriptivo, se van a evaluar además cuatro opciones de respuesta más frecuentemente contestadas (“bromas o juegos”, “discusiones”, “nervios” y “ninguna”), con el propósito de recoger las respuestas más fidedignas de los jóvenes y adolescentes.

Los datos correspondientes al estudio de los porcentajes de prevalencias de los motivos autoinformados y referidos de la pareja que corresponden a la cuarta hipótesis (H4), se presentan de forma detallada en la Tabla 7.18. y la Tabla 7.19.

Tabla 7.18. Prevalencias de los motivos autoinformados de la agresión física según edad y sexo

Ítem: ¿Por qué motivos has agarrado, empujado, abofeteado, pateado, etc., a tu novio/a?					
Motivos	SEXO		EDAD		
	Mujer	Hombre	16/18	19/22	23/26
Estaba celoso/a	19 n=117	17,8 n=46	24,9*** n=98	14,2*** n=50	11,5*** n=15
Estaba furioso/a y golpeé primero	29,7** n=183	19,7** n=51	19,8*** n=78	33,5*** n=118	29,2*** n=38
Mi pareja me pegó primero y yo respondí	7,6** n=47	13,1** n=34	8,9* n=35	7,4* n=26	15,4* n=20
Bromas o juegos	28,2 n=173	28,4 n=73	37,5*** n=146	23,4*** n=82	13,8*** n=18
Discusiones	11,4 n=70	7,8 n=20	10 n=39	11,1 n=39	9,2 n=12
Nervios	11,1 n=68	12,8 n=33	8** n=31	14,5** n=51	14,6** n=101
Ninguno	4,8* n=29	8,7* n=22	4,2** n=16	6** n=21	10,9** n=14
*p<.05; **p<.01; ***p<.001.					

Atendiendo a la prevalencia de los motivos de las personas que agreden físicamente a sus parejas presentada en la Tabla 7.18, es posible observar que el carácter lúdico divertido de las agresiones junto con estar furioso/a y golpear primero son los motivos más frecuentes (el 28,3% y 26,7%, respectivamente), interpretando las conductas agresivas como una salida a sus emociones o como algo divertido. Concretamente, el juego y la broma es el motivo que cuenta con un aumento considerable de respuestas tanto si se analizan los motivos autoreferidos como los motivos de las parejas agresoras (28,3% y 29%, respectivamente), resultando este hecho alarmante por las consecuencias reforzantes asociadas al juego y su posterior consolidación a lo largo del tiempo. Es especialmente relevante señalar la tendencia contraria observada para las motivaciones autodefensivas “mi pareja me pegó primero y yo respondí” ya que el porcentaje decrece situándose en torno al 9,3% de los entrevistados que agraden físicamente a sus parejas.

Del mismo modo, en la Tabla 7.18, se presenta el análisis de las relaciones entre el sexo de los encuestados y los motivos referidos, confirmándose parcialmente la cuarta hipótesis propuesta ya que los resultados son estadísticamente significativos en el caso de

estar furioso/a y golpear primero, en el que son las mujeres las que agraden en mayor medida respecto a los hombres (29,7 vs. 19,7, $\chi^2= 9,33$, $p<0,01$). Mientras, son los hombres los que muestran mayores porcentajes en las agresiones físicas por motivos autodefensivos (7,6 vs. 13,1, $\chi^2= 6,56$, $p<0,01$) o no referir ningún motivo para agredir (4,8 vs. 8,7, $\chi^2= 5,03$, $p<0,05$) respecto las mujeres. Cuando se analiza el resto de motivos para agredir físicamente, se observa que las diferencias entre ambos sexos tienden a desaparecer de tal forma que no parecen ser especialmente significativas, presentando porcentajes muy similares. En el caso del motivo estar celoso/a, a pesar de que hay una mayor proporción en las mujeres, no se establecen diferencias significativas con respecto al grupo de hombres (19 vs. 17,8, $\chi^2= 0,18$, n.s), al igual que ocurre en el caso de las discusiones en el que son las mujeres las que agraden en mayor medida por este motivo, aunque este incremento porcentual no sea significativo en comparación con el grupo de hombres (11,4 vs. 7,8, $\chi^2= 2,58$, n.s). En el caso de las bromas (28,2 vs. 28,4, $\chi^2= 0,003$, n.s) o los nervios (11,4 vs. 7,8, $\chi^2= 0,53$, n.s) se señala un incremento en el caso de los hombres sin que existan nuevamente diferencias significativas entre ambos sexos.

Asimismo, tal y como se hipotetizó en la cuarta hipótesis (H4), la edad también tiene una relación estadísticamente significativa con la prevalencia de los diferentes motivos autoreferidos, excepto para las discusiones en donde no se establecen diferencias significativas con respecto a los grupos de edad. Más concretamente, a pesar de que el incremento comentado se da en todos los grupos de edad, las mayores diferencias en las proporciones aparecen especialmente entre el grupo de 16/17 años y el de 23/26 años. En el caso de estar celoso/a, se pasa de una proporción de agresiones a los 16/18 años del 24,9% al 11,5% a los 23/26 siendo el porcentaje a los 19/22 años del 14,2%. Respecto las bromas o el juego, partiendo de una proporción de agresiones a los 16/18 años del 37,5% se produce un descenso a los 19/22 años llegando al 23,4% y, de ahí, se pasa al 13,8% de jóvenes que han agredido a la edad de 23/26 años. Así, en el caso de las agresiones motivadas por los nervios, partiendo de una proporción del 8% a los 16/18 años se produce un incremento a los 19/22 años llegando al 14,5% y, de ahí, se pasa al 14,6% de jóvenes a la edad de 23/26 años.

De cualquier forma, es necesario referir, que aunque las motivaciones o los propósitos de las personas que agreden sean diferentes, sigue siendo un aspecto importante para definir adecuadamente las conductas agresivas e igualmente alarmantes puesto que más del 24% de los adolescentes agraden a sus parejas porque se encuentran furiosos y casi el 28,5% agraden en un contexto de broma o de juego.

Los resultados obtenidos en el estudio de la distribución de los motivos de la agresión física referidos de la pareja que agrede según el sexo y la edad de los jóvenes y adolescentes se presentan en la Tabla 7.19.

Tabla 7.19. Prevalencias de los motivos de la agresión física referidos de la pareja según edad y sexo

Ítem: ¿Por qué motivos tu novio/a te ha agarrado, empujado, abofeteado, pateado, etc?					
Motivos	SEXO		EDAD		
	Mujer	Hombre	16/18	19/22	23/26
Mi pareja estaba celoso/a	22,8 n=114	26,8 n=69	26,7 n=95	21,9 n=65	21,9 n=23
Mi pareja estaba furioso/a y me pegó primero	16,8*** n=84	33,1*** n=85	18*** n=64	21,2*** n=63	40*** n=42
Yo la/le pegué primero y mi pareja me pegó como respuesta	11,6** n=58	6,2** n=16	9,6 n=34	9,4 n=28	11,4 n=12
Mi pareja estaba de bromas o jugando	33,5*** n=168	20,2*** n=52	38,8*** n=138	23,9*** n=71	10,5*** n=11
Mi pareja estaba discutiendo	8,6 n=43	7 n=18	5,9* n=21	11,1* n=33	6,7* n=7
Mi pareja estaba nerviosa	8,2 n=41	6,2 n=16	4,5** n=16	9,8** n=29	11,4** n=12
Ninguno	10 n=50	8,9 n=23	8,4 n=30	9,4 n=28	14,3 n=15
*p<.05; **p<.01; ***p<.001.					

En un análisis conjunto de las prevalencias obtenidas considerando los motivos de la agresión física de la pareja es posible observar que la tendencia encontrada en los motivos autoreferidos se repiten en este análisis en los que la broma y estar furioso son los motivos más generalizados de la población adolescente (ofrecen una prevalencia del 29% y 22,3%, respectivamente). Por el contrario, analizando los porcentajes menos frecuentes, los nervios y las discusiones de las parejas ofrecen unas proporciones del 7,5% y del 8%, respectivamente. En todo caso, los motivos o las motivaciones que

justifican las agresiones físicas consolidan un área importante para delimitar y analizar las diferencias en función del sexo o la edad.

Atendiendo al análisis de las relaciones entre el sexo y los motivos referidos de las parejas, no podría confirmarse la cuarta hipótesis (H4) de investigación planteada ya que no todos los resultados son estadísticamente significativos. En primer lugar, el sexo marca diferencias en los motivos referidos de la pareja siendo la proporción de mujeres que informan que las han agredido por motivos de bromas o juegos (33,5 vs. 20,2, $\chi^2=14,58$, $p<0,001$) y por el motivo de que ellas les pegaron primero y sus parejas respondieron (11,6 vs. 6,2, $\chi^2=5,52$, $p<0,01$) significativamente superior. En el caso de los nervios (8,2 vs. 6,2, $\chi^2=0,93$, n.s) y las discusiones (8,6 vs. 7, $\chi^2=0,57$, n.s) a pesar de que hay una mayor proporción de mujeres que informan que sus parejas agraden físicamente por estos motivos, no se establecen diferencias significativas con respecto al grupo de hombres. Al igual que ocurre en el caso de estar celoso/a en el que son los hombres los que afirman en mayor medida que sus parejas agreden físicamente por este motivo, este incremento porcentual no es significativo en comparación con el grupo de mujeres (22,8 vs. 26,8, $\chi^2=1,55$, n.s).

En lo que respecta a la prevalencia de los motivos referidos de la pareja en función de la edad de los encuestados (Tabla 7.19), se constata que las proporciones se distribuyen de forma diferente en función de la edad. Así, por ejemplo, el motivo estar furioso y golpear primero muestra efectos significativos de esta variable con respecto a los grupos de edad ($\chi^2=23,03$, $p<0,001$), señalando una mayor porcentaje en el grupo de 23/26 años. Esta misma tendencia se observa en otro de los motivos que aluden a la parte emocional como son los nervios en el que el incremento se acentúa en los 23/26 años, llegando a ser más elevado en los 23 y 26 años (pasó de un 9,8% a los 19/22 años al 11,4% de los encuestados con 23/26 años). También, la edad establece diferencias importantes en las bromas o el juego como motivos de la agresión física de la pareja, puesto que es el grupo de menor edad el que alcanza una proporción significativamente superior a los jóvenes de mayor edad ($\chi^2=37,70$, $p<0,001$). Con respecto a las discusiones, igualmente, se establecen diferencias entre los distintos grupos ($\chi^2=6,25$, $p<0,05$), situándose en el 11,1% en las parejas de jóvenes entre 19/22 años. Por el

contrario, los motivos de estar celoso ($\chi^2= 2,37$, n.s), pegar primero y la pareja responder ($\chi^2= 0,38$, n.s) y ningún motivo referido para agredir ($\chi^2= 3,22$, n.s) no aparecen diferencias significativas en los grupos de edad.

5.2.4.3. Recursos de ayuda

En lo que se refiere a los recursos de ayuda, y como sucedía en los motivos informados de la persona o de la pareja que agrede, la modalidad de respuesta de esta parte de la prueba consiste en una única pregunta con varias alternativas de respuesta y una alternativa con formato abierto. Respecto a esta última opción de respuesta y después de llevar a cabo un análisis descriptivo, se van a evaluar además tres opciones de respuestas más frecuentemente contestadas (“reírse de la situación”, “provocar más violencia” y “nada”).

A la hora de determinar las implicaciones específicas de los resultados obtenidos de las diferentes respuestas y recursos de ayuda existentes en la población más joven, es necesario analizar las proporciones de los recursos de ayuda y las respuestas de los jóvenes que se encuentran inmersos en una relación violenta en función del sexo y la edad, correspondiente a la quinta de las hipótesis (H5) de investigación planteadas que se presenta en la Tabla 7.20.

Como puede observarse, en el sentido planteado por la quinta hipótesis (H5), se produce un apreciable aumento de los recursos informales (hablar con un amigo, familiares, o con la pareja de la violencia, reírse de la situación, nada) respecto los recursos formales de ayuda (hablar con un profesor/orientador, llamar a un teléfono de ayuda, llamar a la policía).

La respuesta más frecuente dada por los jóvenes ante una relación con agresiones físicas es no hacer nada puesto que un 44% de los jóvenes y adolescentes señalaron no realizar ninguna acción o respuesta ante las agresiones físicas de sus parejas. Asimismo, se observa una alta proporción en la respuesta de hablar con la pareja de la violencia ya que supone el 35,7% de la población de referencia. De forma contraria, este mismo indicador difiere significativamente de hablar con un profesor/orientador y llamar a un

teléfono de ayuda ya que las proporciones se sitúan entre el 0,3% y 0,7%, respectivamente.

Tabla 7.20. Prevalencias específicas de las respuestas y recursos en una situación de violencia según edad y sexo

Recursos/respuestas	SEXO		EDAD		
	Mujer	Hombre	16/18	19/22	23/26
Hablar con un amigo	16,3 n=82	13,8 n=33	16,7 n=58	13,8 n=41	16,2 n=16
Hablar con un profesor/orientador	0,4 n=2	—	0,3 n=1	—	1 n=1
Llamar teléfono de ayuda	0,6 n=3	0,8 n=2	0,9 n=3	0,7 n=2	—
Romper con la pareja	8,1** n=41	13,8** n=33	12,1 n=42	7,7 n=23	9,1 n=9
Hablar con alguien de la familia	3,4 n=17	2,5 n=6	3,2* n=11	1,7* n=5	7,1* n=7
Llamar a la policía	0,8 n=4	2,1 n=5	2 n=7	0,3 n=1	1 n=1
Hablar con la pareja de la violencia	35,3 n=178	36,4 n=87	30,5** n=106	39,1** n=116	43,4** n=43
Reírse de la situación	1,8 n=9	2,5 n=6	1,7 n=6	2 n=6	3,1 n=3
Provocar más violencia	3,8 n=19	3,8 n=9	2,6 n=9	5,4 n=16	3,1 n=3
Nada	45,5 n=228	40,7 n=96	45,7 n=158	42,9 n=126	41,2 n=40
*p<.05; **p<.01; ***p<.001.					

Atendiendo al análisis de las relaciones entre el sexo y los recursos y respuestas de ayuda, se confirmaría parcialmente la hipótesis (H4) de investigación planteada ya que en los resultados no se observan diferencias estadísticamente significativas, a excepción de romper con la pareja donde el sexo marca diferencias en el grupo, siendo la proporción de hombres que deciden romper una relación caracterizada de agresiones físicas significativamente superior respecto a las mujeres (8,1 vs. 13,8, $\chi^2= 5,81$, $p<0,01$).

Con respecto a la edad, no aparecen diferencias significativas entre los distintos rangos de edad a pesar de que se observa una distribución heterogénea en los recursos y respuestas de ayuda de la muestra seleccionada. Es en los porcentajes de hablar con alguien de la familia ($\chi^2= 7,19$, $p<0,05$) y hablar con la pareja de la violencia ($\chi^2= 8,05$,

$p<0,01$), donde aparecen diferencias significativas entre grupos, siendo, en el primero de ellos, especialmente relevante entre los 19/22 años y los 23/26 años. Respecto hablar con la pareja de la violencia las diferencias se establecen entre el de menor edad y el de 23/26 años en los que los porcentajes ascienden considerablemente con el aumento de la edad.

5.2.5. Prevalencia general de la agresión psicológica

A continuación, se exponen los resultados obtenidos en relación a las prevalencias de la agresión psicológica en sus tres acepciones: agresión verbal, tácticas dominantes y tácticas celosas, pertenecientes a las categorías de agresores y de víctimas que corresponden a la quinta de las hipótesis planteadas (H5).

De forma genérica, se observa nuevamente como la agresión verbal, las tácticas dominantes y las tácticas celosas presentan prevalencias significativamente mayores en las categorías de perpetración y victimización como se observa en la Tabla 7.21.

Tabla 7.21. Prevalencias generales de la agresión psicológica

AGRESIÓN PSICOLÓGICA	PERPETRACIÓN	VÍCTIMIZACIÓN
Agresión Verbal	92,2% n=4.902	90,7% n=4.823
Tácticas Dominantes	57,6% n=3.060	51,3% n=2.728
Tácticas Celosas	77,2% n=4.104	79,7% n=4.237

En relación con la prevalencia de las agresiones verbales, el 92,2% de los adolescentes y jóvenes informaron haber cometido alguna de las agresiones verbales y el 90,7% haberla sufrido en el contexto de sus relaciones de pareja, lo que supone una forma habitual de interacción en las relaciones de noviazgo de los más jóvenes de nuestra sociedad, confirmandose el primer de los supuestos de la H5.

En cuanto a las tácticas dominantes, puede observarse que más de la mitad de los encuestados refieren utilizar estas conductas agresivas (57,6% de los encuestados), disminuyendo ligeramente esta tendencia de la prevalencia en la victimización situándose en el 51,3%, lo que supone nuevamente un alejamiento de las pautas de convivencia normalizadas en la muestra de referencia.

Por otra parte, las prevalencias sobre las tácticas celosas aumentan hasta situarse en un 77,2% en ambos sexos y un 79,7% han sido víctimas de este tipo de agresiones.

Los resultados del análisis de las proporciones de la agresión verbal, las tácticas dominantes y las tácticas celosas para cada uno de los patrones de respuesta y su relación con el sexo y la edad de los encuestados se presenta en la Tabla 7.22. Al ser la agresión psicológica una de las manifestaciones más frecuentes en las relaciones de noviazgo se analiza la prevalencia diferenciando la agresión verbal, las tácticas dominantes y las tácticas celosas para facilitar su comprensión.

Tabla 7.22. Prevalencias generales de la agresión psicológica según edad y sexo

	SEXO		EDAD		
Agresión Psicológica	Mujer	Hombre	16/18	19/22	23/26
Agresión Verbal					
Perpetración	95,5*** n=3.133	93,3*** n=1.769	93,3*** n=1.918	95,4*** n=2.083	95,9*** n=901
Victimización	94,2* n=3.064	92,9* n=1.759	92,3*** n=1.885	94,4*** n=2.048	95,1*** n=890
Mutua	93,1* n=2.986	91* n=1.700	90,5*** n=1.809	93,1*** n=2.004	94,5*** n=873
Tácticas Dominantes					
Perpetración	61*** n=2.024	54,5*** n=1.036	59,6 n=1.249	58,6 n=1.279	56,4 n=532
Victimización	50,6*** n=1.675	55,5*** n=1.053	52,9 n=1.105	52,4 n=1.141	51,6 n=482
Mutua	46,1*** n=1.511	47*** n=881	47,1 n=973	45,9 n=991	46,2 n=428
Tácticas Celosas					
Perpetración	81,6*** n=2.713	72,6*** n=1.391	79,5*** n=1.672	79,6*** n=1.744	72,7*** n=688
Victimización	83,5*** n=2.754	77,9*** n=1.483	83*** n=1.721	82,3*** n=1.804	75,8*** n=712
Mutua	76,6*** n=2.507	67,6*** n=1.281	75*** n=1.543	74,5*** n=1.622	66,8*** n=623
*p<.05; **p<.01; ***p<.001.					

a) Agresión verbal

Atendiendo al análisis de la relación entre el sexo y la edad de los encuestados y la prevalencia de la agresión verbal se obtienen resultados significativos para ambas variables de estudio.

Con el fin de estudiar las posibles diferencias entre la variable sexo y la dimensión de las agresiones (perpetración vs. victimización) los resultados apuntan a que ambos sexos no muestran el mismo patrón en relación a las agresiones verbales. En este sentido, el sexo marca diferencias en el grupo siendo la proporción de mujeres significativamente superior a la de los hombres tanto en lo que respecta a las acciones que cometieron (95,5 vs. 93,3, $\chi^2=11.57$, $p<0.001$), como a aquellas otras que fueron víctimas de sufrir agresiones de esta naturaleza (94,2 vs. 92,9, $\chi^2=3.36$, $p<0.05$) y de forma mutua (93,1 vs. 91, $\chi^2=7.73$, $p<0.05$), lo que no confirmaría el segundo de los supuestos incluidos en la H5.

Además, según los resultados de este trabajo, cuando se observan agresiones verbales en las relaciones de pareja de los jóvenes y adolescentes, lo más frecuente es que se afirme que se han producido de forma mutua (92%).

Con respecto a la edad y tal como predecía el tercero de los supuestos de la misma hipótesis de investigación, el análisis muestra nuevamente diferencias significativas entre los distintos grupos de edad en cualquiera de los tres patrones estimados, en los que el porcentaje aumenta considerablemente con la edad evaluada.

b) Tácticas dominantes

Como puede observarse en el análisis de las relaciones entre el sexo de los encuestados y las tácticas dominantes también se encuentran diferencias significativas para cada una de las manifestaciones analizadas en relación al comportamiento agresivo, ya que los resultados son estadísticamente significativos y superiores en el caso de las mujeres sólo para la categoría de perpetración (61 vs. 54,5, $\chi^2=21.1$, $p<0.001$) mientras que son los hombres los que muestran mayores porcentajes en las categorías de

victimización (50,6 vs. 55,5, $\chi^2=11.6$, $p<0.001$) y en la agresión mutua (46,1 vs. 47, $\chi^2=10.2$, $p<0.001$), no confirmándose el segundo supuesto de la H5.

Así, de los resultados que se recogen en la Tabla 7.22, destaca que, tanto los hombres como las mujeres, puedan perpetrar y sufrir este tipo de agresiones (46,1% y 47%, respectivamente), es este caso, ambos papeles se alternarían en sus relaciones de pareja.

De forma similar, como se expuso en el tercer de los supuestos de la H5, la edad no tiene una relación estadísticamente significativa con la prevalencia de las tácticas dominantes en cualquiera de sus manifestaciones. Mientras que las prevalencias obtenidas para la agresión verbal van siendo más frecuentes según aumenta el rango de edad evaluado, la manifestación de las tácticas dominantes, aunque presentan su mayor aumento a los 16/17 años, tienden hacia la disminución con la edad, sobre todo a partir de los 23/26 años para ambos sexos.

c) Tácticas celosas

En el análisis conjunto de las prevalencias obtenidas considerando los distintos parámetros de respuestas estimados, es posible observar que el sexo también tiene una relación estadísticamente significativa con la prevalencia de las tácticas celosas ya que las proporciones son significativas y superiores en el caso de las mujeres en las categorías de respuestas de perpetración (81,6 vs. 72,6, $\chi^2=58.09$, $p<0.001$), en victimización (83,5 vs. 77,9, $\chi^2=24.7$, $p<0.001$) y en la agresión mutua (76,6 vs. 67,6, $\chi^2=50.6$, $p<0.001$), de nuevo, no se confirmaría el supuesto segundo de la H5.

Del mismo modo, se podría señalar que el número de participantes que indican a la vez que han cometido o sufrido este tipo de agresiones en discusiones con la pareja es, en términos generales, bastante alto.

Atendiendo al análisis de las relaciones entre la edad de los encuestados y las tácticas celosas, se confirmaría parcialmente el tercero de los corolarios propuestos ya que los resultados son estadísticamente significativos en sus tres categorías de respuestas,

aunque la proporción en general es mayor cuanto menor es la edad de los encuestados. Más concretamente, a pesar de que el incremento comentado se da en todos los grupos de edad, las mayores diferencias en las proporciones aparecen especialmente entre el grupo de 16/18 años y el de 23/26 años (en el caso de los adolescentes y jóvenes que declaran cometer alguna forma de tácticas celosas, se pasa de una proporción a los 16/18 del 79,5% al 72,7% a los 23/26 años; y en los adolescentes y jóvenes que han recibido este tipo de conductas agresivas, partiendo de una proporción del 75% a los 16/18 años se pasa al 66,8% a la edad de 23/26 años).

5.2.6. Prevalencia específica de la agresión verbal

Dentro del análisis descriptivo realizado sobre las prevalencias de la agresión psicológica, se presentan a continuación las prevalencias de los cinco ítems específicos que evalúan la agresión verbal en sus dos categorías de respuestas: perpetración y victimización, en función de la edad y el sexo de los encuestados.

Los resultados obtenidos en el estudio de la distribución por ítems según la perpetración de la agresión verbal en función del sexo y la edad se presentan en la Tabla 7.23.

Tabla 7.23. Prevalencias específicas de la agresión verbal según edad y sexo (perpetración)

PERPETRACIÓN					
Comportamientos	SEXO		EDAD		
	Mujer	Hombre	16/18	19/22	23/26
Has insultado	58,4*** n=1.956	43,4*** n=836	52*** n=1.101	55,3*** n=1.221	49,5*** n=470
Has molestado/negado hablar	72,8** n=2.424	68,8** n=1.326	66,1*** n=1.390	74,4*** n=1.640	75,7*** n=720
Te has marchado molesto de la habitación o casa	70,4*** n=2.360	64,9*** n=1.252	60,1*** n=1.270	72,5*** n=1.603	44,4*** n=739
Has fastidiado o picado	82,5*** n=2.766	75,4*** n=1.456	78*** n=1.652	80,6*** n=1.782	82,7*** n=788
Has amenazado con agredir físicamente	14,4*** n=483	11*** n=212	13,4 n=284	13,2 n=292	12,5 n=119
*p<.05; **p<.01; ***p<.001.					

Como puede observarse, en todos los ítems específicos que corresponden a la agresión verbal se produce un apreciable aumento de la proporción de jóvenes y adolescentes que refieren cometer este tipo de conductas agresivas, siendo ésta especialmente relevante en el caso de fastidiar o picar a la pareja (79,9%) y molestar o negarse hablar de un tema (71,3%). Es en el caso de amenazar con agredir físicamente y el insultar, en los que se aprecian menores porcentajes (13,2% y 52,9%, respectivamente).

Con respecto al sexo de los sujetos, los análisis revelan la existencia de un efecto significativo y superior en el caso de las mujeres para los ítems que evalúan la perpetración de la agresión verbal. De forma similar, aparecen diferencias significativas entre los distintos rangos de edad, en los que las prevalencias experimentan un notable incremento entre los grupos de mayor edad.

Los resultados obtenidos en el estudio de la distribución de los ítems específicos correspondientes a la agresión verbal de las víctimas en función del sexo y la edad se presentan en la Tabla 7.24.

Tabla 7.24. Prevalencias específicas de la agresión verbal según edad y sexo (víctimización)

VICTIMIZACIÓN					
Comportamientos	SEXO		EDAD		
	Mujer	Hombre	16/18	19/22	23/26
Te ha insultado	47,8 n=1.587	46 n=881	45,1** n=944	49,5** n=1.085	46,3** n=439
Te ha molestado/negado hablar	73,8 n=2.466	74,4 n=1.431	68,7*** n=1.449	76,5*** n=1.687	80,2*** n=761
Se ha marchado molesto de la habitación o casa	63,2 n=2.109	61,9 n=1.193	54,3*** n=1.142	66,9*** n=1.477	71,6*** n=683
Te ha fastidiado o picado	79,3*** n=2.651	73,9*** n=1.426	75,6* n=1.598	78,4* n=1.729	78,7* n=750
Te ha amenazado con agredir físicamente	9,6*** n=323	14,5*** n=280	11,5 n=244	11,2 n=247	11,7 n=112
*p<.05; **p<.01; ***p<.001.					

Al igual que ocurre con las prevalencias de los que informan cometer o haber cometido en alguna ocasión agresiones verbales en contra de su pareja, las prevalencias que informan recibir estas conductas agresivas son elevadas tal y como se observa en la Tabla 7.24. En total, para ambos sexos, el 47,1% de los adolescentes y jóvenes informaron recibir insultos de sus parejas y al 11,4% les habían amenazado con agredir físicamente en alguna ocasión.

Como puede observarse en las prevalencias de la victimización, las diferencias por sexos dejan de ser significativas, a excepción de dos ítems que son el fastidiar o picar a la pareja (79,3 vs. 73,9, $\chi^2=20,45$, $p<0.001$) y amenazar con agredir físicamente (9,6 vs. 14,5, $\chi^2=28,24$, $p<0.001$). No obstante, se observa que la tendencia a sufrir este tipo de conductas agresivas es algo mayor en las mujeres.

Con respecto a la edad, aparecen diferencias significativas entre los distintos rangos de edad, siendo especialmente relevantes entre los de mayor edad. Por el contrario, en amenazar con agredir físicamente no aparece diferencia significativa entre los distintos grupos de edad a pesar de que se observa un aumento en las proporciones ($\chi^2=0,24$, n.s.).

5.2.7. Prevalencia específica de las tácticas dominantes

Al ser las tácticas de dominancia una manifestación de las agresiones psicológicas, se analizan los resultados obtenidos en relación con la prevalencia de perpetración y victimización en función de la edad y sexo de los adolescentes que se presentan en las Tablas 7.25 y 7.26.

En cuanto a las prevalencias informadas sobre las conductas agresivas que los adolescentes manifiestan haber emitido o recibido de sus parejas, es posible observar que aparece un descenso en los porcentajes observados en comparación con la agresión verbal y las tácticas celosas. Así, por ejemplo, el 4,8% de la muestra analizada ha intentado que la pareja no hable o vea a la familia y el 17,1% las ha culpado de provocar su conducta violenta. Por lo que, las tácticas dominantes resultan reveladoras en la población más joven.

Con respecto a la posible influencia de la variable sexo (Tabla 7.25), se observa que las mujeres presentaron significativamente mayor prevalencia en los ítems culpar de provocar la conducta violenta (18% vs. 15,6%, $\chi^2= 15,93$, $p<0,05$), culpar de los problemas (24,1% vs. 20%, $\chi^2= 15,93$, $p<0,001$) y amenazar con dejar la relación (46,3% vs. 42,4%, $\chi^2= 15,93$, $p<0,01$). Mientras que los adolescentes varones presentaron resultados estadísticamente significativos y superiores solo en el ítem intentar que no hable o vea a la familia (3,9% vs. 6,4%, $\chi^2= 15,93$, $p<0,001$). Por otra parte, para los ítems intentar poner a la familia y/o amigos en contra (3,2% vs. 3,8%, $\chi^2= 1,30$, n.s) y amenazar con irse con otra persona (19,2% vs. 19,3%, $\chi^2= 0,008$, n.s) no parecen existir diferencias significativas, aunque es posible observar un incremento en los varones.

Tabla 7.25. Prevalencias específicas de las tácticas dominantes según edad y sexo (perpetración)

PERPETRACIÓN					
Comportamientos	SEXO		EDAD		
	Mujer	Hombre	16/18	19/22	23/26
Has intentado que no hable o vea a la familia	3,9*** n=132	6,4*** n=123	4,8 n=101	4,7 n=104	5,2 n=50
Has intentado poner a la familia o amigos en contra	3,2 n=109	3,8 n=74	3,2 n=62	3,4 n=75	4,3 n=41
Has amenazado con irte con otra persona	19,2 n=646	19,3 n=374	23,4*** n=498	17,5*** n=386	14,3*** n=136
Has culpado de provocar la conducta violenta	18* n=602	15,6* n=301	15,1** n=320	19,1** n=422	16,9** n=161
Has culpado de los problemas	24,1*** n=810	20*** n=386	18,8*** n=399	25,4*** n=560	24,8*** n=237
Has amenazado con dejar la relación	46,3** n=1.550	42,4** n=817	45,3 n=961	44,3 n=975	45,3 n=431
*p<.05; **p<.01; ***p<.001.					

Considerando la segunda de las variables estimadas, las mayores diferencias para ambos sexos se establecen en el ítem culpar de provocar la conducta violenta ($\chi^2= 12,74$, $p<0,01$) y en el ítem culpar de los problemas ($\chi^2= 30,27$, $p<0,001$), entre el grupo de 19/22 años y el grupo más joven (16/18 años). Asimismo, aparecen diferencias significativas en amenazar con irse con otra persona ($\chi^2= 43,64$, $p<0,001$), con un aumento considerable en el grupo de menor edad (16/18 años).

Los resultados obtenidos en el estudio de la distribución de la prevalencia de la victimización según las diferentes tácticas dominantes en función del sexo y la edad se presentan en la Tabla 7.26.

Tabla 7.26. Prevalencias específicas de las tácticas dominantes según edad y sexo (víctimización)

VICTIMIZACIÓN					
Comportamientos	SEXO		EDAD		
	Mujer	Hombre	16/18	19/22	23/26
Ha intentado que no hable o vea a la familia	4,3*** n=146	6,9*** n=133	4,9 n=105	5,2 n=115	6,2 n=59
Ha intentado poner a la familia o amigos en contra	5,6 n=186	6,6 n=127	5,1 n=109	6,4 n=142	6,5 n=62
Ha amenazado con irse con otra persona	16,1** n=540	18,9** n=364	20,5*** n=435	14,8*** n=328	14,8*** n=141
Te ha culpado de provocar la conducta violenta	15,7 n=526	14,8 n=285	12,8*** n=271	16,8*** n=371	17,7*** n=169
Te ha culpado de los problemas	19,7 n=660	21,3 n=411	17,8*** n=378	21,1*** n=466	23,8*** n=227
Te ha amenazado con dejar la relación	36,5*** n=1.219	41,7*** n=803	38,8 n=821	37,5 n=828	39,4 n=373
*p<.05; **p<.01; ***p<.001.					

Con respecto al sexo de los sujetos, las pruebas χ^2 revelan la existencia de diferencias significativas entre mujeres y hombres en algunas formas específicas de las tácticas dominantes como el intentar que no hable o vea a la familia (4,3% vs. 6,9%, $\chi^2=15,87$, $p<0,001$), amenazar con irse con otra persona (16,1% vs. 18,9%, $\chi^2=6,71$, $p<0,01$) y amenazar con dejar la relación (36,5% vs. 41,7%, $\chi^2=13,95$, $p<0,001$). Con respecto a la posible influencia de la variable edad, se constata que la proporción aumenta de forma progresiva a medida que aumenta la edad de los encuestados.

5.2.8. Prevalencia específica de las tácticas celosas

En relación a la agresión psicológica, se presenta el análisis de las tácticas celosas tanto en las respuestas de perpetración como de victimización en relación con el sexo y la edad de los sujetos, presentándose los resultados obtenidos en las Tablas 7.27 a 7.28.

Los datos obtenidos señalan nuevamente que las tácticas celosas parecen ser una práctica generalizada y extensible entre los adolescentes y jóvenes de ambos sexos dado que el 55,5% de la muestra seleccionada ha estado celoso y sospechaba de los amigos de la pareja y el 38,8% ha comprobado lo que hace la pareja y ha exigido que le diga donde ha estado.

Tabla 7.27. Prevalencias específicas de las tácticas celosas según edad y sexo (perpetración)

PERPETRACIÓN					
Comportamientos	SEXO		EDAD		
	Mujer	Hombre	16/18	19/22	23/26
Has estado celoso y sospechaba de los amigos	56,7* n=1.900	53,4* n=1.030	59,5*** n=1.264	54,2*** n=1.194	49,7*** n=472
Has estado celoso de otros chicos	72,5*** n=2.428	59,3*** n=1.148	65,8*** n=1.394	71,2*** n=1.570	64,3*** n=612
Has comprobado y exigido que hace	41,5*** n=1.391	34,2*** n=661	40,2* n=852	39,1* n=863	35,3* n=337
Has acusado de salir con otros chicos	12,9 n=432	12,4 n=240	16,1*** n=341	9,9*** n=219	11,7*** n=112
*p<.05; **p<.01; ***p<.001.					

Respecto a las prevalencias de perpetración de las tácticas celosas (Tabla 7.27), se observan diferencias significativas en función del sexo de los adolescentes y jóvenes en las comparaciones realizadas para cada uno de los ítems analizados. Así, la presencia de agresiones dominantes cometidas por las mujeres es mayor que las cometidas por los varones, a excepción del ítem acusar de salir con otros chicos en el que no se dieron diferencias significativas entre adolescentes varones y mujeres (12,9% vs. 12,4%, $\chi^2=0,21$, n.s).

Al igual que ocurre en el caso del sexo, el análisis estadístico realizado muestra efectos significativos de esta variable con respecto a los grupos de edad, puesto, que en general, es el grupo de menor edad el que informa llevarla a cabo en una proporción significativamente superior a la de los grupos de 19/22 años y de 23/26 años (véase Tabla 7.27).

A continuación en la Tabla 7.28 se analizan las prevalencias de las tácticas celosas en las respuestas de victimización en función del sexo y la edad.

Tabla 7.28. Prevalencias específicas de las tácticas celosas según edad y sexo (victimización)

VICTIMIZACIÓN					
Comportamientos	SEXO		EDAD		
	Mujer	Hombre	16/18	19/22	23/26
Ha estado celoso y sospechaba de los amigos	63,6*** n=2.132	59,9*** n=1.153	66,5*** n=1.409	61,7*** n=1.360	54,1*** n=516
Ha estado celoso de otros chicos	75,4*** n=2.510	65,5*** n=1.257	69,7*** n=1.465	74,9*** n=1.649	69*** n=653
Ha comprobado y exigido que haga	41,7 n=1.397	40,8 n=786	42,5 n=900	41,3 n=911	39 n=372
Te ha acusado de salir con otros chicos	15,7*** n=524	18,5*** n=356	19,4*** n=410	14,6*** n=323	15,5*** n=147
*p<.05; **p<.01; ***p<.001.					

Como en otros casos a excepción de comprobar lo que hace la pareja y de exigir que le diga donde ha estado (41,7% vs. 40,8%, $\chi^2= 0,39$, n.s), el sexo marca diferencias significativas, siendo las mujeres las que informan con mayor frecuencia de que sus parejas han estado celosas y sospechaban de sus amigos (63,6% vs. 59,9%, $\chi^2= 7,27$, $p<0,001$), han estado celosos de otros chicos/as (75,4% vs. 65,5%, $\chi^2= 57,87$, $p<0,001$) y de acusarlas de salir con otras personas (15,7% vs. 18,5%, $\chi^2= 7,02$, $p<0,001$).

Asimismo, la edad sí vuelve a mostrar efectos determinantes en cada uno de los ítems individuales, a excepción, de comprobar lo que hace la pareja y exigir que me diga donde ha estado ($\chi^2= 3,37$, n.s). Asimismo, los datos señalan que es el rango de los 16/18 años donde aumenta significativamente el porcentaje de jóvenes que informan recibir este tipo de conductas agresivas.

5.2.9. Prevalencia general de la agresión sexual

Como aspecto más destacable, en apartados anteriores se aprecia que las agresiones psicológicas constituyen el tipo de agresión más frecuente en las parejas jóvenes y en el otro extremo, estarían las agresiones de tipo sexual dado que es referida

por un menor número de adolescentes y jóvenes. No obstante, tal y como se observa en la Tabla 7.29, las conductas agresivas sexuales forman parte de las relaciones de pareja en la adolescencia y juventud puesto que el 20,1% de los varones y de las mujeres declaró cometer agresiones sexuales en contra de sus parejas. Asimismo, también el 20,1% informó recibir este tipo de agresiones.

El análisis específico de las prevalencias de la agresión sexual para cada unas de las categorías: perpetración y victimización, correspondiente a la sexta de las hipótesis (H6) de investigación planteadas se presenta en la Tabla 7.29.

Tabla 7.29. Prevalencias generales de la agresión sexual

AGRESIÓN SEXUAL	PERPETRACIÓN	VÍCTIMIZACIÓN
Agresión Sexual	20,1 n=1.067	20,1 n=1.067

A continuación, se exponen los resultados obtenidos en relación a la prevalencia de la agresión sexual para cada uno de los patrones de respuesta en función de la edad y el sexo que se presentan en la Tabla 7.30.

Tabla 7.30. Prevalencias generales de la agresión sexual según edad y sexo

Agresión sexual	SEXO		EDAD		
	Mujer	Hombre	16/18	19/22	23/26
Perpetración	13,5*** n=441	33*** n=626	16*** n=325	21,1*** n=459	29,9*** n=283
Victimización	13,5*** n=441	33*** n=626	16*** n=325	21,1*** n=459	29,9*** n=283
Mutua	13,5*** n=441	33*** n=626	16*** n=325	21,1*** n=459	29,9*** n=283

*p<.05; **p<.01; ***p<.001.

Si se considera el sexo de los encuestados, la proporción de jóvenes que refieren cometer agresiones sexuales en contra de sus parejas parece ser significativamente superior en los hombres que en las mujeres (13,5 vs. 33, $\chi^2=5.72$, $p<0.001$), confirmando parcialmente la primera de las predicciones realizadas en la sexta hipótesis. Sin embargo,

es importante señalar que esta misma tendencia se observa en la categoría de victimización (13,5 vs. 33, $\chi^2=277.05$, $p<0.001$) y en la agresión mutua (13,5 vs. 33, $\chi^2=277.05$, $p<0.001$), en la que los hombres presentan una superioridad en las proporciones respecto las mujeres.

En el análisis de las agresiones sexuales, añadir que, al igual que ocurría en los otros tipos de agresiones, cuando se identifica la existencia de agresiones sexuales en las relaciones de pareja, lo más frecuente es que los adolescentes y jóvenes indiquen que este comportamiento se ha producido de forma recíproca o mutua.

Concretamente, tal y como predecía el tercero de los supuestos, con respecto a la edad de los sujetos y acorde con las comparaciones entre los diferentes grupos de edad, existe una relación estadísticamente significativa en las prevalencias de las conductas agresivas sexuales en función de la edad (el porcentaje de cometer agresiones sexuales en las relaciones de pareja pasa de un 16% a los 16/18 años a un 29,9% a los 23/26 años).

5.2.10. Prevalencia específica de la agresión sexual

Como ocurre con la agresión física y psicológica, se detallan las proporciones específicas de los ítems que definen la agresión sexual en sus dos categorías de respuestas: perpetración y victimización y su relación con el sexo y la edad de los encuestados.

En la Tabla 7.31, se presentan los resultados del análisis de los ítems correspondientes a las respuestas que emiten conductas agresivas sexuales según el sexo y la edad.

Como puede observarse, dentro de las agresiones sexuales, la conducta más referida consiste en insistir verbalmente en tener relaciones sexuales, a pesar de que la pareja no quiera, puesto que un 17,8% informan de cometerla. En el caso de amenazar con utilizar la fuerza física y el agarrar o sujetar para realizar relaciones sexuales no consentidas, este mismo indicador ofrece proporciones menores de 0,9% y de 0,8%, respectivamente.

Tabla 7.31. Prevalencias específicas de la agresión sexual según edad y sexo (perpetración)

PERPETRACIÓN					
Comportamientos	SEXO		EDAD		
	Mujer	Hombre	16/18	19/22	23/26
Has amenazado con terminar la relación si no mantienes relaciones sexuales	2,5*** n=83	7,4*** n=142	4,2 n=85	4 n=87	5,6 n=53
Has insistido verbalmente en tener relaciones sexuales, a pesar que tu pareja no quiere	11,6*** n=380	28,6*** n=548	12,2*** n=250	18,9*** n=415	27,7*** n=264
Has utilizado el alcohol u otras drogas para impedir la resistencia en un intercambio sexual	1,9*** n=64	6,5*** n=124	4** n=82	2,9** n=64	4,4** n=42
Has amenazado con utilizar la fuerza física	0,7 n=23	1,3 n=24	1,2 n=24	0,6 n=13	1 n=10
Has agarrado o sujetado para realizar relaciones sexuales no consentidas	0,4*** n=14	1,4*** n=26	1 n=20	0,5 n=11	0,9 n=9
*p<.05; **p<.01;***p<.001.					

Atendiendo al análisis de las relaciones entre el sexo de los encuestados y las prevalencias de cada uno de los ítems específicos, los resultados son estadísticamente significativos y superiores en todos los ítems, señalando unas prevalencias más elevadas por parte de los hombres que por las mujeres. A excepción del ítem amenazar con utilizar la fuerza física en el que no aparecen diferencia significativas (0,7% vs. 1,3%, $\chi^2= 4,12$, n.s), aunque si superiores nuevamente en el caso de los hombres.

Con respecto a la edad, es posible observar una relación estadísticamente significativa con la emisión de agresiones sexuales, en los ítems insistir verbalmente en tener relaciones sexuales ($\chi^2= 108,93$, $p<0.001$) y en utilizar el alcohol u otras drogas para impedir la resistencia en un intercambio sexual ($\chi^2= 5,64$, $p<0.01$), ya que la proporción de agresiones es mayor cuanto mayor es la edad de los encuestados.

Los resultados obtenidos en el estudio de la distribución por ítems según la victimización de la agresión sexual en función del sexo y la edad se presentan en la Tabla 7.31.

Tabla 7.31. Prevalencias específicas de la agresión sexual según edad y sexo (víctimización)

VICTIMIZACIÓN					
Comportamientos	SEXO		EDAD		
	Mujer	Hombre	16/18	19/22	23/26
Te ha amenazado con terminar la relación si no mantienes relaciones sexuales	3,5* n=115	4,7* n=91	4,4 n=91	3,6 n=79	3,8 n=36
Ha insistido verbalmente en tener relaciones sexuales, a pesar que tu no querías	21,8*** n=715	17,3*** n=332	14,6*** n=300	22,5*** n=493	26,7*** n=254
Ha utilizado el alcohol u otras drogas para impedir la resistencia en un intercambio sexual	2,2*** n=72	4,6*** n=88	3,7** n=76	2,3** n=50	3,6** n=34
Te ha amenazado con utilizar la fuerza física	0,9 n=30	1,2 n=23	1,3** n=26	0,6** n=14	1,4** n=13
Te ha agarrado o sujetado para realizar relaciones sexuales no consentidas	1,2 n=41	1,3 n=25	1,6 n=32	0,9 n=20	1,5 n=14
*p<.05; **p<.01; ***p<.001.					

En relación con las agresiones sexuales que los adolescentes manifiestan haber recibido en sus relaciones de pareja, también la conducta más frecuente consiste en insistir verbalmente en tener relaciones sexuales, a pesar de que ellos no quisieran situándose en torno al 14,8% de la población de referencia. A su vez, el 3,1% refieren que sus parejas han utilizado el alcohol u otras drogas para impedir su resistencia en un intercambio sexual.

Con respecto al sexo de los sujetos, se revela la existencia de diferencias significativas y superiores en los hombres respecto a las mujeres en amenazar con terminar la relación si no se mantienen relaciones sexuales (3,5% vs. 4,7%, $\chi^2= 4,94$, $p<0.05$), insistir verbalmente en tener relaciones sexuales (21,8% vs. 17,3%, $\chi^2= 14,87$,

$p<0.001$) y en utilizar el alcohol u otras drogas para impedir la resistencia en un intercambio sexual (2,2% vs. 4,6%, $\chi^2= 23,35$, $p<0.001$).

Considerando la segunda de las variables estimadas, se muestra la existencia de un efecto significativo de la edad en la conducta insistir verbalmente en tener relaciones sexuales ($\chi^2= 71,59$, $p<0.001$), amenazar con utilizar la fuerza física ($\chi^2= 5,51$, $p<0.01$) y utilizar el alcohol y otras drogas para impedir la resistencia en un intercambio sexual ($\chi^2= 8,18$, $p<0.01$).

6. RESUMEN DE RESULTADOS

A continuación se presentan los principales resultados que se han obtenido en el presente estudio centrado en el análisis descriptivo de las conductas agresivas en las relaciones de noviazgo de adolescentes y jóvenes en función de sus diversas manifestaciones.

Análisis de las variables descriptivas de las relaciones de pareja de jóvenes y adolescentes

- ❖ Más del 95% de los encuestados afirman haber tenido o tener en el momento de la evaluación una relación de pareja y, de estos últimos, aparecen diferencias significativas por sexos, puesto que se da un mayor número de mujeres que están saliendo con una pareja en el momento de la evaluación frente a los varones.
- ❖ El 96% de adolescentes y jóvenes se autodefinen como heterosexuales y, aproximadamente el 1,3% y el 1,7% refieren tener relaciones de pareja homosexuales y bisexuales, respectivamente.
- ❖ La edad media de la primera relación de pareja se sitúa en torno a los 14 años, siendo superior en el grupo de los hombres y en el de mayor edad. Asimismo, en función de la edad de las respectivas parejas, se observa que las parejas de las mujeres son aproximadamente dos años más mayores que ellas, y las

parejas de los hombres tienen una edad aproximada a la de ellos. Por grupos de edad, se aprecia un aumento significativo de la edad de las respectivas parejas conforme avanza la edad de los encuestados.

- ❖ El número medio de parejas se sitúa en torno a 3 parejas, siendo superior en el grupo de hombres y en el de mayor edad.
- ❖ La continuidad en el tiempo de la relación de noviazgo más larga se sitúa en torno a los 21 meses. Con respecto a esta variable, en el grupo de mujeres y en el de mayor edad se observa un mayor porcentaje.
- ❖ Analizando de forma independiente la continuidad en el tiempo de las relaciones de noviazgo que en el momento de la evaluación tienen pareja, el tiempo medio de duración de la relación se sitúa en torno a los 22 meses siendo similar a la obtenida para el total de las relaciones de pareja. En función del sexo, las mujeres mantienen en el momento de la evaluación relaciones más continuas en el tiempo respecto a los hombres. Existen diferencias entre el número de meses según los distintos grupos de edad, señalando un incremento en la duración de la relación conforme aumenta la edad de los encuestados.
- ❖ En función de cómo los sujetos describen sus relaciones de noviazgo, aproximadamente el 40% de los que están saliendo con alguien en el momento de la evaluación caracterizan sus relaciones como serias y, alrededor del 35% como estables. En el caso de las relaciones casuales y nuevas los porcentajes disminuyen notablemente situándose entre el 8,7% y el 12,7%, respectivamente. En función de la edad, se aprecia un aumento significativo de las relaciones estables y serias conforme avanza la edad de los encuestados y, las relaciones nuevas y casuales después de aumentar entre los 16 y 18 años, a partir de los 23 y 26 años se produce un descenso importante en los porcentajes.

- ❖ El patrón de continuidad en el tiempo es elevado puesto que prácticamente el 38% de las parejas se ven todos los días y, alrededor del 42% algunas veces a la semana. En todo caso, no aparecen diferencias significativas por sexos y sí por edades, puesto que se da un incremento importante en la continuidad de las citas a partir de los 19 años en adelante frente al grupo de menor edad.
- ❖ Acerca de lo que sucederá en un futuro en las relaciones de pareja, más de la mitad de los encuestados afirman que seguirán saliendo juntos con sus parejas actuales y el 32% señalan que se casarán. Asimismo, aparecen diferencias significativas por sexos y por edades, en este último caso, se observa un incremento a favor de formalizar la relación de pareja en un futuro en los grupos de mayor edad.

Análisis de las prevalencias de la agresión física leve y grave

- ❖ De forma genérica, las agresiones físicas leves se manifiestan en mayor medida que las agresiones físicas graves tanto en el patrón de agresores como en el de víctimas.
- ❖ En cualquiera de las conductas agresivas físicas leves el porcentaje es elevado en todos los casos ya que, de forma genérica aproximadamente el 35% de los jóvenes afirman haber agredido a sus parejas y, el 33% señalan haberla sufrido alguna vez. Por sexos, las mujeres presentan mayores prevalencias de perpetración, de victimización y de agresión bidireccional, aunque no aparecen diferencias significativas en la proporción de jóvenes en función del sexo masculino o femenino. Por grupos de edad, se aprecia un aumento significativo de las conductas agresivas tanto en el patrón de agresores como en el de víctimas conforme descende la edad.
- ❖ Las conductas agresivas físicas más frecuentes son el sujetar físicamente y el agarrar o empujar a la pareja.

- ❖ Las agresiones físicas graves obtienen menores prevalencias de perpetración y de victimización en la población de jóvenes de 16 a 26 años, muy por debajo de las agresiones físicas leves. Específicamente, el 1,1% declaran haber agredido gravemente a la pareja frente al 1,4% que se autodefine como víctima. En función del sexo de los encuestados, los hombres presentan porcentajes más elevados respecto las mujeres, aunque solo aparecen diferencias significativas en la agresión mutua. Por edad, el grupo de jóvenes de 16/17 años es el que se observa el mayor aumento de la frecuencia de conductas agresivas físicas graves.

Análisis de las lesiones, motivos y recursos de ayuda de la agresión física leve y grave

- ❖ En general, se aprecia que cerca de las tres cuartas partes de los encuestados que refieren algún episodio de agresión física leve o grave en sus relaciones de pareja no presentan ningún tipo de lesiones físicas.
- ❖ Los cortes o contusiones leves son las lesiones que refieren infligir en mayor medida puesto que aproximadamente el 12,5% de los que agredieron físicamente a sus parejas cometieron esta lesión. Por sexos, se observa un porcentaje superior de mujeres que cometen lesiones y por grupos de edad no aparecen diferencias significativas a excepción de los cortes o contusiones leves donde se aprecia un aumento significativo en el grupo de 16/18 años.
- ❖ Analizando de forma independiente las lesiones autoinformadas por parte de la pareja, aproximadamente el 8,1% declararon sufrir cortes o contusiones leves. En este caso no aparecen diferencias significativas por sexos y sí por edades, puesto que se da un incremento del porcentaje de cortes o contusiones graves y requerir tratamiento médico en el grupo de 23/26 años.

- ❖ Referido a los motivos de las personas que agreden físicamente a sus parejas, se observa un incremento significativo de las respuestas de juego y de broma y de estar furioso/a y golpear primero (28,3% y 24,7%, respectivamente), y descienden los motivos autodefensivos ya que se sitúan en torno al 9,3%. Por sexos, la proporción de los motivos autoreferidos por las mujeres es superior y estadísticamente significativo a la de los hombres sólo en el caso de estar furiosa y golpear primero mientras que, en los hombres los motivos autodefensivos se aprecia un aumento significativo al de las mujeres. En este mismo grupo, la edad tiene una relación estadísticamente significativa, en todo caso las mayores diferencias en las proporciones aparecen especialmente entre el grupo de 16/17 años y el de 23/26 años.

- ❖ En cuanto a los motivos de la pareja que agrede físicamente se observa una tendencia similar a los motivos autoreferidos, ya que la broma y estar furioso son los motivos más generalizados (29% y 22,3%, respectivamente). En función del sexo, la proporción de mujeres es superior y significativa en las respuestas referidas a la broma o al juego y el motivo de pegar primero y responder la pareja mientras que, en el caso de que la pareja estaba furiosa y pegó primero es el porcentaje de hombres que presentan mayores prevalencias. También se aprecian diferencias entre las proporciones de motivos de las parejas según los distintos grupos de edad (16/18, 19/22 y 23/26 años).

- ❖ La respuesta más frecuente dada por los jóvenes ante una relación con agresiones físicas es no hacer nada puesto que aproximadamente el 44% de los jóvenes señalaron no realizar ninguna acción o respuesta frente a las agresiones físicas de sus parejas. Llamar a un teléfono de ayuda o hablar con profesor/orientador son los recursos de ayuda menos utilizados. Las proporciones de las respuestas y recursos de ayuda de ambos sexos son similares, sólo aparecen diferencias en la respuesta de romper con la pareja en el que el porcentaje de varones supera al de las mujeres. Asimismo, en función del grupo de edad las mayores diferencias se

obtienen en hablar con alguien de la familia y en hablar con la pareja de la violencia en el que se observa el mayor aumento conforme aumenta la edad de los encuestados.

Agresión Psicológica

En primer lugar y en relación a los porcentajes sobre la presencia o no de los tres tipos de agresión psicológica (agresión verbal, tácticas dominantes y tácticas celosas), se resalta que las agresiones psicológicas parecen constituir el tipo de agresión que cuenta con una presencia mayor en las relaciones de pareja de adolescentes y jóvenes.

En primer lugar, con respecto a la agresión verbal, las conclusiones más relevantes del estudio realizado son:

- ❖ De todas las conductas estimadas, las agresiones verbales son las conductas agresivas más generalizadas entre los jóvenes madrileños componentes de la muestra de estudio.
- ❖ En función del sexo de los encuestados, aparecen diferencias en la agresión verbal ya que el porcentaje de mujeres supera al de los hombres en las categorías de perpetración y victimización.
- ❖ Existen diferencias entre las proporciones de la agresión verbal según los distintos grupos de edad (16/18, 19/22 y 23/26 años), señalando un incremento de las conductas agresivas en cualquiera de sus tres patrones de respuesta conforme aumenta la edad de los encuestados.
- ❖ Para todas las agresiones verbales, las mayores prevalencias se observan en las conductas específicas de molestar o negarse hablar y fastidiar a la pareja mientras discuten. Por el contrario, amenazar con agredir físicamente obtiene menor prevalencia.

En segundo lugar, con respecto a las tácticas dominantes:

- ❖ Cerca de la mitad de los encuestados afirma cometer y recibir conductas que implican tácticas dominantes en sus relaciones de pareja.
- ❖ Analizando las tácticas dominantes en función del sexo, aparecen diferencias puesto que el porcentaje de mujeres en la categoría de perpetración supera al de los hombres, no siendo así en la categoría victimización y en la agresión mutua que los hombres supera al de las mujeres.
- ❖ A pesar de no existir diferencias significativas por edad, se observa un descenso en los patrones de perpetración y victimización en jóvenes de 23 y 26 años.
- ❖ Amenazar con dejar la relación y culpar de los problemas a la pareja son las tácticas dominantes que obtienen mayores prevalencias de perpetración y de victimización, siendo intentar poner a la familia y/o amigos en contra e intentar que no hable o vea a la familia las que obtienen menores prevalencias.

Finalmente, en el caso de las tácticas celosas las conclusiones más relevantes son las siguientes:

- ❖ Cerca de las tres cuartas partes de los encuestados afirma haber cometido y recibido tácticas celosas alguna vez en sus relaciones de noviazgo.
- ❖ Se observa un porcentaje significativo superior de mujeres en las categorías de perpetración, victimización y en la agresión mutua en comparación a los hombres.
- ❖ Respecto a la edad, se aprecia una relación estadísticamente significativa respecto a las tácticas celosas, puesto que se da un incremento importante sobre todo en el grupo de jóvenes de 16/18 años.

- ❖ La táctica celosa más frecuente entre los encuestados es estar celoso/a y sospechar de los amigos/as, siendo acusar de salir con otros chicos/as la que obtiene menor prevalencia.

Agresión Sexual

- ❖ Del total de encuestados, cerca del 20% afirma cometer o haber recibido agresiones sexuales en sus relaciones de pareja.
- ❖ En el análisis de las agresiones sexuales, cuando se observa la existencia de agresiones sexuales en las relaciones de pareja, lo más general es que los participantes indiquen que este comportamiento se haya producido de forma recíproca o mutua.
- ❖ Por sexos, los hombres presentan una mayor prevalencia en la categoría de perpetración respecto a las mujeres, mientras que, también en las categorías de victimización y en la agresión mutua aparecen diferencias relevantes en la proporción de hombres frente a las mujeres.
- ❖ En cualquiera de las conductas agresivas sexuales, el porcentaje aumenta considerablemente con la edad, siendo el intervalo comprendido entre los 23 y los 26 años en el que se produce el mayor incremento.
- ❖ La conducta más frecuente consiste en insistir verbalmente en tener relaciones sexuales, frente a la menos frecuente que consiste en utilizar la fuerza física como el agarrar o sujetar para realizar relaciones sexuales no consentidas.

Para finalizar, se exponen tres Tablas Resumen, donde se reflejan las prevalencias más relevantes en cuanto a la presencia de conductas agresivas en las relaciones de pareja en función de las distintas manifestaciones presentadas por adolescentes y jóvenes (Tabla Resumen de la 7.33 a la 7.36).

Tabla 7.33. Tabla Resumen de las prevalencias de las diferentes manifestaciones de la agresión en las relaciones de noviazgo (perpetración)

Agresión Física		
Agresión Física Leve	⇒	35%
Agresión Física Grave	⇒	1,1%
Agresión Psicológica		
Agresión Verbal	⇒	92,2%
Tácticas de dominancia	⇒	57,6%
Tácticas celosas	⇒	77,2%
Agresión sexual	⇒	20,1%

Tabla 7.34. Tabla Resumen de las prevalencias de las diferentes manifestaciones de la agresión en las relaciones de noviazgo (víctimización)

Agresión Física		
Agresión Física Leve	⇒	33%
Agresión Física Grave	⇒	1,4%
Agresión Psicológica		
Agresión Verbal	⇒	92,2%
Tácticas de dominancia	⇒	57,6%
Tácticas celosas	⇒	77,2%
Agresión sexual	⇒	20,1%

Tabla 7.35. Tabla Resumen de las prevalencias de las diferentes manifestaciones de la agresión en función del sexo y de los tres tipos de clasificación

Agresión	Sexo	Perpetración	Victimización	Mutua
Agresión Física				
	Agresión Física Leve			
	Mujer	36,3%	33,6%	28%
	Hombre	34,1%	33,2%	26,7%
Agresión Física Grave	Mujer	1%	1%	0,5%
	Hombre	1,4%	1,9%	0,8%
Agresión Psicológica				
	Agresión Verbal			
	Mujer	95,5%	94,2%	93,1%
	Hombre	93,3%	92,9%	91%
	Tácticas Dominantes			
	Mujer	61%	50,6%	46,1%
Tácticas Celosas	Hombre	54,5%	55,5%	47%
	Mujer	81,6%	83,5%	76,6%
	Hombre	72,6%	77,9%	67,6%
Agresión Sexual				
	Mujer	13,5%	13,5%	13,5%
	Hombre	33%	33%	33%

Tabla 7.36. Tabla Resumen de las prevalencias de las diferentes manifestaciones de la agresión en función de la edad y de los tres tipos de clasificación

		EDAD			
Agresión	Sexo	16/18	19/22	23/26	
Agresión Física					
	Agresión Física Leve	Perpetración	41,2%	32,8%	29,3%
		Victimización	38,1%	31,5%	27,7%
		Mutua	32,5%	25,2%	22,1%
	Agresión Física Grave	Perpetración	2%	0,6%	0,4%
		Victimización	2%	0,8%	1,3%
		Mutua	1,2%	0,2%	0,2%
Agresión Psicológica					
	Agresión Verbal	Perpetración	93,3%	95,4%	95,9%
		Victimización	92,3%	94,4%	95,1%
		Mutua	90,5%	93,1%	94,5%
	Tácticas Dominantes	Perpetración	59,6%	58,6%	56,4%
		Victimización	52,9%	52,4%	51,6%
		Mutua	47,1%	45,9%	46,2%
	Tácticas Celosas	Perpetración	79,5%	79,6%	72,7%
		Victimización	83%	82,3%	75,8%
Mutua		75%	74,5%	66,8%	
Agresión Sexual					
	Perpetración	16%	21,1%	29,9%	
	Victimización	16%	21,1%	29,9%	
	Mutua	16%	21,1%	29,9%	

7. DISCUSIÓN

Específicamente, este trabajo de investigación sobre las conductas agresivas en las relaciones de pareja de jóvenes y adolescentes de la Comunidad de Madrid surge y se desarrolla en un contexto en el que la violencia en las relaciones de pareja conforma un grave problema social que traspasa la esfera privada para adentrarse en la pública. En este sentido, el complejo cuerpo de estudios que se han ido conformando desde los años 80, ha generado una línea de investigación en continuo desarrollo, no sin problemas en la disparidad de planteamientos y de procesos desde las distintas disciplinas.

El ciclo evolutivo en el que se centra esta investigación, es un periodo de transición entre la niñez y la edad adulta, en la que las personas deben afrontar un gran número de cambios y desafíos evolutivos. Entre estos cambios podemos distinguir la definición de la identidad (Erikson, 1963), la consolidación de cambios cognitivos como es el pensamiento abstracto (Inhelder y Piaget, 1972) y, con frecuencia, el desarrollo de un sistema de valores propios (Kohlberg, 1973); paralelamente, se espera una mayor independencia del contexto familiar y se otorga un papel más decisivo al grupo de iguales (Erwin, 1998) y a las relaciones de pareja (Zimmer-Gembeck, Siebenbruner y Collins, 2001).

En relación a estas afirmaciones, es interesante señalar que las relaciones de pareja provocan un sentimiento no sólo deseable, sino casi imprescindible para alcanzar la madurez afectiva que permita lograr una verdadera estabilidad emocional. Igualmente, algunos autores valoran el ajuste de un adulto en función de la capacidad de iniciar y mantener una relación amorosa con otra persona (Furman, Feiring y Brown, 1999; Seiffge, 2003). No obstante, las relaciones de pareja también han sido relacionadas con experiencias negativas como el abuso del alcohol u otras drogas (Collins y Steinberg, 2006), el absentismo y el bajo rendimiento escolar (Bergman, 1992), las enfermedades de transmisión sexual (Young y d'Arcy, 2005), las agresiones a iguales (Furman, 2002) y otras conductas antisociales como el hecho de experimentar y/o sufrir agresiones en las relaciones de pareja (O'Leary y Slep, 2003).

Con respecto a los párrafos anteriores, es fundamental analizar lo que sucede en esta fase del noviazgo y ofrecer un marco en el que situar el periodo del noviazgo como un periodo de vital importancia en el desarrollo saludable de la población más joven, y más tarde, en parejas adultas. En este sentido, este trabajo se centra en el comportamiento agresivo en el contexto de las relaciones de pareja bajo un enfoque evolutivo. Según esta perspectiva evolutiva-contextual, el desarrollo de las relaciones de pareja se extiende desde la adolescencia hasta los primeros años de adultez.

En primer lugar, es necesario, a pesar de las dificultades para dar una definición precisa, la conceptualización del término novio/a en jóvenes y adolescentes ya que afectará de forma importante a toda una serie de decisiones relacionadas con el estudio. Tomando como referencia una muestra de jóvenes y adolescentes de la Comunidad Autónoma de Madrid con edades comprendidas entre los 16 y los 26 años, el término novio/a se refiere a una relación esporádica o duradera con cierta implicación afectiva, independientemente de que se trate de parejas heterosexuales u homosexuales. Así, en función de la claridad y operacionalización de tal definición, se podrán llevar a cabo análisis comparativos con otras investigaciones y alcanzar un nivel en la toma de decisiones que posibilite mayores garantías metodológicas.

Las relaciones de pareja han sido descritas en diferentes trabajos, donde las variables relacionales se consideran importantes para comprender el contexto en el que se producen los comportamientos agresivos. Asimismo, la propia naturaleza de estos comportamientos estarán influenciados por las características de la propia relación.

A un nivel epidemiológico-descriptivo, el 95,7% de la muestra total han tenido o tienen en el momento de la evaluación una relación de pareja, confirmando los resultados de otros autores que señalan un aumento considerable de experiencias de noviazgo de jóvenes y adolescentes (Avery-Leaf et al., 1997; Foshee et al., 1996; O'Leary et al., 2005), en la que la mayoría de relaciones son heterosexuales (Bookwala, et al., 1992; Freedner et al., 2002; Gidycz et al., 2007).

La edad media de la primera relación se sitúa en torno a los 14.6 años, observándose un aumento significativo de la edad de comienzo en comparación con los

resultados de otros estudios (Avery-Leaf et al., 1997; Cascardi, 1999; O'Leary y Slep, 2003; Schumacher y Slep, 2004; Smith et al., 2001). Por sexos, los hombres parecen comenzar a una edad más temprana a tener pareja respecto de las mujeres, indicando un especial incremento en la edad media de la primera relación conforme aumenta el rango de edad de los grupos seleccionados. Podría decirse, que en la adolescencia media, en torno a los 14-16 años, suelen observarse un mayor número de adolescentes que han mantenido o mantienen una relación de pareja y que las parejas de este periodo, en comparación con momentos previos, suelen tener un mayor grado de intimidad (Connolly y Goldberg, 1999).

Con respecto a las respectivas parejas en el momento de la evaluación, la edad media de las parejas de las mujeres se sitúa aproximadamente en los 21 años y las parejas de los hombres en los 20 años. Así pues, se observa que las parejas de los hombres tienen una edad aproximada a la de ellos, mientras que las parejas de las mujeres son dos años mayores que ellas.

Por su parte, el número de parejas, en nuestra muestra de estudio, se sitúa en torno a las 3 parejas, este dato es importante, dado que para estos adolescentes y jóvenes las relaciones de pareja a las que se refieren son precisamente sus primeras o únicas relaciones. Los hombres presentan un incremento significativo en el número medio de parejas respecto a las mujeres (Schumacher y Slep, 2004; Smith et al., 2001). Una de las conclusiones que se desprenden apunta a la necesidad de desarrollar estrategias preventivas antes o en el inicio de las primeras relaciones de jóvenes y adolescentes, y poder construir lo que significa una relación de pareja.

Referido a la duración de la relación de noviazgo más larga, se observa que la media se sitúa en torno a los 21 meses, observándose, en la misma dirección que la señalada por otros estudios (Bookwala et al., 1992), aunque en otros se aprecia un descenso significativo de la duración (Magdol et al., 1998; Straus, 2004a). Asimismo, las mujeres mantienen relaciones de noviazgo más largas que los hombres (Martínez y Fuertes, 1999). Por rangos de edad, se constata el efecto positivo del aumento de la edad sobre el incremento del tiempo de la relación, lo que señalaría la consolidación de la pareja a lo largo del tiempo.

Con respecto a la duración de las relaciones que en el momento de la evaluación tienen pareja, la media se situaría en torno a los 22 meses y nuevamente se constata que las mujeres mantienen relaciones más largas en el tiempo respecto a los hombres y el número de meses aumenta según avanza la edad. En diversas investigaciones, la duración de la relación es una variable que puede arrojar datos interesantes para explicar lo que sucede en las parejas (Sharpe y Taylor, 1999). Siguiendo a otros autores, la duración de la relación discriminaba a las relaciones de pareja que experimentaban agresiones. De forma específica, esta variable contribuía a explicar la frecuencia de las agresiones verbales-emocionales cometidas y sufridas, la frecuencia de las agresiones físicas cometidas y sufridas sólo por parte de las chicas y la frecuencia de las agresiones sexuales perpetradas por ambos sexos (Fernández-Fuertes, 2007). De la misma forma, Luthra y Gidycz (2006) encontraron que la duración de la relación era un predictor importante de la frecuencia de las agresiones físicas solo en el grupo de los hombres. En relación a lo expuesto, es interesante señalar la duración de la relación como una variable a estudiar en futuros estudios.

Al considerar cómo los encuestados describen sus relaciones, se observa que los porcentajes son superiores en las categorías de serias y estables (40,2% y 35,4%, respectivamente) e inferiores en las categorías de casuales y nuevas (8,7% y 12,7%, respectivamente). Este hecho contradice la idea de que cuando se describen las relaciones de pareja de la población más joven se las defina como breves en el tiempo y con un grado de compromiso muy bajo. En este sentido, sorprende que, las relaciones de noviazgo sean continuas y estables en el tiempo, los datos obtenidos apoyan la tendencia ya observada por otros estudios (Muñoz-Rivas et al., 2007a; O’Leary et al., 2005).

De la misma forma, se observa que el porcentaje de relaciones serias y estables aumenta considerablemente con la edad y, al mismo tiempo, las relaciones nuevas y casuales descienden. En este mismo sentido, es importante señalar que, en nuestra muestra, casi la mitad se ven con una periodicidad de algunas veces a la semana y el 37.3% se ven todos los días siendo en el rango de los 19/22 al 23/26 años en el que aparece un especial incremento, lo que de nuevo señalaría que las relaciones de noviazgo se establecen con una frecuencia de tiempo considerable. De este modo, la adolescencia tardía, entre los 17-20 años, se caracterizaría por desear parejas cada vez más estables y

satisfactorias, que coincidiría con la tercera fase del desarrollo de las relaciones de pareja de los adolescentes denominada Fase del Cariño (Seiffe, 2003). Respecto la etapa del adulto joven, es el momento de plantearse una relación de pareja más duradera y estable en el tiempo, según la Fase de los Lazos Afetivos de este mismo autor. Tal y como se ha expuesto, los adolescentes según avanzan en el ciclo evolutivo, dan mayor importancia a las relaciones de pareja en su bienestar.

En las últimas décadas, se ha incrementado el interés por los estudios epidemiológicos, debido, entre otros factores, a la consolidación adquirida por la epidemiología como disciplina científica y a la trascendencia de los resultados obtenidos en múltiples estudios epidemiológicos que han tenido para la sociedad. En este contexto, el interés fundamental de la realización de esta investigación es explorar la presencia de los diferentes tipos de conductas agresivas en las relaciones de pareja en población adolescente y joven entre 16 a 26 años perteneciente a la Comunidad Autónoma de Madrid. En primer lugar y a partir de las características relacionales en el noviazgo, estudiar las agresiones de diferente naturaleza y severidad en un contexto de discusión de pareja en función del sexo y la edad tanto en el patrón de victimización, perpetración y en la agresión mutua. Y en segundo lugar, analizar las consecuencias derivadas, las motivaciones para agredir y los recursos de ayuda utilizados en las conductas agresivas físicas.

En este apartado, para la lectura de las conclusiones obtenidas en el presente estudio y su posible generalización y comparación con otros estudios, es necesario recordar las tres grandes categorías que se han estimado. En primer lugar, al igual que otros autores, se analiza la agresión física diferenciando entre las conductas agresivas físicas leves y las graves. En segundo lugar, se analizan tres modalidades diferentes de agresión psicológica que suponen la inclusión de otras que no han sido consideradas por otros trabajos de la misma área, con el objetivo de ampliar el conocimiento sobre la acción de este tipo de conductas que bien podían estar más cercanos a la población de referencia abriendo el campo de estudio. Nos referimos a las agresiones verbales, a las tácticas dominantes y las tácticas celosas. Y por último, en tercer lugar, se han incluido las agresiones sexuales que, por sugerencia de otros estudios, podían también estar presentes en las relaciones de noviazgo.

Los resultados obtenidos confirman el alto porcentaje de conductas agresivas en las relaciones de pareja en jóvenes de la Comunidad de Madrid. Más específicamente, en consonancia con los datos de otros muchos estudios (Dye y Eckhardt, 2000; Harned, 2001; Hettrich y O'Leary, 2005; Holt y Espelage, 2005; Kinsfogel y Grych, 2004; Straus, 2004b), las agresiones físicas leves y las agresiones psicológicas son las que obtienen mayores prevalencias. Por consiguiente, resulta pertinente realizar estudios epidemiológicos en el contexto de las relaciones de noviazgo y hacer visible la magnitud del problema y poder desarrollar investigaciones sobre sus causas y consecuencias en nuestro país.

Aplicado al estudio de las agresiones físicas, las conductas más frecuentes por los jóvenes de nuestra muestra de estudio son las agresiones físicas leves como sujetar físicamente, empujar o agarrar, encontrándose que aproximadamente el 35% y el 33% han ejercido o sufrido un episodio agresivo, respectivamente. En este sentido, tal y como se ha evidenciado repetidamente en la literatura (Corral y Calvete, 2006; Cyr et al., 2006; Gagné et al., 2005; Molitor y Tolman, 1998; O'Leary et al., 2005; White y Koss, 1991), se constata la presencia de conductas agresivas físicas leves en el contexto de las relaciones de noviazgo. Otras formas de agresiones físicas más graves como intentar ahogar o dar una paliza, descienden significativamente situándose aproximadamente en un 1% (Arias et al., 1987; Magdol et al., 1998; Riggs, 1993). Sobre la base de estos resultados, se puede afirmar que estas conclusiones deberían ser matizadas con otros datos, en los que no sólo se tenga en cuenta la presencia o no de esta forma de agresión, sino también la frecuencia media con la que se producen tales situaciones.

Así, teniendo en cuenta que las conductas agresivas físicas en las relaciones de pareja son cada vez más frecuentes en la población más joven y que el uso de este tipo de comportamientos no se adecuan a patrones fijos en la mayor parte de los casos, sería necesario una mayor investigación en este sentido que lograra esclarecer este tipo de planteamientos y, en consecuencia, obtener mayor información sobre la forma en la que se produce la implicación del adolescente en las conductas agresivas en sus relaciones de pareja.

Además de estas diferencias encontradas en la muestra de estudio, según su sexo, también el patrón de perpetración como de victimización difiere en relación con esta variable y dependiendo de la agresión física leve o grave de referencia. Así pues, el porcentaje de mujeres como perpetradoras o como víctimas en la agresión física leve es mayor que el de los hombres y, por el contrario, son éstos los que reafirman su utilización en el caso de la agresión física grave en los dos patrones de respuestas. Más específicamente, en consonancia con los datos de otros estudios (Clark et al., 1994; Corral y Calvete, 2006; Follingstad et al., 1991; Lo y Sporkowski, 1989; Marshall y Rose, 1987; Sharpe y Taylor, 1999; Jenkins y Aube, 2002), las mujeres reconocieron en mayor número de casos haber ejercido agresiones físicas leves hacia sus parejas, con respecto a otros estudios que señalan la superioridad del sexo masculino (Bergman, 1992; Dobash et al., 1992; Makepeace, 1988; Tontodonato y Crew, 1992) y, al mismo tiempo, las mujeres en las respuestas de victimización superan al de los hombres (Makepeace, 1986; Sugarman y Hotaling, 1989). Finalmente, subrayar que la agresión física grave en términos de ejecución se obtienen resultados muy parecidos a los constatados por otros estudios (Swart et al., 2002), y no así en términos de victimización (Magdol et al., 1998).

Por ello, al considerar los resultados de los estudios en función del sexo, es importante señalar que un determinado sexo no se identifica con cometer o sufrir más agresiones que el otro, puesto que la documentación al respecto lo que evidencia son resultados contradictorios y uno de los datos más controvertidos en la comunidad científica.

Por su parte, la edad, en nuestra muestra de estudio, se observa que el porcentaje de agresiones físicas leves y graves como perpetradores y como víctimas aumenta considerablemente en los grupos de menor edad, siendo el grupo de jóvenes de entre los 16 y los 18 años el de mayor riesgo puesto que, a estas edades, la proporción se incrementa notablemente con respecto a los grupos de mayor edad. En este sentido, O'Leary (1999) observa una curva con forma de U invertida para explicar las prevalencias de las agresiones físicas en función de la edad, de forma que entre los 15 a 25 años aumentan las agresiones de forma significativa para después declinar durante el resto de las edades.

En relación a estos planteamientos, las actuaciones preventivas que se construyen sobre investigaciones etiológicas y epidemiológicas pueden jugar un papel determinante en la prevención. En este sentido, estos resultados indican que cualquier tipo de medida que se diseñe para la reducción y prevención del comportamiento agresivo es necesario tener en cuenta la diferenciación por sexo y edad de los sujetos, ya que en ambos casos la agresión puede manifestarse de forma estructuralmente diferente.

Con respecto a las discrepancias de los resultados, la mayoría de los datos disponibles provienen de estimaciones y/o encuestas con las particularidades metodológicas de los diferentes estudios (ej., tamaño de la muestra, duración del estudio, método para su elección, tipo de preguntas formuladas), que condicionan en cierta medida los resultados que se obtienen. Además, los sistemas de información se hallan en distintas fases de desarrollo, de ahí que la fiabilidad, la exhaustividad y la utilidad de los datos disponibles varíen mucho. También, la falta de coherencia en las definiciones y en la recopilación de los datos hace difícil compararlos entre distintos países.

Retomando este debate, se debería poner remedio a esta situación mediante la elaboración de normas aceptadas internacionalmente, en este sentido, la Organización Mundial de la Salud (OMS) está trabajando en estas cuestiones con el objetivo de disponer de cifras más fiables, y datos que, por haber sido obtenidos por metodologías similares nos permitan establecer comparaciones sobre la incidencias y prevalencias de la violencia en sus diferentes formas y en diversos países.

Tomando en consideración uno de los problemas metodológicos, los estilos de respuestas de las tres escalas, que hacen referencia a la tendencia del sujeto a responder sistemáticamente en una u otra dirección independientemente del contenido del ítem, pueden deberse a las características del instrumento (Hui y Triandis, 1989), a la deseabilidad social de los ítems (Marín y Van Oss, 1991) o a valores culturales. En cualquier caso y, de forma general, los autoinformes parecen estar influidos por una serie de variables que se dan con independencia de su contenido, es decir, independientemente de lo que la escala pretende medir. En este sentido, dos de las fuentes de distorsión de respuestas más importantes son: 1) el sujeto, conscientemente, desea falsear sus

respuestas o simularlas y, 2) el sujeto, involuntariamente, se describe a sí mismo en forma consonante con una imagen aceptable desde el punto de vista social.

Algunas evidencias, en el caso de la violencia en las relaciones de pareja adultas, apuntan a que los maltratadores minimizan y justifican el uso de la violencia (Dutton, 1988). En este sentido, los informes de las mujeres parecen ser más exactos que los de los hombres agresores, ya que una mujer puede recordar el ser golpeada o agredida debido a las lesiones físicas o los trastornos emocionales, mientras que el maltratador puede intentar minimizar, negar o incluso olvidar el incidente (Milhalic y Elliot, 1997). Similarmente, Arias y Beach, (1987) encontraron que los sesgos en las respuestas afectaban al agresor, pero no a la víctima.

Volviendo a la violencia en las relaciones de noviazgo, los estudios han confirmado la existencia de un fuerte efecto de deseabilidad social en las respuestas de los participantes (Moffitt et al., 1997; Sugarman y Hotaling, 1997). Según Bardburn y Sudman (1979), la deseabilidad social ha de ser considerada como un indicador de la adaptación social del sujeto. De este modo, es importante señalar que este sesgo puede controlarse mediante un diseño apropiado de los instrumentos de medición como por ejemplo incluyendo escalas de deseabilidad social para ajustar estadísticamente su influencia. Asimismo, parece claro que la varianza explicada por la deseabilidad social debe ser sustancialmente inferior a la explicada por el contenido del test (Fierro, 1982).

Del mismo modo, esta variabilidad de resultados bien puede señalar la existencia de sesgos diferentes a la hora de relatar las experiencias de agresiones (Currie, 1998; Wekerle y Wolfe, 1999) porque no las perciban como tales (Eisikovits, Goldblatt y Winstok, 1999). Así, las mujeres podrían minimizar las agresiones recibidas por vergüenza, mientras que los hombres podrían subestimar el número de agresiones que cometen y trivializar la ejercida (Berns, 2000; Dobash et al., 1998; Milton et al., 2000). Específicamente, Currie (1998) determinó que los hombres prestaban más atención a su propia victimización, como posible justificación de sus agresiones, y las mujeres no atendían a las agresiones físicas sufridas. También es posible, que las mujeres tiendan a sentirse culpables por lo sucedido y le den mayor importancia (Ferrer y Bosch, 2005).

Algunas investigaciones confirman que las diferencias en prevalencias están mediatizadas por los estereotipos sexistas del comportamiento de hombres y mujeres, en este sentido, los resultados de los estudios están inscritos en la cultura, que según algunas investigaciones predeciría mucho más la agresión que el sexo (Rohner, 1976). Así, las agresiones de los hombres son más inaceptables socialmente mientras que las agresiones de las mujeres se consideran menos graves, por ello los hombres informarían de una menor cantidad y gravedad de episodios agresivos (Archer, 2000a; Arias et al., 1987; Flynn, 1990b). En contraste, en el estudio de Deal y Wampler (1986) encontraron que las agresiones femeninas se maximizaban por parte de los hombres y se minimizaban las agresiones masculinas por parte de las mujeres debido a que en nuestra sociedad patriarcal es más probable que no se recuerden las agresiones masculinas y sí las femeninas, ya que no concordaría con los estereotipos sexistas de la sociedad.

También, el análisis de los métodos básicos como las técnicas utilizadas conducen a una dicotomía entre lo cualitativo frente a lo cuantitativo y a pesar de que, en líneas generales, en este trabajo de investigación el balance de la cuestión apoyaría las predicciones establecidas desde la perspectiva cuantitativa, el interés es plantear la posibilidad de una cierta compatibilidad entre ambos extremos dando lugar a múltiples posibilidades de combinación de datos en las diferentes fases de evaluación, diluyendo la propia polaridad de lo cualitativo versus cuantitativo, es decir, la combinación de ambas metodologías fortalece la trascendencia de los resultados.

Por otra parte, el carácter encubierto se debe principalmente a que las agresiones en las relaciones de pareja se han considerado de la esfera puramente privada. Asimismo, los adolescentes y jóvenes que han admitido perpetrar o experimentar agresiones en sus parejas, son personas especialmente próximas al mundo afectivo y, por tanto, las verdaderas cifras son difíciles de conocer. Asimismo, es importante recordar que esta investigación es de corte transversal y supone una limitación dado que las respuestas pueden estar condicionadas por el recuerdo de lo acontecido o por el efecto del instrumento de evaluación.

En algunas investigaciones, el fenómeno de la violencia en las relaciones de pareja se ha enfocado como una violencia derivada de la relación interpersonal, teniendo

en cuenta las personas que la ejercieron, que la sufrieron y la relación entre ambas. Este análisis nos puede permitir conocer los mecanismos en los que se asienta la violencia y así poder intervenir de la mejor manera para frenarla (Alcázar y Gómez-Jarabo, 2001).

En lo que se refiere al indicador de las variables relacionales, las que aparecen preferentemente como indicadores relevantes de un mayor riesgo de las agresiones en las relaciones de noviazgo, son las agresiones mutuas o recíprocas (Avery-Leaf et al., 1997; Bookwala et al., 1992; Foshee et al., 1996; Harned, 2002; Henton et al., 1983; Lewis y Fremouw, 2001; Linder y Collins, 2005; O’Leary y Slep, 2003). En diferentes estudios también en los resultados de este estudio, se observa la existencia de una estrecha relación entre el considerarse perpetrador/a y víctima a la vez. Específicamente, en cuanto a la agresión física leve, el 28% de las mujeres y el 26,7% de los hombres relataron haber ejercido y recibido al mismo tiempo este tipo de agresión en sus parejas. Asimismo, los porcentajes obtenidos para mujeres y hombres en las tácticas dominantes alcanzaron el 46,1% y el 47%, respectivamente. Este dato alcanza mayor significación si se observa la agresión verbal, llegando a porcentajes cercanos al 92% de los jóvenes que se declaran tanto perpetradores como víctimas al mismo tiempo. Además, es importante puntualizar que un patrón de agresiones bidireccionales va asociado con un mayor número de agresiones y de consecuencias más negativas en comparación con un patrón de agresiones unidireccionales (Fernández-Fuertes, 2004; Gray y Foshee, 1997).

En cualquier caso, estos resultados y en comparación con los datos obtenidos en otros estudios, parece que la presencia de agresiones mutuas o bidireccionales puede tener un papel relevante a la hora de ser incluida en los modelos teóricos explicativos de la violencia en el noviazgo. Asimismo, una de las propuestas explicativas es lo que se ha dado en llamar “*reciprocidad*” que hace referencia no sólo a las tasas base de aspectos positivos y negativos que caracterizan a parejas armoniosas y conflictivas, sino, también, a la prontitud con la que tales elementos se contestan en el curso de la interacción; las parejas armoniosas se caracterizan por una alta reciprocidad de los elementos positivos, mientras que las parejas en conflicto se devuelven con mayor prontitud, y de manera casi automática, los negativos (Cáceres, 2007). Parecería existir un ensamblaje tanto fisiológico como comunicacional entre la pareja, de manera que se establecen secuencias

que se repiten con un cierto automatismo, como los eslabones de una cadena (Gottman y Levenson, 1986, 1999).

Tomando en consideración la complejidad de las conductas agresivas, parece aún más importante llegar a conocer sus determinantes específicos, ya que sólo a partir de este conocimiento es posible determinar aquellas claves de actuación que son lo suficientemente relevantes para conseguir resultados preventivos eficaces. De este modo, no solamente tenemos que centrarnos en el propio episodio agresivo, sino también en los factores contextuales que pueden precipitar la interacción agresiva. Como señaló Novaco (1975), el contexto es una variable relevante a la hora de explicar las conductas agresivas.

Con respecto a las posibles explicaciones de las discrepancias en las prevalencias, algunos autores sugieren que se deben a los sesgos en los instrumentos de medida, según hemos expuesto anteriormente (Foshee et al., 2007). Específicamente, una de las críticas más importantes que se han realizado al CTS2 (Straus et al., 1996) es que no evalúa el contexto en que la conducta tiene lugar, ni quien la inicia (Archer, 2000; Desai y Saltzman, 2002), es decir, no explica las circunstancias previas o el significado de lo sucedido para las personas implicadas (Gormley, 2005). Asimismo, se defiende una perspectiva multicausal en el análisis de este fenómeno. En este sentido, Schumcher et al. (2001) han revisado de manera detallada los resultados de diversos estudios acerca de los factores de riesgo de las agresiones dentro de la pareja, concluyendo con un largo listado de factores individuales (ej., demográficos, desarrollo infantil, psicopatología, actitudes, personalidad, abuso de sustancias) y relacionales.

De acuerdo con este tipo de evidencias, uno de los resultados más destacables de este trabajo es aportar nuevos elementos de análisis sobre las motivaciones, recursos y consecuencias que rodean el comportamiento agresivo físico en función del sexo y la edad. Esto podría aportar, una vez considerados estos resultados y desde un punto de vista preventivo, una perspectiva amplia y contextualizada, que considere las relaciones, los procesos y las consecuencias que llevan determinados comportamientos agresivos.

En este campo, Dutton (1992) clasificó las consecuencias de la violencia contra las mujeres, que podían constituir síntomas aislados o formar parte de un trastorno mental como tal, en las categorías siguientes: a) Indicadores de malestar o trastorno psicológico (ej., miedo, síntomas de intrusión, ansiedad, trastornos del sueño, dificultad para concentrarse, hipervigilancia, rabia, depresión, baja autoestima, falta de asertividad, conductas adictivas); b) cambios en el esquema cognitivo (ej., negación, sentimientos de culpa) y, c) trastornos relacionales (dificultades para las nuevas relaciones). Atendiendo a otra de las consecuencias consideradas en el presente estudio, las lesiones físicas también señalan el impacto negativo sobre diversas e importantes cuestiones de salud. Así pues, considerando los datos extraídos para las lesiones físicas tanto para la forma de victimización como de perpetración, deben señalarse tres conclusiones importantes:

(a) A pesar de las altas prevalencias de las conductas agresivas en el noviazgo, se da una escasa relación entre los actos agresivos y sus repercusiones en cuanto a las lesiones físicas. De forma que, los jóvenes no identifican o valoran ningún tipo de lesiones en sus relaciones de pareja, llegando a porcentajes cercanos al 90% (Corral y Calvete, 2006). Como posibles explicaciones a esta conclusión, Carlson (1987) determina que la frecuencia de las agresiones es inversamente proporcional a la probabilidad de causar heridas físicas. Con respecto a la lesión física más frecuentemente evaluada, son los cortes o contusiones leves las que alcanzan mayores prevalencias tanto en hombres como en mujeres en términos de perpetración como de victimización (O’Leary et al., 2005).

(b) Al considerar el sexo de los encuestados, las mujeres informan de cometer más lesiones físicas a sus parejas que los hombres mientras que, en términos de victimización, no aparecen diferencias relevantes en función del sexo masculino o femenino. Es necesario subrayar que no existen conclusiones consistentes de los estudios realizados en esta área sobre las diferencias entre sexos, discrepando en los resultados obtenidos. Así pues, la gravedad y el impacto es mayor en las mujeres en parejas adultas (Archer’s 2000a; Browne, 1987; Cantos et al., 1994; Langhinrichsen-Rohling et al., 1995; Vivian y Langhinrichsen-Rohling, 1994) y en parejas adolescentes (Clements et al., 2005; Coffey et al., 1996; Foshee et al., 1996; Makepeace, 1986; Molidor y Tolman, 1998). No obstante, en otros estudios no encuentran diferencias notables en las

proporciones de este indicador en cuanto al sexo (Coker et al., 2000; Corral y Calvete, 2006; Grasley, 2002; Straus, 2004a).

Es quizás en los resultados obtenidos en el estudio sobre las lesiones donde se observan aspectos para seguir investigando, como la introducción de otras consecuencias o la existencia de nuevas variables como la variable deseabilidad social o incluso obtener información de ambos miembros de la pareja para contrastar la información.

En relación a este planteamiento, algunos estudios han indicado que el punto de vista del agresor y de la víctima sobre las repercusiones de un acto agresivo, a menudo no coinciden (Lewis y Fremouw, 2001). Además, algunos estudios han señalado que los juicios en la cantidad y gravedad de las lesiones dependen del sexo del agresor y de la víctima, de la naturaleza del episodio agresivo, de la persona que analiza la situación, etc.

En esta misma línea, numerosas investigaciones han documentado que los hombres y las mujeres difieren en la percepción que tienen de la seriedad, importancia y gravedad de la agresión, así como en la percepción de las motivaciones de las personas involucradas. Asimismo, las agresiones de los hombres eran percibidas como más perjudiciales que la de las mujeres (Miller y Simpson, 1991), además, los hombres no reconocían determinadas repercusiones emocionales (Dutton y Nicholls, 2005). Por otra parte, las mujeres podían entender que sus agresiones no causaban efectos negativos a sus parejas (Stewart, 2002). En relación a esta posibilidad, las mujeres anticipaban más beneficios de cada uno de los tipos de agresión, respecto de los chicos que percibían más costes de estos comportamientos (Fernández-Fuertes, 2007).

(c) Por rangos de edad, se observa que el porcentaje de lesiones físicas en términos de victimización aumentan considerablemente con la edad siendo en el rango de los 23/26 años en el que aparece un mayor número de lesiones y, por otro lado, el mayor número de lesiones en términos de perpetración se detecta en los grupos de menor edad. En este sentido, la propuesta explicativa de las altas prevalencias de la muestra que se autoclasifica como víctima por parte de los jóvenes de mayor edad, podría verse apoyada por el hecho de que la edad influye en la detección de las conductas agresivas y el impacto consecuente en la salud física.

De forma general, tanto éstas lesiones como las consideradas en otros estudios, vuelven a confirmar la importancia de este tipo de variables en la violencia del noviazgo (Ackard y Neumark-Sztainer, 2002; Collin-Vézina et al., 2006; Coker et al., 2000; Frederick, Susan, 2005; Holt y Espelage, 2005; Silverman et al., 2001; Straus 2004a) y la necesidad, por tanto, de dotar una base sólida sobre las repercusiones en la población más joven y arbitrar, posteriormente, una serie de medidas para la reducción y prevención de las consecuencias más negativas.

En la descripción de este problema, no solamente se ha enfatizado en las consecuencias, sino también se ha constatado un interés creciente en conocer las motivaciones subyacentes. El que la violencia sea humana no significa que tenga justificación y que debamos aceptarla como inevitable. Según Sanmartín (2000), inevitable es la agresividad, pero perfectamente evitable es la violencia.

Con respecto a este foco de interés, sorprende que el juego y la broma sea el motivo más habitual de la agresión en las relaciones de pareja. En este sentido, también diferentes trabajos señalan que la mayor parte de adolescentes han cometido y/o sufrido agresiones jugando o bromeando. Barragán (2006) señala que la población adolescente considera que las agresiones psicológicas son una “*forma de humor, una broma*”, y considera que es uno de los mecanismos más efectivos para aprender y naturalizar la violencia como formas “*naturales de socialización*”. Asimismo, Matthews (1984) interpretaron la violencia como una manifestación de “*amor*”. En relación a este planteamiento y tal y como comentábamos anteriormente, es posible que se cometan agresiones porque no se perciben como tales (Jackson et al., 2000). Y por ello, no es infrecuente que muchos adolescentes no se responsabilicen de sus propias conductas.

Asimismo, es posible afirmar que muchas de las agresiones que son cometidas o sufridas por los adolescentes son atribuidas por el estado de furia. En este sentido, algunas explicaciones distinguen episodios de “*agresión emocional*” en donde las personas hacen daño a la otra sin buscar de manera más o menos racional otras metas. Así, la conducta agresiva se produciría como consecuencia de un estado de activación emocional, de manera impulsiva sin un planteamiento previo. Y “*agresión instrumental*” donde la conducta agresiva está destinada a conseguir unos objetivos o fines. Entre estas

metas estaría la coerción, el dominio sobre el otro, la búsqueda de poder o el estatus social (Berkowitz, 1996). En parejas adultas, Corsi (1995) afirma que para que se produzca una conducta agresiva tiene que darse un desequilibrio de poder, que puede estar definido culturalmente, por el contexto o producido por maniobras interpersonales de control de la relación. Asimismo, Gottman y et al. (1995) subcategorizan a la persona como “*táctica*”, que utiliza la violencia como estrategia para conseguir un fin, y “*reactiva*” en la que los episodios violentos representan una reacción a una escalada de tensión en la interacción.

Con respecto a las motivaciones subyacentes en función del sexo, esta es una cuestión que ha suscitado una intensa polémica en la comunidad científica. Retomando este debate, algunos estudios han determinado que las agresiones de las mujeres se producen como una forma de autodefensa (Dobash et al., 1992; Morse, 1995), mientras que los hombres la usan con mayor frecuencia para ejercer el control o castigar a sus parejas (Hamberger et al., 1997; Migliaccio, 2002). No obstante, hay investigaciones que cuestionan estos resultados incluso llegando a afirmar que las mujeres reconocen iniciar más episodios agresivos por la ira o la frustración (Hettrich y O’Leary, 2005), por celos (Bookwala et al., 1992) o por atraer la atención de sus parejas (Capaldi y Crosby, 1997).

En nuestro estudio, las mujeres son más probables de agredir a sus parejas cuando están furiosas, mientras que los hombres responden ante un ataque previo. Respecto a la victimización, las mujeres informan que sus parejas las han agredido por bromas o juegos o porque ellas les pegaron primero y ellos respondieron. Mientras que los hombres que han sufrido una agresión física consideran que el motivo más frecuente era porque sus parejas estaban furiosas. Por otra parte, si nos referimos específicamente a las motivaciones en función de la edad, se establecen diferencias significativas con respecto a los tres grupos de edad considerados. En relación a estos planteamientos, es necesario aclarar estos resultados en futuros trabajos.

A la hora de determinar las implicaciones específicas de los resultados obtenidos, es necesario abordar los recursos personales y sociales en materia de intervención que se han obtenido en este estudio. Así pues, no hacer nada y hablar con la pareja de la violencia son las respuestas más frecuentemente obtenidas (Anderson y Danis, 2007;

Ashley y Foshee, 2005; Craver, 2000; Ocampo et al., 2007; Watson et al., 2001) y, por el contrario, hablar con un profesor/orientador y llamar a un teléfono de ayuda las menos frecuentes (Watson et al., 2001). Al considerar el sexo de los encuestados, los datos obtenidos apoyan la igualdad de sexos a la hora de analizar los recursos de ayuda y las respuestas, a excepción de romper con la pareja que es significativamente más frecuente en los hombres. Asimismo, no se encuentran diferencias notables en las proporciones de recursos y respuestas de acción en función de la edad, a pesar de que, la proporción en hablar con la familia y hablar con la pareja de la violencia son significativamente superiores en el rango de los 23/26 años.

En consonancia con la emergencia social de este problema, es interesante evaluar los recursos de ayuda y las expectativas de resultado que tienen los adolescentes a la hora de resolver sus problemas de pareja. Asimismo, es necesario difundir información sobre los recursos de ayuda y fomentar una actitud de búsqueda de ayuda especializada para que las medidas de protección y asistencia influyan en la cobertura y efectividad de la prevención.

La presente investigación también tiene en cuenta las agresiones psicológicas y amplía sus diferentes tipos en conductas agresivas verbales, tácticas dominantes y tácticas celosas. En este sentido y como hemos apuntado anteriormente, la medición de estas variables ofrece una visión más amplia y ajustada a la población juvenil. Sin embargo, una de las limitaciones importantes de este trabajo consiste en no analizar las interconexiones entre los diferentes tipos de agresiones que posiblemente se adapten mejor a las relaciones de pareja. Por lo tanto, esta es una de las posibles líneas de investigación en trabajos futuros.

Uno de los resultados, que confirmaba la hipótesis enunciada al respecto, es el que muestra que la mayor parte de los participantes reconocían haber cometido o sufrido agresiones verbales. De forma más concreta, se ha señalado que aproximadamente el 91% de la muestra ha ejercido o recibido en sus relaciones de noviazgo este tipo de agresiones, siendo especialmente relevante en las conductas específicas de fastidiar o picar a la pareja y molestar o negarse hablar de un tema. En este sentido, tal y como se ha evidenciado repetidamente en la literatura (Cascardi et al., 1999; Cyr et al., 2006;

Jackson et al., 2000; Magdol et al., 1998; Muñoz-Rivas et al., 2007b; Shook et al., 2000), se constata la consolidación de un patrón de agresiones verbales, que pueden producirse de manera simultánea, crónica y con una intensidad creciente a otro tipo de comportamientos como las agresiones físicas (Cano et al., 1998; Walter, 1979). Una implicación importante de estos resultados, reside en que las agresiones psicológicas tienden a producirse inicialmente y deben ser tenidas en cuenta como variables de riesgo de otros tipos de comportamientos agresivos (Sharpe y Taylor, 1999)

Una posible explicación sobre la mayor frecuencia de determinados comportamientos agresivos frente a otros, puede ser la existencia de una relación inversa entre la gravedad y la frecuencia (Jezl et al., 1996; Shook et al., 2000). Sin embargo, las agresiones psicológicas pueden ser más negativas y presentar un mayor número de repercusiones psicológicas y emocionales a medio y largo plazo que las agresiones físicas (Molidor y Tolman, 1998).

En el mismo sentido propuesto por otros trabajos, las mujeres informaron en mayor medida acerca de este tipo de comportamientos, tanto en términos de ejecución como de victimización (Corral y Calvete, 2006; Jackson et al., 2000; Magdol et al., 1998; Muñoz-Rivas et al., 2007b; Straus et al., 1996). Entre las propuestas explicativas, Lagerspetz et al. (1988), sugieren que el uso de estrategias de agresión verbal es quizá la característica más típica del comportamiento agresivo en las mujeres. En contra de esta hipótesis, se ha encontrado que las mujeres dan mayor importancia a las relaciones con otras personas (Ystgaard, Tambs y Dalgard, 1999).

Además de estas diferencias encontradas en la proporción de agresiones verbales según su sexo, también el patrón de victimización y perpetración difiere en relación con la edad, así pues, se observa que el porcentaje aumenta considerablemente con la edad. De cualquier forma se deduce, la necesidad de seguir rastreando diferentes tipos de agresión verbal que no han sido distinguidos por las técnicas de medida existentes y, por consiguiente, llevar a cabo intervenciones preventivas a la hora de detectar y facilitar de este modo que puedan reaccionar ante este tipo de comportamientos.

Por su parte, los porcentajes de las tácticas dominantes, en nuestra muestra de estudio, son inferiores a los mostrados en las agresiones verbales, prácticamente la mitad de las personas relataron haber ejercido y recibido este tipo de agresión en la actual o en la última relación de noviazgo. Donde, se indica un especial incremento en el ítem amenazar con dejar la relación.

Al considerar el sexo de la muestra en términos generales, las mujeres reconocieron en mayor número de casos haber ejercido estrategias de dominancia hacia sus parejas. Por el contrario, los hombres mostraron tasas de prevalencias más altas en términos de victimización. En cuanto a la edad, no se encontraron diferencias notables en las proporciones como perpetrador o como víctima en este indicador. Por último, sería necesario en nuevas investigaciones que a parte de delimitar este tipo de agresiones se consideraran algunos datos sobre su existencia.

Respecto a las tácticas celosas, es necesario subrayar que no existen muchos resultados que consideren este tipo de agresión psicológica en las relaciones de pareja de los más jóvenes. En este caso, si se observa el patrón de perpetración como el de victimización de las tácticas celosas se obtienen porcentajes cercanos al 78%, los datos obtenidos apoyan la tendencia ya observada en otros estudios (Schumacher y Slep, 2004). Así pues, se observa que los porcentajes aumentan considerablemente en el ítem estar celosos/a de otros/as chicos/as.

En el mismo sentido propuesto por otros trabajos, el sexo vuelve a ser determinante en las tácticas celosas, siendo significativamente superiores en ambos patrones de respuesta en el caso de las mujeres (Schumacher y Slep, 2004). En general, subrayar que nuevamente este tipo de agresiones mantienen una relación directa con la edad, siendo el grupo de jóvenes de entre los 16 y los 18 años el de mayor riesgo puesto que, a estas edades, la proporción de tácticas celosas incrementa notablemente con respecto a los grupos de mayor edad.

Respecto a las agresiones sexuales, los porcentajes obtenidos son algo inferiores a los mostrados por los otros tipos de comportamientos agresivos analizados. En concreto, el 20% de la muestra presentaron al menos un acto de agresión sexual, siendo también

similar a la considerada en términos de victimización. Con respecto a los diferentes ítems considerados, el insistir verbalmente en tener relaciones sexuales, a pesar que tu pareja no quiere, el que alcanza mayores prevalencias en la misma dirección que la observada por otros estudios (Katz et al., 2002; Smith et al., 2003; Stets y Pirog-Good, 1989).

Tomando en consideración los resultados de diferentes estudios en relación a las agresiones de naturaleza sexual, suele haber un cierto consenso en determinar que los varones cometen más agresiones sexuales hacia sus parejas femeninas (; Bennett y Fineran, 1998; Corral y Calvete, 2006; Poitras y Lavoie, 1995). En nuestro estudio, al considerar el sexo de la muestra, los datos obtenidos apoyan la tendencia ya observada y es que los hombres admitieron cometer más agresiones sexuales en sus parejas que las mujeres. Al mismo tiempo, sorprende que, también, los hombres son quienes más reconocen sufrirla, en contradicción con los resultados obtenidos por diversos estudios (Murphy, 1988; Corral y Calvete, 2006; Stets y Pirog-Good, 1989; Straus et al., 1996).

Además, se aprecia un aumento considerable de la agresión sexual según aumenta la edad en términos de perpetración como de victimización, siendo el intervalo comprendido entre los 23 y los 26 años en el que se produce el mayor incremento. En cualquier caso, tanto éstas como las consideraciones anteriores, establecen que la agresión sexual se configura como una parte de las relaciones de noviazgo de jóvenes y adolescentes y la necesidad de incluir este tipo de agresión en los distintos estudios epidemiológicos.

En general, las implicaciones de estas conclusiones apuntan a la necesidad de configurar una socialización preventiva en el desarrollo de normas y valores respetuosos y la promoción de los buenos tratos para asegurar una cobertura de las necesidades infanto-juveniles.

CONCLUSIONES GENERALES

La violencia en las relaciones de pareja es sin duda alguna un atentado contra los derechos humanos y, por tanto, un atentado contra los derechos a la vida, a la seguridad, a la libertad, a la dignidad y a la integridad física y psíquica de las personas. Se trata de una lacra de carácter mundial, presente en todos los países, clases sociales, edades, niveles educativos, etnias o razas, culturas y religiones (Kapoor, 2000; Klevens, 2007).

La violencia a lo largo del ciclo de la vida toma diferentes expresiones, específicamente durante la adolescencia y juventud, la violencia puede manifestarse en las relaciones de noviazgo. A lo largo de las últimas décadas, diversos organismos internacionales y nacionales han ido reconociendo la importancia de la violencia en las relaciones de noviazgo como un problema social y de salud y a su vez han incentivado la necesidad de estudiarla y, elaborar posteriormente, estrategias destinadas a la búsqueda de soluciones.

En este sentido, las investigaciones sobre la violencia en las relaciones de noviazgo parten de la sólida convicción de que la violencia es un fenómeno complejo que hay que combatir de forma integral y holística, desde las raíces psicológicas, sociales y ambientales y, por tanto, es una cuestión que debe abordarse en varios niveles y en múltiples sectores de la sociedad simultáneamente.

El primero de los trabajos empíricos se ha propuesto con el objetivo fundamental de validar empíricamente en población española las técnicas de auto-informe aplicadas.

Así, la agresión física leve y grave y la agresión verbal fue medida a través de la Escala de Tácticas de Conflicto Modificada, los comportamientos agresivos celosos y dominantes a través de la Escala de Tácticas de Dominancia y Tácticas Celosas y, finalmente, la agresión sexual a través de una Escala elaborada por la doctoranda. En este sentido, este estudio constituye una confirmación empírica de las clasificaciones teóricas realizadas por los diferentes profesionales involucrados en su estudio. No obstante, futuras revisiones deberán considerar la posibilidad de aumentar sus índices de fiabilidad y validez, así como la validez de constructo de las escalas analizadas.

Con respecto a la anterior afirmación, es de destacar que la principal aplicación de estas escalas es medir los diferentes comportamientos agresivos en las relaciones de pareja de jóvenes y adolescentes. Como insta la Asamblea Mundial de la Salud, en su reunión de 1996 en Ginebra, a evaluar el problema de la violencia en sus diferentes tipos, a definir su magnitud y evaluar las causas de la violencia y las repercusiones en la salud pública. Y comunicar a la Organización Mundial de la Salud, como principal organismo encargado de coordinar la labor internacional de salud pública, la información de que dispongan sobre este problema y su manera de afrontarlo.

En este sentido, el segundo estudio realizado profundiza y complementa los resultados del primero de los trabajos presentados en la presente tesis doctoral, puesto que, desde un planteamiento dirigido a la prevención, es importante la clasificación tipológica de la agresión y además es tanto o más necesario conocer la situación real de la problemática en la que se desea intervenir.

En este sentido y tomando como referencia una muestra de jóvenes y adolescentes pertenecientes a la Comunidad Autónoma de Madrid con edades comprendidas entre los 16 y 26 años, el segundo de los trabajos considera dos aspectos principales: en primer lugar, el análisis descriptivo de las variables referentes a las relaciones de pareja para obtener una información de cómo son las parejas de la población de estudio y, en segundo lugar, evidenciar la magnitud de este fenómeno en función de variables demográficas como la edad y el sexo de los sujetos. Así, las conclusiones obtenidas a partir del estudio descriptivo resaltarían la alta presencia de comportamientos agresivos en las relaciones de pareja de los más jóvenes, especialmente

de naturaleza psicológica. De forma adicional, se aprecia que la relación entre las agresiones cometidas y sufridas es muy estrecha, apuntando a la existencia de agresiones mutuas en la pareja.

Tomando en consideración los resultados de diferentes investigaciones, no existe todavía un cuerpo suficiente de estudios que aporten evidencias empíricas al respecto, sino que se dan resultados inconsistentes, por lo tanto, una prioridad fundamental es comprender mejor el problema en el contexto relacional, para poder elaborar respuestas adecuadas y evaluarlas. No obstante, pese a estas dificultades, la existencia de los datos estadísticos debe considerarse un logro en la violencia del noviazgo, ya que permite, con las pertinentes cautelas, iniciar la realización de análisis con conocimiento de causa. Además, es importante señalar que los aportes de las metodologías tanto cuantitativas como cualitativas empleadas, nos permitirán avanzar en el conocimiento de este problema, desde el punto de vista epidemiológico (Corsi, 1999).

Además, el fenómeno de la violencia en las relaciones de noviazgo trasciende a la conducta individual para convertirse en un proceso interpersonal. Para diseñar intervenciones preventivas es vital comprender el contexto de la violencia, esto es, cualquier tipo de violencia debe tener en cuenta el contexto específico en la que se produce y las consecuencias que tiene. Como dice Rabazzola (1997) en el análisis de la violencia doméstica exige “... *identificar secuencias de interacción en las que reúnen los actores y las acciones, las ideas y las creencias en varios niveles del contexto familiar y sociocultural*”. Parece lógico si queremos desarrollar un modelo explicativo de la violencia en las relaciones de noviazgo, incluir datos no solo acerca del individuo, sino también de su contexto. Así pues, la presente investigación va más allá, teniendo en cuenta las lesiones, los motivos y los recursos de ayuda utilizados por jóvenes y adolescentes.

Uno de los logros de las investigaciones de las relaciones humanas ha sido el demostrar la importancia de las relaciones afectivas y de los cuidados mutuos en la conservación y calidad de la salud psíquica. Así, según las investigaciones, un clima conyugal de solidaridad y respeto prolonga las expectativas de vida y promueve la buena salud. Según Barudy (1998), vivir en redes familiares y sociales que proporcionan un

apoyo afectivo y material contribuyen al bienestar, aliviando los dolores inherentes al desafío de vivir. De esta forma, es fundamental investigar las causas, su desarrollo y los caminos a trazar para reportar una mejora no sólo para las personas, sino para la comunidad en general. Por lo tanto, esta investigación pretende ser un instrumento para la acción.

De esta forma, la prevención es la mejor forma de solución, buscando una perspectiva compleja, integral, sistemática, contextualizada y global. No obstante, que la violencia pueda prevenirse es sólo el primer paso para estructurar las respuestas del problema. Por ello, es necesario un proceso de revisión y crítica en profundidad de muchas de nuestras normas sociales y de convivencia en las que nos basamos, el significado de ser hombre o mujer, nuestras concepciones sobre la violencia y los modelos pacíficos de resolución de conflictos y, en definitiva, el diseño de la sociedad futura.

En palabras de Tuvilla (2001) *“en todos los procesos de interrelación social se precisa un mínimo de responsabilidad. La responsabilidad no consiste sólo en cumplir las obligaciones y deberes, sino que además supone captar los rasgos morales de esta interrelación, actuar conforme a ellos. Situar en el mundo, conocer sus problemas y tomar conciencia de la necesidad de cambio; es decir, adoptar un comportamiento ético ante las cosas que pasan ante nuestras miradas, en nuestra proximidad más cercana, como individuos y seres sociales, y, también en esa aldea global en que todos vivimos”*.

PERSPECTIVAS FUTURAS DE INVESTIGACIÓN

A partir de la revisión bibliográfica y de los resultados de los estudios empíricos realizados, se extraen una serie de líneas que pueden ser interesantes de cara a continuar investigando en el tema.

- I. Con respecto a los instrumentos de medida, sería necesario analizar y mejorar la fiabilidad y la validez psicométrica de las escalas utilizadas en diferentes muestras, con el objeto de mejorar tanto sus índices de calidad psicométrica como su incorporación a un mayor ámbito de aplicación. Asimismo, de cara a la validez transcultural incluir una evidencia empírica de dichos instrumentos y poder construir una sólida base de conocimientos.
- II. Elaborar una serie de modelos que incluyan no sólo factores de riesgo del comportamiento agresivo, sino aquellos que protegen de éste, es decir, de aquellos *factores protectores* que disminuyen de forma significativa la probabilidad de que las personas lleguen a manifestar cualquier tipo de agresión. Así, poder explicar la violencia en las relaciones de noviazgo como un conjunto de factores individuales, familiares, sociales y culturales que interaccionan entre sí, causando y manteniendo el comportamiento agresivo. De este modo, incorporar diseños de carácter longitudinal que permitan establecer el desarrollo y contribución diferencial de cada uno de estos factores en el consiguiente desarrollo evolutivo de los diferentes tipos de agresión y ajustar los programas en

función de la edad y del sexo.

- III. Llegar a conocer los determinantes específicos de la violencia en el noviazgo (contexto, motivaciones circunstancias, naturaleza), puesto que sólo a partir de este conocimiento es posible llegar a determinar aquellas claves de actuación que sean lo suficiente relevantes para conseguir resultados preventivos eficaces.
- IV. Establecer un plan de acción preventiva que se realice principalmente en estadios tempranos, evitando que la conducta agresiva en el contexto de las relaciones de pareja se afiance y cronifique hasta la etapa adulta. De igual forma, invertir en prevención, exige una mayor prioridad en la evaluación, para saber qué es eficaz y qué no en la prevención de la violencia en el noviazgo y aportar beneficios considerables y duraderos. En definitiva, el marco conceptual de los buenos tratos en las relaciones de pareja pretende ser un aporte al desarrollo de las buenas prácticas.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Ackard, D.M., Neumark-Sztainer, D. (2002). Date violence and date rape among adolescents: associations with disordered eating behaviors and psychological health. *Child Abuse Neglect*, 26(5), 455-473.
- Ackard, D.M., Neumark-Sztainer, D. y Hannan, P. (2003). Dating violence among a nationally representative sample of adolescent girls and boys: associations with behavioural and mental health. *Journal of Gender Specific Medicine*, 6(3), 39-48.
- Ackard, D.M., Ztainer, D.N. y Stat, H.P. (2003). Dating violence among a nationally representative sample of adolescent girls boys associations with behavioral and mental health. *Journal Gender Specific Medicine*, 6, 39-48.
- Acosta, O.M., Albus, K.E., Reynolds, M.W., Spriggs, D. y Weist, M. (2001). Assessing the status of research on violence-related problems among youth. *Journal of Clinical Child Psychology*, 30(2), 152-160.
- Adima. (1993). *Guía de Atención al Maltrato Infantil*. Sevilla.
- Aguilar, R. y Nightingale, N. (1994). The impact of specific battering experiences on self-esteem of abused women. *Journal of Family Violence*, 9, 35-45.
- Aguilera, B., Gómez, J., Mogollón, M. y De Vicente, J. (1994). *Educación intercultural. Análisis y resolución de conflictos*. Colectivo AMANI.
- Aizenman, M. y Kelley, G. (1988). The incidence of violence and acquaintance rape in dating relationships among college men and women. *Journal of College Student Development*, 29, 305-311.
- Alberdi, I. y Matas, N. (2002). *Violencia Doméstica. Informe sobre los malos tratos a mujeres en España*. Colección Estudios Sociales.
- Alcázar, M.A. y Gómez-Jarabo, G. (2001). Aspectos psicológicos de la violencia de género. Una propuesta de intervención. *Psicopatología Clínica, Legal y Forense*, 1(2), 33-49.
- Alexander, P.C., Moore, S. y Alexander, E.R. (1991). What is transmitted in the intergenerational transmission of violence? *Journal of Marriage and Family*, 53, 657-668.
- Álvarez, A. (1998). *Guía para mujeres maltratadas*. Madrid: Consejo de la Mujer.
- American Association of University Women Educational Foundation (1993). *Hostile hallways: The AAUW survey on sexual harassment in America's schools*. Washington, DC: Author.
- American Psychological Association (1999). Resolution on Male Violence Against Women. Disponible en <http://www.apa.org/pi/wpo/maleviol.html>.
- Amor, P.J., Echeburúa, E., Corral, P., Zubizarreta, I. y Sarasua, B. (2001). Perfil psicopatológico diferencial en víctimas de maltrato doméstico y en víctimas de agresiones sexuales. *Análisis y Modificación de Conducta*, 27(114), 605-629.
- Amor, P.J., Echeburúa, E., de Corral, P., Zubizarreta, I. y Sarasua, B. (2002). Repercusiones psicopatológicas de la violencia doméstica en la mujer en función de las circunstancias del maltrato. *Revista Internacional de Psicología Clínica y de la Salud*, 2(2), 227-246.
- Anderson, K.M y Danis, F.S. (2007). Collegiate sororities and dating violence: An exploratory study of informal and formal helping strategies. *Violence Against Women*, 13(1), 87-100.
- Archer, J. (1999). Assessment of the reliability of the conflict tactics scales: A meta-analytic review. *Journal of Interpersonal Violence*, 14, 1263-1289.

- Archer, J. (2000a). Sex differences in agresión between heterosexual partners: A meta-analytic review. *Psychological Bulletin*, 126, 651-680.
- Archer, J. (2000b). Sex differences in physical aggression to partners: A reply to Frieze (2000), O'Leary (2000), and White, Smith, Koss, and Figueredo (2000). *Psychological Bulletin*, 126, 697-702.
- Archer, J. y Graham-Kevan, N. (2003). Do belief about agresión predict physical agresión to partners? *Abbehaviour*, 29(1), 41-54.
- Archer, J. y Ray, N. (1989). Dating violence in the United Kingdom: a preliminary study. *Agressive Behavior*, 15, 337-343.
- Arias, I. y Johnson, P. (1986). *Evaluations of physical aggression in marriage*. Paper presented at the 20th annual meeting of the Association for Advancement of Behavior Therapy, Chicago.
- Arias, I. y Johnson, P. (1989). Evaluations of physical aggression among intimate dyads. *Journal of Interpersonal Violence*, 4, 298-307.
- Arias, I. y Beach, S.R.H. (1987). Validity of self-reports of marital violence. *Journal of Family Violence*, 2, 139-149.
- Arias, I. y Pape, K.T. (2001). Psychological abuse: Implications for adjustment and commitment to leave violent partners. En K.D. O'Leary y R.D. Maiuro (Eds.), *Psychological abuse in violent domestic relations* (pp. 137-151). New York: Springer.
- Arias, I., Samios, L. y O'Leary, K. (1987). Prevalence and correlates of physical aggression during courtship. *Journal of Interpersonal Violence*, 2, 82-90.
- Arriaga, X. (2002). Joking violence among highly committed individuals. *Journal of Interpersonal Violence*, 17, 591-610.
- Arriaga, X. y Capezza, N.M. (2005). Targets of partner violence: The importante of understanding coping trajectories. *Journal of Interpersonal Violence*, 20(1), 89-99.
- Arriaga, X. y Foshee, V.A. (2004). Adolescent dating violence: Do adolescents follow in their friends', or their Parents', footsteps? *Journal of Interpersonal Violence*, 19, 162-184.
- Arruabarrena, M.I. y de Paúl, J. (1994). *Maltrato a los niños en la familia: Evaluación y tratamiento*, Madrid. Pirámide.
- Ashley, O.S. y Foshee, V.A. (2005). Adolescent help-seeking for dating violence: Prevalence, sociodemographic correlatos, and sources of help. *Journal of Adolescent Health*, 36(1), 25-31.
- Avery-Leaf, S. y Cascardi, M. (2004). Dating violence education: prevention and early intervention strategies. En P. Schewe (Eds.). *Preventing violence in relationships. Interventions across the life span*. Washington, DC: American Psychological Association.
- Avery-Leaf, S., Cascardi, M., O'Leary, K.D. y Cano, A. (1997). Efficacy of a dating violence prevention program on attitudes justifying aggression. *Journal of Adolescent Health*, 21(1), 11-17.
- Babcock, J.C., Waltz, J., Jacobson, N.S. y Gottman, J.M. (1993). Power and violence: the relation between communication patterns, power discrepancies, and domestic violence. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 61(1), 40-50.
- Bachman, R. y Saltzman, L.E. (1995). *Violence against women: estimates from the redesigned survey*. Washington, D.C: US Dept of Justice, Office of Justice Programs. Bureau of Justice Statistics Special Report NCJ-154348.
- Bandura, A. (1973). *Aggression: A Social Learning Analysis*. Englewood Cliffs, NJ: Prentice Hall.

- Bandura, A. (1977). *Social learning theory*. Englewood Cliffs, NJ: Prentice-Hall.
- Bandura, A. (1983). Psychological mechanisms of aggression. En R. G. Geen y E. I. Donnerstein (Eds.), *Aggression: Theoretical and empirical reviews* (Vol. 1, pp. 1-40). New.
- Banyard, V.L., Croos, C. y Modecki, K.L. (2006). Interpersonal violence in adolescent ecological correlates of self-reported perpetration. *Journal of Interpersonal Violence*, 21(10), 1314-1332.
- Barberá, E. (1998). Estereotipos de género: construcción de las imágenes de las mujeres y los varones. En J. Fernández (coord.). *Género y sociedad*. Madrid: Pirámide.
- Barling, J., O'Leary, K.D., Jouriles, E.N., Vivian, D. y MacEwen, K.E. (1987). Factor similarity of the Conflict Tactics Scales across samples. Spouses and sites: Issues and implications. *Journal of Family Violence*, 2, 37-53.
- Barnett, O.W., Fagan, R.W. y Booker, J.M. (1991). Hostility and stress as mediators of aggression in violent men. *Journal Family Violence*, 6, 217-241.
- Barnett, O.W., Martínez, T. Y Bleustein, B. (1995). Jealousy and anxious romantic attachment in maritally violent and nonviolent males. *Journal of Interpersonal Violence*, 11, 221-233.
- Barnett, O.W., Miller-Perrin, C.L. y Perrin, R. (1997). *Family violence across the lifespan*. Londres: Sage.
- Barragán, F. (2006). *Violencia, género y cambios sociales. Un programa educativo que sí promueve nuevas relaciones de género*. Aljibe.
- Barragán, F., De la Cruz, J.M., Doblas, J.J., Padrón, Mª.M., Navarro, A. y Álvarez, F. (2001). *Violencia de Género y currículo. Un programa para la mejora de las relaciones interpersonales y la resolución de conflictos*. Aljibe.
- Bartholomew, K. (1997). Adult attachment processes: individual and couples perspectives. *British Journal of Medical Psychology*, 70, 249-263.
- Barudy, J. (1998). *El dolor invisible de la infancia. Una lectura ecosistémica del maltrato infantil*. Paidós Terapia familiar.
- Baumann, B.D. (2006). Alcohol use and dating violence: A high-school prevention model. *Dissertation Abstracts International: Section B: The Sciences and Engineering*, 66(7-B), 3938.
- Baumeister, R. E. y Leary, M. R. (1995). The need to belong: Desire for interpersonal attachments as a fundamental human motivation. *Psychological Bulletin*, 117, 497-529.
- Beasley, R. y Stoltenberg, C.D. (1992). Personality characteristics of male spouse abusers. *Professional Psychology: Research and Practice*, 23, 310-317.
- Bell, J. y Stanley, N. (2006). Learning about domestic violence: Young people's responses to a healthy relationships programme. *Sex Education*, 6(3), 237-250.
- Bem, D.J., (1967). Self-perception: An alternative interpretation of cognitive dissonance phenomena. *Psychological Review*, 74, 183-200.
- Bennett, L. y Fineran, S. (1998). Sexual and severe physical violence among high school students: Power beliefs, gender, and relationship. *American Journal of Orthopsychiatry*, 68(4), 645-652.
- Berg, D.R. (1993). *The use of rape-specific empathy induction in rape education for college men: A theoretical and practical examination*. Unpublished master's thesis. University of Illinois, Urbana-Champaign.

- Bergman, L. (1992). Dating violence among high school students. *Social Work*, 37(1), 21-27.
- Berkowitz, L. (1996). *Agresión: causas, consecuencias y control*. Bilbao: Declée de Brouwer.
- Berkowitz, L. (1993). *Aggression: Its causes, consequences and control*. Philadelphia: Temple University Press.
- Berkowitz, L. (1981). The concept of aggression. En P. F. Brain y D. Benton (Eds.), *Multidisciplinary approaches to aggression research* (pp. 3-15). Amsterdam. New York. Oxford: Elsevier. North Holland.
- Berkel, L.A., Furlong, A.N., Hickman, A.A. y Blue, E.L. (2005). A qualitative examination of black college women's beliefs about abuse in relationships. *Professional Psychology: Research and Practice*, 36(3), 283-290.
- Bernard, J.L., Bernard, K. y Bernard, M.L. (1985). Courtship violence and sex-typing. *Family Relations*, 34, 573-576.
- Bernard, M.L. y Bernard, J.L. (1983). Violent intimacy: The family as a model for love relationships. *Family Relations*, 32, 283-286.
- Berns, N. (2000). Degendering the problem and gendering the blame. Political discourse on women and violence. *Gender and Society*, 15, 262-281.
- Berry, J.W. y Dasen, P.R. (1974). Introduction: History and method in the cross-cultural study of cognition. En J.W. Berry y P.R. Dasen (Eds.), *Culture and cognition: Readings in cross-cultural psychology*. Londres: Methuen.
- Berry, J.W., Pootinga, Y.H. y Pandey, J. (1997). *Handbook of Croos-Cultural Psychology* (2ª Ed.). Boston: Allyn And Bacon.
- Bethke, T.M. y DeJoy, D.M. (1993). An experimental study of factors influencing the acceptability of dating violence. *Journal of Interpersonal Violence*, 8(1), 36-51.
- Billingham, R.E. (1987). Courtship violence: The patterns of conflict resolution strategies across seven level of emotional commitment. *Family Relations*, 36, 283-289.
- Bilingham, R.E., Bland, R. y Leary, A. (1999). Dating violence at three time periods: 1976, 1992, and 1996. *Psychological Reports*, 85, 574-578.
- Billingham, R.E. y Gilbert, K. (1990). Parental divorce during childhood and use of violence in dating relationships. *Psychological Reports*, 66, 1003-1009.
- Billingham, R.E. y Sack, A.R. (1986). Courtship violence and the interactive status of the relationship. *Journal of Adolescent*, 1, 315-325.
- Billingham, R.E. y Notebaert, N.L. (1993). Divorce and dating violence revisited: Multivariate analyses using Straus's conflict tactics subscores. *Psychological Reports*, 73, 679-684.
- Black, B.M. y Weisz, A.N. (2003). Help-Seeking Behaviors of African American Middle Schoolers. *Violence Against Women*, 9(2), 187-206.
- Bonilla, A. (1998). Los roles de género. En J. Fernández (coord.). *Género y sociedad*. Madrid: Pirámide.
- Bookwala, J., Frieze, I. y Grote, N. (1994). Love, aggression, and satisfaction in dating relationships. *Journal of Social and Personal Relationships*, 11, 625-632.
- Bookwala, J., Frieze, I.H., Smith, C. y Ryan, K. (1992). Predictors od dating violence: a multivariate analysis. *Violence and Victims*, 7(4), 297-311.

- Borden, L.A., Karr, S.K., y Galdwell-Golbert, A.T. (1988). Effects of a university rape prevention program on attitudes and empathy toward rape. *Journal of College Student Development*, 29, 132-136.
- Bowlby, J. (1998). *El apego y la pérdida*. Barcelona: Paidós.
- Boyle, D. y Vivian, D. (1996). Generalized versus spouse-specific anger/hostility and men's violence against intimates. *Violence and Victims*, 11, 293-317.
- Bradburn, N.M. y Sudman, S. (1979). *Improving Interview Method and Questionnaire Design*. San Francisco: Jossey-Bass.
- Bradley, J.M. y Cafferty, T.P. (2001). Attachment among older adults: current issues and directions for future research. *Attachment and Human Development*, 3, 200-221.
- Brislin, R.W. (1970). Back-translation for cross-cultural research. *Journal of Cross-Cultural Psychology*, 1, 185-216.
- Brislin, R.W. (1980). Translation and content analysis of oral and written materials. En H.C. Triandis y J.W. Berry (Eds.), *Handbook of Cross-Cultural Psychology: Methodology* (Vol. 2). Boston: Allyn And Bacon.
- Brodelt, S. (1983). College dating and aggression. *College Student Journal*, 17, 283-286.
- Brown, L.K., Puster, K.L., Vazquez, E.A., Hunter, H.L. y Lescano, C.M. (2007). Screening practices for adolescent dating violence. *Journal of Interpersonal Violence*, 22(4), 456-464.
- Browne, A. (1987). *When battered women kill*. MacMillan/Free Press, New York.
- Browne, A. (1993). Violence against women by male partners: Prevalence, outcomes, and policy implications. *American Psychologist*, 48, 1077-1087.
- Brendgen, M., Vitaron, F., Tremblay, R.E. y Lavoie, F. (2001). Reactive and proactive aggression: predictions to physical violence in different contexts and moderating effects of parental monitoring and caregiving behavior. *Journal of Abnormal Child Psychology*, 29(4), 293-304.
- Brewer, D. D., Hawkins, J. D., Catalano, R.F. y Neckerman, H. J. (1995). Preventing serious, violent and chronic juvenile offending: A review of evaluations of select strategies in childhood, adolescence, and the community. En J. C. Howell, B. Krisberg, J. D. Hawkins, y J. J. Wilson (Eds.), *Sourcebook on serious, violent, and chronic juvenile offenders* (p. 61-141). Thousand Oaks, CA: Sage.
- Briere, J. (1987). Predicting self-reported likelihood of battering: Attitudes and childhood experiences. *Research in Personality*, 21, 61-69.
- Burke, L. (2002). Effects of a dating violence intervention on college students' knowledge, attitudes, and behavior intentions. *Dissertation Abstracts International: Section B: The Sciences and Engineering*, 62(7-B), 3417.
- Burke, P.J., Stets, J.E. y Pirog-Good, M.A. (1989). Gender identity, self-esteem, and physical and sexual abuse in dating relationships. En M.A. Pirog-Good y J.E. Stets (Eds.), *Violence in dating relationships* (pp.72-93). New York: Praeger.
- Burke, P.J., Stets, J.E., y Pirog-Good, M.A. (1988). Gender identity, self-esteem, and physical and sexual abuse in dating relationships. *Social Psychology Quarterly*, 51, 272-285.
- Burcky, W., Reuterman, N. y Kopsky, S. (1988). Dating violence among high school students. *School Counselor*, 35, 353-358.

- Burt, M.R. (1980). Cultural myths and support for rape. *Journal of Personality and Social Psychology*, 38, 217-230.
- Buss, A. y Perry, M. (1992). The aggression questionnaire. *Journal of Personality and Social Psychology*, 63, 452-459.
- Byrne, B. (1998). *Structural equation modeling with LISREL, PRELIS and SIMPLIS: Basic concepts, applications, and programming*. Mahwah, NJ: Erlbaum.
- Byers, E.S. y Eno, R.J. (1991). Predicting men's sexual coercion and aggression from attitudes, dating history, and sexual response. *Journal of Psychology and Human Sexuality*, 4, 55-70.
- Cáceres, J. (2007). Violencia doméstica: Lo que revela la investigación básica con parejas. *Papeles del Psicólogo*, 28(1), 57-62.
- Cáceres, J. y Escudero, V. (1998). *Relación de pareja en jóvenes y embarazos no deseados*. Pirámide.
- Campbell, D.T. y Stanley, J.C. (1966). *Experimental and quasi-experimental designs for research*. Chicago. Rand McNally.
- Cano, A., Avery-Leaf, S., Cascardi, M. y O'Leary, K.D. (1998). Dating violence in two high school samples: Discriminating variables. *The Journal of Primary Prevention*, 18, 431-446.
- Cantos, A., Neidig, P. y O'Leary, K. (1993). Men and women's attributions of blame for domestic violence. *Journal of Family Violence*, 8, 289-302.
- Cantos, A., Neidig, P. y O'Leary, K. (1994). Injuries of women and men in a treatment program for domestic violence. *Journal of Family Violence*, 9, 113-124.
- Capaldi, D.M. y Crosby, L. (1997). Observed and reported psychological and physical aggression in young, at-risk couples. *Social Development*, 6, 184-206.
- Capaldi, D.M., Dishion, T.J., Stoolmiller, M. y Yoerger, K. (2001). Aggression toward female partners by at-risk young men: The contribution of male adolescent friendships. *Developmental Psychology*, 37, 61-73.
- Carlson, B. (1987). Dating violence: A research review and comparison with spouse abuse. *Social Casework*, 68, 16-23.
- Carlson, B.E. (1990). Adolescent observers of marital violence. *Journal of Family Violence*, 5, 285-299.
- Carlson, B.E. (1996). Dating violence: Student beliefs about consequences. *Journal of Interpersonal Violence*, 11(1), 3-18.
- Carr, J.L. y VanDeusen K.M. (2002). The relationship between family of origin violence and dating violence in college men. *Journal of Interpersonal Violence*, 17(6), 630-646.
- Cascardi, M. y Vivian, D. (1995). Context for specific episodes of marital violence: Gender and severity of violence differences. *Journal of Family Violence*, 10, 265-293.
- Cascardi, M., Avery-Leaf, S. y O'Brien, M.K. (1998). *Dating violence among middle school students in an low income urban community*. Paper presented at the 727 grantee meeting. Center for Disease Control and Prevention, Atlanta, GA.
- Cascardi, M., Avery-Leaf, S.A., O'Leary, K.D. y Slep, A.M.S. (1999). Factor structure and convergent validity of the Conflict Tactics Scale in high school students. *Psychological Assessment*, 11, 546-555.

- Cascardi, M., Avery-Leaf, S., O'Leary, K.D. y Slep, A. (1997). *Can dating violence be prevented? Effect of a dating violence prevention program on attitudes and behavior*. Paper presented at the 5th biannual meeting of the International Family Violence Conference, Durham, NH.
- Cascardi, M., Langhinrichsen, P. y Vivian, D. (1992). Marital aggression, impact, injury and health correlates of domestic violence. *Archives of Internal Medicine*, 152, 1178-1184.
- Cate, R.M., Henton, J.M., Koval, J., Christopher, R.S. y Lloyd, S. (1982). Premarital abuse: A social psychological perspective. *Journal of Family Issues*, 3, 79-90.
- Caulfield, M.B. y Riggs, D.S. (1992). The assessment of dating aggression: Empirical evaluation of the Conflict Tactics Scale. *Journal of Interpersonal Violence*, 4, 549-558.
- Centers for Disease Control and Prevention. (2002). *Surveillance summaries*, June 28, 2002. Morbidity and Mortality Weekly Report, 51(No. SS-4).
- Chan, L.S., Kiple, M.D., Scheiner, A., Iverson, E., Warf, C., Limbos, M.A. y Schekele, P. (2004). Preventing Violence and Related Health-Risking Social Behaviours in Adolescents. *Agency for Healthcare Research and Quality*, 107.
- Charkow C. y Nelson N. (2000). Relationship dependency, Dating violence, and scripts of female college students. *Journal of College Counseling*, 3(1), 12-17.
- Chase, K.A., Treboux, D. y O'Leary, K.D. (2002). Characteristics of high-risk adolescents' dating violence. *Journal of Interpersonal Violence*, 17(1), 33-49.
- Chase, K.A., Treboux, D., O'Leary, K.D. y Strassberg, Z. (1998). Specificity of dating aggression and its justification among high-risk adolescents. *Journal of Abnormal Child Psychology*, 26(6), 467-473.
- Check, J. y Malamuth, N.M. Sex role stereotyping and reactions to depictions of stranger versus acquaintance rape. *Pers. Soc. Psychol.* 45, 344-356.
- Choice, P. y Lamke, L.K. (1997). A conceptual approach to understanding abused women's stay/leave decisions. *Journal of Family Issues*, 18(3), 290-314.
- Choquet, M., Darves-Bornoz, J.M. y Ledoux, S. (1997). Self-reported health and behavioral problems among adolescent victims of rape in France: results of a cross-sectional survey. *Child Abuse Neglect*, 21(9), 823-832.
- Chung, D. (2005). Violence control, romance and gender equality: Young women and heterosexual relationships. *Women's Studies International Forum*, 28(6), 445-455.
- CIS (2004). *Barómetro de marzo*. Estudio nº 2.258. Marzo 2004. Madrid: Centro de Investigación Sociológicas.
- Clark, M., Beckett, J., Wells, M. y Dungee-Anderson, D. (1994). Courtship violence among African-American college students. *Journal of Black Psychology*, 20, 264-281.
- Clements, C., Ogle, R. y Sabourin, C. (2005). Perceived control and emotional status in abusive college student relationships : An exploration of gender differences. *Journal of Interpersonal Violence*, 20(9), 1058-1077.
- Collin-Vézina, D., Hébert, M., Manseau, H., Blais, M. y Fernet, M. (2006). Self-concept and dating violence in 220 adolescent girls in the child protective system. *Child And Youth Care Forum*, 35(4), 319-326.
- Collins, W.A. y Steinberg, L. (2006). Adolescent development in interpersonal context. En N. Eisenberg (Eds.), *Social, emotional, and personality development* (pp. 1003-1068). Handbook of Child Psychology. (W. Damon y R. Lerner). Nueva York: Wiley.

- Close, S.M. (2005). Dating violence prevention in middle school and high school youth. *Journal of Child and Adolescent Psychiatric Nursing*, 18(1), 2-9.
- Coffey, P., Leitenberg, H., Henning, K., Bennett, R. y Jankowski, M. (1996). Dating violence: The association between methods of coping and women's psychological adjustment. *Violence and Victims*, 11, 227-238.
- Coker, A.L., McKeown, R.E., Sanderson, M., Davis, K.E., Valois, R.F. y Huebner, E.S. (2000). Severe dating violence and quality of life among South Carolina high school students. *American Journal of Preventive Medicine*, 19(4), 220-227.
- Conger, R.D., Cui, M., Bryant, C.M. y Elder, G.H. (2000). Competence in early adult romantic relationships: A developmental perspective on family influences. *Journal of Personality and Social Psychology*, 79, 224-237.
- Connolly, J., Furman, W. y Konarski, R. (2000). The role of peers in the emergence of heterosexual romantic relationships in adolescence. *Child Development*, 71, 1395-1408.
- Connolly, J. y Goldberg, A. (1999). Romantic relationships in adolescence: The role of friends and peers in their emergence and development. En W. Furman, B. Brown y C. Feiring (Eds.), *The development of romantic relationships in adolescence* (pp. 266-290). New York: Cambridge University Press.
- Connolly, J., Pepler, D., Craig, W. y Taradash, A. (2000). Dating experiences of bullies in early adolescence. *Child Maltreatment*, 5, 299-310.
- Consejo de Europa (2002). Domestic violence (Asamblea Parlamentaria). Doc. 9525.
- Corsi (1999). *Una mirada abarcativa sobre el problema de la violencia familiar. Violencia familiar. Una mirada interdisciplinaria sobre un grave problema social*. Paidós, México D.F.
- Corsi, J. (1994). *Violencia familiar. Una mirada interdisciplinaria sobre un grave problema social*. Buenos Aires: Paidós.
- Corsi, J. (1995). *Violencia masculina en la pareja. Una aproximación al diagnóstico y a los modelos de intervención*. Buenos Aires: Paidós.
- Corsi, J., Dohmen, M., Sotés, M. y Bonino, L. (1995). *Violencia masculina en la pareja*. Buenos Aires: Paidós.
- Corsi, J. y Ferreira, G. (1998). *Manual de capacitación y recursos para la prevención de la violencia familiar*. Buenos Aires: Asociación Argentina de Prevención de la Violencia Familiar.
- Corral, S. y Calvete, E. (2006). Evaluación de la violencia en las relaciones de pareja mediante las escalas de tácticas para conflictos: estructura factorial y diferencias de género en jóvenes. *Psicología Conductual*, 14(2), 215-233.
- Costa, M. y Morales, J.M. (1998). ¿Por qué hay niños que cuando jóvenes llegan a comportarse violentamente? Claves para comprender el desarrollo de la violencia. *Anuario de Psicología Jurídica*, 163-179.
- Cousineau, M.M. y Rondeau, R. (2004). Toward a transnational and Crosscultural Analysis of family violence. *Violence Against Women*, 10(8), 935-949.
- Craver, R.S. (2000). Dating violence and its relation to identity, self-esteem, and silencing the self among college women. *Dissertation Abstracts International Section A: Humanities and Social Sciences*, 60(7-A), 2707.

- Crockenberg, S. y Langrock, A. (2001). The role of emotion and emotional regulation in children's responses to interparental conflict. En J. Grych y F. Fincham (Eds.), *Interparental conflict and child development: Theory, research, and application* (pp. 129-156). Cambridge, England: Cambridge University Press.
- Cross, S.E. y Madson, L. (1997). Models of the self: Self-construals and gender. *Psychological Bulletin*, 122, 5-37.
- Currie, D. H. (1998). Violent men or violent women? Whose definition counts? En R.K. Bergen (Eds.), *Issues in intimate violence* (pp. 97-111). London: Sage Ltd.
- Cyr, M., McDuff, P. y Wright, J. (2006). Prevalence and predictors of dating violence among adolescent female victims of child sexual abuse. *Journal of Interpersonal Violence*, 21(8), 1000-1017.
- Dasgupta, S.D. (1999). Just like men: A critical view of violence by women. En M.E. Shepard and E.L. Pence (Eds.), *Coordinating community responses to domestic violence* (pp. 195-222). Thousand Oaks, CA: Sage.
- Davies, P.T. y Lindsay, L.L. (2001). Does gender moderate the effects of marital conflict on children? En J. Grych y F. Fincham (Eds.), *Interparental conflict and child development: Theory, research, and application* (pp. 129-156). Cambridge, England: Cambridge University Press.
- Deal, J.E. y Wampler, K.S. (1986). Dating violence: The primacy of previous experiences. *Journal of Social and Personal Relationships*, 3, 457-471.
- DeGregoria, B. (1987). Sex role attitude and perception of psychological abuse. *Sex Roles*, 16, 227-235.
- DeKeseredy, W.S. y Schwartz, M.D. (1998). Male peer support and women abuse in postsecondary school courtship: Suggestions for new directions in sociological research. En R.K. Bergen (Eds.), *Issues in intimate violence* (pp. 83-96). Thousand Oaks, CA: Sage.
- DeMaris, A. (1987). The efficacy of a spouse abuse model in accounting for courtship violence. *Journal of Family Issues*, 8, 291-305.
- DeMaris, A. (1990). The dynamics of generational transfer in courtship violence: A biracial exploration. *Journal of Marriage and the Family*, 52, 219-231.
- DeMaris, A. (1992). Male versus male initiation aggression: The case of courtship violence. En E.C. Viano (Eds.), *Intimate violence: Interdisciplinary perspective* (pp. 111-120). Washington, DC: Hemisphere.
- De la Fuente, Y.M^a. y Ríos, P. (2006). *Violencia Social: Mujeres y jóvenes*. Universidad de Jaén.
- De Torres, P. y Espada, F.J. (1996). *Violencia en casa*. Madrid: Aguilar.
- Desai, S. y Saltzman, L.E. (2002). Measurement issues for violence against women. En C.M. Renzetti, J.L. Edleson y R.K. Bergen (dirs.), *Sourcebook on violence against women* (pp. 35-52). Thousand Oaks, CA: Sage.
- Díaz-Aguado, M.J. (2003). Adolescencia, sexismo y violencia de género. *Papeles del Psicólogo*, 84, 35-44.
- Díaz-Aguado, M.J. (2002). *Prevenir la violencia contra las mujeres construyendo la igualdad (Programa para Educación Secundaria)*. Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales: Madrid.
- Díaz-Aguado, M.J. y Martínez Arias, R. (2001). *La construcción de la igualdad y la prevención de la violencia contra la mujer desde la educación secundaria*. Instituto de la Mujer: Madrid.

- Díaz-Aguado, M. J. y Martínez Arias, R. (2002). *Guía de Buenas Prácticas para paliar los efectos de la violencia contra las mujeres y conseguir su erradicación*. Instituto de la mujer. Madrid: Presidencia de la Unión Europea.
- DiClemente, R.J., Wingood, G.M., Crosby, R.A., Sionean, C., Brown, L., Rothbaum, B., Zimand, E., Cobb, B.K., Harrington, K. y Davies, S. (2001). A Prospective study of psychological distress and sexual risk behavior among black adolescent females. *Pediatrics*, 108(5), 1197-1198
- Dion, K.K. y Dion, K.L. (1993). Individualistic and collectivistic perspectives on gender and the cultural context of love and intimacy. *Journal of Social Issues*, 49, 53-69.
- Dobash, R.E. y Dobash, R.P. (1979). *Violence against wives: A case against patriarchy*. New York: Free Press.
- Dobash, R.P., Dobash, R.E. Cavanagh, K. y Lewis, R. (1998). Separate and intersecting realities: A comparison of men's and women's accounts of violence against women. *Violence Against Women*, 4, 382-414.
- Dobash, R.P., Dobash, R.E., Wilson, M. y Daly, M. (1992). The myth of sexual symmetry in marital aggression. *Social Problems*, 39, 71-91.
- Dodge, K.A., Coie, J.D., Pettit, G.S. y Price, J.M. (1990). Peer status and aggression in boys' groups: Developmental and contextual analyses. *Child Development*, 61, 1289-1309.
- Dodge, K.A., Bates, J.E. y Pettit, G.S. (1990). Mechanisms in the cycle of violence. *Science*, 25, 1678-1683.
- Downey, G., Freitas, A., Michaelis, B. y Khouri, H. (1998). The self-fulfilling prophecy in close relationships: Rejection sensitivity and rejection by romantic partners. *Journal of Personality and Social Psychology*, 75, 545-560.
- Downey, G., Feldman, S. y Ayduk, O. (2000). Rejection sensitivity and male violence in romantic relationships. *Personal Relation*, 7, 45-61.
- Dunham, K. y Senn, C.Y. (2000). Minimizing negative experiences: Women's disclosure of partner abuse. *Journal of Interpersonal Violence*, 15, 251-261.
- DuRant, R., Champion, H., Wolfson, M., Omli, M., McCoy, T., D'Agostino, R.B., Wagoner, K. y Mitra, A. (2007). Date fighting experiences among collage students: Are they associated with other health-risk behaviors? *Journal of American College Health*, 55(5), 291-296.
- DuRant, R.H., Altman, D. y Wolfson, M. (2000). Exposure to violence and victimization, depression, substance use, and the use of violence by young adolescents. *Journal Pediatrics*, 137, 707-713.
- DuRant, R.H., Cadenhead, C., Pedergrast, R.A., Slavens, G y Linder, C.W. (1994). Factors associated with the use of violence among urban Black Adolescents. *American Journal of Public Health*, 84, 612-617.
- Dutton, D.G. (1992). *Empowering and healing the battered woman*. Nueva York: Springer.
- Dutton, D.G. (1988). *The domestic assault of women*. Boston, MA: Allyn And Bacon.
- Dutton, D.G. (1994). The origin and strucure of the abusive personality. *Journal of Personality Disorders*, 8(3), 181-191.
- Dutton, D.G. y Golant, S.K. (1995). *El Golpeador. Un perfil psicológico*. Buenos Aires: Paidós.
- Dutton, D.G., Starzomski, A. y Ryan, L. (1996). Antecedents of abusive personality and abusive behavior in wife assaulters. *Journal of Family Violence*, 11, 113-132.

- Dutton, M., Holtzworth-Munroe, A., Jouriles, E., McDonald, R., Krisnan, S., McFarlane, J. y Sullivan, C. (2003). *Recruitment and retention in Intimate Partner Violence Research*. (NCJ- 201943).
- Dye, M.L. y Eckhardt, C.I. (2000). Anger, irrational beliefs and dysfunctional attitudes in violent dating relationships. *Violence and Victims*, 15(3), 337-350.
- Eagly, A.H. y Steffen, V.J. (1986). Gender and aggressive behavior: A meta-analytic review of the social psychological literature. *Psychological Bulletin*, 100, 309-330.
- Earls, F., Cairns, R.B. y Mercy, J.A. (1993). The control of violence and the promotion of nonviolence in adolescents. En S.G. Millstein, A.G. Peterson y E.O. Nightingale (Eds.), *Promoting the health of adolescents: Nexa directions for the 21 st century* (pp. 285-304). New York: Oxford University Press.
- Eaton, D.K., Davis, K.S. Barrios, L., Brener, N.D. Noonan, R.K. (2007). Associations of dating violence victimization with lifetime participation, co-occurrence, and early initiation of risk behaviors among U.S. high school students. *Journal of Interpersonal Violence*, 22(5), 585-602.
- Echeburúa, E. y Corral, P. (1998). *Manual de violencia familiar*: Madrid. Siglo XXI de España Editores.
- Echeburúa, E. y Fernández-Montalvo, J. (1999). La patología de los celos: Análisis descriptivo y propuestas terapéuticas. *Análisis y Modificación de Conducta*, 25(99), 5-25.
- Eckhardt, C.I., Barbour, K.A. y Stuart, G.L. (1997). Anger and hostility in maritally violent men: Conceptual distinctions, measurement issues, and literature review. *Clinical Psychologies Review*, 17, 333-358.
- Eckhardt, C.I. y Dye, M.L. (2000). The cognitive characteristics of maritally violent men: Theory and evidence. *Cognitive Therapy and Research*, 24(2), 139-158.
- Eckhardt, C.I. y Jamison, T.R. (2002). Articulated thoughts of male dating violence perpetrators during anger arousal. *Cognitive Therapy and Research*, 26(3), 289-308.
- Edleson, J.L. (2000). *Primary prevention and adult domestic violence*. Meeting of the Collaborative Violence Prevention Initiative, San Francisco, US.
- Ehrensaft, M.K., Cohen, P., Brown, J., Smailes, E., Chen, H. y Johnson, J.G. (2003). Intergenerational transmission of partner violence. A 20-year prospective study. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 71, 741-753.
- Eisikovits, Z., Goldblatt, H. y Winstok, Z. (1999). Partner accounts of intimate violence: Towards a theoretical model. *Families in Society*, 80, 606-619.
- Eisikovits, Z.C., Guttman, E., Sela-Amit, M. y Edleson, J.L. (1993). Woman battering in Israel: The relative contributions of interpersonal factors. *American Journal of Orthopsychiatry*, 63, 313-317.
- Eisikovits, Z., Winstok, Z. y Fishman, G. (2004). The first Israeli national survey on Domestic violence. *Violence Against Women*, 10(7), 729-748.
- Ellis, A.L., O'Sullivan, G.S. y Sowards, B.A. (1992). The impact of contemplated exposure to a survivor of rape on attitudes toward rape. *Journal of Applied Social Psychology*, 22, 889-895.
- Erikson, E.H. (1963). *Childhood and society*. New York: Norton.
- Erwin, P. (1998). *Friendship in childhood and adolescence*. London: Routledge.

- Escartí, A., Musitu, G., y Gracia, E. (1988). Estereotipos sexuales y roles sociales. En J. Fernández (coord.), *Nuevas perspectivas en el desarrollo del sexo y el género* (pp. 205-222). Madrid: Pirámide.
- Eurobarómetro (1999). *La opinión de los europeos sobre la violencia doméstica donde las víctimas son las mujeres*. Informe de la Comisión Europea.
- Fay, K.E. y Medway, F.J. (2006). An Acquaintance rape education program for students transitioning to high school. *Sex Education*, 6(3), 223-236.
- Feld, S.L. y Straus, M.A. (1989). Escalation and desistance of wife assault in marriage. *Criminology*, 27, 141-161.
- Felson, R.B. y Messmer, S.F. (2000). The control motive in intimate partner violence. *Social Psychology Quarterly*, 63(1), 86-94.
- Fernández, A.A. y Fuertes, A. (2005). Violencia sexual en las relaciones de pareja de los jóvenes. *Sexología Integral*, 2(3), 126-132.
- Fernández, A.A., Fuertes, A. y Fernández, R. (2006). La evaluación de la violencia en las relaciones de pareja adolescentes. Validación del Conflict in Adolescent Dating Relationships Inventory (CADRI) versión española. *Internacional Journal of Clinical and Health Psychology* (En prensa).
- Fernández-Montalvo, J. y Echeburúa, E. (1997). Variables psicopatológicas y distorsiones cognitivas de los maltratadores en el hogar: un estudio descriptivo. *Análisis y Modificación de Conducta*, 23, 151-180.
- Ferrer, V.A. y Bosch, E. (2005). Introduciendo la perspectiva de género en la investigación psicológica sobre la violencia de género. *Anales de Psicología*, 21, 1-10.
- Festinger, L. (1957). *A theory of cognitive dissonance*. Stanford, CA: Stanford University Press.
- Fiebert, M.S. y González, D.M. (1997). College women who initiate assaults on their male partners and the reasons offered for such behavior. *Psychological Reports*, 80, 583-590.
- Field, C.A., Caetano, R. y Nelson, S. (2004). Alcohol and violence related cognitive risk factors associated with the perpetration of intimate partner violence. *Journal of Family Violence*, 19(4), 249-253.
- Fierro, A. (1982). Deseabilidad social y aquiescencia en la Escala de Ansiedad Manifiesta. *Análisis y Modificación de Conducta*, 8(17), 93-127.
- Fishbein, M. y Ajzen, I. (1975). *Belief, attitude, intention, and behavior: An introduction to theory and research*. Reading, MA: Addison-Wesley.
- Fisher, J.D. y Fisher, W.A. (1992). Changing AIDS risk behavior. *Psychological Bulletin*, 111, 455-474.
- Fitzpatrick, M.K., Salgado, D.M., Suvak, M.K., King, L.A. y King, D.W. (2004). Associations of gender and gender-role ideology with behavioral and attitudinal features of intimate partner aggression. *Psychology of men and masculinity*, 5(2), 91-102.
- Flannery, D.J., Singer, M.I. y Wester, K. (2001). Violence exposure, psychological trauma, and suicide risk in a community sample of dangerously violent adolescents. *J. Am. Acad. Child Adolescents Psychiatry*, 40(4), 435-442.
- Flay, B.R., Hu, F.B. y Richardson, J. (1998). Psychological predictors of different stages of cigarette smoking high school students. *Prevention Medicine*, 27, A9-A18.
- Flynn, C.P. (1990a). Sex roles and women's response to courthip violence. *Journal of Family Violence*, 5, 83-94.

- Flynn, C.P. (1990b). Relationship violence by women: Issues and implications. *Family Relations*, 36, 295-299.
- Follete, V. (1992). The effect of violence in the family of origin on problem-solving strategies in dating couples. *Behavioral Assessment*, 14, 1-3.
- Follette, V. y Alexander, P. (1992). Dating violence: Current and historical correlates. *Behavioral Assessment*, 14, 39-52.
- Follingstad, D.R., Bradley, R.G., Helff, C.M. y Laughlin, J.E. (2002). A model for predicting dating violence: Anxious attachment, angry temperament, and need for relationship control. *Violence and Victims*, 17(1), 35-47.
- Follingstad, D.R., Bradley, R.G., Laughlin, J.E. y Burke, L. (1999). Risk factors and correlates of dating violence: the relevance of examining frequency and severity levels in a college sample. *Violence and Victims*, 14(4), 365-80.
- Follingstad, D.R., Rutledge, L.L., McNeill-Hawkins, K. y Polek, D.S. (1988). Factors related to physical violence in dating relationships. *Journal of Family Violence*, 3, 169-182.
- Follingstad, D.R., Rutledge, L.L., McNeill-Hawkins, K. y Polek, D.S. (1992). Factors related to physical violence in dating relationships. En E.C. Viano (Eds.), *Intimate violence: Interdisciplinary perspectives* (pp. 121-135). Washington, DC: Hemisphere.
- Follingstad, D. R., Rutledge, L. L., Berg, B.J., Hause, E. S., y Polek, D. S.(1990). *The role of emotional abuse in physically abusive relationships*. *Journal of Family Violence*, 5, 107-120.
- Follingstad, D.R., Wright, S., Lloyd, S. y Sebastian, J.A. (1991). Sex differences in motivations and effects in dating violence. *Family Relations: Interdisciplinary Journal of Applied Family Studies*, 40(1), 51-57.
- Follingstad, D.R., Wright, S. y Sebastian, J.A. (1991). Sex differences in motivations and effects in dating violence. *Family Relations*, 40, 51-57.
- Fonow, M.M., Richardson, L. y Wemmerus, V.A. (1992). Feminist rape education: Does it work? *Gender and Society*, 6, 108-121.
- Fontanil, Y., Ezama, E. y Fernández, R. (2002). *Tipología del maltrato emocional desde el punto de vista de las cualificaciones relacionales*. Actas del XIII Congreso Nacional de Terapia Familiar. Salamanca: en prensa.
- Fontanil, Y., Ezama, E., Fernández, R., Gil, P., Herrero, F.J. y Paz, D. (2005). Prevalencia del maltrato de pareja contra las mujeres. *Psicothema*, 17(1), 90-95.
- Foo, L. y Margolin, G. (1995). A multivariate investigation of dating aggression. *Journal of Family Violence*, 10, 351-377.
- Forbes, G.B., Adams-Curtis, L.E., Pakalka, A.H. y White, K.B. (2006). Dating aggression, sexual coercion and aggression supporting attitudes among college men as a function of participation in aggressive high school sports. *Violence Against Women*, 12(5), 441-455.
- Foshee, V.A. (1996). Gender differences in adolescent dating abuse prevalence, types and injuries. *Health Education Research*, 11, 275-286.
- Foshee, V.A. y Bauman, K.E. (1992). Gender stereotyping and adolescent sexual behavior: a test of temporal order. *Journal of Applied Social Psychology*, 22, 1561-1579.

- Foshee, V.A., Bauman, K.E., Arriaga, X.B., Helms, R.W., Kach, G. y Linder, G.E. (1998). An evaluation of Safe Dates, an adolescent violence prevention program. *American Journal of Public Health*, 88(1), 45-50.
- Foshee, V.A., Bauman, K.E., Greene, W., Koch, G.G., Linder, G. y MacDougall, J. (2000). The Safe Dates program: 1 year follow up results. *American Journal of Public Health*, 90(10), 1619-1622.
- Foshee, V.A., Bauman, K.E., Ennett, S.T., Linder, G.F., Benefield, T.S. y Suchindran, C. (2004). Assessing the long-term effects of the safe dates program and a booster in preventing and reducing adolescent dating violence victimization and perpetration. *American Journal of Public Health*, 94(4), 619-624.
- Foshee, V.A., Benefield, T.S., Ennett, S.T., Bauman, K.E. y Suchindran, C. (2004). Longitudinal predictors of serious physical and sexual dating violence victimization during adolescence. *Preventive Medicine*, 39, 1007-1016.
- Foshee, V.A., Ennett, S.T., Bauman, K.E., Benefield, T.S. y Suchindran, C. (2005). The association between family violence and adolescent dating violence onset: Does it vary by race, socioeconomic status, and family structure? *Journal of Early Adolescence*, 25(3), 317-344.
- Foshee, V.A. y Langwick, S. (2004). *Safe Dates: an adolescent dating abuse prevention curriculum*. Center City, M.N: Hazelden Publishing and Educational Services.
- Foshee, V.A., Linder, G.F., Bauman, K.E., Langwick, S., Arriaga, X.B., Heath, J., McMahon, P. y Bangdiwala, S. (1996). The safe dates project: Theoretical basis, evaluation design, and selected baseline findings. *American Journal of Preventive Medicine*, 12(5, Suppl), 39-47.
- Foshee, V.A., Linder, F., MacDougall, J. y Bangdiwala, S. (2001). Gender Differences in the Longitudinal Predictors of Adolescent Dating Violence. *Preventive Medicine*, 32(128), 128-141.
- Franchina, J.J., Eisler, R.M. y Moore, T.M. (2001). Masculine gender role stress and intimate abuse: Effects of masculine gender relevance of dating situations and female trauma on men's attributions and affective responses. *Psychology of Men and Masculinity*, 2, 34-41.
- Freedner, N., Freed, L.H., Yang, W. y Austin, B. (2002). Dating violence among gay, lesbian, and bisexual adolescents: Results from a community survey. *Journal Adolescent Health*, 31(6), 469-474.
- Frazier, P., Valtinson, G. y Candel, S. (1995). Evaluation of a coeducational interactive rape prevention program. *Journal of Counseling and Development*, 73, 153-158.
- Frederick, A.A. y Susan, G. (2005). Dating violence in college women: Associated Physical injury, Healthcare usage, and Mental health symptoms. *Nursing Research*, 54(4), 235-242.
- Frijda, N. y Jahoda, G. (1966). On the scope and methods of cross-cultural research. *International Journal of Psychology*, 1, 109-127.
- Fritz, P.A. y O'Leary, K.D. (2004). Physical and Psychological partner aggression across a decade: a growth curve analysis. *Violence and victims*, 19(1), 3-16.
- Fritzpatrick, M.K., Salgado, D.M., Suvak, M.K., King, L.A. y King, D.W. (2004). Associations of gender and gender-role ideology with behavioural and attitudinal features of intimate partner aggression. *Psychology of Men and Masculinity*, 5(2), 91-102.
- Furman, W. (2002). The emerging field of adolescent romantic relationships. *Current Directions in Psychological Science*, 11, 177-180.
- Furman, W., Feiring, C. y Brown, B.B. (1999). Love is a many splendored thing: Next steps for theory and research. En W. Furman, B.B. Brown y C. Feiring (Eds.), *The development of romantic relationships in adolescence* (pp. 1-16). Londres: Cambridge University Press.

- Furman, W. y Flanagan, A. (1997a). The influence of earlier relationships on marriage: An attachment perspective. En H.J. Markman (Eds.), *Clinical handbook of marriage and couples interventions*. Chichester: Wiley.
- Furman, W. y Flanagan, A. (1997b). The influence of earlier relationships on marriage: An attachment perspective. En W.K. y H.J. Markman (Eds.), *Clinical handbook of marriage and couples interventions*. Chichester: Wiley.
- Furman, W. y Shaffer, L. (2003). The role of romantic relationships in adolescence. En P. Florsheim (Ed.), *Adolescent romantic relations and sexual behavior: Theory, research, and practical implications* (pp. 3-22). Nueva York: Lawrence Erlbaum Associates.
- Furman, W., Simon, V.A., Shaffer, L. y Bouchev, H.A. (2002). Adolescents' working models and styles for relationships with parents, friends, and romantic partners. *Child Development*, 73, 241-255.
- Furman, W. y Wehner, E.A. (1997). Adolescent romantic relationships: A developmental perspective. En S. Shulman y W.A. Collins (Eds.), *New directions for child development: Adolescent romantic relationships* (pp. 21-36). San Francisco: Jossey-Bass.
- Gaertner, L. y Foshee, V. (1990). Commitment and the perpetration of relationship violence. *Personal Relationships*, 6, 227-239.
- Gagné, M.H., Lavoie, F. y Hébert, M. (2005). Victimization during childhood and revictimization in dating relationships in adolescent girls. *Child Abuse and Neglect*, 29(10), 1155-1172.
- Gamache, D. y Snapp, S. (1995). Teach your children well: Elementary schools and violence prevention. En E. Peled, P.J. Jaffe y J. Edleson, (Eds.), *Ending the cycle of violence: Community responses to children of battered women* (pp. 209-231). Thousand Oaks, CA: Sage.
- Garbarino, J., Schellenbach, C.J. y Sebes, J. (1986). *Troubled youth, troubled families*. New Cork: Aldine de Gruyter.
- García-Moreno, C. (2001). *Dando prioridad a las mujeres, Recomendaciones éticas y de seguridad para la investigación sobre la violencia doméstica contra las mujeres*. Ginebra: Departamento Género y Salud de la Mujer, Grupo Salud Familiar y de la Comunidad. OMS.
- Gelles, R. J. (1972). *The violent home: A study of physical aggression between husbands and wives*. Beverly Hills, CA: Sage.
- Gelles, R.J. y Edfeldt, A.W. (1986). Violence towards children in the United Status and Sweden. *Child Abuse and Neglect*, 10, 501-510.
- Gidycz, C.A., Hanson, K.L. y Layman, M.J. (1995). A prostective análisis of the relationships among sexual assault experiences: an extensión of previous findings. *Psychology of Women Quarterly*, 19, 5-29.
- Gidycz, C.A., Warkentin, J.B. y Orchowski, L.M. (2007). Predictors of perpetration of verbal, pshysical, and sexual violence: A prospective analysis of college men. *Psychology of Men & Masculinity*, 8(2), 79-94.
- Gilbert, B., Heesacker, M. y Gannon, L. (1991). Changing the sexual aggression supportive attitudes of men: A psychoeducation approach. *Journal of Counselin Psychology*, 38, 197-203.
- González, R. (2003). La dinámica de la violencia en las parejas jóvenes. *Documentación Social*, 131, 231-243.
- González, R. y Santana, J.D. (2001a). La violencia en parejas jóvenes. *Psicothema*, 13(1), 127-131.

- González, R. y Santana, J.D. (2001b). *Violencia en parejas jóvenes. Análisis y prevención*. Psicología Pirámide.
- Goodrich, T., Rampage, C., Ellman, B. y Halstead, K. (1989). *Terapia familiar feminista*. Barcelona: Paidós.
- Gordon, M. (2000). Definitional sigues in violence against women. *Violence Against Women*, 7(6), 747-783.
- Gormley, B. (2005). An adult attachment theorical perspective of gender symmetry in intimate partnen violence. *Sex Roles*, 52, 785-795.
- Gortner, E.T., Gollan, J.K. y Jacobson, N.S. (1997). Psychological aspects of perpetrators of domestic violence and their relationships with the victims. *Psychiatric Clinics of North America*, 20, 337-352.
- Gottman, J., Jacobson, N.S., Rushe, R., Short, J. y Babcock, J. (1995). The relationship between heart rate reactivity emotionally aggressive be-havior and general violence in batterers. *Journal of Family Psychology*, 9(3), 227-248.
- Gottman, J.M. y Levenson, R.W. (1986). Assessing the role of emotion in marriage. *Behavioral Assessment*, 8, 31-48.
- Gottman, J.M. y Levenson, R.W. (1999). How stable is marital interaction over time? *Family Process*, 38(2), 159-165.
- Gracia, E., Herrero, J. Y Musitu, G. (2002). *Evaluación de los recursos y estresares en la intervención social*. Madrid: Síntesis.
- Graffunder, C.M. Nooman, R.K., Cox, P. y Wheaton, J. (2004). Preventing violence against women: An update from the US Centers for Disease Control and Prevention. *Journal of Women Health*, 13(1), 5-14.
- Grand, H. y Vergara, A.I. (2003). Cuestiones metodológicas en la investigación transcultural. *Boletín de Psicología*, 77, 71-107.
- Grasley, C. (2002). Abuse in teen dating: A multi-factorial analysis of the association between child maltreatment and abuse in subsequent intimate relationships. *Dissertation Abstracts International Section-B: The Sciences and Engineering*, 63(4-B), 2056.
- Gray, H. y Foshee, V. (1997). Adolescent dating violence: Differences between one-sided versus mutually violent profiles. *Journal of Interpersonal Violence*, 12, 126-141.
- Grogan, G. (1991). Anger management: A perspective for occupational therapy. *Occupat. Ther. Mental Health*, 11, 135-171.
- Guite, J.A. (2001). Adolescent battering relationships: A qualitive study of the female's experience. *Dissertation Abstracts International Section-B: The Sciences and Engineering*, 62(3-B), 1577.
- Gwartney-Gibbs, P.A., Stockard, J. y Bohmer, S. (1987). Learning courtship aggression: the influence of parents, peers, and personal experiences. *Family Relations*, 36(3), 276-82.
- Halpern, C.T., Oslak, S.G., Young, M.L., Martin, S.L. y Kupper, L.L. (2001). Partner violence among adolescents in opposite-sex romantic relationships: findings from the national longitudinal study of adolescent health. *American Journal Public Health*, 91, 1679-1685.
- Hamberger, L.K., Lohr, J.M., Bonge, D. y Tonlin, D.F. (1996). A large sample empirical typology of male spouse abusers and its relationship to dimensions of abuse. *Violence and Victims*, 11, 277-292.

- Hamberger, L.K., Lohr, J.M., Bonge, D. y Tonlin, D.F. (1997). An empirical classification of motivations for domestic violence. *Violence Against Women*, 3(4), 401-423.
- Hamby, S. (1998). Partner violence: prevention and intervention. En J. Jasinsky y L. Williams (Eds.). *Partner violence: A comprehensive review of 20 years of research*. Thousand Oaks: Sage.
- Hammond, W.R. y Yung, B.R. (1991). Preventing violence in at-risk African-American youth. *Journal of Health Care for poor Underserved*, 2, 359-373.
- Hampton, R.L., Gelles, R.J. y Harrop, J.W. (1989). Is violence in black families increasing ? A comparison of 1975 and 1985 national survey rates. *Journal of Marriage and the Family*, 51, 969-980.
- Hanley, M.J. y O'Neill, P. (1997). Violence and commitment: A study of dating couples. *Journal of Interpersonal Violence*, 12, 685-703.
- Hanson, K.A. y Gidycz, G.A. (1993). Evaluation of a sexual assault prevention program. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 61, 1046-1052.
- Hanson, R.F. (2002). Adolescent dating violence: prevalence and psychological outcomes. *Child Abuse and Neglect*, 26(5), 449-53.
- Harner, H. (2003). *Sexual violence and adolescents*. <http://www.vaw.umn.edu>.
- Harned, K. (2002). A multivariate analysis of risk markers for dating violence victimization. *Journal of Interpersonal Violence*, 17, 1179-1197.
- Harned, M.S. (2001). Abused women or abused men? An examination of the context and outcomes of dating violence. *Violence and Victims*, 16(3), 269-85.
- Harnishfeger, B.R. (1998). The relationship of gender role conflict to male college students' receipt and use of violence in heterosexual dating relationships. *Dissertation Abstracts International: Section B: The Sciences and Engineering*, 59(6-B), 3108.
- Harper, F., Austin, A.G., Cercone, J. y Arias, L.L. (2005). The role of shame, anger and affect regulation in men's perpetration of psychological abuse in dating relationships. *Journal of Interpersonal Violence*, 20(12), 1648-1662.
- Harris, M.B. (1995). Ethnicity, gender, and evaluations of aggression. *Aggression Behavior*, 21, 354-357.
- Harris, M.B. y Cook, C.A. (1994). Attributions about spouse abuse: It matters whom the batterers and victims are. *Sex Roles*, 29(9/10), 629-644.
- Harris, M.B. y Knight-Bohnhoff, K. (1996). Gender and aggression I: Perceptions of aggression. *Sex Roles*, 112, 1-25.
- Harrison, P.J., Downes, J. y Williams, M.D. (1991). Date and acquaintance rape: Perceptions and attitude change strategies. *Journal of College Student Development*, 32, 131-139.
- Hartup, W.W. (1992). Conflict and friendship relations. En C.U. Shantz y W.W. Hartup (Eds.). *Conflict in child and adolescent development*. New York: Cambridge University Press.
- Hazan, C. y Shaver, P. (1994). Attachment as an organizacional framework for research on close relationships. *Psychological Inquiry*, 5, 1-22.
- Hazan, C. y Shaver, P. (1987). Romantic love conceptualized as an attachment process. *Journal of Personality and Social Psychology*, 52, 511-524.
- Heise, L., Ellsberg, M. y Goettenmeller, M. (1999). *Ending violence against women*. Population Reports.

- Helland, T.A. (1998). The role of the peer group on individual use and acceptance of physical aggression in adolescent dating relationships. *Dissertation Abstracts International: Section B: The Sciences and Engineering*, 58 (8-B), 4450.
- Henton, I., Cate, R., Koval, J., Lloyd, S. y Christopher, S. (1983). Romance and violence in dating relationships. *Journal of Family Issues*, 4, 467-482.
- Hettrich, E.L. y O'Leary, K.D. (2005). *Females' Reasons for their physical aggression in dating relationships*. Manuscrito no publicado. Stony Brook University, Stony Brook. NY.
- Hilton, N.Z., Harris, G.T., Rice, M.E., Krans, T.S. y Lavigne, S.E. (1998). Antiviolence education in high schools. *Journal of Interpersonal Violence*, 13(6), 726-742.
- Hinshaw, L.M. y Forbes, G.B. (1993). Attitudes toward women and approaches to conflict resolution in college students in Spain and the United States. *Journal of Social Psychology*, 133, 865-867.
- Hird, M.J. (2000). An empirical study of adolescent dating aggression in the U.K. *Journal of Adolescence*, 23, 69-78.
- Hockenberry, S. y Billingham, R. (1993). Psychological reactance and violence within dating relationships. *Psychological Reports*, 73, 1203-1208.
- Holcomb, D.R., Sarvela, P.D., Sondag, K.A. y Holcomb, L.C. (1993). An evaluation of a mixed-gender date rape prevention workshop. *Journal of American College Health*, 41, 159-164.
- Holt, M.K. y Espelage, D.L. (2005). Social support as a moderador between dating violence victimization and depresión/Anxiety among African American and caucasian adolescents. *School Psychology Review*, 34(3), 309-328.
- Holtzworth-Munroe, A., Bates, L., Smutzler, N. y Sandin, E. (1997). A brief review of the research on husband violence. Part I: Maritally violent versus nonviolent men. *Aggression and Violent Behavior*, 2, 65-99.
- Holtzworth-Munroe, A. y Hutchinson, G. (1993). Attributing negative intent to wife behavior: The attributions of maritally violent versus nonviolent men. *Journal of Abnormal Psychology*, 102(2), 206-211.
- Holtzworth-Munroe, A., Meehan, J.C., Herron, K., y Stuart, G.L. (2000). Testing the Holtzworth-Munroe and Stuart (1994) Batterer typology. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 68(6), 1000-1019.
- Holtzworth-Munroe, A. y Stuart, G.L. (1994). Typologies of male batterers: three subtypes and the differences among them. *Psychological Bulletin*, 116(3), 476-497.
- Howard, D.E., Beck, K., Kerr, M.H. y Shattuck, T. (2005). Psychosocial correlates dating violence victimization among latino youth. *Adolescence*, 40(158), 319-331.
- Howard, D.E., Feigelman, S., Li, X., Cross, S. y Rachuba, L. (2002). The relationship among violence victimization, witnessing violence, and youth distress. *Journal of Adolescent Health*, 31(6), 455-462.
- Howard, D.E. y Wang, M.Q. (2005). Psychosocial correlates of U.S. adolescents who report a history of forced sexual intercourse. *Journal of Adolescent Health*, 36(5), 372-379.
- Howard, D.E. y Wang, M.Q. (2003). Risk profiles on adolescent girls who were victims of dating violence. *Adolescence*, 38(149), 1-14.
- Howard, D.Q y Boekeloo, B. (2003). Ersonal and social contextual correlates of adolescent dating of violence. *Journal of Adolescent Health*, 33, 9-17.

- Hoyle, R.H. y Panter, A.T. (1995). Writing about structural equation models. En R.H. Hoyle (dir.), *Structural Equation Modeling. Concepts, issues and applications* (pp. 158-176). Londres: Sage publications.
- Hu, L. y Bentler, P.M. (1998). Fit indices in covariance structure modeling: Sensitivity to underparameterized model misspecification. *Psychological Methods*, 3, 424-453.
- Hui, C.H. y Triandis, H.C. (1989). Effects of culture and response format on extreme response style. *Journal of Cross-Cultural Psychology*, 20, 296-309.
- Humphrey, J.A. y White, J.W. (2000). Women's vulnerability to sexual assault from adolescence to young adulthood. *J. Adolesc. Health*, 27, 419-424.
- Hyde, J. (1995). *Psicología de la mujer. La otra mitad de la experiencia humana*. Madrid: Morata.
- Hydén, M. (1995). Verbal aggression as prehistory of woman battering. *Journal of Family Violence*, 10, 55-71.
- Hyman, K.D. (1999). *Dating violence among adolescent: risk factors and implications for treatment and research*. Office of Child Development. University of Pittsburgh. Web site: <http://222.pitt.edu/~ocdweb/>
- Inhelder, B. y Piaget, J. (1972). *De la lógica del niño a la lógica del adolescente*. Buenos Aires: Paidós.
- Informe Mundial sobre la Violencia y Salud: resumen (2002). Organización Mundial de la Salud. Washington, D.C.: OPS.
- Instituto de la Mujer (2000). *La violencia contra las mujeres. Resultados de la macroencuesta*. Madrid: Instituto de la Mujer.
- Instituto de la Mujer (2003). *La violencia contra las mujeres. Resultados de la macroencuesta II Parte*. Madrid: Instituto de la Mujer.
- Intimate Partner Violence and age of victim, 1993-1999 (2001). US. Department of Justice, Office of Justice Programs.
- Isaia, A.E. (2005). Exploring the dynamics of dating aggression among high school students. *Dissertation Abstracts International: Section B: The Sciences and Engineering*. 65(11-B), 6048.
- Jacobson, N.S. (1994). Contextualism in dead; long live contextualism. *Family Process*, 33, 97-100.
- Jackson, S.M. (1999). Issues in the dating violence research. A review of the literature. *Aggression and Violent Behavior*, 4(2), 233-247.
- Jackson, S.M., Cram, F. y Seymour, F.W. (2000). Violence and sexual coercion in high school students' dating relationships. *Journal of Family Violence*, 15, 23-36.
- Jaffe, P., Lemon, N., Sandler, J. y Wolfe, D. (1996). *Working together to end domestic violence*. Tampa, FL: Mancorp.
- Jaffe, P., Sudermann, M., Reitzel, D. y Killip, S.M. (1992). An evaluation of a secondary school primary prevention program on violence in intimate relationships. *Violence and Victims*, 7, 129-146.
- James, W.H., West, C., Deters, K.E. y Armijo, E. (2000). Dating violence. *Adolescence*, 35(139), 455-466.
- Jasinsky, J. y Williams, L. (1998). *Partner violence. A comprehensive review of 20 years of research*, Londres, Sage.

- Jaspard, M., Brown, E., Condon, S., Fougeyrollas-Schwebel, D., Houel, A., Lhomond, B., Maillochon, F., Saurel-Cubizolles, M.J. y Schiltz, M.A. (2003). *Les violences envers les femmes en France. Une enquête nationale*. Paris: La documentation Française.
- Jaycox, L.H., McCaffrey, D., Eiseman, B., Aronoff, J., Shelley, G.A., Collins, R.L. y Marshall, G.N. (2006). Impact of a school-Based dating violence prevention program among Latino teens: Randomized controlled effectiveness trial. *Journal of Adolescent Health*, 39(5), 694-704.
- Jenkins, S.S. y Aube, J. (2002). Gender differences and gender-related constructs in dating aggression. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 28(8), 1106-1118.
- Jezl, D.R., Molitor, C.E. y Wright, T.L. (1996). Physical, sexual and psychological abuse in high school dating relationships: Prevalence rates and self-esteem issues. *Child and Adolescent Social Work Journal*, 13, 69-87.
- Johnson, H. (1998). Rethinking survey research on violence against woman. En R.E. Dobash y R.P. Dobash (Eds.), *Rethinking violence against woman*. Thousand Oakes. California. Sage.
- Johnson, M. (1995). Patriarchal terrorism and common couple violence: Two forms of violence against women. *Journal of Marriage and the Family*, 57, 283-294.
- Jouriles, E.N., McDonald, R., Garrido, E., Rosenfield, D. y Brown, A.S. (2005). Assessing aggression in adolescent romantic relationships: Can we do it better? *Psychological Assessment*, 17(4), 469-475.
- Kaestle, C.E. y Halpern, C.T. (2005). Sexual intercourse precedes partner violence in adolescent romantic relationships. *Journal of Adolescent Health*, 36(5), 386-392.
- Kalra, M., Wood, E., Desmarais, S., Verberg, N. y Senn, C. (1998). Exploring negative dating experiences and beliefs about rape among younger and older women. *Archives of Sexual Behavior*, 27(2), 145-153.
- Kanin, E.J. (1957). Male aggression in dating-courting relations. *American Journal of Sociology*, 63, 197-204.
- Kapoor, S. (2000). *Domestic violence against women and girls* (Innocenti Digest N° 6). Folrencia. UNICEF Innocenti Research Centre.
- Kasian, M. y Painter, S.L. (1992). Frequency and severity of psychological abuse in a dating population. *Journal of Interpersonal Violence*, 7, 350-364.
- Katz, J., Carino, A. y Hilton, A. (2002). Perceived verbal conflict behaviors associated with physical aggression and sexual coercion in dating relationships: a gender-sensitive analysis. *Violence and Victims*, 17(1), 93-109.
- Katz, J., Kuffel, S.W. y Brown, F.A. (2006). Leaving a sexually coercive dating partner: A prospective application of the investment model. *Psychology of Women Quarterly*, 30(3), 267-275.
- Katz, J., Street, A. y Alias, I. (1997). Individual differences in self-appraisals and responses to dating violence scenarios. *Violence and Victims*, 12, 265-276.
- Kaufman Kantor G. y Jasinski, J.L. (1995). *Prevention of dating violence: Evaluation of a multidimensional model*. Paper presented at the 4th International Family Violence Research Conference, Durham, NH.
- Kaufman Kantor, G., Jasinski, J.L. y Aldarondo, E. (1994). Sociocultural status and incidence of marital violence in Hispanic families. *Violence and Victims*, 9, 207-222.
- Kazdin, A.E. (1993). Adolescent mental health: Prevention and treatment programs. *American Psychologist*, 48, 127-141.

- Kelly, C. (1995). *Conflict in high school dating relationships*. Honors College Project, Stony Brook University.
- Kilpatrick, D.J., Edmunds, C.N. y Seymour, A. (1992). *Rape in America: a report to the nation*. Arlington, Va: National Victim Center, 1-16.
- Kim, K.J., Conger, R.D., Lorenz, F.O. y Elder, G.H. (2001). Parent-adolescent reciprocity in negative affect and its relation to early adult social development. *Developmental Psychology*, 37, 775-790.
- Kinsfogel, K.M. y Grych, J.H. (2004). Interparental conflict and adolescent dating relationships: Integrating cognitive, emotional, and peer influences. *Journal of Family Psychology*, 18(3), 505-515.
- Klevens, J. (2007). An overview of intimate partner violence among Latinos. *Violence Against Women*, 13(2), 111-122.
- Kohlberg, L. (1973). Continuities in childhood and adult moral development revisited. En P.B. Baltes y K.W. Schaie (Eds.), *Life span developmental psychology: Personality and socialisation*. New York: Academic Press.
- Koss, M.P. y Cleveland, M.P. (1997). Stepping on toes: Social roots of date lead to intractability and politicization. En M.D. Schwartz (Ed.), *Researching sexual violence against women: Methodological and personal perspectives* (p. 4-21). Thousand Oaks, Ca: Sage.
- Koss, M.P., Dinero, T.E., Siebel, G.A. y Cox, S.L. (1988). Stranger and acquaintance rape: Are there differences in the victim's experience? *Psychology of Women Quarterly*, 12, 1-24.
- Koval, J.E. (1989). Violence in dating relationships. *Journal of Pediatrics Health Care*, 3(6), 298-304.
- Krajewski, S.S., Rybarik, M.F., Dosch, M.F. y Gilmore, G.D. (1996). Results of a curriculum intervention with seventh graders regarding violence in relationships. *Journal of Family Violence*, 11(2), 93-112.
- Kreiter, S.R., Krowchuk, D.P., Woods, C.R., Sinal, S.H., Lawless, M.R. y DuRant, R.H. (1999). Gender differences in Risk behaviors among adolescents who experience date fighting. *Pediatrics*, 104(6), 1286-1292.
- Kristenl, K. (2002). A comprehensive model of dating violence: Testing the integration of social learning and attachment theories. *Dissertation Abstracts International: Section B: The Sciences and Engineering*, 63(4-B), 2062.
- Krug, E.G., Dahlberg, I.L., Mercy, J.A., Zwi, A.B. y Lozano, R. (2002). *World report on violence and health*. Ginebra: World Health Organization.
- Kumagai, F. y Straus, M.A. (1983). Conflict resolution tactics in Japan, India, and the USA. *Journal of Comparative Family Studies*, 14, 377-387.
- Kurz, D. (1993). Physical assaults by husbands: A major social problem. En R. Gelles y D.R. Loseke (Eds.), *Current controversies on family violence* (pp. 88-103). Newbury Park, CA: Sage.
- Kury, H., Obergfell-Fuchs, J. y Woessner, G. (2004). The extent of family violence in Europe. A comparison of National Surveys. *Violence Against Women*, 10(7), 749-769.
- Lackey, C. y Williams, K.R. (1995). Social bonding and the cessation of partner violence across generations. *Journal of Marriage and the Family*, 57, 295-305.
- Lafontaine, M.F. y Lussier, Y. (2005). Does anger towards the partner mediate and moderate the link between romantic attachment and intimate violence? *Journal of Family Violence*, 20(6), 349-361.

- Lane, K.E. y Gwartney-Gibbs, P.A. (1985). Violence in the context of dating and sex. *Journal of Family Issues*, 6, 45-59.
- Laner, M.R. (1983). Courtship abuse and aggression: Contextual aspects. *Sociological Spectrum*, 3, 69-83.
- Laner, M.R. y Thompson, J. (1982). Abuse and agresión in courting copules. *Deviant Behavior*, 3, 229-244.
- Langhinrichsen-Rohling, J. (2005). Top 10 greatest "Hits": Important findings and future directions for intimate partner violence research. *Journal of Interpersonal Violence*, 20(1), 108-118.
- Langhinrichsen-Rohling, J., Neidig, P. y Thorn, G. (1995). Violent marriages: Gender differences in levels of current violence and past abuse. *Journal of Family Violence*, 10, 159-176.
- Lavoie, F., Hebert, M., Tremblay, R., Vitaro, F., Vezina, L. y McDuff, P. (2002). History of family dysfunction and perpetration of dating violence by adolescent boys: a longitudinal study. *Journal Adolescent Health*, 30(5), 375-383.
- Lavoie, F., Robitaille, L. y Hebert, M. (2000). Teen relationships and agresión. An exploratory study. *Violence against women*, 6, 6-36.
- Lavoie, F., Vezina, L., Piche, C. y Boivin, M. (1995). Evaluation of a prevention program for violence in teen dating relationships. *Journal of Interpersonal Violence*, 10, 516-524.
- Lawsaon, D. (2003). Incidence, explanations, and treatment of partner violence. *Journal of Counseling and Development*, 81, 19-32.
- Laurie, S.R. (2005). Physical intimacy and sexual coercion among adolescent intimate partners in the philippines. *Journal of Adolescent Research* 20(4), 476-496.
- Leff, S. (2004). Gaining a better understanding of peer group contributions to dating aggression- Implications for prevention and intervention programming: Comment on Kinsfogel and Grych (2004). *Journal of Family Psychology*, 18(3), 516-518.
- LeJeune, C. y Follette, V. (1994). Taking responsibility: Sex differences in reporting dating violence. *Journal of Interpersonal Violence*, 9, 133-140.
- Lenihan, G.O., Rawlins, M.E., Eberly, G.G., Buckley, B. y Masters, B. (1992). Gender differences in rape supportive attitudes before and after a date rape aducation intervention. *Journal of College Student Development*, 33, 331-338.
- Leonard, K.E. y Senchak, M. (1996). Prospective prediction of husband marital aggression within newlywed couples. *Journal Abnormal Psychology*, 105, 369-380.
- Les ministres responsables de la condition féminine à l'échelle fédérale, provinciale et territoriale (2002). *Evaluation de la violence contre les femmes. Un profil statistique*. Canada: Les ministres responsables de la condition féminine à l'échelle fédérale, provinciale et territoriale.
- Levandosky, A.A., Hult-Bocks, A. y Semel, M.A. (2002). Adolescent peer relationships and mental health functioning in familias with domestic violence. *Journal of Clinical Child and Adolescent Psychology*, 31, 206-218.
- Lewis, S.F., y Fremouw, W. (2001). Dating violence. A critucal review of the literature. *Clinical Psychology Review*, 21(1), 105-127.
- Linder, J.R. y Collins, W.A. (2005). Parent and peer predictors of physical aggression and conflict management in romantic relationships in early adulthood. *Journal of Family Psychology*, 19(2), 252-262.

- Lloyd, S. (1991). The darkside of the courtship: Violence and sexual exploitation. *Family Relations*, 40, 14-20.
- Lloyd, S., Koval, J. y Cate, R. (1989). Conflict and violence in dating relationship. En M.A. Pirog-Good y J.E. Stets (Eds.), *Violence in dating relationship: Emerging social issues*. Nueva York: Praeger.
- Lo, W.A. y Sporkowski, M.J. (1989). The continuation of violent dating relationships among college students. *Journal of College Students Development*, 30, 432-439.
- Loeber, R. (1990). Development and Risk Factors of Juvenile Antisocial Behavior and Delinquency. *Clinical Psychology*, 10, 1-41.
- Lonsway, K.A. y Fitzgerald, L.F. (1995). Attitudinal antecedents of rape myth acceptance: A theoretical and empirical reexamination. *Journal of Personality and Social Psychology*, 68, 704-711.
- Lonsway, K.A. y Kothari, C. (2000). First year campus acquaintance rape education: Evaluating the impact of a mandatory intervention. *Psychology of Women Quarterly*, 24, 220-232.
- Lorente, M. (2002). Detección de los malos tratos desde la perspectiva sanitaria. En Área de promoción de la igualdad y empleo, *II Conferencia Internacional sobre violencia contra las mujeres*. Ayuntamiento de Madrid.
- Lorente, M. (2001). *Mi marido me pega lo normal. Agresión a la mujer: realidades y mitos*, Ares y Mares.
- Lucente, S.W., Fals-Stewart, W., Richards, H.J. y Goscha, J.I. (2001). Factor structure and reliability of the revised Conflict Tactics Scale for incarcerated female substance abusers. *Journal of Family Violence*, 16, 437-450.
- Lundeberg, K., Stith, S.M., Penn, C.E. y Ward, D.B. (2004). A comparison of nonviolent, psychologically violent, and physically violent male college daters. *Journal of Interpersonal Violence*, 19(10), 1191-1200.
- Luthra, R. y Gidycz, C.A. (2006). Dating violence among college men and women: Evaluation of a theoretical model. *Journal of Interpersonal Violence*, 21(6), 717-731.
- MacCallum, R. y Hong, S. (1997). Power analysis in covariance structure modeling using GFI and AGFI. *Multivariate Behavioral Research*, 32, 193-210.
- MacEwen, K.E. (1994). Refining the intergenerational transmission hypothesis. *Journal Interpersonal Violence*, 9, 350-365.
- Macgowan, M.J. (1997). An evaluation of a dating violence prevention program for middle school students. *Violence and Victims*, 12, 223-235.
- Magdol, L., Moffitt, T., Caspi, A., Newman, D., Fagan, J. y Silva, P. (1998). Gender differences in partner violence in a birth cohort of 21-year-olds: Bridging the gap between clinical and epidemiological approaches. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 65, 68-78.
- Maiuro, R.D., Cahn, T.S. y Vitaliano, P.P. (1988). Anger, hostility and depression in domestically violent versus generally assaultive men and nonviolent control subjects. *Journal of consulting and Clinical Psychology*, 56(1), 17-23.
- Makepeace, J.M. (1981). Courtship violence among college students. *Family Relations*, 30, 97-102.
- Makepeace, J.M. (1986). Gender differences in courtship violence victimization. *Family Relations*, 35, 383-388.

- Makepeace, J.M. (1987). Social factors and victim offender differences in courtship violence. *Family Relations*, 36, 87-91.
- Malamuth, N.M., Sockloskie, R.J., Koss, M.P. y Tanaka, J.S. (1991). Characteristics of aggressors against women: Testing a model using a national sample of college students. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 5, 670-681.
- Malik, S., Sorenson, S.B. y Aneshensel, C.S. (1997). Community and dating violence among adolescents: perpetration and victimization. *Journal of Adolescent Health*, 21(5), 291-302.
- Manly, J.T., Kim, J.E., Rogosch, F.A. y Cicchetti, D. (2001). Dimensions of child maltreatment and children's adjustment: Contributions of development timing and subtype. *Development and Psychopathology*, 13, 759-782.
- Margolin, G. (1987). The multiple forms of aggression between marital partners: How can we identify them? *Journal of Marital and Family Therapy*, 13, 77-84.
- Margolin, G., John, R.S. y Gleberman, L. (1988). Affective responses to conflictual discussions in violent and nonviolent couples. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 56(1), 24-33.
- Margolin, G., John, R. y Foo, L. (1998). Interactive and unique risk factors for husbands' emotional and physical abuse of their wives. *Journal of Family Violence*, 13, 315-344.
- Marín, G. y VanOss, B. (1991). *Research with Hispanic populations*. Newbury Park CA. Sage.
- Marshall, L. y Rose, P. (1987). Gender, stress, and violence in adult relationships of a sample of college students. *Journal of Social and Personal Relationships*, 4, 299-316.
- Marshall, L. y Rose, P. (1988). Family of origin and courtship violence. *Journal of Counseling and Development*, 55, 414-418.
- Marshall, L. y Rose, P. (1990). Premarital violence. The impact of family of origin violence, stress and reciprocity. *Violence and Victims*, 5, 51-64.
- Martínez, J.L. y Fuertes, A. (1999). Factores personales, familiares y relacionales implicados en la estabilidad de relaciones de pareja adolescentes. *Infancia y Aprendizaje*, 88, 85-105.
- Masson, A. y Blankenship, V. (1987). Power and affiliation motivation, stress and abuse in intimate relationships. *Journal of Personality and Social Psychology*, 52, 203-210.
- Matthews, W.J. (1984). Violence in college couples. *College students Journal*, 18, 150-158.
- Matud, M.P. (2007). Dating violence and domestic violence. *Journal of Adolescent Health*, 40(4), 295-297.
- Matud, M.P., Marrero, R.J., Carballeira, M., Pérez, M.L., Correa, M.L., Aguilera, B. y Pérez, T. (2003). Transmisión intergeneracional de la violencia doméstica. *Psicología Conductual*, 11(1), 25-40.
- Matud, M.P. y Moraza, O. (2004). Factores sociodemográficos e impacto psicológico en mujeres maltratadas por su pareja. *Clepsydra*, 3, 109-125.
- McCloskey, L.A. y Lichter, E.L. (2003). The contribution of marital violence to adolescent aggression across different relationships. *Journal of Interpersonal Violence*, 18, 390-412.
- McKinney, K. (1986). Measures of verbal, physical, and sexual dating violence by gender. *Free Inquiry in Creative Sociology*, 14, 55-60.
- McNutt, L.A., Ryn, M.V., Clark, C. y Fraiser, I. (2000). Partner violence and medical encounters. African-American Women's Perspectives. *American Journal Preventive Medicine*, 19(4), 264-269.

- Merrill, L.L., Thomse, C., Gold, S. y Milner, J.S. (2001). Childhood abuse and premilitary sexual assault in male Navy recruits". *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 69(2), 252-261.
- Meyer, H. y Stein, N. (2001). *Relationship violence prevention education in schools: What's working, what's getting in the way, and what might be some future directions*. The 7th International Family Violence Research Conference, Portsmouth, UK.
- Meyer, S., Vivian, D. y O'Leary, K.D. (1998). Men's sexual aggression in marriage: Couples' reports. *Violence Against Women*, 4, 415-435.
- Miedzian, M. (1995). Learning to be violent. En E. Peled, P.G. Jaffe y J.L. Edelson (Eds.). *Ending the cycle of violence: Community responses to children of battered women* (pp. 10-24). Thousand Oaks, CA: Sage.
- Migliaccio, T.A. (2002). Abused husbands: A narrative analysis. *Journal of Family Issues*, 23, 26-52.
- Mihalic, S.W. y Elliot, D. (1997). If violence is domestic, does it really count? *Journal of Family Violence*, 12, 293-311.
- Mihalic, S. W., Elliot, D. S., y Menard, S. (1994). Continuities in marital violence. *Journal of Family Violence*, 9, 195-225.
- Milhausen, R.R., McBride, K.R. y Jun, M.K. (2006). Evaluating a peer-led theatrical sexual assault prevention program: How do we measure success? *College Student Journal*, 40(2), 316-328.
- Miller, S.L. y Simpson, S.S. (1991). Courtship violence and social control: Does gender matter? *Law and Society Review*, 25, 335-365.
- Milner, J.M. y Crouch, J.L. (1999). Child physical abuse: Theory and research. En R.L. Hampton (Eds.). *Family violence: Prevention and Treatment* (pp. 33-65). Thousand Oaks, CA, Sage Publications.
- Mitchell, M.G. (1995). Jealousy and violence in high school dating relationships. *Dissertation Abstracts International Section A: Humanities and Social Sciences*, 55(12-A), 4006.
- Moagi, G. y Sophie. M. (2003). Predictors of dating violence among Batswana college students: A multivariate crosscultural analysis. *Dissertation Abstracts International Section-B: The Sciences and Engineering*, 64(5-B), 2396.
- Moffitt, T.E., Caspi, A., Krueger, R.F., Magdol, L., Margolin, G., Silva, P.A. y Sydney, R. (1997). Do partners agree about abuse in their relationship? A psychometric evaluation of interpartner agreement. *Psychological Assessment*, 9(1), 47-56.
- Molidor, C. y Tolman, R. (1998). Gender and contextual factors in adolescent dating violence. *Violence Against Women*, 4, 180-194.
- Monson, C. y Langhinrichsen-Rohling, J. (2002). Sexual and nonsexual dating violence perpetration: testing and integrated perpetrator typology. *Violence and Victims*, 17(4), 403-28.
- Mooney, J. (2000). Revealing the hidden figure of domestic violence. En J. Hammer y C. Itzin (Eds.), *Home truths about domestic violence* (pp. 24-44). New York: Routledge.
- Mooney, M.A. (2007). An examination of adolescent dating violence in a clinical sample. *Dissertation Abstracts International: Section B: The Sciences and Engineering* 67(7-B), 4111.
- Morse, B.J. (1995). Beyond the Conflict Tactics Scale: Assessing gender differences in partner violence. *Violence and Victims*, 10, 251-272.
- Moya, M. M. (1985). Identidad, roles y estereotipos de género. *Revista de Psicología General y Aplicada*, 40, 457-472.

- Muehlenhard, C.L. y Linton, M.A. (1987). Date rape and sexual aggression in dating situations: Incidence and risk factors. *Journal of Counseling Psychology*, 34(2), 186-196.
- Mueller, E. y Silverman, N. (1989). Peer relations in maltreated children. En D. Giacchetti y V. Carlson (Eds.), *Child maltreatment: Theory and research on the causes and consequences of child abuse and neglect* (pp. 529-578). Cambridge: Cambridge University Press.
- Mullen, P.E. y Martin, J. (1994). Jealousy: a community study. *British Journal of Psychiatry*, 164, 35-43.
- Muñiz, J. (2002). *Teoría clásica de los tests*. Madrid: Pirámide.
- Muñoz-Rivas, M.J., Graña, J.L., O'Leary, K.D. y González, M.P. (2007a). Aggression in adolescent dating relationships: Prevalence, Justification, and health consequences. *Journal of Adolescent Health*, 40, 298-304.
- Muñoz-Rivas, M.J., Graña, J.L., O'Leary, K.D. y González, M.P. (2007b). Physical and psychological aggression in dating relationships in Spanish university students. *Psicothema*, 19(1), 102-107.
- Murdaugh, C., Hunt, S., Sowell, R. y Santana, I. (2004). Domestic violence in Hispanics in the Southeastern United States: A survey and needs analysis. *Journal of Family Violence*, 19(2), 107-115.
- Murphy, C.M. y Hoover, S. A. (2001). Measuring emotional abuse in dating relationships as a multifactorial construct. En K.D. O'Leary y Maiuro, R.D. (Eds.), *Psychological abuse in violent relationships* (pp. 29-46). New York: Springer.
- Murphy, C.M. y O'Leary, K.D. (1989). Psychological aggression predicts physical aggression in early marriage. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 57, 579-582.
- Nayak, M.B., Byrne, C., Martin, M.K. y Abraham, A.G. (2003). Attitudes toward violence against women: A Cross-Nation Study. *Sex Roles*, 49, 7-8.
- Neidig, P.M. (1986). *The Modified Conflict Tactics Scale*. Beaufort, SC: Behavioral Sciences Associates.
- Newton, R.R., Connely, C.D. y Landverk, J.A. (2001). An examination of measurement characteristics and factorial validity of scores on the revised conflict tactics scale. *Educational and Psychological Measurement*, 61, 317-335.
- Nicoletti, A. (2000). Perspectives on pediatric and adolescent gynecology from the allied health care professional. *J. Pediatr. Adolesc. Gynecol*, 13, 79-80.
- Noland, V.J., Liller, K.D., McDermott, R., Coulter, M.L. y Seraphine, A.E. (2004). Is adolescent sibling violence a precursor to college dating violence? *American Journal of Health Behaviour*, 28(Suppl), 13-26.
- Novaco, R. (1975). *Anger control: The development and evaluation of an experimental treatment*. Lexington: Mass. Health.
- O'Donohue, W.T. y Fanetti, M.M. (1997). *Reducing rape-related cognitions of collage aged males*. Manuscrito submitted for publication.
- Ocampo, B.W., Shelley, G.A. y Jaycox, L.H. (2007). Latino teens talk about help seeking and help giving in relation to dating violence. *Violence Against Women*, 13(2), 172-189.
- O'Leary, K.D. (1988). Physical aggression between spouses: A social learning perspective. En V.B. Van Hasselt, R.L. Morrison, A.S. Bellack y M. Hersen. *Handbook of family violence* Plenum (pp. 31-55). New York.

- O'Leary, K.D. (2005). *Análisis y prevención de la violencia en las relaciones de noviazgo en jóvenes*. Seminario Internacional sobre Agresión y Violencia en Psicología Clínica: Perspectivas Actuales, Madrid, España.
- O'Leary, K.D. (1999). Developmental and affective issues in assessing and treating partner aggression. *Clinical Psychology: Science and Practice*, 6, 400-414.
- O'Leary, K.D. (1996). Physical aggression in intimate relationships can be treated within a marital context under certain circumstances. *Journal of Interpersonal Violence*, 11, 450-453.
- O'Leary, K.D., Avery-Leaf, S., Cascardi, M. y Cano, A. (1997). Efficacy of dating violence prevention program on attitudes justifying aggression. *Journal of Adolescent Health*, 21, 11-17.
- O'Leary, K.D., Avery-Leaf, S., Cascardi, M. y Slep, A. (2005). *Gender differences in dating aggression among multi-ethnic high school students*. Manuscrito no publicado. Stony Brook University, Stony Brook, NY.
- O'Leary, K.D., Barling, J., Arias, I., Rosenbaum, A., Malone, J. y Tyree, A. (1989a). Prevalence and stability of physical aggression in early marriage. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 57, 579-582.
- O'Leary, K.D., Barling, J., Arias, I., Rosenbaum, A., Malone, J. y Tyree, A. (1989b). Prevalence and stability of physical aggression between spouses: a longitudinal analysis. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 57, 263-268.
- O'Leary, K.D., Cano, A., Avery-Leaf, S. y Cascardi, M. (1998). Dating violence in two high school samples: discriminating variables. *The Journal of Primary Prevention*, 18(4), 431-446.
- O'Leary, K.D., Malone, J. y Tyree, A. (1994). Physical aggression in early marriage: Prerelationship and relationship effects. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 62, 594-602.
- O'Leary, K.D. y Slep, A.M. (2003). A dyadic longitudinal model of adolescent dating aggression. *Journal of Clinical Child and Adolescent Psychology*, 32(3), 314-327.
- O'Leary, K.D. y Slep, A.M. (2006). Precipitants of partner aggression. *Journal of Family Psychology*, 20(2), 344-347.
- O'Leary, K.D., Slep, A.M. y O'Leary, S.G. (2000). Cooccurrence of partner and parent aggression: Research and treatment implications. *Behavioral Therapy*, 31(4), 631-648.
- O'Leary, K.D., Watson, J.M., Cascardi, M. y Avery-Leaf, S. (2001). High school students' responses to dating aggression. *Violence and Victims*, 16(3), 339-348.
- O'Leary, K.D., Woodin, E.M., Fritz, P.T. (en prensa). Can we prevent hitting? Recommendations for preventing intimate partner violence between young adults. En S. Stits y D. Tritts (Eds.), *Prevention of Family Violence* (Tentative title). Hayworth Press.
- O'Keefe, M. (1998). Factors mediating the link between witnessing interparental violence and dating violence. *Journal of Family Violence*, 13, 39-57.
- O'Keefe, M. (1997). Predictors of dating violence among high school students. *Journal of Interpersonal Violence*, 12(4), 546-68.
- O'Keefe, N.K., Brackopp, K. y Chew, E. (1986). Teen dating violence. *Social Work*, 31, 463-468.
- O'Keefe, M. y Treister, L. (1998). Victims of dating violence among high school students. Are predictors different for males and females? *Violence Against Women*, 4, 195-223.

- O'Neil, J.M. y Nadeau, R.A. (1999). Men's gender role conflict, defense mechanisms, and self-protective defensive strategies: Explaining men's violence against women from a gender role socialization perspective. En M. Harway y J.M. O'Neil (Eds.), *What causes men's violence against women?* (pp. 89-116). Thousand Oaks, CA: Sage.
- ONU (1994). *Declaración sobre la eliminación de la violencia contra la mujer*. Resolución de la Asamblea General, 20-12-1993. (Doc. G.a. Res. 48/104).
- Orcutt, H.K., Garcia, M. y Pickett, S.M. (2005). Female-perpetrated intimate partner violence and romantic attachment style in a college student sample. *Violence and Victims*, 20(3), 287-302.
- Organización Mundial de la Salud. O.M.S. (1995). *Violencia contra la mujer*. Beijing: Naciones Unidas.
- O'Sullivan, L.F., Byers, E.S. y Finkelman, L. (1998). A comparison of male and female college students' experiences of sexual coercion. *Psychology of Women Quarterly*, 22, 177-195.
- Pacifici, C., Stoolmiller, M., y Nelson, C. (2001). Evaluating a prevention program for teenagers on sexual coercion: A differential effectiveness approach. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 69, 552-559.
- Palfai, J.H. (2000). The intergenerational transmission of dating violence: Social support as a moderator. *Dissertation Abstracts International Section-B: The Sciences and Engineering*, 61(3-B), 1647.
- Pan, H.S., Neidig, P.H. y O'Leary, K.D. (1994). Male-female and aggressor victim differences in the factor structure of the Modified Conflict Tactics scale. *Journal of Interpersonal Violence*, 9, 366-382.
- Pakaslati, L. y Keltinkangas, J. (1997). The relationships between moral approval of aggression, aggressive problem solving strategies and aggressive behavior in 14 years old adolescents. *Journal of Social Behavior and Personality*, 12, 4, 905-924.
- Parker, L.M. (2006). A structural equation model for predicting dating violence: Anger, attitudes toward violence, psychological abuse and physical aggression. *Dissertation Abstracts International Section-B: The Sciences and Engineering*, 67(2-B), 1160.
- Parrot, A. y Bechhofer, L. (1997). *Acquaintance rape: The hidden crime*. New York: Wiley.
- Parrott, D.J. y Zeichner, A. (2003). Effects of trait anger and negative attitudes towards women on physical assault in dating relationships. *Journal of Family Violence*, 18(5), 301-307.
- Pederson, P. y Thomas, C.D. (1992). Prevalence and correlates of dating violence in a Canadian University sample. *Canadian Journal of Behavioral Science*, 24, 490-501.
- Pelcovitz, D., Kaplan, S.J., DeRosa, R.R., Mandel, F.S. y Salzinger, S. (2000). Psychiatric disorders in adolescents exposed to domestic violence and physical abuse. *American Journal of Orthopsychiatry*, 70(3), 360-369.
- Perry, A.R. y Fromuth, M.E. (2005). Courtship violence using couple data: characteristics and perceptions. *Journal of Interpersonal Violence*, 20(9), 1078-1095.
- Piispa, M. (2004). Age and meanings of violence. *Journal of Interpersonal Violence*, 19(1), 30-48.
- Pines, A.M. (1998). *Romantic jealousy. Causes, symptoms, cures*. Londres: Routledge.
- Pittman, A.L., Wolfe, D.A. y Wekerle, C. (1998). Prevention during adolescence: The Youth Relationship Project. En J.R. Lutzker (Eds.), *Handbook of child abuse research and treatment* (pp. 341-356). New York: Plenum.
- Pittman, A.L., Wolfe, D.A. y Wekerle, C. (2000). Strategies for evaluating dating violence prevention programs. *Journal of Aggression, Maltreatment and Trauma*, 4(1), 217-238.

- Pleck, J.H., Sonenstein, F.L. y Ku, L.C. (1993). Masculine ideology and its correlates. En S. Oskomp y M. Costanzo (Eds.), *Gender issues in contemporary society* (pp. 85-110). Newbury Park, ca: Sage.
- Pflieger, J.C. y Vazsonyi, A.T. (2006). Parenting processes and dating violence: The mediating in low and high SES adolescents. *Journal of Adolescence*, 29(4), 495-512.
- Poitras, M. y Lavoie, F. (1995). A study of the prevalence of sexual coercion in adolescent heterosexual dating relationships in a Quebec sample. *Violence and Victims*, 10, 299-313.
- Prince, J.E. y Arias, I. (1994). The role of perceived control and the desirability of control among abusive and nonabusive husbands. *American Journal of Family Therapy*, 22, 126-134.
- Prinstein, M.J. y Aikins, J.W. (2004). Cognitive moderators of the longitudinal association between peer rejection and adolescent depressive symptoms. *Journal of Abnormal Child Psychology*, 32, 147-158.
- Prochaska, J.O. y DiClemente, C.C. (1982). Transtheoretical therapy: Toward a more integrative modelo change. *Psychotherapy: Theory, Research and Practice*, 19, 276-288.
- Quigley, B.M. y Leonard, K.E. (1996). Desistance of husband aggression in the early years of marriage. *Violence and Victims*, 11, 355-370.
- Rabazzola, C. (1997). *Historias infames*. Buenos Aires: Paidós.
- Raiford, J.L. (2006). The effect of adolescent physical and sexual dating violence on the nutritional and psychological health of adolescent. *Dissertation Abstracts International: Section-B: The Sciences and Engineering*, 67(4-B), 2239.
- Ramírez, F.A. (2000). *Violencia masculina en el hogar*. Dax: México.
- Ramírez, I.L. (2002). *Prevalence and chronicity of dating partner violence among a sample of Mexican male and female university students*. Obtenido en Enero, 2004, de la Universidad de New Hampshire, Family Research Laboratory página web <http://pubpagesunh.edu/~mas2>.
- Ray, A.L. (1999). Dating aggression, gender roles, and problem solving. *Dissertation Abstracts International: Section-B: The Sciences and Engineering*, 59(9-B), 5107.
- Ray, A.L. y Gold, S.R. (1996). Gender roles, aggression and alcohol use in dating relationships. *Journal of Sex Research*, 33, 47-55.
- Regan, K.V., Bartholomew, K., Trinke, S.J. y Henderson, A.J.Z. (2006). The relative severity of acts of psysical violence in heterosexual relationships: An items response theory analysis. *Personal Relationships*, 13, 37-52.
- Reiss, A. y Roth, J. (1993). *Understanding and preventing violence*. Washington, D.C.: National Academy Press.
- Resnick, M.D. y Blum, R.W. (1985). Development and personalogical correlates of adolescent sexual behavior and outcomes. *Int. J. Adolesc. Med. Health*, 1(3-4), 293-313.
- Rhatigan, D.L., Moore, T.M. y Street, A.E. (2005). Reflections on partner violence: 20 years of research and beyond. *Journal of Interpersonal Violence*, 20(1), 82-88.
- Rhatigan, D.L. y Street, A.E. (2005). The impact of intimate partner violence on decisions to leave dating relationships: A test of the investment model. *Journal of Interpersonal Violence*, 20(12), 1580-1597.

- Rickert, V.I., Vaughan, R.D. y Wieman, C.M. (2002). Adolescent dating violence and date rape. *Current Opinion in Obstetric Gynecology*, 14(5), 495-500.
- Riggs, D. y Caulfield, M. (1997). Expected consequences of male violence against their female dating partners. *Journal of Interpersonal Violence*, 12, 229-240.
- Riggs, D., Caulfield, M. y Street, A. (2000). Risk for domestic violence. Tactors associated with perpetration and victimization. *Journal of Clinical Psychology*, 56(19), 1289-1316.
- Riggs, D.S., Murphy, C.M. y O'Leary, K.D. (1989). Intentional falsification in reports of interpartner aggression. *Journal of Interpersonal Violence*, 4, 220-232.
- Riggs, D.S. y O'Leary, K.D. (1996). Aggression between heterosexual dating partners: An examination of a causal model of courtship aggression. *Journal of Interpersonal Violence*, 11, 519-540.
- Riggs, D., O'Leary, K. y Breslin, F. (1990). Multiple predictors os physical aggression in dating couples. *Journal of Interpersonal Violence*, 5, 61-73.
- Rinfret-Raynor, M., Riou, A., Cantin, S., Drouin, C. y Dubé, M. (2004). A survey on violence against female partners in Québec, Canada. *Violence Against Women*, 10(7), 709-728.
- Rivera-Rivera, L., Allen, B., Rodríguez-Ortega, G., Chávez-Ayala, R. y Lazcano-Ponce, E. (2006). Violencia durante el noviazgo, depresión y conductas de riesgo en estudiantes femeninas (12 - 24 años). *Salud pública de méxico*, 48(2), 288-296.
- Roberts, T.A., Auinger, P. y Klein, J.D. (2005). Intimate partner abuse and the reproductive health of sexually active female adolescents. *Journal od Adolescent Health*, 36(5), 380-385.
- Roberts, T.A., Auinger, P. y Klein, J.D. (2006). Predictors of partner abuse in a nationally representative sample of adolescents involved in heterosexual dating relationships. *Violence and Victims*, 21(1), 81-89.
- Rohner, R. P. (1976). Sex differences in aggression: Phylogenetic and enculturation perspectives. *Ethos* 4, 57-72.
- Ronfeldt, H.M., Kimerling, R. y Arias, I. (1998). Satisfaction with relationship power and the perpetration of dating violence. *Journal of Marriage and the Family*, 60, 70-78.
- Roscoe, B. y Benaske, N. (1985). Courtship violence experienced by abused wives: Similarities in patterns of abuse. *Family Relations*, 34, 419-424.
- Roscoe, B. y Callahan, J.E. (1985). Adolescents' self-report of violence in families and dating relations. *Adolescence*, 20, 546-551.
- Roscoe, B. y Kelsey, T. (1986). Physical violence against the dating partner among high-school students. *Psychology*, 23, 53-59.
- Rosenbaum, A. (1986). Of men, macho, and marital violence. *Journal Family Violence*, 1, 121-129.
- Rosen, K. y Stith, S. (1995). Women terminating abusive relationships: A qualitative study. *Journal of Social and Personal Relationships*, 12, 155-160.
- Rosen, K. y Bezold, A. (1996). Dating violence prevention: A didactic support for young women. *Journal of Counselling And Development*, 74(5), 521-526.
- Ruiz, G. y Fawcett, G. (1999). *Rostros y máscaras de la violencia. Un taller sobre la amistad y noviazgo. Manual para instructores (as)*. IMIFAP, A.C. México: Editorial IDEAME.

- Rusbult, C., Johnson, D. y Morrow, G. (1986). Impact of couple patterns of problem solving on distress and nondistress in dating relationships. *Journal of Personality and Social Psychology*, 50, 744-753.
- Ryan, K.M. (1995). Do courtship-violent men have characteristics associated with a “battering personality?”. *Journal of Family Violence*, 10, 99-120.
- Ryan, K.M., Frieze, I.H. y Sinclair, H.C. (1999). Physical violence in dating relationships. En M.A. Paludi (Eds.), *The psychology of sexual victimization: A handbook* (pp. 33-54). Westport: Greenwood Publishing.
- Sack, A.R., Keller, J.F. y Howard, R.D. (1982). Conflict tactics and violence in dating situations. *International Journal of Sociology of the Family*, 12, 89-100.
- Salazar, L.F. y Cook, S.L. (2006). Preliminary findings from an outcome evaluation of an intimate partner violence prevention program for adjudicated, African American, adolescent males. *Youth Violence and Juvenile Justice*, 4(4), 368-385.
- Saltijeral, T., Ramos, L. y Caballero, A. (1998). Las mujeres que han sido víctimas de maltrato conyugal: tipos de violencia experimentada y algunos efectos en su salud mental. *Salud Mental*, 2, 10-18.
- Sanmartín, J. (2002). *Violencia contra las mujeres: causas y efectos*. En *Área de promoción de la igualdad y empleo*. II Conferencia Internacional sobre violencia contra las mujeres. Ayuntamiento de Madrid.
- Sanmartín, J. (2000). *La violencia y sus claves*. Barcelona, Ariel.
- Sanmartín, J., Molina, A. y García, Y. (2003). *Informe Internacional 2003. Violencia contra la mujer en las relaciones de pareja. Estadística y legislación*. Centro Reina Sofía para el Estudio de la Violencia.
- Sarasa, B. y Zubizarreta, I. (2000). *Violencia en la pareja*. Málaga: Aljibe.
- Schewe, P.A. (2002). *Preventing violence in relationships*. Washington, DC: American Psychological Association.
- Schewe, P.A. (2000). *South Teens About Respect (STAR): An intervention to promote healthy relationships and prevent teen dating violence*. Paper presented at the National Sexual Violence Prevention Conference, Dallas, TX.
- Schumacher, J.A., Fgeldbau, S., Smithselep, A.M. y Heyman, R.E. (2001). Risk factors for male to female partner physical abuse. *Aggression and Violent Behavior*, 6, 281-352.
- Schumacher, J.A. y Leonard, K.E. (2005). Husbands’ and wives’ marital adjustment, verbal aggression, and physical aggression as longitudinal predictors of physical aggression in early marriage. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 73(1), 28-37.
- Schumacher, J.A. y Slep, A.M. (2004). Attitudes and dating aggression: A cognitive dissonance approach. *Prevention Science*, 5(4), 231-243.
- Schwartz, H. (1995). Coercion in the lives of young adults: Child abuse, dating violence and willingness to use physical discipline. *Dissertation Abstracts International Section A: Humanities and Social Sciences*, 55(12-A), 4007.
- Schwartz, J.P., Magee, M.M., Griffin, L.D. y Dupuis, C.W. (2004). Effects of a group preventive intervention on risk and protective factors related to dating violence. *Group dynamics: Theory, Research and Practice*, 8(3), 221-231.
- Schwartz, M., O’Leary, S.G. y Kendziora, K.T. (1997). Dating aggression among high school students. *Violence and Victims*, 12, 295-305.

- Scott, S. (2004). *Agresividad infantil grave: ¿es realmente posible prevenirla?*. VIII Reunión Intenacional sobre Biología y Sociología de la Violencia. Valencia: Centro Reina Sofia para el Estudio de la Violencia.
- Seiffge, K.I. (2003). Testing theories of romantic development from adolescence to young adulthood: Evidence of a developmental sequence. *International Journal of Behavioral Development*, 27, 519-531.
- Serbin, L.A., Powlishta, K.K. y Gulko, J. (1993). The development of sex tying in middle childhood. *Monogmphs of the Society for Research in Child Development*, 38 (Serial N° 232).
- Serran, G. y Firestone, P. (2004). Intimate partner homicida: a review of the male proprietariness and the self-defense theories. *Aggression and Violent Behavior*, 9, 1-15.
- Shapiro, J.P., Baumeister, R.F., y Kessler, J.W. (1991). A three-component model of children's teasing: Agression, humor, and ambiguity. *Journal of Social and Clinical Psychology*, 10, 459-472.
- Sharpe, D. y Taylor, J.K. (1999). An examination of variables from a social-developompmental model to explain physical and psychological dating violence. *Can. J. Behav. Sci.* 21(3), 165-175.
- Shields, A.M., Cicchetti, D., y Ryan, R.M. (1994). The development of emotional and behavioral self-regulation and social competence among maltreated school-aged children. *Developmental Psychopathology*, 6, 57-75.
- Shook, N.J., Gerrity, D.A., Jurich, J. y Segrist, A.E. (2000). Courtship Violence Among College Students: A Comparison of Verbally and Physically Abusive Couples. *Journal of Family Violence*, 15(1), 57-75.
- Sigelman, C.K., Berry, C.J., y Wiles, K.A. (1984). Violence in college students' dating relationships. *Journal of Applied Social Psychology*, 5(6), 530-548.
- Silverman, J. G., Raj. A., Mucci, L.A. y Hathaway, J.E. (2001). Dating violence against adolescent frils and associated substance use, unhealthy weight control, sexual risk behavior, pregnancy, and suicidality. *Journal of the American Medical Association*, 286(5), 572-579.
- Silverman, J.G. y Williamson, G.M. (1997). Social ecology and entitlements involved in battering by heterosexual college males: Contributions of family and peers. *Violence and Victims*, 12, 147-164.
- Silver, O. (2002). Adolescent help-seeking for dating violence and the influence of parents. *Dissertation Abstracts International: The Sciences and Engineering*, 62(8-B), 3583.
- Simonelli, C.J., Mullis, T., Elliott, A.N. y Pierce, T.W. (2002). Abuse by siblings and subsequent experiences of violence within the dating relationship. *Journal of Interpersonal Violence*, 17(2), 103-121.
- Simons, R.L., Lin, K. y Gordon, L.C. (1998). Socialization in the family of origin and male dating violence: A prospective study. *Journal of Marriage and the Family*, 60, 467-478.
- Simons, R.L., Wu, C., Conger, R.D. y Lorenz, F.O. (1994). Two routes to delinquency: Differences between early and late starters in the impact of parenting aqnd desviant peers. *Criminology*, 32, 247-276.
- Singer, M. (2003). Agression between dating partners: An analysis of causative factors in Puerto Rican and Caucasian women. *Dissertation Abstracts International: Section B: The Sciences and Engineering*, 64(4-B), 1916.
- Slaby, R.G. y Guerra, N.G. (1988). Cognitive mediators of aggression in adolescent offenders: 1. Assessment. *Developmental Psychology*, 24, 580-588.

- Smith, C. (1990). Patriarchal ideology and wife beating: A test of a feminist hypothesis. *Violence Victim.*, 5, 257-273.
- Smith, A.M., Cascardi, M., Avery-Leaf, S. y O'Leary, K.D. (2001). Two new measures of attitudes about the acceptability of teen dating aggression. *Psychological Assessment*, 13(3), 306-318.
- Smith, J. y Williams, J. (1992). From abusive household to dating violence. *Journal of Family Violence*, 7, 153-165.
- Smith, P.H., White, J.W. y Holland, L. (2003). A Longitudinal perspective on dating violence among adolescent and college-age Women. *American Journal of Public Health*, 93(7), 104-110.
- Spence, J., Helmreich, R. y Holahan, C. (1979). Negative and positive components of psychological masculinity and femininity and their relationships to self-reports and neurotic and acting out behaviors. *Journal of Personality and Social Psychology*, 37, 1673-1682.
- Spence, J.T., Helmreich, R. y Stapp. (1973). A short version of the attitudes towards women scale (AWS). *Bulletin of Psychology and Sociology*, 2, 219-220.
- Spence, J.T., Losoff, M. y Robbins, A.S. (1991). Sexually aggressive tactics in dating relationships: Personality and attitudinal correlates. *Journal of Social and Clinical Psychology*, 10, 289-304.
- Spencer, G.A. y Bryant, S.A. (2000). Dating violence: A comparison of rural, suburban, and urban teens. *Journal of Adolescent Health*, 27(5), 302-305.
- Spielberger, C.D., Jacobs, G., Russell, S. y Crane, R. (1983). Assessment of anger: The State-Trait-Anger Scale. En J.N. Butcher y C.D. Spielberger (Eds.), *Advances in Personality Assessment*. Erlbaum, Hillsdale, N.J., 3, 112-134.
- Stacy, C., Schandel, L., Flanney, W., Conlon, M. y Milardo, R. (1994). It's not all moonlight and roses: Dating violence at the University of Maine. *College Student Journal*, 28, 2-9.
- Statistics Finland (1998). *A Survey of Men's Violence against Women in Finland*.
- Stets, J.E. (1991). Psychological aggression in dating relationships. The role of interpersonal control. *Journal of Family Violence*, 6, 97-114.
- Stets, J.E. y Henderson, D.A. (1991). Contextual factors surrounding conflict resolution white dating: results from a national study. *Family Relations*, 40, 29-40.
- Stets, J.E. y Pirog-Good, M.A. (1989). Patterns of physical and sexual abuse for men and women in dating relationships. A descriptive analysis. *Journal of Family Violence*, 4, 63-76.
- Stets, J.E. y Pirog-Good, M.A. (1987). Violence in dating relationships. *Social Psychology Quarterly*, 50, 237-246.
- Stets, J.E. y Straus, M.A. (1990). Gender differences in reporting marital violence and it's medical and psychological consequences. En M.A. Straus y R. Gelles (Eds.), *Violence in American Families* (pp. 151-165). Transaction Publishers, New Brunswick, New Jersey.
- Stets, J.E. y Straus, M.A. (1989). The marriage license and a hitting license: A comparison of assaults in dating, cohabiting, and married couples. En M.A. Pirog-Good y J.E. Stets (Eds.), *Violence in dating relationships* (pp. 34-51). New York: Praeger.
- Stewart, S. (2002). Gender, the perception of aggression, and the overestimation of gender bias. *Sex Roles*, 46, 177-189.

- Stith, S. y Farley, S. (1993). A predictive modelo f male spousal violence. *Journal of Family Violence*, 8, 183-201.
- Stith, S.M., Rosen, K.H., Middlenton, K.A., Busch, A.L., Lundeberg, K. y Carlton, R.P. (2000). The intergenerational transmission of spouse abuse: A meta-analysys. *Journal of Marriage and the Family*, 62, 640-654.
- Straus, M.A. (2004a). Cross-cultural reliability and validity of the revised conflict tactics scales: A study of university student dating couples in 17 Nations. *The Journal of Comparative Social Science*, 38(4), 407-432.
- Straus, M.A. (2004b). Prevalence of violence against dating partenrs by male and female university students worldwide. *Violence Against Women*, 10, 790-811.
- Straus, M.A. (1979). Measuring intrafamily conflict and aggression: The Conflict Tactics Scale (CTS). *Journal of Marriage and the Family*, 41, 75-88.
- Straus, M.A. (1992). Measuring intrafamily conflict and violence: The Conflict Tactics (CT) Scales. En M.A. Straus y R. J. Gelles (Eds.), *Psysical violence in American families: Risk factors and adaptations in 8.145 American families* (pp. 29-47). New Brunswick, NJ: Transaction Books.
- Straus, M.A. (1990). Ordinary violence, child abuse, and wife beating: What do they have in common? En M.A. Straus y R.J. Gelles (Eds.), *Physical violence in American families*. New Brunswick, NJ: Transaction.
- Straus, M.A. (2003). Sex, violence, politics, and the CTS. Obtenido en Enero, 2004, de la Universidad de New Hampshire, Family Research Laboratory página web <http://pubpagesunh.edu/~mas2>.
- Straus, M.A. y Gelles, R.J. (1986). Societal change and change in family violence from 1975 to 1985 as revealed by two national surveys. *Journal of Marriage and the Family*, 48, 465-479.
- Straus, M.A. y Gelles, R.J. (1990a). How violent are American families? Estimates from the national family violence resurvey and other studies. En M.A. Straus y R.J. Gelles (eds.), *Physical violence in American families: Risk factors and adaptations to violence in 8.145 families* (pp. 95-112). New Brunswick, NJ: Transaction Publishing.
- Straus, M.A. y Gelles, R.J. (1990b). *Physical violence in American families: Risk factors and adaptations to violence in 8.145 families*. New Brunswick, NJ: Transaction.
- Straus, M.A., Hamby, S.L., Boney-McCoy, S. y Sugarman, D.B. (1996). The revised conflict tactics scales (CTS2). *Journal of Family Issues*, 17, 283-316.
- Straus, M.A., Gelles, R.J. y Steinmetz, S.K. (1980). *Behind closed doors: Violence in the American family*. Beberly Hills, CA: Sage.
- Straus, M.A. y Ramírez, I.L. (2007). Gender symmetry in prevalence, severity, and chronicity of physycal agresión against dating partners by university students in Mexico and USA. *Aggressive Behavior*, 33(4), 281-290.
- Straus, M.A. y Savage, S.A. (2005). Neglectful behavior by parents in the life history of university students in 17 countries and its relation to violence against dating partners. *Child Maltreatment: Journal of the American Professional Society on the Abuse of Children*, 10(2), 124-135.
- Strube, M.J. (1988). The decision to leave an abusive relationship: Empirical evidence and theoretical issues. *Psychological Bulletin*, 104(2), 236-250.
- Sugarman, D. y Hotaling, G. (1989). Dating violence: Prevalence, context, and risk markers. En M.A. Pirog-Good y J. Stets (Eds.), *Violence and dating relationships* (pp. 3-32). New York: Praeger.

- Sugarman, D. y Frankel, S.L. (1996). Patriarchal ideology and wife-assault: A meta-analytic review. *Journal of Family Violence*, 11, 13-40.
- Swart, L.A., Garth, M.S. y Ricardo, I. (2002). Violence in adolescents' romantic relationships: findings from a survey amongst school-going youth in a South African community. *Journal of Adolescence*, 25, 385-395.
- Swart, L.A., Mohamed-Seedat, G.S. y Izabel, R. (2002). Violence in adolescents' romantic relationships: findings from a survey amongst school going youth in a South African community. *Journal of Adolescent*, 25, 385-395.
- Symons, P.Y., Groer, M.W., Kepler-Youngblood, P. y Slater, V. (1994). Prevalence and predictors of dating violence. *Journal of Adolescent Psychiatric Nursing*, 7, 14-23.
- Szinovacz, M.E. (1983). Using couple data as a methodological tool: The case of marital violence. *Journal of Marriage and the Family*, 45, 633-644.
- Tang, C. (1994). Prevalence of spouse aggression in Hong Kong. *Journal of Family Violence*, 9, 347-355.
- TenVergert, E., Kingman, J. y Gillespie, M.W. (1990). Dichotomous items and extreme item difficulties: Factor analysis of the Conflict Tactics Scale. *Methodika*, 4, 47-57.
- Thompson, E.H. (1990). Courtship violence and the male role. *Men's Studies Review*, 7(3), 4-13.
- Thompson, E.H. (1991). The maleness of violence in dating relationships: An appraisal of stereotypes. *Sex Roles*, 24, 261-279.
- Thompson, K.M., Wonderlich, S.A., Crosby, R.D. y Mitchell, J.E. (2001). Sexual violence and weight control techniques among adolescent girls. *International Journal of Eating Disorders*, 29(2), 166-176.
- Tolman, R.M. (1989). The development of a measure of psychological maltreatment of women by their male partners. *Violence and Victims*, 4, 159-177.
- Tolman, R.M. (1999). The validation of the psychological maltreatment of women inventory. *Violence and Victims*, 14, 25-38.
- Tontodonato, P. y Crew, B. (1992). Dating violence, social learning theory, and gender: A multivariate analysis. *Violence and Victims*, 7, 3-14.
- Torres, P. y. Espada, F. J. (1996). *La violencia en casa*. Aguilar.
- Tuvilla, J. (2001). *Propuestas prácticas para la resolución de conflictos: algunos apuntes para prevenir la violencia escolar desde la mirada de la cultura de paz*. Instituto de estudios almerienses. Diputación de Almería.
- Traverso, M.T. (2000). *Violencia en la pareja. La cara oculta de la relación*. Washington D.C., Banco Interamericano de Desarrollo.
- Trujano, P. (1997). Violencia en la familia. *Psicología y Ciencia Social*, 2, 10-19.
- Trujano, P. y Mata, E. (2002). Relaciones violentas en el noviazgo: un estudio exploratorio. *Psicología Conductual*, 10(2), 389-408.
- UNESCO (1985). *Semillas de paz. Contribución de la educación preescolar a la comprensión internacional y la paz*. Madrid: CECU.
- Unger, R. K. (1979). Toward a redefinition of sex and gender. *American Psychologist*, 34, 1085-1094.

- Unger, R. y Crawford, M. (1992). *Women and gender. A feminist Psychology*. Nueva York, McGraw-Hill.
- Varela, N. (2002). *Íbamos a ser reinas*. Barcelona: Ediciones B,S,A.
- Vézina, J. y Hébert, M. (2007). Risk factors for victimization in romantic relationships of young women: A review of empirical studies and implications form prevention. *Trauma, Violence and Abuse*, 8(1), 33-66.
- Violencia contra las Mujeres (2003). *Un reto para la salud pública en México*. Informe Ejecutivo de la Encuesta Nacional de Violencia contra las Mujeres.
- Violencia doméstica contra la mujer (2000). Washington D.C., Banco Interamericano de Desarrollo.
- Vivian, D. y Langhinrichsen-Rohling, J. (1994). Are bi-directionally violent copules mutually victimized? A gender-sensitive comparison. *Violence and Victims*, 9, 107-124.
- Wade, J.C. y Brittan-Powell, C. (2001). Men's attitudes toward race and gender equity: The importance of masculinity ideology, gender-related traits, and reference group identity dependence. *Psychology of Men and Masculinity*, 2, 42-50.
- Waldner-Haugrud, L.K. y Magruder, B. (1995). Male and female sexual viztimization in dating relationship: Gender differences in coercion techniques and outcomes. *Violence and Victims*, 10, 203-215.
- Walker, L.E. (1984). *Abused women and survivor Therapy: A patrical guide for the Psychotherapist*, Washington, DC, American Psychological Association.
- Walker, L.E. (1999). Psychology and domestic violence around the world. *American Psychologist*, 54, 21-29.
- Walker, L.E. (1984). *The battered woman syndrome*. New York: Springer.
- Walker, L. E. (1979). *The battered woman*. New York: Harper And Row Publishers.
- Waltz, J., Babcock, J.C., Jacobson, N.S. y Gottman, J.M. (2000). Testing a typology of batterers. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 68(4), 658-669.
- Warkentin, J.B. y Gidycz, C.A. (en prensa). The use and acceptance os sexually aggressive tactics in college men. *Journal of Interpersonal Violence*.
- Washington, S.K. y Katz, J. (2002). Preventing physical, psychological, and sexual agression in college dating relationships. *Journal of Primary Prevention*, 22(4), 361-374.
- Watson, J.M., Cascardi, M., Avery-Leaf, S. y O'Leary, K.D. (2001). High school students' responses to dating aggression. *Violence and victims*, 16(3), 339-348.
- Watson, T.N. (2005). Issues of intent and injury: A comparative analysis of gender differences in African-American college students' perceptions of dating violence. *Dissertation Abstracts International: Section B: The Sciences and Engineering*, 65(7-B), 3732.
- Weisz, A.N. y Black, B.M. (2001). Evaluating a sexual assault and dating violence prevention program for urban youths. *Social Work Research*, 25(2), 89-99.
- Wekerle, C. y Wolfe, D.A. (1998a). Prevention of physical abuse and neglect: Windows of opportunity. En P.K. Trickell y C. Schellenbach (Eds.), *Violence against children in the family and the community* (pp. 339-370). New York: APA Books.

- Wekerle, C. y Wolfe, D.A. (1998b). The contribution of a history of child maltreatment and adolescent insecure attachment style to adolescent dating violence. *Development and Psychopathology*, 10, 571-586.
- Wekerle, C. y Wolfe, D.A. (1999). Theory, significance, and emerging prevention initiatives. *Clinical Psychology Review*, 19(4), 435-456.
- Wekerle, C., Wolfe, D.A. y Hawkins, D.L. Childhood maltreatment, posttraumatic stress symptomatology, and adolescents dating violence: considering the value of adolescent perceptions of abuse and a trauma mediational model. *Psychopathology*, 13(4), 847-871.
- West, C.M. y Rose, S. (2000). Dating aggression among low income African American youth: An examination of gender differences and antagonistic beliefs. *Violence Against Women*, 6(5), 470-494.
- Wetzel, K.M. (2006). Intimate partner violence in appalachia: A study of relationship violence among community college students in Southern Appalachia. *Dissertation Abstracts International: Section B: The Sciences and Engineering*, 66(10-B), 5698.
- White, J.W., Hall, S., Smith, P., Koss, M.O. y Figueredo, A.J. (2000). Intimate partner aggression What have we learned? Comment on Archer (2000). *Psychological Bulletin*, 126, 690-696.
- White, J.W. y Koss, M.P. (1991). Courtship violence: Incidence in a national sample of higher education students. *Violence Victims*, 6, 247-256.
- White, J.W., Merrill, L.L. y Koss, M.P. (2001). Prediction of premilitary courtship violence in a Navy recruit sample. *Violence and Victims*, 16, 910-927.
- Williams, T.S. (2007). The developmental psychopathology of persistent dating violence in adolescence: Characteristics, psychosocial difficulties and longitudinal predictors. *Dissertation Abstracts International. Section B: The Sciences and Engineering* 67(12-B), 7410.
- Williamson, G.M. y Silverman, J.G. (2001). Violence against female partners: Direct and interactive effects of family history, communal orientation, and peer-related variables. *Journal of Social and Personal Relationships*, 18(4), 535-549.
- Wilson, G.D. y Daly, X.X (1982). Feminism and marital satisfaction. *Personality and Individual Differences*, 3, 345-347.
- Windom, C.S. (1989). Does violence beget violence? A critical examination of the literature. *Psychological Bulletin*, 106, 3-28.
- Wingood, G.M., DiClemente, R.J., Hubbard, D., Harrington, K. y Davies, S.L. (2001). Dating Violence and the Sexual Health of Black Adolescent Females. *Pediatrics*, 105(5), 1169.
- Wolf, M.E., Holt, V.L., Kernic, M.A. y Rivara, F.P. (2000). Who gets protection orders for intimate partner violence?. *American Journal of Preventive Medicine*, 19(4), 286-291.
- Wolf, K.A. y Foshee, V.A. (2003). Family violence, anger expression stiles, and adolescent dating violence. *Journal of Family Violence*, 18(6), 309- 316.
- Wolfe, D.A. (2006). Preventing violence in relationships: Psychological science addressing complex social issues. *Canadian Psychology*, 47(1), 44-50.
- Wolfe, D.A., Crooks, C., Chiodo, D., Hughes, R. y Jaffe, P. (2005). *Impact of a comprehensive school-based prevention program: Changes in adolescents' knowledge, attitudes and behaviour about violence, sexual behaviour and substance use*. Unpublished manuscript, available by contacting the author.

- Wolfe, D.A. y Jaffe, P.G. (2003). Prevention of domestic violence and sexual assault. *Violence Against Women* January 2003. www.vaw.umn.edu
- Wolfe, D.A., Scott, K., Reitzel-Jaffe, D., Wekerle, C., Grasley, C. y Pittman, A.L. (2001). Development and validation of the conflict in adolescent dating relationships inventory. *Psychological Assessment*, 13, 277-293.
- Wolfe, D.A., Scott, H., Wekerle, C. y Pittman, A.L. (2001). Child maltreatment: risk of adjustment problems and dating violence in adolescence. *Journal of the American Academy of Child and Adolescent Psychiatry*, 40(3), 282-289.
- Wolfe, D.A., Wekerle, C., Reitzel-Jaffe, D. y Lefebvre, L. (1998). Factors associated with abusive relationships among maltreated and non-maltreated youth. *Development and Psychopathology*, 10, 61-86.
- Wolfe, D.A., Wekerle, C., Scott, K., Straatman, A.L. y Grasley, C. (2004). Predicting abuse in adolescent dating relationships over one year: The role of child maltreatment and trauma. *Journal of Abnormal Psychology*, 11(3), 406-415.
- Wolfe, D.A., Wekerle, C., Scott, K., Straatman, A.L., Grasley, C. y Reitzel-Jaffe, D. (2003). Dating violence prevention with at risk youth: A controlled outcome evaluation. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 71, 279-291.
- Woods, S.J. (1999). Normative beliefs regarding the maintenance of intimate relationships among abused and non-abused women. *Journal of Interpersonal Violence*, 14, 479-491.
- Wright, V. Akers, S. W. y Rita, S. (2000). The community awareness rape education (CARE) Program for high school students. *Journal of Emergency Nursing*, 26(2), 182-185.
- Worell, J. (1978). Sex roles and psychological well-being: Perspectives on methodology. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 46, 779-791.
- Yanes, J.M. y González, R. (2000). Correlatos cognitivos asociados a la experiencia de violencia interparental. *Psicothema*, 12(1), 41-48.
- Yanes, J.M. y González, R. (2001). ¿De tal palo tal astilla? Violencia marital y responsabilidad de los progenitores. *Revista de Psicología Social*, 16(2), 243-249.
- Yeater, E.A. y O'Donohue, W. (1999). Sexual assault prevention programs: current sigues, future directions, and te potencial efficacy of interventions with women. *Clinical Psychology Review*, 19(7), 739-771.
- Yllo, K. (1993). Through a feminist lens. En R.J. Gelles y D.R. Loseke (Eds.), *Current controversies in family violence*. Newbury Park, CA:Sage.
- Young, A.M. y d'Arcy, H. (2005). Older boyfriends of adolescent girls: The cause or a sign of the problem? *Journal of Adolescent Health*, 36, 410-419.
- Ystgaard, M., Tambs, K. y Dalgard, O.S. (1999). Life stress, social support and psychological distress in late adolescence: A longitudinal study. *Social Psychiatry and Psychiatric Epidemiology*, 34, 12-19.
- Zaldívar, F., Luciano, .C., Gómez, I. y Berrocal, C. (2002). Evaluación en adolescentes de actuaciones violentas y sentimientos y pensamientos de intolerancia hacia otros. *Análisis y Modificación de Conducta*, 28(122), 867-904.
- Zimmer-Gembeck, M.J. Siebenbruner, J. y Collins, W.A. (2001). Diverse aspects of dating: Associations with psychosocial functioning from early to middle adolescence. *Journal Adolescent*, 24(3), 313-336.

- Zubizarreta, I., Sarasúa, B., Echeburúa, E., de Corral, P., Sauca, D. y Emparanza, I. (1994). Consecuencias psicológicas del maltrato doméstico. En E. Echeburúa (Eds.), *Personalidades violentas*. Madrid, Pirámide.

ANEXOS

1. INSTRUMENTO DE EVALUACIÓN

1ª PARTE

DATOS SOCIODEMOGRÁFICOS Y VARIABLES RELACIONALES DE LA PAREJA

EDAD: _____ SEXO: ☐ Hombre ☐ Mujer
NACIONALIDAD (Especifique cual): _____
ESTUDIAS ☐ TRABAJAS ☐
ESTUDIOS Y CURSO: _____
CENTRO DE ENSEÑANZA: _____

- 1.- ¿Cuál es tu orientación sexual? ☐ Heterosexual ☐ Homosexual ☐ Bisexual
2.- ¿A qué edad tuviste tu primer novio/a? _____
3.- ¿Cuántos novios/as has tenido? _____

4.- ¿Cuánto tiempo ha durado tu relación de noviazgo más larga?

Nº de meses _____
Nº de semanas _____

8.- ¿Cuánto tiempo llevas saliendo con tu novio/a?

Nº de meses _____
Nº de semanas _____

5.- ¿Estás saliendo con alguien actualmente?

- ☐ SI (si la respuesta es SI, completa las preguntas de la 6 a la 10)
☐ NO (si la respuesta es NO, continúa en la Sección B)

6.- ¿Qué edad tiene tu novio/a? _____

7.- ¿Cómo describirías la relación con tu novio/a?

Nueva (hemos comenzado a salir juntos).
Casual (salimos con otros chicos/as).
Estable (estamos juntos y no salimos con otros chicos/as).
Seria (hacemos planes juntos para el futuro).
Estamos comprometidos en matrimonio.

9.- ¿Cada cuánto tiempo os veis?

- ☐ Menos de una vez al mes.
☐ Una vez al mes.
☐ Una vez cada 2 semanas.
☐ Una vez a la semana.
☐ Algunas veces a la semana.
☐ Todos los días.
☐ Más de una vez al día.

10.- ¿Qué crees que sucederá con esta relación en el futuro?

- ☐ Nos casaremos.
☐ Seguiremos saliendo juntos.
☐ Yo romperé con él/ella.
☐ Él/ella romperá conmigo.

ESCALA DE TÁCTICAS DE CONFLICTO MODIFICADA

(Modified Conflict Tactics Scale, M-CTS; Neidig, 1986)

La siguiente es una lista de las cosas que tú o tu novio/a habéis hecho mientras discutíais. Marca la casilla en función de las veces que han sucedido cada una de las opciones en tu ACTUAL relación. Si actualmente no tienes novio/a completa las preguntas de acuerdo a tu relación MÁS RECIENTE.

		Nunca	Rara vez	Algunas veces	A menudo	Muy a menudo
1	¿Tú has discutido de forma tranquila?	1	2	3	4	5
	¿Tu novio/a ha discutido de forma tranquila?	1	2	3	4	5
2	¿Tú has buscado información para apoyar tu punto de vista?	1	2	3	4	5
	¿Tu novio/a ha buscado información para apoyar su punto de vista?	1	2	3	4	5
3	¿Tú has llamado o intentado llamar a otra persona para que ayude a arreglar las cosas?	1	2	3	4	5
	¿Tu novio/a ha llamado o intentado llamar a otra persona para que ayude a arreglar las cosas?	1	2	3	4	5
4	¿Tú has insultado o maldecido a tu novio/a?	1	2	3	4	5
	¿Tu novio/a te ha insultado o maldecido?	1	2	3	4	5
5	¿Tú te has molestado al hablar de un tema, y/o te has negado a hacerlo?	1	2	3	4	5
	¿Tu novio/a se ha molestado al hablar de un tema y/o negado a hacerlo?	1	2	3	4	5
6	¿Tú te has marchado molesto/a de la habitación o de la casa?	1	2	3	4	5
	¿Tu novio/a se ha marchado molesto/a de la habitación o de la casa?	1	2	3	4	5
7	¿Tú has llorado?	1	2	3	4	5
	¿Tu novio/a ha llorado?	1	2	3	4	5
8	¿Tú has dicho o hecho algo para fastidiar o “picar” a tu novio/a?	1	2	3	4	5
	¿Tu novio/a ha dicho o hecho algo para fastidiarte o “picarte”?	1	2	3	4	5
9	¿Tú has amenazado con golpear o lanzar algún objeto a tu novio/a?	1	2	3	4	5
	¿Tu novio/a te ha amenazado con golpearte o lanzarte algún objeto?	1	2	3	4	5
10	¿Tú has intentado sujetar físicamente a tu novio/a?	1	2	3	4	5
	¿Tu novio/a ha intentado sujetarte físicamente?	1	2	3	4	5
11	¿Tú has lanzado algún objeto a tu novio/a?	1	2	3	4	5
	¿Tu novio/a te ha lanzado algún objeto?	1	2	3	4	5
12	¿Tú has golpeado, pateado o lanzado algún objeto?	1	2	3	4	5
	¿Tu novio/a ha golpeado, pateado o lanzado algún objeto?	1	2	3	4	5
13	¿Tú has empujado o agarrado a tu novio/a?	1	2	3	4	5
	¿Tu novio/a te ha empujado o agarrado?	1	2	3	4	5
14	¿Tú has abofeteado a tu novio/a?	1	2	3	4	5
	¿Tu novio/a te ha abofeteado?	1	2	3	4	5
15	¿Tú has pateado, golpeado o mordido a tu novio/a?	1	2	3	4	5
	¿Tu novio/a te ha pateado, golpeado o mordido?	1	2	3	4	5
16	¿Tú has intentado ahogar a tu novio/a?	1	2	3	4	5
	¿Tu novio/a te ha intentado ahogar?	1	2	3	4	5
17	¿Tú has dado una paliza a tu novio/a?	1	2	3	4	5
	¿Tu novio/a te ha dado una paliza?	1	2	3	4	5
18	¿Tú has amenazado a tu novio/a con un cuchillo o algún arma?	1	2	3	4	5
	¿Tu novio/a te ha amenazado con un cuchillo o algún arma?	1	2	3	4	5

SI HAS CONTESTADO LAS PREGUNTAS DE LA 11 A LA 18 CON 2, 3, 4 y 5 (Rara vez, Algunas veces, A menudo y Muy a menudo) COMPLETA ESTA SECCIÓN. SI TODAS TUS RESPUESTAS DE LA 11 A LA 18 FUERON 1 (Nunca) CONTINÚA EN LA SECCIÓN SIGUIENTE.

1. Respecto a las anteriores preguntas ¿Alguna vez a tu novio/a le ha sucedido alguna de estas cosas? Marca todas las que correspondan.

- ☐ Cortes o contusiones leves.
- ☐ Cortes o contusiones graves.
- ☐ Rotura de nariz, ojo morado o rotura de hueso.
- ☐ Haber requerido tratamiento médico u hospitalización.
- ☐ Otros (¿cuáles?) _____
- ☐ Ninguna

2. ¿Por qué motivos has agarrado, empujado, abofeteado, pateado, golpeado, etc., a tu novio/a? Marca todas las respuestas que correspondan.

- ☐ Estaba celoso/a.
- ☐ Estaba furioso/a con él/ella y golpeé primero.
- ☐ Mi novio/a me pegó primero y yo respondí.
- ☐ Otros (¿cuáles?) _____

3. ¿Alguna vez tu novio/a te ha hecho alguna de las siguientes cosas? Marca todas las que correspondan.

- ☐ Cortes o contusiones leves.
- ☐ Cortes o contusiones graves.
- ☐ Rotura de nariz, ojo morado o rotura de hueso.
- ☐ Haber requerido tratamiento médico u hospitalización.
- ☐ Otros (¿cuáles?) _____
- ☐ Ninguna

4. ¿Por qué motivos tu novio/a te ha agarrado, empujado, abofeteado, pateado, etc?

- ☐ El/ella estaba celoso/a.
- ☐ El/ella estaba enojado/a conmigo y me pegó primero.
- ☐ Yo la/le pegué primero y él/ella me pegó como respuesta.
- ☐ Otros (¿cuáles?) _____

5. ¿Qué hiciste cuando tu novio/a te agarró, empujó, abofeteó, pateó, golpeó, etc? Marca todas las que correspondan.

- | | |
|--|---|
| <input type="checkbox"/> Hablé con un amigo. | <input type="checkbox"/> Hablé con alguien de mi familia. |
| <input type="checkbox"/> Hablé con un profesor u orientador. | <input type="checkbox"/> Llamé a la policía. |
| <input type="checkbox"/> Llamé a un teléfono de ayuda. | <input type="checkbox"/> Hablé con mi novio/a sobre la violencia. |
| <input type="checkbox"/> Rompí con él/ella. | <input type="checkbox"/> Otras (¿cuáles?) _____ |

ESCALA DE TÁCTICAS DE DOMINANCIA Y TÁCTICAS CELOSAS
(*Dominating and Jealous Tactics Scale, Kasian y Painter, 1992*).

La siguiente es una lista de las cosas que tú o tu novio/a habéis podido hacer. Marca la casilla correspondiente en función del número de veces que ha sucedido cada una de las opciones en tu ACTUAL relación. Si actualmente no tienes novio/a, completa las preguntas de acuerdo a tu relación MÁS RECIENTE.

		Nunca	Rara vez	Algunas veces	A menudo	Muy a menudo
1	He intentado que mi novio/a no hable o vea a su familia	1	2	3	4	5
	Mi novio/a intenta que yo no hable o vea a mi familia.	1	2	3	4	5
2	He intentado poner en contra de mi novio/a a su familia y amigos.	1	2	3	4	5
	Mi novio/a ha intentado poner a mi familia y amigos en contra mía.	1	2	3	4	5
3	He intentado que mi novio/a deje de hacer cosas para ayudarse a sí mismo/a.	1	2	3	4	5
	Mi novio/a intenta que yo deje de hacer cosas para ayudarme a mí mismo/a.	1	2	3	4	5
4	He amenazado a mi novio/a con irme con otro/a.	1	2	3	4	5
	Mi novio/a me ha amenazado con irse con otra/o.	1	2	3	4	5
5	He culpado a mi novia/o de provocar mi conducta violenta.	1	2	3	4	5
	Mi novio/a me culpa de provocar su conducta violenta.	1	2	3	4	5
6	Culpo a mi novio/a de mis problemas.	1	2	3	4	5
	Mi novio/a me culpa de sus problemas.	1	2	3	4	5
7	He amenazado con dejar la relación.	1	2	3	4	5
	Mi novio/a ha amenazado con dejar la relación.	1	2	3	4	5
8	He estado celoso/a y sospechaba de los amigos/as de mi novia/o.	1	2	3	4	5
	Mi novio/a ha estado celoso/a y sospechaba/o de mis amigos/as.	1	2	3	4	5
9	He estado celoso/a de otros/as chicos/as.	1	2	3	4	5
	Mi novio/a ha estado celoso/a de otras/os chicos/as.	1	2	3	4	5
10	Compruebo lo que hace mi novio/a y exijo que me diga donde ha estado.	1	2	3	4	5
	Mi novio/a comprueba lo que hago y me exige que le diga donde he estado.	1	2	3	4	5
11	Acuso a mi novio/a de salir con otro/a chico/a.	1	2	3	4	5
	¿Mi novio/a me acusa de salir con otro/a chico/a.	1	2	3	4	5

ESCALA DE LA VALORACIÓN DE LA AGRESIÓN SEXUAL.

		Nunca	Rara vez	Algunas veces	A menudo	Muy a menudo
13	¿Tú has amenazado a tu novio/a con terminar la relación si no mantenía relaciones sexuales contigo?	1	2	3	4	5
	¿Tu novio/a te ha amenazado con terminar la relación si no mantenías relaciones sexuales con él/ella?	1	2	3	4	5
14	¿Tú has insistido verbalmente en tener relaciones sexuales, a pesar de que tu novio/a no quería?	1	2	3	4	5
	¿Tu novio/a te ha insistido verbalmente en tener relaciones sexuales, a pesar de que tu no querías?	1	2	3	4	5
15	¿Tú has utilizado el alcohol u otras drogas para mantener relaciones sexuales?	1	2	3	4	5
	¿Tu novio/a ha utilizado el alcohol u otras drogas para mantener relaciones sexuales?	1	2	3	4	5
16	¿Tú has amenazado con utilizar la fuerza física (sujetar, empujar, etc.) si tu novio/a no aceptaba mantener relaciones sexuales?	1	2	3	4	5
	¿Tu novio/a te ha amenazado con utilizar la fuerza física (sujetar, empujar, etc.) sino aceptaba mantener relaciones sexuales?	1	2	3	4	5
17	¿Tú has agarrado o sujetado a tu novio/a para mantener relaciones sexuales que él/ella no quería consentir?	1	2	3	4	5
	¿Tu novio/a te agarrado o sujetado para mantener relaciones sexuales que tu no querías consentir?	1	2	3	4	5

2. PRESENTACIÓN DE LA PRUEBA.
INSTRUCCIONES

Presentación de la prueba

“Antes de comenzar, agradeceremos vuestro interés y vuestra participación. El cuestionario que vais a completar es una investigación que se está llevando a cabo en la Facultad de Psicología de la Universidad Complutense de Madrid. El cuestionario que os presentamos a continuación tiene como objetivo conocer mejor las relaciones de pareja de los jóvenes y adolescentes para poder idear programas preventivos. No tenéis que poner vuestro nombre en el cuestionario, es anónimo y nadie, excepto el equipo de la Universidad, tendrá acceso a él. Recordad que es importante que contestéis con sinceridad ya que vuestra ayuda servirá para desarrollar programas que puedan ser beneficiosos para todos. Tenéis disponibles los 50 minutos de la clase. Os pedimos la máxima confidencialidad y que vuestro trabajo sea, dentro de lo posible, lo más individual que podáis. Marcar con una cruz, redondel o rellenar el cuadro correspondiente para contestar a cada una de las preguntas. Podéis rectificar si queréis y en cualquier caso, si tenéis alguna duda, plantearla al encargado/a del aula. Antes de empezar, el concepto de novio/a se entiende como una relación esporádica o duradera con cierta implicación afectiva”

Gracias a todos/as por vuestra colaboración

